ME DUELE ESPAÑA

(y no quedan aspirinas)



JOSÉ GARDENER

ME DUELE ESPAÑA

(y no quedan aspirinas)

José Gardener

© 2026, José Alfonso Garre Contreras (José Gardener)
Primera edición: Noviembre de 2026

Obra registrada en Safe Creative
Código de registro: 2611047553411
https://www.safecreative.org/creators/works/edit?id=60363

ISBN (edición impresa): [978-00-000-0000-0]
ISBN (edición digital): [978-00-000-0000-0]
Depósito legal: [si procede]

Diseño de cubierta: José Gardener. Imagen generada con Gemini (Google).

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

El titular de los derechos se reserva expresamente el uso de esta obra para la minería de textos y datos, conforme al artículo 67.3 del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual.

Aviso

Esta es una obra de ficción. Los personajes, las familias, las empresas —Hexágono Capital Partners y todas sus filiales—, los partidos políticos, los cargos públicos y los hechos que se narran son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o fallecidas, con sociedades o con acontecimientos reales es pura coincidencia.

Los lugares reales que aparecen en la novela —Chamberí, Usera, La Hiruela y la Sierra del Rincón, el Hospital Universitario La Paz o los servicios de emergencias de la Comunidad de Madrid, entre otros— se emplean como escenario literario y no describen la actuación real de sus instituciones ni de sus profesionales, a quienes el autor quiere expresamente rendir homenaje.

Las referencias a la apicultura, la medicina, la arquitectura, el urbanismo y las leyes están al servicio de la historia y reflejan la situación conocida en 2026. No constituyen asesoramiento profesional de ningún tipo.

Si usted o alguien a su lado siente un dolor fuerte en el pecho, llame al 112 sin esperar. Y si el alcohol se ha convertido en un problema en su casa, pida ayuda a su médico de cabecera o a los servicios de atención a las adicciones de su comunidad: no tiene por qué hacerlo solo.

Sobre la creación de esta novela

Esta novela ha sido escrita por José Gardener con la asistencia de Claude, un modelo de inteligencia artificial desarrollado por Anthropic.

El autor concibió la idea, el título, el tono y el mundo de la historia. Creó a los personajes a partir de su propia vida y de la de su familia, diseñó la estructura en cuatro partes y decidió, capítulo a capítulo, qué tenía que ocurrir. Puso su oficio de ingeniero y de apicultor al servicio de cada colmena, cada norma y cada obra para que fueran verosímiles, revisó todos los capítulos y corrigió sus errores técnicos y de continuidad.

Claude redactó el texto de los capítulos a partir de esas indicaciones, propuso escenas y diálogos que el autor aceptó, cambió o descartó, y le ayudó en la revisión de la coherencia del conjunto.

La imagen de la cubierta se generó con Gemini (Google) a partir de una descripción del autor.

Declaración de Participación Humana (autodeclaración conforme a la Guía de Participación Humana, v1.0): Dirección (bloque A): 69 · Ejecución con margen (bloque B): 35 · Ejecución mecánica (bloque C): 31.

«A Santiago, que no necesita leer para saber leer a la gente.»

¡Me duele España!

Miguel de Unamuno

Índice

Prólogo. La oreja

PRIMERA PARTE. La matanza de los zánganos

1. Croquetas y telediario
2. Catorce horas
3. Samanda, con de
4. El tablero de corcho
5. Lo que no se dice
6. Las abejas no tienen consorcio
7. Nuevo dueño
8. Setenta y dos velas
9. La matanza

SEGUNDA PARTE. El racimo

10. Carta certificada
11. La propina
12. Nochebuena con delantal
13. Historia clínica
14. Junta de vecinos
15. Seis velas
16. Lo que Diego no estudió
17. El racimo
18. Salida voluntaria

TERCERA PARTE. La colmena huérfana

19. Seis personas, un baño
20. Mate y manzanilla
21. Convocatoria
22. El infarto
23. Huérfana

24. Enjambrazón
25. Cuatro velas
26. Samanda
27. El recorte que faltaba

CUARTA PARTE. La reina nueva

28. Celda real
29. Rosa
30. Jornada de reflexión
31. A nivel
32. Setenta y cinco
33. Domingo de urnas
34. El informe
35. El domingo, aquí
Epílogo. La reina nueva

Prólogo

La oreja

En enero, en la Ladera del Arroyo, las colmenas no se abren.

Eso lo sabe cualquier apicultor, y Don José Velasco Herrero lo sabía desde hacía casi veinte años, desde que se compró las diez primeras cajas en una feria de Pastrana con el dinero de una liquidación de obra y la oposición frontal de su mujer. Las abejas, en enero, están en racimo. Apiñadas en el centro de la colmena, sobre la miel, unas contra otras, temblando de músculo para darse calor, con la reina en medio como un rescoldo. Si se les levanta la tapa, se les va el calor de semanas en un minuto. Si se les mueve un cuadro, se rompe el racimo. Si se les mira, se mueren.

En enero, a las abejas no se las mira. Se las escucha.

* * *

Subió un martes, el último de enero, a las cuatro de la tarde, cuando el sol ya empezaba a esconderse detrás del pico de la Tornera y la escarcha de la mañana no se había terminado de ir de la sombra de los robles. Aparcó el Seat Toledo gris en el camino de tierra, junto al roble grande. Se puso el gorro de lana, los guantes, la bufanda que le había tejido su suegra en 1981 y que todavía picaba.

No se puso el traje. En enero no hace falta. En enero las abejas no salen.

Las quince cajas estaban donde siempre, en dos filas torcidas sobre la ladera, cada una sobre sus dos bloques de hormigón, con su piedra encima de la tapa y su número pintado a mano en el frontal. Los números los había pintado él. Torcidos. Su mujer decía que parecían escritos por un niño. Él decía que las abejas no saben leer.

Fue a la primera.

Se quitó el gorro de lana. Se agachó, despacio, con la rodilla, que ya entonces empezaba a quejarse. Y pegó la oreja derecha a la madera del costado de la caja, a la altura del centro, donde debía de estar el racimo.

Cerró los ojos.

* * *

Al principio no se oye nada.

Eso tampoco lo sabe casi nadie. Al principio, con la oreja contra la madera fría, solo se oye la sangre de uno mismo, el pulso en la sien, el viento entre los robles, el arroyo allá abajo, la carretera de Montejo a lo lejos. El ruido de uno. Hay que esperar a que el ruido de uno se calle.

Y entonces, debajo, aparece.

Un zumbido bajo, grave, continuo. Como el rumor de una ciudad vista desde un monte, de noche. Como un tren que pasa muy lejos y no termina nunca de pasar. No sube ni baja. Está. Es el sonido de diez mil abejas temblando a la vez para no morirse de frío, cada una un poco, todas juntas, y que desde fuera, con la oreja pegada a la madera, suena como una sola cosa respirando.

La uno estaba viva.

Don José abrió los ojos. Le dio dos golpes suaves a la caja con los nudillos, en el costado, como quien llama a la puerta de un vecino a una hora rara.

Dentro, el zumbido se levantó de golpe, un siseo corto, enfadado, como una ola que rompe. Y luego, poco a poco, se volvió a calmar.

Eso era bueno. Una colmena fuerte contesta cuando la llamas. Y luego se calla, porque tiene cosas que hacer.

Se levantó. Cogió la caja por la parte de atrás, con las dos manos, y la levantó dos dedos del bloque. La sopesó. Pesaba. Tenía miel para llegar a marzo.

Apuntó en la libreta negra, con el lápiz, con los guantes puestos:

1. Viva. Contesta. Peso bueno.

Y fue a la dos.

* * *

Tardó una hora y diez minutos en escuchar las quince.

La dos, viva. La tres, viva. La cuatro, viva pero floja: el zumbido delgado, como una radio mal sintonizada, y al llamar con los nudillos contestó tarde y poco. La pesó. Pesaba poco. Le puso encima, sin abrir del todo, por la abertura de la entretapa, una torta de azúcar envuelta en papel de periódico. *4. Floja. Poca miel. Torta.*

La siete contestó con un ruido raro. No el siseo corto de las fuertes, sino un lamento. Un zumbido más agudo, desordenado, que subía y bajaba sin parar, como un llanto. Don José se quedó un buen rato con la oreja pegada a la siete, escuchando ese llanto, y apuntó en la libreta: *7. Llora. ¿Huérfana? Mirar en marzo.*

Y la doce no contestó.

* * *

Se quedó agachado delante de la doce mucho rato.

Pegó la oreja. Esperó a que se callara el ruido de uno. Esperó más. Se cambió de oreja, la izquierda, por si acaso. Esperó.

Nada.

Le dio con los nudillos. Dos golpes. Luego cuatro. Luego, sin darse cuenta, con la palma de la mano entera, como se le da en la espalda a alguien que se ha atragantado.

Nada. Ni siseo, ni lamento, ni nevera lejana. Silencio. Ese silencio de madera hueca que tiene una caja de abejas muerta, que no se parece a ningún otro silencio, y que un apicultor reconoce desde la primera vez para el resto de su vida.

Don José se levantó. Cogió la caja por detrás. La levantó dos dedos.

Pesaba. Tenía miel. Mucha.

No se habían muerto de hambre. Se habían muerto de otra cosa, y no lo sabría hasta marzo, hasta que pudiera abrir la caja. Pero una colmena que se muere con la despensa llena es una colmena que se ha muerto de algo que no se ve desde fuera. Y eso era lo que más le dolía a Don José de las colmenas muertas: que desde fuera, con la tapa puesta y su piedra encima y su número torcido, parecían exactamente iguales que las vivas.

Apuntó en la libreta negra: *12. Muerta. Con miel. En primavera, enjambre o división.*

Se quedó mirando lo que había escrito.

Luego, sin saber muy bien por qué, se quitó el guante derecho y le puso la mano desnuda encima a la tapa de la doce. La madera estaba helada.

—Lo siento —dijo, en voz alta.

No había nadie para oírlo. Ni Concha, que estaba en Chamberí haciendo las croquetas de los martes. Ni Diego, que estaba en el bar, y que no subía al colmenar desde los quince años, y que no sabía leer la libreta negra, y con el que Don José no hablaba de las abejas, ni de casi nada, desde hacía tanto tiempo que ya no se acordaba de cuándo había empezado.

No había nadie a quien enseñarle cómo se escucha una colmena.

* * *

Se sentó en el bloque de hormigón vacío que había junto a la doce, el de la catorce, la que perdió en 2009 por culpa de un vestido de plumas, y que nunca había vuelto a ocupar, por superstición, aunque él decía que no era supersticioso.

Desde allí se veía todo el valle. El arroyo abajo, entre los fresnos sin hojas. El pueblo, con sus tejados de pizarra y su iglesia de piedra y sus sesenta y tantos vecinos, de los que la mitad tenía más de ochenta años. La sierra detrás, azul oscura, con nieve en lo alto. El cielo poniéndose rosa por el lado de Madrid.

Y Don José, sentado en el bloque, con la libreta negra en las rodillas y el guante en la mano, pensó una cosa que llevaba años pensando sin terminar de pensarla.

Pensó que ojalá se pudiera hacer lo mismo con un país.

Pegarle la oreja. A la madera. Esperar a que se callara el ruido de uno, el de la tele, el de las tertulias, el de los que gritan. Y escuchar debajo. Saber si la cosa estaba viva o muerta. Si zumbaba grave y seguido, como la uno, o delgado, como la cuatro. Si contestaba cuando la llamabas. Si lloraba, como la siete, porque le faltaba algo y no sabía qué. O si ya no contestaba nada, como la doce, y estaba llena de miel y vacía de vida, y desde fuera parecía exactamente igual que las demás.

Me duele España, había escrito Unamuno hacía más de cien años. Don José lo había leído en el bachillerato, en un libro de texto con las tapas verdes, y no lo había entendido. Ahora, a los setenta y tres, sentado en un bloque de hormigón vacío en una ladera de la Sierra Norte, con una colmena muerta a su lado, empezaba a entenderlo.

Le dolía. No sabía dónde. Como duelen los dolores de los viejos, que no están en ningún sitio y están en todos.

Pero no tenía a nadie que le pegara la oreja al pecho para ver si seguía vivo.

Y en la guantera del coche, lo sabía porque lo había mirado en diciembre, había una caja de aspirinas vacía.

* * *

Bajó a Madrid de noche.

Por la carretera de Montejo, por Buitrago, por la autovía del Norte, con la radio apagada, porque en la radio a esas horas solo hablaban de lo mismo, y él ya sabía lo que iban a decir. Entró en Madrid por la Castellana a las siete y cuarto, con todas las luces de los edificios de cristal encendidas, los de las torres, los de los fondos, los de las empresas que compraban pisos en Lavapiés y edificios en Usera y no le daban la cara a nadie.

Aparcó en Españoleto a las siete y media. Subió los treinta y seis escalones despacio, con la rodilla.

Abrió la puerta del piso.

Olía a croquetas. Croquetas de jamón, las de los martes, las de Concha, las de toda la vida.

Y en el salón, en la televisión, a un volumen que su mujer consideraba excesivo, estaba empezando el telediario.

Don José colgó el abrigo en el perchero de los cuatro brazos. Se quitó la bufanda que picaba. Se sentó en el sofá, delante de la tele, con la libreta negra todavía en el bolsillo de la chaqueta y una colmena muerta todavía en la cabeza.

Y, como todos los martes, se puso a escuchar.

No sabía que aquel año, por primera vez en mucho tiempo, alguien le iba a contestar.

PRIMERA PARTE

La matanza de los zánganos

Capítulo 1

Croquetas y telediario

Los martes había croquetas, y eso, en casa de doña Concha, tenía rango de ley orgánica. No se derogaba por enfermedad, ni por huelga de transportes, ni por la muerte de un pariente lejano, salvo que el pariente tuviera la delicadeza de fallecer en miércoles.

Las croquetas eran de jamón, del tamaño exacto de un pulgar de hombre bien educado, y se servían en la fuente de loza que había sido de su madre. Doña Concha hacía la masa el lunes por la noche, las rebozaba el martes por la mañana y las freía a las nueve menos diez, de modo que llegaran a la mesa a las nueve en punto. A esa hora empezaba el telediario y, según Don José, también el deterioro del país.

—Siéntate, José, que se enfrían.

—Las croquetas no se enfrían, Concha. Se templan. Es distinto.

—Tú también te has templado, y mira cómo estás.

Don José se sentó en su silla, la de los brazos, la misma que ocupaba desde 1979, año en que doña Concha decidió aprobarlo como marido tras un largo periodo de prueba. Desde entonces había superado tres reformas de cocina, dos operaciones de menisco y una legislatura completa sin hablar de política en la mesa, hazaña que ninguno de los dos recordaba con exactitud, pero que ella citaba con frecuencia como prueba de que el milagro era posible.

El piso de Chamberí olía a fritura buena y a cera de muebles. En la pared del comedor colgaba un grabado de las colmenas de La Hiruela que Don José había encargado a un pintor del pueblo, y que doña Concha toleraba porque el marco era de nogal.

Sonó la sintonía. Don José subió el volumen con el mando, que era suyo por derecho de conquista.

—Buenas noches. Abrimos el informativo con la tensión en los mercados europeos. La prima de riesgo francesa ha superado hoy los ciento cincuenta puntos básicos, su nivel más alto en quince años, y los analistas advierten de un posible contagio a Italia...

Don José dejó el tenedor suspendido en el aire, a medio camino entre la fuente y su boca, con una croqueta ensartada como un trofeo.

—José, el tenedor.

—Calla, Concha, que están hablando de los franceses.

—Los franceses llevan doscientos años dando que hablar y nunca se te ha enfriado una croqueta por ellos.

—Se templan, Concha. Se templan.

En la pantalla, un señor con gafas y corbata de rayas explicaba delante de un gráfico rojo que Francia gastaba más de lo que ingresaba, que debía más de lo que podía y que los inversores, que eran gente muy sensible, empezaban a pedirle más intereses por prestarle dinero. Detrás de él, la línea del gráfico subía con la determinación de un alpinista.

—¿Tú sabes lo que es la prima de riesgo? —preguntó Don José.

—José, he pagado una hipoteca durante veinticinco años. Sé lo que es un interés.

—No es lo mismo.

—Es exactamente lo mismo, pero con corbata.

Don José masticó la croqueta con la gravedad de quien mastica una teoría.

—¿Sabes lo que pasa en otoño cuando una colmena se debilita?

—No, pero me lo vas a contar.

—Que las de al lado entran a saquearla. Primero llega una sola, que explora. Mira la piquera, ve que nadie la defiende, se lleva un poco de miel

y vuelve a su casa a contarlo. Al día siguiente vienen cien. Al tercero, mil. Le vacían la colmena en una semana y, a cambio, le dejan la varroa.

—¿Y qué tiene que ver eso con los franceses?

—Que los franceses son la colmena de al lado, Concha. Y los italianos son la siguiente. ¿Y sabes cuál viene después?

—La de los portugueses.

—La nuestra.

—Los portugueses están más cerca.

—Los portugueses tienen la piquera mejor cerrada que nosotros.

Doña Concha se sirvió dos croquetas con la pala de plata y no dijo nada, que era su manera de ceder terreno sin firmar la rendición.

La siguiente noticia era de Madrid. Un edificio entero de Lavapiés, cuarenta y dos viviendas, había sido comprado por un fondo de inversión. En la pantalla apareció una portería con azulejos sevillanos y una pancarta colgada de un balcón: *Aquí vivimos personas*. Después, una señora de ochenta y un años, con bata de guatiné y pendientes de perla, explicaba que llevaba cuarenta y seis años en el tercero izquierda y que le habían ofrecido doce mil euros para que se fuera antes de Navidad.

—¿Y adónde quieren que vaya? —decía la señora—. ¿Al cielo? Pues que me lo paguen ellos, que yo no tengo prisa.

Doña Concha dejó de masticar.

—Esa mujer tiene más dignidad que todo el Consejo de Ministros.

—Escucha, escucha, que ahora sale el del fondo.

El del fondo era un hombre joven, de barba cuidada y camisa sin corbata, sentado en un despacho de cristal con vistas a la Castellana. Debajo de su cara apareció un rótulo: *Hexágono Capital Partners*.

—Nuestro compromiso es la optimización de activos residenciales infrautilizados —dijo el joven, con una sonrisa que parecía alquilada—, siempre desde el diálogo con los inquilinos.

Don José se puso de pie. No mucho, porque la rodilla no le daba para grandes gestos, pero lo suficiente para que la servilleta se le cayera al suelo.

—¡Hexágono! ¿Lo has oído, Concha? ¡Hexágono!

—Lo he oído, José. Y la servilleta también.

—¿Tú sabes qué forma tienen las celdas de un panal?

—Redondas no, supongo.

—¡Hexagonales! Esos saben lo que hacen. Están construyendo un panal con nuestras casas. Celda a celda. Y la miel se la llevan a otra parte.

—José, es un nombre. Las empresas se ponen nombres raros para parecer importantes. Mi sobrino tiene una empresa de reformas que se llama Sinergia.

—Tu sobrino no ha comprado cuarenta y dos pisos en Lavapiés.

—Mi sobrino no ha terminado ni el baño de su suegra.

Don José recogió la servilleta y se sentó, pero ya no era el mismo hombre que se había sentado cinco minutos antes. Tenía la mirada de quien acaba de ver la primera abeja exploradora en la piquera.

El telediario siguió a lo suyo. Sesión bronca en el Congreso: un diputado del Partido Reformista Nacional llamaba "okupa de la Moncloa" al presidente, y una diputada de la Alianza Progresista respondía que el Partido Reformista tenía "más imputados que votantes en algunas provincias". Los dos se señalaban con el dedo como en un patio de colegio. Detrás, sus compañeros aplaudían o abucheaban según les tocara, con el entusiasmo de una claque bien pagada.

—Mira cómo se pelean —dijo Don José—. Y luego, a las once, cenan juntos en el mismo restaurante.

—¿Tú cómo sabes dónde cenan?

—Porque lo sé. Todo el mundo lo sabe. Se pelean en la tele para que nos peleemos nosotros, y luego se reparten el pastel con los del hexágono.

—José...

—Es un consorcio, Concha.

—¿Un qué?

—Un consorcio. Los fondos, los franceses, los del Congreso, los bancos. No es que estén de acuerdo en todo. Es que están de acuerdo en lo único que importa.

—¿Y qué es lo único que importa?

Don José bajó la voz, aunque no había nadie más en el comedor salvo el gato de porcelana de la vitrina.

—Que España esté enferma. Pero no muerta, ojo. Muerta no les sirve. Un enfermo crónico paga medicinas toda la vida.

Doña Concha lo miró con la expresión que reservaba para los albañiles que le juraban que el tabique estaba a plomo.

Entonces llegó el reportaje de la hostelería. La voz del locutor anunciaba con alegría que el sector batía récords de facturación, mientras la cámara recorría una terraza de la Plaza Mayor llena de turistas con sombreros de paja. Un camarero joven, de chaleco negro y pelo engominado, recogía una mesa: metió cuatro dedos en cuatro vasos vacíos, los levantó todos a la vez como quien recoge cerezas y se los llevó con la naturalidad de quien no ha leído jamás un manual de urbanidad. Después dejó dos cañas y un tinto de verano en un extremo de la mesa para que los clientes se las repartieran entre ellos.

Doña Concha soltó la pala de plata sobre la fuente con un tintineo que sonó a sentencia.

—¡Mira! ¡Mira eso! Los dedos dentro. Cuatro vasos, cuatro dedos. Y las bebidas en la punta, como si fueran a echarlas a los leones.

—Concha, estábamos hablando del consorcio.

—Tú estabas hablando del consorcio. Yo estoy hablando de los vasos. Y te digo una cosa, José: los países no se hunden por la prima de riesgo. Se hunden por los vasos. Primero el camarero mete los dedos, luego el albañil

deja la obra "casi terminada", luego el médico no te mira a la cara, y cuando te quieres dar cuenta, los franceses se te están comiendo la miel.

Don José la miró con una mezcla de asombro y orgullo.

—Entonces estamos de acuerdo.

—No estamos de acuerdo en absoluto. Tú hablas de conspiraciones y yo hablo de educación.

—Es lo mismo.

—No es lo mismo. Lo mío se arregla enseñando a poner una mesa. Lo tuyo no se arregla con nada.

Se quedaron un momento en silencio. En la tele, el camarero engominado sonreía a cámara y decía que estaba encantado con su trabajo, que hacía doce horas al día y que el turismo era la alegría de España.

—Espero que Diego no haga eso con los vasos —dijo doña Concha, más bajo.

—Diego lleva quince años sirviendo mesas.

—Por eso lo digo.

Don José alargó la mano hacia la última croqueta de la fuente. Era un gesto que repetía cada martes desde hacía décadas, y que doña Concha toleraba con la condición tácita de que no se hablara de nada importante mientras se la comía. Pero aquella noche Don José rompió el pacto.

—Voy a llevar un registro.

—¿Un registro de qué?

—De todo. Cada noticia que encaje. Los edificios que compran, los ministros que se van a las empresas, los jueces que reparten. Como hago con las colmenas: fecha, peso, estado de la reina. Si lo apuntas todo, al final ves el patrón.

—José, tienes setenta y cuatro años.

—Por eso. Ya no tengo tiempo de equivocarme despacio.

Doña Concha se levantó, cogió la fuente vacía y, con ella, cualquier posibilidad de prolongar el debate. Era su manera de levantar la sesión parlamentaria. Don José la oyó trajinar en la cocina, abrir el grifo, cerrar el armario de los vasos, que seguramente estaba colocando por tamaños, con los dedos fuera.

Él fue al recibidor, sacó del paragüero el periódico de la mañana, que todavía compraba en papel por pura fidelidad a sus manos, y buscó la noticia del edificio de Lavapiés. Estaba en la página doce, con una foto pequeña de la señora de los pendientes de perla. La recortó con las tijeras de las uñas, con una paciencia de cirujano, y la guardó en una carpeta azul que encontró en el cajón del escritorio. En la tapa escribió con rotulador, en mayúsculas de ingeniero, una sola palabra: *CONSORCIO*.

Debajo, más pequeño: *Expediente 1*.

A las doce menos veinte sonó el móvil. Era Diego, desde la puerta trasera del restaurante; se oía el ruido de la campana extractora y alguien gritando algo de una mesa siete.

—Papá, ¿estáis bien? Tenía una llamada perdida de mamá.

—Estamos bien, hijo. Oye, una pregunta. ¿Quién es el dueño de vuestro piso?

—¿Del de Usera? Una señora de Albacete, ¿por qué?

—Por nada. Vigílala.

—¿Que vigile a la casera?

—Que la vigiles. Si te llama alguien con barba y sin corbata, me avisas.

Hubo una pausa al otro lado.

—Papá, estoy cerrando caja. ¿Me lo cuentas el domingo?

Desde el pasillo llegó la voz de doña Concha.

—¡Dile que el domingo vengan a comer! Y que traiga a la chica. A Samanta.

—Samanda, mamá —se oyó a Diego, lejano, por el altavoz—. Con de.

—¡Eso he dicho!

Cuando se acostaron, doña Concha leía con las gafas en la punta de la nariz una novela policiaca sueca en la que todos los muertos eran muy limpios. Don José miraba el techo.

—Concha.

—Duérmete, José.

—¿Tú crees que me estoy volviendo loco?

Ella pasó una página.

—Desde 1979 no he notado ninguna diferencia.

Apagó la luz. Se quedaron a oscuras, escuchando el ascensor de los del quinto y una moto lejana que subía por Santa Engracia. Don José ya creía que la conversación había terminado cuando la voz de su mujer llegó de nuevo, seca y precisa, como un dictamen técnico.

—Mañana compra otro periódico. Si vas a hacer recortes, por lo menos que sean de un diario decente.

Don José sonrió en la oscuridad. Le dolía la rodilla, le dolía la espalda y le dolía España. Pero aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, alguien le había dado la razón sin dársela, que en su matrimonio era la forma más alta del amor.

Capítulo 2

Catorce horas

El despertador de Samanda sonaba a las cinco y cuarto, aunque ella llevaba despierta desde las cinco. Era una costumbre que le venía de la infancia en Rosario, cuando había que levantarse antes que su madre para esconder las botellas y hacer como que la casa estaba ordenada. Su madre ya no estaba a mano, pero el cuerpo no se había enterado.

Se vistió a oscuras para no despertar a nadie. El piso de Usera tenía cincuenta y dos metros cuadrados, dos dormitorios y una ventana que daba a un patio de luces donde los vecinos tendían la ropa y discutían a gritos en cuatro idiomas. En el dormitorio pequeño dormían Thiago y Mía, cada uno en su cama, aunque Mía amanecía siempre en la de su hermano, como un gatito que busca calor. En el dormitorio grande dormía Diego, atravesado en diagonal, con un brazo colgando fuera de la cama y la boca abierta, en la postura exacta en que había caído a la una y media de la madrugada.

Samanda le tapó los pies. Diego no se movió. Dormía como trabajaba: entero, sin dejar nada para luego.

En la nevera, sujeta con un imán de Rosario Central, había una nota con su letra redonda:

Thiago: mochila azul, hoy hay excursión al parque, lleva gorra. Mía: pañales en la bolsa, la seño quiere otra muda. Desayuno: el yogur de abajo NO, que caduca. Te quiero. S.

Lo de "te quiero" lo había añadido al final, en un hueco, y lo miró un momento antes de salir, como quien comprueba que ha cerrado el gas.

* * *

A las seis menos diez cogió el autobús nocturno en la avenida de Rafaela Ybarra. A esas horas Madrid estaba poblada solo por limpiadoras, panaderos, enfermeras de turno y algún muchacho de fiesta que volvía a casa con la cara de haber descubierto algo importante sobre sí mismo. Samanda se sentó junto a la ventanilla, apoyó la cabeza en el cristal y cerró los ojos los catorce minutos exactos que tardaba el trayecto hasta el metro.

Limpiaba oficinas en la Castellana de seis a nueve. Tenía un contrato de quince horas semanales y trabajaba veinte, porque las plantas eran más grandes de lo que decía el contrato y la encargada, una madrileña de Vallecas con más cansancio que mala fe, le había explicado el primer día que en ese oficio los metros cuadrados crecían solos.

Le tocaban las plantas once y doce de una torre de cristal. En la once había un despacho de abogados con moqueta gris y fotos de veleros. En la doce, una empresa de inversiones cuyo nombre nunca se había molestado en leer. Solo sabía que el logotipo de la recepción era un hexágono dorado, y que alguien en ese piso comía pipas en el despacho del fondo y dejaba las cáscaras debajo de la mesa, en un montoncito ordenado, como un pájaro que construye un nido.

Samanda pasó la aspiradora, vació las papeleras, limpió los cristales que daban a la Castellana y, por pura costumbre, enderezó las sillas de la sala de reuniones. En la pizarra blanca alguien había dibujado un mapa de Madrid con círculos rojos. Uno de los círculos estaba sobre Usera. Samanda lo miró sin interés, borró la pizarra porque era lo que le tocaba, y siguió con el baño de caballeros, que era donde de verdad se conocía a una empresa.

A las nueve y diez estaba otra vez en el metro.

* * *

A las siete y media sonó el despertador de Diego. Lo apagó con un manotazo que tenía más de reflejo que de voluntad, se quedó tres minutos mirando el techo y luego se levantó de golpe, como se levantaba siempre, como si alguien hubiera gritado su nombre desde la cocina.

Diego no sabía hacer las cosas despacio. Nunca había sabido. En el colegio de curas donde lo había metido su madre lo llamaban "el ventilador", porque no paraba de dar vueltas, y las notas le llegaban a casa con frases como "no se concentra", "no termina las tareas" y "confunde la be con la de", que doña Concha leía con la expresión de quien recibe un parte de obra con defectos estructurales. Le diagnosticaron dislexia e hiperactividad a los once años, cuando ya había repetido un curso y aprendido que en clase era mejor hacer reír que intentar leer en voz alta.

Ahora, a los treinta y ocho, la hiperactividad se había convertido en su mayor activo laboral y la dislexia en un secreto que guardaba con una astucia admirable.

—¡Arriba, tropa! —dijo, abriendo la puerta del cuarto de los niños—. Inspección del capitán.

Thiago se incorporó con el pelo en vertical. Mía se metió debajo del edredón.

—No hay nadie —dijo la voz de Mía, desde dentro.

—Qué pena —dijo Diego—. Entonces me voy a comer yo solo las tostadas con dulce de leche.

El edredón salió volando.

Diego les preparó el desayuno con la eficacia de un cocinero de línea en pleno servicio: tostadas, leche con cacao, el yogur que no caducaba, una manzana cortada en gajos para la mochila. Peinó a Mía con dos coletas que nunca le salían iguales. Le buscó la gorra a Thiago, que estaba dentro de la lavadora por motivos que nadie supo explicar. Leyó la nota de la nevera tres

veces, despacio, moviendo los labios, hasta que estuvo seguro de que ponía lo que creía que ponía.

Lo de "te quiero" lo leyó una cuarta vez.

Thiago lo miraba desde la mesa.

—¿Por qué lees tan despacio?

—Porque las letras me hacen trampas.

—¿Qué trampas?

—Se cambian de sitio cuando no las miro. Son muy maleducadas.

Thiago lo pensó con la seriedad de sus cinco años.

—A mí no me hacen trampas.

—Porque tú eres más listo que yo. Pero yo tengo mejor puntería con las servilletas.

Le tiró una servilleta de papel hecha una bola, que rebotó en la cabeza de Mía, y la mañana se fue al garete durante cinco minutos gloriosos.

A las nueve menos cuarto dejó a Thiago en la puerta del colegio público y a Mía en la escuela infantil, donde la seño de la muda le recordó, con una sonrisa que no admitía réplica, que la cuota de octubre estaba sin pagar. Diego le dijo que la pagaba el viernes, que era lo que decía siempre, y se fue corriendo hacia el metro.

* * *

El restaurante se llamaba Casa Benito y estaba en el paseo de las Delicias, entre una farmacia y una tienda de móviles que antes había sido una mercería. Era un bar de los de antes, con barra de zinc, jamones colgados, un televisor en una esquina y un menú del día de doce euros con cincuenta que incluía pan, bebida y postre o café. Benito, el dueño, tenía setenta y un años, tres bypass y una teoría sobre el cocido que defendía con más pasión que el Credo.

Diego entraba a las once. Montaba las mesas, cortaba el pan, revisaba las cámaras, recibía al de las bebidas y discutía con el de las verduras, que siempre traía los tomates verdes y juraba que maduraban por el camino. A la una abría el comedor y a partir de ahí el mundo se convertía en una coreografía de platos, voces y comandas.

Diego no apuntaba nada. Nunca. Los demás camareros llevaban una libreta o, últimamente, una tableta que Benito se negaba a comprar. Diego lo llevaba todo en la cabeza: la mesa cuatro, dos menús, uno sin gluten, el señor de la corbata quiere el filete muy hecho y la señora la merluza sin salsa; la siete, un vermú, unas bravas y "lo de siempre" para don Anselmo, que era un huevo frito con patatas y una conversación sobre el Atlético; la doce, una familia con un niño que no come verdura y una abuela que no come nada pero lo pide todo.

—Este chico tiene una memoria de elefante —decía Benito a los clientes—. Y la paciencia de un santo.

No era paciencia. Era supervivencia. Si no podía escribir, tenía que recordar. Y si no podía estarse quieto, mejor tener catorce mesas a la vez.

Servía por la derecha, retiraba por la izquierda, cogía las copas por el tallo y los vasos por la base. Nunca metía los dedos dentro. Eso se lo había enseñado su madre a los siete años, con la misma severidad con que le enseñó a persignarse, y era lo único de su infancia que nunca había tenido que esconder.

A las cinco cerraban la cocina. Diego comía de pie, en la barra, un plato de lentejas que le ponía Rosario, la cocinera, una dominicana de sesenta años que lo trataba como a un hijo y lo regañaba como a un marido. Luego tenía dos horas libres que no le daban para volver a Usera, así que las pasaba en el almacén, sentado sobre una caja de botellas de agua, dormitando o mirando vídeos de abejas en el móvil, cosa que no le había confesado a nadie y que tenía bastante que ver con su padre.

A las siete y media volvía a abrir. Cenas, raciones, cañas, el partido de Champions en el televisor, un grupo de oficinistas celebrando una jubilación, una pareja que rompía en la mesa del fondo y pedía la cuenta por separado. A las doce y cuarto, la última mesa. A la una menos cuarto, la caja.

En su contrato ponía veinte horas semanales. Trabajaba sesenta y tantas. Benito le pagaba la diferencia como podía, una parte en nómina, otra en "ya te lo compenso", y otra en lentejas.

* * *

Samanda cuidaba a doña Remedios de diez a dos. Doña Remedios tenía ochenta y nueve años, un piso en la calle Embajadores lleno de figuritas de Lladró y una hija en Londres que pagaba a Samanda por transferencia y la llamaba los domingos para preguntar si su madre comía.

Comía. Poco y con desconfianza, pero comía. Lo que no hacía era acordarse de las cosas, salvo de las que habían ocurrido antes de 1960, que recordaba con una precisión de notario.

—¿Usted de dónde es, hija?

—De Argentina, doña Remedios. De Rosario.

—Ah, de Argentina. Allí se fue mi tío Paco en el cuarenta y nueve. Hizo fortuna con una fábrica de botones.

—Qué bien.

—Luego la perdió toda. Era muy de juego. —Doña Remedios la miró con súbita sospecha—. ¿Usted juega?

—No, señora. No me da el tiempo.

Le preguntaba lo mismo cada día, y cada día Samanda contestaba igual, con una paciencia que no había aprendido en ningún curso. La había aprendido de niña, contestando a una madre que tampoco se acordaba de nada al día siguiente, aunque por otras razones.

A las dos le dejaba la comida preparada, la pastilla en el pastillero del martes y la tele puesta en el canal de los concursos. Doña Remedios le daba un caramelo de violeta de una lata antigua, siempre uno, como quien paga un peaje.

Samanda se lo guardaba para Mía.

* * *

Recogía a los niños a las cuatro y media. Por la tarde había parque, deberes de Thiago (que consistían en colorear una calabaza sin salirse), merienda, una pelea por un dinosaurio de plástico, una reconciliación, el baño, la cena, el cuento, otro cuento, un vaso de agua, el pis de última hora, la pregunta de Thiago sobre si los dinosaurios tenían abuelos y, por fin, el silencio.

A las nueve y media, Samanda se sentó en la mesa de la cocina con una libreta cuadriculada, un bolígrafo mordido y las facturas del mes.

Alquiler: novecientos cincuenta. La señora de Albacete lo había subido cincuenta euros en enero y había dicho, con un acento muy amable, que era lo mínimo, que todo estaba carísimo. Luz: ochenta y tantos. Agua y comunidad: incluidas. Internet y teléfonos: sesenta. Escuela infantil: doscientos diez, pendiente. Comedor de Thiago: ciento veinte. Abono de transporte: lo pagaba la Comunidad a medias. Comida: lo que se pudiera.

Ella ganaba, sumando la limpieza y doña Remedios, mil ciento y algo. Diego, contando lo de la nómina, lo de "ya te lo compenso" y lo de las propinas, unos mil cuatrocientos.

Hizo la cuenta dos veces. Luego la hizo como si estuviera sola.

Sola no llegaba. Ni de lejos. Sola, con mil ciento, pagaba el alquiler y la escuela y le quedaba para comer una semana. Sola, tendría que volver a una habitación compartida, como cuando llegó a Madrid con Thiago en brazos

y Mía en la barriga, a un piso de Tetuán con seis desconocidos y un solo baño.

Dejó el bolígrafo sobre la libreta y se quedó mirando la nota de la nevera, que seguía allí, con su "te quiero" metido en un hueco.

No sabía si lo había escrito porque lo sentía o porque lo necesitaba. A veces, a las nueve y media de la noche, con las facturas encima de la mesa, las dos cosas se parecían demasiado.

* * *

Diego llegó a la una y diez. Entró sin hacer ruido, con los zapatos en la mano, oliendo a fritura, a lejía y a la colonia barata que se ponía para disimular las dos cosas. Encontró a Samanda dormida sobre la mesa de la cocina, con la cara apoyada en la libreta y una cifra escrita en la mejilla al revés.

Le quitó el bolígrafo de la mano. Miró las cuentas. Las letras se le movieron un poco, como siempre, pero los números no. Los números nunca le hacían trampas. Por eso entendía perfectamente lo que decían.

Calentó en el microondas un plato de arroz que había sobrado de la cena de los niños y se lo comió de pie, junto a la ventana del patio, donde una vecina boliviana tendía a la una de la madrugada la ropa de una familia entera.

Samanda se despertó con el pitido del microondas.

—¿Qué hora es?

—La una y cuarto. Vete a la cama.

—Hice las cuentas.

—Ya las he visto.

—No llegamos a pagar la escuela de Mía.

—La pago el viernes.

—Eso dijiste el mes pasado.

—Y la pagué el lunes. Que es casi viernes.

Samanda se rió sin querer. Era lo que tenía Diego: que la hacía reír cuando no había motivo, y eso, en su vida, era más raro que el dinero.

Se sentaron los dos en la mesa de la cocina. Diego le contó lo de la jubilación de los oficinistas y lo de la pareja que rompió y pagó por separado. Ella le contó lo de las cáscaras de pipas ordenadas debajo de la mesa y lo del tío Paco de doña Remedios, que perdió en el juego una fábrica de botones.

—Mi viejo me llamó esta noche —dijo Diego.

—¿Pasó algo?

—Me preguntó quién es el dueño del piso. Dice que vigilemos a la casera.

—¿A la señora de Albacete?

—A esa.

—Tu viejo está loco.

—Un poco. —Diego se encogió de hombros—. Pero tiene buen olfato. Las abejas no le pican nunca.

—¿Eso qué tiene que ver?

—No lo sé. Él dice que tiene que ver. —Hizo una pausa—. Y mi madre dice que el domingo vamos a comer.

Samanda cerró la libreta.

—¿Todos?

—Todos.

—¿Los chicos también?

—Sobre todo los chicos. Mi madre dice que sin niños no se puede comer en paz, porque no hay a quién corregir.

—Tu vieja me odia.

—Mi madre no odia a nadie. Le cuesta. Tiene que inspeccionarte primero. Es arquitecta.

—¿Y cuánto tarda la inspección?

Diego lo pensó con honestidad.

—A mi padre lo aprobó en el setenta y nueve.

Samanda se tapó la cara con las manos y se rió hasta que le dolió el estómago, en silencio, para no despertar a los niños.

* * *

Se acostaron a las dos menos veinte. Diego se quedó dormido en cuanto tocó la almohada, atravesado en diagonal, con un brazo fuera de la cama. Samanda lo miró un rato a la luz de la farola que entraba por la persiana.

Pensó que no sabía si lo quería o lo necesitaba. Pensó que a lo mejor no hacía falta saberlo esa noche. Pensó que el despertador sonaría en tres horas y media y que mañana volvería a limpiar las cáscaras de pipas del señor del hexágono.

Le tapó los pies a Diego, que se había destapado otra vez, y se dio la vuelta.

En la nevera, el "te quiero" seguía en su hueco. Ninguno de los dos lo había tachado.

Aquella semana trabajarían entre los dos ciento cuatro horas. En las nóminas pondría treinta y cinco. La diferencia no aparecía en ningún papel, salvo en las ojeras, que eran el único documento oficial que nadie les pedía.

Capítulo 3

Samanda, con de

En casa de doña Concha, el cocido de los domingos se servía en tres vuelcos, como mandaban los cánones y su abuela de Segovia: primero la sopa de fideos finos, después los garbanzos con la verdura, y por último las carnes, el tocino, el chorizo y el relleno, en una fuente aparte que solo tocaba ella. Quien se saltaba un vuelco no era mal educado: era sencillamente de otra parte.

A la una y media en punto la mesa del comedor estaba puesta para seis comensales y medio. El medio era Mía, para quien doña Concha había rescatado del altillo una trona de madera que había sido de Diego y que llevaba treinta y cinco años esperando, como tantas cosas en aquella casa, a que alguien volviera a necesitarla.

Mantel de hilo blanco. Vajilla de los domingos, la de la cenefa azul. Copas de agua y de vino, aunque solo bebieran vino dos. Cuchillo a la derecha con el filo hacia el plato, tenedor a la izquierda, cuchara sopera junto al cuchillo, platito del pan arriba a la izquierda y servilleta doblada en triángulo. Para los niños, cubiertos de postre, que eran más pequeños, aunque doña Concha sospechaba que de poco iba a servir.

—Te has pasado con las copas —dijo Don José, asomando la cabeza desde el pasillo.

—Una mesa no se pone para lo que se va a usar. Se pone para lo que se espera de los invitados.

—¿Y qué esperas?

—Nada. Por eso pongo todas. Así no hay excusa.

Don José volvió al salón con la convicción de que su mujer acababa de explicar, sin saberlo, la diferencia entre una monarquía y una república.

* * *

Llamaron al timbre a las dos menos veinte, con diez minutos de retraso, que para doña Concha era una forma de declararse en rebeldía y para Diego una hazaña logística de primer orden. Habían venido en metro desde Usera, con un carro plegable, una bolsa de pañales, un dinosaurio de plástico que Thiago se negaba a abandonar y una caja de cartón atada con cinta que Samanda llevaba con las dos manos, como quien traslada una reliquia.

Doña Concha abrió la puerta con el delantal todavía puesto y una sonrisa de recepción oficial.

—Pasad, pasad, que se enfría la sopa.

—Hola, mamá. —Diego le dio dos besos—. Ya conoces a Samanda.

—Claro que sí. Pasa, Samanta, ponte cómoda.

—Samanda, señora —dijo ella, con una sonrisa que le costó un poco—. Con de.

—Eso he dicho, hija.

Diego cerró los ojos un segundo. Thiago, que estaba detrás de su madre, miró a doña Concha de abajo arriba con la concentración de un inspector de aduanas. Mía, en brazos de Diego, se metió dos dedos en la boca y declaró, sin quitárselos, que tenía pis.

—El baño está al fondo a la derecha —dijo doña Concha—. La toalla de la izquierda es la de manos. La de la derecha es de adorno.

—¿Y cuál es la diferencia? —preguntó Diego, que lo sabía perfectamente desde hacía treinta y ocho años.

—Que la de adorno no se toca.

* * *

Don José apareció en el recibidor con una camisa de cuadros recién planchada y la mejor de sus sonrisas. Era un hombre grande, de manos anchas y cuello quemado por el sol de la sierra, que tenía con los niños una facilidad que su mujer consideraba sospechosa.

—¡Hombre, Thiago! ¿Qué llevas ahí?

—Un tiranosaurio.

—¿Y muerde?

—Solo a los malos.

—Pues ten cuidado con él, que en esta casa hay una señora que da más miedo que un tiranosaurio.

Thiago miró hacia la cocina, donde se oía a doña Concha trajinar con la sopera, y asintió con gravedad, como quien recibe una información estratégica.

Samanda le dio a Don José la caja de cartón.

—Hice alfajores. De maicena. No sé si les gustan.

Don José abrió la caja con la delicadeza con que abría una colmena en marzo. Dentro había dos docenas de alfajores perfectos, redondos, rellenos de dulce de leche y con el borde rebozado en coco rallado.

—Esto es arte —dijo.

—Es harina, nada más.

—La miel también es solo néctar, hija. Lo que importa es quién la trabaja.

Samanda se quedó un momento callada. No estaba acostumbrada a que un señor mayor le dijera cosas así, y no sabía muy bien dónde guardarlas.

* * *

Se sentaron a la mesa a las dos menos diez. Doña Concha presidía desde la cabecera junto a la cocina; Don José, desde la otra punta, junto a la ventana. Diego y Samanda en un lateral, Thiago y Mía en el otro, de modo que doña Concha tenía a los niños al alcance de la mano, como un capataz que vigila a los peones nuevos.

La sopa de fideos llegó humeante en la sopera de la cenefa azul. Doña Concha la sirvió con el cucharón de plata, de pie, plato por plato, empezando por la invitada.

—Gracias, señora.

—De nada, Samanta.

Samanda notó que Diego le apretaba la rodilla por debajo de la mesa. Era una señal que habían acordado en el metro: aguanta.

Thiago miró la sopa con desconfianza.

—¿Esto qué es?

—Sopa de cocido —dijo doña Concha.

—¿Y el cocido dónde está?

—Viene después. Primero la sopa, luego los garbanzos y luego la carne.

—¿Por qué?

Doña Concha dejó el cucharón en la sopera. Nadie le había preguntado nunca por qué. Ni su marido, ni su hijo, ni los albañiles, ni los aparejadores, ni los obispos que había conocido. El cocido se servía en tres vuelcos porque se servía en tres vuelcos, como las iglesias tenían la puerta hacia poniente y los muertos se enterraban mirando al este.

—Porque así se ha hecho siempre —dijo.

—¿Y si lo haces de otra manera?

—Entonces no es cocido.

—¿Y qué es?

Doña Concha buscó con la mirada a su marido, que se estaba divirtiendo enormemente y no pensaba ayudarla.

—Es un guiso —dijo al fin—. Y los guisos se comen en un plato y punto. Pero esto es cocido.

Thiago meditó la respuesta, probó la sopa, la encontró aceptable y siguió comiendo. Doña Concha tuvo la desagradable impresión de haber perdido una discusión contra un niño de cinco años, cosa que no le pasaba desde que Diego tenía seis.

* * *

Mientras llegaban los garbanzos, Don José, que había aguantado sin hablar de política durante toda la sopa, que era su récord personal, no pudo más.

—¿Habéis visto lo de los franceses?

—José —dijo doña Concha.

—Solo pregunto.

—Los domingos no hay Consorcio.

—¿Qué es el Consorcio? —preguntó Samanda.

Diego hizo un gesto con la mano, el de quien intenta detener un camión con una escoba. Demasiado tarde. Don José ya tenía los ojos brillantes.

—Es lo que nos está pasando, hija. Los fondos compran los edificios, los franceses no pagan sus deudas, los mercados nos suben los intereses, los políticos se pelean en la tele y cenan juntos por la noche. Y todo es lo mismo. Un consorcio que nos quiere enfermos pero vivos, para seguir chupando.

Doña Concha suspiró como un fuelle viejo. Esperaba que la chica pusiera cara de circunstancias, o se riera por educación, o mirara a Diego pidiendo auxilio.

Samanda no hizo nada de eso. Se limpió la boca con la servilleta y dijo, muy tranquila:

—Nosotros tuvimos el corralito.

Don José se inclinó hacia delante.

—¿El qué?

—En Argentina. En el dos mil uno. Yo tenía seis años. Un día los bancos cerraron y no te dejaban sacar tu plata. La gente golpeaba las persianas con cacerolas. Mi abuela guardaba los dólares en el freezer, dentro de una bolsa de arvejas congeladas. Decía que los bancos eran ladrones con corbata y que lo único seguro era el frío.

—¡Tu abuela era una mujer sabia! —exclamó Don José, encantado.

—Mi abuela era una mujer pobre, Don José. Que es parecido, pero se paga más caro.

Hubo un silencio. Doña Concha miró a la chica por primera vez con algo distinto de la cortesía. No era simpatía todavía. Era la atención con que se mira un muro que una creía de pladur y resulta ser de carga.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Don José.

—Que la gente se fue. Medio barrio se vino a España. Los que se quedaron aprendieron a no confiar en nadie.

—¿Y tú?

—Yo vine después. Por otras cosas.

No dijo cuáles. Nadie preguntó. Diego le apretó la rodilla otra vez, pero ahora no significaba "aguanta". Significaba otra cosa que tampoco habían acordado en el metro.

* * *

Los garbanzos llegaron con su repollo, su patata y su zanahoria. Mía los fue cogiendo uno a uno con los dedos, con una concentración de relojera, y los alineaba en el borde del plato antes de comérselos. Doña Concha la observaba con la mandíbula tensa.

—Con el tenedor, cariño.

Mía la miró, cogió el tenedor con el puño cerrado como quien empuña una lanza, ensartó un garbanzo con enorme esfuerzo y se lo comió con aire triunfal. Luego soltó el tenedor y siguió con los dedos.

—Concha —dijo de repente, señalando a la abuela con un dedo lleno de caldo.

Samanda se atragantó con el agua.

Llevaba toda la comida oyendo aquel nombre, en boca de Don José, de Diego, de la propia dueña de la casa refiriéndose a sí misma en tercera persona, y cada vez se le contraían los músculos de la cara como si alguien le hubiera pellizcado. En Rosario, aquella palabra no se decía en la mesa de una señora. Se decía en la calle, en los partidos de fútbol y en los peores momentos del tránsito, y su madre le habría lavado la boca con jabón por pronunciarla.

Tosió, se puso roja, bebió más agua, volvió a toser.

—¿Estás bien, hija? —preguntó Don José.

—Sí, sí. Se me fue por el otro lado.

Diego, que conocía perfectamente el problema porque Samanda se lo había explicado la primera semana con lágrimas de risa, miraba fijamente el techo, con la cara de quien recita mentalmente la tabla del siete.

Doña Concha no se enteró de nada. Estaba demasiado ocupada en un descubrimiento inquietante: Mía la había llamado por su nombre, a secas, sin "doña" ni "abuela", y a ella no le había molestado.

* * *

Fue en las carnes cuando Thiago hizo la pregunta.

Doña Concha estaba sirviendo, con el tenedor de trinchar y la pala, el morcillo, la gallina, el tocino y el chorizo, repartiéndolos con una justicia distributiva que habría envidiado cualquier ministro de Hacienda. Don José explicaba a Samanda que el relleno era un invento de los pobres para

estirar la carne, y que por eso era lo más rico. Diego cortaba la carne de Mía en trocitos minúsculos.

Thiago dejó el dinosaurio junto al plato, miró a Diego y preguntó, en voz alta y clara, con la inocencia terrible de los cinco años:

—¿Diego es mi papá?

El tenedor de trinchar se quedó quieto en el aire. Don José dejó de explicar el relleno. Samanda bajó los ojos al mantel. Mía siguió comiendo, porque tenía tres años y el mundo le parecía en orden.

Fue un silencio corto, de esos que en el recuerdo duran mucho más.

Diego terminó de cortar el último trocito de carne de Mía. Dejó el cuchillo en el plato, con el filo hacia dentro, como le habían enseñado en aquella misma mesa. Luego se volvió hacia Thiago.

—No, campeón. Tu papá es otro señor.

—¿Y dónde está?

—No lo sé. Pero yo sí sé dónde estoy yo.

—¿Dónde?

—Aquí. Contigo. Cortándole la carne a tu hermana, que es lo más importante que se puede hacer un domingo.

Thiago lo pensó.

—Entonces, ¿qué eres?

Diego sonrió.

—Soy tu Diego.

Thiago lo encontró completamente satisfactorio. Cogió el tiranosaurio, le hizo morder un garbanzo y pasó a otro asunto.

Doña Concha seguía con el tenedor de trinchar en la mano. Miraba a su hijo. Era el mismo niño al que habían echado de dos colegios, al que le devolvían los exámenes llenos de tachones rojos, el que confundía la be con la de y no se estaba quieto ni en misa. El que había defraudado, una tras

otra, todas las expectativas que ella había ido poniendo como vigas sobre su vida.

Y acababa de contestar, sin pensarlo, la pregunta más difícil que se puede hacer en una mesa, con una delicadeza que ella no habría sabido tener.

Dejó el tenedor de trinchar en la fuente. Por primera vez en muchos años, no supo qué decir. Así que dijo lo único que sabía decir en esos casos.

—Diego, sírvele más relleno a la chica, que está en los huesos.

* * *

El postre fueron natillas caseras con galleta y, por insistencia de Don José, los alfajores de Samanda.

Doña Concha cogió uno con dos dedos, lo examinó por todos los lados con la atención con que examinaba una viga de hormigón recién desencofrada, comprobó la uniformidad del coco rallado, la proporción del relleno, la ausencia de grietas. Le dio un mordisco. Masticó despacio.

Todos la miraban.

—Demasiado dulce —sentenció.

Samanda bajó la vista.

Doña Concha se terminó el alfajor. Luego, con la naturalidad de quien no está haciendo nada especial, cogió otro.

Don José le guiñó un ojo a Samanda desde la otra punta de la mesa.

* * *

Se fueron a las seis, con los niños agotados y el carro cargado. En el rellano, cuando ya habían llamado al ascensor, doña Concha apareció con una bolsa de plástico en la que había un táper enorme envuelto en papel de aluminio.

—Para los niños. Es el cocido que ha sobrado. Con la sopa aparte, que si no se empapan los fideos.

—Muchas gracias, señora. No hacía falta.

—Claro que hacía falta. Están en los huesos.

Samanda cogió la bolsa. Pesaba como para tres días.

—Gracias, de verdad.

—De nada, Samanta.

—Samanda. Con de.

Doña Concha la miró por encima de las gafas, con su sombrero imaginario bien calado.

—Eso no es un nombre, hija. Es una errata.

Samanda tardó un segundo en contestar. Cuando lo hizo, no hubo rabia en su voz, solo un cansancio antiguo.

—Mi vieja tampoco sabía escribir muy bien, señora.

Llegó el ascensor. Diego metió el carro, los niños y la bolsa del cocido. Samanda entró la última. Las puertas se cerraron.

Doña Concha se quedó en el rellano. No dijo nada. No supo si por educación o por vergüenza.

* * *

En el ascensor, Samanda apoyó la frente en el espejo.

—Tu vieja me odia.

—Te ha dado un táper —dijo Diego—. En mi casa, eso es casi una adopción.

—Me dijo que mi nombre es una errata.

—Y se comió dos alfajores.

—Dijo que eran demasiado dulces.

—Mi madre dice que todo es demasiado algo. Lo importante es si repite.

Thiago, medio dormido en el carro, abrió un ojo.

—A mí me gusta Concha.

Samanda se tapó la boca con la mano. Diego miró fijamente los números del ascensor. Y así bajaron los cuatro pisos, aguantándose la risa, mientras Mía dormía abrazada al tiranosaurio y el táper de cocido iba dejando en el ascensor un olor a domingo.

* * *

Arriba, doña Concha recogió la mesa sola, como le gustaba. Lavó la vajilla de la cenefa azul a mano, porque el lavavajillas no entendía de porcelana. Dobló el mantel de hilo. Guardó las copas que nadie había usado.

Al pasar junto a la vitrina del comedor vio, en el cristal, a la altura de una niña de tres años, la huella perfecta de una manita pringada de natillas.

Fue a buscar el limpiacristales. Volvió con el trapo en la mano. Se quedó mirando la huella un rato.

Luego guardó el trapo en el cajón y apagó la luz del comedor.

Ya la limpiaría mañana.

Capítulo 4

El tablero de corcho

El miércoles por la mañana, Don José compró dos periódicos.

El primero era el de siempre, el que llevaba leyendo desde la Transición y cuyas opiniones conocía tan bien que ya no necesitaba leerlas: le bastaba con ver los titulares para saber qué pensaban en la tercera página. El segundo era el que doña Concha consideraba decente, un diario que pesaba el doble, traía suplemento de economía y tenía columnistas con apellidos compuestos que escribían frases de cuatro líneas sin un solo punto.

El quiosquero, un hombre de Jaén que llevaba treinta años en la esquina de Santa Engracia con Eloy Gonzalo, lo miró con desconfianza.

—¿Dos, don José? ¿Le ha pasado algo?

—Me he hecho investigador.

—¿De qué?

—De todo.

El quiosquero le dio el cambio con la expresión de quien ha visto muchas jubilaciones torcerse y ha aprendido a no opinar.

* * *

El trastero estaba en el sótano del edificio, al final de un pasillo con olor a humedad y a bicicleta, detrás de una puerta metálica pintada de verde que se abría con una llave del tamaño de una cuchara sopera. Medía seis metros cuadrados y contenía, en ese orden de antigüedad, cuarenta años de vida familiar que nadie se había atrevido a tirar.

Había cajas con los apuntes de la carrera de Don José, ingeniero de caminos que había pasado treinta años calculando puentes que nadie miraba y que ahora miraba colmenas que nadie entendía. Había los planos enrollados de las obras de doña Concha, atados con gomas que se habían convertido en fósiles. Había un triciclo rojo, una cuna desmontada, un baúl de la abuela de Segovia, dos sillas de enea con la enea rota, una lámpara de pie con flecos, un televisor de tubo que todavía funcionaba por puro orgullo y, en el fondo, contra la pared del fondo, una caja de cartón con una etiqueta escrita en mayúsculas temblorosas: *DIEGO. COLEGIO*.

Don José no abrió esa caja. Nunca la abría. La apartó con cuidado, como quien aparta una colmena que no conviene molestar en invierno, y despejó la pared.

Luego subió a la calle a buscar un corcho.

* * *

La Papelería Casado estaba en la calle Fuencarral desde 1951. Tenía un escaparate con plumas estilográficas, compases de latón y un globo terráqueo en el que todavía existía la Unión Soviética, y un mostrador de madera detrás del cual el señor Casado, hijo del Casado fundador, despachaba con un guardapolvos gris y unas gafas sujetas con un cordón.

En el escaparate había un cartel nuevo, escrito a mano con rotulador rojo: *LIQUIDACIÓN TOTAL POR CIERRE*.

—¿Se jubila, Casado?

—Me jubilan, don José. —El papelero se quitó las gafas y las dejó colgando sobre el pecho—. Han comprado el edificio. Un fondo. Me suben el alquiler el triple a partir de enero. Dicen que el local tiene "potencial de reposicionamiento".

—¿Y eso qué es?

—Que van a poner una tienda de esas que venden zumos verdes a ocho euros. O un sitio de uñas. O una franquicia de pollo frito. Lo que más pague.

Don José sintió algo en el estómago que no era hambre.

—¿Cómo se llama el fondo?

—No sé. Algo raro, en inglés. Me mandaron un burofax. Lo tengo por ahí.

Rebuscó en un cajón y sacó un papel doblado en cuatro. Don José se puso las gafas de cerca y leyó el membrete. No era Hexágono. Era otro nombre, con una palabra en latín y otra en inglés y una sigla al final, como suelen llamarse las sociedades que no quieren que nadie se acuerde de ellas.

—¿Me deja que le haga una foto?

—Hágale veinte. Total, ya no me sirve de nada.

Don José compró un tablero de corcho de un metro por ochenta, una caja de chinchetas de colores, un ovillo de lana roja, un rotulador negro y unas tijeras de verdad, que las de las uñas ya habían hecho bastante. El señor Casado le hizo un descuento del cuarenta por ciento y le regaló una lupa de mango de hueso.

—Para lo que está usted haciendo —dijo—, la va a necesitar.

—¿Usted sabe lo que estoy haciendo?

—No. Pero tiene usted cara de detective de los de antes.

* * *

Pasó la tarde entera en el trastero, con la puerta abierta, una lámpara de flexo enchufada a un alargador y una silla de enea a la que le quedaba asiento suficiente para un hombre que no pensaba sentarse mucho.

Colgó el corcho en la pared con cuatro tacos y cuatro tornillos, sin nivel, a ojo, con la seguridad de quien ha diseñado puentes de ciento veinte

metros de luz. Luego estableció un código de colores, porque un ingeniero sin código de colores es un poeta con calculadora.

Chinchetas rojas: fondos de inversión. Chinchetas azules: políticos. Chinchetas verdes: bancos. Chinchetas amarillas: extranjeros. Chinchetas blancas: sin clasificar, que eran casi todas.

En el centro, con una chincheta roja, clavó el recorte de la señora de los pendientes de perla de Lavapiés. A su derecha, la foto del burofax del señor Casado. Debajo, un recorte del periódico decente sobre los presupuestos de Francia: el primer ministro francés proponía recortes de cuarenta y tantos mil millones y los mercados le habían contestado subiendo el interés del bono hasta cerca del cinco por ciento, cosa que no pasaba desde que él tenía pelo. Al lado, otro sobre Italia, con una gráfica en la que dos líneas subían juntas como dos ciclistas en una cuesta. Más abajo, una breve sobre la prima de riesgo española: veintiséis puntos más en un mes. "Lejos de los niveles de 2012", decía el titular, con ese optimismo de los titulares que solo sirve para recordarte 2012.

Con la lana roja empezó a unirlos.

Lavapiés con Fuencarral: dos fondos distintos comprando edificios enteros en el mismo barrio, en el mismo mes. Francia con Italia: el contagio. Italia con España: los veintiséis puntos. España con Lavapiés: si sube el interés, sube el alquiler, y si sube el alquiler, la señora de los pendientes de perla se va al cielo antes de lo previsto.

Luego, en un arranque de inspiración, unió con un hilo largo y tenso al diputado del Partido Reformista Nacional que llamaba okupa al presidente con la diputada de la Alianza Progresista que hablaba de imputados. Y del centro de ese hilo colgó, con una chincheta blanca, una servilleta de papel en la que había escrito con rotulador: *¿DÓNDE CENAN?*

Se apartó dos pasos para mirarlo. Era magnífico. Parecía el despacho de un comisario de película americana, de esos que no duermen, fuman en la oscuridad y tienen una exmujer que no les coge el teléfono.

En el piso de arriba se oyó el ruido de unas ruedas de maleta bajando por la escalera. Era jueves por la tarde, y los jueves por la tarde siempre bajaban maletas del quinto, porque el quinto, que había sido de doña Amparo durante cincuenta años, ahora era un piso turístico con una caja de llaves con código junto a la puerta y unos inquilinos nuevos cada tres días que preguntaban en inglés dónde estaba el Prado.

Don José cogió una chincheta roja, escribió en un papelito *5º — PISO TURÍSTICO* y lo clavó en el corcho, muy cerca del centro.

* * *

Doña Concha bajó a las nueve menos cuarto, con el delantal puesto y el gesto de quien viene a rescatar a un minero.

—José, las croquetas no son hasta el martes, pero la tortilla tampoco espera.

—Ven, Concha. Mira.

Ella se detuvo en el umbral del trastero. Observó el corcho con el flexo iluminándolo desde abajo, la lana roja cruzándolo en todas direcciones, las chinchetas de colores, la servilleta del "¿DÓNDE CENAN?", el papelito del quinto, y a su marido de pie delante de todo aquello con la lupa de mango de hueso en la mano, como un Sherlock Holmes de Chamberí.

Tardó un rato en hablar. Cuando lo hizo, no fue para decir lo que él esperaba.

—Está torcido.

—¿El qué?

—El corcho. Está torcido. Se cae hacia la derecha.

—Concha, no me fijes en el corcho. Fíjate en lo que hay dentro.

—Un tablero torcido no aguanta nada, José. Ni chinchetas ni argumentos. Lo has colgado a ojo.

—Lo he colgado con criterio.

—Lo has colgado a ojo. Te conozco. Tú calculabas puentes con ordenador y luego en casa no eras capaz de colgar un cuadro sin que se fuera al suelo. —Se acercó con los brazos cruzados—. ¿Y esto qué es? ¿Un mapa del tesoro?

—Es el Consorcio.

—Ya. ¿Y esa servilleta?

—Es una pregunta.

—Es una servilleta de mi cocina.

—Es una pregunta que no tiene respuesta todavía.

Doña Concha se inclinó a leer el papelito del quinto. Arrugó la nariz.

—¿Doña Amparo también es del Consorcio?

—Doña Amparo está en el cementerio de la Almudena, Concha. Su sobrino vendió el piso a una empresa que lo alquila a turistas. Tres días, cuatrocientos euros. Lo que pagaba ella en un año de comunidad.

—Su sobrino era un sinvergüenza desde la primera comunión. Eso no es una conspiración, es mala crianza.

—Las dos cosas, Concha. Siempre son las dos cosas.

* * *

Ella se sentó en la otra silla de enea, la que tenía menos enea todavía, con la precaución de quien se sienta en un andamio. Él se quedó de pie junto al corcho, en postura de conferenciante.

—¿Te acuerdas de la colmena catorce?

—No me acuerdo de ninguna de tus colmenas, José. Para mí todas son iguales y todas pican.

—La catorce. El año de la boda de tu sobrina, la del vestido con plumas.

—Ah. Eso sí lo recuerdo. El vestido, no la colmena.

Don José sacó del bolsillo de la chaqueta una libreta de tapas negras, gastada en las esquinas, en la que llevaba veinte años anotando el estado de sus colmenas de La Hiruela con una letra pequeña y recta de ingeniero. La abrió por una página marcada con una hoja seca de castaño.

—Catorce de mayo de dos mil nueve —leyó—. Colmena catorce. Huérfana. La reina había muerto o se había ido, no lo sé. Cuando una colmena se queda sin reina tiene unos días para criar otra. Si no lo consigue, pasa una cosa muy rara.

—¿Qué cosa?

—Que algunas obreras empiezan a poner huevos.

—¿Y eso es malo? Yo pensaba que lo que querían las abejas era poner huevos.

—Las obreras no pueden fecundarlos, Concha. No se han apareado nunca. Ponen huevos sin padre. Y de un huevo sin padre, en una abeja, solo sale un zángano.

Doña Concha descruzó los brazos, cosa que hacía muy pocas veces y solo cuando algo le interesaba de verdad.

—Sigue.

—Ponen tres, cuatro, cinco huevos en cada celda, todos torcidos, pegados a las paredes, porque no saben hacerlo. Una reina pone un huevo derecho en el centro, uno por celda, perfecto. Las obreras ponedoras lo hacen todo mal. Y las celdas se cierran abombadas, como balas, porque los zánganos son más grandes y no caben. Al cabo de un mes, la colmena está llena de zánganos. Zánganos que no trabajan, no buscan néctar, no defienden la piquera, no limpian, no crían. Solo comen miel. Y las pocas

obreras viejas que quedan se van muriendo, porque no nacen obreras nuevas que las releven.

—¿Y qué pasa al final?

—Que se muere la colmena entera. Con la despensa llena de bocas.

Se quedaron un momento callados. Arriba sonaron otra vez las ruedas de una maleta.

—Eso se llama colmena zanganera —dijo Don José—. Y eso es España.

Doña Concha lo miró con una ceja levantada.

—¿España no tiene reina?

—España tiene rey, Concha, que no es lo mismo. Hablo de otra cosa. De lo que une. De lo que hace que cada uno ponga su huevo en su sitio. Cuando eso se pierde, cada obrera se cree reina. Y todas se ponen a poner a la vez, cada una en su celda, cada una a su manera, todas torcidas. ¿Y sabes qué sale?

—Zánganos.

—Diecisiete parlamentos autonómicos, Concha. Ocho mil ayuntamientos. Diputaciones, cabildos, consejos comarcales, mancomunidades, agencias, observatorios, fundaciones, empresas públicas, asesores de los asesores. Cada obrera poniendo su huevecito. Y cuando te quieres dar cuenta, la mitad de la colmena no da golpe y la otra mitad está agotada de mantenerlos.

—Eso es lo mismo que pasa en las comunidades de vecinos —dijo doña Concha, pensativa—. Desde que murió don Eusebio, que era el presidente de verdad, aquí cada uno hace lo que le da la gana. El del segundo ha cerrado la terraza sin licencia, la del cuarto pinta el rellano de color salmón, y nadie dice nada porque nadie manda.

—¡Exacto!

—Y la del cuarto se cree reina.

—¡Exactamente eso!

—Pues no lo es. Es una cursi.

Don José abrió los brazos, emocionado, como quien ve por fin entrar una abeja con polen en una colmena que daba por perdida.

—¿Lo ves? Me estás dando la razón.

—Te estoy dando la razón en lo de la del cuarto. En lo del Consorcio sigues estando loco.

* * *

—¿Y cómo se salva una colmena zanganera? —preguntó ella al cabo de un rato.

Don José se rascó la cabeza. Era la pregunta que no quería que le hicieran.

—Es muy difícil. Casi nunca se salva.

—Casi nunca no es nunca.

—Se puede intentar unirla a otra colmena fuerte. O sacudir todas las abejas lejos del colmenar, para que vuelvan solo las que saben volar bien y las ponedoras se pierdan por el camino. O darle un cuadro de cría joven de otra colmena sana, con larvas pequeñas, para que críen una reina nueva.

—¿Y eso funciona?

—A veces. Si las obreras todavía tienen ganas. Si no están demasiado cansadas. Si alguien les da tiempo.

—¿Y lo hiciste con la catorce?

Don José miró la libreta. En la página de mayo de 2009, debajo de la anotación de la colmena huérfana, había una línea escrita con otra tinta, unas semanas más tarde: *14 — perdida*.

—No me dio tiempo —dijo—. Me enteré tarde. Estaba con la boda de tu sobrina.

—La del vestido con plumas.

—Esa.

—Pues ya ves —dijo doña Concha, levantándose—. Las bodas matan más colmenas que el Consorcio.

* * *

Ella fue hacia la puerta. Don José pensó que se iba, que el juicio había terminado, que la próxima vez que bajara al trastero se encontraría el corcho en el contenedor azul junto con los periódicos viejos y los catálogos de muebles. Ya se lo había advertido una vez, con los suplementos dominicales, en 1994, y había cumplido.

Pero doña Concha no se fue. Se detuvo en el umbral, se volvió y dijo:

—Espérate aquí.

Subió. Bajó a los cinco minutos con la caja de herramientas que guardaba en el armario de la limpieza, la de metal rojo con su nombre grabado en la tapa, que le habían regalado los encargados de obra cuando se jubiló: *Para doña Concepción, que nunca dejó pasar un fallo*.

Sacó un nivel de burbuja de cuarenta centímetros. Lo apoyó en el borde superior del corcho. La burbuja se fue hacia la izquierda con descaro, como un niño que se escapa.

—Lo que yo decía. Cuatro milímetros de caída en un metro. Una vergüenza.

—Concha, es un corcho, no un forjado.

—Todo es un forjado, José. Si no está a nivel, lo que cuelgas encima se acaba cayendo. Igual que los países.

Sacó un destornillador, aflojó dos tornillos, levantó la esquina derecha medio centímetro con una cuña de cartón que fabricó en un segundo doblando una tapa de caja, y volvió a apretar. Puso el nivel. La burbuja se quedó en el centro, quieta, obediente.

—Ya está.

Don José la miraba con la boca un poco abierta.

—¿Entonces me dejas tenerlo?

—Te dejo tenerlo recto. Si se tuerce, lo tiro. Y lo tiro contigo dentro.

—¿Y lo del Consorcio?

Doña Concha cerró la caja de herramientas con un clac seco.

—Lo del Consorcio no me lo creo. Pero si vas a estar loco, por lo menos que sea a plomo.

Recogió la caja y se fue hacia la escalera. A mitad del pasillo, sin volverse, añadió:

—Y la servilleta me la devuelves. Es del juego de las Navidades.

* * *

Don José se quedó solo en el trastero, delante del corcho perfectamente nivelado. Le pareció más serio, más convincente, como si al ponerse derecho hubiera ganado credibilidad. Quizá su mujer tuviera razón en eso. Quizá las ideas, como los cuadros, necesitaban estar a nivel para que alguien las tomara en serio.

Quitó la servilleta del "¿DÓNDE CENAN?", la dobló con cuidado y se la guardó en el bolsillo para devolverla. En su lugar escribió la pregunta en una tarjeta blanca y la clavó con una chincheta azul.

Luego cogió la libreta negra de las colmenas, la abrió por la última página en blanco y escribió con su letra pequeña y recta de ingeniero:

Colmena España. Estado: zanganera, posiblemente. Obreras ponedoras en todas partes. Despensa llena de bocas. Reina: no localizada.

Se quedó mirando la frase. Le faltaba algo. Volvió a coger el bolígrafo y añadió, debajo, más pequeño:

Tratamiento: pendiente. Me enteré tarde la otra vez. Esta vez, no.

Apagó el flexo. En la oscuridad del trastero, el hilo de lana roja brillaba un poco con la luz que entraba del pasillo, como las patas de una araña que hubiera tejido un mapa.

Al subir la escalera se cruzó con dos turistas jóvenes que bajaban del quinto con mochilas y un mapa del metro. Le preguntaron en inglés dónde estaba el Prado.

Don José se lo explicó con todo detalle, con indicaciones precisas, recomendaciones de salas y advertencias sobre los carteristas de Atocha. Eran unos chicos muy simpáticos. Le dieron las gracias tres veces.

No era culpa suya, pensó mientras subía al segundo, que fueran zánganos.

Capítulo 5

Lo que no se dice

Doña Remedios tenía la teoría de que el amor era una cuestión de metros cuadrados.

—En mi época, hija, una no se casaba con un hombre. Se casaba con un piso. El hombre venía dentro, como el calentador.

Samanda le estaba cortando las uñas de los pies, sentada en un taburete del baño, con la toalla de rizo sobre las rodillas y las gafas de leer de la señora puestas, porque eran las únicas que había en la casa con la graduación adecuada para no llevarse un dedo por delante.

—¿Y usted se casó con un piso, doña Remedios?

—Con uno en la calle Toledo. Tercero sin ascensor, cocina de carbón y un balcón que daba a la iglesia de San Isidro. Precioso.

—¿Y el marido?

Doña Remedios lo pensó con la mirada perdida en los azulejos.

—Venía con el piso. Se llamaba Anselmo. Era guardia de tráfico. Muy buena persona y muy aburrido. Roncaba en dos tonos, como el silbato.

—¿Y lo quiso?

—Mucho. Pero tardé once años en darme cuenta. Al principio solo quería el balcón.

Samanda cortó la última uña, la del dedo pequeño, que era la que más se resistía, y le puso crema en los pies con movimientos lentos, en círculos, como le habían enseñado en el curso de auxiliar que había hecho en Rosario a los diecinueve años, cuando todavía creía que con un certificado se arreglaba la vida.

—¿Y cómo se dio cuenta?

—Porque un día se puso malo de la vesícula y lo ingresaron una semana en La Paz. Y yo estaba sola en el piso, con el balcón, con la iglesia, con todo lo que había querido. Y me pasé la semana llorando. —Doña Remedios la miró por encima de las gafas, que eran de Samanda—. Entonces supe que lo que quería no era el balcón. Era que alguien roncara en dos tonos en la habitación de al lado.

Samanda le puso los calcetines de lana. No dijo nada. A veces, doña Remedios, que no recordaba lo que había desayunado, recordaba exactamente lo que una necesitaba oír.

—¿Usted está casada, hija?

—No, señora.

—¿Y tiene piso?

—Tengo la mitad de uno.

—Ah. —La señora asintió con gravedad, como un notario que ha leído una escritura—. Entonces tiene usted medio marido.

* * *

El audio de su madre llegó a las dos y diez, cuando Samanda estaba en la parada del 148 con el caramelo de violeta en el bolsillo del abrigo. En Rosario eran las nueve y diez de la mañana. Su madre nunca mandaba audios antes de las doce, salvo cuando no había dormido.

Samanda miró la pantalla. Duración: cuatro minutos y treinta y ocho segundos.

Lo escuchó entero, con el auricular pegado a la oreja y la mano tapándose la otra, mientras el autobús llegaba, abría las puertas, esperaba y se iba sin ella.

—Hola, mi amor, hola, ¿cómo estás? ¿Cómo están los nenes? Te extraño tanto, Sami, no sabés cuánto. Ayer soñé con Thiaguito, que estaba grande, grande, así de alto, y me decía abuela... Bueno. Escuchame una cosa. No te

asustes, ¿eh? No es nada grave. Es que me vino la boleta de la luz y es una locura, Sami, una locura, con todo lo que aumentó, y el Rubén se fue, ya te conté que el Rubén se fue, ¿no? Bueno, se fue. Se llevó la tele y todo, el muy... Y yo estoy sola con la boleta y el alquiler, y me dijeron que si no pago hasta el viernes me cortan. Y yo no te pediría, mi amor, vos sabés que no te pediría, pero es que no tengo a nadie más. Son trescientos euros nada más. O doscientos, aunque sea. Vos allá ganás en euros, Sami, para vos no es nada...

Hubo una pausa en el audio. Se oyó un ruido de vaso contra una mesa, un ruido que Samanda conocía desde antes de saber hablar, y que su cuerpo seguía reconociendo con la misma precisión con que un perro reconoce los pasos de su dueño.

—...y otra cosa. No le digas nada a tu hermano, que él no entiende. Te quiero, mi amor. Te quiero muchísimo. Dales un beso a los nenes de parte de la abuela Rosa. Chau, chau.

Samanda se quedó en la parada. Pasó otro 148. Tampoco lo cogió.

Pensó en la palabra "nada". *Para vos no es nada.* Pensó en los mil ciento y algo. Pensó en la cuota de la escuela infantil, que seguía sin pagar. Pensó en la seño de la muda, con su sonrisa que no admitía réplica.

Pensó en el Rubén, que no sabía quién era, y en los anteriores al Rubén, de los que sí se acordaba: el Gustavo, que les pagaba el alquiler y les pegaba los sábados; el Néstor, que no pegaba pero tampoco pagaba; el señor Ferreyra, que tenía una ferretería y un auto y una esposa en Funes, y que durante dos años les mantuvo la heladera llena y la casa en silencio. Su madre los llamaba a todos "mi compañero". Samanda, desde los nueve años, los llamaba "el que paga ahora".

Se subió al tercer 148.

* * *

El locutorio estaba en la calle Marcelo Usera, entre una frutería y una peluquería dominicana que tenía la música tan alta que los clientes del locutorio hablaban por teléfono a gritos, como si llamaran a otro continente sin cables, que en el fondo era lo que hacían.

El dueño se llamaba Wilson, era ecuatoriano de Loja y llevaba veinte años enviando a América Latina el dinero de media Usera. Tenía detrás del mostrador un cartel con los tipos de cambio escritos a mano, una estampita de la Virgen del Cisne y un calendario de una carnicería halal del barrio, regalo de un cliente, que no le pegaba con nada y que nunca había querido quitar.

Había cola. Siempre había cola los jueves por la tarde.

Delante de Samanda esperaban una señora boliviana con una niña dormida a la espalda, envuelta en un aguayo de colores; un muchacho senegalés con un casco de repartidor bajo el brazo; dos hermanas paraguayas que discutían en guaraní sobre si mandar ciento cincuenta o doscientos; y un señor rumano mayor, con boina, que enviaba dinero a una nieta que estudiaba Medicina en Cluj y que se lo contaba a todo el que quisiera escucharle, y también a los que no.

Samanda pensó que aquella cola era la verdadera economía de España, la que no salía en el telediario de Don José. Toda aquella gente limpiaba, repartía, cuidaba, cocinaba, cargaba y servía durante doce o catorce horas, y luego venía al locutorio de Wilson a mandar una parte a alguien que estaba lejos y que también necesitaba. Era como una colmena enorme, pensó, aunque la idea de las colmenas no era suya y le dio un poco de risa: se le había pegado del viejo. Miles de abejas obreras trayendo el néctar de un sitio para llevarlo a otro. Y nadie les preguntaba si podían, ni si querían, ni si se lo guardaban para ellas.

—¿Cuánto, mi reina? —preguntó Wilson cuando le llegó el turno.

Samanda abrió la cartera. Tenía ciento veinte euros en efectivo: los de la semana, para la compra del súper, los yogures, los pañales, las manzanas.

—Cien.

—Cien a Rosario, a nombre de Rosa Beatriz Medina, como siempre.

—Como siempre.

Wilson tecleó en su ordenador, que era tan viejo que hacía ruido de tren. Imprimió el comprobante.

—Comisión, seis euros.

Samanda le dio los ciento seis. Le quedaron catorce.

—¿Todo bien, mi reina? Tiene cara de cansada.

—Todo bien, Wilson. Es que trabajo mucho.

—Aquí todos trabajamos mucho —dijo él, con una sonrisa de hombre que lleva veinte años viendo las mismas caras—. Por eso tenemos esta cara.

Samanda salió a la calle. La peluquería dominicana seguía con la música altísima: un merengue antiguo, de esos que hablan de amores que se van y vuelven. Escribió un mensaje a su madre: *Te mandé 100. Es lo que puedo. Cuidate. Los nenes están bien.*

Su madre le contestó en once segundos con tres corazones, un emoji de beso y la palabra *gracias* escrita sin tilde y con cinco eses.

Luego, a los dos minutos, otro mensaje: *Si podés mandar los otros 200 a fin de mes, mejor. Te quiero.*

Samanda guardó el móvil en el bolsillo sin contestar.

Diego no sabía nada de aquello. Nunca se lo había contado. No por desconfianza, sino porque había cosas que, si se decían en voz alta, se volvían de cristal y se rompían con cualquier golpe: la vergüenza, la culpa y el amor por una madre que no lo merecía. Prefería llevarlas en el bolsillo, como el caramelo de violeta.

* * *

A las seis y media, mientras Thiago coloreaba en la mesa de la cocina una calabaza de color violeta porque, según él, el naranja era aburrido, sonó otra vez el teléfono. No era su madre. Era un número de Albacete.

—¿Samanda? Soy Encarna. La del piso.

La casera hablaba siempre como si estuviera dando el pésame: bajito, despacio, con muchas pausas. Era una viuda de setenta y tantos años que había heredado de su marido tres pisos en Madrid y que vivía en Albacete con una hermana, una perrita y una enorme desconfianza hacia la capital.

—Hola, doña Encarna. ¿Está todo bien?

—Sí, hija, sí. Todo bien. Os llamo por una tontería. Es que... me ha llamado un señor.

Samanda dejó de mirar la calabaza violeta.

—¿Un señor?

—De una empresa. Muy educado, eso sí. Me ha dicho que están comprando pisos en vuestro barrio y que me hacen una oferta por el mío. Una oferta muy buena, la verdad. Bastante más de lo que yo pensaba que valía.

—Ah.

—Pero vosotros no os preocupéis, ¿eh? Yo no he dicho nada todavía. Le he dicho que lo tengo que pensar, que tengo inquilinos, que sois buena gente y pagáis puntual. Pero bueno, os lo digo por si acaso. Para que no os pille de sorpresa si viene alguien a ver el piso.

—¿Cómo se llama la empresa, doña Encarna?

—Uy, hija, no me acuerdo. Un nombre raro. En inglés, creo. Me dijo que me mandaba unos papeles por correo.

—¿Era un señor con barba?

Hubo un silencio al otro lado. Samanda se dio cuenta de que acababa de hacer la pregunta de Don José, palabra por palabra, y se sintió ridícula.

—Pues no lo sé, hija, era por teléfono. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Perdone. Es una broma de la familia.

—Bueno. Pues eso, que no os preocupéis. De momento no hay nada. Un beso a los niños.

Colgó.

Samanda se quedó mirando el teléfono. Pensó en Don José en la cocina de Chamberí, preguntándole a Diego quién era el dueño del piso. *Vigílala.* Pensó en el corcho del trastero, del que Diego le había hablado en el metro muerto de risa: chinchetas de colores, lana roja, una servilleta con una pregunta escrita.

—Mamá —dijo Thiago—. ¿La calabaza puede ser violeta?

—Puede ser de lo que vos quieras, mi amor.

—El abuelo José dice que las abejas ven el violeta mejor que nosotros.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo te dijo eso?

—En el cocido. Mientras Concha traía las natillas.

Samanda se tapó la boca. Luego le dio un beso a Thiago en la coronilla, que olía a plastilina y a sudor de niño, y decidió que eso tampoco se lo iba a contar a Diego. Al menos, todavía no. Ya tenía bastante con lo suyo.

Eran tres cosas, contó: la plata de su madre, la llamada de doña Encarna y la pregunta que no se atrevía a hacerse. Tres cosas que no se decían. Las fue colocando una al lado de otra en la cabeza, como hacía Mía con los garbanzos en el borde del plato.

* * *

El lunes era el día libre de Diego, porque Casa Benito cerraba los lunes desde 1974, cuando el Benito padre decidió que si Dios había descansado el domingo, él, que no era Dios, tenía derecho a descansar el lunes.

Diego lo pasó con los niños. Los llevó al parque Emperatriz María de Austria, les hizo un circuito de obstáculos con los bancos, la fuente y un árbol caído que Thiago llamó "el puente del dinosaurio", les compró pipas,

y dejó que Mía le pintara las uñas con un rotulador verde mientras él dormitaba en el césped con la cabeza sobre la mochila.

Samanda llegó a las cinco, después de doña Remedios. Los encontró a los tres tirados en la hierba, sucios, felices, con las manos pegajosas de un helado que no estaba en el presupuesto.

—¿Y eso? —preguntó, señalando los cucuruchos.

—Invito yo —dijo Diego—. He cobrado propinas.

—Diego, la cuota de la escuela...

—Pagada.

Samanda se quedó quieta.

—¿Cómo que pagada?

—Que la he pagado esta mañana. En efectivo. A la seño de la muda. Le he dado los doscientos diez y me ha hecho un recibo con una carita sonriente.

—¿De dónde sacaste doscientos diez euros?

Diego se encogió de hombros, que era lo que hacía siempre que no quería mentir pero tampoco contar la verdad entera.

—Tenía un bote. En el almacén del bar. Una lata de aceitunas vacía detrás de las cajas de agua. Lo voy llenando con las propinas buenas. Las de las bodas, las de las jubilaciones.

—¿Para qué?

—Para cuando haga falta.

—¿Y por qué no me dijiste?

Diego la miró desde el césped, con las uñas pintadas de verde y la cara manchada de chocolate.

—Porque si te lo digo, te pones a hacer cuentas.

Samanda se sentó en la hierba. No supo qué decir. Llevaba toda la semana guardándose cosas en el bolsillo, y resultaba que él tenía una lata de aceitunas.

Pensó en el señor Ferreyra, el de la ferretería, que también pagaba cosas sin decir nada y llenaba la heladera los viernes. Pensó en su madre diciendo "mi compañero". Pensó en ella misma a los nueve años, llamándolos a todos "el que paga ahora".

Y sintió algo frío en el estómago, algo que no tenía que ver con el helado: el miedo a ser lo que había jurado que nunca sería.

—Diego.

—¿Mmm?

—¿Vos por qué estás conmigo?

Diego abrió un ojo. Mía, a su lado, intentaba pintarle de verde también la oreja.

—¿Eso es una pregunta de las que se contestan o de las que hay que pensar?

—De las que se contestan.

Diego se incorporó sobre un codo. Se quedó mirándola un rato, con la seriedad que le salía muy pocas veces y que siempre pillaba a todo el mundo desprevenido.

—Porque contigo las letras no me hacen trampas.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Pero es verdad.

Volvió a tumbarse. Mía terminó la oreja y empezó con la otra.

Samanda se quedó sentada en la hierba, mirándolos, con las manos en el regazo. Pensó que él había contestado y ella no. Pensó que él tampoco le había hecho la pregunta, y que quizá era porque no la necesitaba, o porque le daba miedo la respuesta, igual que a ella.

Pensó que doña Remedios había tardado once años en darse cuenta.

* * *

Esa noche, cuando los niños dormían y Diego roncaba en diagonal —en un solo tono, comprobó, no en dos—, Samanda sacó la libreta cuadriculada y el bolígrafo mordido.

Escribió las cuentas de la semana. Restó los cien de su madre y los seis de comisión. Sumó los doscientos diez de la cuota que ya no tenía que pagar. Hizo la resta. Salía casi igual que antes, con una diferencia de cuatro euros a su favor, lo cual le pareció un chiste del destino.

Luego, al final de la página, hizo algo que no había hecho nunca. Dibujó dos columnas. En una puso arriba *YO*. En la otra, *DIEGO*.

En su columna fue poniendo lo que aportaba: el sueldo, la compra, la limpieza, los niños por la tarde. En la de Diego, su sueldo, las propinas, los niños por la mañana, la lata de aceitunas.

Al final de la columna de Diego dejó un hueco. Se quedó mirándolo un buen rato.

Pensó en las uñas verdes, en el "soy tu Diego" que le había dicho a Thiago delante del cocido, en la mano apretándole la rodilla por debajo de la mesa de su madre. En la forma en que le tapaba los pies cuando él se destapaba, que en realidad era la forma en que ella se los tapaba a él.

Nada de eso tenía precio. Nada de eso cabía en la libreta.

Escribió en el hueco un signo de interrogación. Luego lo tachó. Luego lo volvió a escribir.

Cerró la libreta, apagó la luz de la cocina y se quedó un momento a oscuras, junto a la nevera, donde seguía la nota de la semana anterior con su "te quiero" metido en un hueco.

No lo tachó. Tampoco lo repasó.

Lo dejó como estaba, que era lo que hacía doña Concha con las huellas en la vitrina, aunque Samanda no lo sabía. Ni lo sabría en mucho tiempo.

Capítulo 6

Las abejas no tienen consorcio

La negociación duró tres días y tuvo más reuniones que un pacto de gobierno.

El problema era el sábado. Samanda tenía un turno extra en las oficinas de la Castellana, porque una de las plantas se mudaba y había que dejarla "como nueva", que en el lenguaje de la encargada de Vallecas significaba "como no ha estado nunca". Diego trabajaba en Casa Benito, porque los sábados se casaba media España y la otra media celebraba algo. Y la escuela infantil, como todas las instituciones del Estado, consideraba que los sábados los niños desaparecían.

Fue Don José quien propuso la solución, por teléfono, el miércoles por la noche.

—Que se vengan con nosotros. Mía con Concha, y Thiago conmigo a La Hiruela, que tengo que preparar las colmenas para el invierno.

Hubo un silencio al otro lado. Luego se oyó la voz de doña Concha, que estaba escuchando desde el pasillo con la misma discreción con que la Guardia Civil escucha un control de alcoholemia.

—¿A La Hiruela? ¿Con un niño de cinco años? ¿En el coche? ¿Con tu rodilla?

—Mi rodilla no conduce, Concha. Conduzco yo.

—Con el carné caducado.

—Lo renové el lunes. Como tú me dijiste.

Doña Concha no tenía previsto aquel giro de los acontecimientos. Necesitó un momento para reorganizar sus tropas.

—El niño necesita una sillita homologada.

—La compramos.

—Del grupo dos. Con el anclaje Isofix.

—Lo que tú digas.

—Y un traje. No pienso dejar que le piquen las abejas.

—Le compro una careta de niño.

—Y le pones crema. Y gorra. Y le das de comer a la una, no a las tres como haces tú cuando estás con tus bichos.

—A la una.

Doña Concha se quedó sin argumentos, cosa que le ocurría con la frecuencia de los eclipses totales. Entonces cambió de táctica.

—¿Y yo qué hago con la niña?

—Lo que hacen las abuelas.

—Yo no soy su abuela.

—Pues lo que hacen las señoras que no son abuelas con niñas de tres años.

—No tengo ni idea.

—Concha, criaste a Diego.

—Por eso lo digo.

* * *

Salieron el sábado a las ocho y media de la mañana, con la sillita homologada del grupo dos con anclaje Isofix instalada en el asiento de atrás del Seat Toledo de Don José, un coche de 2004 que había sobrevivido a tres crisis económicas, dos reformas laborales y un granizo en Montejo de la Sierra. Doña Concha había revisado personalmente la instalación de la sillita, había tirado de las correas con las dos manos como quien prueba un arnés de andamio, y había dado el visto bueno con un gesto seco.

—Si le pasa algo al niño, José, no vuelvas.

—Si le pasa algo al niño, Concha, no volvería aunque me dejaras.

Thiago iba sentado en la sillita con la espalda muy recta, el tiranosaurio en el regazo, una gorra de Rosario Central demasiado grande y una mochila con un bocadillo de tortilla, una manzana cortada en gajos, un zumo, una muda, crema solar y una nota de su madre para Don José en la que ponía, en letra redonda: *No le deje comer miel directamente del panal, que después no duerme. Gracias por todo. S.*

Don José leyó la nota, la dobló y se la guardó en el bolsillo de la camisa, junto al corazón y a la libreta de las colmenas. Luego arrancó.

* * *

—¿Cuánto falta?

—Acabamos de salir de Madrid, Thiago.

—¿Y cuánto falta?

—Una hora y media.

—¿Eso es mucho?

—Es lo que dura un partido de fútbol.

Thiago lo pensó.

—¿Con descanso o sin descanso?

—Sin descanso.

—Entonces es poco.

Fueron por la A-1, con la radio puesta en el programa de las noticias. El locutor contaba que el Parlamento francés seguía sin aprobar los presupuestos, que los italianos estaban nerviosos y que la prima de riesgo española había subido otros cuatro puntos. Don José subió el volumen.

—¿Qué es la prima de riesgo? —preguntó Thiago.

Don José bajó el volumen otra vez y se quedó pensando cómo explicárselo a un niño de cinco años. Llevaba dos semanas intentando explicárselo a su mujer, sin éxito.

—¿Tú tienes un amigo en el cole que te pide cosas prestadas?

—El Iker. Me pide las pinturas.

—¿Y te las devuelve?

—A veces. A veces las rompe.

—Pues si te las rompe muchas veces, ¿qué haces la próxima vez que te las pide?

Thiago lo meditó con mucha seriedad.

—Le pido que me dé un caramelo antes.

—Eso es la prima de riesgo.

—¿Un caramelo?

—Lo que pides de más porque no te fías.

—¿Y España rompe las pinturas?

—A veces.

—¿Y quién le pide el caramelo?

Don José miró por el retrovisor. Thiago lo estaba mirando con los ojos muy abiertos, esperando la respuesta, con la misma atención con que él miraba de niño a su padre cuando le contaba cómo se calculaba el empuje de un puente.

—Eso es lo que yo quiero averiguar —dijo.

* * *

Pasado Buitrago, la carretera se estrechó y empezó a subir. Desaparecieron las naves industriales, los centros comerciales y las urbanizaciones con nombres de película americana. Aparecieron los robles con las hojas ya color cobre, los prados con vacas de color canela, las cercas de piedra seca y unos pueblos pequeños, de pizarra negra y tejados oscuros, donde no se veía a nadie.

—¿Aquí no vive nadie?

—Muy poca gente. En La Hiruela viven unas setenta personas. Cuando yo era joven, venían a veraneo muchas familias, y había escuela. Ahora la escuela está cerrada.

—¿Por qué?

—Porque no hay niños.

—¿Por qué no hay niños?

—Porque los jóvenes se fueron a Madrid a trabajar. Y en Madrid no les da para tener niños.

—¿Los echó el consorcio?

Don José sonrió a medias.

—No, Thiago. Se fueron solos. Que es peor.

* * *

El colmenar estaba a la salida del pueblo, bajando por un camino de tierra hacia el río, en una ladera orientada al sur, al resguardo de un muro de piedra donde los antiguos habían tenido sus colmenas de tronco durante siglos. Allí, en dos filas ordenadas sobre unos soportes de hierro, había dieciséis cajas de madera pintadas de colores: blancas, azules, amarillas y una verde, todas numeradas con pintura negra en el frente.

Don José abrió el maletero y sacó su equipo: el traje blanco con la careta de rejilla, los guantes de cuero, el ahumador de latón, la palanca, el cepillo de cerdas suaves, unas tiras de cartón, un saco de arpillera, un rollo de cinta americana y un bidón de agua.

Para Thiago había comprado en una tienda de apicultura de Alcobendas una chaqueta con careta de niño, de color blanco, que le quedaba grande y le daba aspecto de pequeño astronauta extraviado.

—¿Me van a picar?

—Si te estás quieto y no las molestas, no.

—Yo no me estoy quieto nunca. Lo dice la seño.

—Pues hoy vas a aprender. Las abejas son las mejores maestras de estarse quieto que hay.

Encendió el ahumador con unas hierbas secas y un trozo de cartón de huevera, y lo hizo funcionar con el fuelle hasta que salió un humo blanco, espeso, que olía a jara y a hoguera.

—¿Para qué es el humo?

—Para que piensen que hay un incendio. Entonces se ponen a comer miel, por si tienen que irse, y con la tripa llena están más tranquilas.

—Como tú después del cocido. Que te dormiste en el sofá.

—Exactamente igual.

* * *

Abrió la colmena número tres, que era la más mansa. Echó un poco de humo por la piquera, esperó, levantó la tapa con cuidado y echó otro poco por arriba. Luego, con la palanca, sacó un cuadro.

Thiago se quedó sin respiración.

El cuadro estaba cubierto de abejas, cientos, miles, moviéndose despacio unas sobre otras como un líquido dorado. Debajo se veían las celdas hexagonales, unas llenas de miel tapada con cera blanca, otras con polen de colores, amarillo, naranja, granate, y en el centro, más oscuras, las celdas con cría. El ruido era un zumbido grave, continuo, que se metía por los huesos.

—¿Qué están haciendo?

—Trabajar.

—¿Todas?

—Casi todas. Unas limpian las celdas. Otras dan de comer a las crías. Otras construyen cera. Otras guardan la puerta. Otras salen a buscar flores. Cada una tiene su trabajo según la edad, como en una casa.

—¿Y la mamá?

Don José buscó con la mirada entre las abejas. Tardó un rato, porque la vista ya no era la de antes, pero al final la encontró: más larga, con el abdomen más estirado, rodeada de un corro de obreras que la tocaban con las antenas.

—Ahí. Esa es la reina.

—¿Es la mamá de todas?

—De todas.

—¿Y manda mucho?

—No manda nada.

—¿Entonces por qué es la reina?

Don José lo pensó. Era la mejor pregunta que le habían hecho en veinte años de apicultura, y se la había hecho un niño de cinco años con una careta que le quedaba grande.

—Porque huele a casa. Desprende un olor, una feromona, que hace que todas sepan que son de la misma familia. Mientras está ella, todas trabajan juntas. Si se va, se desordenan.

—Como mi mamá.

—¿Tu mamá huele a casa?

—Mi mamá huele a lejía. —Thiago lo pensó un poco más—. Pero también a casa.

* * *

Don José le enseñó a levantar las colmenas por detrás para saber si pesaban lo suficiente, porque en otoño había que comprobar que tenían bastante miel para pasar el invierno. Le enseñó a poner el reductor de piquera, una tablilla de madera con una abertura estrecha, para que no entraran los ratones ni las avispas, y para que las abejas pudieran defender mejor la puerta.

—¿Defenderla de quién?

—De las abejas de otras colmenas. En otoño, cuando ya no hay flores, algunas se vuelven ladronas. Buscan una colmena débil y le roban la miel.

—¿Como los franceses?

Don José se quedó con la palanca en el aire.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tú. En el coche. Dijiste que los franceses rompen las pinturas y que nos van a pedir caramelos.

—No dije exactamente eso.

—Lo dijiste más o menos.

Don José tuvo que admitir que más o menos sí.

Luego, en la colmena número nueve, cogió con mucho cuidado una abeja con dos dedos, la puso bajo la lupa de mango de hueso que le había regalado el señor Casado y le enseñó a Thiago, sobre el lomo del insecto, un puntito marrón rojizo, brillante, del tamaño de la cabeza de un alfiler.

—¿Ves eso?

—Es una pequita.

—No es una pequita. Es la varroa. Un bicho que se agarra a las abejas y les chupa por dentro. No las mata de golpe. Las debilita poco a poco, y las vuelve enfermas, y transmite virus. Si no la controlas, en dos o tres años se te muere la colmena entera.

Thiago miró la varroa con mucha atención.

—Abuelo, ¿las abejas también tienen consorcio?

—Tienen varroa, que es lo mismo pero más pequeño.

Thiago asintió despacio, como quien acaba de entender un secreto del universo. A partir de ese momento, aunque Don José no lo supo hasta mucho después, su teoría del Consorcio tuvo su primer creyente.

* * *

Se sentaron a comer a la una en punto, porque las órdenes de doña Concha llegaban hasta la Sierra del Rincón, en una piedra grande junto al muro, con las caretas quitadas y las colmenas zumbando a una distancia prudente. Thiago se comió el bocadillo de tortilla, la manzana en gajos y la mitad del bocadillo de Don José. Luego se quedó un rato mirando las colmenas en silencio, cosa que no había hecho nunca en su vida.

—Abuelo.

—Dime.

—¿Cómo se cura la varroa?

—Con un tratamiento, en otoño y en invierno. Unas tiras con medicina que se cuelgan dentro de la colmena, o ácido oxálico cuando no hay cría. Pero eso solo la controla. No la cura del todo.

—Entonces no se cura.

—Hay otra cosa. —Don José se limpió las manos con un pañuelo—. Hay colmenas que se defienden solas. Las abejas se limpian unas a otras. Se quitan la varroa con las patas y con la boca, se la arrancan a la de al lado. Y otras abren las celdas donde hay crías enfermas y las sacan fuera. Se llaman abejas higiénicas. Las colmenas así aguantan mucho mejor.

—¿Se cuidan entre ellas?

—Eso es.

Thiago lo pensó.

—Mi mamá nos limpia a Mía y a mí. Y Diego también. Y yo le limpio a Mía los mocos aunque me da asco.

Don José lo miró. El niño tenía la gorra de Rosario Central torcida, la cara manchada de tortilla y un aire de solemnidad que le recordó, sin saber bien por qué, a su mujer revisando las correas de la sillita.

—Entonces tu familia es higiénica.

—¿Eso es bueno?

—Es lo mejor que se puede ser.

* * *

Por la tarde, Don José le llevó a la última colmena de la fila, la verde, que estaba un poco apartada de las demás y no tenía número.

—Esta la cogí en junio —explicó—. Era un enjambre que se había escapado de alguien y se había colgado de un roble junto al río, como un racimo de uvas. Lo metí en una caja y se quedó. No le he puesto número todavía.

—¿Por qué?

Don José tardó en contestar.

—Porque el número que le toca es el catorce. Y hace tiempo tuve una colmena catorce que se me murió porque no la cuidé bien. Desde entonces no he querido usar ese número.

Thiago miró la colmena verde, que zumbaba tranquila con el sol de la tarde dándole de lado.

—¿Y si la cuido yo?

—¿Tú?

—Yo. Cuando vengas, me traes y yo la miro. La levanto por detrás. Le pongo la tablilla. Le busco la varroa con la lupa.

Don José se agachó, con un crujido de rodilla que se oyó hasta en Montejo, sacó del bolsillo un rotulador de pintura negra y se lo dio al niño.

—Ponle el número.

Thiago lo cogió con el puño cerrado, como Mía cogía el tenedor, y escribió en el frente de la colmena verde, con mucho esfuerzo y la lengua fuera, un uno y un cuatro. El uno le salió torcido y el cuatro, al revés.

—Me ha salido mal.

—Te ha salido perfecto. —Don José miró el número con la cabeza ladeada—. Debajo pon tu nombre.

—No sé escribir mi nombre entero. Solo la T.

—Pues pon la T.

Thiago puso una T enorme, que ocupó casi todo el frente de la caja.

Don José sacó la libreta negra de las colmenas, la abrió por una página nueva y escribió con su letra recta de ingeniero:

Colmena 14 (verde). Enjambre de junio. Fuerte, mansa, buen peso. Responsable: Thiago. Asistente técnico: José.

* * *

Llegaron a Chamberí a las siete y media de la tarde. Thiago se había dormido en la sillita homologada a la altura de Lozoyuela, con el tiranosaurio en una mano y la lupa de mango de hueso en la otra, porque Don José le había dejado guardarla "hasta la próxima visita".

Don José lo subió en brazos por la escalera, despacio, contando los escalones por culpa de la rodilla. Abrió la puerta del piso con mucho cuidado para no hacer ruido.

En el salón, con la tele encendida sin volumen en un programa de cocina, encontró a doña Concha dormida en el sofá, con las gafas en la punta de la nariz, la boca un poco abierta y Mía dormida encima, como una gata, con la cabeza sobre su pecho. Las dos tenían los labios pintados del mismo rojo, mal pintados, por fuera de la línea, y las uñas de las manos pintadas de rosa chicle. Sobre la cabeza de Mía, ladeado, estaba el sombrero de fieltro gris de doña Concha, el de las bodas.

Don José se quedó un momento mirándolas en el umbral, con Thiago dormido en brazos.

Luego, con mucho cuidado, sacó el móvil del bolsillo con una sola mano e hizo una foto.

Doña Concha abrió un ojo.

—Ni se te ocurra.

—Ya está hecha.

—Bórrala.

—¿Estabas dormida, Concha?

—Estaba descansando la vista. —Se incorporó un poco, sin despertar a Mía, que no se movió—. La niña quiso pintarse. No sé de dónde ha sacado esa idea.

—De ti, supongo. ¿Y lo del sombrero?

—Se lo puso ella sola. Le encanta. Dice que es de reina.

Don José sonrió. Pensó en la colmena número tres, en la reina que no manda nada y solo huele a casa. Pensó que no iba a contárselo a su mujer, porque se lo tomaría a mal.

—¿Qué tal el niño? —preguntó ella, en voz baja.

—Ha puesto número a una colmena.

—¿Y le han picado?

—Ni una vez.

—¿Y ha comido a la una?

—A la una en punto. Y mi bocadillo también.

Doña Concha lo miró en la penumbra del salón, con el pintalabios corrido y el sombrero de las bodas en la cabeza de una niña ajena, y por un momento pareció que iba a decir algo importante. Pero no lo dijo. Doña Concha nunca decía las cosas importantes. Las hacía, o las dejaba sin hacer, que en ella era lo mismo.

—Pon al niño en la cama de Diego —dijo al fin—. Y quítale la gorra, que es de un equipo de fútbol.

Don José llevó a Thiago al cuarto que había sido de Diego, donde todavía estaban sus pósteres del Atlético y una estantería con libros que nunca había leído. Lo tapó con la colcha de ganchillo. Le quitó la gorra de Rosario Central y la dejó en la mesilla. Le quitó con cuidado la lupa de la mano.

El niño abrió los ojos un segundo.

—Abuelo.

—Dime.

—¿La catorce va a estar bien?

—Va a estar bien. La cuidas tú.

Thiago volvió a dormirse.

Don José se quedó un rato sentado en la cama de su hijo, a oscuras, con la lupa en la mano. Se dio cuenta de que el niño le había llamado "abuelo" todo el día y que él no le había corregido ni una sola vez. Se dio cuenta también de que no había pensado en el Consorcio desde la hora de comer.

Al día siguiente bajó al trastero a apuntarlo todo en el corcho.

Lo hizo con una chincheta nueva, de un color que no había usado hasta entonces y que no estaba en su código. Una chincheta verde clara, como la colmena número catorce.

Al lado escribió en un papelito una sola palabra: *Higiénicos*.

Capítulo 7

Nuevo dueño

Benito se lo dijo un martes a las cinco y diez, con la cocina recién cerrada, el comedor vacío y el televisor de la esquina emitiendo un concurso en el que nadie sabía quién había escrito *La Regenta*.

—Diego, siéntate un momento.

Diego no se sentaba nunca. Lo hizo porque Benito tampoco se sentaba nunca, y al verlo instalado en la mesa del fondo, la de don Anselmo, con las manos cruzadas sobre el mantel de papel y una caña sin tocar, comprendió que pasaba algo grave. Rosario, la cocinera, se asomó por el ventanuco de la cocina con el trapo en la mano y no volvió a meterse.

—He vendido el bar.

Diego se quedó mirándolo. En el televisor, una concursante decía con mucha seguridad que *La Regenta* la había escrito Galdós.

—¿Cómo que lo has vendido?

—Lo he vendido. El local, el traspaso, la licencia, el nombre, todo. Firmé el viernes en una notaría de la calle Serrano. Tenía unas sillas tan blandas que casi me duermo.

—¿A quién?

—A un grupo. De restauración. Tienen ochenta y tantos locales en España. Bares de los de antes, dicen. Tabernas de toda la vida.

—¿Y por qué los compran, si ya son de toda la vida?

Benito sonrió sin ganas.

—Porque los de toda la vida nos estamos muriendo, hijo. Y ellos han descubierto que eso se vende.

* * *

Le contó el resto con la voz cansada, mientras la caña se quedaba sin espuma.

El dueño del local, un señor de Valladolid que había heredado el bajo de su padre, le había subido el alquiler en septiembre: de dos mil cuatrocientos euros al mes a cuatro mil, porque, decía, en el paseo de las Delicias ya se pagaban esos precios. El proveedor de bebidas había subido un doce por ciento, el de la carne un quince, la luz no hacía falta ni contarlo. El médico le había dicho que con tres bypass y setenta y un años o se jubilaba o se lo jubilaban. Y su hija, que vivía en Dublín y trabajaba para una empresa de algo con ordenadores, le había dicho por videollamada que ni loca se hacía cargo del bar.

—Y entonces aparecieron estos —dijo Benito—. Me llamó un chico muy joven, muy educado, con un acento de colegio caro. Me invitó a comer en un sitio de esos donde te ponen la comida encima de una piedra. Me dijo que les encantaba Casa Benito. Que tenía "alma". Que tenía "autenticidad de barrio". Que el nombre tenía "valor de marca". Y me ofreció lo que no me va a ofrecer nadie más en mi vida.

—¿Y vamos a seguir? ¿Rosario, Paco, yo?

—Os mantienen a todos. Lo puse en el contrato. Eso sí que lo puse. —Benito se tocó el pecho, donde tenía las cicatrices—. Os quedáis todos. Con las mismas condiciones.

—¿Las mismas?

Benito apartó la vista hacia el televisor. La concursante había perdido. Era Clarín, le decía el presentador con una sonrisa de pésame.

—Más o menos las mismas.

* * *

Los del grupo llegaron el lunes siguiente, día de cierre, en una furgoneta negra y dos coches eléctricos. Eran seis: un arquitecto de interiores con gafas de pasta roja, una chica de recursos humanos con una carpeta, dos operarios, un fotógrafo y un hombre de unos treinta años con chaleco acolchado, zapatillas blancas y un pelo tan bien peinado que parecía de una figura de belén.

—Soy Íñigo —dijo, tendiéndole la mano a Diego con un apretón calibrado—. El nuevo *area manager*. Vosotros debéis de ser el equipo. Encantadísimo. Me han hablado maravillas de vosotros.

—¿Quién?

—El análisis. Hicimos un análisis previo del local. Vuestras valoraciones en internet son espectaculares. Cuatro coma siete estrellas. Hay una reseña que dice: "El camarero alto se acuerda de todo sin apuntar nada, parece magia". ¿Ese eres tú?

—Supongo.

—Genial. Eso es un activo. Lo vamos a potenciar.

Diego no sabía qué significaba exactamente potenciar un activo, pero intuyó que no iba a ser bueno.

Íñigo les explicó el plan con un entusiasmo de predicador. Se mantenía el nombre, Casa Benito, porque tenía "*equity*". Se mantenían los jamones colgados, porque eran "icónicos". Se mantenía la barra de zinc, aunque había que pulirla porque estaba "demasiado auténtica". Se cambiaban las mesas, las sillas, la iluminación, la vajilla, la carta, los uniformes, el sistema de comandas, los horarios, los proveedores y el televisor de la esquina, que sería sustituido por una pantalla con el logotipo del grupo y fotos de los platos girando en bucle.

—¿Y el cocido? —preguntó Rosario, desde la puerta de la cocina, con los brazos cruzados.

Íñigo consultó su tableta.

—El cocido sale de la carta. Es un plato de baja rotación y alto coste operativo. Tres horas de cocción no son escalables.

—Benito hace cocido aquí desde el setenta y cuatro.

—Lo sé, lo sé. Y lo vamos a homenajear. —Íñigo sonrió—. Habrá una croqueta de cocido. Viene precocinada de nuestra central de Getafe. Está buenísima, de verdad. La probamos en un *focus group* y ganó.

Rosario se metió en la cocina sin decir nada. Diego la oyó dar un portazo al armario de las ollas que debió de oírse en Legazpi.

* * *

La reforma duró nueve días. Cuando volvieron a abrir, Casa Benito parecía Casa Benito como un decorado de cine parece una calle: todo estaba en su sitio y nada era verdad.

Las paredes estaban pintadas de un verde oscuro "de taberna clásica" que nunca había existido en ninguna taberna. Los azulejos sevillanos originales se habían arrancado y sustituido por azulejos sevillanos nuevos, fabricados en Castellón, con un envejecimiento artificial que les daba un aspecto de haber sobrevivido a tres guerras. De las vigas colgaban bombillas de filamento visible, de esas que alumbran poco y cuestan mucho. Había fotos antiguas de Madrid en blanco y negro en marcos dorados, compradas a peso en un almacén de decoración, y entre ellas una de Benito padre detrás de la barra en 1975, que alguien había encontrado en el almacén y había enmarcado igual que las demás, como si fuera un desconocido.

La carta era un folio plastificado con fotografías de todos los platos. Las bravas, la tortilla, las croquetas de cocido, el pincho de moruno, el bocata de calamares. Todo con colores muy vivos, más apetitoso en la foto que en el plato.

Los camareros llevaban un delantal largo de cuero marrón, una camisa de cuadros verdes y una gorra plana de tela, como de pastor de película,

que a Diego le daba un aspecto, según Samanda, de vendedor de castañas en una función de colegio.

—Es *heritage* —le explicó Íñigo—. Lo pide el cliente.

—¿Qué cliente?

—El cliente objetivo. Treinta a cuarenta y cinco, urbano, que valora lo auténtico.

—Don Anselmo tiene ochenta y dos años.

—Don Anselmo es *legacy*. También lo cuidamos. Pero no es *target*.

* * *

El primer día que don Anselmo vino después de la reforma, se quedó parado en la puerta, con su bastón y su boina, mirando el verde de taberna clásica, las bombillas de filamento y la pantalla con fotos de platos girando, como quien vuelve a su pueblo y descubre que lo han convertido en un parador.

—Diego, ¿qué ha pasado aquí?

—Lo han comprado, don Anselmo.

—¿Quién?

—Unos señores.

Don Anselmo se sentó en su mesa, que ya no era su mesa porque las habían cambiado todas por unas de mármol falso, y que ya no estaba en su sitio porque habían redistribuido el comedor según "el flujo óptimo de servicio". Diego le llevó la carta plastificada.

—¿Y esto?

—La carta nueva.

—Yo quiero lo de siempre.

Diego sacó la tableta del bolsillo del delantal de cuero. Era una tableta pequeña, negra, con una funda de goma y una correa para la muñeca, en la que había que meter las comandas para que llegaran a la cocina por una

pantalla. Íñigo les había dado un curso de formación de dos horas, con diapositivas, en el que había repetido doce veces la palabra "intuitivo".

En la pantalla había categorías: *Para compartir*, *Nuestros clásicos*, *Tostas*, *Bocatas*, *Raciones*, *Dulces*, *Bebidas*. Dentro de cada categoría había botones con nombres de platos escritos en una letra pequeña, gris clara sobre fondo blanco, de esas tipografías modernas que parecen escritas por un mosquito.

Diego buscó *huevo frito con patatas*. No estaba. Buscó *huevos rotos*. Estaba, pero con jamón ibérico y pimientos de Padrón, por once euros con cincuenta. Buscó en *Nuestros clásicos*. Las letras empezaron a moverse. La be y la de se cambiaron de sitio. La palabra *patatas* se le convirtió en *taptas*, luego en *patasta*, luego se le escurrió de la pantalla como un pez de las manos.

—Diego, hijo, ¿qué te pasa?

—Nada, don Anselmo. Que esto es muy intuitivo.

Al final pidió unos huevos rotos sin jamón y sin pimientos, que el sistema no permitía, así que los pidió con jamón y con pimientos, y luego fue a la cocina a decirle a Rosario en voz baja que quitara el jamón y los pimientos y se los pusiera a don Anselmo como antes, con un huevo frito encima, y que no se lo dijera a nadie.

Rosario le hizo el huevo frito con puntilla, como le gustaba a don Anselmo, y dejó el jamón en un platito aparte para el gato de la farmacia.

—Esto no va a durar, mi niño —le dijo—. Ni ellos ni nosotros.

* * *

No duró. Al menos, no como antes.

La tableta se convirtió en el enemigo íntimo de Diego. En el viejo Casa Benito él llevaba catorce mesas en la cabeza y no fallaba nunca: sabía quién quería el filete muy hecho, quién la merluza sin salsa, quién era celíaco,

quién estaba de régimen y quién estaba de régimen pero pedía postre. Ahora tenía que meterlo todo en una pantalla, buscar cada plato entre letras diminutas, pulsar modificadores, confirmar, enviar. Y mientras buscaba, se le olvidaba la mesa siguiente. Por primera vez en quince años, empezó a equivocarse.

Una tarde mandó a cocina dieciocho cañas en vez de dos, porque pulsó tres veces un botón que no respondía. Otra noche le cobró a una pareja una botella de vino de cuarenta euros que no habían pedido, porque el botón estaba justo encima del de las cañas. Un sábado se le colgó la tableta en plena boda y tuvo que tomar las comandas de memoria, como antes, y ese día no falló ni una, pero Íñigo le echó la bronca porque el sistema no había registrado las ventas.

—Diego, entiéndelo. Si no está en el sistema, no existe.

—Pero la gente ha comido.

—Para la central, no.

Fue Samanda quien le dio la idea, una noche en la cocina de Usera, cuando él le contó, avergonzado, lo de las dieciocho cañas.

—¿Y si no lees?

—¿Cómo voy a no leer?

—Vos no leés cuando ponés la mesa. Ni cuando cortás el pan. Ni cuando hacés las coletas de Mía. Te acordás de dónde está cada cosa. —Samanda cogió la tableta, que él se había traído a casa para practicar—. Mirá. Los botones tienen colores. Los de bebida son azules. Los de raciones, naranjas. Los dulces, rosas. Y siempre están en el mismo sitio. No leas las palabras. Aprendete el mapa.

Diego se quedó mirando la pantalla. Por primera vez la vio como un tablero, no como un libro. El botón de las cañas estaba arriba a la izquierda, azul, el tercero. El de las bravas, en la segunda fila, naranja, el del medio. Los huevos rotos, en la tercera, al lado de la tortilla.

Esa noche se quedó hasta las tres de la madrugada aprendiéndose el mapa de memoria, con los ojos cerrados, tocando la pantalla a ciegas mientras Samanda le cantaba platos como quien canta números de lotería.

—Dos cañas, unas bravas y una de croquetas de cocido.

Arriba izquierda tercero, segunda fila centro, cuarta fila primero.

—Una tortilla, un tinto de verano y un flan.

Tercera fila segundo, arriba izquierda quinto, abajo derecha.

Al día siguiente no falló ni una comanda. Ni al otro. Íñigo le felicitó delante de todo el equipo y le dijo que era un ejemplo de "adaptación al cambio".

La semana siguiente, la central de Getafe mandó una actualización del sistema. Cambiaron la distribución de los botones "para mejorar la experiencia de usuario".

* * *

Las condiciones laborales también se actualizaron, aunque eso no lo anunció nadie con diapositivas.

La chica de recursos humanos le dio a cada uno un contrato nuevo. "Es lo mismo, solo cambia la empresa", dijo. Diego miró las seis páginas de letra pequeña. Las letras empezaron a bailar desde la primera línea, como siempre que tenía un papel importante delante y alguien esperando. Buscó las palabras que conocía: *jornada*, *salario*, *horario*. Las encontró, pero no las de alrededor.

—¿Lo firmas? —dijo la chica—. Tengo otros cuatro locales esta mañana.

Diego lo firmó. Siempre lo firmaba todo. Era más fácil firmar que confesar que no podía leerlo.

En la cabecera del contrato, en letra muy pequeña, debajo del logotipo del grupo de restauración, había una línea que decía que el grupo estaba

"participado mayoritariamente" por una sociedad de inversión. La sociedad tenía un nombre con una palabra en latín y otra en inglés y una sigla al final. El mismo nombre que figuraba en el burofax que el señor Casado le había enseñado a Don José en una papelería de Fuencarral.

Diego no lo vio. Las letras le hicieron trampas.

Lo que sí notó, al cabo de un mes, fue el resto. El contrato decía cuarenta horas, pero con "distribución irregular de la jornada". El horario cambiaba cada semana y llegaba por una aplicación el domingo por la noche. Las propinas ya no iban a la lata de aceitunas, sino a un "bote común" que se repartía a final de mes según unos criterios que nadie entendía. Y la mayoría de los clientes pagaba con tarjeta, y el datáfono tenía un botón para dejar propina que iba directamente a la cuenta de la empresa, "para repartir", y que nunca se repartía del todo.

Los lunes ya no se cerraba. El grupo consideraba que el cierre semanal era "una ineficiencia".

Diego seguía trabajando sesenta horas. Ahora cobraba menos, porque ya no había "ya te lo compenso", ni lentejas, ni Benito.

* * *

El último día de Benito no hubo fiesta, porque Íñigo dijo que no estaba en el presupuesto, pero la hicieron igual, a las doce y media de la noche, con la persiana a medio bajar.

Estaban Rosario, Paco el de la plancha, Diego, don Anselmo, que se negó a irse a casa, y dos o tres clientes de los de siempre. Rosario había hecho a escondidas un cocido de verdad, en su casa, en una olla exprés que había traído en el autobús envuelta en una toalla, con sus tres vuelcos, y lo sirvió en platos de plástico de una tienda de chinos porque la vajilla nueva estaba contada.

Benito se comió la sopa, los garbanzos y la carne sin decir una palabra. Luego se limpió la boca con una servilleta de papel y se levantó.

—Voy a decir una cosa y me voy, que el médico no me deja trasnochar.

Todos se callaron.

—Llevo cincuenta y dos años detrás de esa barra. Primero con mi padre, luego solo. He visto pasar tres jefes del Estado, si contamos a Franco, que mi padre siempre lo contaba. He visto ocho presidentes del Gobierno, tres crisis y una pandemia. Y en todos estos años he aprendido una sola cosa. —Señaló la barra de zinc, recién pulida, que brillaba como un espejo—. Un bar no es un local. Un bar es la gente que viene. Si se va la gente, se queda el local. Y un local, con jamones o sin jamones, no vale nada.

Se acercó a Diego. Le dio una palmada en el hombro.

—Tú eres el mejor camarero que he tenido. Y no sabes leer una carta. Eso tiene mucho mérito.

—Sí sé leer, Benito. Despacio.

—Ya lo sé. Por eso lo digo. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó algo envuelto en un papel de periódico—. Toma. Lo encontré en el almacén cuando vaciamos para la obra. Estaba detrás de las cajas de agua.

Era la lata de aceitunas. La de las propinas buenas. Diego se había olvidado de ella con la mudanza del almacén, con los nueve días de obra, con todo. Benito la había rescatado. Pesaba.

—No la he abierto —dijo Benito—. Pero suena a boda.

Diego no supo qué decir. Abrazó a Benito con cuidado, por las cicatrices. Rosario lloraba en la puerta de la cocina, con el trapo en la cara. Don Anselmo golpeó la mesa de mármol falso con el bastón, tres veces, como en el teatro.

* * *

Llegó a Usera a las dos menos cuarto con la lata de aceitunas debajo del brazo. Samanda estaba despierta en la cocina, con la libreta cuadriculada abierta. Él dejó la lata en la mesa, sobre las cuentas.

—¿Y eso?

—La lata. Me la ha guardado Benito.

Samanda la abrió. Dentro había billetes de diez, de veinte y alguno de cincuenta, doblados de mil maneras distintas, y monedas, muchas monedas, y un papelito con un número de teléfono y un nombre de mujer que Diego juró no conocer de nada, y que resultó ser de una novia que se había casado en el bar dos años antes y que le había dejado el número por si algún día montaba su propio restaurante.

Contaron trescientos cuarenta y tres euros con veinte céntimos.

—Es nuestro colchón —dijo Samanda.

—Es nuestro freezer —dijo Diego, que se acordaba de la abuela de las arvejas congeladas.

Samanda se rió. Luego dejó de reírse.

—¿Qué vas a hacer con el bar?

—Seguir.

—¿Seguir cómo?

—Aprendiéndome los botones cada vez que los cambien.

Samanda cerró la lata. Le miró las manos, que tenía apoyadas en la mesa, grandes, quemadas por la plancha en dos sitios, con una tirita en el pulgar. Pensó que eran las manos de un hombre que no sabía leer un contrato y se aprendía de memoria el mapa de una tableta a las tres de la madrugada. Pensó que había algo en eso que no salía en ninguna libreta.

—Diego.

—¿Mmm?

—Mañana me llevás el contrato nuevo. Lo quiero leer yo.

—¿Para qué?

—Para que las letras no te hagan trampas.

Diego la miró. Por un momento pareció que iba a negarse, por orgullo, por vergüenza, por la costumbre de treinta años de firmar sin leer y sonreír para que nadie se diera cuenta.

—Vale —dijo.

Fue la primera vez que dejó que alguien le leyera algo.

En el piso de abajo, una televisión emitía la repetición de un concurso. Alguien preguntaba quién había escrito *La Regenta*. Diego tampoco lo sabía, pero esa noche le dio exactamente igual.

Capítulo 8

Setenta y dos velas

Doña Concha no celebraba los cumpleaños. Los conmemoraba.

La diferencia, según ella, era la misma que hay entre una verbena y un funeral de Estado: en las dos hay gente, comida y música, pero en la segunda nadie se pone un gorro de cartón. Por eso, cuando Diego le dijo por teléfono que iban a ir "todos" a celebrar sus setenta y dos años, ella preguntó con la voz de quien revisa una lista de invitados en una embajada:

—¿Quiénes son todos?

—Nosotros cuatro. Y el hermano de Samanda con su novia, que quieren conocerte.

—¿Por qué quieren conocerme?

—Porque Samanda les ha hablado de ti.

Hubo un silencio en la línea.

—¿Y qué les ha dicho?

—Cosas buenas, mamá.

—Eso es lo que me preocupa.

* * *

Por la parte de doña Concha vendrían su hermana Pilar, cuatro años menor y treinta años más frívola, que había enviudado de un notario y se había consolado con cruceros por el Báltico; su sobrino Borja, hijo de Pilar, propietario de una empresa de reformas llamada Sinergia que no había terminado una obra en su vida; y la mujer de Borja, Cayetana, la del vestido de plumas, que había hecho perder a Don José la colmena catorce en 2009 y a la que él, en secreto, nunca había perdonado.

—Somos once —calculó doña Concha el sábado por la noche, sentada a la mesa del comedor con una libreta y un lápiz—. Doce si cuento a la niña.

—Cuenta a la niña —dijo Don José—. Ocupa más que nadie.

—La mesa es para diez.

—Pon la de la cocina al lado.

—La de la cocina es de formica, José.

—Ponle un mantel encima. Nadie se va a dar cuenta.

Doña Concha lo miró como si le hubiera propuesto esconder un pilar torcido detrás de un cuadro.

—Yo me daré cuenta.

* * *

Llegaron todos a la una y media, salvo Pilar, que llegó a las dos y cuarto porque el taxista "no conocía Chamberí", y Borja y Cayetana, que llegaron a las dos y media porque Cayetana "había tenido un día horrible". Era domingo. Nadie se atrevió a preguntar qué día horrible se puede tener un domingo a las once de la mañana.

Los primeros fueron los del sur.

Leandro, el hermano de Samanda, era un hombre de treinta y cuatro años, ancho como un armario de dos puertas, con las manos de hormigón, la piel tostada de quien trabaja a la intemperie y unos ojos claros que parecían pedir perdón por el resto del cuerpo. Era oficial de encofrado en una constructora de Alcorcón. Llevaba una camisa blanca planchada con tanto esmero que se le notaban todavía las rayas del paquete, y traía en las manos un ramo de flores envuelto en papel de celofán con un lazo dorado.

—Para usted, señora. Feliz cumpleaños. Mucho gusto.

Doña Concha cogió las flores. Eran claveles rojos y blancos. Le gustaron, aunque no lo dijo.

Detrás de Leandro venía Yuli. Yuli era colombiana, de Pereira, tenía veintinueve años, una sonrisa que ocupaba todo el rellano y un vestido amarillo de flores que parecía hecho para un día de sol en el Caribe y no para un domingo de octubre en Madrid. Trabajaba en una peluquería de Aluche. Y no había en su cuerpo ni un solo gramo de distancia protocolaria.

—¡Ay, doña Conchita! —exclamó, y antes de que nadie pudiera impedirlo, le dio un abrazo y dos besos—. ¡Por fin la conozco! ¡Samanda me ha hablado tanto de usted! ¡Feliz cumpleaños, mi reina!

Doña Concha se quedó rígida dentro del abrazo, con los claveles aplastados contra el pecho, como una estatua a la que le ha caído encima un andamio.

—Concepción —dijo, cuando consiguió liberarse—. O doña Concha. Los diminutivos son para los chupetes.

Yuli se llevó las manos a la cara, encantada.

—¡Ay, pero qué linda es usted cuando se enoja! ¿Verdad, Lea? ¡Es igualita que mi abuela!

Leandro asintió con una sonrisa de disculpa. Samanda, detrás, se tapó la boca. Diego miraba fijamente el paragüero.

Doña Concha, que llevaba cuarenta años siendo temida en todas las obras de Madrid, que había hecho llorar a un jefe de obra en el Ensanche de Vallecas y había conseguido que un promotor de Majadahonda derribara un muro entero porque estaba cuatro centímetros fuera de plomo, descubrió con horror que la estaban queriendo. Y no supo qué hacer con ello.

Así que hizo lo único que sabía.

—Pasen al salón. Y límpiense los pies, que se ha encerado el parqué.

* * *

La mesa estaba puesta para doce, con la mesa del comedor y la de la cocina unidas en forma de L y cubiertas con dos manteles de hilo que no eran del mismo juego, cosa que solo doña Concha sabía y que la tuvo intranquila toda la comida. Había vajilla de la cenefa azul para diez y dos platos de la vajilla de diario, que doña Concha colocó, tras una deliberación interna, en los sitios de Borja y Cayetana.

El menú era de cumpleaños de doña Concha desde 1985: consomé al jerez, merluza en salsa verde con almejas, solomillo con patatas panadera y, de postre, la tarta de whisky de la pastelería de la calle Ponzano, que llevaba cuarenta años abierta y que ella defendía como un monumento nacional.

Al principio todo fue bien. Mejor de lo previsto.

Leandro comía con un cuidado reverencial, cogiendo los cubiertos de fuera hacia dentro, como si alguien se lo hubiera explicado en el coche. Yuli alababa cada plato con exclamaciones dignas de un estreno en el Liceo. Thiago le enseñaba a Leandro la lupa de mango de hueso que Don José le había dejado. Mía comía merluza con los dedos y nadie se atrevía a decirle nada.

Pilar contaba su último crucero por los fiordos noruegos, donde había visto una ballena, o una roca muy grande, no estaba segura. Borja hablaba por teléfono con un cliente al que le aseguraba que la cocina estaría terminada el viernes. Cayetana fotografiaba la merluza desde tres ángulos distintos.

—Cayetana, hija, la merluza se enfría —dijo doña Concha.

—Es para Instagram, tía.

—La merluza no tiene Instagram.

* * *

Fue en el solomillo cuando doña Concha y Leandro descubrieron que tenían algo en común.

Leandro miraba el techo del comedor. Llevaba un rato mirándolo, entre bocado y bocado, con una atención profesional que solo doña Concha supo reconocer.

—¿Le pasa algo a mi techo? —preguntó ella.

—Nada, señora. Perdone. Es que tiene una fisura ahí, en la esquina de la ventana. Diagonal. Pequeñita.

Todos miraron. En la esquina, junto a la moldura de escayola, había una línea finísima, casi invisible, que bajaba en diagonal unos veinte centímetros.

—Lleva ahí desde el noventa y dos —dijo doña Concha—. Es de retracción del yeso. No tiene importancia.

—No, señora, perdone. —Leandro dejó el cuchillo y el tenedor en el plato, con el filo hacia dentro—. Es diagonal. Las de retracción van en línea recta o en mapa. Una diagonal a cuarenta y cinco grados en la esquina de un hueco suele ser de asiento. A lo mejor el dintel de la ventana está cargando un poco.

Se hizo un silencio en la mesa. Doña Concha dejó lentamente los cubiertos en el plato.

—¿Usted dónde ha estudiado?

—En ningún sitio, señora. En las obras. Empecé con quince años en Rosario, de peón. Luego de ayudante de encofrador. Aquí llevo once años de oficial.

Doña Concha se levantó, fue hasta la ventana y miró la fisura con las gafas de cerca. La miró un buen rato. Luego volvió a sentarse.

—Tiene usted razón. Es de asiento.

—Pequeñita, señora. No es nada grave. Con un testigo de yeso ve usted si se mueve.

—Ya sé lo que es un testigo de yeso.

—Perdone.

—No se disculpe. —Doña Concha lo miró con una expresión que su marido no le había visto desde 1979, cuando aprobó su candidatura—. Treinta años viviendo debajo de esa grieta y nadie se ha dado cuenta. Ni mi marido, que es ingeniero de caminos.

—Yo hago puentes, Concha, no techos —protestó Don José.

—Pues ya ves.

Al otro lado de la mesa, Borja colgó el teléfono y dijo, con la seguridad de quien no ha visto la grieta:

—Eso se arregla con una malla y un poco de pasta. Si quieres te mando a un chico.

Doña Concha ni siquiera lo miró.

—Borja, tu chico todavía no ha terminado el baño de tu suegra.

* * *

El problema llegó con el vino. O, más exactamente, con la segunda botella de rioja, que Don José abrió porque era el cumpleaños de su mujer y porque Leandro, que no bebía casi nunca, había dicho que estaba muy rico.

Pilar sacó el tema. Pilar siempre sacaba el tema.

—¿Habéis visto lo de las elecciones? Dicen que las van a adelantar.

—Que las adelanten —dijo Borja—. Así a lo mejor esto cambia.

—Esto no lo cambia nadie —dijo Don José, que había llenado su copa más de lo que su mujer consideraba prudente—. Da igual quién gane. Ganan los mismos. Los de la Alianza Progresista y los del Partido Reformista se pelean en la tele, y por la noche cenan juntos con los del Consorcio.

—José —dijo doña Concha.

—Es verdad, Concha. Mira la prima de riesgo. Mira los franceses. Mira el bar de Diego, que se lo han comprado unos de Getafe con pelo de belén.

Mira la papelería de Casado. Esto ya no lo arregla nadie. —Bebió un trago—. Como no venga otro coronel con bigote a poner orden...

Pilar aplaudió.

—¡Eso digo yo siempre!

Borja asintió. Cayetana siguió mirando el móvil. Diego bajó los ojos al plato. Yuli dejó de sonreír por primera vez en todo el día.

Samanda dejó la servilleta en la mesa.

—En mi país vinieron los coroneles a poner orden, Don José.

Lo dijo sin levantar la voz. Con la misma calma con que había hablado del corralito en el cocido, la misma con que contestaba a doña Remedios cada mañana de dónde era.

Don José se volvió hacia ella.

—Ya, hija, pero aquí sería distinto...

—Mi abuela tenía un hermano. Se llamaba Osvaldo. Era maestro en una escuela de un barrio de Rosario y daba clases a los chicos de noche, gratis, para que aprendieran a leer. Un sábado de marzo de mil novecientos setenta y siete salió a comprar cigarrillos. No volvió.

La mesa se quedó en silencio. Hasta Cayetana levantó la vista del móvil.

—Mi abuela lo buscó cuarenta años. Iba a la plaza los jueves con un pañuelo blanco en la cabeza y una foto de él colgada del cuello. Cuando yo era chica la acompañaba. Me acuerdo del pañuelo. Me acuerdo de la foto. Era un muchacho flaco, con anteojos, que se reía. Nunca lo encontraron.

Leandro le puso la mano en la espalda a su hermana. No dijo nada. Él también se acordaba del pañuelo.

—Los coroneles dijeron que venían a poner orden —siguió Samanda—. Y pusieron orden. Mucho orden. En las cárceles, en los ríos, en los aviones. Mi abuela decía que lo peor no fue el miedo. Lo peor fue que mucha gente aplaudió al principio. Porque estaban cansados. Porque

todo era un desastre. Porque los políticos eran unos inútiles y unos ladrones. —Miró a Don José a los ojos, sin rabia—. Exactamente lo que está diciendo usted.

Nadie habló. Mía, ajena a todo, intentaba meter una patata panadera dentro de su vaso de agua.

Don José dejó la copa en la mesa. La dejó despacio, como quien deja una herramienta que se ha dado cuenta de que estaba usando mal. Se le había ido el color de la cara.

—Tienes razón, hija.

—No lo digo para...

—Tienes razón. —La interrumpió con suavidad—. Lo he dicho mal. Lo he dicho como lo dice todo el mundo en los bares, sin pensar. Y eso que yo tengo edad para acordarme de lo que fue aquí.

Se quedó un momento callado. Luego, para sorpresa de todos, sacó del bolsillo de la chaqueta la libreta negra de las colmenas.

—Te voy a decir lo que quería decir, que no es lo que he dicho. —Pasó varias páginas—. Una colmena no se arregla con un coronel. Una colmena con un sargento que da órdenes se muere igual que una sin reina. La reina no manda. No da órdenes a nadie. Lo que hace es oler a casa, para que todas sepan que son de la misma familia. Eso es lo que nos falta. No alguien que mande. Algo que nos una.

Cerró la libreta.

—Yo no quiero un coronel, Samanda. Quiero una reina. Y perdóname por lo otro.

Samanda lo miró. Se le habían humedecido los ojos, aunque no lloró. Asintió.

—Usted no tiene la culpa, Don José. Es que acá también están cansados.

—Eso es lo que me da miedo, hija —dijo él—. Que estemos tan cansados.

* * *

Fue doña Concha quien rompió el silencio, como rompía siempre los silencios difíciles: de pie y con una orden.

—Diego, ayúdame a traer la tarta.

En la cocina, mientras sacaba la tarta de whisky de su caja de cartón y la colocaba en la bandeja de plata, doña Concha habló sin mirar a su hijo, de espaldas, con las manos ocupadas.

—Esa chica tiene más educación que toda mi familia junta.

Diego se quedó quieto con los platos de postre en la mano.

—Mamá...

—No he dicho nada más. Saca las velas. Están en el cajón de las servilletas. No quiero setenta y dos. Con una basta.

* * *

Diego no le hizo caso. O mejor dicho, Thiago no le hizo caso, porque fue él quien encontró en el mismo cajón dos velas con forma de número que alguien, en algún cumpleaños remoto de Diego, había comprado y no había usado nunca: un siete y un dos.

—¡Son setenta y dos! —anunció, triunfal—. ¡Hay que ponerlas!

Doña Concha intentó oponerse, pero Mía ya había trepado a una silla, Yuli ya estaba aplaudiendo y Leandro ya había apagado la luz del comedor. Encendieron el siete y el dos. Cantaron el cumpleaños feliz, en dos versiones simultáneas: la española, lenta y desafinada, de Pilar y Borja, y la latina, con palmas y un "¡que los cumpla feliz!" final, de Yuli, Leandro y

Samanda, con Thiago y Mía haciendo los coros en las dos al mismo tiempo.

—¡Pide un deseo, doña Conchita! —gritó Yuli.

—Concepción.

—¡Pide un deseo, doña Concepción!

Doña Concha cerró los ojos un segundo. Nadie supo nunca qué deseó. Luego se inclinó para soplar, y antes de que pudiera hacerlo, Mía, desde la silla, sopló las dos velas de golpe, con un soplido tremendo que salpicó de nata media mesa.

Hubo un instante de pánico. Luego Yuli se echó a reír, y después Leandro, y después Don José, y al final todos, incluida Pilar, que se rió por imitación sin saber muy bien de qué.

Doña Concha miró la nata en su blusa de seda. Miró a Mía, que la miraba a su vez con los ojos muy abiertos, esperando el castigo. Y entonces la niña, con la seriedad absoluta de los tres años, dijo:

—Ya está, Concha. Ya te he ayudado.

Samanda estuvo a punto de atragantarse otra vez con el agua. Leandro tuvo que salir al pasillo.

* * *

Los regalos llegaron con el café.

Pilar le regaló un pañuelo de seda comprado en el duty free de un aeropuerto de Estocolmo. Borja y Cayetana, un vale para un spa, "para que te relajes, tía", que doña Concha miró como quien recibe una citación del juzgado. Leandro y Yuli, una caja de bombones belgas y una tarjeta escrita por Yuli con letra de colegio y muchas exclamaciones. Diego y Samanda, una funda de gafas de cuero hecha a mano por un artesano de la calle Embajadores, que doña Remedios había recomendado porque "era el que le hacía las fundas a la marquesa de no sé qué".

Doña Concha agradeció cada regalo con la misma cortesía de protocolo. Luego le tocó el turno a Don José.

Era un paquete plano y rectangular envuelto en papel de estraza, atado con cuerda de esparto.

Doña Concha lo abrió. Dentro había un marco de nogal. Y dentro del marco de nogal, la foto que Don José había hecho el sábado de La Hiruela: doña Concha dormida en el sofá, con la boca un poco abierta y las gafas en la punta de la nariz, con Mía dormida encima, las dos con los labios pintados del mismo rojo, mal pintados, por fuera de la línea, y el sombrero de fieltro gris de las bodas en la cabeza de la niña.

Doña Concha se quedó mirando la foto. Todos se acercaron a mirar. Yuli soltó un grito de emoción. Pilar dijo "¡Ay, Concha!" con la voz de quien ve a su hermana en una situación vergonzosa y está encantada. Samanda se llevó la mano al pecho.

—José —dijo doña Concha, sin levantar la vista—. Te dije que la borraras.

—La borré. Después de imprimirla.

—Esto es una vergüenza.

—Es nogal, Concha. Tú toleras todo lo que tiene el marco de nogal.

Doña Concha cerró el papel de estraza sobre el marco. Lo dejó boca abajo sobre la mesa. Siguió con el café como si nada.

Pero Samanda, que se fijaba en las cosas, notó que no lo había vuelto a meter en la caja.

* * *

Se fueron a las siete. Leandro le dio la mano a doña Concha en el recibidor con una pequeña inclinación de cabeza, como un caballero antiguo.

—Gracias por todo, señora. Y lo de la grieta, póngale un testigo. Si quiere, un sábado vengo y se lo pongo yo.

—Ya sé poner un testigo.

—Ya lo sé, señora. Pero tiene usted setenta y dos años y no se va a subir a una escalera.

Doña Concha lo miró. Nadie le había dicho nunca a la cara que no podía hacer algo, excepto el cardiólogo y el párroco.

—El sábado que viene a las diez —dijo—. Trae tu propio yeso. El mío está caducado.

Yuli la abrazó otra vez antes de que pudiera evitarlo.

—¡Chao, doña Conchita! ¡La quiero muchísimo!

—Concepción.

—¡La quiero muchísimo, doña Concepción!

* * *

Por la noche, cuando todos se habían ido y la casa olía a café frío y a velas apagadas, Don José encontró a su mujer en el comedor, con la luz de la lámpara de pie encendida, sentada en su silla.

Había quitado el papel de estraza. Tenía el marco de nogal en las manos.

Él no dijo nada. Se quedó en el umbral, como se había quedado el sábado anterior con Thiago en brazos.

—La niña tiene la boca de la madre —dijo doña Concha, sin levantar la vista.

—¿Tú crees?

—Y el sombrero le queda mejor que a mí.

—Eso no es verdad.

—Sí es verdad. —Dejó el marco en la mesa—. José, lo que has dicho hoy en la comida...

—Ya lo sé.

—No. Déjame terminar. —Lo miró por encima de las gafas—. Lo del coronel era una barbaridad. Pero lo de la reina ha estado bien. Ha estado muy bien.

Don José se acercó y se sentó a su lado.

—¿Me das la razón, Concha?

—Te doy la razón en lo de la reina. En lo del Consorcio sigues estando loco. —Se levantó, cogió el marco y lo puso en la vitrina, de pie, junto al gato de porcelana, en el estante del medio, a la altura exacta de los ojos de una persona adulta. Lo enderezó con un dedo hasta que quedó perfectamente a plomo—. Y que sepas que esto lo pongo aquí porque es nogal.

—Claro, Concha.

—Por nada más.

—Por nada más.

Apagó la luz.

En la vitrina, junto al marco nuevo, un poco más abajo, a la altura de una niña de tres años, seguía la huella de una manita pringada de natillas que nadie había limpiado todavía.

Capítulo 9

La matanza

Aquel año el otoño fue tan templado que las abejas de La Hiruela tardaron en enterarse de que se había acabado el verano.

Florecieron tarde los brezos, las hiedras de los muros y unas últimas jaras que se habían equivocado de calendario, y las obreras siguieron saliendo al campo cada mañana con la diligencia de quien no sabe que la temporada ha terminado. Por eso, la matanza de los zánganos, que en otros años ocurría a finales de septiembre, ese año se retrasó hasta la segunda semana de noviembre.

Don José lo había calculado en la libreta negra, con fechas, temperaturas y pesos, como calculaba las cosas desde la Escuela de Caminos. Y el viernes por la noche, mientras doña Concha veía un programa de restauraciones de casas antiguas en el que siempre arrancaban algo que no había que arrancar, anunció que al día siguiente subía al colmenar.

—¿Solo?

—Solo. Thiago tiene la fiesta de cumpleaños de un compañero del colegio. Y el niño tiene derecho a una vida social.

—¿Y qué vas a hacer allí?

—Ver la matanza.

Doña Concha bajó el volumen del televisor.

—¿La matanza de qué?

—De los zánganos. Este año ha venido tarde. Mañana o pasado las obreras empiezan a echarlos.

—¿Y hace falta que estés tú delante?

—No hace falta. —Don José se levantó y fue a buscar el traje blanco al armario del pasillo—. Pero llevo cuarenta años esperando ver una en el Congreso de los Diputados, Concha. Me tendré que conformar con las abejas.

* * *

Salió a las siete y media de la mañana, con el Seat Toledo, el traje blanco doblado en el asiento del copiloto, un termo de café y un bocadillo de lomo que doña Concha le había preparado a las seis y media sin que él se lo pidiera, envuelto en papel de aluminio con una precisión de embalaje militar.

En la radio, el programa de la mañana hablaba del Congreso. Se votaba esa semana una ley de vivienda que llevaba dos años en el cajón, y los dos grandes partidos se habían puesto de acuerdo, por una vez, en votar en contra. Cada uno por razones distintas y opuestas, explicaba el tertuliano, pero en contra. El Partido Reformista Nacional decía que la ley era "intervencionista". La Alianza Progresista decía que era "insuficiente". El resultado era el mismo: no habría ley.

—Claro —dijo Don José en voz alta, solo en el coche—. Los zánganos no votan contra la miel.

Pasado Buitrago apagó la radio. A partir de ahí, en la carretera que subía entre robles con las hojas ya caídas, prefería escuchar el motor.

* * *

El colmenar estaba en silencio cuando llegó, o casi. Las abejas no salían todavía, porque a las nueve y cuarto de la mañana de un sábado de noviembre el sol aún no había calentado la ladera. Se oía un zumbido grave

y apagado dentro de las cajas, como el murmullo de una iglesia antes de la misa.

Don José se puso el traje, encendió el ahumador con jara seca y cartón de huevera, y se sentó en la piedra grande junto al muro, la misma donde había comido con Thiago, a esperar.

Esperar era la mitad de la apicultura. La otra mitad era no hacer nada a destiempo.

A las diez y media, cuando el sol tocó por fin las piqueras, empezó.

* * *

Lo vio primero en la colmena número seis, una de las más fuertes. Por la tablilla del reductor salió una obrera que arrastraba algo más grande que ella. Lo llevaba agarrado por un ala, tirando hacia atrás con las seis patas, con una determinación silenciosa que tenía algo de mudanza y algo de entierro. Era un zángano: gordo, oscuro, con aquellos ojos enormes que le ocupaban media cabeza y que, según Don José, le daban expresión de estar siempre un poco sorprendido de existir.

La obrera lo arrastró hasta el borde de la tabla de vuelo. Allí lo soltó. El zángano cayó a la hierba, se dio la vuelta, intentó volar, no pudo, y se quedó quieto, moviendo las patas.

Detrás salió otra obrera con otro zángano. Y otra. Y otra.

En veinte minutos, la escena se repetía en las dieciséis colmenas. Por todas las piqueras salían obreras arrastrando zánganos por las alas, por las patas, empujándolos con la cabeza. Algunos zánganos intentaban volver a entrar y eran detenidos en la puerta por las guardianas, que les cerraban el paso con una firmeza de portero de discoteca. Otros se quedaban en la tabla de vuelo, aturdidos, sin entender lo que pasaba, como funcionarios a los que les han cambiado la contraseña del ordenador sin avisar.

Al pie de cada colmena se fue formando un pequeño montón oscuro de cuerpos que se movían cada vez menos.

Don José los miraba desde la piedra, con el café del termo enfriándose entre las manos.

* * *

Había imaginado aquel momento con cierto gusto. Se había imaginado sentado allí, viendo a las obreras echar a los zánganos, pensando en el Congreso, en los ministros, en los asesores de los asesores, en los consejeros de las empresas públicas que nadie sabía para qué servían, en todos los que se comían la miel sin haber traído jamás una gota de néctar.

Incluso, la noche anterior, antes de dormirse, se había permitido una pequeña fantasía.

En la fantasía, era un martes de pleno en el Congreso. Las puertas de la Carrera de San Jerónimo se abrían y por ellas entraban las obreras de España: las limpiadoras de la Castellana con sus carros, los camareros con sus delantales, las cuidadoras de ancianas, los repartidores con sus mochilas cuadradas, los encofradores con las manos de hormigón, las cocineras dominicanas, los oficiales de primera, las enfermeras de noche. Entraban en silencio, sin gritar, sin pancartas, y cada una cogía a un diputado por la manga de la chaqueta, con educación pero con firmeza, y lo sacaba por la puerta de los leones, y lo dejaba en la acera, junto a la escalinata, donde los dos leones de bronce lo miraban con una indiferencia de siglos.

En la fantasía, Samanda sacaba a un diputado del Partido Reformista Nacional y Leandro a uno de la Alianza Progresista, uno con cada mano. Rosario, la cocinera de Casa Benito, sacaba al ministro de Economía agarrado de la corbata. Y Diego, que no sabía leer bien los nombres de las placas, los sacaba a todos por orden de estatura.

Don José se había dormido sonriendo.

Pero ahora, en la ladera, con el sol de noviembre en la cara y los montoncitos oscuros al pie de las colmenas, no sonreía.

* * *

Un zángano se le acercó caminando por la hierba. Había conseguido apartarse del montón, y avanzaba torpemente hacia la bota de Don José, como si buscara algo, un refugio, una explicación. Don José se agachó, con el crujido de rodilla habitual, y lo miró de cerca.

Era un animal perfecto. Grande, robusto, con el tórax cubierto de un vello pardo y suave. Los ojos le brillaban al sol con reflejos de cobre. Las alas estaban intactas. No tenía aguijón; los zánganos no tienen aguijón. No podía defenderse. No sabía buscar comida, porque nunca había tenido que buscarla. No sabía hacer cera, ni limpiar celdas, ni cuidar crías. Había nacido para una sola cosa, que ya no hacía falta. Y ahora, a la intemperie, iba a morir de frío y de hambre en un par de días.

—No es culpa tuya, ¿eh? —le dijo Don José en voz baja.

El zángano se quedó quieto sobre la bota.

—A ti te hicieron así. La colmena te crió para esto. Te dio de comer todo el verano. Te dejó entrar y salir de todas las colmenas, que tú podías, porque a los zánganos no os para nadie en ninguna puerta. Y ahora que llega el invierno, ya no le sirves.

Se dio cuenta de que estaba hablando con un insecto. Se dio cuenta también de que, en el fondo, no estaba hablando con el insecto.

Pensó en la obrera que había sacado al primer zángano de la colmena seis. No le había picado. No le había mordido. No había rabia en lo que hacía. Simplemente lo había llevado hasta la puerta y lo había soltado. Y luego se había dado la vuelta y había vuelto a entrar, a seguir trabajando.

Las obreras no odiaban a los zánganos. Ese era el detalle que nunca había visto en cuarenta años, o que había visto sin mirar. No los odiaban.

No los insultaban. No hacían tertulias sobre ellos ni les colgaban carteles. Simplemente, cuando llegaba el momento, dejaban de darles de comer y los acompañaban a la puerta. Sin ruido. Sin venganza. Porque había que pasar el invierno, y la miel era para las crías.

Don José se quedó mucho rato en cuclillas, hasta que la rodilla dijo basta. Luego cogió el zángano con dos dedos, con mucho cuidado, y lo dejó en una hoja de roble, al sol, junto al muro de piedra de los antiguos, donde el frío llegaría un poco más tarde.

Era una tontería. Lo sabía. Iba a morir igual.

Pero le pareció que, por lo menos, alguien debía despedirse de él.

* * *

Antes de irse, revisó la colmena verde, la número catorce, la de Thiago. Estaba fuerte, con buen peso, las obreras entrando cargadas de polen anaranjado de hiedra. También allí había un pequeño montón de zánganos expulsados junto a la tabla de vuelo, con la T enorme pintada encima.

Sacó el móvil y le grabó un vídeo a la colmena, con la T y el catorce al revés bien visibles, y se lo mandó a Diego con un mensaje: *Para Thiago. Su colmena está estupenda. Hoy ha sido la matanza de zánganos. Ya se lo explicaré.*

A las dos horas, cuando ya bajaba por Lozoyuela, le llegó un audio. Era la voz de Thiago, grabada en mitad de una fiesta de cumpleaños, con gritos de niños y una canción de dibujos animados de fondo.

—¡Abuelo! ¡Mi colmena es la más bonita! ¿Qué es la matanza? ¿Matan a los malos? ¿Los zánganos son los del consorcio? ¡Mañana me lo cuentas! ¡Adiós! ¡Te quiero!

Don José detuvo el coche en el arcén de la carretera, junto a un prado donde pastaban vacas de color canela. Escuchó el audio tres veces.

Pensó en cómo explicarle a un niño de cinco años que no, que los zánganos no eran los malos. Que no había malos en una colmena. Que solo había una colmena que quería vivir, y unos animales que habían dejado de ayudarla a vivir.

No supo cómo hacerlo. Pensó que ya se le ocurriría.

Lo que sí supo fue que había algo en su teoría del Consorcio que acababa de torcerse un poco, como el corcho del trastero antes de que su mujer lo nivelara. Y que iba a tener que pensar mucho para ponerlo a plomo otra vez.

* * *

Mientras tanto, en Chamberí, doña Concha supervisaba la instalación de un testigo de yeso.

Leandro había llegado a las diez menos cinco, con su propio yeso en un saco de cinco kilos, como le habían ordenado, una paleta, un cubo, una escalera de tijera de aluminio y una camisa de trabajo que olía a suavizante. Doña Concha le había recibido con el delantal puesto, una bata de obra que no usaba desde su jubilación y unas gafas de cerca colgadas al cuello con un cordón.

—Buenos días, señora.

—Llega usted cinco minutos antes.

—Perdone.

—No se disculpe. Es la primera persona en treinta años que llega antes a una obra mía.

Leandro subió a la escalera. Limpió la fisura con un pincel. Mojó un poco la zona. Amasó el yeso en el cubo con una mano experta, sin grumos, a la consistencia exacta de una crema espesa. Luego aplicó una pequeña franja perpendicular a la fisura, de unos diez centímetros de largo por tres de ancho, con un acabado tan liso que parecía cortado a cuchillo.

—Ya está —dijo—. Si la grieta está viva, en unas semanas el testigo se rompe. Si no se rompe en tres meses, puede dormir tranquila.

—Ponga la fecha.

Leandro sacó un lápiz de carpintero de la oreja y escribió encima del yeso fresco, con números grandes: 14-11.

Doña Concha miró el testigo con las gafas puestas, desde abajo, con la barbilla levantada. No le encontró ni un fallo. Ni uno. Lo miró un poco más, por si acaso.

—Bien hecho.

Leandro bajó de la escalera. Nadie le había dicho "bien hecho" en once años de oficial de encofrado. Ni en Rosario, ni en Alcorcón, ni en ninguna parte.

—Gracias, señora.

* * *

Doña Concha le ofreció café. Leandro lo aceptó y se lo tomó de pie en la cocina, porque no se atrevía a sentarse con la ropa de trabajo en aquellas sillas tapizadas. Ella le sacó unas pastas de mantequilla de una lata y se sentó frente a él, en la mesa de formica que la semana anterior había estado debajo de un mantel de hilo.

—¿En qué obra está usted ahora?

—En Alcorcón, señora. Un edificio de ciento veinte viviendas. Siete plantas. Estamos con la estructura de la quinta.

—¿Pilares de hormigón?

—Y forjado reticular. Casetones recuperables.

Doña Concha asintió con aprobación. Era como si dos personas que hablaran un idioma raro y en desuso se encontraran por casualidad en un país extranjero.

—¿Y quién es el promotor?

Leandro se encogió de hombros.

—Una empresa grande. Pero eso da igual, señora. El edificio ya está vendido entero.

—¿Vendido? Si va por la quinta planta.

—Vendido entero. Antes de empezar, me dijo el jefe de obra. A un fondo. Los ciento veinte pisos. Para alquilarlos. Lo llaman *build to rent*, o algo así. Construir para alquilar.

—¿Y los que quieran comprar un piso?

Leandro sonrió, sin alegría.

—No hay pisos para comprar, señora. Todos los de la obra lo hemos preguntado. Ninguno de los que levantamos ese edificio vamos a poder vivir en él. Ni de alquiler, con lo que van a pedir.

Doña Concha se quedó con la pasta de mantequilla a medio camino.

—¿Cómo se llama el fondo?

—Uy, no sé, señora. Uno con nombre en inglés. —Leandro se rascó la nuca—. Hexágono, me parece. Hay un cartel en la valla. Con un dibujito dorado de un hexágono, como una celda de abeja.

Doña Concha dejó la pasta en el plato.

No dijo nada. Sirvió más café a Leandro. Le preguntó por su madre, por Rosario, por Yuli, por si pensaban casarse. Le dio una bolsa con pastas para Yuli. Le acompañó a la puerta. Le dio la mano y le dijo que el sábado siguiente, si quería, podía venir a comer, que se haría cocido.

Pero cuando la puerta se cerró, se quedó un rato quieta en el recibidor, con las manos juntas sobre el delantal.

* * *

Don José llegó a las cinco y media de la tarde, con el traje blanco sucio de hierba, olor a humo de jara y una expresión que doña Concha no supo descifrar.

—¿Qué tal la matanza?

—Bien. —Se sentó en su silla de brazos, muy despacio—. Mal. No sé, Concha.

—¿Cómo que no sabes?

—Que no es como yo pensaba. —Se quedó mirando el grabado de las colmenas de La Hiruela en la pared, el del marco de nogal—. Las obreras no los odian. Los sacan sin rabia. Como quien saca la basura. No hay venganza. Solo hay invierno.

Doña Concha lo miró.

—¿Y eso qué significa?

—Que a lo mejor yo estaba equivocado en una cosa. No en todo. En una cosa. —Se pasó la mano por la cara—. Yo quería ver a los zánganos echados del Congreso. Y lo que he visto hoy es que los que echan a los zánganos no se alegran. Lo hacen porque no queda más remedio. Y luego vuelven a trabajar.

—José, tú has ido a ver bichos y has vuelto filósofo.

—Es lo que tienen los bichos.

Doña Concha se levantó. Fue a la cocina. Volvió con un vaso de agua y una aspirina, que dejó en la mesa delante de él, sin preguntar.

—¿Y esto?

—Tienes cara de dolor de cabeza.

—No me duele la cabeza.

—Pues de dolor de algo. —Se sentó en su silla, al otro lado de la mesa—. Por cierto, el lunes tienes que llevar el coche a pasar la ITV. Caduca el día veinte.

Don José miró la aspirina. Miró a su mujer. Se la tomó.

—¿Y el testigo?

—Perfecto. El chico es un artista. Mejor que cualquier oficial que yo haya tenido. —Hizo una pausa—. Va a venir a comer el sábado que viene. Con la novia.

—¿Con la colombiana?

—Con Yuli.

Don José levantó las cejas. Era la primera vez en cuarenta y siete años de matrimonio que oía a su mujer llamar a alguien por el nombre de pila después de haberlo conocido solo una vez.

No dijo nada. Había aprendido que, con doña Concha, los milagros eran como las abejas en noviembre: si los mirabas demasiado, se metían dentro.

* * *

Esa noche, cuando Don José ya roncaba —en un solo tono—, doña Concha se levantó de la cama, se puso la bata de lana y las zapatillas, cogió las llaves del trastero del cajón del recibidor y bajó al sótano por la escalera, sin encender la luz del rellano, para no despertar a los vecinos ni a los turistas del quinto.

Abrió la puerta verde. Encendió el flexo.

El corcho seguía allí, en la pared del fondo, perfectamente nivelado, con su lana roja y sus chinchetas de colores. Doña Concha lo miró desde la puerta, con los brazos cruzados sobre la bata, como quien mira el plano de un edificio que no ha diseñado ella.

Buscó con la vista. Lo encontró enseguida, en el centro, con una chincheta roja: el recorte del telediario de Lavapiés, la señora de los pendientes de perla, y debajo, escrito con la letra recta de su marido, el nombre del fondo. *Hexágono Capital Partners*.

Se acercó. Se puso las gafas de cerca. Lo leyó dos veces.

Luego sacó del bolsillo de la bata algo que había cogido de la cocina antes de bajar: un trozo de papel de su libreta de la compra, en el que había escrito con su letra inclinada de arquitecta, de las que aprendieron a rotular planos a mano: *Alcorcón. 120 viviendas. Vendidas antes de construir. Construir para alquilar.*

Lo sostuvo un momento en la mano, junto al corcho, a la altura de la chincheta roja.

No lo clavó.

Lo volvió a doblar y se lo guardó en el bolsillo de la bata.

Antes de irse, por pura costumbre, apoyó la mano en el borde superior del corcho y lo miró de lado, con un ojo cerrado, como miraba los forjados. Estaba perfectamente a plomo. Apagó el flexo, cerró la puerta verde y subió la escalera a oscuras, contando los escalones.

En el bolsillo de su bata, el papel doblado pesaba más de lo que pesa un papel.

No se lo diría a José. Todavía no. Si se lo decía, él se pondría a dar saltos por el pasillo y a hablar del Consorcio en la misa del domingo, y ella no estaba dispuesta a darle la razón en voz alta. Una cosa era un testigo de yeso. Otra muy distinta era admitir que la grieta estaba viva.

Se metió en la cama. José seguía roncando en un solo tono.

Tardó mucho en dormirse.

Fuera, en la Sierra del Rincón, el zángano de la hoja de roble ya no se movía. Las obreras de la colmena catorce se apretaban unas contra otras en el centro de la caja, alrededor de su reina, dispuestas a pasar el invierno con lo que tenían.

Era la primera noche fría del año.

SEGUNDA PARTE

El racimo

Capítulo 10

Carta certificada

El aviso de Correos apareció un martes en el buzón, entre un folleto de un supermercado y la factura de la luz. Era un papelito amarillo con una casilla marcada a bolígrafo: *Envío certificado. No se ha podido entregar por ausencia del destinatario. Puede recogerlo en su oficina a partir de mañana.*

—Ausencia del destinatario —leyó Samanda en voz alta, en la cocina—. Si yo estoy en casa todas las tardes.

—El cartero no llama —dijo Diego, que se estaba atando los cordones para irse al bar—. Deja el papelito directamente. Es más rápido.

—¿Y si no lo recojo?

—Lo devuelven. Y luego te lo mandan otra vez. Y tampoco llaman.

Samanda miró el papelito por los dos lados. En el remitente ponía solo unas siglas y una dirección del paseo de la Castellana.

Pensó en la planta doce de la torre de cristal, la de las cáscaras de pipas ordenadas debajo de la mesa y el hexágono dorado en la recepción. Pensó que en la Castellana había doscientas empresas. Se dijo que no tenía por qué ser lo que estaba pensando.

No se lo creyó del todo.

* * *

La oficina de Correos de Usera abría a las ocho y media. A las ocho y veinte, Samanda ya estaba en la cola, después del turno de las oficinas y antes del de doña Remedios, con veinte minutos de margen que se le iban a quedar cortos.

Delante de ella había catorce personas. Una señora mayor con un carro de la compra que venía a cobrar la pensión de su marido, que llevaba muerto tres años y del que nadie había informado a la Seguridad Social, según contó en voz alta a quien quiso escucharla. Un chico chino con veinte paquetes de una tienda online para devolver. Dos señores que discutían sobre fútbol. Una madre con un bebé que lloraba. Y una mujer boliviana de unos cincuenta años, menuda, con un moño muy tirante y una chaqueta de lana, que Samanda conocía de vista porque era la vecina del patio, la que tendía la ropa a la una de la madrugada.

La mujer se volvió y la reconoció.

—Usted es la del segundo, ¿no? La de los niños.

—Sí. Samanda.

—Eulogia. Del cuarto. —Le enseñó un papelito amarillo idéntico al suyo—. ¿A usted también le ha llegado?

Samanda sacó el suyo. Los compararon como dos jugadores comparan cartas. El mismo remitente, las mismas siglas, la misma dirección de la Castellana.

—A los del primero también —dijo Eulogia, bajando la voz—. Y a los marroquíes del tercero. Lo he visto en los buzones. A todos menos a don Faustino.

—¿Y por qué a él no?

Eulogia se encogió de hombros.

—Don Faustino tiene contrato de renta antigua. Del año setenta y nueve. No le pueden subir casi nada. Paga doscientos euros.

—¿Doscientos?

—Doscientos. Y tiene noventa y un años.

Samanda tardó un segundo en entender lo que eso significaba. Cuando lo entendió, sintió un escalofrío.

—Entonces a él...

—A él lo esperan —dijo Eulogia, con la sencillez de quien ha visto mucho—. Como se espera una herencia.

* * *

Le tocó el turno a las nueve menos cuarto. El funcionario le pidió el DNI, no tenía DNI, le pidió el NIE, se lo dio, lo miró como quien mira un billete que podría ser falso, lo escaneó, le hizo firmar en una pantalla con un lápiz de plástico que no funcionaba bien, y le dio un sobre blanco, alargado, con una ventanita de plástico y un sello rojo que decía *CERTIFICADO*.

Samanda no lo abrió allí. No lo abrió en el metro. No lo abrió en casa de doña Remedios, aunque lo llevó en el bolso las cuatro horas, pesándole como un ladrillo.

Lo abrió a las tres y cuarto, en la mesa de la cocina de Usera, sola, con un vaso de agua al lado, la libreta cuadriculada y el bolígrafo mordido.

Dentro había tres folios.

El primero empezaba así: *Muy señores nuestros: Por medio de la presente les comunicamos que, con fecha 28 de octubre, la sociedad HEXÁGONO RESIDENCIAL MADRID I, S.L., ha adquirido la totalidad del inmueble sito en la calle...*

Samanda dejó de leer. Miró por la ventana del patio. En la cuerda de enfrente, la ropa de Eulogia se movía un poco con el aire.

Volvió a leer.

* * *

Lo leyó tres veces, despacio, con un dedo bajo cada línea, como le había enseñado su abuela a leer las cartas importantes, las del banco y las del

juzgado. Y a la tercera lectura entendió el mecanismo con una claridad que le dio frío.

Hexágono había comprado el edificio entero. Doña Encarna le había vendido su piso, y los demás propietarios los suyos. Ahora Hexágono era su casero. Hasta ahí, nada cambiaba: el contrato seguía vigente y Hexágono se subrogaba "en todos los derechos y obligaciones del anterior arrendador".

Pero el contrato de Diego lo había firmado él solo con doña Encarna en marzo de dos mil veintidós, por cinco años, antes de que Samanda y los niños se mudaran. Y en marzo se cumplían los cinco años. La carta comunicaba, "con la antelación legalmente establecida de cuatro meses", la voluntad de la propiedad de no prorrogar el contrato en sus condiciones actuales.

El segundo folio ofrecía, "con el ánimo de facilitar la continuidad de la relación arrendaticia", un nuevo contrato a partir del uno de abril. Renta mensual: mil trescientos treinta euros. Más gastos de comunidad, que hasta entonces estaban incluidos. Más una fianza de dos mensualidades. Más una garantía adicional de otras dos, "conforme a la política de la compañía". Más los honorarios de gestión de la agencia que administraba el inmueble.

El tercer folio era un formulario. Había que devolverlo firmado antes del quince de diciembre, marcando una de dos casillas: *Acepto las nuevas condiciones* o *Comunico mi voluntad de abandonar la vivienda a la finalización del contrato*.

No había tercera casilla.

Samanda cogió la libreta. Hizo la cuenta. Mil trescientos treinta más unos ochenta de comunidad: mil cuatrocientos diez. Contra novecientos cincuenta. Cuatrocientos sesenta euros más al mes. Un cuarenta y ocho por ciento, contando la comunidad.

Luego hizo la otra cuenta, la de la entrada: cuatro mensualidades entre fianza y garantía, cinco mil trescientos veinte euros, más la agencia. Tenían

trescientos cuarenta y tres euros con veinte céntimos en una lata de aceitunas.

Dejó el bolígrafo en la mesa.

En Rosario, cuando ella era chica, había un dicho que repetía su abuela cuando llegaba una carta del banco: *Las malas noticias vienen en sobre bonito.* Samanda nunca lo había entendido del todo. Ahora miró el sobre blanco, de papel grueso, con la ventanita de plástico perfecta y el logotipo dorado, un hexágono pequeño en la esquina, como una celda de panal.

Lo entendió.

* * *

El teléfono sonó a las cuatro y diez. Era doña Encarna.

—Samanda, hija. ¿Te ha llegado la carta?

—Sí, doña Encarna.

Hubo un silencio largo. Luego, al otro lado de la línea, se oyó algo que Samanda tardó en reconocer, porque nunca lo había oído en aquella voz de pésame: doña Encarna estaba llorando.

—Perdóname, hija. Perdóname. Yo no quería. Te lo juro por mi difunto que no quería.

—Doña Encarna...

—Es que mi hermana se ha puesto muy mala. La de aquí, la que vive conmigo. Con la cabeza, ¿sabes? Ya no se acuerda de nada. Se sale a la calle de noche. La otra semana la encontró la Guardia Civil en la carretera de Valencia en camisón. Y hay que meterla en una residencia, y las residencias buenas cuestan dos mil quinientos euros al mes, hija, dos mil quinientos. Y la pública tiene tres años de lista. —Se sonó la nariz—. Y esos señores me ofrecieron casi el doble de lo que valía el piso. El doble. Y me dijeron que vosotros no ibais a tener ningún problema, que solo cambiaba el propietario, que todo seguía igual...

—No sigue igual, doña Encarna.

—Ya lo sé. Ya lo sé. Me lo ha dicho el del primero, que también me ha llamado. Me ha llamado de todo. —Volvió a llorar—. Yo no sabía, hija. Yo no entiendo de estas cosas. Mi marido llevaba los papeles. Yo solo firmé donde me dijeron.

Samanda se quedó mirando el formulario de las dos casillas. Pensó en la hermana de doña Encarna caminando en camisón por la carretera de Valencia. Pensó en doña Remedios, que no se acordaba de lo que había desayunado. Pensó que en aquella historia no había nadie malo con quien enfadarse, solo gente que firmaba donde le decían.

—No se preocupe, doña Encarna —dijo, y se sorprendió de la suavidad de su propia voz—. Usted tenía que cuidar a su hermana. Eso es lo primero.

—¿No me odias?

—No la odio. Ya veremos cómo nos arreglamos.

Doña Encarna le dio las gracias seis veces. Le dijo que rezaría por ellos. Le dijo que a los niños les iba a mandar por Navidad una caja de miguelitos de La Roda, que eran los mejores de España.

Cuando colgó, Samanda se quedó un rato con el teléfono en la mano.

Pensó en Don José. *Vigílala.* Pensó en la pregunta que ella misma le había hecho a doña Encarna en octubre, sin darse cuenta: *¿Era un señor con barba?* Pensó en que no le había contado a Diego aquella llamada. Ni esa ni la de su madre. Ni lo de la plata. Ni lo de la columna con el signo de interrogación.

Ya no podía guardarse esto también en el bolsillo. Pesaba demasiado.

* * *

Diego llegó a la una y veinte de la madrugada. Ella lo estaba esperando despierta, con la carta abierta sobre la mesa, el vaso de agua vacío y las cuentas hechas.

Él vio el sobre blanco con el hexágono dorado antes de quitarse la chaqueta. Se quedó quieto en la puerta de la cocina.

—¿Qué es eso?

—Siéntate.

Se sentó. Ella le explicó la carta despacio, con el dedo debajo de las líneas, como su abuela. Le leyó las cifras en voz alta. Le enseñó las dos casillas. Le enseñó las cuentas de la libreta.

Diego escuchó en silencio, cosa rarísima en él. Cuando ella terminó, preguntó solo una cosa.

—¿Mil cuatrocientos?

—Mil cuatrocientos diez.

—Eso es más de lo que gano yo.

—Ya lo sé.

Diego se pasó las dos manos por la cara. Le olían a lejía y a plancha.

—Mi viejo nos lo dijo.

Samanda tomó aire.

—Diego, hay una cosa que no te conté.

Le contó la llamada de doña Encarna de octubre. El señor de la empresa, la oferta, el "no os preocupéis de momento". Le contó que no se lo había dicho porque ya tenían bastante, y porque le daba vergüenza haber preguntado lo de la barba, y porque no quería que su padre tuviera razón.

Y ya que estaba, sin pararse a pensarlo, le contó también lo de su madre. Los audios. El locutorio de Wilson. Los cien euros de cada mes, a veces doscientos. *No le digas nada a tu hermano.* El Rubén que se había llevado la tele.

Lo único que no le contó fue lo de la columna de la libreta. Eso todavía no.

Diego la escuchó sin interrumpirla. Cuando ella terminó, se quedó un rato mirando la mesa. Samanda esperó el reproche: por qué no me lo dijiste, cuánto dinero ha sido, desde cuándo. Era lo que habría dicho cualquiera. Era lo que le habría dicho el señor Ferreyra, o el Gustavo, o cualquiera de los que habían pagado alguna vez.

Diego dijo otra cosa.

—¿Tu vieja sabe que tienes dos hijos y trabajas en dos sitios?

—Sí.

—¿Y aun así te pide?

—Sí.

Diego asintió despacio. Luego cogió la libreta cuadriculada y el bolígrafo mordido, y en la página de las cuentas, debajo de los mil cuatrocientos diez, con su letra torcida de niño de colegio de curas, escribió:

+ 100 Rosa (mensual)

Lo escribió mal. Escribió "mensaul". Ella lo vio y no dijo nada.

—Si lo vamos a contar —dijo él—, que esté todo.

Samanda tuvo que levantarse a llenar el vaso de agua, porque se le había hecho un nudo en la garganta que no se le quitaba de otra manera.

* * *

El domingo comieron en Chamberí. No era un domingo de cocido, era de lentejas, porque doña Concha consideraba que el cocido cada domingo era un exceso de nuevos ricos. Pero había lentejas con chorizo, pan de pueblo y flan de huevo, y estaban los seis, y Mía ya tenía asignada la trona de madera como si llevara toda la vida usándola.

Diego esperó al flan para sacar la carta.

La dejó sobre el mantel, junto a la fuente de las lentejas, con el sobre blanco y el hexágono dorado hacia arriba.

—Nos ha llegado esto.

Don José se puso las gafas de cerca. Leyó la primera línea. Leyó el nombre de la sociedad compradora. Y su cara cambió. Se iluminó de una manera que doña Concha conocía bien, la misma que ponía cuando encontraba una colmena con la reina sana después de un invierno difícil.

Se levantó de la silla de brazos con la carta en la mano.

—¡Hexágono! ¿Lo veis? ¡Hexágono Residencial! ¡Os lo dije! ¡Os lo dije en septiembre! ¡Vigílala, le dije a Diego! ¡Vigílala! ¡Es el mismo fondo de Lavapiés, el del chico de la barba, el de la tele! ¿Lo veis? ¡Os lo dije!

Nadie dijo nada.

Diego miraba el flan. Samanda tenía las manos juntas en el regazo. Thiago miraba a su abuelo con los ojos muy abiertos, sin entender por qué gritaba si los demás estaban tristes. Mía se metió los dedos en la boca.

Y doña Concha no le mandó callar. No dijo "José". No le retiró el plato. Se quedó sentada, con la cuchara del flan en la mano, mirando a su marido con una expresión que él no le había visto nunca, ni siquiera en los peores momentos del colegio de Diego.

Don José se fue apagando poco a poco, de pie, con la carta en la mano, como una bombilla de filamento visible a la que le cortan la corriente.

—Os lo dije —repitió, más bajo.

Nadie contestó.

Se volvió a sentar. Dejó la carta en el mantel. Leyó la cifra de los mil trescientos treinta. Leyó la de la fianza. Leyó las dos casillas.

Luego se quitó las gafas y se las quedó mirando un rato, sin decir nada, como quien mira un instrumento que de pronto no sirve para nada.

—Perdonad —dijo al fin—. No sé por qué me he puesto contento.

—Porque tenías razón, papá —dijo Diego, sin rencor.

—Ya. —Don José se pasó la mano por la cara—. Es la primera vez en mi vida que tengo razón y no me sirve de nada.

Se quedó mirando la ventana del comedor, la que tenía la fisura en la esquina y el testigo de yeso de Leandro.

—Hace seis años —dijo— salíamos todos a los balcones a las ocho de la tarde a aplaudir. A los que limpiaban los hospitales, a los que llevaban la compra, a los que cuidaban a los viejos, a las cajeras. Te acuerdas, Concha. Tú aplaudías con la tapa de la olla.

—Me acuerdo.

—Seis años. —Don José dio un golpecito con el dedo sobre el sobre blanco—. Y ahora a los mismos les mandamos esto. Con certificado.

* * *

Fue doña Concha quien cogió la carta. La leyó entera, las tres hojas, con las gafas de cerca y el dedo índice siguiendo las líneas, como leía los pliegos de condiciones de las obras públicas en los años ochenta, cuando el secreto estaba siempre en la página catorce.

Tardó cinco minutos. Nadie habló mientras leía.

—El contrato es de marzo de dos mil veintidós —dijo al fin—. Cinco años. Lo firmaste tú solo, Diego.

—Sí.

—Y doña Encarna es persona física. Por eso eran cinco y no siete. —Pasó la hoja—. La comunicación de no renovar tiene que hacerse con cuatro meses de antelación. Está dentro de plazo. Lo han hecho bien. Estos saben lo que hacen. —Pasó otra hoja y se detuvo—. Casi todo.

—¿Casi? —preguntó Don José.

—Los honorarios de la agencia. —Doña Concha dio dos golpecitos con la uña sobre el papel—. Eso no se lo pueden cobrar al inquilino. Desde

la ley del veintitrés, los gastos de gestión los paga el casero. Lo han metido a ver si cuela.

—¿Y eso cambia algo?

—Cambia poco. —Se quitó las gafas—. Pero dice mucho. Quien te mete un gol en la página dos te mete otro en la página catorce.

—¿Y lo de subir un cuarenta por ciento? ¿Eso sí pueden?

—Eso sí. En otras ciudades hay zonas tensionadas, con los precios topados por la ley de vivienda. Aquí no. La Comunidad no ha querido aplicarla, y el asunto anda en los tribunales desde hace años. Mientras los jueces deciden, el que paga es el inquilino.

—¿Entonces no se puede hacer nada? —preguntó Samanda.

Doña Concha la miró por encima de las gafas.

—Siempre se puede hacer algo, hija. Lo que pasa es que casi nunca es lo que uno quiere hacer.

Dobló las tres hojas, las metió en el sobre y se lo quedó.

—Esto me lo llevo. Lo voy a leer con calma esta semana. Y mañana llamo a Sebastián Ortiz, que fue el abogado de la constructora durante veinte años y me debe tres favores.

—Mamá, no hace falta...

—Diego, cállate y cómete el flan.

Diego se comió el flan.

* * *

Esa noche, cuando Diego, Samanda y los niños ya se habían ido, cuando la cocina estaba recogida y Don José se había encerrado en el baño más tiempo de lo normal, doña Concha fue al dormitorio, abrió el armario y sacó la bata de lana del colgador.

En el bolsillo seguía el papel doblado de la libreta de la compra, el que había escrito el sábado de la matanza y no se había atrevido a clavar:

Alcorcón. 120 viviendas. Vendidas antes de construir. Construir para alquilar.

Lo leyó otra vez. Le añadió una línea, con su letra inclinada de rotular planos:

Hexágono. Mismo cartel. Dato de Leandro, 14-11.

Bajó al trastero en zapatillas. Abrió la puerta verde. No encendió el flexo; le bastó con la luz del pasillo.

Abrió su caja de herramientas roja, la que tenía su nombre grabado en la tapa, y sacó de un compartimento una chincheta antigua, de cabeza ancha de latón, de las que se usaban en los tableros de dibujo de los estudios de arquitectura en los años setenta, cuando los planos se hacían a mano con tiralíneas y las chinchetas eran la única cosa que mantenía el mundo quieto. Llevaba cuarenta años guardando una caja de ellas sin saber para qué.

Clavó el papel en el corcho. No en el centro. Al lado del recorte de Lavapiés, un poco más abajo, junto a la chincheta roja de Hexágono, perfectamente alineado con el borde del recorte. Comprobó con el dedo que estaba firme.

Luego cogió la lana roja, cortó un trozo con los dientes, porque había olvidado las tijeras, y unió las dos chinchetas con un hilo corto, tenso, recto como una cota.

Subió sin hacer ruido. Se acostó. Don José ya estaba dormido, o hacía como que lo estaba.

* * *

Por la mañana, Don José bajó al trastero a las ocho, con el café en la mano, porque no había podido dormir y quería apuntar en el corcho lo de Usera.

Lo vio enseguida. Un papel de la libreta de la compra con la letra de su mujer, clavado con una chincheta de latón de tablero de dibujo, unido al

centro del corcho por un hilo de lana roja, corto y recto, cortado con los dientes.

Alcorcón. 120 viviendas. Vendidas antes de construir. Construir para alquilar. Hexágono. Mismo cartel. Dato de Leandro, 14-11.

Se quedó mucho rato mirándolo. El café se le enfrió en la mano.

Luego clavó su recorte de Usera, el sobre de la carta que había fotografiado con el móvil antes de que Concha se lo llevara, y lo unió también con lana roja, más largo, más torcido, con su propio estilo.

Subió a desayunar. Doña Concha estaba en la cocina, de espaldas, preparando las tostadas. No se volvió.

Don José se sentó en la mesa de formica. Ella le puso delante las tostadas, la mantequilla, el aceite y la mermelada de naranja amarga, exactamente como cada mañana desde hacía cuarenta y siete años.

Ninguno de los dos dijo nada sobre el trastero.

Él se comió las tostadas. Ella se sirvió el café. Fuera, en la calle, un camión de la basura vaciaba los contenedores con un estruendo de hierros.

—Concha.

—¿Qué?

—La mermelada está muy buena.

—Es la de siempre.

—Ya. Pero hoy está muy buena.

Doña Concha bebió un sorbo de café, mirando por la ventana.

—Cómete las tostadas, José, que se enfrían.

—Las tostadas no se enfrían, Concha. Se templan.

Ella no contestó. Pero él, que llevaba cuarenta y siete años estudiándola como estudiaba sus colmenas, vio que tenía la comisura de la boca un milímetro más alta que de costumbre.

En el lenguaje de doña Concha, eso era una carcajada.

Capítulo 11

La propina

Las del jueves se reunían los jueves desde 1988, aunque en los últimos años, por motivos de salud, de nietos y de un crucero por el Danubio que había descolocado a todas, a veces se reunían los martes. Pero seguían llamándose las del jueves, porque cambiar el nombre a estas alturas habría sido reconocer que el tiempo pasaba, y ninguna de las cuatro estaba dispuesta a semejante concesión.

Eran cuatro desde que murió Teresa, en 2019. Antes de la pandemia, como decían todas, porque la pandemia se había convertido en la línea divisoria de sus vidas, como antes lo había sido la boda o la jubilación.

Doña Concha era la que organizaba. Maripaz, viuda de un catedrático de Derecho Romano, era la que hablaba. Chelo, que había sido farmacéutica en la calle Fuencarral durante cuarenta años y seguía recetando a todo el mundo con la autoridad de un Colegio Oficial, era la que diagnosticaba. Y Gloria, la más joven, sesenta y ocho años, divorciada dos veces y con un novio jubilado de Iberia al que llamaban "el comandante", era la que traía los cotilleos.

En diciembre tocaba cena de Navidad. Y aquel año fue doña Concha quien eligió el sitio, cosa que no sorprendió a nadie, salvo por el sitio.

—¿Casa Benito? —preguntó Maripaz por teléfono—. ¿El bar de Delicias? ¿Ese no es un sitio de cañas?

—Lo han reformado.

—¿Y se puede cenar?

—Eso es lo que quiero averiguar.

* * *

Doña Concha tenía tres razones para elegir Casa Benito, y no le confesó ninguna a nadie.

La primera era Diego. Desde que el bar cambió de dueño, su hijo llegaba los domingos a comer con unas ojeras que le llegaban a la barbilla y una manera nueva de callarse que a ella no le gustaba nada. Le había preguntado tres veces cómo iba el trabajo, y las tres veces él había contestado "bien, mamá", que en el idioma de Diego significaba "fatal, mamá, pero no voy a darte el gusto".

La segunda era el grupo de restauración. Diego le había hablado de un *area manager* con pelo de belén, de una tableta que cambiaba de botones cada semana y de unas croquetas de cocido que venían congeladas de Getafe. Doña Concha, que había dedicado cuarenta años a desenmascarar a constructores que usaban hormigón de peor calidad que el del proyecto, quería ver con sus propios ojos lo que habían hecho con un bar de toda la vida.

La tercera razón era la chica.

Diego le había contado, de pasada, que el grupo había contratado a Samanda como refuerzo para las cenas de Navidad: viernes y sábados por la noche, de ocho a una, después de la limpieza y doña Remedios. Lo había dicho sin darle importancia, como quien dice que ha llovido.

Doña Concha no había dicho nada. Pero esa misma tarde llamó a Maripaz para organizar la cena de las del jueves. Un viernes.

* * *

Llegaron a las nueve en punto, en dos taxis, con abrigos de paño, collares de perlas, broches en la solapa y el pelo recién salido de la peluquería, como

cuatro embajadoras que llegan a la recepción de un país con el que mantienen relaciones tensas.

Gloria fue la primera en entrar. Se detuvo en el umbral, miró las paredes de verde taberna clásica, las bombillas de filamento visible, los azulejos sevillanos, los jamones colgados y la pantalla con fotos de platos girando en bucle, y dijo:

—Ay, qué mono. Parece un bar de verdad.

—Es un bar de verdad —dijo Maripaz.

—Era —corrigió doña Concha.

Se acercó a la pared del fondo. Pasó la yema del dedo por un azulejo. Luego por otro. Se puso las gafas de cerca.

—Castellón. De este año. Envejecidos con ácido y una lija del ochenta. —Le dio un golpecito con la uña—. Y la junta es de mortero con colorante. La original era de cal.

—Concha, por Dios, que hemos venido a cenar —dijo Chelo.

—Hemos venido a cenar —repitió doña Concha, quitándose las gafas—. Y a ver.

* * *

Las atendió primero un camarero joven, de unos veinte años, con la gorra plana de pastor de película, el delantal de cuero y un piercing en la ceja que Chelo miró con interés médico.

—¡Buenas noches, chicas! ¿Qué os pongo?

Hubo un silencio de cuatro segundos. Fue un silencio con tanta densidad que el chico, sin saber exactamente por qué, dio un paso atrás.

—Somos señoras —dijo doña Concha—. Y tenemos edad para ser su abuela. Las cuatro.

—Perdón, perdón. ¿Qué les pongo... señoras?

—La carta.

El chico les dio la carta plastificada con fotografías. Doña Concha la sostuvo con dos dedos, por una esquina, como quien sostiene un documento contaminado.

—¿Fotos?

—Es para que se vea lo que pide la gente. Es más visual.

—Hijo, yo sé lo que es una tortilla. No necesito que me la enseñen. Esto es para turistas y para analfabetos.

—Concha —dijo Maripaz.

—Para los que no saben leer el castellano, quiero decir. Que no es lo mismo.

Pidieron. Doña Concha pidió las croquetas de cocido "por curiosidad científica", según dijo. Las demás pidieron cosas sensatas: un salpicón de marisco, unos pimientos rellenos, una merluza a la romana. Y vino. Un rioja que Gloria eligió por el nombre, porque se llamaba como un torero que le gustaba.

El chico lo apuntó todo en la tableta con una velocidad que impresionó a Gloria y preocupó a doña Concha.

—Ahora mismo, chicas. Señoras. Perdón.

Se fue.

—No ha apuntado lo de la merluza sin alcaparras —dijo doña Concha.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no ha hecho la cara de apuntar algo raro.

* * *

La música era el siguiente problema. Sonaba, desde unos altavoces ocultos entre las vigas, una lista de canciones españolas de los años sesenta y setenta: Los Brincos, Karina, Fórmula V, Mocedades, todo con un volumen que obligaba a hablar un poco más alto de lo cómodo.

—Esta canción la bailé yo en el Price —dijo Gloria, entusiasmada.

—Precisamente por eso no hace falta ponerla a este volumen —dijo doña Concha—. Ya nos la sabemos.

—Concha, estás insoportable esta noche.

—Estoy observando.

—¿Y qué observas?

Doña Concha bajó la voz.

—Observo que han convertido un bar en un decorado de un bar. Como cuando en las películas de la Guerra Civil ponen a todo el mundo con la ropa recién planchada y los dientes blanquísimos. Todo está bien y todo es mentira.

Chelo, que llevaba toda la noche examinando el ambiente con ojo clínico, asintió despacio.

—Es como esos medicamentos que tienen el mismo envase que el original y luego son otra cosa.

—Exactamente.

—Pero los genéricos funcionan igual, Concha.

—Los genéricos sí. Esto no.

* * *

Las croquetas de cocido llegaron a los quince minutos, en una pizarra negra con un poco de cebollino picado por encima y una raya de salsa marrón que nadie había pedido.

Doña Concha cogió una con el tenedor. La partió por la mitad. Observó el interior con las gafas de cerca: una masa homogénea, color crema, con unos puntitos rosados distribuidos con una regularidad que no se da en la naturaleza.

La probó. Masticó despacio. Las otras tres la miraban.

—¿Qué tal? —preguntó Gloria.

—Están ricas.

—¿Ricas? ¿Tú has dicho ricas?

—Están ricas. —Doña Concha dejó el tenedor en el plato—. Y no saben a cocido. Saben a una idea de cocido que alguien ha tenido en una oficina. Son croquetas de cocido como los azulejos de esa pared son sevillanos.

—Pues a mí me gustan —dijo Maripaz, que se estaba comiendo la tercera.

—A ti te gusta todo lo que está frito, Maripaz. Desde el Seminario.

Maripaz, que había conocido a su difunto catedrático en un baile del Seminario Conciliar en 1972, se puso colorada y se comió la cuarta.

* * *

Fue con los segundos cuando apareció Samanda.

Doña Concha la vio antes que nadie, porque llevaba toda la noche mirando de reojo la puerta de la cocina. Salió con el delantal de cuero, la camisa de cuadros verdes y la gorra plana, que a ella, a diferencia de a Diego, le daba un aire de fotografía antigua de una fábrica de tabacos. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo, sin un mechón fuera de sitio. Y llevaba cuatro platos.

Dos en la mano izquierda, apoyados en el antebrazo, uno encima del otro, en la técnica clásica de los camareros de los grandes hoteles de antes. Uno en la mano derecha. Y el cuarto, de alguna manera que doña Concha no supo descifrar, en equilibrio también sobre el antebrazo izquierdo, un poco más arriba, sin que ninguna salsa se moviera ni un milímetro.

Se acercó a la mesa. No dijo "¿qué tal, chicas?". No dijo nada. Esperó a que Gloria terminara su frase sobre el comandante, y solo entonces, en la pausa natural de la conversación, se inclinó un poco.

—Buenas noches, señoras. La merluza a la romana, sin alcaparras.

Y la dejó delante de Chelo. Por la derecha.

Luego los pimientos rellenos delante de Gloria, por la derecha. El salpicón delante de Maripaz, por la derecha. Y el último plato, un solomillo pequeño que doña Concha no había pedido pero que el chico del piercing había metido en la tableta por error, lo dejó en el centro de la mesa.

—Este se lo trae la cocina de cortesía, señora. Por la espera. Y por la confusión con su comanda.

—Yo no he pedido solomillo —dijo doña Concha.

—Ya lo sé, señora. Pidió las croquetas. —Samanda la miró sin pestañear—. Por eso la cocina le manda el solomillo. Para que no se vaya con mala impresión de la casa.

Doña Concha la miró a su vez. Samanda no parpadeó. Se quedó de pie junto a la mesa, con las manos cruzadas a la espalda, la barbilla recta, esperando. Como esperaban los camareros del Palace cuando doña Concha era joven y su padre la llevaba a merendar los domingos de cumpleaños.

—¿Desean algo más las señoras?

—Más vino —dijo Gloria.

Samanda cogió la botella de rioja del centro de la mesa. La sujetó por la base, con la etiqueta hacia las comensales. Sirvió a Gloria, a Maripaz, a Chelo, por la derecha, girando la muñeca al final de cada copa para que no cayera ni una gota, y secando el gollete con una servilleta blanca que llevaba doblada en el bolsillo del delantal. Luego llegó a la copa de doña Concha. La miró. Estaba casi llena.

—La señora no ha bebido.

—No.

—Entonces no le sirvo.

Y dejó la botella en el centro de la mesa. Con la etiqueta hacia fuera.

* * *

Las tres amigas la siguieron con la mirada mientras se alejaba hacia otra mesa, entre los jamones colgados, con aquel paso de bailarina cansada que tienen las camareras al final de la noche.

—¿Quién es esa chica? —dijo Maripaz—. Sirve como en los hoteles de antes.

—Es la novia de Diego —dijo Gloria, que lo sabía todo—. La argentina, ¿no, Concha? La de los dos niños.

—Sí.

Gloria bajó la voz con aire de conspiración.

—Me ha dicho Pilar, tu hermana, que cada niño es de un padre. Y que ninguno de los dos está.

Hubo un pequeño silencio en la mesa. Chelo miró su merluza. Maripaz miró su salpicón.

Doña Concha cogió el tenedor y el cuchillo. Los dejó en el plato, en paralelo, en la posición de las cuatro y veinte, que en el código de las buenas mesas significa *he terminado*, aunque no había empezado.

—Gloria.

—¿Qué?

—Tú tienes dos exmaridos y un comandante.

Gloria abrió la boca. La cerró.

—Y esa chica —siguió doña Concha, con una voz perfectamente tranquila— trabaja en tres sitios, cría a dos niños sola y sirve el vino mejor que el sumiller del Ritz. Que yo sepa, tú no has servido una copa de vino en tu vida. Te la han servido siempre.

—Concha, no lo decía con mala intención...

—Ya lo sé. Por eso te lo digo con buena.

Chelo, que llevaba cuarenta años diagnosticando, tosió discretamente detrás de la servilleta. Maripaz bebió vino.

Doña Concha cogió otra vez los cubiertos y empezó a comerse el solomillo de cortesía. Estaba perfecto. Al punto, con la sal gorda justa. No venía de ninguna central de Getafe.

* * *

La noche siguió. A las diez y media, una cena de empresa de doce personas en la mesa larga del fondo empezó a cantar villancicos con letra cambiada. A las once menos cuarto, uno de los de la cena de empresa, un señor con jersey de reno y la corbata en la frente, tropezó contra una silla y tiró una bandeja con seis copas de cava al suelo.

El chico del piercing se quedó paralizado, con la tableta en la mano. El *area manager* de pelo de belén, Íñigo, que había aparecido por la puerta a supervisar las cenas de Navidad, empezó a hablar por el móvil.

Samanda llegó desde la otra punta del local en cuatro segundos. Doña Concha la siguió con la vista. La chica se agachó junto al señor del jersey de reno, le preguntó si se había cortado, le examinó las manos, le apartó los cristales del zapato con la punta de una servilleta, le ayudó a levantarse, le sentó en una silla, le puso un vaso de agua delante, y le dijo algo en voz baja que nadie oyó y que hizo que el señor se quitara la corbata de la frente y se pusiera colorado.

Luego, con una escoba y un recogedor que alguien le alcanzó desde la cocina, barrió los cristales en cuatro movimientos, sin que nadie de las mesas de alrededor tuviera que levantarse. Pasó una fregona. Puso un cartel amarillo de *suelo mojado*. Y volvió a su sección con otra bandeja en la mano.

Todo en menos de tres minutos.

Íñigo colgó el teléfono y miró a su alrededor como quien busca a quién felicitar. Pero no encontró a nadie, porque Samanda ya estaba sirviendo cafés en otra mesa.

—Esa chica —dijo Chelo, con la autoridad de un Colegio Oficial— tiene el pulso de una enfermera de urgencias.

—De una monja de las de antes —dijo Maripaz.

—De una camarera del Palace —dijo doña Concha, y nadie entendió por qué lo decía en voz tan baja.

* * *

Llegó la cuenta a las once y media, en una bandejita de pizarra negra con un caramelo de menta. La trajo Samanda. La dejó delante de doña Concha, que había anunciado en el primer taxi que aquella noche invitaba ella, y que se ocupaba de las cuentas de las del jueves desde 1988 porque las otras tres no sabían dividir entre cuatro sin una calculadora.

—Cuando quieran las señoras.

Doña Concha cogió la cuenta. La revisó línea por línea. No le habían cobrado el solomillo de cortesía. Le habían cobrado bien el vino. Le habían cobrado el pan, que estaba en la carta. Todo estaba correcto.

Sacó la cartera. Sacó la tarjeta de crédito. La dejó en la pizarra.

Samanda trajo el datáfono. Se lo acercó. En la pantalla, después del importe, apareció la pregunta: *¿Desea añadir propina? 5% / 10% / 15% / Otro importe.*

Doña Concha miró la pantalla. Luego miró a Samanda.

—¿Esto adónde va?

Samanda dudó un segundo.

—A un bote común, señora.

—¿De quién?

—De la empresa. Luego lo reparten.

—¿Cuándo?

—A final de mes.

—¿Y cuánto llega?

Samanda no contestó. No hacía falta.

Doña Concha pulsó el botón de *No, gracias*. Pagó la cuenta exacta. Esperó a que saliera el tique. Lo dobló y se lo guardó en la cartera.

Las del jueves la miraban. Gloria, que todavía estaba resentida por lo de los exmaridos, sonrió con satisfacción, convencida de que había asistido a una venganza.

Entonces doña Concha volvió a abrir la cartera.

Sacó un billete de cincuenta euros.

Llevaba treinta años sin dejar propina. Lo sabía todo Madrid. Lo sabían los camareros del Café Gijón, del Lhardy, del Embassy y de todas las cafeterías de Chamberí, que la atendían con la diligencia aterrorizada de quien sabe que no va a recibir nada a cambio. Su teoría era sencilla y la había explicado mil veces: si el servicio es bueno, el sueldo lo paga el empresario; si es malo, la propina no lo arregla. Y en treinta años nadie le había parecido lo bastante bueno para obligarla a revisarla.

Dobló el billete en cuatro, con un pliegue preciso, como doblaba los planos. Se levantó. Rodeó la mesa. Y en lugar de dejarlo en la pizarra, se lo metió a Samanda en el bolsillo del delantal de cuero. Directamente. Con dos dedos.

—Esto es para usted, Samanta. No para el bote.

Samanda se quedó inmóvil.

—Señora, no puedo...

—Claro que puede. Es en efectivo. Y en mano. —Doña Concha le dio dos golpecitos en el bolsillo del delantal, como quien comprueba que un tornillo está bien apretado—. Que ya me he enterado yo de lo del datáfono.

* * *

Doña Concha volvió a sentarse. Se puso el abrigo. Recogió el bolso. Y entonces, mientras las otras tres buscaban sus guantes, hizo la pregunta que llevaba toda la noche queriendo hacer.

—¿Dónde ha aprendido usted a servir?

Samanda tardó en contestar. Miró hacia la cocina, hacia los jamones, hacia la foto enmarcada de Benito padre detrás de la barra en 1975.

—En casa de mi abuela, señora. La del pañuelo blanco. Cuando yo era chica éramos muy pobres y en casa casi no había nada. Pero la mesa la ponía siempre como si viniera el gobernador. Mantel planchado, servilletas dobladas, el vaso a la derecha, el pan a la izquierda. Aunque solo hubiera polenta.

—¿Y por qué?

—Decía que la mesa era lo único que nos quedaba cuando nos lo quitaban todo. Que podían quitarte la plata, la casa y hasta a la gente. Pero que, mientras pusieras bien la mesa, seguías siendo alguien.

Doña Concha no dijo nada.

Se abrochó el abrigo, botón a botón, de abajo arriba. Se colocó el broche de la solapa, que era una abeja de plata que Don José le había regalado en 1982 y que ella llevaba siempre diciendo que era un insecto. Cogió los guantes.

—Buenas noches, Samanta.

—Samanda, señora. Con de.

Doña Concha se detuvo en la puerta, con los guantes a medio poner.

—Ya lo sé —dijo.

Y salió a la calle, al frío de diciembre, donde las luces de Navidad de Delicias parpadeaban con un brillo de feria y un taxi esperaba con el motor en marcha.

* * *

En el taxi de vuelta, con Maripaz dormitando a su lado y el olor del ambientador de pino mezclado con el de su perfume, doña Concha miró por la ventana las calles iluminadas.

Pensó en la abuela del pañuelo blanco poniendo un mantel planchado sobre una mesa vacía. Pensó en su propia madre, en la posguerra, en Segovia, poniendo la vajilla buena en una casa donde se comían lentejas tres días a la semana. Pensó que ella había heredado aquello sin pensarlo nunca: las copas por el tallo, el pan a la izquierda, el cocido en tres vuelcos. Lo había llamado educación. Lo había llamado formas. Lo había llamado, a veces, simplemente "lo que se hace".

Nunca se le había ocurrido que pudiera llamarse dignidad. Ni que una muchacha de Rosario, con un delantal de cuero de un bar que ya no era un bar, pudiera haberlo heredado de la misma manera, de otra abuela, en el otro extremo del mundo.

Se miró las manos en el regazo, dentro de los guantes de piel.

Le había dicho "Samanta". Le había salido sin pensarlo, como siempre. Pero la segunda vez, en la puerta, no le había salido nada. Había dicho "ya lo sé", que no era lo mismo.

No tenía intención de cambiarlo, de momento. Una cosa era dejar una propina y otra muy distinta pronunciar bien un nombre que era una errata.

Pero ya lo sabía.

* * *

A la una y veinte de la madrugada, en la cocina de Usera, Samanda sacó del bolsillo del delantal de cuero un billete de cincuenta euros doblado en cuatro con un pliegue tan preciso que parecía planchado.

Diego, que acababa de llegar de su turno, la miró desde la puerta.

—¿Y eso?

—Tu vieja.

—¿Mi madre? ¿Mi madre te ha dado una propina?

—En mano. Me lo metió en el bolsillo. Dijo que no era para el bote.

Diego se sentó despacio en una silla de la cocina, como quien acaba de recibir la noticia de un milagro menor, de esos que no salen en los periódicos pero cambian la vida de un barrio.

—Mi madre no deja propina desde que yo tenía ocho años. Una vez la dejó en Lhardy y se arrepintió durante una semana.

—Bueno. —Samanda abrió la lata de aceitunas, que ahora vivía en el armario de la cocina junto a la harina—. Pues ya ha dejado otra.

Desdobló el billete. Lo alisó. Iba a meterlo en la lata cuando vio que dentro, entre los pliegues, había algo escrito con lápiz, con una letra inclinada de rotular planos que no había visto nunca pero que reconoció en el acto:

Copas por el tallo. Muy bien.

Samanda se quedó mirando las cuatro palabras. Luego, sin decir nada, en vez de meter el billete en la lata, lo dobló otra vez por los mismos pliegues y lo guardó en el cajón de la mesilla de noche, debajo de la foto de la abuela del pañuelo blanco.

No lo gastaría nunca. Aunque eso tampoco se lo dijo a Diego.

Capítulo 12

Nochebuena con delantal

La Nochebuena de doña Concha tenía un orden litúrgico que no figuraba en ningún misal, pero que ella cumplía con el mismo rigor desde 1979.

A las ocho de la tarde, sopa de almendras, la de su madre, con canela y pan tostado. A las nueve, cordero asado al estilo de Segovia, encargado con un mes de antelación al mismo carnicero de la calle Ponzano, que lo traía el día veintitrés envuelto en papel de estraza como quien entrega un recién nacido. A las diez, turrones de Jijona y de Alicante de la casa de siempre, mazapanes de Toledo, polvorones de Estepa y una botella de cava catalán. A las once, villancicos alrededor del belén del salón, que tenía cuarenta y dos figuras, un río de papel de aluminio y un castillo de Herodes que Diego había pintado a los nueve años y que nadie se había atrevido a retocar. Y a las doce menos cuarto, abrigos, bufandas y misa del gallo en la parroquia de la plaza de Chamberí.

Así había sido cuarenta y siete años seguidos, con una única excepción: 2020, cuando la pandemia obligó a ver la misa del gallo por la televisión y doña Concha, por primera vez en su vida, se arrodilló delante de un aparato.

Por eso, cuando Diego le dijo que aquel año trabajaba en Nochebuena, ella se lo tomó como una catástrofe natural.

—¿Cómo que trabajas?

—El grupo abre. Menú especial de Nochebuena. Sesenta y cinco euros con bebida.

—¿Y quién va a cenar en un bar el veinticuatro?

—Turistas. Gente sola. Familias que no quieren cocinar.

—¿Y no puedes pedir el día?

—Lo pedí. Me dijeron que no. Que somos "personal esencial".

Doña Concha se quedó en silencio en el teléfono. Personal esencial era lo que habían llamado a los médicos y a las cajeras en 2020. No le pareció que un camarero de un bar de Delicias sirviendo croquetas precocinadas a turistas encajara en la definición.

—¿Y Samanda?

Era la primera vez que doña Concha decía el nombre bien. Diego tardó un segundo en darse cuenta. Cuando se dio cuenta, no dijo nada, por miedo a espantarlo.

—También trabaja. La han llamado de refuerzo. Pagan doble.

—¿Y los niños?

—Pues eso, mamá. Te iba a pedir que te los quedaras. Hasta que volvamos.

—¿A qué hora volvéis?

—A la una y media. Las dos.

—¿Y los niños van a pasar la Nochebuena sin sus padres?

Diego no contestó. No tenía respuesta.

Fue Don José quien la encontró, esa misma noche, mirando el belén.

* * *

—Concha, ¿y si vamos nosotros?

—¿Adónde?

—Al bar. A cenar. Con los niños. Así estamos todos juntos.

Doña Concha lo miró como si le hubiera propuesto celebrar la Nochebuena en la estación de Atocha.

—¿En el bar de los azulejos de Castellón?

—Allí están Diego y Samanda.

—¿Y la sopa de almendras? ¿Y el cordero? ¿Y el belén?

—El belén no se va a ir a ningún sitio. Lleva cuarenta años ahí.

—¿Y la misa del gallo?

Don José se rascó la cabeza. Era el obstáculo que no había previsto.

—Hay una parroquia en Delicias. Seguro que hacen misa del gallo.

—No es mi parroquia.

—Concha, Dios es el mismo en Delicias que en Chamberí.

—Dios sí. El párroco no.

Pero esa noche, en la cama, con la luz apagada, doña Concha estuvo un buen rato despierta. Pensó en la Navidad de 1989, cuando Diego tenía un año y pico y tuvo fiebre alta y pasaron la Nochebuena en Urgencias de La Paz, los tres en una sala con luces de neón, un villancico saliendo de la radio de un celador y un turrón de máquina expendedora. Pensó que, contra todo pronóstico, aquella había sido una de las Nochebuenas más hermosas de su vida.

Por la mañana, sin decir nada a nadie, llamó al carnicero de la calle Ponzano y anuló el cordero.

* * *

Llegaron a las ocho y media. Doña Concha con abrigo de paño negro, el broche de la abeja de plata en la solapa y un bolso de mano. Don José con traje gris y corbata de Navidad, una corbata granate con renos que le habían regalado los compañeros de la Escuela de Caminos en 1996 y que solo se ponía una vez al año. Thiago con un jersey de rombos que doña Concha le había comprado en El Corte Inglés expresamente para la ocasión y que le picaba. Mía con un vestido de terciopelo verde, leotardos blancos, zapatos de charol y una diadema con un lazo rojo que le duró en la cabeza exactamente siete minutos.

Y doña Concha llevaba, además, una bolsa de El Corte Inglés con una caja de turrones de la casa de siempre, una botella de cava catalán, un mantel de hilo bordado y cuatro servilletas a juego.

—¿Para qué traes el mantel? —preguntó Don José en el taxi.

—Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso las mesas son de mármol falso.

Las mesas eran de mármol falso.

* * *

Casa Benito estaba casi lleno. Había una pareja de jubilados ingleses con gorros de Papá Noel, un grupo de chicas estudiantes de Erasmus que no habían podido volver a Italia, una familia venezolana con tres generaciones, dos hombres de mediana edad que cenaban juntos en silencio, sin hablarse, con la tristeza tranquila de los hermanos viudos, y una mesa de seis turistas japoneses que fotografiaban los jamones con una devoción casi religiosa.

Y en la mesa del fondo, la que había sido suya durante cuarenta años antes de que la cambiaran de sitio, estaba don Anselmo. Solo. Con su boina en la silla de al lado, su bastón apoyado en la pared y un plato de croquetas de cocido delante que no había tocado.

Doña Concha lo vio desde la puerta. Tardó un segundo en reconocerlo; luego recordó las historias de Diego: el huevo frito con puntilla, el Atlético, el bastón golpeando la mesa en la despedida de Benito.

—José, ese señor está solo.

—Es don Anselmo. El cliente de toda la vida.

—¿Y no tiene familia?

—Diego dice que tiene un hijo en Australia. Y que la mujer se le murió en la pandemia.

Doña Concha se quedó mirando al viejo, que miraba sin ver las croquetas de su plato.

Luego se volvió hacia el camarero del piercing, que se acercaba con la carta plastificada.

—Joven, nuestra mesa es para cinco.

—Tienen reservada una de cuatro, señora, y la trona.

—Para cinco. Ese caballero cena con nosotros.

* * *

Don Anselmo intentó resistirse durante dos minutos, por educación, y luego se dejó llevar como quien se deja llevar por una corriente templada. Doña Concha le hizo sentarse a su derecha, que en su código de protocolo era el lugar de honor. Don José le estrechó la mano con fuerza de ingeniero. Thiago le enseñó la lupa de mango de hueso. Mía se le quedó mirando la boina.

Y doña Concha sacó de la bolsa de El Corte Inglés el mantel de hilo bordado y, ante la mirada estupefacta del camarero del piercing, lo extendió sobre la mesa de mármol falso, cuidando que cayera igual por los dos lados. Luego colocó las cuatro servilletas a juego, dobladas en triángulo.

—Somos cinco y tengo cuatro servilletas —dijo—. Mía no necesita. Se limpia en el vestido.

Don Anselmo miró el mantel bordado, las servilletas de hilo, la abeja de plata en la solapa de aquella señora desconocida. Algo se le movió en la cara.

—Mi Julia también traía siempre su mantel a los restaurantes —dijo en voz baja—. Decía que las mesas de los bares estaban muy usadas.

—Su Julia era una mujer sensata.

—Lo era. —Don Anselmo se quitó las gafas y las limpió con la servilleta de hilo, más tiempo del necesario—. Lo era.

* * *

Samanda apareció con el primer plato a las nueve menos cuarto.

Thiago la vio salir de la cocina y se puso de pie en la silla de un salto, señalándola con el dedo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Es mi mamá!

Media docena de comensales se volvieron. Los japoneses dejaron de fotografiar los jamones y fotografiaron a Thiago. La familia venezolana sonrió. Samanda se puso colorada y siguió andando hacia la mesa con los platos en equilibrio sobre el antebrazo, con el moño perfecto, la gorra de pastor y una sonrisa que intentaba ser profesional y no lo conseguía del todo.

—Buenas noches, señores —dijo, al llegar—. Crema de marisco.

Y empezó a servir. Por la derecha. Primero a doña Concha. Luego a don Anselmo. Luego a Don José. Luego a Thiago.

Thiago la miraba con la boca abierta. Nunca había visto a su madre así. La había visto cansada, dormida en la mesa de la cocina, haciendo cuentas, pintándole las uñas a Mía, gritándole por la ventana del patio que subiera de una vez. Pero nunca la había visto trabajar. No sabía que su madre fuera capaz de llevar cuatro platos sin que se cayera nada. No sabía que su madre supiera hablar como una señora.

—¿Mamá, te puedo ayudar?

—No, mi amor. Esto es trabajo de grandes.

—Yo soy grande. Tengo casi seis.

—Ya lo sé. Pero quedate sentado.

Mía, que había estado observando todo en silencio desde la trona, levantó los brazos hacia su madre y dijo con toda claridad:

—Upa.

Samanda la miró. Luego miró a doña Concha, como pidiendo ayuda.

Doña Concha se levantó, cogió a Mía de la trona antes de que pudiera ponerse a llorar, la sentó en sus rodillas y le puso una servilleta de hilo en el pecho a modo de babero.

—Tu mamá está trabajando, cariño. Ahora cenas conmigo.

Mía la miró muy seria.

—¿Concha también trabaja?

—Concha trabajó mucho. Ahora está jubilada.

—¿Qué es jubilada?

—Es cuando ya no te dejan trabajar aunque quieras.

Samanda tuvo que irse a la cocina muy deprisa, con los platos vacíos de otra mesa, para que nadie viera cómo se le había puesto la cara.

* * *

Diego pasó por la mesa siete veces aquella noche. Nunca se quedaba más de un minuto. Traía el pan, cambiaba los platos, rellenaba el agua, preguntaba si todo estaba bien, le guiñaba un ojo a Thiago, le hacía una mueca a Mía y desaparecía otra vez entre las mesas con la tableta en el bolsillo del delantal y la gorra de pastor un poco torcida.

A la tercera vez, Don José lo agarró del brazo.

—Hijo, ¿has cenado tú?

—Ceno a la una, papá. Cuando cerremos.

—¿Y Samanda?

—También.

—¿Y la cocinera?

—Rosario cena de pie, entre plato y plato. Como siempre.

Don José miró la sala. Los ingleses con gorros de Papá Noel. Los japoneses fotografiándolo todo. La familia venezolana brindando con cava.

Los dos hermanos viudos comiendo en silencio. Las chicas italianas cantando un villancico en napolitano. Y entre todos ellos, moviéndose como abejas en un panal, el camarero del piercing, Diego, Samanda, otra chica rumana que no conocía, y por el ventanuco de la cocina, el brazo de Rosario entregando platos.

—Todos cenan menos los que nos dan de cenar —dijo.

—Es Nochebuena, papá. Es lo que hay.

Diego se fue. Don José se quedó mirando la sala.

—¿Te das cuenta, Concha? —dijo en voz baja—. Esto es una colmena. Las obreras trabajan para que coman los demás. Y ellas comen después, de lo que sobra.

—José, es Nochebuena. Deja las abejas.

—No las dejo. Las estoy viendo.

* * *

A las once y media, Íñigo, el *area manager*, apareció en la sala con su chaleco acolchado, sus zapatillas blancas y una carpeta. Había venido a "supervisar la operativa de Nochebuena" en cuatro locales del grupo, y Casa Benito era el último. Se le veía cansado. Tenía las ojeras de quien lleva doce horas en un coche eléctrico de un barrio a otro, comprobando que en todas partes los jamones estuvieran colgados en el ángulo correcto.

Se acercó a la barra y pidió a Diego una croqueta de cocido. Se la comió de pie, de dos bocados, mirando el móvil.

Doña Concha lo observaba desde la mesa.

—¿Ese es el del pelo de belén?

—Ese es —dijo Don José.

Doña Concha se levantó, con Mía en brazos, dormida ya, como un saco de patatas de terciopelo verde. Se acercó a la barra.

—Buenas noches, joven.

Íñigo levantó la vista del móvil, sobresaltado.

—Buenas noches, señora. ¿Todo bien? ¿Algún problema con el servicio?

—El servicio es excelente. Sobre todo esa chica, la argentina, y mi hijo.

—Ah, ¿es usted la madre de Diego? —Íñigo sonrió con la sonrisa de manual—. Encantadísimo. Su hijo es un activo de la casa.

—Mi hijo es mi hijo. —Doña Concha le miró la croqueta a medio comer en la mano—. ¿Usted ha cenado?

Íñigo pareció no entender la pregunta.

—Esto. Una croqueta.

—¿Y su familia?

—En Getxo. Mis padres. Les he llamado a las nueve. Volveré el veintiséis, si puedo.

—¿No le dejan ir en Nochebuena?

—No es que no me dejen. —Íñigo bajó la vista—. Es que si un local falla esta noche, el lunes me llaman de la central. Y en mi puesto, si te llaman dos veces de la central, a la tercera ya no te llaman.

Doña Concha lo miró de arriba abajo, el chaleco, las zapatillas blancas, el pelo de belén, las ojeras, la carpeta, la croqueta.

—Venga usted a la mesa y tómese un turrón. Es de Jijona, de la casa de siempre. No viene de Getafe.

—Señora, no puedo, estoy trabajando...

—Joven, son las once y media del veinticuatro de diciembre. Si en su central no saben que a esta hora un hombre se come un turrón sentado, en su central no saben nada.

Íñigo se rió por primera vez en toda la noche. Fue una risa corta, de sorpresa, que le borró el chaleco y las zapatillas y le dejó, por un momento, la cara de un chico de treinta años que echaba de menos a su madre.

Se sentó en la mesa. Se tomó el turrón de Jijona, uno de Alicante y un mazapán de Toledo. Escuchó a don Anselmo hablar del Atlético de los años sesenta. Le enseñó a Thiago en el móvil un vídeo de un perro que hacía surf.

Doña Concha, mientras tanto, le miraba sin decir nada.

—Usted también es una obrera, joven —le dijo al final, cuando él se levantó para irse—. Aunque lleve chaleco.

Íñigo no entendió la frase. Pero se la llevó puesta.

* * *

A las doce menos cuarto, doña Concha miró el reloj.

Don José la estaba mirando. Sabía exactamente lo que estaba pensando. La misa del gallo empezaba a las doce. La parroquia de Delicias estaba a diez minutos andando. Si se iban en ese momento, llegaban. Si no, sería la primera misa del gallo que doña Concha se perdería en cuarenta y siete años. La segunda, contando la de la televisión.

—Concha, si quieres vamos.

Doña Concha miró a Mía, dormida en sus brazos. Miró a Thiago, que se había quedado traspuesto con la cabeza apoyada en el hombro de don Anselmo, y a don Anselmo, que no se atrevía a moverse para no despertarlo. Miró a Samanda, que pasaba por la sala con una bandeja de cafés. Miró a Diego, que cobraba a los japoneses en la barra.

—No —dijo.

—¿No?

—No. Me quedo.

Don José no dijo nada. Le cogió la mano por debajo del mantel de hilo, que era algo que no hacía desde 1979.

* * *

A las doce en punto, en la cocina de Casa Benito, Rosario apagó los fuegos.

Era una mujer de sesenta años, de San Francisco de Macorís, menuda, con los brazos llenos de quemaduras antiguas, el pelo recogido en una redecilla y un crucifijo de madera colgado del cuello por dentro de la chaquetilla. Llevaba treinta y dos años en España, catorce en aquella cocina, y no había faltado a una misa del gallo en toda su vida hasta que empezó a trabajar en hostelería, que en Nochebuena no conocía ni a Dios.

Pero tenía sus costumbres.

Abrió la puerta de la cocina. Asomó la cabeza a la sala. Hizo una seña a Diego, a Samanda, a la chica rumana y al camarero del piercing. Luego, después de pensarlo un segundo, hizo una seña también a la mesa del fondo.

—Vengan. Rápido. Que es la hora.

* * *

Estaban todos en la cocina, apretados entre los fogones apagados, las cámaras frigoríficas y las bandejas de croquetas precocinadas de Getafe: Rosario, Diego, Samanda, la chica rumana, que se llamaba Ioana; el camarero del piercing, que se llamaba Kevin y era de Parla; Don José; doña Concha con Mía dormida en brazos; Thiago medio despierto, de la mano de don Anselmo; y don Anselmo con su bastón.

Rosario cogió de una estantería, de detrás de los botes de pimentón, una figura pequeña de barro, un Niño Jesús del tamaño de una mano, gastado por los bordes, con los colores casi borrados. Lo había traído de San Francisco de Macorís en 1994, en el bolsillo del abrigo.

Lo puso en la encimera de acero, entre una tabla de cortar y un bote de sal gorda.

—Aquí no hay cura —dijo—. Pero Dios no necesita catedral. Necesita que estés.

Encendió una vela de cumpleaños, la única que encontró, una vela con forma de número tres que alguien se había dejado en un cajón. La clavó en un trozo de pan. La puso junto al Niño.

Y empezó a cantar.

No era un villancico español. Era uno dominicano, antiguo, lento, que hablaba de un niño que nace pobre en un pesebre y de unos pastores que le llevan lo poco que tienen. Rosario lo cantaba con una voz grave, rota por el tabaco que había dejado hacía veinte años, con los ojos cerrados.

Ioana, la rumana, se santiguó a la manera ortodoxa, de derecha a izquierda, y cantó en voz baja un villancico en rumano por debajo del de Rosario. Kevin, el de Parla, que no había pisado una iglesia desde la comunión, se quitó la gorra de pastor y se quedó con ella en las manos, mirando al suelo. Samanda cantó algo en voz muy baja, casi sin mover los labios, algo que había cantado su abuela del pañuelo blanco en una iglesia de un barrio de Rosario. Diego no cantaba nada; solo miraba a Samanda.

Don Anselmo cantó *Los peces en el río* con voz de tenor de parroquia, desafinando un poco. Don José, que no sabía cantar, movía los labios.

Y doña Concha, con la niña dormida en brazos, empezó a cantar *Noche de paz*. En español. Despacio. Con la voz clara y afinada que había tenido en el coro del colegio de las Ursulinas de Segovia en 1964, y que nadie en aquella cocina, ni siquiera su marido, le había oído en cuarenta años.

Cinco villancicos distintos en cuatro idiomas, a la vez, en una cocina de un bar de Delicias, delante de un Niño de barro y una vela con forma de tres clavada en un trozo de pan.

Sonaba fatal. Sonaba a verdad.

Thiago, que se había despertado del todo, miraba a los mayores con los ojos muy abiertos. Luego, sin que nadie se lo dijera, cogió una jarra de agua de la encimera y un vaso, y fue sirviéndoles agua a todos, uno por uno. Por la derecha.

Doña Concha lo vio. No dijo nada. Se le quebró la voz en la segunda estrofa de *Noche de paz*, y fue la única que se dio cuenta, salvo Don José.

* * *

A la una menos diez, mientras recogían, Samanda salió por la puerta trasera del local, la que daba a un callejón con contenedores de basura, una farola amarilla y un gato de la farmacia que esperaba su jamón de cada noche.

Tenía el móvil en la mano. Eran las nueve menos diez de la noche en Rosario. En Argentina, la Nochebuena se celebra a las doce en punto, con fuegos artificiales, sidra, pan dulce y abrazos, en la calle, con treinta grados de calor. Samanda había llamado a su madre a las doce, hora de España, pensando que la pillaría preparando la cena.

Su madre no lo cogió. La llamó otra vez a las doce y media. Tampoco. A la una menos cuarto le llegó un audio.

Samanda lo escuchó en el callejón, con la espalda apoyada en la pared de ladrillo y el aliento haciéndole nubes en el aire frío.

Era la voz de su madre. Pero no era la voz de los audios de la mañana, la de "mi amor" y "te extraño tanto". Era la otra. La que Samanda reconocía desde antes de saber hablar. La de las palabras alargadas, las risas a destiempo, el ruido de vaso. La voz que se llevaba consigo a sus nueve años cuando se escondía debajo de la mesa de la cocina hasta que todo terminaba.

—Sami... Sami, mi amor... feliz Navidad... acá estoy, con unos amigos... muy lindo todo... ¿y los nenes? Dales un beso... ¿me mandaste lo de este mes? Porque no me llegó... ¿Sami? Bueno... chau... te quiero... chau...

Samanda bajó el teléfono. Se quedó mirando el contenedor de basura que tenía delante, con el logotipo del grupo de restauración pegado en un costado. El gato de la farmacia la miraba desde lo alto del contenedor, esperando su jamón.

No lloró. Hacía mucho tiempo que no lloraba por su madre. Se le habían gastado esas lágrimas antes de los quince años. Pero se quedó quieta, en el callejón, con frío, y sin fuerzas para volver dentro.

La puerta trasera se abrió.

Era doña Concha. Llevaba su abrigo de paño negro en el brazo. No había dejado a Mía con nadie; la niña dormía en brazos de Don José, en la cocina.

No preguntó nada. No dijo nada. Se acercó a Samanda, le puso el abrigo de paño negro sobre los hombros, se lo cerró por delante con las dos manos, con firmeza, como quien cierra una ventana en invierno, y le colocó bien el cuello.

La abeja de plata del broche quedó brillando en la solapa, a la altura del corazón de Samanda.

Samanda la miró. Doña Concha la miraba a su vez, con su cara de siempre, seria, recta, la barbilla levantada. Pero tenía los ojos húmedos, aunque probablemente fuera el frío.

—Es Nochebuena —dijo doña Concha—. Y en Nochebuena no se está sola en un callejón.

—Señora, el abrigo...

—El abrigo es mío y hago con él lo que me da la gana. —Doña Concha se dio la vuelta hacia la puerta—. Entre usted cuando pueda. Rosario ha guardado sopa para los que no han cenado. Y no es de Getafe.

Volvió a entrar. Dejó la puerta entornada.

Samanda se quedó en el callejón un minuto más, envuelta en un abrigo de paño negro que le quedaba grande y olía a un perfume antiguo, a naftalina y a algo que no supo identificar y que, años después, cuando ya lo supo, le contaría a su propia hija que era el olor de una casa.

Luego le dio al gato de la farmacia un trozo de jamón que llevaba en el bolsillo del delantal, envuelto en una servilleta, y entró.

* * *

Volvieron a casa a las dos menos cuarto, andando por el paseo de las Delicias, porque no había taxis. Delante iba Diego con Thiago a hombros, dormido. Detrás, Don José y don Anselmo, que había insistido en acompañarlos hasta Atocha y hablaba de la final de Copa de 1961 con un entusiasmo de muchacho. Y detrás de todos, despacio, doña Concha con Mía en brazos y Samanda a su lado, todavía con el abrigo de paño negro sobre el delantal de cuero y la camisa de cuadros.

No hablaban. Iban al mismo paso.

Las luces de Navidad de la calle dibujaban estrellas y campanas en el aire frío. En algún balcón sonaba todavía un villancico. Un camión de la basura pasó despacio, con sus luces naranjas, y los barrenderos les gritaron "¡feliz Navidad!" desde el estribo, y Diego les contestó con la mano libre.

—Señora —dijo Samanda, cuando llegaban a la glorieta—. ¿Usted se ha perdido la misa del gallo por nosotros?

Doña Concha tardó un poco en contestar.

—No me la he perdido.

—Pero si no ha ido...

—Hija. —Doña Concha cambió a Mía de brazo, con cuidado de no despertarla—. He estado en una cocina con un Niño de barro, cinco villancicos en cuatro idiomas y un niño de cinco años sirviendo agua por la derecha. No me he perdido nada.

Siguieron andando.

Al cabo de un rato, doña Concha añadió, sin mirarla:

—El abrigo me lo devuelves el domingo. Y lo traes tú. No me lo mandes con Diego, que lo deja en cualquier silla.

—Sí, señora.

—Y el domingo que viene comemos cordero. El de Ponzano. Lo he anulado para hoy, pero el carnicero me debe uno.

Samanda no contestó. No le salía la voz.

Por encima de los tejados de Madrid, una nube se abrió un momento y dejó ver una estrella sola, de esas que en las ciudades casi nunca se ven. Nadie la señaló. Pero todos la vieron.

Capítulo 13

Historia clínica

El cuaderno se lo regaló Thiago el día de Reyes.

Lo había comprado él solo, con tres euros de su hucha, en el bazar de la esquina de Usera, mientras Samanda elegía unos calcetines para Diego. Era un cuaderno de tapas duras de cartón, de color amarillo chillón, con una abeja de dibujos animados en la portada que sonreía con unos dientes enormes y llevaba un gorro de cocinero, por razones que nadie supo explicar. Debajo de la abeja ponía *MY NOTES* en letras de purpurina.

Thiago lo había envuelto él mismo en papel de periódico, con tanta cinta adhesiva que Don José necesitó las tijeras de la cocina para abrirlo.

—Es para que apuntes lo del consorcio —dijo Thiago—. Porque tu libreta negra ya está llena de abejas.

Don José miró el cuaderno. Miró la abeja con gorro de cocinero. Miró al niño, que esperaba su veredicto con las manos en los bolsillos del pijama.

—Es el mejor cuaderno que me han regalado nunca.

—¿De verdad?

—De verdad. —Don José se lo puso debajo del brazo—. Y lo voy a usar para algo muy importante.

—¿Para qué?

Don José tardó un poco en contestar. No lo sabía todavía. Lo supo esa misma noche.

* * *

Lo empezó el siete de enero, después de recoger los restos del roscón de Reyes, cuando doña Concha ya se había acostado con su novela sueca de muertos limpios.

Se sentó en el escritorio del despacho, el que había sido su mesa de proyectos durante treinta años, con el flexo encendido, la pluma estilográfica que le habían regalado al jubilarse y el cuaderno amarillo abierto por la primera página. La abeja con gorro de cocinero le sonreía desde la portada cerrada.

Escribió con su letra pequeña y recta de ingeniero:

HISTORIA CLÍNICA

Lo pensó un momento. Luego añadió debajo:

Paciente: España. Edad: discutida. Sexo: femenino, según los poetas; masculino, según los generales; ninguno de los dos, según los funcionarios.

Y más abajo, entre comillas, la frase que llevaba semanas dándole vueltas desde que la leyó en un libro viejo de la biblioteca del salón, un volumen de ensayos de Unamuno con las páginas amarillentas que había sido de su padre:

"Me duele España."

Se quedó mirando la frase. Luego, como un médico que encabeza un expediente con el motivo de consulta, escribió:

Motivo de consulta: dolor difuso. El paciente no sabe dónde le duele. Le duele en todas partes y en ninguna. Ha venido a consulta muchas veces en los últimos ciento veinte años. Siempre dice lo mismo.

* * *

Durante tres semanas, Don José escribió en el cuaderno amarillo todas las noches.

Lo hacía después de las croquetas de los martes y de las lentejas de los jueves, después del telediario, después de que doña Concha se acostara.

Luego lo guardaba en el cajón del escritorio, debajo de la carpeta azul del *Expediente 1*, y cerraba el cajón con una llave pequeña que se guardaba en el bolsillo del pijama.

Doña Concha lo notó la segunda noche. Lo notó como notaba los tabiques que no estaban a plomo: sin buscarlo, porque algo en el ambiente estaba fuera de su sitio.

No dijo nada durante tres semanas. Eso fue lo que más le costó.

* * *

El último sábado de enero, Don José subió a La Hiruela a tratar las colmenas contra la varroa. Era el momento: en pleno invierno, con las reinas paradas y sin cría en los panales, las obreras quedaban expuestas y el ácido oxálico podía alcanzar a los ácaros. Había que hacerlo un día de sol, sin viento, con las abejas apiñadas en el centro de la caja. Thiago no pudo ir porque tenía fiebre, y Don José le prometió que trataría primero la catorce y le mandaría una foto.

Salió a las siete y media. A las ocho menos cuarto, doña Concha ya estaba en el despacho.

La llave pequeña no estaba en el bolsillo del pijama, porque Don José se había llevado el pijama puesto debajo de la ropa de abrigo, como hacía siempre que subía a la sierra en invierno. Pero doña Concha llevaba cuarenta y siete años casada con un ingeniero de caminos, y sabía dos cosas: que los ingenieros siempre hacen una copia de seguridad de todo, y que nunca la esconden demasiado lejos del original.

La encontró en tres minutos, dentro del bote de los clips, debajo de una goma de borrar de la Escuela de Caminos con forma de puente colgante.

Abrió el cajón. Sacó el cuaderno amarillo de la abeja con gorro de cocinero. Se sentó en la silla de su marido, encendió el flexo y se puso las gafas de cerca.

Dudó. Tuvo la mano encima de la tapa casi un minuto entero.

Era la primera vez en cuarenta y siete años que iba a leer algo de José sin permiso. Ni siquiera había leído las cartas que le escribió en la mili, que seguían en una caja de zapatos del altillo, atadas con una cinta. Las había guardado sin abrir después de leerlas la primera vez, porque le parecía que las cartas de amor, como los planos de una obra terminada, había que archivarlas y no volver a mirarlas.

Pero aquello no era una carta de amor. Aquello era, según José, una historia clínica.

Abrió el cuaderno.

* * *

ANAMNESIS

Antecedentes del paciente: múltiples. Imperio con fiebre alta, siglos XVI y XVII. Pérdida de peso progresiva, siglos XVIII y XIX. Amputación de extremidades de ultramar en 1898; el paciente no lo superó del todo. Un grupo de médicos jóvenes, llamados la Generación del 98, hizo el primer diagnóstico serio: abulia, decadencia, falta de pulso. Uno de ellos escribió: "Me duele España". Nadie le hizo mucho caso.

Guerra civil 1936-1939. Hemorragia interna masiva. El paciente se desangró por dentro, hermano contra hermano. Sobrevivió de milagro. Larga convalecencia con régimen militar, cuarenta años de reposo forzoso y dieta de pan negro. Los médicos de la época lo llamaron "paz". El paciente lo llamaba otra cosa, en voz baja.

Transición, 1975-1982. Recuperación sorprendente. Los médicos extranjeros no se lo creían. El paciente se levantó de la cama, se puso un traje

nuevo, firmó una Constitución y se fue a bailar a la Movida. Fue la mejor época de su vida. Yo tenía veintitantos años. Concha también, aunque dos menos, como me recuerda siempre. Nos casamos en el 79. Me acuerdo del olor de aquellos años: a tabaco rubio, a libertad recién estrenada y a pintura fresca.

Doña Concha se detuvo en esa línea. La releyó. Ella también se acordaba de aquel olor, aunque nunca lo habría descrito así. Pasó la página.

Crisis de 2008. Infarto económico. El paciente tuvo que ser rescatado. Le pusieron un stent bancario. Los jóvenes se fueron a Alemania. Los viejos los mantuvieron con sus pensiones. Diego tenía veinte años y no se fue, porque no sabía alemán ni inglés ni casi castellano escrito. Se quedó sirviendo cañas. Ahora creo que fue lo mejor que pudo pasarle.

Pandemia, 2020. Neumonía bilateral. Todo el paciente en la UCI a la vez. Aplausos en los balcones a las ocho. Concha aplaudía con la tapa de la olla. Yo no aplaudía porque me daba vergüenza. Me arrepiento. Han pasado seis años y nadie se acuerda de a quién aplaudíamos.

* * *

EXPLORACIÓN — CONSTANTES VITALES

Natalidad: uno coma uno hijos por mujer. De las más bajas del mundo. El paciente no se reproduce. Es como una colmena que deja de criar en primavera. Si no cría ahora, en otoño no tendrá obreras.

Esperanza de vida: más de ochenta y tres años. De las más altas del mundo. El paciente vive mucho pero no tiene hijos. Es una colmena de abejas viejas, sabias y cansadas.

Paro juvenil: uno de cada cuatro. Los jóvenes no encuentran trabajo, o lo encuentran de doce horas y sueldo de seis. Diego trabaja sesenta horas a la semana. Samanda trabaja en tres sitios. Leandro levanta edificios en los que no podrá vivir.

Edad media de emancipación: más de treinta años. Los jóvenes no salen de la colmena porque no hay celdas libres. Las celdas las compra Hexágono.

Prima de riesgo: subiendo. La colmena de al lado, Francia, está enferma y nos mira la piquera.

Diagnóstico provisional: colmena zanganera en fase inicial. Pérdida de feromona. Infestación por varroa. Pronóstico: reservado.

Doña Concha cerró los ojos un momento. Era exactamente lo que José decía en las cenas, en el telediario, en el cocido de los domingos, pero escrito resultaba distinto. Más serio. Más triste. Las cifras tenían el aire de los partes médicos de su padre en el hospital, aquellos meses de 1998 en los que fueron leyendo constantes cada vez peores en una carpeta colgada a los pies de la cama.

Iba a cerrar el cuaderno. No lo cerró.

En la página siguiente, la letra cambiaba. Seguía siendo la letra recta de ingeniero, pero más pequeña, más apretada, como si el que escribía hubiera bajado la voz.

* * *

OBSERVACIONES QUE NO ENCAJAN CON EL DIAGNÓSTICO

Llevo tres semanas haciendo esta historia clínica y tengo que anotar cosas que no cuadran. Un buen ingeniero apunta también los datos que le llevan la contraria. Si no, no es ingeniero, es abogado.

Uno. El paciente es el país del mundo con más donantes de órganos por habitante. Lleva más de treinta años siéndolo. Un país enfermo de verdad no regala los riñones a desconocidos.

Dos. En la riada de Valencia, en 2024, miles de chavales de veinte años se fueron con escobas y botas de agua a sacar barro de las casas de gente que no conocían. Nadie los organizó. Nadie les pagó. Se les llamó "la brigada de

la escoba". Las colmenas higiénicas se limpian unas a otras sin que nadie se lo mande.

Tres. Los abuelos de este país crían a los nietos para que los padres puedan trabajar. Sin cobrar. Si los abuelos españoles hicieran huelga un solo día, se paralizaría la economía. Ningún economista lo ha calculado, porque los economistas no tienen abuelos o no se acuerdan.

Cuatro. En Nochebuena vi en la cocina del bar de Diego a una dominicana, una rumana, un chico de Parla, una argentina, un viejo del Atlético y a mi mujer cantando cinco villancicos distintos delante de un Niño de barro. Sonaba fatal. Es lo más parecido a una feromona que he visto en años.

Cinco. Thiago ha numerado una colmena con el cuatro al revés y la cuida mejor que yo cuidé la catorce de 2009.

Conclusión provisional: el paciente está enfermo pero tiene sistema inmune. No sé si le funciona. Pero lo tiene.

* * *

Doña Concha se quitó las gafas. Se frotó los ojos con dos dedos. Fuera, en la calle, alguien arrastraba un carro de la compra por la acera mojada.

Volvió a ponerse las gafas. Pasó la página.

* * *

PACIENTES SECUNDARIOS

Un buen médico no trata solo al enfermo. Trata a la familia. Y esta familia también tiene su historia clínica.

* * *

Paciente: Diego. Edad: 38. Diagnóstico: dislexia e hiperactividad, detectadas tarde. A los once años. Demasiado tarde.

Antecedentes: lo echaron de dos colegios. En los dos lo llamaron vago. Yo también se lo llamé una vez. Una sola. En 1997, en la cocina, cuando trajo cuatro suspensos y una nota de la tutora que decía que "no se esforzaba". Le dije: "Eres un vago, Diego, como no espabiles vas a acabar sirviendo copas". Tenía nueve años. Se quedó muy quieto. No lloró. Se fue a su cuarto.

Ahora sirve copas. Y es el mejor camarero de Madrid. Y no es un vago: trabaja sesenta horas a la semana, se aprende de memoria el mapa de una tableta a las tres de la madrugada y le dijo a un niño que no es suyo "soy tu Diego" con una delicadeza que yo no he tenido en mi vida.

Nunca le he pedido perdón por lo de 1997. No sé si se acuerda. Yo sí.

En el trastero hay una caja que pone DIEGO. COLEGIO. No la he abierto en treinta años.

Tratamiento: pendiente. Me da miedo.

* * *

Doña Concha dejó el cuaderno en la mesa. Se quedó mucho rato mirando el flexo.

Ella también se acordaba de 1997. No de esa frase; no la había oído, estaba en una obra en Getafe hasta las nueve de la noche. Pero se acordaba de las notas, de la tutora, de las reuniones en el colegio de los curas con un hermano marista que hablaba de Diego como de un problema de disciplina. Se acordaba de sus propias palabras, que eran peores que las de José porque eran más frías: *Diego, si no te esfuerzas, nadie va a hacerlo por ti.* Las había dicho tantas veces que habían dejado de ser una frase y se habían convertido en el aire de la casa.

Y se acordaba de cuándo le dieron el diagnóstico, en 1999, en una consulta de la calle Velázquez. Dislexia. Hiperactividad. *Señora, su hijo no es*

vago. Su hijo tiene un cerebro que funciona de otra manera. Se acordaba de haber salido a la calle y haberse quedado parada en la acera, delante de un escaparate de zapatos, durante diez minutos. No había llorado. Ella no lloraba. Había pensado: *dos años. Dos años diciéndole a mi hijo que no se esforzaba.*

Tampoco le había pedido perdón nunca. Ni a Diego ni a nadie.

Pasó la página.

* * *

Paciente: Samanda. Edad: 31. Diagnóstico: superviviente.

Antecedentes: madre alcohólica, padres ausentes, un tío abuelo desaparecido, una abuela con pañuelo blanco. Dos hijos, dos padres que no están. Trabaja en tres sitios. Manda dinero a su madre aunque no le llega para ella. Concha la llama Samanta. Yo creo que lo hace adrede.

Pronóstico: excelente, si la dejan. Es una abeja higiénica. Limpia a todos los que tiene alrededor, incluida mi mujer, que no se ha dado cuenta.

* * *

Paciente: Thiago. Edad: casi 6. Diagnóstico: ninguno. Es el único sano de la familia.

Observación: me llama abuelo. No lo he corregido.

* * *

Paciente: Mía. Edad: 3. Diagnóstico: reina en potencia.

Observación: se puso el sombrero de las bodas de Concha y nadie se lo quitó. Concha lo tiene en la vitrina, en foto, con marco de nogal. Dice que es por el nogal.

* * *

Doña Concha pasó la página. Había una más. Se le aceleró el pulso, cosa que no le pasaba ni en las inspecciones de la Comunidad de Madrid.

* * *

Paciente: Concepción.

Edad: 72. No se le puede preguntar.

Diagnóstico: sana. La única sana de verdad de toda esta historia clínica, además de Thiago.

Exploración: rigidez estructural. De la buena. La que aguanta. Si esta mujer fuera un edificio, sería de los de muros de carga de un metro de espesor, de los que se construían antes, que no se caen ni con terremotos, aunque tampoco se les puede abrir una ventana nueva sin un estudio geotécnico.

Alérgica a los diminutivos, a la música en los restaurantes, a los camareros que meten los dedos en los vasos y a las obras "casi terminadas".

Antecedentes: me aprobó como marido en 1979, tras un largo periodo de prueba. Sigo sin saber exactamente qué examen pasé. Sospecho que fue el de las croquetas: el primer martes que cené en su casa me comí la última de la fuente sin preguntar, y ella me miró como quien mira a un albañil que ha puesto el ladrillo bien a la primera.

En cuarenta y siete años no me ha dicho nunca que me quiere. Me lo dice con la aspirina sin pedir, con el bocadillo de lomo envuelto en papel de aluminio a las seis y media de la mañana y con el corcho nivelado. Me lo dice clavando con una chincheta de latón de los años setenta un papel en mi tablero de locuras, sin decirme nada, para no darme la razón.

Tratamiento: ninguno.

No tocar.

* * *

Doña Concha cerró el cuaderno.

Se quedó sentada en la silla de su marido, en el despacho, con el flexo encendido a las nueve menos cuarto de la mañana de un sábado de enero, con las manos encima de la tapa amarilla y la abeja con gorro de cocinero sonriéndole entre los dedos.

No lloró. Ella no lloraba.

Pero tardó mucho en levantarse.

* * *

Antes de devolver el cuaderno al cajón, doña Concha hizo dos cosas.

La primera fue coger un lápiz del bote de los clips, uno de esos lápices de dibujo técnico del número dos que José usaba para los croquis, y volver a la página de las constantes vitales. Junto a *uno coma uno hijos por mujer*, en el margen, con su letra inclinada de rotular planos, escribió:

1,12. Sé preciso, José.

Porque era incapaz de dejar pasar un dato redondeado. Ni siquiera en un momento así. Sobre todo en un momento así.

La segunda cosa le costó más.

Fue a la página de Diego. Se quedó mirando la frase de 1997 y la última línea: *Tratamiento: pendiente. Me da miedo.*

Debajo, en el margen, escribió con el mismo lápiz, muy pequeño, para que apenas se viera:

A mí también. C.

Luego fue a su propia página. Leyó otra vez *Tratamiento: ninguno. No tocar.*

Debajo escribió:

Conforme. C.

Cerró el cuaderno. Lo puso en el cajón, debajo de la carpeta azul del *Expediente 1*, exactamente en la misma posición en la que lo había

encontrado, con la abeja mirando hacia la izquierda. Cerró el cajón con la llave. Devolvió la llave al bote de los clips, debajo de la goma de borrar con forma de puente colgante.

Apagó el flexo.

* * *

Don José volvió a las cinco y media, con el olor del humo de jara en la ropa, las mejillas rojas del frío de la sierra y una foto en el móvil de la colmena catorce con las abejas apiñadas en un racimo dorado en el centro de la caja.

—Está muy fuerte —dijo, enseñándosela a su mujer en la cocina—. La mejor del colmenar. Thiago ha tenido buena mano.

—Thiago tiene fiebre. Ha llamado Samanda.

—¿Mucha?

—Treinta y ocho y medio. Nada. Le ha dado el jarabe.

Don José se quitó el abrigo. Se sentó en la mesa de formica. Doña Concha le puso delante un plato de sopa de cocido, de la que sobraba siempre del domingo, y una cuchara.

—¿Y tú qué has hecho hoy?

Doña Concha se quedó de espaldas, en el fregadero, lavando un cazo que ya estaba limpio.

—Nada. Cosas de la casa.

* * *

Don José tardó tres noches en encontrar las anotaciones.

Abrió el cuaderno el martes, después de las croquetas, para añadir una observación sobre los presupuestos franceses. Fue a la página de las constantes vitales para comprobar una cifra y vio en el margen, con letra inclinada de arquitecta: *1,12. Sé preciso, José.*

Se quedó helado.

Pasó las páginas despacio, una por una, como quien recorre un edificio buscando grietas después de un terremoto. Encontró la nota de la página de Diego. *A mí también. C.* Y la de la última página: *Conforme. C.*

Se quedó mucho rato con el cuaderno abierto en las manos, en el despacho, con el flexo encendido.

Luego cogió la pluma estilográfica y, en la página de Diego, debajo de la nota de su mujer, escribió con su letra recta:

Entonces lo hacemos juntos. J.

Y en la página de Concha, debajo de su *Conforme*, no escribió nada. No hacía falta. Pero dibujó, muy pequeño, con cuatro trazos de ingeniero, un hexágono. Una celda de panal. La forma más fuerte y más económica de la naturaleza, la que no deja huecos y aguanta el peso de toda la miel.

Cerró el cuaderno. Lo guardó en el cajón.

* * *

No hablaron de ello. Ni esa noche, ni al día siguiente, ni en las semanas que siguieron.

Pero el domingo, cuando Diego llegó a comer con Samanda y los niños —Thiago ya sin fiebre y con un dinosaurio nuevo—, doña Concha esperó a que estuvieran todos sentados, se quitó las gafas y dijo, sin preámbulo y sin mirar a nadie en concreto:

—Diego, tu padre y yo queremos hablar contigo un día de estos. De cuando eras pequeño. Del colegio.

Diego se quedó con la cuchara a medio camino.

—¿De qué del colegio?

—Ya lo hablaremos. No hoy. —Doña Concha se volvió a poner las gafas—. Hoy hay lentejas.

Samanda miró a Don José. Don José miraba su plato de lentejas con una concentración inusual, como si en el fondo hubiera una colmena enferma.

Thiago, que no entendía nada pero lo notaba todo, le tiró de la manga a su abuelo.

—Abuelo, ¿estás usando el cuaderno de la abeja?

—Todos los días.

—¿Y qué apuntas?

Don José levantó la vista. Miró a su mujer al otro lado de la mesa. Ella no le miró. Estaba sirviendo lentejas a Mía con una precisión de cirujano, el cazo exactamente lleno, ni una gota en el borde del plato.

—Apunto quién está enfermo —dijo Don José—. Y quién está sano.

—¿Y quién está sano?

Don José sonrió.

—Tú. Y tu abuela.

Thiago miró a doña Concha.

—¿Concha es mi abuela?

La mesa se quedó en silencio. Hasta Mía dejó de comer.

Doña Concha terminó de servir las lentejas. Dejó el cazo en la fuente. Se limpió las manos en la servilleta. Y contestó, con la misma voz con que había contestado durante cuarenta años a los jefes de obra que preguntaban si un muro se podía tirar:

—Eso lo hablaremos otro día también. Cómete las lentejas, Thiago, que se enfrían.

—Las lentejas no se enfrían —dijo Thiago muy serio—. Se templan. Lo dice el abuelo.

Diego tuvo que levantarse a buscar más pan a la cocina. Samanda se tapó la boca con la servilleta. Don José miró el techo, donde el testigo de

yeso de Leandro seguía intacto, con su fecha escrita a lápiz, sin una sola grieta.

Y doña Concha, que en cuarenta y siete años no había dejado que nadie la viera reír en la mesa, se levantó con la excusa de la jarra de agua y se fue a la cocina.

Tardó un poco en volver.

Capítulo 14

Junta de vecinos

El ascensor se estropeó el nueve de enero, quince días después de que Hexágono Residencial Madrid I, S.L., se convirtiera en el dueño de todo el edificio.

Primero dejó de bajar al sótano. Luego empezó a pararse entre el segundo y el tercero, con un ruido de hierros que hacía santiguarse a Eulogia. El catorce de enero se quedó parado en el bajo con las puertas abiertas y un cartel escrito a ordenador, pegado con celo: *ASCENSOR FUERA DE SERVICIO. PENDIENTE DE PIEZA. DISCULPEN LAS MOLESTIAS. LA PROPIEDAD.*

El veintinueve de enero seguía igual. La pieza no llegaba.

Para Samanda significaba subir dos pisos con el carro de Mía, la compra, la mochila de Thiago y la bolsa de la escuela infantil. Para Eulogia, cuatro, con la cesta de la ropa. Para los marroquíes del tercero, tres, con un bebé de ocho meses y una abuela con artrosis que había venido de Tánger a pasar el invierno.

Para don Faustino, que vivía en el quinto, significaba no salir.

Don Faustino tenía noventa y un años, una pierna de titanio desde 2017 y un andador de aluminio con pelotas de tenis en las patas. Llevaba cuarenta y siete años en aquel quinto, desde que llegó de un pueblo de Jaén con su mujer, dos maletas de cartón y un contrato de renta antigua firmado a mano con un casero que se llamaba don Jacinto y que pasaba a cobrar el alquiler el primer domingo de cada mes con sombrero y bastón.

Desde que se estropeó el ascensor, don Faustino no había bajado a la calle. Ni a misa ni a la farmacia ni al banco del parque donde se sentaba por

las mañanas a ver a los niños. Eulogia le subía el pan y la leche. Samanda, las medicinas, que recogía en la farmacia de Marcelo Usera con la receta electrónica de su tarjeta sanitaria. Hamid, el del tercero, le había subido un día una bombona de butano a la espalda, cinco pisos, sin parar ni una vez.

—Esto lo hacen adrede —dijo Eulogia, el último martes de enero, en el rellano del segundo, con la cesta de la ropa en la cadera—. Para que nos cansemos. Para que nos vayamos.

—No lo sabemos —dijo Samanda.

—Yo lo sé, mija. —Eulogia se recolocó el moño—. En Cochabamba, en el ochenta y cinco, una empresa minera hizo lo mismo con las casas de los trabajadores. Primero el agua. Luego la luz. Luego los techos. Al final, todo el mundo se fue solo. Nadie tuvo que echar a nadie.

* * *

Fue don Faustino quien convocó la junta.

Lo hizo a su manera: escribió una nota con letra temblorosa en un folio cuadriculado, la metió en un sobre, y le pidió a Thiago, que había subido con Samanda a llevarle el omeprazol, que la pegara en el tablón del portal.

CONVOCATORIA DE JUNTA DE VECINOS. Viernes 30 de enero, 8 de la tarde. En mi casa, 5º, porque yo no puedo bajar. Asunto: el ascensor y lo demás. Se ruega puntualidad. Habrá café. Faustino Moreno, 5º.

Thiago la pegó con cuatro trozos de cinta adhesiva y una pegatina de dinosaurio para que quedara bien sujeta.

* * *

El viernes a las ocho menos cinco, el salón de don Faustino estaba lleno.

Era un salón pequeño, de los años sesenta, con papel pintado de flores ocres, un aparador de formica con una vajilla que no se usaba desde los años ochenta, una televisión de tubo con un tapete de ganchillo encima, una foto de boda en blanco y negro, otra foto de una mujer mayor sonriendo en una playa, con una cinta negra en la esquina del marco, y un calendario de una funeraria de Usera del año 2019, que don Faustino no había querido quitar porque fue el último que colgó su mujer.

Había once vecinos, de las doce viviendas del edificio. Faltaba solo el primero izquierda, que era un piso de una empresa de alquiler temporal donde cada mes vivía alguien distinto y nadie sabía nunca quién.

Don Faustino presidía desde su butaca orejera de skay granate, con el andador al lado y una manta de cuadros sobre las rodillas. Eulogia había hecho café en la cocina de don Faustino y lo servía en tazas de duralex de distintos juegos. Latifa, la mujer de Hamid, había traído una bandeja de pastas de almendra y miel, cuernos de gacela, que dejó en la mesa camilla sin decir nada, con una timidez que contrastaba con la generosidad de la bandeja.

Samanda había venido con los niños, porque Diego trabajaba y no tenía con quién dejarlos. Thiago se sentó en el suelo, junto al andador de don Faustino, con un cuaderno de dibujo. Mía se durmió en el sofá entre dos cojines de ganchillo a los cinco minutos.

Estaban también los del primero derecha, Ramón y Mari Carmen, un matrimonio de Usera de toda la vida. Ramón era taxista, cincuenta y ocho años, hincha del Rayo, con un bigote de los ochenta y la costumbre de hablar de todo como si estuviera en el taxi. Mari Carmen trabajaba de dependienta en una tienda de ropa del centro comercial de Plaza Río. Llevaban veintidós años en el edificio, primero de alquiler con doña Pilar, la anterior dueña del primero, que había vendido a Hexágono en el mismo

paquete que doña Encarna. A ellos también les había llegado la carta. A ellos les acababa el contrato en mayo.

Y estaban los del cuarto derecha, una pareja de chicos jóvenes, Adrián y Marcos, enfermero él, profesor de instituto el otro, que habían firmado su contrato hacía solo un año y que pensaban que estaban a salvo hasta que descubrieron, leyendo la letra pequeña, que Hexágono tenía intención de "revisar las condiciones" de todos los contratos "en el marco de la reposición del inmueble".

—Bueno —dijo don Faustino, cuando dieron las ocho en el reloj de pared, un reloj con péndulo que había sido de su suegro—. Ya estamos todos. El que falta, que no falte más.

Nadie entendió muy bien qué quería decir. Tampoco importaba.

* * *

La primera media hora fue un desastre.

Ramón habló primero, porque Ramón hablaba primero siempre, por costumbre de taxista. Habló del ascensor, de Hexágono, de los políticos, de los fondos buitre, del Gobierno, de la oposición, del alcalde, de la presidenta de la Comunidad, de los okupas, de los pisos turísticos, del precio de la gasolina, de un cliente que le había vomitado en el taxi en Nochevieja y del Rayo Vallecano, que iba fatal. Todo seguido, sin respirar, con el bigote temblando.

Luego Adrián, el enfermero, intentó hablar de los aspectos legales, y Ramón le interrumpió. Luego Mari Carmen intentó calmar a Ramón, y Ramón le dijo que se callara. Luego Eulogia dijo algo de Cochabamba que nadie entendió. Luego Hamid empezó a explicar lo de la bombona de butano, y Ramón le cortó.

—Mira, lo que te voy a decir. Aquí el problema no son solo los fondos. Aquí el problema es que los alquileres han subido porque viene mucha

gente de fuera. Más gente, más demanda, más caros los pisos. Es de lógica. Lo dice todo el mundo en el taxi.

Se hizo un silencio incómodo en el salón de don Faustino.

Hamid dejó la taza de duralex en la mesa camilla. Era un hombre de cuarenta y cinco años, electricista, con las manos grandes llenas de cortes pequeños y una calma de quien ha tenido que aguantar muchas frases como aquella en muchos rellanos.

—Ramón, yo vivo en este edificio desde el dos mil cinco. Mis tres hijos nacieron en el Doce de Octubre. Pago lo mismo que tú. Y a mí también me ha llegado la carta.

—No lo digo por ti, hombre. Tú eres de aquí ya. Lo digo en general.

—En general, ¿quién?

Ramón abrió la boca. La cerró. Miró a Eulogia, a Latifa, a Samanda, a los dos chicos del cuarto. Se puso un poco colorado debajo del bigote.

—En general —repitió, más bajo.

Volvieron a hablar todos a la vez. Mari Carmen le decía a Ramón que se calmara. Adrián le decía a Marcos que aquello no iba a ningún sitio. Eulogia murmuraba en quechua algo que parecía una oración o un insulto. Latifa miraba sus pastas de almendra sin que nadie las hubiera tocado. Y don Faustino, en su butaca orejera, cerró los ojos, cansado, como quien escucha una radio mal sintonizada.

* * *

Fue entonces cuando Samanda se levantó.

No lo había pensado. Si lo hubiera pensado, no lo habría hecho. Tenía treinta y un años, era argentina, limpiaba oficinas, cuidaba a una anciana, servía mesas los fines de semana y tenía a una niña dormida entre dos cojines de ganchillo. No era nadie en aquel edificio. No era nadie en aquella ciudad.

Pero había visto aquello antes.

Lo había visto en diciembre de 2001 y en todo 2002, en Rosario, cuando tenía seis y siete años y su abuela del pañuelo blanco la llevaba de la mano a las asambleas barriales que se hacían en la plaza, en el club de fútbol del barrio, en la parroquia, en el salón de una sociedad de fomento con el techo de chapa. Después del corralito, cuando los bancos se quedaron la plata de todos y los políticos huyeron en helicóptero y la gente salió a la calle golpeando cacerolas, en cada barrio de la Argentina se formaron asambleas de vecinos. Gente que no se conocía se sentaba en sillas de plástico a discutir qué hacer. Al principio era exactamente aquello: todos hablando a la vez, gritando, echándose la culpa unos a otros.

Y luego, en cada asamblea, siempre aparecía alguien que ponía orden. En la de su barrio había sido una maestra jubilada, con anteojos y un cuaderno escolar, que se levantaba, golpeaba una botella con una cuchara y decía tres palabras mágicas que Samanda nunca había olvidado.

Samanda cogió una cucharilla de la mesa camilla. Golpeó tres veces la taza de duralex de don Faustino. *Tin, tin, tin.*

El salón se quedó en silencio. Todos la miraron.

—Turno de palabra —dijo.

Nadie entendió nada.

—Turno de palabra —repitió Samanda, con la voz más firme de lo que esperaba—. Así no vamos a ningún lado. Hablamos de a uno. Levantás la mano, yo te anoto, hablás dos minutos y le toca al siguiente. Nadie interrumpe. Y alguien escribe lo que decidimos, para que después no digamos que no se dijo.

Ramón la miró con el bigote fruncido.

—¿Y tú quién eres para mandar?

—Nadie. La del segundo. —Samanda le sostuvo la mirada—. Pero en mi país hicimos esto en todos los barrios cuando nos robaron la plata. Y

aprendimos que, si no hay turno de palabra, gana siempre el que grita más. Y el que grita más casi nunca es el que tiene razón.

Hubo un silencio. Luego don Faustino abrió los ojos en su butaca.

—La chica tiene razón —dijo con su voz rasposa—. En el pueblo, en las juntas del agua de riego, era igual. El que más gritaba se llevaba el agua. Y luego se le pudría la cosecha porque regaba de más.

—¿Quién escribe? —preguntó Samanda.

Eulogia levantó la mano tímidamente.

—Yo tengo buena letra. Fui secretaria de la junta de vecinos del barrio Villa Pagador, en Cochabamba. Seis años.

—Entonces vos sos la secretaria.

Eulogia sacó del bolso un cuaderno de espiral y un bolígrafo. Escribió en la primera página, con una letra redonda y perfecta, de colegio de monjas: *Acta de la junta de vecinos. 30 de enero. Casa de don Faustino.*

Samanda volvió a golpear la taza.

—Primer turno. ¿Quién quiere hablar?

Levantaron la mano seis personas a la vez.

* * *

Las siguientes dos horas fueron, como diría después don Faustino, las mejores de aquel edificio desde la fiesta de San Isidro de 1982, cuando sacaron una mesa al patio y bailaron hasta las tres con un tocadiscos.

Hablaron todos. De uno en uno. Dos minutos cada uno, que Samanda medía con el cronómetro del móvil, y avisaba con un "redondeá" cuando se acercaba el final, palabra que nadie conocía y que todos acabaron usando.

Adrián explicó que, según había leído, el propietario podía no renovar un contrato al terminar, pero no podía dejar el edificio sin servicios básicos, y que dejar a un anciano encerrado sin ascensor podía considerarse acoso inmobiliario. Que eso estaba castigado.

Hamid explicó que él era electricista y que había visto el motor del ascensor por la trampilla. Que no le faltaba ninguna pieza. Que le habían desconectado el cuadro de maniobra.

Ramón, con el bigote más quieto, dijo que en el taxi había llevado una vez a una chica de un sindicato de inquilinas y que le había dejado una tarjeta, que la tenía en la guantera. Que a lo mejor servía.

Mari Carmen dijo que su prima trabajaba en una radio de barrio en Carabanchel y que podían contar lo del ascensor.

Latifa, cuando le tocó, dijo en voz muy baja, en un castellano cuidadoso, que su suegra, la de la artrosis, llevaba tres semanas sin salir de casa como don Faustino, y que en Tánger, cuando una familia tenía un problema, toda la calle subía a su casa a tomar té hasta que se arreglaba. Luego volvió a sentarse, colorada. Nadie se había comido todavía los cuernos de gacela. Samanda cogió uno, lo mordió y dijo en voz alta que eran los mejores que había probado nunca. Fue el primer dulce que alguien se comió aquella noche. Después de ella, la bandeja se vació en diez minutos.

Y Samanda, cuando le tocó su propio turno, sacó del bolso la carta de Hexágono y la extendió sobre la mesa camilla.

—Mi suegra... —se corrigió en el acto—, la madre de Diego, es arquitecta. Leyó la carta. Y encontró una cosa.

Explicó lo de los honorarios de la agencia. Que no se los podían cobrar a los inquilinos desde la ley de 2023. Que Hexágono los había metido "a ver si colaba".

—Y si en esto nos intentan engañar —dijo—, a lo mejor nos intentan engañar en más cosas. Mi suegra dice que el que te mete un gol en la página dos te mete otro en la página catorce.

Ramón soltó una carcajada.

—Esa señora sabe de qué va esto.

—Esa señora lleva cuarenta años peleándose con constructores —dijo Samanda—. Y les gana.

* * *

A las diez menos cuarto, Eulogia leyó el acta en voz alta.

Habían acordado cinco cosas.

Uno. Ningún vecino firmará por separado el formulario de Hexágono. Ninguna casilla. Lo que se conteste, se contesta juntos.

Dos. Ramón llamará a la chica del sindicato de inquilinas de la tarjeta de la guantera.

Tres. Hamid hará fotos del cuadro de maniobra del ascensor. Adrián escribirá una reclamación formal por el ascensor, mencionando a don Faustino y a la suegra de Hamid, y la enviará por burofax. Como ellos.

Cuatro. Mari Carmen hablará con su prima de la radio.

Cinco. Se colgará una pancarta en el balcón del quinto, que es el que más se ve desde la calle.

—¿Y qué pone la pancarta? —preguntó Marcos.

Todos se quedaron callados. Luego Thiago, que llevaba toda la noche en el suelo dibujando en silencio, junto al andador de don Faustino, levantó la mano.

Samanda le miró.

—¿Tenés algo que decir, Thiago?

—Sí.

—Es tu turno. Dos minutos.

Thiago se levantó. Tenía el cuaderno de dibujo en la mano. Se lo enseñó a los once vecinos.

Había dibujado el edificio. Un rectángulo grande, con ventanas cuadradas, y en cada ventana una persona: una señora con moño, que era Eulogia; un señor con bigote, que era Ramón; un señor con un andador,

que era don Faustino; una señora con un pañuelo, que era Latifa. Y encima del edificio, en lugar de tejado, un hexágono. Y dentro del hexágono, muchas abejas.

—En la tele salió un edificio con una pancarta que ponía *Aquí vivimos personas* —dijo Thiago—. Lo vio el abuelo José. Lo tiene en el corcho, con una chincheta roja.

Samanda se quedó mirando a su hijo.

—Y el abuelo dice que las abejas higiénicas se limpian unas a otras y por eso no se mueren de la varroa —siguió Thiago, muy serio—. Y que la varroa es como el consorcio pero más pequeña. Y que una colmena de abejas que se cuidan es más fuerte que una colmena con mucha miel.

Se hizo un silencio total en el salón de don Faustino.

—Ese es el turno —dijo Thiago—. ¿Me he pasado de dos minutos?

—No, mi amor —dijo Samanda—. Te sobró un poco.

Don Faustino, en su butaca, empezó a reírse. Una risa ronca, de pecho, que acabó en tos, y luego otra vez en risa. Se quitó las gafas y se limpió los ojos con un pañuelo de tela que llevaba en el bolsillo del chaleco.

—Este niño tiene más seso que el Congreso entero.

—Mi abuelo dice lo mismo —dijo Thiago—. Pero con zánganos.

* * *

La pancarta la hicieron el domingo por la tarde, en el patio interior del edificio, con dos sábanas viejas de Eulogia cosidas por el borde a máquina por Latifa, pintura acrílica blanca y negra que trajo Hamid de una obra y unas brochas que prestó Adrián.

La letra la hizo Eulogia, con su caligrafía de colegio de monjas. Los dibujos los hicieron los niños: Thiago, Mía, los tres hijos de Hamid y Latifa, y una sobrina de Adrián que estaba de visita. Pintaron abejas por todos los bordes, gordas, amarillas y negras, sonrientes, algunas con

antenas torcidas y otras con cuatro alas en vez de dos. Mía pintó una abeja que era básicamente una mancha amarilla con dos puntos negros y que defendió como la más bonita de todas.

En el centro de la pancarta, en letras grandes, negras, perfectamente alineadas porque Eulogia había medido cada letra con una regla:

AQUÍ VIVIMOS PERSONAS.

Y debajo, más pequeño, en una línea que propuso Ramón, y que se aprobó por unanimidad a mano alzada en el patio:

Y SUBIMOS ANDANDO. DE MOMENTO.

La colgaron el lunes por la mañana del balcón del quinto, el de don Faustino, atada a la barandilla con alambre que Hamid trajo de la furgoneta. Don Faustino lo supervisó todo desde su butaca, junto a la ventana abierta, con la manta de cuadros sobre las rodillas y la boina puesta, porque decía que una pancarta había que colgarla con la cabeza cubierta, como se iza una bandera.

Cuando terminaron, bajaron todos a la acera, menos don Faustino, a mirarla desde la calle.

Se veía desde la esquina. Se veía desde la parada del autobús. Se veía desde la peluquería dominicana, cuya dueña salió a la puerta con unas tijeras en la mano y gritó "¡Bravo, mis vecinos!". Y se veía, sobre todo, desde el balcón del quinto, donde don Faustino, que no había salido a la calle en tres semanas, había vuelto a tener una razón para asomarse.

* * *

Esa noche, a las diez y media, cuando los niños ya estaban dormidos, Samanda hizo una llamada que llevaba todo el fin de semana pensando hacer.

Contestó doña Concha al segundo tono. En casa de los abuelos siempre contestaba doña Concha, porque Don José tardaba en encontrar el teléfono y luego en encontrar las gafas para ver quién llamaba.

—¿Diga?

—Señora, soy Samanda. Perdone la hora.

Hubo un pequeño silencio.

—¿Pasa algo? ¿Los niños?

—No, no. Los niños están bien. Es que... —Samanda tomó aire—. ¿Está Don José?

—Está en el despacho. Con el cuaderno ese de la abeja. ¿Para qué lo quieres?

—Necesito su corcho.

Otro silencio, más largo.

—¿El corcho del trastero?

—Sí. Todo lo que tiene de Hexágono. Lavapiés, la papelería, lo de Alcorcón que le contó Leandro. Hemos hecho una junta de vecinos. Vamos a ir al sindicato de inquilinas. Y una chica de la radio quiere hacernos una entrevista. Y si podemos demostrar que es el mismo fondo haciendo lo mismo en todas partes...

No terminó la frase. No hacía falta.

Al otro lado de la línea, doña Concha se quedó callada tanto tiempo que Samanda pensó que se había cortado la llamada.

—¿Señora?

—Espera.

Samanda oyó pasos en el pasillo de Chamberí, una puerta que se abría, la voz de doña Concha diciendo algo que no entendió y la voz de Don José preguntando algo con tono de alarma. Luego, un silencio. Luego, unos pasos apresurados, muy apresurados para un hombre con la rodilla de Don José, y un ruido de teléfono cambiando de mano.

—¿Samanda? —La voz de Don José sonaba rara, como si se hubiera quedado sin aire—. ¿Es verdad lo que dice Concha? ¿Necesitas el corcho?

—Sí, Don José. Si usted me lo deja.

Hubo un silencio en la línea.

Samanda no podía verlo. Pero en el pasillo de Chamberí, con el teléfono inalámbrico en la mano, en pijama, con el cuaderno amarillo de la abeja con gorro de cocinero debajo del brazo, Don José se había apoyado en la pared. Doña Concha lo miraba desde la puerta del dormitorio, con la bata de lana y los brazos cruzados.

Era la primera vez, en cuatro meses de recortes, chinchetas, lana roja y teorías, que alguien le pedía a Don José su corcho para algo que no fuera tirarlo a la basura.

—Hija —dijo al fin, con la voz muy rara—. Mañana a las nueve estoy en tu casa. Con el corcho. Y con los recortes. Y con la lupa. Y con todo.

—No hace falta que venga tan temprano, Don José...

—A las nueve. —Hizo una pausa—. Y dile a ese don Faustino que llevo cuatro meses esperando que alguien me haga caso. Que tiene noventa y un años y le ha costado menos que a mí.

Colgó.

Doña Concha lo miraba desde la puerta del dormitorio.

—José, el corcho mide un metro por ochenta. No cabe en el Toledo.

—Cabe. Le quito el asiento de la sillita.

—¿Y Thiago?

—Thiago va delante.

—Thiago tiene cinco años. Va detrás, en su sillita homologada del grupo dos con anclaje Isofix.

Don José la miró. Doña Concha lo miró a él.

—Pido un taxi grande —dijo ella—. Uno de esos de siete plazas. Y voy yo también.

—¿Tú? ¿A Usera? ¿A una junta de vecinos?

—Alguien tendrá que explicarles lo de la página catorce. —Se dio la vuelta hacia el dormitorio—. Y llévate la chaqueta buena. La de los botones de cuero. Si vamos a salir en la radio, por lo menos que no parezcas un loco.

—Pero si estoy loco, Concha.

Ella se detuvo en el umbral, sin volverse.

—Ya lo sé —dijo—. Pero a plomo.

Cerró la puerta del dormitorio.

Don José se quedó en el pasillo, en pijama, con el teléfono en una mano y el cuaderno de la abeja en la otra. Luego fue hasta el despacho, abrió el cuaderno amarillo por la página de las observaciones que no encajaban con el diagnóstico, y escribió:

Seis. En un edificio de Usera, once vecinos de cinco países se han sentado en el salón de un viudo de noventa y un años, han hablado de uno en uno, han hecho un acta y han colgado una pancarta con abejas pintadas por los niños. La ha organizado una argentina que dice que no es nadie. El sistema inmune funciona. Lo he visto.

Y debajo, más pequeño:

Primera vez que alguien me pide el corcho. No era para tirarlo.

Capítulo 15

Seis velas

El taxi de siete plazas llegó a la calle de Usera el martes a las nueve menos dos minutos. Era una furgoneta blanca con una pegatina del Real Madrid en la luna trasera y un taxista de Guinea Ecuatorial que, durante todo el trayecto desde Chamberí, había mirado por el retrovisor con creciente perplejidad a sus dos pasajeros y a su equipaje.

El equipaje era un tablero de corcho de un metro por ochenta, envuelto en una manta de cuadros y atado con cuerda de tender. Encima, como el cofre de un tesoro, viajaba una caja de zapatos llena de recortes de periódico, chinchetas de colores, un ovillo de lana roja y una lupa de mango de hueso. Y a su lado, sentada muy recta, con el abrigo de paño negro, el broche de la abeja de plata y un maletín de cuero con sus iniciales que no abría desde 2018, iba doña Concha.

—¿Ustedes son de la tele? —preguntó por fin el taxista, al llegar.

—Somos de Chamberí —contestó doña Concha.

El taxista pareció encontrar la respuesta suficiente.

* * *

Los estaban esperando en el portal: Samanda, con Mía en brazos; Eulogia, con su moño tirante y el cuaderno de espiral del acta; y Hamid, que había pedido la mañana libre en la obra y llevaba un mono de trabajo con el nombre de una empresa de instalaciones bordado en el pecho.

Don José se bajó primero, con la rodilla protestando. Luego se volvió hacia el maletero para sacar el corcho.

—Ya lo saco yo, señor —dijo Hamid.

—No, no, es mío...

—Ya lo sé, señor. Por eso lo saco yo. —Hamid levantó el tablero envuelto en la manta con una sola mano, como quien levanta una bandeja—. Usted tiene la rodilla mal. Me lo ha dicho Samanda. Y son dos pisos sin ascensor.

Don José se quedó mirando cómo aquel hombre ancho y tranquilo cargaba con su corcho escaleras arriba. Era la primera vez que alguien que no era de su familia tocaba el tablero, y sintió una punzada rara, mezcla de celos y de gratitud, como cuando un compañero de la Escuela de Caminos le revisaba un cálculo y encontraba un error que él no había visto.

Doña Concha, mientras tanto, no se había movido de la acera. Estaba mirando el edificio.

Lo miraba de abajo arriba, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás y las gafas de cerca puestas, como miraba los edificios desde que tenía veintidós años. La fachada de ladrillo visto, de los años cincuenta, con las juntas desgastadas. Las ventanas de aluminio de diferentes épocas, cada una de un color, como dientes de distintas dentaduras. Los balcones de hierro con la pintura levantada. Y en el quinto, atada a la barandilla con alambre, la pancarta de sábanas cosidas con las abejas de los niños y las letras de Eulogia.

AQUÍ VIVIMOS PERSONAS. Y SUBIMOS ANDANDO. DE MOMENTO.

Doña Concha leyó la pancarta dos veces. Luego bajó la vista hacia Eulogia.

—¿La letra es suya?

Eulogia se puso colorada.

—Sí, señora.

—Tiene usted muy buena letra. —Doña Concha se ajustó las gafas—. Y la separación entre palabras es perfecta. ¿Midió con regla?

—Sí, señora. Con una regla de mi hija.

—Se nota. —Doña Concha se volvió hacia la fachada otra vez—. La mayoría de la gente no mide. Por eso hay tantas pancartas que no se entienden.

* * *

Doña Concha no subió directamente al piso de Samanda. Antes inspeccionó el ascensor.

Se metió en la cabina parada en el bajo, con las puertas abiertas y el cartel de *PENDIENTE DE PIEZA*. Miró la botonera. Miró el techo. Pidió a Hamid que le abriera la trampilla del cuarto de máquinas, que estaba en el sótano, detrás de una puerta metálica con candado que Hamid había conseguido abrir el domingo con un alambre y que no pensaba confesar a nadie.

Bajó al sótano con su abrigo de paño negro y su maletín de cuero, por una escalera estrecha que olía a humedad y a gasoil viejo. Hamid le alumbró con la linterna del móvil. Don José bajó detrás, con la rodilla gritando, porque no quería perderse nada.

Delante del cuadro de maniobra del ascensor, un armario metálico gris lleno de relés, cables y pilotos apagados, doña Concha se puso las gafas de cerca y estuvo un minuto entero en silencio.

—Ahí —dijo Hamid, señalando con el dedo—. El magnetotérmico general está bajado. Y le han quitado el puente del circuito de seguridad. Por eso no arranca. No le falta ninguna pieza. Lo han desconectado a propósito.

—¿Usted podría volver a conectarlo?

—En cinco minutos, señora. Pero si lo toco yo, sin ser el mantenedor autorizado, me pueden denunciar a mí.

—Claro. —Doña Concha abrió el maletín de cuero sobre una caja de cartón. Sacó un cuaderno de tapas negras, un portaminas, una cinta métrica, una cámara de fotos compacta de las de antes y un sello de caucho con un mango de madera—. Por eso no lo va a tocar usted. Lo voy a fotografiar yo.

—¿Usted?

—Yo soy arquitecta colegiada, joven. Colegiada no ejerciente, desde 2018. Pero sigo pagando la cuota del Colegio cada año. —Se colgó la cámara al cuello—. Por si acaso.

Don José la miró desde la escalera.

—Concha, ¿tú sigues pagando la cuota del Colegio?

—Ciento ochenta euros al año, José. Desde hace ocho años.

—¿Y para qué?

Doña Concha enfocó el cuadro de maniobra y disparó la cámara. El flash iluminó el sótano como un relámpago.

—Para esto —dijo.

* * *

Durante dos horas, doña Concha inspeccionó el edificio entero.

Fotografió el cuadro de maniobra, el magnetotérmico bajado y los cables del circuito de seguridad desconectados, con una regla de plástico al lado para dar escala. Midió la altura de los escalones con la cinta métrica, peldaño por peldaño, del bajo al quinto. Subió los cinco pisos ella misma, despacio, apoyada en la barandilla, sin dejar que nadie la ayudara, y en cada rellano se paraba, respiraba y apuntaba algo en el cuaderno negro.

—Señora, siéntese un momento —le dijo Eulogia en el tercero.

—Si me siento, no me levanto. Siga.

En el quinto, en la puerta de don Faustino, se detuvo. Llamó con los nudillos. Don Faustino abrió con el andador de aluminio y la boina puesta,

porque Eulogia le había avisado de que venía "una señora arquitecta muy importante".

Se miraron un momento. Él tenía noventa y un años y ella setenta y dos. Él había llegado de un pueblo de Jaén en 1979 con dos maletas de cartón y ella se había casado ese mismo año con un ingeniero de caminos en los Jerónimos. Él había trabajado cuarenta años de peón en la construcción de los edificios de la Meseta y los barrios del sur. Ella había firmado los planos de muchos de esos edificios.

—Usted es la madre de Diego —dijo don Faustino.

—Y usted es el señor que convoca juntas.

—Alguien tenía que hacerlo.

—Eso digo yo siempre.

Don Faustino sonrió con la boca desdentada.

—Pase usted, señora. Hay café. Lo hace Eulogia, que yo ya no me fío de mí con el fuego.

* * *

En el salón de don Faustino, debajo del calendario de la funeraria de 2019, doña Concha midió con la cinta métrica la distancia de la butaca a la puerta y de la puerta a la escalera. Luego sacó una calculadora de bolsillo, hizo unas cuentas y escribió en el cuaderno negro.

—Un hombre de noventa y un años, con prótesis de cadera y andador, en una quinta planta sin ascensor —dijo en voz alta, sin levantar la vista—. Ochenta y siete peldaños de dieciocho centímetros de contrahuella. Sin descansillo intermedio con asiento. Sin pasamanos en el lado del muro. —Cerró el cuaderno—. Esto es incompatible con cualquier normativa de accesibilidad. Y con la decencia.

Don Faustino la miraba desde la butaca orejera.

—¿Y eso sirve para algo, señora?

—Sirve para un informe técnico. —Doña Concha sacó del maletín el sello de caucho con mango de madera—. Con mi firma, mi número de colegiada y mi sello. El de verdad. No uno de los de ahora, de esos que te hacen en una tienda en cinco minutos.

—¿Y qué pone en el sello?

Doña Concha lo giró para que lo viera. En el caucho, en letras invertidas, de las que se leen en un espejo, ponía su nombre completo, su número de colegiada y una palabra: *ARQUITECTO*. En masculino, porque cuando se lo hicieron, en 1979, nadie pensó que hiciera falta otra cosa.

—Le pusieron "arquitecto" —dijo don Faustino.

—Sí. Ya lo sé.

—¿Y no lo cambió?

—No. —Doña Concha guardó el sello en el maletín—. Que se fastidien.

Don Faustino soltó una carcajada que acabó en tos. Eulogia tuvo que darle unas palmadas en la espalda.

* * *

El corcho lo colgaron en el salón de Samanda, en la pared del sofá, sobre un clavo que Hamid había puesto con un taladro prestado por Adrián, y que doña Concha comprobó con un nivel de burbuja que llevaba en el maletín. Estaba a plomo. Ni un milímetro de caída.

—¿Usted siempre lleva un nivel? —preguntó Eulogia, asombrada.

—Siempre. Igual que otras llevan pañuelos.

Don José, en el centro del salón de cincuenta y dos metros cuadrados de Usera, con la caja de zapatos en las manos y la lupa de mango de hueso colgando del cuello, explicó el corcho a los vecinos que fueron llegando:

Eulogia, Hamid, Adrián, que salía del turno de noche en el hospital, Ramón, que tenía la mañana libre y llegó con el bigote recién recortado.

Les explicó las chinchetas rojas, azules, verdes y amarillas. Les explicó la lana roja. Les enseñó el recorte de Lavapiés y la señora de los pendientes de perla. El burofax del señor Casado, de la papelería de Fuencarral. El papel de la libreta de la compra de doña Concha, con la letra inclinada y la chincheta de latón: *Alcorcón. 120 viviendas. Vendidas antes de construir. Construir para alquilar. Hexágono. Mismo cartel. Dato de Leandro, 14-11.*

Y luego, en el centro, añadió la foto de la carta certificada que les había llegado a ellos. La unió con un trozo de lana roja nuevo, larguísimo, que cruzaba todo el tablero, desde Lavapiés hasta Usera, pasando por Alcorcón y por Fuencarral.

—Es el mismo —dijo—. Cuatro sitios. El mismo método. Compran el edificio entero. Esperan a que venzan los contratos. Suben un cuarenta por ciento. Y a los que no se van, les desconectan el ascensor.

Ramón se acercó al corcho. Lo miró de arriba abajo, con las manos en los bolsillos del chaquetón, como miraba los mapas del GPS cuando se le perdía un cliente.

—Hostias —dijo.

—Ramón —dijo Mari Carmen, que acababa de llegar.

—Perdón. —Ramón se volvió hacia Don José—. ¿Usted esto lo ha hecho solo?

—Con mi mujer. Que no se lo cree.

Doña Concha, desde el sofá, donde estaba ordenando las fotos de la cámara compacta, ni levantó la vista.

—No me lo creo —dijo—. Pero lo he firmado.

* * *

El cumpleaños de Thiago fue el sábado siguiente. Cumplía seis años.

Samanda había decidido celebrarlo en casa, en Usera, porque Thiago lo había pedido así: quería soplar las velas "en su casa de verdad", con sus amigos del patio. Doña Concha había ofrecido el piso de Chamberí, que era más grande y tenía el comedor con la mesa para diez. Samanda le había dado las gracias y le había dicho que no.

Fue la primera vez que alguien le decía que no a doña Concha sobre algo relacionado con una mesa, y ella lo aceptó con una deportividad que sorprendió a todo el mundo, incluida a ella misma.

—Es su casa —le dijo a Don José en el taxi de ida—. Y el niño quiere su casa. Me parece muy bien.

—¿De verdad te parece bien?

—No. Pero me lo parece.

* * *

Llegaron a las cinco. Subieron los dos pisos andando. En el rellano del primero se cruzaron con Ramón, que bajaba con una bolsa de hielo para el cumpleaños y les saludó como si se conocieran de toda la vida.

—¡Doña Concha! ¡Don José! ¡Mi sindicato de inquilinas les manda saludos! ¡El lunes vamos a la radio!

—Muy bien, Ramón —dijo doña Concha.

Don José la miró de reojo. *Muy bien, Ramón.* Había vuelto a llamar a alguien por su nombre a la segunda vez.

La puerta del segundo izquierda estaba abierta. Del interior salía un ruido de feria: música de cumbia, gritos de niños, risas de adultos y un olor a empanadas recién fritas que llegaba hasta el rellano.

Doña Concha se detuvo en el umbral. Respiró hondo. Se ajustó el broche de la abeja de plata.

Y entró a inspeccionar.

* * *

Lo inspeccionó todo. No pudo evitarlo. Llevaba haciéndolo cincuenta años y el cuerpo iba solo.

Los cincuenta y dos metros cuadrados del piso. El salón-comedor, de doce metros, con el sofá de tres plazas tapizado en un tejido azul que ya había conocido tiempos mejores, la mesa de comedor plegable de una tienda sueca de muebles, cuatro sillas que no eran del mismo juego, y el corcho de su marido colgado en la pared, nivelado, junto a un dibujo de Thiago con abejas.

La cocina, de cinco metros, con los azulejos blancos de los años ochenta, una encimera de formica con una quemadura en la esquina, una ventana que daba al patio de luces y la nevera con la nota sujeta con un imán de Rosario Central. Doña Concha no leyó la nota. La vio, y apartó la vista, porque había cosas que no se inspeccionaban.

El baño, de tres metros, con una mancha de humedad negra en la esquina del techo encima de la ducha. Doña Concha se puso las gafas. La miró un buen rato.

—Condensación —dijo en voz alta, a nadie—. Sin extractor. Sin ventilación. Y la junta del plato de ducha está podrida.

Se fijó en el enchufe junto al lavabo. Era de los antiguos, sin toma de tierra, a menos de un metro del grifo.

—Esto es un peligro —dijo, más alto.

—¿Qué es un peligro, mamá? —preguntó Diego, desde el pasillo, con una bandeja de empanadas.

—El enchufe del baño. No tiene tierra. Y está al lado del grifo. Si a Mía se le ocurre meter un dedo con las manos mojadas...

—Lleva así diez años.

—Pues lleva diez años siendo un peligro. —Doña Concha sacó el cuaderno negro del bolso. Apuntó algo—. Esto lo tiene que arreglar el propietario. Por ley. Y el propietario ahora es Hexágono. Apúntalo, que lo añadimos al informe.

Diego la miró con la bandeja de empanadas en las manos.

—Mamá, es un cumpleaños.

—Ya lo sé. —Doña Concha cerró el cuaderno—. Por eso no lo he dicho delante de los niños.

* * *

La fiesta llenaba el piso de pared a pared.

Estaban los niños del patio: los tres hijos de Hamid y Latifa; una niña boliviana, sobrina de Eulogia, con trenzas larguísimas; dos niños rumanos del edificio de enfrente; un niño chino del bazar de la esquina, que se llamaba Hugo y era el mejor amigo de Thiago en el colegio; y la sobrina de Adrián. Once niños en cincuenta y dos metros cuadrados, corriendo en círculos, como electrones alrededor de un núcleo, que era la mesa plegable con la tarta.

Estaban los adultos: Samanda en la cocina friendo empanadas de carne con comino y huevo duro, como las hacía su abuela; Diego sirviendo refrescos con una eficacia de camarero de boda; Leandro y Yuli, que habían traído una piñata con forma de tiranosaurio que Yuli había hecho ella misma con papel de periódico, cola y papel de seda verde; Eulogia, Latifa, Mari Carmen, Ramón con la bolsa de hielo; Adrián y Marcos con una caja de pinturas de regalo.

Y en un rincón, en la única butaca del salón, que Samanda le había reservado poniendo encima un cojín bordado que había comprado esa misma mañana para que no se notara que la butaca estaba desgastada, estaba doña Concha. Sentada muy recta, con las manos juntas sobre el

bolso, el broche de la abeja de plata en la solapa, observando aquel caos con la expresión de quien supervisa la demolición controlada de un edificio.

Yuli fue la primera en acercarse.

—¡Ay, doña Concepción! ¡Qué alegría que haya venido! ¿Quiere una empanada? ¡Están buenísimas! ¡Las hizo Samanda!

—Gracias, Yuli. Una.

Yuli se fue a buscarla dando saltitos. Leandro, que estaba al lado, se agachó junto a la butaca.

—Señora, ¿qué tal el testigo de yeso?

—Intacto. Ni una fisura.

—Entonces no está viva la grieta.

—No. —Doña Concha miró el salón, los niños, el corcho en la pared, la tarta de chocolate con forma de colmena que había hecho Samanda con las abejas de fondant—. Esa no.

* * *

A las seis y media, Diego apagó las luces.

Samanda salió de la cocina con la tarta. Era una tarta de bizcocho de chocolate con forma de colmena antigua, de esas de paja trenzada en forma de cúpula, cubierta de crema amarilla, con un hexágono de fondant en la puerta y unas abejas de fondant amarillas y negras colgadas de alambres finos que temblaban al andar. Encima, clavadas en la cúpula, seis velas.

Once niños y catorce adultos cantaron el cumpleaños feliz en cuatro versiones a la vez: la española, la argentina con "que los cumplas feliz", la colombiana de Yuli con palmas y la boliviana de Eulogia, que tenía un verso más que nadie conocía.

Thiago, de pie en una silla delante de la tarta, miraba las seis velas con los ojos muy abiertos. Llevaba la gorra de Rosario Central que le había

regalado Leandro y una camiseta con una abeja que le había comprado Don José en la tienda de apicultura de Alcobendas.

—¡Pide un deseo! —gritó Yuli.

Thiago cerró los ojos. Se quedó así mucho rato. Tanto que la cera empezó a gotear sobre la crema amarilla.

—Thiago, mi amor, que se derriten —dijo Samanda.

Thiago abrió los ojos. Sopló. Las seis velas se apagaron a la primera, sin ayuda de Mía, que esta vez estaba dormida en brazos de Yuli.

Todos aplaudieron. Diego encendió las luces.

* * *

Los regalos los abrió después, sentado en el suelo del salón, rodeado de niños.

De Hugo, el niño del bazar, una caja de rotuladores. De los hijos de Hamid, un balón. De la sobrina de Eulogia, una pulsera tejida a mano con hilos de colores. De Leandro y Yuli, la piñata, que ya estaba destripada en el patio con caramelos por todas partes. De Adrián y Marcos, una caja de pinturas. De Ramón y Mari Carmen, un libro de dinosaurios con desplegables.

De Diego y Samanda, una bicicleta de segunda mano que Diego había pintado él mismo de verde, el mismo verde que la colmena catorce.

De Don José, un paquete alargado envuelto en papel de estraza. Dentro había una careta de apicultor de verdad, de talla infantil, con malla negra y sombrero de ala ancha. No de las de juguete. De las que usaban los profesionales.

—Para la catorce —dijo Don José—. Que ya eres el responsable.

Thiago se la puso inmediatamente. Se quedó mirando el salón a través de la malla negra, en silencio, como un astronauta que contempla la Tierra desde la ventanilla de la cápsula.

Y quedaba un paquete. Pequeño, cuadrado, envuelto en un papel de seda azul con una cinta de raso blanca, y un lazo perfecto, de los que no se hacen con prisa.

Thiago lo cogió. Leyó la tarjeta, letra por letra, despacio, porque ya sabía leer las mayúsculas:

PARA THIAGO. DE C.

Lo abrió. Dentro de una caja de cartón forrada de tela había un nivel de burbuja. Pequeño, de quince centímetros, de aluminio con los bordes de latón, con dos ampollas de vidrio llenas de un líquido verde donde flotaba una burbuja de aire. Era antiguo. Tenía arañazos. En un lado, grabado con punzón, había unas iniciales.

—¿Qué es? —preguntó Thiago.

—Un nivel —dijo doña Concha desde la butaca—. Sirve para saber si una cosa está recta. Si la burbuja se queda en el centro, está recta. Si se va a un lado, está torcida.

—¿Y es tuyo?

—Era mío. Me lo regaló mi padre cuando aprobé el examen de ingreso en la Escuela de Arquitectura. En 1972. Llevo cincuenta y cuatro años usándolo.

—¿Y por qué me lo das a mí?

Doña Concha tardó en contestar. El salón se había quedado en silencio. Hasta los niños del patio dejaron de correr.

—Porque las cosas que importan tienen que estar a plomo —dijo—. Las casas, las mesas, las colmenas. Y las personas. Y alguien tiene que comprobarlo cuando yo no esté.

Thiago miró el nivel. Lo puso sobre la mesa plegable de la tienda sueca. La burbuja se fue un poco hacia la izquierda.

—Está torcida.

—Ya lo sé —dijo doña Concha—. Llevo toda la tarde viéndolo.

* * *

Thiago se levantó del suelo. Atravesó el salón entre los niños, los papeles de regalo y los restos de la piñata, con la careta de apicultor todavía puesta y el nivel de burbuja en la mano, y se plantó delante de la butaca de doña Concha.

Se levantó la malla de la careta. La miró a los ojos, con la seriedad de sus seis años recién cumplidos.

—¿Tú eres mi abuela de verdad o de mentira?

El salón entero se quedó en silencio. Samanda se quedó quieta en la puerta de la cocina, con un plato de empanadas en la mano. Diego dejó de servir refrescos. Don José se quitó las gafas. Yuli se tapó la boca. Hasta Ramón, que no tenía ninguna relación con el asunto, contuvo la respiración debajo del bigote.

Doña Concha miró al niño. Miró la careta de apicultor, el nivel de burbuja, la gorra de Rosario Central asomando por debajo del sombrero de malla. Pensó en la pregunta del domingo de las lentejas, la que había aplazado. Pensó que no se podía aplazar dos veces la misma pregunta a un niño de seis años. Que eso era lo que hacían los políticos y los constructores con las obras que nunca iban a terminar.

—Thiago —dijo—. ¿Tú sabes lo que es una obra de rehabilitación?

Thiago negó con la cabeza.

—Hay dos maneras de hacer una casa. Una es hacerla de nueva planta: se empieza desde el suelo, con los cimientos, y se levanta todo nuevo. La otra es rehabilitarla: se coge una casa que ya existe, que tiene su historia y sus muros, y se arregla por dentro, se le abren ventanas nuevas, se le ponen escaleras, para que pueda vivir en ella gente que no vivía antes.

—¿Y cuál es de verdad?

—Las dos. —Doña Concha se inclinó un poco hacia delante en la butaca—. Una casa rehabilitada es tan de verdad como una nueva. A veces más. Porque tiene los muros viejos, que aguantan mucho, y las habitaciones nuevas, que tienen luz.

Thiago lo pensó con mucho cuidado.

—Entonces tú eres una abuela de rehabilitación.

Doña Concha lo miró. Algo se le movió en la cara, en la comisura de la boca, que se le subió no un milímetro, como en el desayuno de las tostadas, sino varios. Muchos. Tantos que todo el salón lo vio.

—Exactamente eso —dijo.

—¿Y eso es de verdad?

—Tan de verdad como ese nivel.

Thiago bajó la vista hacia el nivel de burbuja que tenía en la mano. Luego, sin decir nada, lo apoyó en el brazo de la butaca de doña Concha, con mucho cuidado, como le había visto hacer a ella con el corcho.

La burbuja se quedó en el centro. Perfectamente quieta.

—Estás recta —dijo Thiago.

Y se le echó encima. Con la careta de apicultor, la gorra de Rosario Central y los brazos abiertos. Doña Concha lo recibió sin moverse, rígida, con las manos levantadas en el aire como quien recibe un paquete que no esperaba y no sabe dónde ponerlo.

Luego, muy despacio, bajó las manos. Y abrazó al niño.

* * *

Nadie dijo nada durante un buen rato.

Yuli lloraba abiertamente, sin disimulo, con Mía dormida en brazos. Leandro le pasaba la mano por la espalda. Eulogia se secaba los ojos con el borde del moño. Ramón miraba al techo y se tocaba el bigote. Latifa

sonreía. Diego tenía la jarra de refresco en la mano y no se acordaba de para qué.

Samanda seguía en la puerta de la cocina, con el plato de empanadas.

Doña Concha la miró por encima del hombro de Thiago. Fue una mirada breve, de un segundo, pero Samanda la recordaría toda la vida. No había en ella nada de la mujer del sombrero que inspeccionaba las mesas ni de la arquitecta que medía los peldaños. Había una pregunta. La misma que acababa de hacer el niño, pero al revés.

¿Me dejas?

Samanda asintió. Muy despacio.

* * *

Volvieron a Chamberí a las nueve y media, en un taxi normal, porque el corcho se había quedado en Usera, en la pared del salón de Samanda, nivelado, junto al dibujo de las abejas de Thiago.

En el asiento de atrás, doña Concha iba en silencio, mirando por la ventanilla las luces de la M-30. Don José no decía nada. Había aprendido, en cuarenta y siete años, que había silencios de su mujer que se rompían y otros que había que dejar enteros, como se dejan enteras las colmenas en invierno.

En la glorieta de Bilbao, doña Concha habló.

—José.

—Dime.

—Me ha llamado abuela de rehabilitación.

—Lo he oído.

—Delante de todo el edificio.

—También lo he oído.

Doña Concha se quedó callada otra vez. Luego abrió el bolso, sacó un pañuelo de tela con sus iniciales bordadas, se sonó la nariz con una discreción absoluta y volvió a guardarlo.

—Es el frío —dijo.

—Claro, Concha. El frío.

En el taxi la calefacción iba a veinticuatro grados.

—Y el lunes —añadió ella, mirando por la ventanilla— vamos al Colegio de Arquitectos a registrar el informe del ascensor. Y le mandamos una copia a Hexágono por burofax. Con acuse de recibo. Que se enteren de lo que es una carta certificada.

Don José sonrió en la oscuridad del taxi.

—Abuela de rehabilitación —dijo en voz baja.

—Cállate, José.

Pero le cogió la mano. Por segunda vez desde 1979.

Capítulo 16

Lo que Diego no estudió

Diego tenía libre el miércoles. No por voluntad propia, sino porque la aplicación de horarios del grupo, que llegaba los domingos por la noche con la frialdad de un parte meteorológico, había decidido que aquella semana su día de descanso fuera el miércoles. La semana anterior había sido el lunes. La siguiente, quién sabía. Diego había dejado de intentar adivinarlo, como había dejado de intentar memorizar los botones de la tableta.

—Ve —le dijo Samanda el martes por la noche, en la cocina de Usera—. Te lo pidieron hace un mes.

—Mi madre dijo "un día de estos".

—Tu madre dijo "un día de estos" porque no se atreve a ponerle fecha. Vos sí.

—¿Y si es para echarme la bronca?

Samanda dejó la libreta cuadriculada en la mesa.

—Diego, tu viejo me dijo en el rellano el día del cumpleaños de Thiago que lleva treinta años sin abrir una caja. Una caja con tu nombre. Me lo dijo con una cara que no le había visto nunca. Esa gente no te quiere echar la bronca. Esa gente te quiere pedir algo y no sabe cómo.

Diego se quedó mirando la nevera, la nota con el imán de Rosario Central.

—¿Vienes conmigo?

—No. —Samanda le cogió la mano por encima de la mesa—. Esto es tuyo. Los chicos se quedan conmigo.

* * *

Llamó a Chamberí a las nueve de la mañana. Contestó su madre.

—Mamá. Hoy tengo libre. Si queréis, voy a comer.

Hubo un silencio en la línea. Diego pudo oír, al fondo, la radio de la cocina con las noticias, y un cazo que alguien dejaba sobre el fuego.

—¿Solo?

—Solo.

—A las dos —dijo su madre—. Hay cocido.

—Mamá, es miércoles.

—Ya sé que es miércoles. Hay cocido.

Colgó.

Diego se quedó con el teléfono en la mano. En treinta y ocho años, su madre no había hecho cocido un miércoles jamás. El cocido era de domingo, como la misa y el periódico gordo. Hacerlo un miércoles era como tocar las campanas un martes: significaba que algo importante iba a pasar, o que había muerto alguien.

* * *

Llegó a las dos menos cinco. Subió las escaleras despacio, contando los escalones como hacía de niño, cuando volvía del colegio con las notas en la mochila y cada peldaño pesaba un poco más que el anterior. Treinta y seis escalones hasta el segundo. Siempre treinta y seis. Era una de las pocas cosas que había aprendido de memoria sin que nadie le obligara.

Le abrió su padre. Llevaba la camisa de cuadros de los domingos, recién planchada, y la cara de quien no ha dormido bien.

—Hijo.

—Papá.

Se dieron un abrazo torpe, de hombres que no se abrazan mucho, con dos palmadas en la espalda.

En el comedor, la mesa estaba puesta para tres. Mantel de hilo, vajilla de la cenefa azul, copas de agua y de vino. Diego no recordaba la última vez que habían comido los tres solos. Antes de Samanda, desde luego. Quizá antes de irse de casa, a los veintitrés. Quizá nunca, de verdad, sin la radio, sin la tele, sin visitas, sin algo que hacer después.

Su madre salió de la cocina con la sopera de la cenefa azul.

—Siéntate, Diego.

—Hola, mamá.

—Hola. Siéntate, que se enfría.

—Se templa —dijo su padre.

Ninguno de los dos se rió. Diego se sentó en su sitio, el de siempre, el lateral de la izquierda, frente a la ventana con la fisura y el testigo de yeso de Leandro.

* * *

Comieron la sopa en silencio. Luego los garbanzos. Hablaron del tiempo, de Thiago y de la bicicleta verde, de la junta de vecinos, del informe del ascensor que doña Concha había registrado el lunes en el Colegio de Arquitectos, del burofax a Hexágono, de la chica de la radio de Carabanchel que iba a entrevistar a Samanda y a don Faustino el viernes.

Con las carnes, su madre dejó los cubiertos en el plato, en paralelo, en la posición de las cuatro y veinte.

—Diego.

Diego dejó de masticar.

—Tu padre y yo queremos hablarte del colegio.

—Ya lo sé, mamá. Me lo dijiste en las lentejas.

—Pues ahora es el cocido.

Su madre miró a su padre. Su padre carraspeó. Se quitó las gafas. Se las volvió a poner.

—Hijo —empezó—. En 1997. Una tarde de mayo. Trajiste a casa cuatro suspensos y una nota de la tutora. Tu madre estaba en una obra en Getafe. Yo estaba aquí, en la cocina. Y te dije una cosa.

Diego se quedó muy quieto.

—Te dije que eras un vago. Que si no espabilabas ibas a acabar sirviendo copas.

El reloj de pared del comedor hizo tictac. En la calle pasó una moto.

—Ya lo sé, papá. Me acuerdo.

—¿Te acuerdas?

—Tenía nueve años. Llevaba puesta la camiseta del Atleti de Kiko. Tú tenías un plato de pipas en la mesa de formica. Me lo dijiste mientras pelabas una. —Diego cogió la copa de agua y la dejó sin beber—. Me acuerdo hasta de la pipa.

Su padre bajó la cabeza.

—Llevo treinta años queriendo pedirte perdón por eso.

Diego no contestó. Miró a su padre, luego a su madre, luego otra vez al plato, donde un trozo de morcillo se enfriaba, o se templaba, junto a un garbanzo solitario.

Y entonces, después de treinta años, sin haberlo decidido, se le abrió algo por dentro que llevaba mucho tiempo cerrado con una llave que nadie sabía dónde estaba.

* * *

—¿Sabéis lo que es leer en voz alta en clase cuando las letras se te mueven?

Su madre levantó la vista. Su padre también.

—En tercero, el hermano Ramiro nos ponía a leer por turnos. Fila por fila. Yo me sentaba en la cuarta fila, y contaba los niños que había antes que

yo, y calculaba qué párrafo me iba a tocar. Y me lo intentaba aprender de memoria mientras leían los demás. Me lo aprendía oyéndolo. Porque si lo leía, se me movía. —Diego hablaba muy deprisa, como si tuviera que sacarlo todo antes de que se le cerrara otra vez—. A veces me salía. Y a veces el hermano Ramiro se saltaba a alguien, o cambiaba el orden, y me tocaba otro párrafo, y entonces yo me quedaba mirando el libro y las letras bailaban y no salía nada. Y toda la clase se reía. Y el hermano Ramiro decía: "Velasco, otra vez sin estudiar".

—Diego...

—Déjame, mamá. Déjame que lo diga. Treinta años, déjame.

Su madre se calló.

—Así que aprendí a hacer reír. Si yo hacía el payaso antes de que me tocara leer, me echaban de clase. Y si me echaban de clase, no tenía que leer. Era un trato. Me castigaban por gamberro y así nadie se enteraba de que no sabía leer. Mejor gamberro que tonto. Eso lo aprendí a los ocho años. —Se le escapó una risa amarga—. Me llamaban "el ventilador". Porque no paraba. Y porque hacía mucho ruido y no servía para nada.

Su padre tenía las manos apretadas sobre el mantel.

—Y en casa —siguió Diego, ya más despacio—, en casa era peor. Porque en el colegio me reñían, pero en casa me mirabais. Tú, papá, que hacías puentes de ciento veinte metros. Tú, mamá, que hacías edificios enteros y nunca te equivocabas. Y yo traía los exámenes con tachones rojos y vosotros los mirabais como se mira una obra mal hecha. No me gritabais. Casi nunca. Me mirabais. Y tú, mamá, me decías una frase. Siempre la misma.

Doña Concha cerró los ojos.

—"Diego, si no te esfuerzas, nadie va a hacerlo por ti" —dijo ella, en voz muy baja.

Diego la miró.

—¿Te acuerdas?

—La dije mil veces.

—Mil doscientas. —Diego se pasó la mano por la cara—. Y yo me esforzaba, mamá. Me esforzaba más que nadie de la clase. Me pasaba las tardes con el libro abierto, en mi cuarto, intentando que las letras se estuvieran quietas. Y no se estaban. Y vosotros pensabais que estaba jugando a la consola. A veces estaba jugando a la consola, porque no podía más. Pero casi siempre estaba con el libro, mirándolo, sin entender nada, sabiendo que al día siguiente iba a pasar lo mismo.

Hubo un silencio largo. El reloj de pared seguía con su tictac.

—Luego, en el noventa y nueve, el médico de la calle Velázquez dijo lo de la dislexia —siguió Diego—. Y yo me acuerdo de que salí de la consulta pensando que ahora sí, que ahora me ibais a mirar distinto. Que ya sabíais que no era vago. Que tenía un cerebro que funcionaba de otra manera, como dijo el médico.

—Y te miramos distinto —dijo su padre.

—No, papá. Me mirasteis con pena. Que es peor.

* * *

Doña Concha se levantó de la mesa.

Diego pensó que se iba a la cocina, como hacía siempre que algo se le salía de los planos. Pero no se fue a la cocina. Se quedó de pie junto a su silla, con las manos apoyadas en el respaldo, mirando a su hijo.

—Diego, yo no sé pedir perdón.

—Ya lo sé, mamá.

—No, no lo sabes. No sabes lo que es. Yo no he pedido perdón en mi vida. A nadie. Ni a mi madre, ni a tu padre, ni a un solo albañil de los que hice llorar. Me enseñaron que pedir perdón era reconocer un fallo, y que una arquitecta no podía tener fallos, porque si los tenía, se le caían los

edificios encima a la gente. —Se le quebró la voz, apenas, en la última palabra, y se recompuso enseguida—. Así que voy a decirlo como sé.

Diego la miró.

—Calculé mal la carga.

Nadie dijo nada.

—En una estructura —siguió su madre, despacio, eligiendo las palabras como quien elige vigas—, cada elemento tiene que aguantar un peso. Si el peso es mayor del que puede aguantar, el elemento se fisura. Y si nadie se da cuenta, acaba rompiéndose. Yo te puse encima un peso que no era el tuyo. Era el mío. El de mis expectativas. El de lo que yo creía que tenías que ser. Y no calculé tu resistencia. No la medí. Di por hecho que eras como yo. Y no eras como yo. Eras de otro material.

—Mamá...

—Y te fisuraste. Y yo no me di cuenta. Y cuando el médico me lo dijo, en el noventa y nueve, salí a la calle y me quedé diez minutos delante de un escaparate de zapatos pensando que llevaba dos años cargándote con un peso que no podías llevar. Y en vez de quitártelo, te puse otro: la pena. Tienes razón. La pena es peor.

Doña Concha se calló. Tenía las manos blancas de tanto apretar el respaldo de la silla.

—Calculé mal la carga, Diego. Esa es mi forma de decirlo. No sé otra.

Diego se quedó mucho rato mirándola.

Luego se levantó. Rodeó la mesa. Y abrazó a su madre. No como el abrazo torpe del recibidor con su padre. Un abrazo de verdad, de los que se dan en las bodas y en los entierros, con los dos brazos y la cabeza en el hombro.

Doña Concha no se movió durante un segundo. Luego, como en el cumpleaños de Thiago, bajó las manos del respaldo de la silla y abrazó a su hijo.

—Pues has tardado treinta años en hacer el cálculo, mamá —dijo Diego, con la voz rota, contra su hombro.

—Ya lo sé —dijo ella—. Las obras públicas siempre van con retraso.

Diego se echó a reír y a llorar a la vez. Su padre, desde la silla, se quitó las gafas y se tapó los ojos con la mano.

* * *

Fue Don José quien propuso bajar al trastero.

—Hay una caja —dijo, cuando ya habían recogido los platos y su madre había hecho café—. Con tu nombre. La guardó tu madre en el noventa y nueve, cuando cambiaste de colegio por segunda vez. Yo no la he abierto nunca. No me atrevía.

—¿Y qué hay dentro?

—No lo sé. —Don José miró a su mujer—. ¿Tú lo sabes?

Doña Concha removió el café con la cucharilla, aunque no le había echado azúcar.

—Algo sé.

* * *

Bajaron los tres al sótano. Don José delante con la llave de la puerta verde, doña Concha detrás con una linterna que no hacía falta, porque el pasillo tenía luz, y Diego el último, contando los escalones como de niño.

El trastero estaba igual que en octubre, salvo por la pared del fondo, donde había estado el corcho. Ahora había un rectángulo más claro en la pintura, con cuatro agujeros de tornillo y un trozo de cartón doblado que había servido de cuña para nivelarlo. El corcho estaba en Usera. Pero el hueco seguía allí, como la marca de un cuadro en la pared de una casa que se ha vendido.

En el suelo, al fondo, contra la pared, estaba la caja de cartón.

DIEGO. COLEGIO.

Las mayúsculas eran de su madre. Diego no lo había sabido nunca.

Don José la sacó con cuidado, como quien saca una colmena que ha pasado el invierno sin abrirse. La puso sobre el baúl de la abuela de Segovia. Tenía polvo de treinta años y una cinta de embalar marrón que se había secado y despegado sola por los bordes.

—Ábrela tú —le dijo a Diego.

Diego levantó las solapas de cartón.

* * *

Dentro estaba todo.

Los cuadernos de primero, segundo y tercero, con las tapas de colores y su nombre escrito por la profesora en una etiqueta, porque él no sabía escribirlo bien. Los dictados con más rojo que azul. Los exámenes de Lengua con notas de dos y de tres. Las notas trimestrales del colegio de los maristas, con las casillas de "Insuficiente" y los comentarios de los tutores: *No se concentra. No termina las tareas. Debería esforzarse más. Distrae a sus compañeros. Confunde la b con la d.*

Diego fue sacándolo todo, despacio, y dejándolo encima del baúl. Su padre y su madre lo miraban en silencio.

Había un informe de la consulta de la calle Velázquez, de 1999, con un membrete azul y tres páginas mecanografiadas, que hablaban de "trastorno específico del aprendizaje de la lectoescritura" y de "trastorno por déficit de atención con hiperactividad", y que concluían, en el último párrafo, con una frase que alguien había subrayado a lápiz: *El niño presenta una capacidad intelectual normal-alta y una memoria auditiva y visoespacial excepcional.*

—¿Quién subrayó esto? —preguntó Diego.

—Yo —dijo su madre.

Debajo del informe había dibujos. Muchos dibujos. Diego no se acordaba de haberlos hecho. Edificios, sobre todo. Casas con tejados de dos aguas. Rascacielos con cientos de ventanas, cada una con su marco. Una iglesia con una torre llena de campanas. Un estadio de fútbol con las gradas dibujadas una por una. Todos con regla, con una precisión que no tenía nada que ver con los tachones rojos de los dictados.

—Esto lo hiciste tú —dijo su padre, cogiendo uno—. Con seis años. Es la fachada de esta casa. Con las ventanas exactas. Contaste hasta los barrotes del balcón.

—No me acuerdo.

—Yo sí. Y no te dije nada. —Su padre dejó el dibujo en el baúl—. No sé por qué no te dije nada.

* * *

Y al fondo de la caja, envuelto en papel de periódico de 1997, había algo más.

Diego lo sacó. Pesaba poco. Lo desenvolvió.

Era un puente.

Un puente hecho con palitos de helado y cola blanca, de unos cuarenta centímetros de largo. Tenía dos pilares de palitos apilados, un tablero recto de palitos puestos en fila, y encima, unos tirantes hechos con hilo de coser blanco que bajaban en abanico desde lo alto de cada pilar hasta el tablero. Estaba torcido, un poco hundido en el centro, y le faltaban dos palitos en un lado. Pero se notaba perfectamente lo que era.

En el tablero, pegada con celo amarillento, había una etiqueta escrita con rotulador por una mano de niño. Las letras estaban al revés. La pe era una cu, la ene se había convertido en una u, y la e final se había quedado mirando hacia el otro lado.

PUEUTE DE PAPÀ.

Don José se quedó mirándolo.

No dijo nada. No podía. Se le había ido el color de la cara, igual que en el cumpleaños de doña Concha, cuando Samanda habló de los coroneles.

Era el puente del Tajo. El de la autovía, cerca de Toledo, el que él había calculado en 1994 y 1995, el más importante de su carrera, con dos pilonos de setenta metros y un tablero atirantado de ciento veinte metros de luz. El que habían inaugurado con el ministro, la banda de música y una cinta roja. El que salió en los periódicos. Diego tenía siete años y fue a la inauguración con su madre, de la mano, con un gorrito de papel con el logotipo del Ministerio.

—Lo hice esa tarde —dijo Diego, en voz muy baja—. La de mayo del noventa y siete. Después de lo de la pipa. Me fui a mi cuarto y no lloré. Saqué todos los palitos de helado que guardaba en una caja de zapatos y me puse a hacer tu puente. Me pasé toda la tarde. Me salió torcido. Quería dártelo para que vieras que no era vago. Que podía hacer cosas. Que podía hacer lo que tú hacías.

Don José seguía mirando el puente. Le temblaban las manos.

—¿Y por qué no me lo diste?

—Porque esa noche llegó mamá de Getafe y vio los suspensos. Y me dijo la frase. "Diego, si no te esfuerzas, nadie va a hacerlo por ti." Y pensé que, si os daba el puente, me diríais que en vez de hacer puentes debería estudiar. Así que lo envolví en el periódico y lo escondí debajo de la cama.

—¿Y cómo llegó a la caja?

Los dos miraron a doña Concha.

Doña Concha estaba de pie junto a la puerta del trastero, con la linterna apagada en la mano.

—Lo encontré yo —dijo—. En el noventa y nueve. Cuando hice la caja. Estaba debajo de tu cama, con polvo. Leí la etiqueta. Y lo metí en la caja con todo lo demás.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —preguntó Don José.

—Porque leí la etiqueta, José. —A doña Concha le temblaba la voz, por primera vez en toda la tarde—. *Pueute de papá.* Con la pe al revés. Y pensé que si te la enseñaba, se te partía el corazón. Y que si se lo enseñaba a Diego, se le partía a él. Y yo no sabía arreglar corazones partidos. Solo sabía arreglar edificios. Así que lo guardé. Como guardo todo lo que no sé arreglar.

* * *

Todavía quedaba algo en el fondo de la caja.

Diego lo vio al levantar el último cuaderno: un sobre blanco, alargado, de los de carta, cerrado. Sin sello. Sin remitente. En el frente, con la letra inclinada de su madre, ponía una sola palabra:

Diego.

La tinta era azul y estaba un poco desvaída. El sobre tenía una mancha de humedad en una esquina.

Diego lo cogió. Se volvió hacia su madre.

—¿Esto qué es?

Doña Concha no contestó enseguida. Dejó la linterna sobre una caja de planos.

—Lo escribí la noche del diagnóstico. En el noventa y nueve. Cuando volví de la calle Velázquez y me quedé diez minutos delante del escaparate de zapatos. Esa noche, cuando os dormisteis, me senté en la cocina y lo escribí. Y no te lo di.

—¿Por qué?

—Porque tenías once años. Y porque yo no sé dar las cartas que escribo. Las archivo. —Doña Concha tomó aire—. Tu padre tiene las suyas de la mili en una caja de zapatos en el altillo, que no he vuelto a abrir desde 1978. Es lo que hago. Escribo las cosas y luego las guardo, como los planos de una obra terminada.

Diego miró el sobre.

—¿Lo abro?

—Es tuyo.

Diego abrió el sobre. Dentro había una hoja de papel cuadriculado, arrancada de un cuaderno de obra, doblada en tres. La desdobló.

La letra de su madre llenaba toda la hoja. Inclinada, apretada, de rotular planos, con las líneas perfectamente rectas sobre la cuadrícula.

Diego se quedó mirándola. Las letras empezaron a moverse.

Siempre le pasaba con la letra de su madre. Era la más difícil de todas. Más que la letra pequeña de los contratos, más que los botones grises de la tableta. Inclinada, con las eses alargadas y las des que parecían bes y las bes que parecían des. Una letra preciosa y cruel, que había firmado cientos de planos y que él no había podido leer nunca de corrido.

Miró a su madre. Ella entendió.

—¿Quieres que te la lea yo?

Diego negó con la cabeza.

—No. Quiero leerla yo.

* * *

Y la leyó.

Allí, en el trastero, de pie junto al baúl de la abuela de Segovia, con la caja abierta, los dibujos de edificios, los cuadernos con tachones rojos y el puente de palitos de helado encima. Bajo la bombilla desnuda del techo.

La leyó despacio. Muy despacio. Moviendo los labios. Con el dedo índice debajo de cada palabra, como le había enseñado la logopeda del colegio en el año dos mil y como le enseñaba ahora a Thiago con los cuentos. Retrocediendo cuando una palabra se le escurría. Volviendo a empezar la línea cuando se perdía.

Tardó once minutos en leer una hoja.

Sus padres no le interrumpieron ni una sola vez. No le ayudaron con ninguna palabra. No le metieron prisa. Se quedaron de pie, en silencio, uno a cada lado de la puerta del trastero, esperando.

Esperando a que terminara de leer.

Nunca habían hecho eso. En treinta y ocho años, nunca se habían quedado quietos esperando a que Diego terminara de leer algo. Siempre había alguien que le quitaba el papel de las manos, que le leía la frase, que le decía "venga, que no tenemos todo el día", que terminaba la palabra por él. Su madre lo había hecho mil veces. Su padre, otras tantas.

Aquella tarde, en el trastero, los dos esperaron once minutos.

* * *

La carta decía así:

Diego:

Hoy un médico me ha dicho que no eres vago. Que tu cerebro funciona de otra manera. Que las letras se te mueven de verdad y que no es culpa tuya.

Llevo dos años diciéndote que no te esfuerzas. Llevo dos años equivocándome contigo. Y yo no me equivoco nunca, hijo, o eso creía. En las obras, si me equivoco, se cae un edificio. Contigo me he equivocado y no se ha caído nada. Pero se ha roto algo.

No sé cómo se arregla esto. No es como una grieta. No se pone un testigo de yeso y se espera. No sé qué hay que hacer.

Solo sé que el médico dice que tienes una memoria excepcional. Lo he subrayado en el informe. Excepcional. Esa palabra no me la habían dicho de ti nunca, y yo no te la he dicho nunca a ti.

Eres excepcional, Diego.

No sé si algún día me atreveré a darte esta carta. Probablemente no. Ya me conoces, o me conocerás. Pero quiero que exista. Que esté escrito en algún sitio. Que alguna vez lo dije.

Te quiero. Aunque no sepa decírtelo. Aunque no sepa hacer otra cosa que corregir.

Mamá.

17 de marzo de 1999.

* * *

Diego terminó de leer. Dobló la hoja por los mismos pliegues. La metió en el sobre. Se quedó con el sobre en la mano.

—Has escrito "excepcional" sin la x —dijo, con la voz completamente rota—. Pone "escepcional". Con ese.

Doña Concha se acercó. Miró la carta por encima del hombro de su hijo. Se puso las gafas de cerca.

Era verdad. En las dos veces que lo había escrito. *Escepcional*. Con ese.

Doña Concha, que en cincuenta años no había dejado pasar una falta de ortografía en un pliego de condiciones, que corregía los menús de los restaurantes, que le había escrito *1,12. Sé preciso, José* en el margen del cuaderno amarillo de su marido, se quedó mirando la palabra mal escrita en su propia carta.

—Estaba llorando cuando la escribí —dijo—. No veía bien.

—Tú no lloras, mamá.

—Esa noche sí.

Diego la miró. Luego miró a su padre, que seguía junto a la puerta, con el puente de palitos de helado en las manos y los ojos llenos de lágrimas, sin disimularlas ya.

—Entonces —dijo Diego— yo no soy el único de esta familia que escribe con faltas.

Se rieron los tres. Allí, en el trastero, entre los cuadernos con tachones rojos y los dibujos de edificios. Se rieron como no se habían reído juntos nunca, con esa risa que se parece al llanto y que solo sale cuando se rompe algo que llevaba demasiado tiempo cerrado.

* * *

Diego se llevó a Usera el puente de palitos de helado y la carta.

El resto de la caja lo dejaron en el trastero. Los cuadernos, los dictados, los exámenes y los informes los iba a tirar doña Concha al día siguiente, al contenedor azul del papel. Lo dijo ella, y nadie la contradijo. Los dibujos de edificios se los quedó Don José. Dijo que los iba a enmarcar. En nogal.

Esa noche, cuando Diego llegó a casa, Samanda estaba en la cocina con la libreta cuadriculada. Le miró la cara. No le preguntó nada.

Diego dejó el puente sobre la mesa de la cocina. Samanda lo miró. Leyó la etiqueta.

PUEUTE DE PAPÀ.

Se tapó la boca con la mano.

Diego se sentó frente a ella. Sacó el sobre del bolsillo de la chaqueta. Lo dejó junto al puente.

—Mi madre me escribió una carta cuando yo tenía once años —dijo—. Y no me la dio hasta hoy.

—¿La leíste?

—Sí. Solo. Tardé once minutos.

—¿Y te esperaron?

Diego la miró. Samanda siempre hacía las preguntas que importaban.

—Me esperaron —dijo—. Los dos. Sin decir nada. Once minutos.

Samanda alargó la mano por encima de la mesa y le cogió la suya.

—Entonces ya está —dijo.

* * *

A la mañana siguiente, Thiago encontró el puente de palitos de helado en la estantería del salón, junto al corcho de su abuelo, con un nivel de burbuja de aluminio y latón apoyado encima del tablero.

La burbuja estaba un poco a la izquierda. El puente seguía torcido.

—Diego, el puente está torcido —dijo Thiago, con el desayuno a medio terminar—. Lo dice el nivel.

Diego se asomó desde la cocina, con la tableta del trabajo en una mano y un café en la otra.

—Ya lo sé, campeón.

—¿Lo arreglamos?

Diego miró el puente. La etiqueta. La pe al revés.

—No —dijo—. Ese se queda así.

* * *

Esa noche, en Chamberí, en el despacho, Don José abrió el cuaderno amarillo de la abeja con gorro de cocinero por la página de Diego. Leyó lo que había escrito en enero:

Tratamiento: pendiente. Me da miedo.

Debajo, la letra inclinada de su mujer: *A mí también. C.*

Debajo, la suya: *Entonces lo hacemos juntos. J.*

Cogió la pluma estilográfica. Tachó la palabra *pendiente* con una sola línea recta, como se tachan los errores en los planos, para que se siga viendo lo que había antes.

Encima escribió: *iniciado*.

Y debajo, en una línea nueva:

Hoy ha leído una carta de su madre él solo, en voz baja, con el dedo debajo de cada palabra. Hemos esperado once minutos sin decir nada. Es lo más difícil que he hecho en mi vida. Más que el puente del Tajo. El puente del Tajo lo hice en dos años con un ordenador y un equipo de quince ingenieros. Esto lo he hecho en once minutos sin ayuda de nadie, y he tardado treinta años en atreverme.

Me ha dado un puente de palitos de helado. Dice "pueute". Es el mejor puente que se ha construido en esta familia.

Cerró el cuaderno.

En la puerta del despacho, en bata, sin que él la hubiera oído llegar, estaba doña Concha.

—¿Has escrito algo?

—Sí.

—¿Me lo vas a enseñar?

Don José la miró.

—Ya lo leerás tú sola. Como siempre.

Doña Concha no contestó. Se dio la vuelta hacia el dormitorio.

—Y mañana —dijo desde el pasillo, sin volverse— me compras un diccionario. "Excepcional" se escribe con equis.

—Ya lo sé, Concha.

—Ya lo sé que lo sabes. Es para mí.

Capítulo 17

El racimo

La ola de frío llegó a Madrid el diecisiete de febrero, un martes, a la hora de las croquetas.

—Masa de aire polar procedente de Siberia —decía la mujer del tiempo en el telediario, delante de un mapa de Europa teñido de morado—. Se esperan temperaturas mínimas de hasta ocho grados bajo cero en la capital y de quince bajo cero en la sierra. Se recomienda no salir de casa salvo necesidad, proteger las tuberías y prestar especial atención a las personas mayores.

—Eso va por ti —dijo doña Concha.

—Y por ti.

—Yo no soy una persona mayor. Soy una persona con experiencia.

Don José dejó la croqueta en el plato y se quedó mirando el mapa morado. Detrás de la mujer del tiempo pasaban imágenes de archivo de la nevada de Filomena, en enero de 2021: la Gran Vía blanca y vacía, los coches enterrados hasta las ventanillas, los vecinos esquiando por la Castellana, un hombre con un trineo en la Puerta del Sol.

—¿Te acuerdas de Filomena? —preguntó.

—Me acuerdo de que se nos congeló el grifo de la terraza y no hubo forma de encontrar un fontanero en dos semanas. —Doña Concha se sirvió dos croquetas—. Y de que tú subiste a la sierra al tercer día, con cadenas, a ver las colmenas, y yo estuve dos noches sin dormir.

—Estaban bien.

—Tú no estabas bien. Tenías la cara del color de esa mujer del mapa.

* * *

Don José esperó tres días. Era lo más que había aguantado nunca.

El viernes por la mañana, con el termómetro de la terraza marcando cuatro grados bajo cero, se levantó a las seis, se puso dos jerséis, el chaquetón de plumas, el gorro de lana, la bufanda que le había tejido su madre en 1980 y unos guantes de esquí que no usaba desde que esquió por última vez en Navacerrada, en 1991.

Doña Concha lo esperaba en la cocina, en bata, con el bocadillo de lomo envuelto en papel de aluminio y un termo de café.

—No te voy a decir que no vayas.

—Gracias.

—Porque no me harías caso.

—Ya.

—Lleva las cadenas. Y el móvil cargado. Y si a las cuatro no has llamado, llamo a la Guardia Civil de Montejo.

—A las cuatro llamo.

—A las tres y media. Que a las cuatro ya es de noche en la sierra.

* * *

El colmenar de La Hiruela estaba blanco. No de nieve, que había caído poca, sino de escarcha: una capa fina y cristalina que lo cubría todo, la hierba, las cercas de piedra, el muro de los antiguos, los techos de las colmenas. Las dieciséis cajas parecían dieciséis pasteles glaseados en un escaparate de pastelería.

No había ni una abeja fuera. Era lo normal. Con aquel frío, ninguna obrera sensata asomaba la cabeza por la piquera.

Don José no abrió ninguna colmena. Nunca se abría una colmena en pleno invierno, con temperaturas bajo cero; si se rompía el racimo, si

entraba el frío, la colonia podía morir en minutos. Lo que hizo fue lo que había hecho siempre en invierno desde que aprendió el oficio de un viejo apicultor de Montejo que se llamaba el tío Eusebio y que tenía las manos como raíces de olivo.

Se quitó el gorro de lana. Se agachó junto a la primera colmena. Y pegó la oreja a la madera.

Se oía. Un zumbido grave, continuo, muy bajito, como el ruido de una nevera en una cocina por la noche, o el de un motor en reposo. Era el sonido de miles de abejas apiñadas en el centro de la caja, formando una bola apretada alrededor de su reina, temblando con los músculos del tórax sin mover las alas para producir calor. El racimo de invierno.

—Bien —dijo Don José en voz alta, a la colmena número uno.

Pasó a la dos. Bien. A la tres, la mansa. Bien, fuerte, con un zumbido grave y redondo. A la cuatro, a la cinco, a la seis.

En la siete el zumbido era más débil, pero estaba.

En la ocho, bien.

En la nueve, no se oía nada.

* * *

Don José se quedó con la oreja pegada a la colmena número nueve mucho rato. Cambió de lado. Probó en la parte de atrás. Dio dos golpecitos con los nudillos en la madera, despacio, como se llama a la puerta de una casa donde vive alguien muy mayor.

Nada.

Esperó. Volvió a golpear. Volvió a escuchar.

Silencio.

Sabía lo que significaba. Lo había oído, ese silencio, otras veces en cuarenta años. Pero nunca se acostumbraba.

Fue al coche. Sacó el ahumador, aunque no hacía falta, por pura costumbre, y la palanca. Volvió a la colmena nueve. Levantó la tapa.

* * *

El racimo estaba en el centro de la caja, entre el cuarto y el quinto cuadro. Era una bola de abejas del tamaño de un puño, inmóvil, con las obreras apiñadas unas contra otras, cabeza dentro de las celdas vacías, en la postura en que las había sorprendido el frío. En el centro, aunque Don José no la buscó, estaría la reina.

Era un racimo pequeño. Demasiado pequeño. Unas pocas miles de abejas, no las veinte mil que necesita una colonia para pasar un invierno duro.

Sacó con mucho cuidado el cuadro de al lado del racimo. Y luego el siguiente.

El cuadro de al lado estaba vacío. El siguiente, también.

Pero el séptimo cuadro, a dos cuadros de distancia del racimo, estaba lleno de miel. Miel de otoño, oscura, de brezo y de hiedra, tapada con su opérculo de cera blanca. Kilos de miel. A diez centímetros. Y el octavo, igual. Y el noveno.

Don José se quedó mirando el cuadro lleno de miel en sus manos enguantadas.

Se habían muerto de hambre con la despensa llena al lado.

Lo conocía. Los apicultores lo llamaban muerte por aislamiento. Cuando el frío es muy intenso, el racimo no puede desplazarse. Si se mueve, si rompe la bola para avanzar hacia la miel, las abejas de fuera se enfrían y mueren. Así que se queda quieto, comiendo la miel que tiene alrededor. Y cuando se acaba, si el frío sigue, se queda quieto igual. A dos cuadros de la comida. Esperando un deshielo que no llega.

Un racimo grande puede estirarse, puede alcanzar los cuadros de al lado sin romperse. Un racimo pequeño no. Un racimo pequeño no tiene suficientes cuerpos para mantener el calor y moverse a la vez.

Se mueren juntos. Se mueren en orden. Se mueren con la miel al lado.

* * *

En los cuadros del borde, los que estaban vacíos desde el otoño, Don José encontró además las galerías.

Eran túneles de seda gris, como telas de araña apelmazadas, que atravesaban los panales vacíos y convertían la cera en un polvo marrón. Larvas blanquecinas, quietas por el frío, metidas entre los hilos. La polilla de la cera. Había entrado en otoño, cuando la colmena ya estaba débil y no tenía obreras suficientes para patrullar los panales del borde. Había esperado, tejiendo en silencio. Era así. La polilla nunca mataba una colmena sana. Esperaba a que estuviera muriendo para terminar el trabajo.

Don José cerró la colmena número nueve.

Se sentó en la piedra grande junto al muro, la de comer con Thiago, con los guantes de esquí puestos y el termo de café en la mano, que ya no echaba humo. La escarcha empezaba a derretirse con el sol tímido de las once, y goteaba desde los techos de las colmenas como un llanto lento y ordenado.

Era la colmena de la varroa. La que le había enseñado a Thiago con la lupa de mango de hueso en octubre. *¿Ves eso? Es una pequita. No es una pequita, es la varroa.* La había tratado en enero con ácido oxálico, como a todas. Pero ya era tarde. La varroa la había debilitado durante el verano, había nacido poca cría sana en otoño, había entrado en el invierno con pocas abejas, y el frío de Siberia había hecho el resto. Y la polilla había llegado a recoger lo que quedaba.

Nadie la había matado. Se había muerto de pocas.

* * *

Antes de irse, pasó por la colmena verde. La catorce. La de la T enorme y el cuatro al revés.

Pegó la oreja a la madera. Tenía miedo.

El zumbido era fuerte. Grave, redondo, potente, como el motor de un barco en reposo. Un racimo grande, sano, de veinte o veinticinco mil abejas apretadas en el centro de la caja, temblando juntas para dar calor a su reina. Don José se quedó escuchándolo un buen rato, con los ojos cerrados y la mejilla helada contra la madera.

Luego sacó el móvil, grabó un audio con el zumbido y se lo mandó a Diego: *Para Thiago. Su colmena está fuerte. Es la que mejor suena del colmenar.*

No le dijo nada de la nueve. Eso ya se lo contaría en persona. Las muertes había que contarlas en persona, aunque fueran de abejas.

* * *

Volvió a Madrid a las dos. En Lozoyuela llamó a doña Concha, a las dos y cuarto, una hora y cuarto antes del plazo.

—Estoy bien. Bajando.

—¿Y las colmenas?

—Quince bien. Una muerta.

—¿Cuál?

—La nueve.

Hubo un silencio en la línea. Doña Concha no sabía cuál era la nueve. Pero conocía aquel tono.

—Ven a casa, José. Te tengo sopa.

—Voy a pasar antes por Usera.

—¿Por Usera? ¿Para qué?

—Para dejarles un tarro de miel. Y ver a los niños.

—Con este frío los niños están metidos en casa.

—Por eso.

* * *

Llamó al timbre del segundo izquierda a las tres y diez. Tardaron en abrir.

Abrió Thiago, con un gorro de lana, un abrigo puesto encima del pijama y unos guantes de lana sin dedos que le quedaban grandes. Detrás, en el pasillo, se veía el salón a oscuras.

—¡Abuelo! ¿Me traes la colmena?

—Te traigo miel. De la catorce, no, que la catorce no se toca hasta primavera. De la tres.

—¿Por qué está oscuro? —preguntó Don José, entrando.

—Porque mamá dice que así hace menos frío.

Hacía frío. Mucho frío. Don José lo notó en la cara nada más entrar, el mismo frío húmedo y quieto de las casas cerradas en invierno, que se mete en los huesos y no se va. En la cocina, sobre la encimera de formica, había una estufa de butano apagada, con la bombona al lado.

—¿Y la estufa?

—Se acabó la bombona el martes —dijo Samanda, que apareció por el pasillo con Mía en brazos, las dos con abrigos y bufandas dentro de casa—. El repartidor no viene hasta el lunes. Con el frío hay mucha demanda. Y la otra estufa, la eléctrica, salta los plomos si la pongo con la nevera.

—¿Y la calefacción?

Samanda se rió sin ganas.

—Don José, este edificio es de 1956. Nunca ha tenido calefacción.

Mía tosió. Era una tos pequeña, seca, de pecho.

—¿Y eso?

—Un resfriado. No es nada. Le di el jarabe.

Don José miró a su alrededor. El salón a oscuras, con las persianas bajadas para guardar el calor que no había. El corcho en la pared, nivelado, con su lana roja. El puente de palitos de helado en la estantería. Y en el dormitorio grande, con la puerta abierta, la cama de matrimonio deshecha, con todas las mantas de la casa encima, una sobre otra, cuatro o cinco, de colores distintos, y el edredón de los niños, y dos abrigos extendidos por encima de todo.

—¿Dormís todos juntos?

—Desde el martes —dijo Samanda—. Los cuatro en la cama grande. Diego en una punta, yo en la otra y los chicos en el medio. Así nos damos calor.

Don José se quedó mirando la cama. Las mantas apiladas. El hueco en el centro, todavía con la forma de los dos niños.

Pensó en la colmena nueve. En el racimo del tamaño de un puño. En la miel a dos cuadros de distancia.

Pensó en su piso de Chamberí. Cien metros cuadrados. Calefacción central. Cuatro dormitorios, tres de ellos vacíos desde hacía quince años. Un comedor con mesa para diez. Una despensa llena. A cuarenta minutos en metro.

Dos cuadros de distancia.

—Samanda —dijo—, ¿tenéis cena?

—Tenemos lentejas. Las hice el lunes. Las caliento en el fuego de la cocina, que es de gas y no salta.

—Bien. —Don José dejó el tarro de miel en la mesa de la cocina, junto a la estufa apagada—. Esta noche cenad las lentejas. Y mañana os venís a comer a casa.

—Mañana trabajo, Don José. Los sábados tengo el refuerzo del bar.

—Pues el domingo.

—El domingo vamos siempre.

—Ya lo sé. —Don José se puso otra vez el gorro de lana—. Pero este domingo es distinto.

* * *

Llegó a Chamberí a las cuatro y media. Doña Concha le tenía la sopa preparada, como había prometido, en un cazo sobre el fuego bajo. Le sirvió un plato humeante en la mesa de formica de la cocina.

Don José se sentó. No tocó la sopa.

—Concha. Tenemos que hablar.

Doña Concha, que estaba de espaldas en el fregadero, se dio la vuelta.

—¿De la colmena?

—De la colmena. Y de Usera.

Le contó lo de la colmena nueve. El racimo del tamaño de un puño. La miel a dos cuadros. La muerte por aislamiento. La polilla en los panales del borde. Se lo contó con todo detalle, con la precisión de un informe técnico, con datos y medidas, porque era la única manera que tenía de contar algo que le dolía.

Luego le contó lo de Usera. La estufa apagada. La bombona vacía. Las persianas bajadas. La tos de Mía. Los cuatro durmiendo en la misma cama con cinco mantas y dos abrigos.

Doña Concha le escuchó de pie, apoyada en la encimera, con los brazos cruzados sobre la bata.

—¿Y qué quieres decirme?

—Que tenemos cien metros. Tres habitaciones vacías. Calefacción. —Don José la miró—. Que se vengan.

* * *

El silencio que siguió duró lo que tarda una cucharilla en enfriarse dentro de un plato de sopa.

—No —dijo doña Concha.

—Concha...

—No, José. En redondo. No.

—¿Por qué?

—Porque es mi casa.

—Es nuestra casa.

—Es mi casa. La he diseñado yo. La reforma del ochenta y cinco la hice yo. Las molduras las elegí yo. El parqué lo enceré yo cada mes durante cuarenta años. Cada cosa de esta casa está en su sitio porque yo la he puesto en su sitio. —Doña Concha descruzó los brazos y se apoyó con las dos manos en la encimera—. Y no voy a meter aquí a cuatro personas, dos de ellas de tres y seis años, con sus juguetes, sus horarios, sus dibujos animados y sus costumbres, para que dentro de un mes no reconozca mi propia cocina.

—Son tu familia.

—Diego es mi familia. Los demás son la familia de Diego. Que no es lo mismo.

—Thiago te llamó abuela de rehabilitación.

Doña Concha apretó la mandíbula.

—Eso fue un cumpleaños. Esto es una mudanza.

—Concha, Mía tiene tos. Están durmiendo los cuatro en una cama con abrigos. En febrero. En Madrid. A cuarenta minutos de aquí.

—Que compren otra bombona.

—No hay bombonas hasta el lunes.

—Que compren una estufa que no salte los plomos.

—Con qué dinero, Concha. Con qué dinero.

—Se lo damos.

—¿Y cuando se acabe el contrato en marzo? ¿Les damos un piso también? ¿Les pagamos los mil cuatrocientos euros?

—No sé, José. No sé. Pero no aquí.

* * *

Don José se levantó de la mesa. Era un hombre que no gritaba nunca. En cuarenta y siete años de matrimonio, doña Concha le había oído gritar tres veces: una en un partido del Atlético en 1996, otra cuando se le cayó un andamio encima del coche en 2003 y otra cuando le diagnosticaron a su madre el cáncer, en 2009.

No gritó tampoco esa vez. Pero habló con una voz que ella no le conocía.

—¿Sabes lo que le pasó a la nueve, Concha? Que era un racimo pequeño. Y los racimos pequeños no pueden moverse. Si se mueven, se enfrían los de fuera. Así que se quedan quietos. Y se mueren con la miel a dos cuadros.

—No me hables de abejas.

—Te hablo de abejas porque es lo único que sé decir. —Don José apoyó las manos en la mesa de formica—. Las colmenas que sobreviven al invierno son las que tienen el racimo grande. Las que tienen muchas abejas apretadas, que se dan calor entre ellas. Ninguna abeja sobrevive sola al invierno. Ninguna. Ni la reina. La reina, sola, se muere en una noche.

—José...

—Somos un racimo pequeño, Concha. Tú y yo. Dos viejos en cien metros con tres habitaciones vacías. Y ellos son otro racimo pequeño, cuatro en cincuenta metros con una bombona vacía. Y estamos los dos quietos, cada uno en su cuadro, con frío, a cuarenta minutos de distancia. Esperando un deshielo.

Doña Concha no dijo nada.

—Y tú sabes lo que pasa con eso. Lo he visto hoy. Lo he tenido en las manos.

* * *

Doña Concha se dio la vuelta hacia el fregadero. Abrió el grifo. Empezó a lavar un cazo que estaba limpio.

—Tú no lo entiendes, José.

—Explícamelo.

—No.

—Concha, explícamelo. Llevamos cuarenta y siete años casados y nunca me has dicho que no a nada sin explicármelo.

Doña Concha cerró el grifo. Se quedó de espaldas, con las manos mojadas apoyadas en el borde del fregadero.

Tardó mucho en hablar. Cuando lo hizo, la voz le salía hacia la ventana, hacia el patio interior, hacia los tendederos vacíos de los vecinos.

—Diego se fue de esta casa en 2011. Tenía veintitrés años. Se fue un domingo por la tarde, con dos bolsas de deporte y una caja de cartón. Tú estabas en la sierra. Yo le ayudé a bajar la caja hasta el taxi.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes. —Doña Concha se volvió. Tenía los ojos secos, pero la cara le había cambiado—. Esa noche entré en su cuarto. Estaba vacío. La cama sin sábanas. La estantería sin los libros que nunca leyó. Los pósteres del Atlético en la pared, que no se llevó. Y me senté en la cama y me quedé allí hasta las dos de la mañana. Tú llegaste a las once y no te diste cuenta, porque te fuiste directamente a la ducha.

Don José no dijo nada.

—Y me prometí una cosa. Esa noche. Sentada en la cama vacía de mi hijo. Me prometí que no iba a volver a pasar por eso. Que no iba a volver a llenar esta casa de alguien para que luego se fuera.

—Concha...

—Si vienen, se quedan. Y si se quedan, los niños crecen. Y me acostumbro a oír a Mía por el pasillo a las siete de la mañana, y a encontrarme los dinosaurios de Thiago en el sofá, y a que la chica me haga el mate ese en mi cocina, y a que la casa huela a otra cosa. Y luego, un día, encuentran un piso. O se pelean. O ella se va con los niños, que ya se fue de su país, que ya se ha ido de todas partes. Y yo me quedo otra vez sentada en una cama vacía hasta las dos de la mañana. —Se le quebró la voz, por fin, en la última palabra—. Y no tengo setenta y dos años para eso, José. No los tengo.

* * *

Don José se quedó mirándola. Llevaba cuarenta y siete años estudiándola como estudiaba sus colmenas, y nunca había oído aquel zumbido.

Se acercó. Le cogió las manos mojadas.

—Tienes miedo.

—Sí.

—De quererlos.

Doña Concha no contestó. No hacía falta.

—Ya los quieres, Concha. —Don José le apretó las manos—. Les dejaste el abrigo en Nochebuena. Le diste el nivel de tu padre a Thiago. Le metiste cincuenta euros en el delantal a la chica. Firmaste un informe para el ascensor de un edificio que no es tuyo. Ya los quieres. El miedo llega tarde.

—Por eso mismo —dijo ella, muy bajo—. Por eso mismo no.

Se soltó de sus manos. Se secó las suyas en el delantal. Recogió el plato de sopa, que se había quedado frío del todo, sin tocar, y lo vació en el fregadero.

—No, José. Esa es mi respuesta. Y no la voy a cambiar.

Salió de la cocina.

* * *

Don José durmió esa noche en el despacho.

No porque ella se lo pidiera. Ella no le pidió nada. Se fue a la cama a las diez y apagó la luz sin decir buenas noches, cosa que no había ocurrido nunca en cuarenta y siete años. Él se quedó en la cocina un rato, luego en el salón, luego en el despacho. Y a las doce y media se dio cuenta de que no iba a poder meterse en aquella cama y dormir al lado de aquella espalda inmóvil sin decir nada.

Así que se quedó en el sillón del despacho, con una manta de cuadros por encima, el flexo encendido y el cuaderno amarillo abierto sobre las rodillas.

Escribió:

Colmena 9: perdida. Muerte por aislamiento. Racimo insuficiente. Miel a dos cuadros. Polilla en los panales del borde, que entró cuando ya estaba débil. La varroa la debilitó en verano, el frío la mató en febrero. Nadie la mató. Se murió de pocas.

Lo he visto antes. No me acostumbro.

Pasó la página. Escribió:

Usera: cuatro en una cama, cinco mantas, dos abrigos. Bombona vacía. Mía con tos. Racimo pequeño.

Chamberí: dos en una cama, calefacción, tres habitaciones vacías. Racimo pequeño.

Distancia: cuarenta minutos. Dos cuadros.

Concha dice que no. Tiene miedo de quererlos porque ya los quiere. Es la única colmena del mundo que tiene miedo de su propio racimo.

Se quedó mirando la frase. Luego tachó *colmena* y escribió encima *mujer*. Y luego lo tachó también y volvió a escribir *colmena*. Las dos

palabras quedaron una encima de otra, tachadas y vueltas a escribir, como se tachan las cosas en los planos para que se siga viendo lo que había antes.

Apagó el flexo.

* * *

En el dormitorio, doña Concha no dormía.

Estaba tumbada de lado, de cara a la pared, con los ojos abiertos en la oscuridad. Oía el reloj de pared del comedor dar las horas. La una. Las dos. Oía a lo lejos el ruido de un camión de sal esparciendo grava por la calle helada. Oía el silencio del lado vacío de la cama, que pesaba más que cualquier ronquido en un solo tono.

A las tres menos cuarto se levantó.

Se puso la bata de lana y las zapatillas. No fue al despacho. Fue al comedor.

Encendió solo la luz de la vitrina, que tenía una bombilla pequeña dentro que nunca se usaba. La luz iluminó las copas de cristal, la vajilla de la cenefa azul, el gato de porcelana. Y en el estante del medio, a la altura de los ojos, el marco de nogal con la foto de ella dormida en el sofá con Mía encima, las dos con los labios mal pintados del mismo rojo y el sombrero de las bodas en la cabeza de la niña.

Y más abajo, en el cristal, a la altura de una niña de tres años, la huella de una manita pringada de natillas.

Seguía allí. Desde octubre. Cuatro meses. Doña Concha había limpiado aquella vitrina por fuera dieciséis veces desde entonces, con limpiacristales y papel de periódico, como le había enseñado su madre. Dieciséis veces había rodeado aquella huella con el trapo, con mucho cuidado, para no tocarla.

La miró un buen rato, en la luz amarilla de la vitrina, en bata, a las tres de la madrugada.

Luego apagó la luz. Volvió al dormitorio. Se metió en la cama.

Y siguió sin dormir.

* * *

Por la mañana, Don José se despertó en el sillón del despacho con el cuello rígido y la manta de cuadros en el suelo. Olía a café.

Fue a la cocina. Doña Concha estaba de espaldas, preparando las tostadas. No se volvió.

En la mesa de formica, en su sitio, estaban la mantequilla, el aceite, la mermelada de naranja amarga y el café con leche, exactamente como cada mañana desde hacía cuarenta y siete años.

Y al lado del plato había algo más. Un tarro de cristal pequeño, de los de mermelada, vacío y limpio, con una etiqueta de papel pegada con cinta adhesiva. En la etiqueta, con la letra inclinada, ponía:

Miel de la 9.

Don José se quedó mirando el tarro.

—¿Y esto?

Doña Concha seguía de espaldas, untando una tostada con una concentración de restauradora de frescos.

—Si la colmena se ha muerto con la miel dentro —dijo—, la miel se saca. Que no se pierda. Me lo explicaste tú en el noventa y ocho, cuando se murió la tres. Dijiste que la miel de una colmena muerta se le da a las que quedan vivas en primavera, para que empiecen fuertes.

—Me acuerdo.

—Pues eso.

Puso la tostada en el plato de su marido. Se sirvió café. Se sentó al otro lado de la mesa de formica. Le miró por primera vez desde la noche anterior.

—Sigo diciendo que no, José.

—Ya lo sé.

—No he cambiado de opinión.

—Ya lo sé, Concha.

—El tarro es para la miel. Nada más.

—Claro.

Se comieron las tostadas en silencio.

Fuera, en la terraza, el termómetro marcaba seis grados bajo cero. Pero el sol daba ya en el cristal de la cocina, y en la esquina del marco de la ventana, la escarcha empezaba a derretirse en una gota lenta que tardó mucho, muchísimo tiempo, en caer.

Capítulo 18

Salida voluntaria

El ascensor volvió a funcionar el veinticuatro de febrero, a las once y cuarto de la mañana, dos días después de que llegara a las oficinas de Hexágono Residencial Madrid I, S.L., en la planta doce de una torre de cristal del paseo de la Castellana, un burofax con acuse de recibo que contenía un informe técnico de catorce páginas, con fotografías, mediciones y un plano a mano alzada, firmado y sellado por una arquitecta colegiada con un sello de caucho de 1979 que decía *ARQUITECTO* en masculino.

Lo arregló un técnico de la empresa mantenedora en veinte minutos. Subió el magnetotérmico, puso el puente del circuito de seguridad, probó la cabina del bajo al quinto y del quinto al bajo, quitó el cartel de *PENDIENTE DE PIEZA* y se fue sin decir nada, con la cara de quien ha hecho algo que preferiría no haber tenido que hacer.

Don Faustino bajó a la calle esa misma tarde.

Lo bajaron entre Hamid y Eulogia, uno a cada lado, en el ascensor recién reparado, con el andador de aluminio y la boina puesta. Cuando las puertas se abrieron en el portal, había doce personas esperándole: todos los vecinos que pudieron salir de sus trabajos, los niños del patio, la dueña de la peluquería dominicana con sus tijeras en la mano y Wilson, el del locutorio, que se había enterado por la radio de barrio de Carabanchel.

Don Faustino salió a la acera. Llevaba cuarenta y siete días sin pisarla. Se quedó quieto un momento, con las dos manos en el andador, mirando la calle de Usera como si la viera por primera vez: la frutería, la peluquería, el locutorio, el bazar chino de la esquina, el árbol pelado del alcorque, el autobús 148 parado en el semáforo.

Luego levantó la cabeza hacia el balcón del quinto, su balcón, donde seguía atada la pancarta con las abejas de los niños.

—Pues sí que se ve bien desde aquí —dijo.

Y se echó a llorar. Delante de todo el mundo. Sin taparse. Con la naturalidad de un hombre de noventa y un años que ya no tiene que demostrarle nada a nadie.

Hamid le dio un pañuelo. La dueña de la peluquería le dio un beso. Thiago, que había venido corriendo del colegio con Samanda, le dio la mano.

—Don Faustino, ¿quiere ver mi bicicleta verde?

—Claro, hijo. Enséñamela. Despacio, que voy con el andador.

* * *

Fue la única victoria completa.

Tres días después llegó la segunda carta de Hexágono. No era un burofax. Era un sobre normal, de papel grueso, con el hexágono dorado en la esquina, dirigido a cada vecino por su nombre. Dentro había una hoja con un membrete nuevo y un tono distinto, más amable, como el de un vendedor que ha perdido la primera mano y decide cambiar de estrategia.

Estimado inquilino:

En el marco de nuestro compromiso con el diálogo y el bienestar de las personas que residen en nuestros activos, le ofrecemos un Programa de Salida Voluntaria con las siguientes condiciones ventajosas...

Tres mil euros en efectivo. Condonación del último mes de alquiler. Devolución íntegra de la fianza. Servicio gratuito de mudanza con una empresa colaboradora. A cambio, firmar antes del quince de marzo un documento de "resolución anticipada y renuncia de acciones", y entregar las llaves el treinta y uno.

Los que no se acogieran al programa podían firmar el nuevo contrato de mil trescientos treinta euros. O irse el treinta y uno de marzo sin nada, al vencer el plazo legal.

En la segunda página, en letra más pequeña, había una cláusula que Adrián, el enfermero, subrayó en rojo la misma noche: *La aceptación del presente Programa es individual y su contenido será confidencial entre las partes.*

—Nos quieren separar —dijo Adrián en la segunda junta de vecinos, otra vez en el salón de don Faustino, debajo del calendario de la funeraria de 2019—. Uno a uno. Que cada uno firme su papelito en secreto. Para que no sepamos quién se va y quién se queda.

—El que te mete un gol en la página dos... —dijo Ramón.

—...te mete otro en la página catorce —terminaron a coro cuatro vecinos.

* * *

La chica del sindicato de inquilinas se llamaba Paula y tenía veintiséis años, el pelo rapado por un lado, una carpeta llena de papeles y una paciencia de cirujana. Vino a la tercera junta y explicó las cosas con una claridad que nadie les había explicado nunca.

Les dijo que el ascensor había sido una victoria, y que era importante. Que el informe de la arquitecta había asustado a Hexágono, porque los fondos tenían miedo a dos cosas: a los jueces y a los periodistas. Que la radio de Carabanchel había ayudado. Que iban a pelear lo de los honorarios de la agencia, que eran ilegales, y que probablemente lo ganarían.

Y luego les dijo la verdad.

—Pero no podemos obligarles a renovar los contratos. La ley es la ley. Cuando se acaba el contrato de cinco años, el propietario puede no

renovar. En Madrid no hay zonas tensionadas. Lo que sí podemos hacer es negociar en bloque. Que nadie firme por separado. Y sacarles lo que se pueda.

Negociaron. Durante dos semanas, Paula, Adrián y Samanda, que los vecinos habían elegido como portavoces en una votación a mano alzada en el patio, se reunieron tres veces con una abogada de Hexágono en una sala de reuniones de una notaría de la calle Serrano, con sillas tan blandas que Samanda pensó en Benito.

Consiguieron cuatro cosas. Que Hexágono retirara los honorarios de la agencia, por escrito. Que bajara la nueva renta de mil trescientos treinta a mil doscientos cincuenta para los que se quedaran. Que la salida voluntaria subiera de tres mil a cuatro mil quinientos. Y que don Faustino no recibiera ninguna carta más hasta el día de su muerte.

Lo último lo pidió Samanda. La abogada de Hexágono, una mujer de unos cuarenta años con un traje gris impecable y unas uñas color nude, se la quedó mirando con una expresión que Samanda tardó días en descifrar.

—¿Y eso qué le importa a usted? —preguntó la abogada—. A usted no le afecta.

—A mí me afecta todo lo que pase en mi edificio —contestó Samanda.

La abogada apuntó algo en su cuaderno. Luego levantó la vista.

—Lo pondremos por escrito.

* * *

No fue suficiente.

Mil doscientos cincuenta euros, más la comunidad, más una fianza de dos meses y una garantía adicional de otros dos. Diego y Samanda hicieron la cuenta una noche en la cocina de Usera, con la libreta cuadriculada y el bolígrafo mordido, y la hicieron otra vez, y otra, como quien busca un error en una suma que sabe que está bien hecha.

No salía. Con lo que ganaban entre los dos, el alquiler se llevaba más de la mitad. Y no había de dónde sacar los cinco mil euros de la entrada. La lata de aceitunas tenía trescientos noventa y tres con veinte, contando los cincuenta de doña Concha, que Samanda seguía guardando en la mesilla y que, en sus cuentas, nunca contaba.

—Buscamos otra cosa —dijo Diego.

—Buscamos otra cosa —dijo Samanda.

* * *

Buscaron otra cosa.

Durante tres semanas, en cada hueco libre entre la limpieza, doña Remedios, el bar y los niños, Samanda miró pisos en el móvil. Diego, que no podía leer bien los anuncios, miraba las fotos y le decía si la cocina tenía buena pinta o si el baño estaba "para tirar". Leandro, que conocía media construcción del sur de Madrid, preguntó a todos sus compañeros de obra.

Los anuncios eran todos parecidos. *Piso reformado en Carabanchel. 45 m². 2 dormitorios. 1.150 €. Se requiere contrato indefinido, nómina superior a tres veces la renta, aval bancario de seis meses y seguro de impago. No se admiten mascotas.* No decían "no se admiten niños", pero lo decían de otras maneras: *Ideal para pareja. Perfecto para profesionales.*

Fueron a ver siete pisos.

En el primero, en Opañel, había treinta y ocho personas en la escalera esperando para ver un piso de cuarenta metros con una ventana que daba a un patio de luces. La agente inmobiliaria, una chica de veintidós años con un iPad, recogía los currículos de los interesados en la puerta, como en una entrevista de trabajo. Diego y Samanda entregaron los suyos. Nunca les llamaron.

En el segundo, en Puerta Bonita, el propietario, un señor de setenta años con chaleco de punto, les enseñó el piso con mucha amabilidad hasta que oyó a Samanda hablar.

—¿Usted de dónde es?

—De Argentina.

—Ah. —El señor se quedó un momento callado—. ¿Y tiene papeles?

—Tengo el NIE. Y la residencia de larga duración.

—Ya, ya. —El señor miró a Diego, luego a los niños, luego otra vez a Samanda—. Es que ya tengo a otra pareja interesada. Les llamo.

No les llamó.

En el tercero, en San Isidro, les pidieron un aval bancario de seis mensualidades. Ocho mil cuatrocientos euros. En el cuarto, en Zofío, el piso tenía una mancha de humedad en el techo del dormitorio del tamaño de un mapa de España, y el propietario dijo que era "superficial". Diego le dijo que su madre era arquitecta y que aquello era una filtración de la bajante. El propietario les invitó a irse.

En el quinto, en Orcasitas, encontraron por fin un piso que les gustó: cincuenta y cinco metros, dos dormitorios, luz, una cocina decente, mil cien euros. Rellenaron la solicitud. La agencia les pidió las nóminas. Samanda llevó las suyas: una de la empresa de limpieza, con un contrato parcial de quince horas; otra de la familia de doña Remedios, como empleada de hogar; y los recibos del refuerzo del bar. Diego llevó la suya: un contrato de cuarenta horas con "distribución irregular de la jornada" de un grupo de restauración con ochenta locales.

La agencia les llamó a los dos días.

—Lo sentimos mucho. El propietario ha preferido otro perfil de inquilino. Un perfil con más estabilidad laboral.

—¿Qué perfil? —preguntó Samanda.

—Un funcionario. Profesor de instituto.

Samanda pensó en Marcos, el del cuarto derecha, que era profesor de instituto y al que también le iba a vencer el contrato en Usera. Pensó que, en aquella ciudad, hasta para que te echaran de un sitio había que tener un perfil.

El sexto y el séptimo ni siquiera llegaron a verlos. Se alquilaron antes de que pudieran ir.

* * *

Leandro y Yuli ofrecieron su sofá.

Lo ofrecieron un domingo por la noche, por teléfono, con una generosidad que a Samanda se le clavó en el pecho como una astilla, porque sabía exactamente lo que era aquel sofá. Leandro y Yuli vivían en una habitación de un piso compartido en Aluche, con otras dos parejas y un estudiante peruano, y el sofá era un sofá cama de un salón de doce metros que compartían seis personas y una televisión.

—No, Lea. Gracias. Pero no.

—Sami, son solo unos meses.

—Ya lo sé. Pero no.

Esa misma noche, a las once y media, le llegó un audio de su madre. Duraba tres minutos. No lo escuchó. Vio la duración, la hora, el ruido de fondo en la vista previa de la onda de sonido, y lo dejó sin abrir.

Se quedó sentada en la cocina, con la libreta cuadriculada abierta por la página de las dos columnas. *YO* y *DIEGO*. Con el signo de interrogación en el hueco al final de la columna de Diego, tachado y vuelto a escribir.

Pensó en las tres opciones que tenía. Volver a una habitación compartida, como cuando llegó a Madrid con Thiago en brazos y Mía en la barriga. Irse a otra ciudad, a otro barrio, a otro país, como había hecho siempre. O la tercera.

La tercera era la que le daba más miedo.

* * *

Lo supo por Diego. No es que Diego quisiera contárselo; se le escapó, una noche, en la cama, en la oscuridad, cuando ella le preguntó si había alguna posibilidad de que sus padres les prestaran el dinero de la entrada.

—Mi padre se lo propuso a mi madre —dijo Diego, hacia el techo—. La semana de la ola de frío. Que nos fuéramos a vivir con ellos.

Samanda se quedó quieta.

—¿Y qué dijo tu vieja?

Diego tardó en contestar.

—Que no. En redondo. Mi padre durmió en el despacho.

Samanda se quedó mirando la persiana, por donde entraba la luz naranja de la farola.

No le dolió. O sí, pero no como habría esperado. No sintió rabia ni orgullo herido ni la vieja vergüenza de pedir. Sintió otra cosa. Pensó en doña Concha en el callejón de Casa Benito, en Nochebuena, poniéndole el abrigo de paño negro sobre los hombros y cerrándoselo por delante con las dos manos, con firmeza. Pensó en el nivel de burbuja en las manos de Thiago. En el *¿me dejas?* que le había preguntado con los ojos en el cumpleaños.

Y entendió algo que Diego, que era su hijo, no había entendido.

—Tu vieja no dijo que no porque no nos quiera —dijo, en la oscuridad.

—¿Entonces por qué?

—Porque nos quiere demasiado. Y le da miedo.

Diego se dio la vuelta en la cama.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Samanda tardó en contestar.

—Porque a mí me pasa lo mismo.

* * *

Fue a Chamberí un jueves por la mañana, el doce de marzo, sin avisar a nadie.

Le pidió a doña Remedios la mañana libre, por primera vez en dos años, y doña Remedios se la dio con la condición de que le contara a la vuelta "lo del novio", porque estaba convencida de que Samanda se iba a casar. Dejó a Mía en la escuela infantil y a Thiago en el colegio. No le dijo nada a Diego, que dormía después del turno de cierre. Cogió el metro en Usera, hizo trasbordo en Sol y se bajó en Iglesia.

Llevaba en el bolso la libreta cuadriculada. Nada más.

Tardó veinte minutos en atreverse a llamar al portero automático. Dio dos vueltas a la manzana. Se paró delante de una pastelería de la calle Santa Engracia y estuvo un rato mirando unos pasteles que no pensaba comprar. Se paró delante del quiosco de la esquina, donde un hombre de Jaén le preguntó si buscaba algo, y le dijo que no, que solo miraba.

Luego subió.

* * *

Le abrió doña Concha, en bata de casa, con un plumero en la mano. Se quedó en el umbral, mirándola, sin moverse, con una sorpresa que no se molestó en disimular.

—¿Les ha pasado algo a los niños?

—No, señora. Los niños están bien.

—¿A Diego?

—Diego duerme. No sabe que estoy aquí.

Doña Concha la miró un momento más. Luego se apartó de la puerta.

—Pase.

* * *

Se sentaron en la cocina, en la mesa de formica. No en el comedor, no en el salón. En la cocina. Fue doña Concha quien lo eligió, sin decir nada, dirigiéndose directamente allí por el pasillo, y Samanda la siguió. Doña Concha puso la cafetera italiana al fuego sin preguntar. Sacó dos tazas de diario, no las de la cenefa azul. Puso en un plato unas pastas de mantequilla de la lata.

—Usted dirá.

Samanda sacó la libreta del bolso. La puso sobre la mesa de formica. La abrió por la página de las cuentas.

—No sé cómo se dice esto, señora. Así que se lo voy a enseñar.

Le dio la vuelta a la libreta y la empujó por la mesa hacia doña Concha.

Doña Concha se puso las gafas de cerca. Miró la página.

Estaba todo. Los ingresos de Samanda: la limpieza, doña Remedios, el refuerzo del bar. Los de Diego: la nómina, el bote común del grupo, las propinas que ya no llegaban. Los gastos: la escuela infantil, el comedor, la luz, el teléfono, la comida. + *100 Rosa (mensual)*, con la letra torcida de Diego y el "mensaul" mal escrito. La renta nueva de Hexágono, mil doscientos cincuenta más comunidad. La entrada, cinco mil euros. Y debajo, con un círculo hecho con bolígrafo y apretado tantas veces que casi había roto el papel, la cifra de la lata de aceitunas: trescientos noventa y tres euros con veinte céntimos.

Debajo de todo, la letra redonda de Samanda:

Siete pisos visitados. Siete rechazos.

Doña Concha leyó la página entera. Despacio. Con el dedo índice debajo de cada línea, como leía los pliegos de condiciones de las obras públicas. Tardó un buen rato.

Luego levantó la vista.

* * *

—Señora —dijo Samanda—. Sé que Don José le propuso que nos viniéramos. Y sé que usted dijo que no. Diego me lo contó.

Doña Concha no contestó.

—No vengo a pedirle que cambie de opinión. Vengo a decirle lo que hay. Para que usted decida con todos los datos. —Samanda señaló la libreta—. Esto es todo lo que tenemos. Todo. No hay nada más. No hay un tío rico en Rosario ni una cuenta escondida. Si el treinta y uno no hemos encontrado nada, nos vamos a un cuarto en un piso compartido. Los cuatro en un cuarto. O al sofá de mi hermano. O me voy con los chicos a otra ciudad y Diego se queda aquí, porque aquí tiene trabajo. Esas son las opciones.

—¿Y usted cuál quiere?

—Ninguna.

Doña Concha la miró.

—Entonces, ¿qué viene a pedirme?

Samanda tomó aire. Le temblaban un poco las manos sobre la mesa de formica. Las juntó para que no se notara.

—No vengo a pedirle caridad, señora. Vengo a pedirle alquiler. Le pagaré lo que pueda. Limpiaré. Cocinaré. Cuidaré a Don José cuando le duela la rodilla. Me iré cuando encuentre algo, y le prometo que buscaré todos los días. No le voy a pedir nada más. Nunca.

Hizo una pausa.

—Pero tengo que decirle una cosa antes. Para que lo sepa.

—Diga.

—Mi madre vivió toda su vida de hombres que le pagaban el alquiler. Desde que yo tenía cinco años. Uno detrás de otro. Ella los llamaba "mi compañero". Yo los llamaba "el que paga ahora". Me prometí a los nueve

años que nunca iba a vivir en una casa que pagara otro. Que nunca iba a depender de nadie. Por eso trabajo en tres sitios. Por eso no le dije a Diego lo de mi madre durante un año. Por eso no he aceptado el sofá de mi hermano. —Se le quebró la voz y se recompuso—. Venir aquí hoy me cuesta más que irme a otra ciudad. Muchísimo más. Usted no se lo imagina.

Doña Concha no dijo nada.

—Usted tiene miedo de que vengamos y luego nos vayamos —siguió Samanda, muy bajo—. Diego no lo entiende, pero yo sí. Lo vi en el cumpleaños de Thiago. Lo vi en Nochebuena. Usted tiene miedo de acostumbrarse.

Doña Concha apretó la mandíbula.

—Y yo tengo miedo de lo contrario, señora. Tengo miedo de quedarme. De acostumbrarme a vivir en una casa donde alguien me pone un abrigo sobre los hombros sin preguntar. De que los chicos se acostumbren a tener una abuela. Porque yo nunca he tenido eso. Nunca. Y si lo tengo y luego lo pierdo...

No terminó la frase.

* * *

La cafetera italiana empezó a borbotear en el fuego. Ninguna de las dos se movió. El café se salió por el pitorro y chisporroteó sobre el quemador.

Doña Concha se levantó. Apagó el fuego. Limpió el quemador con un trapo, con mucho cuidado, sin prisa, de espaldas a Samanda. Sirvió dos tazas de café. Puso una delante de Samanda y la otra en su sitio. Volvió a sentarse.

No dijo nada durante mucho rato. Samanda no se atrevió a romper el silencio.

Luego, doña Concha se levantó otra vez.

—Venga conmigo.

* * *

La llevó por el pasillo hasta el comedor. Se detuvo delante de la vitrina.

Samanda la miró sin entender. La vajilla de la cenefa azul. Las copas de cristal tallado. El gato de porcelana. Y en el estante del medio, el marco de nogal con la foto de doña Concha dormida en el sofá con Mía encima, los labios mal pintados del mismo rojo, el sombrero de las bodas. Samanda no la había visto nunca. Se le llenaron los ojos de lágrimas sin poder evitarlo.

Doña Concha no dijo nada de la foto. Señaló con el dedo índice un punto más abajo. En el cristal, a la altura de una niña de tres años.

Samanda se agachó. Miró.

Era una huella. Una huella pequeña de una mano, con los cinco dedos abiertos, marcada en el cristal con algo amarillento y seco. Natillas. Del primer domingo. De octubre.

Samanda se quedó mirándola. Luego miró a doña Concha.

—¿Es de Mía?

—Del primer cocido. —Doña Concha se ajustó las gafas—. He limpiado esta vitrina dieciséis veces desde octubre. Diecisiete, con la de esta mañana. Con limpiacristales y papel de periódico, como me enseñó mi madre. Y las diecisiete veces la he rodeado con el trapo para no tocarla.

Samanda no podía hablar.

—Yo no dejo huellas en mis cristales, hija. Nunca. En cuarenta y siete años de casada, en mi casa no ha habido una huella en un cristal más de una hora. Pregúntele a Diego. —Doña Concha se volvió hacia ella—. Esa lleva cinco meses.

* * *

Volvieron a la cocina. El café se había quedado templado. Doña Concha se sentó, se quitó las gafas, las dejó sobre la libreta cuadriculada abierta y se frotó los ojos con dos dedos.

—Se vienen el uno de abril —dijo.

Samanda se quedó inmóvil.

—Pero hay condiciones.

—Las que usted quiera, señora.

—No las que yo quiera. Las que hagan falta. —Doña Concha cogió un bolígrafo del bote de la cocina, arrancó una hoja de la libreta de la compra y empezó a escribir con su letra inclinada, mientras hablaba—. Primera. Usted pagará la luz y el agua. Ni un euro más. No es caridad, es un alquiler. Y no me lo discuta, que en esta casa se discute poco.

—Sí, señora.

—Segunda. Los niños duermen en el cuarto que fue de Diego. Los pósteres del Atlético se quedan. La colcha de ganchillo también. Usted y Diego, en el cuarto de invitados. El que da al patio.

—Sí, señora.

—Tercera. Los horarios de las comidas son los de esta casa. A las dos y media y a las nueve y media. Los dibujos animados, solo en el salón y con el volumen a un nivel que no se oiga desde la cocina.

—Sí.

—Cuarta. —Doña Concha levantó la vista del papel—. El mate ese suyo lo hace usted en mi cocina cuando quiera. Pero el bombilla ese de metal no se lava en el lavavajillas.

—La bombilla.

—Eso. No se lava en el lavavajillas.

Samanda asintió. Se le escapó una risa, mezclada con un sollozo, que intentó tapar con la mano.

—Quinta. —Doña Concha volvió a escribir—. Usted no se va de esta casa sin avisarme con un mes de antelación. Un mes. Por escrito. Con su firma. Como en los contratos.

Samanda la miró.

—¿Por qué un mes?

Doña Concha dejó de escribir. Se quedó un momento con el bolígrafo en el aire.

—Para que me dé tiempo a acostumbrarme —dijo—. La primera vez no me dio tiempo.

Samanda no supo qué contestar.

—Y sexta. —Doña Concha firmó la hoja con su firma de los planos, la de las obras públicas, con una rúbrica que parecía un puente—. Los domingos, la mesa la pone usted.

—¿La mesa?

—La mesa. El mantel, la vajilla, las copas, los cubiertos. Por la derecha y por la izquierda. Las copas por el tallo. Como en casa de su abuela. —Le acercó la hoja por la mesa de formica—. Mientras usted ponga bien la mesa, en esta casa seguirá siendo alguien. Lo dijo su abuela, no yo.

Samanda cogió la hoja. Las letras se le movían, aunque ella no tenía dislexia. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Leyó las seis condiciones. Debajo, la firma con forma de puente. Y debajo de la firma, en letra más pequeña, una línea que doña Concha había añadido al final sin decirla en voz alta:

Contrato de arrendamiento entre Concepción y la chica. Duración: la que haga falta.

La chica. Ni Samanta ni Samanda. La chica.

Samanda levantó la vista.

—¿Me lo firma usted? —preguntó doña Concha, tendiéndole el bolígrafo.

Samanda cogió el bolígrafo. Firmó debajo, con su letra redonda de nota de nevera.

Samanda Medina. Con de.

Doña Concha miró la firma. Se puso las gafas. La miró otra vez.

—Muy bien —dijo—. Ahora tómese el café, que se le ha templado.

* * *

Don José llegó a la una y media. Venía de la librería de la calle Fuencarral con un diccionario de la Real Academia Española de dos tomos, envuelto en papel de regalo, que pesaba como un ladrillo.

Encontró a las dos mujeres en la cocina, sentadas en la mesa de formica, en silencio, con dos tazas de café vacías, un plato de pastas de mantequilla a medio comer, una libreta cuadriculada abierta y una hoja de la libreta de la compra firmada por las dos.

Se quedó en la puerta de la cocina con el diccionario en los brazos.

—¿Samanda? ¿Qué haces aquí? ¿Les ha pasado algo a los niños?

—Los niños están bien, José —dijo doña Concha, sin levantarse—. Se vienen el uno de abril.

Don José se quedó en la puerta, callado, con el diccionario de dos tomos en los brazos, mirando a su mujer.

—He puesto condiciones —añadió doña Concha—. Seis. Por escrito. Y está firmado.

Don José dejó el diccionario sobre la encimera. Despacio. Con mucho cuidado. Como se deja una colmena después de haberla abierto en primavera y haber visto que la reina ha sobrevivido al invierno.

—¿Has dicho que sí?

—He dicho que se vienen. Que no es lo mismo.

—Concha...

—Y tú vas a vaciar el despacho, que la chica necesita un armario para la ropa de los niños. Y el corcho, cuando venga de Usera, va otra vez al trastero. No pienso tener tus locuras en mi salón.

—El corcho es de todos ahora, Concha. Es del sindicato.

—Pues que el sindicato se busque un trastero.

Don José miró a Samanda. Samanda le miró a él. Tenía los ojos rojos y una sonrisa que no le cabía en la cara.

—Don José —dijo—. Le debo un tarro de miel. El que nos dejó en la ola de frío.

—Ese ya está pagado, hija.

—¿Con qué?

Don José señaló con la barbilla a su mujer, que se había levantado a recoger las tazas y estaba de espaldas en el fregadero, lavándolas a mano con una concentración absoluta.

—Con eso.

* * *

Esa noche, Don José abrió el cuaderno amarillo. Fue a la página de la colmena nueve, donde había escrito *Muerte por aislamiento. Miel a dos cuadros.*

Debajo escribió:

12 de marzo. La chica ha venido sola, sin avisar, con una libreta de cuentas. Concha ha dicho que se vienen. Seis condiciones, por escrito, firmadas por las dos. La quinta es un mes de preaviso, "para que me dé tiempo a acostumbrarme". La sexta es que los domingos pone la mesa la chica.

El racimo se mueve.

Dos cuadros. Cuarenta minutos. Lo ha cruzado ella sola.

Pasó la página. En la de doña Concha, debajo de *Tratamiento: ninguno. No tocar*, y de su propio *Conforme. C.*, y del hexágono pequeño que él había dibujado en enero, añadió una línea con la pluma estilográfica:

Corrección: tratamiento en curso. Se ha tratado ella sola.

Cerró el cuaderno.

En el dormitorio, doña Concha ya estaba acostada, con la luz de la mesilla encendida y la novela sueca de los muertos limpios cerrada sobre el pecho. No leía. Miraba el techo.

Don José se metió en la cama. En su lado. Por primera vez en tres semanas.

—¿Mañana hay tostadas? —preguntó.

—Como todas las mañanas.

—¿Con mermelada de naranja amarga?

—José.

—¿Qué?

—Apaga la luz.

Don José apagó la luz.

En la oscuridad, al cabo de un rato, oyó la voz de su mujer. Muy bajo. Tan bajo que podría haber sido el ruido del ascensor de los del quinto, o el de una moto lejana subiendo por Santa Engracia.

—Tenías razón con lo del racimo.

Don José no contestó. No hacía falta.

En el comedor, en la vitrina, en el cristal, a la altura de una niña de tres años, la huella de una manita pringada de natillas seguía en su sitio. Dentro de diecinueve días habría muchas más.

TERCERA PARTE

La colmena huérfana

Capítulo 19

Seis personas, un baño

El piso de Chamberí tenía ciento dos metros cuadrados, cuatro dormitorios, un salón, un comedor, una cocina, un despacho, una terraza de seis metros que daba al patio de manzana y un solo baño.

Había tenido dos. Hasta 1985.

El segundo era un aseo pequeño, junto a la cocina, de los que en los años cincuenta se llamaban "de servicio", con un lavabo, un inodoro y una ducha de plato cuadrado bajo una ventanita que daba al patio. Cuando doña Concha reformó la casa en 1985, con el primer dinero de verdad que ganó como arquitecta, decidió que en una familia de tres personas no hacía falta un aseo de servicio, porque ella no tenía servicio ni pensaba tenerlo, y lo convirtió en una despensa. Con estantes de madera de pino hasta el techo, una puerta con rejilla de ventilación y una bombilla con interruptor de cadena.

Era una de las decisiones de las que más orgullosa estaba en su vida. Lo había contado en muchas cenas. *Una despensa de verdad, como las de antes, con sus botes de legumbres por orden alfabético.*

El uno de abril, a las nueve menos cuarto de la mañana, delante de la puerta cerrada del único baño de la casa, con Thiago bailando de un pie a otro, Mía llorando porque quería hacer pis "ya, ya, ya", Diego esperando con la toalla al hombro, Samanda con el cepillo de dientes en la mano y Don José dentro desde hacía veintidós minutos con el periódico, doña Concha se arrepintió por primera vez de aquella despensa.

—José —dijo, golpeando la puerta con los nudillos—. Sal ya.

—Un momento.

—Llevas veintidós minutos.

—Estoy leyendo lo de los franceses.

—Los franceses los lees en la cocina. Hay cinco personas aquí fuera.

—¿Cinco?

—Cinco, José. Seis contigo. Somos seis.

Hubo un silencio al otro lado de la puerta. Luego, el ruido de la cisterna y el de un periódico que se dobla deprisa.

Don José abrió la puerta. Se encontró con cinco caras mirándole. Mía pasó entre sus piernas como un cohete.

—Perdón —dijo, con el periódico debajo del brazo—. Me había olvidado de que ya no estamos solos.

—Pues acuérdate —dijo doña Concha—. Porque esto acaba de empezar.

* * *

La mudanza había sido el día anterior, el treinta y uno de marzo, un martes, y había durado nueve horas.

Leandro pidió prestada la furgoneta de la obra de Alcorcón, una Ford Transit blanca con el logotipo de la constructora en la puerta y el interior lleno de polvo de cemento, que Yuli limpió a fondo la noche anterior con una aspiradora y un ambientador de vainilla. Hamid se tomó el día libre. Ramón vino con su taxi para llevar a los niños, a Samanda y "las cosas delicadas": la tele, el puente de palitos de helado envuelto en una toalla, la caja con la foto de la abuela del pañuelo blanco y la lata de aceitunas, que Samanda no soltó en todo el viaje.

Lo cargaron todo en tres horas. No era mucho. Cuatro personas en cincuenta y dos metros cuadrados no acumulan tanto como dos en ciento dos. La ropa en bolsas de basura grandes. Los juguetes en cajas de fruta de la frutería de la esquina. La bicicleta verde de Thiago. La trona de Mía. Las

cuatro sillas que no eran del mismo juego, que Samanda no quiso dejar porque las había ido comprando una a una en el Rastro. La mesa plegable de la tienda sueca, que doña Concha había dicho por teléfono que "no cabía", pero que Samanda metió igual en la furgoneta, por si acaso.

El sofá azul se quedó. Y el corcho también.

El corcho se quedó en casa de Hamid y Latifa, en el tercero, que seguían allí. Hamid había decidido no firmar nada, ni la salida voluntaria ni el contrato nuevo, y quedarse "hasta que me saquen con la policía". Paula, la del sindicato, le había dicho que tenía hasta junio, cuando vencía su contrato, y que después habría que ver. El corcho, con su lana roja y sus chinchetas de colores y el papel de la libreta de la compra de doña Concha clavado con una chincheta de latón de tablero de dibujo, colgaba ahora en el salón de Hamid, junto a una foto de la Kaaba y un calendario de una carnicería halal. Era, como decía Ramón, la sede central del sindicato del bloque.

—El corcho es vuestro —le dijo Don José a Hamid, en el rellano, cuando bajaban las últimas cajas—. Cuidadlo.

—Como si fuera mío, señor.

—Es tuyo. Ahora es tuyo.

Hamid le dio la mano. Luego, después de pensarlo un segundo, le dio un abrazo.

* * *

La despedida de don Faustino fue en el portal.

Bajó en el ascensor, que ya funcionaba, con el andador de aluminio y la boina puesta. Eulogia lo acompañaba. Eulogia también se iba: había aceptado la salida voluntaria de cuatro mil quinientos euros y se marchaba a Getafe, a casa de una hermana, hasta encontrar algo. Lo había decidido sola, sin decírselo a nadie, y cuando se lo contó a Samanda en la cocina de

don Faustino, la semana anterior, se le había saltado una lágrima que se secó enseguida con el borde del moño.

—No me quedaba otra, mija. Mis hijos están en Bolivia. Yo sola no puedo pagar mil doscientos cincuenta.

—Ya lo sé, Eulogia.

—Pero el acta me la llevo. —Eulogia había sacado del bolso el cuaderno de espiral, con su letra redonda de colegio de monjas—. Seis juntas. Todo apuntado. Si algún día alguien pregunta qué pasó aquí, que esté escrito.

En el portal, don Faustino le dio la mano a Diego, a Samanda y a los niños, uno por uno, con una formalidad antigua, como se despide a la gente en los andenes. Luego se quedó mirando a Thiago.

—Tú eres el de los dos minutos.

—Me sobró un poco.

—Te sobró. —Don Faustino se metió la mano en el bolsillo del chaleco. Sacó algo. Una llave de hierro grande, antigua, oxidada, del tamaño de un dedo—. Toma. Esta era la llave del portal cuando llegué, en el setenta y nueve. La de antes de que pusieran el portero automático. Me la dio don Jacinto, el casero, el que venía con sombrero a cobrar los domingos. Ya no abre nada.

Thiago cogió la llave. La miró con mucha atención.

—¿Y para qué sirve?

—Para acordarte de que aquí vivía gente. —Don Faustino se colocó la boina—. Y de que un día bajamos todos juntos en el ascensor.

* * *

Llegaron a Chamberí a las tres de la tarde. Doña Concha les esperaba en la puerta del piso con el delantal puesto, el broche de la abeja de plata en el jersey y un folio en la mano.

Era un folio impreso con el ordenador, con un formato que Diego reconoció inmediatamente, porque era el mismo de los pliegos de condiciones que su madre redactaba para las obras públicas en los años noventa: título centrado en mayúsculas, apartados numerados con decimales, márgenes justificados, letra Times New Roman de doce puntos, interlineado sencillo.

NORMAS DE CONVIVENCIA DEL DOMICILIO SITO EN CALLE...

1. HORARIOS

1.1. Desayuno: de 7:00 a 9:00 h, en la cocina.

1.2. Comida: 14:30 h, en el comedor. Los domingos y festivos, en el comedor con mantel de hilo.

1.3. Cena: 21:30 h, en la cocina, salvo indicación en contrario.

1.4. Silencio nocturno: de 23:00 a 7:00 h. Se ruega especial consideración a la llegada nocturna tras los turnos de hostelería.

2. USO DEL BAÑO

2.1. Véase cuadrante adjunto.

2.2. Queda prohibido leer prensa escrita o digital en el baño en horario de máxima demanda (7:00 a 9:00 h). Esta norma se aplica a todos los residentes, y en especial a uno.

3. ESPACIOS COMUNES

3.1. Los dibujos animados se visualizarán exclusivamente en el salón, con un volumen que no sea audible desde la cocina.

3.2. Los juguetes se recogerán antes de la cena.

3.3. Queda prohibido el uso de rotuladores en las paredes, el parqué y los muebles de nogal.

4. COCINA

4.1. La cocina es de uso compartido.

4.2. La bombilla del mate no se lava en el lavavajillas.

5. DISPOSICIONES FINALES

5.1. Cualquier modificación de las presentes normas se acordará en reunión de los residentes mayores de edad.

5.2. Las presentes normas entran en vigor a la firma del contrato de 12 de marzo.

Al pie, la firma con forma de puente.

Y grapado al folio, un segundo papel: un cuadrante en forma de tabla, con los días de la semana en horizontal y franjas de diez minutos en vertical, de seis de la mañana a diez de la noche, coloreado con rotuladores fluorescentes de cinco colores distintos, uno por residente adulto y uno más para "los menores", en rosa.

Samanda lo miró. Era la cosa más loca y más precisa que había visto en su vida.

—¿Esto lo hizo usted, señora?

—Lo hice yo. Me llevó tres tardes.

—¿Y por qué Diego es naranja?

—Porque es el color de las señales de obras. —Doña Concha cogió el folio y lo pegó en la puerta de la nevera, con dos imanes de la Escuela de Caminos de su marido—. Pasen. La comida está a las tres y media hoy, excepcionalmente, por la mudanza. No se vuelva a repetir.

* * *

Samanda deshizo las bolsas de basura en el cuarto de invitados, el que daba al patio. Era un cuarto de doce metros, con una cama de matrimonio de las antiguas, de cabecero de madera tallada, un armario de tres puertas que olía a naftalina y a lavanda, una cómoda con un espejo y una ventana con visillos de encaje. Estaba impecable. Doña Concha había puesto sábanas nuevas, de algodón blanco, recién planchadas con raya, y en la mesilla de noche un jarrón pequeño con tres claveles blancos.

Samanda se sentó en el borde de la cama. Miró los claveles. Los mismos que le había llevado Leandro en el cumpleaños.

En la puerta de la nevera, cuando volvió a la cocina, vio que doña Concha había dejado un hueco libre al lado de su folio de normas. Exactamente del tamaño de un papel de libreta.

Samanda fue a buscar en su bolso la nota de la nevera de Usera, la que tenía el imán de Rosario Central. La había despegado esa mañana antes de irse. La había doblado en cuatro.

Thiago: mochila azul, hoy hay excursión al parque, lleva gorra. Mía: pañales en la bolsa, la seño quiere otra muda. Desayuno: el yogur de abajo NO, que caduca. Te quiero. S.

Era de octubre. El yogur ya habría caducado hacía cinco meses. Mía ya no llevaba pañales. Pero el "te quiero" seguía en su hueco.

La desdobló. La pegó en la nevera de doña Concha, en el hueco libre, con el imán de Rosario Central. Junto a las normas de convivencia con sus apartados decimales.

Doña Concha entró en la cocina en ese momento. Vio la nota. Se acercó. La leyó, con las gafas de cerca. Leyó el "te quiero" metido en el hueco.

No dijo nada.

Pero no la quitó.

* * *

La primera semana fue una guerra.

No una guerra con gritos, porque en casa de doña Concha no se gritaba. Una guerra de posiciones, de las de trincheras, con avances de un metro y retrocesos de dos, con escaramuzas diarias en todos los frentes.

El frente del baño fue el peor. El cuadrante de los cinco colores funcionaba en teoría, pero no en la práctica. Samanda se levantaba a las

cinco y cuarto para ir a la limpieza, antes de que empezara el cuadrante, y se duchaba en tres minutos, en silencio, con el agua tibia para no hacer ruido con la caldera. Diego llegaba del bar a la una y media de la madrugada, en pleno horario de silencio nocturno, y se duchaba para quitarse el olor a fritura, y la caldera de gas, que tenía cuarenta años y era de las de llama piloto, arrancaba con un *¡bum!* que hacía temblar los cristales del pasillo y despertaba a doña Concha todas las noches.

—Diego, la caldera.

—Mamá, huelo a croquetas de Getafe.

—Pues dúchate en el bar.

—En el bar no hay ducha.

—Pues que la pongan. Eres personal esencial.

Thiago descubrió que el bidé era una fuente y lo usó dos veces para regar a su dinosaurio, con resultados catastróficos para el suelo de baldosa hidráulica de 1952. Mía no llegaba al lavabo y tenía que subirla alguien en brazos para lavarse los dientes, y como nadie estaba disponible a las ocho menos cuarto, empezó a lavarse los dientes en la bañera, de rodillas, escupiendo por el desagüe con una puntería de francotiradora.

Don José, a pesar del apartado 2.2 de las normas de convivencia, siguió leyendo el periódico en el baño. Pero en el móvil, en silencio, convencido de que así no contaba.

—José, ¿qué haces ahí dentro tanto rato?

—Nada.

—Te estoy oyendo deslizar el dedo por la pantalla.

—Es un mensaje de Thiago.

—Thiago está en el pasillo, José. Esperando.

* * *

El frente de los horarios fue el segundo.

Las comidas a las dos y media eran imposibles para Diego, que entraba al bar a las once y no salía hasta las cinco, y para Samanda, que estaba con doña Remedios de diez a dos y luego tenía que recoger a Mía de la escuela infantil, que estaba ahora a tres paradas de metro, porque doña Concha no había querido cambiar a la niña de escuela en mitad del curso. Las cenas a las nueve y media eran imposibles para Diego, que a esa hora estaba en plena hora punta del bar, y para Samanda los viernes y sábados, que tenía el refuerzo.

Así que el primer domingo, cinco días después de la mudanza, doña Concha convocó una reunión de los residentes mayores de edad, conforme al apartado 5.1. Fue en el comedor, con mantel de hilo, porque era domingo.

—Las comidas no funcionan —dijo.

—No, mamá.

—Los horarios de esta casa son de 1979.

—Sí, mamá.

—Y vosotros vivís en 2026.

—Eso parece.

Doña Concha se quedó un momento callada. Luego sacó del bolsillo del delantal un bolígrafo, cogió el folio de las normas de convivencia que había despegado de la nevera esa mañana y, delante de todos, tachó el apartado 1.2 con una sola línea recta, de las de los planos.

Encima escribió a mano: *1.2. Comida: cuando se pueda. Los domingos, a las 14:30 y sin excusas.*

Tachó el 1.3. Encima escribió: *1.3. Cena: cada uno cuando llegue. Siempre habrá algo en la nevera.*

Don José la miraba con la boca abierta. En cuarenta y siete años, no había visto a su mujer tachar nada que hubiera escrito ella misma. Ni una lista de la compra.

—Concha, ¿estás bien?

—Estoy perfectamente. —Doña Concha volvió a pegar el folio en la nevera, con los dos imanes de la Escuela de Caminos—. Es una modificación conforme al apartado 5.1. Aprobada en reunión de los residentes mayores de edad. Todo en regla.

—Pero no hemos votado.

—José. —Doña Concha le miró por encima de las gafas—. ¿Quieres votar en contra de que tu hijo coma?

* * *

El frente de los dibujos animados se resolvió solo, de una manera que nadie esperaba.

Thiago y Mía veían los dibujos en el salón, con el volumen bajo, según el apartado 3.1. Pero el salón estaba al lado del comedor, y el comedor tenía la vitrina, y la vitrina tenía el sofá enfrente, y el sofá era donde doña Concha se sentaba cada tarde a las seis a leer su novela sueca de muertos limpios.

El tercer día, Mía se sentó en el sofá a su lado. Sin pedir permiso. Con el mando de la tele en la mano.

Doña Concha bajó la novela.

—Hija, estoy leyendo.

—Yo también —dijo Mía, señalando la tele, donde una familia de cerdos de dibujos animados saltaba en charcos de barro.

—Eso no es leer.

—Sí es leer. Leo los cerdos.

Doña Concha la miró. Mía la miró a ella. Luego, la niña se acurrucó contra su costado, como hacía en el sofá con Samanda, y siguió viendo a los cerdos saltar en los charcos.

Doña Concha se quedó un rato con la novela abierta sobre las rodillas, sin leer. En la tele, un cerdo pequeño se reía de un cerdo grande que se había caído en un charco.

—¿Y por qué saltan en el barro? —preguntó doña Concha, al cabo de un rato.

—Porque es divertido —dijo Mía, sin apartar la vista de la tele.

—Eso es una guarrería.

—Es divertido, Concha.

Al quinto día, doña Concha ya sabía cómo se llamaba el cerdo grande, el cerdo pequeño, la mamá cerda, el abuelo cerdo y un dinosaurio de juguete que llevaba el cerdo pequeño, y había desarrollado una opinión firme y negativa sobre la forma en que el papá cerdo colgaba los cuadros, sin nivel.

* * *

El domingo siguiente, a las ocho y media de la mañana, Don José se llevó a Thiago a la terraza.

Tenía allí, desde la semana de la ola de frío, los cuadros de la colmena nueve. Los había bajado de La Hiruela en dos cajas de madera, envueltos en sábanas viejas, con la miel de brezo y de hiedra todavía operculada dentro. Quería extraerla con la prensa de mano que guardaba en el trastero, filtrarla y envasarla en tarros, como había prometido en el desayuno de las tostadas. *Miel de la 9.* Para dársela en primavera a las colmenas vivas, para que empezaran fuertes.

Pero no había tenido tiempo. Con la mudanza, con las normas de convivencia, con el cuadrante del baño, los cuadros se habían quedado en la terraza, en sus cajas, tapados con las sábanas.

Ese domingo destapó la primera caja. Cortó los panales con un cuchillo de cocina, los metió en la prensa, giró la manivela. La miel empezó

a caer, oscura, espesa, con olor a monte, en un cubo de plástico con un colador de tela.

Thiago miraba con la careta de apicultor puesta, aunque no hacía ninguna falta.

Luego Don José lavó los cuadros vacíos con la manguera de la terraza, para quitarles los restos de cera y de miel, y los dejó apoyados contra la pared, al sol de abril, para que se secaran.

A los diez minutos apareció la primera abeja.

A los veinte, había doce.

A la media hora había más de cincuenta, zumbando como locas alrededor de los cuadros mojados, chupando el agua dulce que había quedado en el suelo de la terraza, metiéndose en el cubo de la miel, posándose en la barandilla, en las macetas de los geranios de doña Concha, en la manguera.

—Abuelo —dijo Thiago, muy quieto, con la careta puesta—. Vienen muchas.

—Ya lo veo, hijo.

—¿Son tuyas?

—No. Las mías están en La Hiruela.

—¿Entonces de quién son?

Don José miró el cielo de Chamberí, los tejados, las antenas, los patios de manzana. Había colmenas en Madrid. Lo sabía. Algunos apicultores urbanos las tenían en azoteas de edificios de oficinas, de hoteles, de colegios. Y había enjambres silvestres en huecos de árboles del Retiro, en tejados viejos, en persianas abandonadas. Con la primavera recién empezada, las exploradoras buscaban comida por toda la ciudad. Y una terraza con miel de brezo al sol era, para ellas, como una pastelería con el escaparate abierto.

—De Madrid —dijo—. Son abejas de Madrid. Han olido la miel y han venido a merendar.

—¿Como los franceses?

Don José se echó a reír.

—Más o menos.

* * *

Fue Mía quien dio la voz de alarma.

Salió a la terraza en pijama, descalza, buscando a su hermano. Vio las abejas. Cincuenta, sesenta, zumbando alrededor de los cuadros, del cubo, de las macetas. Y se quedó paralizada en la puerta de la terraza, con los ojos muy abiertos y la boca temblando.

Luego gritó. Un grito agudo, largo, de los que ponen en pie a una casa entera.

En diez segundos estaban todos en la terraza. Samanda, que se había levantado para el mate. Diego, en calzoncillos y con la cara de la almohada. Doña Concha, en bata, con el cepillo del pelo en la mano.

—¡José! ¿Qué has hecho?

—Nada. He lavado los cuadros.

—¡Hay cien abejas en mi terraza!

—Cincuenta.

—¡En mis geranios!

—No son mías, Concha. Te lo juro. Son de Madrid.

—¡Me da igual de quién sean! ¡Están en mis geranios!

Mía lloraba abrazada a la pierna de Samanda, con la cara escondida en el pijama. No quería salir. No quería mirar. Decía que las abejas le iban a picar, que le iban a picar, que le iban a picar.

* * *

Fue Thiago quien la calmó.

Se acercó a su hermana, despacio, con la careta de apicultor puesta. Se agachó a su lado. Se levantó la malla para que le viera la cara.

—Mía. Mía, mírame.

Mía lo miró por un hueco entre los dedos.

—No te van a picar —dijo Thiago, con la seriedad absoluta de sus seis años—. Son abejas que están merendando. Cuando una abeja está lejos de su casa, no pica, porque no tiene nada que defender. Solo pican si las pisas descalza o si las aprietas. Lo dice el abuelo.

—Pero son muchas.

—Son muchas porque se han avisado unas a otras. Una ha encontrado la miel y ha ido a su casa a bailar. Las abejas bailan para decirse dónde está la comida. Y las otras han venido.

—¿Bailan?

—Bailan. Lo dice el abuelo.

Mía dejó de llorar. Miró a su hermano. Luego, muy despacio, giró la cabeza y miró a las abejas que zumbaban alrededor de los cuadros mojados.

—¿Y cuándo se van?

—Cuando se acabe la merienda. —Thiago se volvió hacia su abuelo—. ¿Verdad, abuelo?

Don José asintió. Se le había hecho un nudo en la garganta.

—Verdad. Hay que quitar la miel y echar mucha agua al suelo para que se vaya el olor. Y al atardecer se vuelven a su casa. Mañana vendrán unas pocas a buscar, no encontrarán nada y se irán.

Y eso hicieron. Don José metió los cuadros en las cajas y las cajas en el trastero. Tapó el cubo de la miel y lo llevó a la cocina. Diego, todavía en calzoncillos, regó el suelo de la terraza con la manguera hasta que no quedó ni rastro de dulce. Samanda cogió a Mía en brazos y la sentó en la ventana de la cocina, detrás del cristal, para que mirara.

Y doña Concha, con la bata y el cepillo del pelo, se quedó de pie en la puerta de la terraza, mirando a su nieto de rehabilitación con la careta de apicultor levantada y a la niña detrás del cristal de la cocina, mirando las abejas con una mezcla de miedo y fascinación.

—¿Lo has oído, José? —dijo en voz baja.

—¿El qué?

—"Cuando una abeja está lejos de su casa, no pica, porque no tiene nada que defender."

Don José la miró.

—Lo he oído.

—Lo ha dicho el niño. —Doña Concha se cerró la bata sobre el pecho—. Y lo ha dicho de las abejas.

No añadió nada más. Se fue a la cocina a hacer el desayuno, aunque no era su turno según el cuadrante, porque los domingos no había cuadrante.

* * *

Al atardecer, como había dicho Thiago, las abejas se fueron.

Mía las estuvo mirando desde la ventana de la cocina toda la tarde, con la nariz pegada al cristal. Cuando la última levantó el vuelo de la barandilla de la terraza, en línea recta hacia el sur, hacia los tejados de la Castellana, Mía la siguió con el dedo por el cristal hasta que desapareció.

—Adiós, abeja —dijo.

Luego se bajó de la ventana y fue al salón a ver a los cerdos.

* * *

Esa noche, a las doce menos cuarto, doña Concha no podía dormir.

No era la caldera, porque Diego todavía no había llegado. No era Don José, que dormía a su lado roncando en un solo tono. Era otra cosa.

Era el ruido.

Durante quince años, desde que Diego se fue, aquella casa había tenido de noche un silencio perfecto, de catedral vacía. El reloj de pared del comedor. El ascensor de los del quinto. Alguna moto en Santa Engracia. Nada más.

Ahora la casa respiraba.

Desde la cama, en la oscuridad, doña Concha oía la respiración de los niños en el cuarto de Diego, al otro lado del pasillo, con la puerta entornada, como Samanda la dejaba siempre. Oía a Mía hablar en sueños, en voz bajita, algo de cerdos y de abejas. Oía a Thiago darse la vuelta en la cama, con el crujido del somier antiguo. Oía a Samanda en el cuarto de invitados, que no dormía tampoco, pasando las páginas de algo, quizá la libreta de cuentas. Oía el frigorífico de la cocina, que hacía más ruido porque ahora estaba más lleno.

Seis personas en ciento dos metros cuadrados. Respirando a la vez.

Como un racimo.

Se levantó. Se puso la bata. Fue al comedor sin encender la luz del pasillo, guiándose por la memoria, como se guiaba por aquella casa desde hacía cuarenta y siete años.

Encendió la bombillita de la vitrina.

En el cristal, a la altura de una niña de tres años, seguía la huella del primer cocido, la de octubre, la de las natillas.

Pero ya no estaba sola.

Al lado había otra, más reciente, con los dedos más separados. Y otra, más abajo, con una mancha de algo que parecía chocolate. Y otra más arriba, más grande, de una mano de seis años, con los dedos muy abiertos y una raya en el centro que debía de ser de la lupa de mango de hueso. Y dos más, pequeñitas, superpuestas, en el borde del cristal. Y una, en la esquina

de abajo, que no era de mano sino de nariz, de una niña que se había pegado al cristal para mirar el gato de porcelana.

Doña Concha empezó a contarlas.

Una. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Se detuvo.

Se quedó mirando el cristal lleno de huellas, en la luz amarilla de la vitrina, en bata, a las doce de la noche del primer domingo de abril.

No terminó de contarlas.

Apagó la luz. Volvió al dormitorio. Se metió en la cama. Don José se dio la vuelta en sueños y le pasó un brazo por encima, como hacía a veces sin darse cuenta.

A la una y media llegó Diego del bar. La caldera hizo *¡bum!* Los cristales del pasillo temblaron.

Doña Concha no se despertó. Por primera vez en una semana, ya estaba dormida.

Capítulo 20

Mate y manzanilla

Doña Concha se despertaba a las siete desde 1985. Antes se había despertado a las seis y media, cuando trabajaba en las obras del sur y tenía que estar a las ocho en Getafe o en Leganés con el casco puesto. Después de la jubilación, en 2018, había ganado media hora, que defendía como un derecho constitucional.

El segundo lunes de abril se despertó a las cinco y diez.

No supo por qué. Abrió los ojos en la oscuridad y se quedó mirando el techo, escuchando. Don José roncaba a su lado en un solo tono. Diego dormía en el cuarto de invitados, después de llegar del bar a la una y media y de hacer temblar los cristales con la caldera. Los niños dormían en el cuarto de Diego, al otro lado del pasillo, con la puerta entornada.

Y en la cocina alguien estaba poniendo agua a calentar.

Era un ruido muy pequeño. El chasquido del encendedor de la cocina de gas, el roce de un cazo contra el quemador, el agua cayendo del grifo en un chorro fino, para no hacer ruido. Pero doña Concha llevaba cuarenta y siete años en aquella casa y conocía cada sonido de su cocina como un organista conoce los tubos de su órgano.

Se levantó. Se puso la bata de lana y las zapatillas. Fue por el pasillo sin encender la luz.

* * *

Samanda estaba en la cocina, de pie junto al fuego, ya vestida para la limpieza, con el pelo recogido en un moño bajo y la cara todavía hinchada de sueño. Tenía en las manos una calabaza pequeña, oscura, forrada de

cuero, con una bombilla de metal plateado clavada dentro. En el fuego, en un cazo pequeño, el agua empezaba a hacer burbujas diminutas en el fondo.

Se sobresaltó al verla.

—Señora. Perdone. La he despertado.

—No me ha despertado. Estaba despierta.

—Son las cinco y cuarto.

—Ya sé qué hora es. —Doña Concha miró el cazo—. El agua va a hervir.

Samanda apagó el fuego de golpe, como si le hubiera saltado una chispa.

—No puede hervir —explicó—. Si hierve, se quema la yerba. Tiene que estar a setenta, ochenta grados. Cuando empiezan las burbujitas del fondo, pero antes de que suban.

—¿Y cómo sabe usted cuándo está a setenta grados?

—Porque lo sé. Desde chiquita. Mi abuela decía que el agua del mate se oye. Cuando canta bajito, está lista. Cuando grita, ya la arruinaste.

Doña Concha se sentó en la mesa de formica. No sabía muy bien por qué. Se sentó como quien se sienta a mirar una obra desde una caseta, con las manos juntas en el regazo.

—Enséñeme.

* * *

Samanda le enseñó.

Le enseñó cómo se llena la calabaza hasta dos tercios con la yerba, que olía a heno y a algo amargo, a campo seco. Cómo se tapa la boca de la calabaza con la palma de la mano, se da la vuelta y se sacude varias veces, para que el polvo fino se pegue a la mano y no se trague. Cómo se inclina la calabaza para que la yerba quede en un montículo de un lado, como una

duna. Cómo se echa un chorrito de agua tibia en el hueco del otro lado, para que la yerba se humedezca y se hinche. Cómo se clava la bombilla en el hueco mojado, de una vez, con el dedo tapando el extremo de arriba, y no se mueve nunca más.

—Nunca, señora. La bombilla no se toca. Si la movés, se tapa con la yerba y ya no chupa.

—¿Y si se tapa?

—Te aguantás. Es como la vida.

Luego echó el agua caliente, despacio, junto a la bombilla. Esperó unos segundos. Y chupó.

Escupió el primer sorbo en el fregadero.

—¿Por qué escupe?

—El primero es amargo. Es para el que ceba. Para el cebador. Nunca se le da el primero a una visita, porque está feo. —Samanda volvió a echar agua—. El segundo ya es para convidar.

Le tendió la calabaza a doña Concha.

Doña Concha la miró. La calabaza oscura, con la bombilla de metal clavada. El vapor que salía por la boca. Pensó en todas las veces que había visto aquello en la televisión, en los futbolistas argentinos, en los turistas en la plaza Mayor, y en que siempre le había parecido una costumbre poco higiénica, eso de que todo el mundo chupara de la misma bombilla.

La cogió. Chupó.

Se le llenó la boca de algo caliente, amargo, verde, que sabía a heno y a césped recién cortado y a tierra húmeda y a algo más que no supo identificar. Tragó. Hizo una mueca que no consiguió disimular.

—Gracias —dijo, devolviendo la calabaza.

Samanda se rió. Bajito, para no despertar a nadie.

—¿De qué se ríe?

—De que me dijo "gracias".

—¿Y qué tiene de malo dar las gracias?

—Que en el mate, cuando decís "gracias", quiere decir que no querés más. —Samanda volvió a cebar—. Es la forma de decir "basta". Si querés otro, no decís nada. Devolvés el mate y esperás tu turno.

Doña Concha la miró con incredulidad.

—¿Me está usted diciendo que en su país "gracias" significa "no"?

—En el mate, sí.

—Eso es de una mala educación espantosa.

—No, señora. Es al revés. Es para no tener que decir que no. —Samanda chupó su mate—. Decir que no al mate es feo. Así que decís "gracias", que es bonito, y el otro entiende.

Doña Concha se quedó un rato pensando en aquello.

—Pues como en las obras —dijo al fin—. Cuando un aparejador te dice "esto está muy interesante", quiere decir que es una barbaridad.

* * *

A las cinco y media en punto, Samanda lavó la calabaza y la bombilla a mano en el fregadero, conforme al apartado 4.2 de las normas de convivencia, y se fue a la limpieza.

Doña Concha se quedó sola en la cocina. Se preparó una manzanilla, la que tomaba cada mañana desde 1993 por una gastritis que le diagnosticaron en plena obra del hospital de Móstoles y que nunca se le quitó del todo. Se la tomó en la mesa de formica, mirando por la ventana hacia el patio, que empezaba a clarear.

Le seguía sabiendo la boca a heno.

* * *

El martes también se despertó a las cinco y diez.

Esta vez no fingió que no sabía por qué. Se levantó, se puso la bata y fue a la cocina. Samanda ya tenía el agua en el fuego. Doña Concha puso la suya al lado, en un cazo más pequeño, para la manzanilla.

Se tomaron las dos bebidas en la mesa de formica, en silencio, durante diez minutos. La radio de la cocina estaba encendida muy bajita, en el programa de las noticias de madrugada. Hablaban de los presupuestos franceses, que por fin se habían aprobado por decreto. Hablaban de la prima de riesgo española, que había bajado unos puntos. Hablaban de rumores de adelanto electoral, que un ministro desmentía con una vehemencia que lo hacía todo más sospechoso.

Ninguna de las dos dijo nada sobre ninguna de las noticias.

A las cinco y veinticinco, Samanda lavó el mate a mano. A las cinco y media, se fue.

* * *

El miércoles, Samanda le preguntó por la manzanilla.

—¿Usted la toma siempre?

—Desde el noventa y tres. Por el estómago.

—¿Qué le pasó en el estómago?

Doña Concha bebió un sorbo.

—Que dirigí la obra de un hospital en Móstoles durante tres años. Doscientas camas. Seis plantas. Cuatrocientos obreros. Y un constructor que intentaba ahorrarse el diez por ciento del hormigón en cada pilar. Me pasé tres años sin dormir, revisando cada camión de hormigón que llegaba a la obra. Probeta por probeta. —Dejó la taza en la mesa—. El hospital se inauguró en el noventa y cuatro. No se le ha caído ni un pilar. Y a mí se me quedó la gastritis.

—¿Por un hospital?

—Por un hospital. Que no es poca cosa.

Samanda la miró por encima del mate.

—¿Y valió la pena?

Doña Concha lo pensó. Nadie le había hecho nunca esa pregunta.

—Mi padre murió en ese hospital, en el noventa y ocho. En la cuarta planta. —Se ajustó la bata—. Tres meses. Yo iba a verlo todos los días. Y todos los días, al entrar, miraba los pilares del vestíbulo.

—¿Para qué?

—Para comprobar que estaban bien.

Samanda le pasó el mate. Doña Concha lo cogió. Chupó. Esta vez no hizo mueca.

Se lo devolvió sin decir "gracias".

* * *

Durante las tres semanas siguientes, doña Concha se despertó todos los días a las cinco y diez, menos los domingos, que Samanda no trabajaba.

No se lo dijo a nadie. Don José se dio cuenta el cuarto día, porque al darse la vuelta en la cama encontró el lado de su mujer vacío y frío, cosa que no había ocurrido nunca a aquella hora en cuarenta y siete años. Pero no le preguntó nada. Había aprendido que a ciertas colmenas no hay que abrirlas.

Las dos mujeres se sentaban cada mañana en la mesa de formica, con el mate y la manzanilla, durante quince minutos exactos. Al principio no hablaban casi nada. Luego, poco a poco, sin que ninguna de las dos lo decidiera, empezaron a hablar.

No de cosas importantes. O sí. Pero de lado, como se habla de las cosas importantes a las cinco y cuarto de la mañana, cuando todavía no ha empezado el día y nada de lo que se dice cuenta del todo.

* * *

Hablaron de las abuelas.

—La mía era de Segovia —dijo doña Concha una mañana—. De un pueblo que se llama Turégano. Tenía una casa con un corral, tres gallinas y una vaca. Y en la posguerra, en el cuarenta y uno, cuando no había nada para comer, ponía la mesa con un mantel de lino que le había dado su madre en la boda, y la vajilla buena, la de los domingos, aunque en el plato hubiera solo unas patatas cocidas.

—Como la mía —dijo Samanda.

—Como la suya.

—La mía era de Rosario. Del barrio Ludueña, que es un barrio muy pobre. Tenía un rancho de chapa y bloques. Y ponía la mesa con un mantel de hule que había comprado en el mercado, y los vasos de vidrio de la mermelada, lavados y secados con un repasador. Y la polenta la servía en una fuente, no en la olla. Siempre en una fuente.

—¿Por qué?

—Decía que servir en la olla era de animales.

Doña Concha asintió despacio.

—Mi abuela decía lo mismo. Con esas palabras.

Se quedaron calladas. En la radio, alguien hablaba de un récord de turistas en Semana Santa.

—Dos abuelas —dijo Samanda— en dos puntas del mundo, diciendo lo mismo.

—Las abuelas siempre dicen lo mismo. —Doña Concha bebió su manzanilla—. Es lo único que se ha globalizado bien.

* * *

Hablaron de las obras.

—¿Cómo era ser mujer en las obras? —preguntó Samanda otra mañana—. En los años ochenta. En España.

Doña Concha tardó en contestar.

—¿Usted ha visto el sello?

—¿El de caucho? ¿El que dice "arquitecto"?

—Ese. —Doña Concha se ajustó la bata—. Cuando me lo hicieron en el setenta y nueve, en la tienda de la calle Mayor, el dependiente me preguntó si era para mi marido. Le dije que no, que era para mí. Me miró como si le hubiera dicho que era para el Papa. Y me lo hizo en masculino igual. Dijo que "arquitecta" no existía.

—¿Y en las obras?

—En las obras era peor. El primer día, en una obra de viviendas en Alcorcón, el encargado me preguntó si yo era la secretaria del arquitecto. Le dije que yo era el arquitecto. Se rió delante de veinte albañiles. —Doña Concha bebió un sorbo de manzanilla—. Al día siguiente le hice tirar un muro entero porque estaba tres centímetros fuera de plomo. Tres centímetros. Lo medí delante de él con este nivel. —Se tocó el bolsillo de la bata, aunque el nivel ya no estaba allí, porque era de Thiago—. Con el de mi padre. No volvió a reírse.

—¿Y los demás?

—Los demás aprendieron. Que yo no me reía nunca. Que no lloraba nunca. Que no dejaba pasar un fallo. Que si un muro estaba torcido, se tiraba, aunque costara una semana de retraso y el constructor me gritara por teléfono. Que si un andamio no estaba bien atado, la obra se paraba. —Doña Concha dejó la taza en la mesa—. Así me gané el respeto. Siendo más dura que ellos. Más dura que nadie.

Samanda le pasó el mate. Doña Concha lo cogió.

—¿Y eso le costó algo, señora?

Doña Concha se quedó con el mate en las manos. No chupó.

—Me costó a Diego —dijo, muy bajo—. Me costó no saber ser blanda cuando hacía falta. En las obras, ser blanda mataba gente. Y luego llegaba a casa y no sabía quitarme el casco.

Chupó el mate. Lo devolvió.

—¿Mataba gente? —preguntó Samanda.

Doña Concha miró por la ventana. El patio empezaba a clarear. En el tendedero de enfrente, alguien había dejado una camisa blanca toda la noche, y la camisa se movía un poco con el aire.

—En el ochenta y uno. En una obra de Leganés. Un peón de veinte años, de Badajoz, que se llamaba Julián. Se cayó de un andamio del cuarto piso. El andamio no estaba bien anclado. Yo lo había revisado el lunes. El accidente fue el jueves. Entre el lunes y el jueves, alguien quitó un anclaje para pasar una carretilla y no lo volvió a poner.

Samanda no dijo nada.

—No fue culpa mía. Lo dijo la inspección. Lo dijo el juez. Pero yo había revisado el andamio el lunes, y el jueves Julián estaba muerto en el suelo de la obra. Y desde entonces revisé todos los andamios de todas mis obras todos los días. Durante treinta y siete años. Todos los días. A las ocho de la mañana. Con el nivel de mi padre.

Se quedó callada.

—Esa fue la única vez que lloré en una obra —dijo al fin—. Delante de todos. Sentada en un saco de cemento. Y nunca más.

* * *

Samanda dejó el mate en la mesa. Se quedó mirando a doña Concha durante mucho rato.

Luego, a las cinco y veintiocho de la mañana, dos minutos antes de su hora, habló.

—Mi mamá bebía desde que yo tengo memoria.

Doña Concha la miró.

—Cerveza al principio. Luego vino en caja. Luego lo que hubiera. Yo me levantaba antes que ella para esconder las botellas. Las ponía en una bolsa debajo de mi cama. Si los vecinos veían las botellas en la basura, sabían. Y si sabían, se lo decían a la escuela. Y si se lo decían a la escuela, venían las asistentas sociales. Y si venían las asistentas, nos separaban a mi hermano y a mí. —Samanda hablaba muy despacio, como quien camina por un suelo resbaladizo—. Así que me levantaba a las cinco. Desde los nueve años. Para esconder las botellas antes de que se despertara nadie.

—Por eso se despierta usted a las cinco.

—Por eso. —Samanda se miró las manos—. Ya no hay botellas que esconder. Pero el cuerpo no se ha enterado.

Doña Concha no dijo nada.

—Thiago tiene un papá que se llama Matías —siguió Samanda—. Se fue cuando le dije que estaba embarazada. Tenía veintitrés años. Yo también. Se fue a Córdoba, a la de Argentina, con otra chica. Nunca lo ha visto. Nunca ha mandado nada. Nunca ha llamado.

—¿Y la niña?

—El papá de Mía se llama Rodrigo. —Samanda sonrió sin alegría—. Él es la razón por la que vine a España. Se vino él primero, a trabajar en la construcción, en Valencia. Me dijo que viniera con Thiago, que aquí había trabajo, que íbamos a tener una casa. Vendí todo lo que tenía. Me vine con Thiago de dos años en brazos. Y cuando llegué a Valencia, Rodrigo ya tenía otra novia. Me quedé embarazada de Mía las dos semanas que estuvimos juntos antes de que se fuera. Se fue a Alemania. Tampoco ha vuelto.

—Y usted se vino a Madrid.

—Me vine a Madrid. Con Thiago de la mano y Mía en la barriga. A un cuarto en un piso de Tetuán con seis desconocidos y un baño. —Samanda levantó la vista—. Y en un bar de Delicias donde yo paraba los martes,

después de limpiar una oficina, trabajaba un camarero alto que se acordaba de todo sin apuntar nada. Y que le hacía muecas a Thiago para que no llorara mientras yo me tomaba el café.

Doña Concha la miró.

—Diego.

—Diego. —Samanda se rió bajito—. Seis meses estuvo haciéndole muecas a Thiago antes de atreverse a preguntarme cómo me llamaba.

—¿Y qué le dijo?

—Samanda. Con de.

—¿Y él qué contestó?

Samanda se quedó un momento callada.

—Que era el nombre más bonito que había oído nunca. Porque era raro. Y que a él también le gustaban las cosas raras.

Doña Concha bajó la vista a su taza de manzanilla. Estaba vacía.

—Es un buen chico —dijo.

—Es el mejor.

—Eso no lo he dicho yo.

—No, señora. Lo digo yo.

Eran las cinco y treinta y uno. Samanda llegaba tarde. Se levantó, lavó el mate a mano y se puso el abrigo.

En la puerta de la cocina se detuvo.

—Señora. Lo del andamio. Lo de Julián.

—¿Qué?

—No fue culpa suya.

—Ya lo sé. Lo dijo el juez.

—No. —Samanda se colocó el bolso al hombro—. Lo digo yo.

Se fue.

* * *

La tercera semana, doña Concha probó a cebar el mate.

Fue un jueves. Se despertó a las cinco y cinco, cinco minutos antes que nunca, y llegó a la cocina antes que Samanda. Encontró la calabaza y la bombilla en el escurridor, lavadas a mano, como siempre. Encontró la bolsa de yerba en el armario de la despensa que antes había sido un aseo, en el estante de abajo, junto a los garbanzos, entre la F de fideos y la H de harina.

La miró. Una bolsa de papel con un dibujo de un gaucho y unas letras en azul. *Yerba mate con palo. Elaborada con estacionamiento natural.*

Llenó la calabaza hasta dos tercios. Le tapó la boca con la palma de la mano. Le dio la vuelta. La sacudió. Se le llenó la mano de polvo verde, que se sacudió en el fregadero con una mueca. Inclinó la calabaza para que la yerba quedara de un lado, como una duna.

Puso el agua a calentar.

Esperó a que cantara bajito.

No supo cuándo cantaba bajito. Llevaba cincuenta años calculando la resistencia del hormigón, la flecha de las vigas, el asiento de las cimentaciones, pero no sabía cuándo cantaba el agua. Esperó a que salieran burbujitas en el fondo, como había dicho Samanda. Salieron. Esperó un poco más, por si acaso. Las burbujitas subieron. El agua empezó a moverse.

Apagó el fuego.

Echó un chorrito en el hueco de la yerba. Clavó la bombilla con el dedo tapando el extremo. Echó más agua.

Y en ese momento se abrió la puerta de la cocina.

* * *

Samanda se quedó en el umbral, con el pelo suelto, en pijama, con la cara de sueño.

Miró a doña Concha, de pie junto al fuego, en bata, con la calabaza en una mano y el cazo en la otra, el moño de la noche deshecho y una mancha de polvo de yerba en la manga.

—Señora...

—Siéntese —dijo doña Concha—. Hoy ceba la vieja.

Samanda se sentó en la mesa de formica. No dijo nada. No podía.

Doña Concha chupó el primer mate. Estaba amargo, amarguísimo, y quemaba. El agua se había pasado. Lo escupió en el fregadero con toda la dignidad de la que fue capaz.

—El primero es para el cebador —dijo—. Me lo ha explicado usted.

Echó agua otra vez. Le tendió la calabaza a Samanda.

Samanda la cogió. Chupó.

Estaba quemado. El agua había hervido, o casi. La yerba se había cocido y sabía a hierba amarga, a hoja seca, a algo que se ha dejado demasiado tiempo en el fuego. En Rosario, cualquiera lo habría escupido y habría dicho: *este mate está lavado, este mate está quemado, quién te enseñó a cebar*.

Samanda se lo tomó entero. Hasta el final. Hasta que la bombilla hizo ese ruido de sorber en vacío que hacen los mates cuando ya no queda agua.

Se lo devolvió a doña Concha.

Sin decir "gracias".

—¿Qué tal está? —preguntó doña Concha, con el cazo en la mano.

Samanda la miró. Tenía los ojos llenos de lágrimas, aunque probablemente fuera por lo caliente que estaba el agua.

—Es el mejor mate que me han cebado en mi vida —dijo.

—Está quemado.

—Ya lo sé.

—Se me ha pasado el agua.

—Ya lo sé, señora.

—Entonces no puede ser el mejor.

Samanda se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Mi abuela decía que el mate no se mide por el agua. Se mide por quién te lo ceba.

Doña Concha echó más agua en la calabaza, con la mano un poco temblorosa, y chupó otra vez. Seguía quemado. Lo devolvió a Samanda. Samanda chupó. Se lo devolvió.

Se pasaron la calabaza en silencio, de una mano a otra, sobre la mesa de formica, durante diez minutos, mientras en la radio alguien hablaba de un récord de calor para un mes de abril y de las elecciones que, según un periodista muy serio, estaban ya a la vuelta de la esquina.

A las cinco y media, Samanda se levantó.

—Hoy no voy a la limpieza —dijo.

—¿Por qué?

—Porque es jueves y los jueves entro a las seis y media. Usted se ha despertado una hora antes, señora.

Doña Concha miró el reloj de la cocina. Eran las cuatro y treinta y cinco. Se había equivocado al mirar el despertador. Había leído un cuatro donde ponía un cinco.

Por primera vez en cincuenta años, doña Concha había llegado tarde a algo llegando temprano.

—Pues ya estamos levantadas —dijo, con mucha dignidad—. Cebe usted el siguiente. Que yo ya he aprendido.

—¿Ya ha aprendido?

—He aprendido que no sé. Que es lo primero que hay que aprender de cualquier oficio.

Samanda se rió. Bajito, para no despertar a nadie.

Y cebó otro.

* * *

Don José se despertó a las siete. Encontró, como cada día desde hacía tres semanas, el lado de su mujer vacío y frío.

Fue a la cocina en pijama. Se detuvo en la puerta.

Las dos estaban sentadas en la mesa de formica, en bata y en pijama, una frente a otra, pasándose una calabaza oscura forrada de cuero, en silencio. En la mesa había una taza de manzanilla vacía y un plato con pastas de mantequilla a medio comer. La radio seguía encendida, muy bajito.

Don José se quedó un rato mirándolas desde el pasillo. Ninguna de las dos le vio.

Luego se dio la vuelta, sin hacer ruido, y volvió al dormitorio. Se sentó en el borde de la cama, cogió el cuaderno amarillo, que ahora dormía en su mesilla, y escribió:

Las obreras de una colmena comparten la comida boca a boca. Se llama trofalaxia. Una abeja que vuelve del campo con néctar se lo pasa a otra, y esa a otra, y esa a otra, y así hasta que toda la colmena ha probado lo mismo. Así se reconocen. Así saben que son de la misma familia. Es más importante que la feromona de la reina. Es lo que de verdad las une.

Hoy, a las siete de la mañana, he visto a Concha y a la chica pasándose un mate.

Trofalaxia.

Se quedó mirando la palabra. Luego cerró el cuaderno.

No se lo enseñaría nunca a su mujer. Ella lo leería sola, como siempre, cuando él estuviera en La Hiruela. Y le pondría una nota a lápiz en el margen. Probablemente: *Se escribe con equis, José.*

No se escribía con equis. Pero eso daba igual.

Capítulo 21

Convocatoria

El Congreso tumbó los decretos de vivienda un jueves de finales de abril, a las siete y veinte de la tarde, por tres votos de diferencia.

Eran dos decretos. Uno limitaba la compra de edificios enteros por parte de fondos de inversión. El otro obligaba a las comunidades autónomas a aplicar los topes de alquiler en las zonas tensionadas, con o sin su consentimiento. El Gobierno de la Alianza Progresista los había aprobado en marzo, a toda prisa, después de que las protestas por la vivienda llenaran las calles de Madrid, Barcelona, Valencia y Málaga durante tres fines de semana seguidos. Tenían que convalidarse en el Congreso en un mes.

No se convalidaron.

Votaron en contra el Partido Reformista Nacional, que los consideraba "un ataque frontal a la propiedad privada". Votó en contra el partido nuevo, el que había nacido dos años antes en las redes sociales y crecía en las encuestas como la humedad en una pared, que los consideraba "una cortina de humo para no hablar de inmigración". Y votó en contra un partido nacionalista de los que siempre decidían las votaciones ajustadas, que los consideraba "una invasión de competencias".

Tres razones distintas. Tres partidos que no se hablaban entre sí. Un solo resultado.

Don José lo vio en directo, en el canal del Congreso, sentado en el sofá del salón con Thiago a su lado y el cuaderno amarillo abierto sobre las rodillas. Thiago tenía otro cuaderno, uno de dibujo, donde estaba pintando el hemiciclo con rotuladores: un semicírculo de puntos de

colores, rojos, azules, verdes, amarillos y morados, cada uno con dos patitas.

—¿Por qué los pintas con patas?

—Porque son zánganos —dijo Thiago—. Lo dijiste tú.

Don José no lo corrigió.

* * *

—Han ganado los zánganos —anunció Don José en la cena, a las diez menos cuarto, cuando estaban todos sentados en la mesa de la cocina, que ahora tenía dos tablas de extensión y un mantel de hule que doña Concha había comprado en el mercado de Vallehermoso para "las cenas de diario con niños".

—José, cómete la tortilla.

—Concha, han tumbado los decretos.

—Ya lo he oído en la radio.

—¿Y no te parece una vergüenza?

Doña Concha cortó un trozo de tortilla para Mía, en cuadraditos pequeños, con el cuchillo y el tenedor, como se cortaba la tortilla para los niños en las familias de bien.

—Me parece que el primero de esos decretos estaba mal redactado —dijo—. Lo leí en el Boletín. El artículo tercero tenía una ambigüedad en la definición de "gran tenedor" que habría tumbado cualquier juez en tres meses. Y el segundo se iba a recurrir al Constitucional por invasión de competencias, como todo lo que se hace en este país.

Don José se quedó con el tenedor en el aire.

—¿Te has leído los decretos?

—Me leo todo lo que sale en el Boletín que tenga que ver con la vivienda. Desde marzo. —Doña Concha le dio a Mía el plato con los

cuadraditos de tortilla—. Alguien en esta casa tiene que saber lo que pasa, aparte de por la televisión.

Samanda, al otro lado de la mesa, la miraba con una mezcla de asombro y de admiración. Diego no estaba; tenía turno de noche en el bar. Leandro y Yuli habían venido a cenar, como venían ahora casi todos los jueves, y Leandro asentía muy serio con la cabeza mientras se comía su tortilla con una delicadeza que contrastaba con el tamaño de sus manos.

—Pero estaban bien en el fondo —dijo Samanda—. Los decretos. Si se hubieran aprobado, Hexágono no habría podido...

—Estaban bien en el fondo y mal en la forma, hija —dijo doña Concha—. Que es como se hacen casi todas las cosas en este país. Y por eso se caen.

* * *

El presidente del Gobierno compareció el lunes siguiente a las nueve de la mañana, en la escalinata del Palacio de la Moncloa, sin preguntas de la prensa.

Don José lo vio de pie, delante del televisor del salón, en pijama, con la taza de café en la mano. Doña Concha lo vio desde la puerta, en bata. Samanda lo vio desde la cocina, a punto de irse a casa de doña Remedios, con el bolso al hombro. Thiago y Mía no lo vieron porque estaban en el colegio y en la escuela infantil, aunque Thiago se lo hizo contar después con todo detalle.

El presidente habló durante siete minutos. Dijo que el Gobierno había trabajado durante cuatro años para construir un país mejor. Dijo que la oposición había preferido bloquear a pactar. Dijo que la vivienda era el gran desafío de una generación. Dijo que necesitaba una mayoría más amplia para "continuar las reformas que este país necesita". Y luego dijo que, tras informar al jefe del Estado, había decidido disolver las Cortes

Generales y convocar elecciones generales para el domingo veintiuno de junio.

—El veintiuno de junio —repitió Don José, en voz alta, mirando la pantalla.

—El día más largo del año —dijo doña Concha.

—El solsticio.

—El de verano.

Don José dejó la taza de café sobre la mesa baja del salón, sin posavasos, cosa que doña Concha vio y no comentó, lo cual indicaba la gravedad del momento.

—Concha. Es la final.

—¿La final de qué?

—De todo. —Don José se volvió hacia ella—. Del Consorcio. De la colmena. De los zánganos. Es como una final de Copa. El veintiuno de junio se decide si este país sigue enfermo o empieza a curarse.

Doña Concha lo miró desde la puerta del salón con la paciencia de quien ha oído aquella frase en todas las elecciones generales desde 1977.

—José, eso lo dijiste en el ochenta y dos.

—En el ochenta y dos era verdad.

—Y en el noventa y seis.

—En el noventa y seis también.

—Y en el dos mil cuatro, y en el once, y en el quince, y en el dieciséis, y en las dos del diecinueve, y en el veintitrés.

Don José se quedó callado. Luego se sentó en el sofá.

—Ya —dijo—. Pero esta vez es de verdad.

—Eso también lo dijiste todas las veces.

Samanda, en la puerta de la cocina, tuvo que salir deprisa a casa de doña Remedios para que no la vieran reírse.

* * *

La prima de riesgo subió dieciocho puntos esa misma mañana. La Bolsa bajó un dos por ciento. Los periódicos digitales abrieron con titulares de cuerpo setenta y dos. Las tertulias de la radio empezaron a las nueve y cinco y no terminaron, en la práctica, hasta el veintidós de junio.

Y la campaña, que oficialmente empezaba quince días antes de las elecciones, empezó en realidad aquel lunes por la mañana, a las nueve y siete minutos.

En la televisión, de repente, todo eran candidatos. El candidato de la Alianza Progresista, el presidente, que inauguraba algo cada día: un tramo de metro, una depuradora, un centro de salud, una exposición sobre la Transición, una rotonda. El candidato del Partido Reformista Nacional, un hombre de cincuenta y tantos años con el pelo gris muy bien cortado y una voz de registrador de la propiedad, que visitaba mercados, comía torreznos en bares de pueblo y se dejaba fotografiar con niños y con vacas. La candidata del partido nuevo, una mujer joven, muy guapa, muy rubia, que hablaba siempre en vídeos verticales de menos de un minuto, de pie delante de banderas, y que repetía tres palabras en todas sus intervenciones: *orden, España, sentido común*. Y el candidato de la izquierda alternativa, un profesor universitario con barba y camisa de cuadros que hablaba muy deprisa y citaba a autores que nadie conocía.

—Mira —dijo Don José una noche, en la cena, señalando la tele de la cocina con el tenedor—. Ya han salido.

—¿Quiénes? —preguntó Thiago.

—Los zánganos. Están en celo.

—José —dijo doña Concha.

—¿Qué? Es verdad. —Don José se volvió hacia Thiago—. ¿Tú sabes lo que hacen los zánganos en primavera?

Thiago negó con la cabeza.

—En primavera, cuando hace bueno, los zánganos de todas las colmenas de la comarca salen a la misma hora y se van a un mismo sitio, en el aire, a diez o veinte metros de altura. Un sitio que solo ellos conocen. Se llama zona de congregación. Allí se juntan cientos, miles de zánganos, de muchas colmenas distintas, dando vueltas, zumbando, esperando.

—¿Esperando qué?

—A la reina. A una reina joven que salga a volar para aparearse. Y cuando aparece, todos los zánganos salen detrás de ella como locos, persiguiéndola, para fecundarla. Es una carrera. Solo lo consiguen unos pocos.

—¿Y los que lo consiguen?

Don José miró a doña Concha. Doña Concha le miró a él con una expresión de advertencia muy clara.

—Los que lo consiguen —dijo Don José, con mucho cuidado— se mueren.

—¿Se mueren?

—Al momento. Es lo que tiene la naturaleza.

Thiago se quedó un rato pensando, mirando la tele, donde la candidata rubia del partido nuevo decía *orden, España, sentido común* delante de una bandera enorme.

—Entonces —dijo al fin— el que gane las elecciones se muere.

Leandro, que estaba cenando con ellos ese jueves, se atragantó con el gazpacho. Yuli tuvo que darle palmadas en la espalda. Samanda se tapó la cara con la servilleta. Mía, sin entender nada, se rió porque se reía todo el mundo.

Doña Concha dejó la cuchara en el plato.

—José, ya has conseguido traumatizar al niño.

—No le he traumatizado. Le he explicado biología.

—Le has explicado la política española con un insecto.

—Es que la política española es un insecto, Concha.

—Eso no es biología. Eso es opinión.

—En este caso coinciden.

Doña Concha se levantó a por la jarra de agua. Al pasar por detrás de la silla de su marido, le dio un golpecito en la nuca con dos dedos, como hacía en 1979 cuando él decía una tontería en una cena con sus padres.

—Pobre niño —dijo.

Pero en la cocina, de espaldas a todos, sirviendo el agua, se le subió la comisura de la boca varios milímetros.

* * *

La propaganda electoral empezó a llegar al buzón en la segunda semana de mayo.

Sobres de colores con la cara de los candidatos y una papeleta dentro. Todos dirigidos por su nombre a los residentes mayores de edad empadronados en el domicilio: *D. José Velasco Herrero. Dña. Concepción Arroyo Sanz. D. Diego Velasco Arroyo.*

Diego se había empadronado en Chamberí el día de la mudanza, por insistencia de su madre, que consideraba que una persona no empadronada en su domicilio era "como un edificio sin licencia de primera ocupación". A Samanda también la había empadronado, con los niños. Pero a Samanda no le llegó ningún sobre.

—¿Y el mío? —preguntó, en broma, una mañana, cuando doña Concha dejaba los sobres en la mesa del recibidor.

—Usted no puede votar en las generales, hija.

—Ya lo sé, señora. Era un chiste.

Doña Concha la miró.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en España?

—Cuatro años y medio.

—¿Y no ha pedido la nacionalidad? A los argentinos les piden solo dos años de residencia.

—La pedí. En el veinticuatro. Hice el examen de cultura y de la Constitución. Saqué un veinticuatro sobre veinticinco. —Samanda se encogió de hombros—. El expediente está "en trámite". Hace dos años que está en trámite. Una amiga mía tardó tres años y medio. Otra, cuatro.

—¿Cuatro años para decir que sí?

—O que no.

Doña Concha cogió uno de los sobres de propaganda de la mesa del recibidor. Lo miró. Era el del Partido Reformista Nacional, con la cara del candidato del pelo gris y una frase en letras doradas: *España funciona*.

—Pues en este caso —dijo, dejándolo otra vez en la mesa— no funciona.

* * *

El sobre de Diego se quedó en la mesa del recibidor una semana sin abrir.

Doña Concha lo vio cada mañana, al pasar. Lo vio el lunes, el martes, el miércoles. El jueves lo cogió, lo miró, y lo volvió a dejar en su sitio. El viernes, cuando Diego pasó por el recibidor a las once menos cuarto camino del bar, con la gorra de pastor de película en la mano, le dijo:

—Diego, tienes propaganda.

—Ya lo sé, mamá.

—¿No la vas a abrir?

—¿Para qué?

—Para saber a quién votar.

Diego se detuvo en la puerta. Se dio la vuelta.

—Mamá, yo no voto.

Doña Concha se quedó quieta, con el plumero en la mano.

—¿Cómo que no votas?

—No voto. Nunca he votado. Bueno, una vez, en el once, porque me llevó papá. Y no supe leer bien las papeletas y voté sin querer a un partido que ni conocía. Desde entonces, no.

—¿Y por qué?

Diego se encogió de hombros.

—Porque da igual, mamá. Lo dice papá todos los días. Ganan los mismos. Los zánganos. El Consorcio. Me lo llevas diciendo desde que tengo uso de razón, papá y tú. Que los políticos son todos iguales. Que esto no lo arregla nadie. Que la democracia es de pacotilla. —Diego se puso la gorra de pastor—. Así que no voto. Para qué voy a perder un domingo.

Se fue.

Doña Concha se quedó en el recibidor, con el plumero en la mano y el sobre de propaganda de Diego delante, en la mesa.

Fue a buscar a su marido.

* * *

Lo encontró en el despacho, con el cuaderno amarillo, apuntando algo sobre las encuestas.

—José.

—Dime.

—Tu hijo no vota.

Don José levantó la vista.

—¿Cómo que no vota?

—Que no vota. Nunca. Solo una vez, en el once, contigo, y votó mal porque no supo leer las papeletas.

—Ah. —Don José se quitó las gafas—. Eso no lo sabía.

—Y dice que no vota porque da igual. Porque los políticos son todos iguales. Porque esto no lo arregla nadie. Porque la democracia es de

pacotilla. —Doña Concha se apoyó en el marco de la puerta—. Dice que se lo hemos dicho nosotros. Desde que tiene uso de razón.

Don José se quedó callado.

Pensó en el corcho. En la lana roja. En la servilleta de *¿DÓNDE CENAN?* En las cenas del telediario. En los zánganos del Congreso. En el coronel con bigote. En cuarenta años diciendo que todos eran iguales, que todos se repartían el pastel, que esto no tenía arreglo.

Pensó en lo que le había dicho la Samanda del cumpleaños de doña Concha, en octubre, sobre los coroneles de Argentina: *Lo peor fue que mucha gente aplaudió al principio. Porque estaban cansados. Porque los políticos eran unos inútiles y unos ladrones.*

Pensó en algo que llevaba meses rondándole sin atreverse a escribirlo en el cuaderno amarillo: que lo que más le convenía a quien quisiera un país débil era que sus ciudadanos creyeran que su democracia era de pacotilla. Que dejaran de votar. Que se encogieran de hombros.

—Concha —dijo despacio—. ¿Tú crees que lo hemos hecho nosotros?

Doña Concha no contestó enseguida.

—Yo creo que tú hablas mucho, José. Y que el chico escucha. Siempre ha escuchado. Es lo que mejor sabe hacer. Se aprende las cosas de oído.

* * *

La que habló con Diego fue Samanda.

Fue esa misma noche, a las dos menos cuarto de la madrugada, cuando Diego llegó del bar y se encontró a Samanda despierta en la cocina, en pijama, con la libreta cuadriculada cerrada sobre la mesa de formica y el sobre de propaganda de Diego delante, sin abrir.

—¿Qué haces despierta?

—Siéntate.

Diego se sentó. La conocía. Sabía cuándo había que sentarse.

—Tu vieja me ha dicho que no votás.

—Samanda, es la una y media...

—Me ha dicho que no votás porque da igual. Porque son todos iguales.

—Pues sí.

Samanda se quedó mirándolo un rato. Luego cogió el sobre de propaganda y se lo puso delante.

—Yo no puedo votar.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabés. —Samanda hablaba muy bajito, para no despertar a nadie, pero cada palabra le salía con un filo que Diego no le había oído nunca—. Llevo cuatro años y medio en este país. Pago impuestos. Limpio las oficinas de los que hacen las leyes. Cuido a las madres de los que votan. Sirvo las mesas de los que se presentan. Hice un examen de la Constitución de este país y saqué un veinticuatro sobre veinticinco. Me sé los artículos mejor que vos. Y hace dos años que espero a que alguien en una oficina diga que soy de aquí.

Diego bajó la vista.

—Mi abuela iba a la plaza los jueves con un pañuelo blanco porque un día alguien decidió que en su país no hacía falta votar. Que daba igual. Que eran todos iguales. Que mejor que pusiera orden uno con uniforme. —Samanda puso la mano sobre el sobre—. Mi tío abuelo Osvaldo enseñaba a leer de noche a los chicos de un barrio pobre para que algún día pudieran leer una papeleta. Y se lo llevaron un sábado de marzo y nunca volvió.

—Samanda...

—Vos podés votar, Diego. Podés ir el veintiuno de junio a un colegio de Chamberí, enseñar tu DNI, coger un papel y meterlo en una caja. Y no

querés porque te da igual. —Se le quebró la voz por primera vez—. A mí no me da igual. A mí me encantaría que me diera igual.

Diego no dijo nada durante mucho rato. Se quedó mirando el sobre de propaganda, con la cara del candidato del pelo gris y las letras doradas: *España funciona*.

—No sé leer bien las papeletas —dijo al fin, muy bajo—. Por eso voté mal en el once. Me puse nervioso. Había una cola detrás de mí. Las letras se me movían. Cogí la primera que vi.

Samanda le miró.

—Entonces te las leo yo.

—¿Qué?

—Que te las leo yo. Todas. Antes del veintiuno. Despacio. Con el dedo debajo de cada palabra. Como hacés con Thiago con los cuentos. Y vos decidís. Yo no te digo a quién. Eso es tuyo. Pero vos decidís.

Diego la miró. Tenía los ojos llenos de lágrimas, que le salían siempre a la una y media de la madrugada, cuando ya no le quedaban fuerzas para hacer el payaso.

—¿Y si me equivoco?

—Te equivocás. —Samanda le cogió la mano por encima de la mesa—. Como todos. Pero te equivocás vos. No te equivocan los demás.

* * *

El domingo siguiente, Don José subió a La Hiruela solo. Era el diecisiete de mayo. Hacía un día espléndido, de cielo azul, de los que la sierra regala en primavera para que nadie se acuerde del invierno.

El colmenar estaba en plena actividad. Las piqueras eran un ir y venir constante de abejas cargadas de polen amarillo de las retamas, blanco de los espinos, morado del cantueso. El zumbido se oía desde el camino. Olía a flor y a cera caliente.

Don José abrió las colmenas una a una para la revisión de primavera.

Las quince estaban fuertes. Con cría abundante, reinas sanas, panales llenos. En la tres, la mansa, puso una segunda alza para que tuvieran espacio. Era una caja de madera llena de cuadros, más pesada de lo que recordaba, y al levantarla para colocarla encima de la colmena sintió algo en el pecho.

No fue un dolor exactamente. Fue una presión. Como si alguien le apoyara una mano grande y pesada en el esternón, desde dentro. Le duró unos segundos. Le subió un poco hacia el brazo izquierdo. Se le cortó el aliento.

Dejó el alza encima de la colmena. Se quedó quieto, apoyado en la caja, con la careta puesta y las abejas zumbando alrededor.

La presión se fue.

Respiró. Una vez. Dos. Tres.

Se quitó la careta. Se sentó en la piedra grande junto al muro de los antiguos, la de comer con Thiago. Bebió agua del bidón. Se secó el sudor de la frente con el pañuelo.

Será la edad, pensó. *Setenta y cuatro años levantando alzas.*

No se lo diría a Concha. Se pondría como se ponía siempre, y le llevaría al médico, y el médico le haría pruebas, y las pruebas tardarían tres meses, y él no podría subir a la sierra en plena primavera, que era cuando más falta hacía.

Esperó diez minutos en la piedra. Se encontraba bien. Se levantó.

* * *

En la colmena catorce, la verde, la de la T enorme y el cuatro al revés, encontró algo que le hizo olvidarse del pecho.

Al sacar el cuarto cuadro, en el borde inferior del panal, colgando como bellotas de cera, vio tres celdas reales. Grandes, alargadas, rugosas,

distintas de todas las demás celdas del panal. Las abejas las estaban construyendo para criar reinas nuevas. Y una de ellas ya tenía dentro una larva flotando en jalea real.

Don José se quedó mirando el cuadro con las celdas reales.

Sabía lo que significaba. La colmena catorce estaba tan fuerte, tan llena de abejas, que se había quedado pequeña. Y cuando una colmena se queda pequeña en primavera, cría reinas nuevas. Y cuando la primera reina nueva está a punto de nacer, la reina vieja se va. Con la mitad de las obreras. En un enjambre.

La catorce iba a enjambrar.

En dos semanas, quizá tres, si no hacía nada. Tendría que volver a subir. Dividir la colmena. Hacer un núcleo con las celdas reales. Darles espacio. O dejarlas ir.

Era la colmena de Thiago.

Volvió a colocar el cuadro con cuidado. Cerró la colmena. Sacó el móvil y le hizo una foto a las celdas reales para enseñársela al niño. Luego le mandó un mensaje a Diego: *Dile a Thiago que su colmena está tan fuerte que quiere tener hijas. Ya se lo explicaré.*

* * *

Esa noche, en el despacho, con el flexo encendido, Don José abrió el cuaderno amarillo.

En una página nueva escribió:

17 de mayo. Revisión de primavera. Quince colmenas fuertes. La 14 con celdas reales en el cuarto cuadro: va a enjambrar en dos o tres semanas. Hay que subir a dividirla. Avisar a Thiago.

Zona de congregación: los candidatos dan vueltas en la televisión a diez metros del suelo, esperando a la reina. La reina es el voto. Thiago dice que el que gane se muere. No le he corregido.

Diego no vota. Nunca. Dice que se lo hemos enseñado nosotros. Que da igual. Que son todos iguales. Tiene razón en que se lo hemos enseñado. No tiene razón en que da igual. Llevo cuarenta años diciendo que esto no tiene arreglo y mi hijo me ha creído. Es la primera vez que me cree en algo y es en lo peor.

La chica le va a leer las papeletas. Ella no puede votar. Él no quería.

Pasó la página. Dudó un momento. Luego escribió, más pequeño, en la esquina de abajo, con una letra que no era tan recta como de costumbre:

Al levantar el alza de la 3: presión en el pecho. Unos segundos. Un poco hacia el brazo. Se pasó.

Será la edad.

No decírselo a Concha.

Cerró el cuaderno.

Pero esa noche, por primera vez desde que lo tenía, no lo guardó en el cajón del escritorio, debajo de la carpeta azul del *Expediente 1*, con la llave en el bote de los clips. Se lo llevó a la mesilla de noche del dormitorio, como si no quisiera tenerlo lejos.

Doña Concha, que leía la novela sueca de los muertos limpios, lo vio dejarlo en la mesilla.

—¿Ahora duerme contigo el cuaderno ese?

—Ahora sí.

—¿Por qué?

Don José apagó la luz de su lado.

—Por si se me ocurre algo de noche.

Doña Concha no dijo nada. Pero tardó mucho en apagar la suya.

Capítulo 22

El infarto

La colmena catorce iba a enjambrar, y Thiago quería estar delante cuando la dividieran.

Lo pidió el lunes, en la cena, con la foto de las celdas reales en el móvil de Diego, que se había convertido en el objeto más estudiado de la casa. Thiago la había mirado tantas veces que se sabía de memoria la forma de cada una: la grande, que parecía una bellota; la mediana, que parecía un cacahuete; y la pequeña, que todavía no estaba terminada y que él llamaba "la bebé".

—Es mi colmena —dijo—. Tengo que estar.

—Es peligroso —dijo doña Concha—. Hay muchas abejas. Y están nerviosas en primavera.

—Tengo careta. De verdad. No de juguete.

—Y tu abuelo tiene la rodilla mal.

—La rodilla no divide colmenas —dijo Don José—. Las divido yo.

Doña Concha lo miró por encima de las gafas.

—Llevas tres semanas muy cansado, José.

—Es la primavera. Me pasa todos los años.

—Te pasa todos los años desde que tienes setenta.

—Pues por eso.

Al final se acordó el sábado treinta de mayo. Diego trabajaba. Samanda tenía el refuerzo del bar por la noche, pero el día libre. Se ofreció a ir con ellos. Don José dijo que no hacía falta, que iban a estar de vuelta a las cuatro, que en el colmenar con un niño ya era bastante.

—Además —añadió, mirando a Thiago—, el responsable de la catorce es él. Yo solo soy el asistente técnico.

Thiago se puso tan colorado de orgullo que tuvo que irse al salón a ver a los cerdos.

* * *

Doña Concha preparó el bocadillo de lomo a las seis y media, envuelto en papel de aluminio. Y otro más pequeño, de tortilla, para el niño. Y un termo de café. Y una botella de agua. Y una bolsa con la crema solar, la gorra de Rosario Central, una muda y una manzana cortada en gajos.

Y en el último momento, cuando ya estaban en la puerta, abrió el armario del baño, cogió una caja de aspirinas, la que estaba siempre en la segunda balda junto al termómetro, y se la metió a su marido en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Y esto?

—Para la guantera. Que la del coche está vacía desde la matanza de los zánganos.

—¿Cómo sabes tú que la de la guantera está vacía?

—Porque lo miro todo, José.

Don José le dio un beso en la mejilla. Uno rápido, de los de salir de casa. Thiago, en el rellano, con la careta de apicultor ya puesta sin ninguna necesidad, le dio la mano a su abuelo.

—Adiós, Concha.

—Adiós, Thiago. Cuida de tu abuelo.

—Yo soy el responsable.

—Por eso te lo digo.

* * *

Llegaron a La Hiruela a las nueve y media. La caja de aspirinas se quedó en el bolsillo de la chaqueta de Don José, que se quedó en el asiento de atrás del coche, junto a la sillita homologada del grupo dos con anclaje Isofix. Don José se olvidó de meterla en la guantera. Era un hombre que se olvidaba de las cosas pequeñas porque tenía la cabeza llena de las grandes.

El colmenar era un hervidero. Era el final de mayo, en plena floración de la sierra, y las colmenas zumbaban como motores. Las piqueras estaban negras de abejas que entraban y salían cargadas de polen. Olía a cantueso, a tomillo, a jara en flor, a cera caliente. El cielo era de un azul perfecto, sin una nube.

Don José se puso el traje blanco. Ayudó a Thiago a ajustarse la careta. Encendió el ahumador con jara seca y cartón de huevera. Sacó del maletero una caja vacía, una colmena nueva, de madera sin pintar, con cinco cuadros.

—¿Y eso? —preguntó Thiago.

—Es el núcleo. La casa nueva. Vamos a coger dos cuadros de tu colmena, con las celdas reales y con abejas, y los vamos a meter aquí. Con miel y con polen. Y aquí nacerá una reina nueva. Así la colmena vieja no se queda pequeña, y no se escapa con la mitad de las abejas.

—¿Y la reina vieja?

—Se queda en la catorce. Con las demás.

—¿Y la nueva?

—La nueva será la reina de la colmena diecisiete. Que también será tuya.

Thiago se quedó sin palabras.

* * *

Abrieron la catorce a las diez.

Don José le echó humo por la piquera, esperó, levantó la tapa, echó más humo por arriba. Las abejas se apartaron, zumbando, y bajaron hacia el fondo de la caja. La colmena estaba llena hasta arriba, rebosante: diez cuadros cubiertos de abejas de una pared a otra, panales repletos de miel y de cría, un olor dulce y caliente que subía como el aliento de un horno.

Sacó el cuarto cuadro. Las tres celdas reales seguían allí, colgando del borde inferior. La grande ya estaba tapada con cera. La mediana también. La pequeña, la que Thiago llamaba "la bebé", tenía todavía la larva dentro, flotando en un charco de jalea real blanca y brillante.

—Mira —dijo Don José, señalándola con el dedo enguantado—. Esa larva era igual que todas las demás. Una larva de obrera corriente. Pero las nodrizas han decidido darle jalea real. Mucha. Toda la que quiera. Y por eso se va a convertir en reina.

—¿Solo por la comida?

—Solo por la comida. Y por los cuidados. Una larva de obrera, si la alimentas así, se convierte en reina. No hace falta que sea de una sangre especial. Lo que la hace reina es cómo la cuidan.

Thiago se acercó a mirar la larva a través de la malla de su careta. Se quedó muy quieto.

—Entonces cualquiera puede ser reina.

—Cualquiera que tenga a alguien que le dé jalea real.

Don José metió el cuarto cuadro en el núcleo nuevo, con las abejas que llevaba encima. Luego sacó el quinto, con miel. Luego el tercero, con polen. Luego se volvió hacia el núcleo para colocar los cuadros en su sitio.

El núcleo estaba en el suelo, a sus pies. Se agachó para levantarlo y ponerlo sobre el soporte de hierro.

Y sintió la mano.

* * *

No era una presión esta vez. Era una mano. Una mano enorme, de hierro, que se le cerró sobre el pecho por dentro, con todos los dedos a la vez, apretando. El dolor le subió por el cuello hasta la mandíbula, le bajó por el brazo izquierdo hasta la punta de los dedos, le dejó sin aire. Se le nubló la vista. Le empezó a caer un sudor frío por la cara, por dentro de la careta, por la espalda.

Soltó el núcleo. El núcleo cayó al suelo de lado, con un golpe sordo. Los cuadros se salieron. Las abejas salieron en una nube.

Don José cayó de rodillas. Se llevó la mano al pecho. Intentó respirar. No pudo.

—¿Abuelo?

Don José se fue hacia un lado, despacio, como un árbol que se tumba. Se quedó tendido en la hierba, junto a la colmena catorce abierta y el núcleo volcado, con la careta torcida y la mano apretada sobre el pecho.

—¿Abuelo? ¡Abuelo!

* * *

Thiago tenía seis años y tres meses. Llevaba una careta de apicultor de talla infantil, una gorra de Rosario Central debajo, un nivel de burbuja de aluminio y latón en el bolsillo del pantalón y una llave de hierro antigua que no abría nada colgada del cuello con un cordón.

Estaba solo en un colmenar de la Sierra del Rincón, a un kilómetro del pueblo más cercano, con su abuelo en el suelo y mil abejas furiosas zumbando alrededor de una colmena abierta.

Se quedó quieto. Muy quieto. No porque supiera qué hacer. Porque se le habían olvidado todas las cosas que sabía hacer.

Luego se acordó de una.

Su madre se lo había enseñado en Usera, en la cocina, cuando él tenía cuatro años, una noche en que ella llegó del trabajo con mucha fiebre y se

mareó al lado del fregadero. Le había cogido la mano y le había enseñado su teléfono. *Mirá, Thiago. Si un día mamá se cae y no se levanta, aunque el teléfono esté bloqueado, tocás aquí, donde pone "Emergencia", con el dibujito rojo. Y marcás uno, uno, dos. Y decís lo que pasa. Y dónde estás. Y no colgás. Pase lo que pase, no colgás.*

Thiago se arrodilló junto a su abuelo. Le buscó el móvil. Estaba en el bolsillo del traje blanco, en el pecho, debajo de la mano apretada. Thiago le apartó la mano. Su abuelo le miró con los ojos muy abiertos, sin poder hablar, con la cara gris como el ceniza del ahumador.

Thiago cogió el móvil. Lo encendió. La pantalla se iluminó con el candado de bloqueo.

Abajo, a la izquierda, decía: *Emergencia*.

Lo tocó.

Uno. Uno. Dos.

* * *

—Emergencias uno uno dos, Comunidad de Madrid, ¿qué le ocurre?

Era una voz de mujer. Tranquila. Muy tranquila.

—Mi abuelo se ha caído.

Hubo un pequeño silencio al otro lado. La operadora había oído la voz de un niño.

—Vale, cariño. ¿Cómo te llamas?

—Thiago.

—Muy bien, Thiago. ¿Cuántos años tienes?

—Seis. Y tres meses.

—Muy bien. ¿Tu abuelo está despierto, Thiago? ¿Te mira? ¿Te habla?

Thiago miró a su abuelo. Tenía los ojos abiertos. Le miraba. Movía los labios.

—Me mira. No habla. Se ha tocado el pecho.

—¿Respira?

Thiago se acercó. Le puso la mano en la barriga, como hacía su madre con Mía cuando tenía fiebre por la noche.

—Sí. Muy deprisa.

—Muy bien, Thiago. Lo estás haciendo muy bien. ¿Dónde estáis?

—En el colmenar.

—¿En qué colmenar, cariño?

—En el de La Hiruela. El del muro de los antiguos. Al lado de la colmena verde. La que tiene una T.

En la sala de coordinación del 112 de la Comunidad de Madrid, en Pozuelo de Alarcón, la operadora miró la pantalla de su ordenador. El sistema de localización avanzada del móvil acababa de enviarle unas coordenadas. Un punto rojo parpadeaba en un mapa, en el extremo norte de la Comunidad, en una ladera junto al río Jarama, a ochocientos metros de un pueblo de setenta habitantes.

—Ya sé dónde estáis, Thiago. Te tengo en el mapa. Te voy a mandar ayuda, ¿vale? Pero no cuelgues. Pase lo que pase, no cuelgues.

—Mi mamá dice que no cuelgue nunca.

—Tu mamá tiene mucha razón.

* * *

La operadora hizo preguntas y Thiago contestó. Le preguntó si había alguien más con ellos. No. Si su abuelo tenía alguna enfermedad. No lo sabía. Si su abuelo tomaba pastillas. No lo sabía. Si había un coche. Sí, el del abuelo, un Seat Toledo gris, aparcado en el camino. Si había aspirinas en el coche.

—¿Aspirinas?

—Sí, cariño. Unas pastillas blancas, redondas, en una caja.

Thiago miró a su abuelo. Su abuelo le miraba, con los ojos muy abiertos. Movió los labios. Thiago se acercó.

—Guan... tera —dijo su abuelo. Apenas se le oía.

Thiago corrió al coche. Con la careta puesta. Con el móvil en la mano, sin colgar. Con las abejas zumbando detrás de él, aunque ninguna le siguió, porque estaban ocupadas con la colmena abierta.

Abrió la puerta del copiloto. Abrió la guantera.

Había un mapa de carreteras de 2004, un paquete de pañuelos de papel, unas gafas de sol de Don José, un tique de una gasolinera de Buitrago y una caja de aspirinas.

Thiago la abrió.

Estaba vacía.

—¡Está vacía! —gritó al teléfono—. ¡La caja está vacía!

—Vale, Thiago, vale, no pasa nada, la ambulancia ya va...

—¡No quedan aspirinas!

Y entonces, desde la hierba, junto a la colmena catorce, se oyó la voz de Don José. Débil. Ronca. Pero clara. Con algo en ella que, años después, cuando Thiago fuera mayor y lo contara, todo el mundo reconocería como el último rastro de humor de un hombre que no iba a dejar de ser quien era ni siquiera en el suelo de un colmenar con una mano de hierro en el pecho.

—Me duele... el pecho... —dijo Don José—. Y no me quedan... aspirinas.

* * *

No sabía que estaba repitiendo, al revés, la frase que llevaba meses buscando para su cuaderno amarillo. Ni que Thiago la iba a recordar toda la vida.

Thiago volvió corriendo junto a él. Se arrodilló.

—Abuelo, la señora dice que viene la ambulancia.

Don José intentó sonreír. No le salió.

—Las... del bolsillo... —dijo—. Chaqueta... asiento de atrás... Concha...

Thiago no entendió. Luego sí.

Volvió a correr al coche. Abrió la puerta de atrás. En el asiento, junto a su sillita homologada, estaba la chaqueta de su abuelo. Le buscó en los bolsillos. En el de la derecha, las llaves de casa. En el de la izquierda, una caja de cartón nueva, sin abrir, con letras azules. *Ácido acetilsalicílico, 500 mg.*

La caja que Concha le había metido en el bolsillo a las siete y media de la mañana, en el recibidor de Chamberí. *Para la guantera. Que la del coche está vacía desde la matanza de los zánganos.*

—¡Las tengo! —gritó Thiago al teléfono—. ¡Las de Concha!

* * *

La operadora le dijo cómo hacerlo. Que sacara una pastilla. Que se la diera a su abuelo. Que le dijera que la masticara, que no se la tragara entera, que la masticara despacio. Que no le diera agua. Que se quedara a su lado.

Thiago sacó una pastilla del blíster con mucho cuidado, como le había visto hacer a su madre con el jarabe de Mía. Se arrodilló junto a su abuelo. Le levantó la malla de la careta. Le puso la pastilla en la boca.

—Mastícala, abuelo. Despacio. Lo dice la señora.

Don José masticó.

Thiago se quedó a su lado, de rodillas en la hierba, con el móvil pegado a la oreja y la otra mano apoyada en la barriga de su abuelo, contando las respiraciones, como le pedía la operadora. Una, dos, tres. Muy deprisa. Una, dos, tres.

Alrededor, las abejas seguían zumbando, furiosas, en una nube sobre la colmena catorce abierta y el núcleo volcado en el suelo, con los cuadros esparcidos por la hierba.

Thiago las miró. Pensó en lo que le había dicho su abuelo: *Una colmena abierta mucho rato se enfría. Y la cría se muere.* Pensó en "la bebé", la celda real pequeña, con la larva dentro flotando en jalea real.

—Abuelo —dijo—. La colmena está abierta.

Don José no contestó. Le miraba.

Thiago dejó el móvil en el suelo, junto a su abuelo, con el altavoz puesto, para que la señora siguiera oyéndolos. Se levantó. Se bajó la malla de la careta.

—No cuelgues —le dijo al teléfono—. Vuelvo enseguida.

Se acercó a la colmena catorce. Despacio. Muy despacio. Las abejas le rodearon. Se le posaron en la careta, en la gorra, en las manos desnudas, en los brazos. Thiago no se movió. *Si estás quieto y no las molestas, no te pican.* Cogió la tapa de la colmena, que estaba en el suelo, junto a la piedra. Era pesada para un niño de seis años. La levantó con las dos manos. Y la puso encima de la caja, despacio, sin aplastar a ninguna.

Luego fue al núcleo volcado. Levantó los cuadros del suelo, uno a uno, sujetándolos por los bordes de madera, como le había enseñado su abuelo. Las abejas seguían agarradas a ellos. Los metió en la caja del núcleo. El cuarto cuadro, el de las celdas reales, lo metió el último, con muchísimo cuidado. "La bebé" seguía allí, con su larva.

Le picó una abeja en la mano. Luego otra en el brazo. No lloró.

Puso la tapa al núcleo. Volvió junto a su abuelo. Recogió el móvil.

—Ya estoy, señora.

—¿Dónde estabas, Thiago?

—Cerrando las colmenas. Si se quedan abiertas, se enfría la cría.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Luego la operadora habló, y su voz sonaba un poco distinta.

—Muy bien hecho, cariño. Muy bien hecho.

* * *

El primero en llegar fue un agente forestal de la Comunidad de Madrid, que patrullaba en un todoterreno verde por la carretera del Jarama y al que la central del 112 había avisado por radio. Se llamaba Andrés, tenía cuarenta años y una barba castaña, y había hecho un curso de primeros auxilios hacía tres meses. Bajó por el camino corriendo, con un botiquín naranja en la mano.

Encontró a un hombre de setenta y tantos años tumbado en la hierba con un traje de apicultor, gris de cara, sudoroso, consciente. Y a su lado, de rodillas, a un niño de seis años con una careta de apicultor levantada, un móvil en una mano y la otra mano en la barriga del hombre, con dos picaduras de abeja hinchándose en el brazo.

—¿Tú eres Thiago?

—Sí.

—¿Y este es tu abuelo?

Thiago miró a Don José. Don José le miró a él.

—Sí —dijo Thiago—. Es mi abuelo.

* * *

El helicóptero del SUMMA 112 aterrizó en el prado de abajo, junto al río, a las once menos diez. Treinta y seis minutos después de la llamada.

Thiago lo vio bajar desde la ladera, con un ruido que hacía temblar el suelo y un viento que tumbaba la hierba y levantaba el polvo del camino.

Era rojo y amarillo. Bajaron dos personas con monos rojos y una camilla. Una médica y un enfermero. Corrieron colmenar arriba.

En cuatro minutos le pusieron a Don José unos cables en el pecho, una vía en el brazo, una mascarilla de oxígeno en la cara. La médica miró una pantalla pequeña donde salían unas líneas verdes que subían y bajaban.

—Infarto —le dijo al enfermero, en voz baja—. Cara anterior. Activamos Código Infarto. A La Paz.

Thiago no sabía qué significaba eso. Pero lo apuntó en la memoria, como su padre de rehabilitación apuntaba las comandas, para decírselo luego a su madre.

Antes de subir la camilla al helicóptero, la médica se agachó junto a Thiago.

—¿Tú le has dado la aspirina?

—Sí. Las de Concha.

—¿Quién es Concha?

Thiago lo pensó.

—Mi abuela de rehabilitación.

La médica no entendió. Pero sonrió.

—Pues dile a tu abuela de rehabilitación que la aspirina le ha venido muy bien. Y tú... —Le miró la careta, las picaduras del brazo, la llave de hierro colgada del cuello—. Tú le has salvado la vida a tu abuelo, ¿sabes?

—Y a la bebé —dijo Thiago.

—¿Qué bebé?

Thiago señaló la colmena catorce.

—La reina bebé. Está en el cuarto cuadro. Si no cierro la colmena, se enfría.

La médica se quedó mirándolo un momento. Luego le dio un beso en la frente, a través de la malla de la careta, y se subió al helicóptero.

* * *

Doña Concha recibió la llamada a las diez y cuarenta y cinco, en la cocina de Chamberí, mientras hacía la compra de la semana en una lista con apartados numerados.

Era un número desconocido. Lo cogió con la desconfianza de siempre.

—¿Diga?

—¿Concepción Arroyo Sanz?

—Soy yo.

—Le llamamos del 112 de la Comunidad de Madrid. ¿Es usted familiar de José Velasco Herrero?

Doña Concha dejó el bolígrafo en la mesa.

—Es mi marido.

Lo que vino después lo recordaría siempre con una nitidez de plano. Cada palabra. Cada pausa. *Infarto. Helicóptero. La Paz. Estable dentro de la gravedad. Hemodinámica. Su nieto. Un niño de seis años. Ha sido su nieto quien nos ha llamado.*

Doña Concha no dijo nada. Ni una palabra.

Escuchó. Contestó a las preguntas con monosílabos. Sí. No. Sí. Colgó.

Se quedó de pie en la cocina, con el móvil en la mano y la lista de la compra en la mesa de formica.

Samanda, que estaba en el salón con Mía, la vio por la puerta. Vio su cara. Dejó a Mía en el sofá con los cerdos y fue a la cocina.

—¿Señora?

Doña Concha la miró sin contestar.

—¿Señora, qué pasa?

Doña Concha abrió la boca. No le salió nada. La volvió a cerrar.

Samanda le quitó el móvil de la mano con cuidado. Miró la pantalla. *Llamada recibida: 112.* Sintió que el suelo de baldosa hidráulica de 1952 se movía debajo de sus pies.

—¿Es Don José? ¿Thiago? ¿Qué ha pasado?

Doña Concha la miró. Y por primera vez en setenta y dos años de vida, cincuenta de profesión y cuarenta y siete de matrimonio, doña Concepción Arroyo Sanz, arquitecta colegiada, la mujer que había hecho llorar a jefes de obra y tirar muros por tres centímetros, no encontró las palabras.

Solo pudo señalar el abrigo de paño negro, colgado en el perchero del recibidor.

Samanda entendió.

* * *

Llegaron a La Paz a las doce menos cuarto, en un taxi que Samanda paró en Santa Engracia corriendo en medio de la calzada con los brazos abiertos. Mía se quedó con la vecina del tercero, una señora de ochenta años que había criado a seis hijos y que no hizo preguntas. Samanda llamó a Diego desde el taxi. Diego dejó el delantal de cuero en la barra de Casa Benito sin decirle nada a Íñigo y salió corriendo hacia el metro.

Doña Concha no habló en todo el trayecto.

Iba sentada en el asiento de atrás del taxi, muy recta, con el abrigo de paño negro abrochado hasta arriba, el broche de la abeja en la solapa y el bolso en el regazo, apretado con las dos manos. Miraba por la ventanilla sin ver nada. Samanda iba a su lado. Le cogió la mano. Doña Concha no la apartó. Pero tampoco la apretó. La dejó allí, inmóvil, fría, como se deja una herramienta que no se sabe usar.

En la sala de espera de Hemodinámica, en la planta baja del Hospital Universitario La Paz, doña Concha se sentó en una silla de plástico azul,

junto a una máquina de café que no funcionaba, y se quedó mirando la pared de enfrente.

Era una pared de hormigón visto, pintada de color crema, con una junta de dilatación vertical que la atravesaba de arriba abajo. Doña Concha se quedó mirando la junta. Era una junta bien hecha. Recta. Limpia. Con su sellado de masilla elástica en buen estado. Se quedó mirándola durante una hora y cuarenta minutos sin apartar la vista.

Samanda se sentó a su lado. Diego llegó a la una menos cuarto, sin aliento, con la camisa de cuadros verdes y la gorra de pastor de película todavía en la mano. Se sentó al otro lado de su madre.

Doña Concha no dijo nada. A ninguno de los dos.

* * *

A la una y media salió un cardiólogo. Era un hombre joven, de treinta y tantos años, con un pijama verde de quirófano, una mascarilla colgando del cuello y unas gafas de montura negra. Se acercó a ellos.

—¿Familia de José Velasco?

Los tres se levantaron.

—Ha tenido un infarto agudo de miocardio. Cara anterior. Le hemos hecho un cateterismo. Tenía la arteria descendente anterior ocluida al cien por cien y otra con una estenosis importante. Le hemos puesto dos stents. Ha ido bien.

Diego le cogió el brazo a su madre.

—Está estable. Ahora va a la Unidad Coronaria. Va a estar allí unos días. —El cardiólogo se quitó las gafas—. Les voy a decir una cosa. Lo que le ha salvado es el tiempo. Hemos abierto la arteria a las dos horas y diez minutos del inicio del dolor. En una zona rural, tan lejos, eso es muy difícil. La llamada al 112 fue inmediata. Y la aspirina masticada en los primeros minutos ha ayudado mucho.

—Fue su nieto —dijo Samanda—. Mi hijo. Tiene seis años.

El cardiólogo la miró.

—Me lo han dicho en el helicóptero. —Sonrió por primera vez—. Dígale a su hijo que ha hecho exactamente lo que había que hacer. Ni un médico lo habría hecho mejor.

Samanda se tapó la boca con la mano. Diego se sentó otra vez en la silla de plástico, de golpe, como si le hubieran cortado las piernas.

Doña Concha se quedó de pie, mirando al cardiólogo. Luego, muy despacio, se volvió a sentar en la silla de plástico azul.

Y volvió a mirar la junta de dilatación de la pared.

* * *

Thiago llegó a las cuatro y media de la tarde, con Leandro y Yuli. Leandro había ido a buscarlo a La Hiruela en la furgoneta de la obra, con Yuli de copiloto, y lo había encontrado sentado en el bar del pueblo, el único que había, con el agente forestal Andrés, la dueña del bar y medio pueblo alrededor, comiéndose un helado de chocolate con las picaduras del brazo tapadas con dos tiritas de dinosaurios que alguien había encontrado en un cajón.

Llevaba puesta todavía la careta de apicultor, levantada sobre la frente como una visera. No había querido quitársela en todo el día.

Entró en la sala de espera de la mano de Leandro. Vio a su madre. Corrió hacia ella. Samanda le abrazó tan fuerte que la careta se le cayó al suelo.

—¿El abuelo está bien?

—Está bien, mi amor. Está bien. Le han arreglado el corazón.

—¿Con qué?

—Con unos tubitos.

—¿Como las bombillas del mate?

Samanda se rió y lloró a la vez.

—Como las bombillas del mate.

Thiago se soltó de su madre. Miró a Diego, que le levantó en brazos y le dio un beso en cada mejilla. Y luego miró a doña Concha, que seguía sentada en la silla de plástico azul, con el abrigo de paño negro abrochado hasta arriba, sin moverse, mirando la pared.

Thiago se bajó de los brazos de Diego. Se acercó a ella. Se quedó de pie delante de su silla.

—Concha.

Doña Concha bajó la vista. Le miró.

—Las aspirinas de la guantera estaban vacías —dijo Thiago—. Pero tú le pusiste otras en la chaqueta. Y esas sí estaban.

Doña Concha no contestó.

—La médica del helicóptero dice que le han venido muy bien. Y que te lo diga.

Doña Concha seguía sin contestar.

—Y he cerrado la catorce —añadió Thiago—. Y el núcleo. Para que no se enfriara la bebé. Me han picado dos abejas. Pero no he llorado.

Le enseñó el brazo, con las dos tiritas de dinosaurios.

Doña Concha miró las tiritas. Miró la careta de apicultor en el suelo. Miró al niño.

Y entonces se levantó de la silla de plástico azul. Se arrodilló en el suelo de la sala de espera de Hemodinámica del Hospital Universitario La Paz, con su abrigo de paño negro y sus setenta y dos años y su rodilla, que también le dolía, aunque no lo decía nunca. Le cogió la cara al niño con las dos manos.

Y lo abrazó.

No dijo nada. Ni una palabra. Seguía sin poder.

Pero lo abrazó durante tanto tiempo que Diego tuvo que darse la vuelta, y Leandro se fue a buscar un café a otra planta aunque sabía que no había, y Yuli se sentó en una silla a llorar sin ningún disimulo, y Samanda se quedó de pie, con la careta de apicultor de su hijo en las manos, mirando a aquella mujer de rodillas en el suelo de un hospital, abrazando a un niño que no era de su sangre.

* * *

A las nueve de la noche dejaron entrar a doña Concha en la Unidad Coronaria. Diez minutos. Sola.

Don José estaba en una cama con barandillas, con cables por todo el pecho, una vía en cada brazo, una cánula de oxígeno en la nariz y una pantalla al lado donde una línea verde subía y bajaba con un pitido regular. Dormía. Estaba sedado. Tenía la cara gris todavía, pero menos. Tenía la boca un poco abierta. Parecía muy viejo y muy pequeño en aquella cama.

En la mesilla, junto a una botella de agua, una enfermera había dejado sus cosas en una bolsa de plástico transparente con su nombre escrito en rotulador: las gafas, el reloj, la cartera, el móvil, el pañuelo de tela.

Y el cuaderno amarillo.

Lo llevaba en el bolsillo interior del traje de apicultor. Lo había llevado a La Hiruela, como lo llevaba ahora a todas partes desde hacía dos semanas.

Doña Concha lo sacó de la bolsa de plástico. Se sentó en la silla de al lado de la cama. Se puso las gafas de cerca. Y lo abrió por la última página escrita.

17 de mayo. Al levantar el alza de la 3: presión en el pecho. Unos segundos. Un poco hacia el brazo. Se pasó.

Será la edad.

No decírselo a Concha.

Debajo, con fechas más recientes, había más anotaciones con la misma letra, cada vez un poco menos recta:

22 de mayo. Otra vez. Subiendo la escalera del metro de Iglesia. Más rato. Me he tenido que sentar en un escalón. Un señor me ha preguntado si estaba bien.

26 de mayo. Cansancio. Me cuesta respirar al subir los treinta y seis escalones. No decírselo a Concha.

29 de mayo. Mañana subimos a dividir la 14. Thiago está muy ilusionado. Después de dividirla, voy al médico. Prometido.

Doña Concha cerró el cuaderno.

Se quedó sentada en la silla, con el cuaderno amarillo en el regazo, mirando a su marido dormido. La línea verde subía y bajaba en la pantalla. El pitido era regular. El oxígeno siseaba bajito en la cánula.

Llevaba catorce horas sin decir una sola palabra.

Abrió el bolso. Sacó un lápiz. El de dibujo técnico del número dos, el del bote de los clips, que se había llevado de casa sin darse cuenta. Abrió el cuaderno por la última página. Y debajo de *Después de dividirla, voy al médico. Prometido*, con su letra inclinada, escribió:

Imbécil. C.

Lo miró. Lo tachó con una sola línea recta, de las de los planos, para que se siguiera viendo lo que había debajo.

Debajo escribió:

Me lo tenías que haber dicho. C.

Cerró el cuaderno. Lo guardó en la bolsa de plástico transparente, con las gafas y el reloj y la cartera y el pañuelo.

Luego se quedó mirando a su marido.

Faltaban dos minutos para que se acabaran los diez de la visita. Lo sabía porque miraba el reloj de la pared cada pocos segundos, como miraba los relojes de las obras cuando iba a llegar el camión del hormigón.

Se inclinó sobre la cama. Le cogió la mano a su marido, la del brazo izquierdo, la que no tenía la vía. Estaba caliente. Era la misma mano que le había cogido por debajo del mantel en Nochebuena, en el taxi del cumpleaños de Thiago, en 1979 en los Jerónimos.

Don José dormía. No podía oírla. Estaba sedado. La enfermera se lo había dicho. *No la va a oír, señora. Pero hable con él si quiere. A veces ayuda.*

Doña Concha se acercó a su oído.

Y por primera vez en cuarenta y siete años de matrimonio, sabiendo perfectamente que él no la iba a oír, que era la única condición en que era capaz de decirlo, lo dijo.

—Te quiero, José.

Muy bajo. Casi sin voz. Con la voz ronca de catorce horas de silencio.

La línea verde de la pantalla subió y bajó. El pitido siguió igual. El oxígeno siseó en la cánula.

Don José no se movió.

Pero en la pantalla, durante un segundo, el número verde de la frecuencia cardiaca pasó de sesenta y ocho a setenta y uno.

Doña Concha no lo vio. Estaba mirándole la cara.

La enfermera sí lo vio, desde el control. Y se lo calló. Había aprendido, en veinte años de Unidad Coronaria, que hay cosas que las máquinas registran y que no se apuntan en ningún informe.

Capítulo 23

Huérfana

Don José despertó el domingo a las once de la mañana, veinticinco horas después del infarto, en la Unidad Coronaria del Hospital Universitario La Paz, con la boca seca, los cables por el pecho, una cánula de oxígeno en la nariz y su mujer sentada en una silla de plástico junto a la cama, mirándole.

Estaba igual que la había dejado el sábado a las siete y media de la mañana en el recibidor de Chamberí. El abrigo de paño negro. El broche de la abeja de plata. El bolso en el regazo. Solo que ahora tenía unas ojeras que le llegaban a la barbilla, y el moño un poco torcido, cosa que Don José no le había visto nunca en cuarenta y siete años.

—Concha —dijo. La voz le salió ronca, como si tuviera arena en la garganta.

Doña Concha no contestó enseguida. Se quedó mirándole un rato. Luego habló, con una voz perfectamente tranquila, perfectamente controlada, la misma con que dictaba las actas de replanteo en las obras.

—Has tenido un infarto. Cara anterior. Te han puesto dos stents. Estás en la Unidad Coronaria de La Paz. Thiago llamó al 112. Te dio una aspirina de las que yo te metí en la chaqueta. El helicóptero tardó treinta y seis minutos. Te abrieron la arteria a las dos horas y diez minutos. El cardiólogo dice que vas a vivir.

Don José parpadeó.

—¿Thiago?

—Thiago.

—¿Está bien?

—Le picaron dos abejas. Cerrando la catorce. Para que no se enfriara la bebé.

Don José cerró los ojos. Se le escapó una lágrima por el rabillo del ojo, que bajó por la sien hasta la almohada.

—Ese niño...

—Ese niño te ha salvado la vida, José.

—Ya lo sé.

—No. No lo sabes. —La voz de doña Concha se mantuvo perfectamente tranquila, pero algo se movió en ella, muy al fondo, como una grieta que se abre debajo de un enlucido—. Lo sabrás cuando se lo agradezcas. Mientras tanto, cállate y descansa.

Don José abrió los ojos. La miró.

—Concha, anoche... ¿me dijiste algo?

Doña Concha se quedó muy quieta.

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé. Soñé que me decías algo. Al oído. Pero no me acuerdo de qué.

Doña Concha se ajustó las gafas. Se colocó el bolso en el regazo.

—Soñaste mal —dijo.

—¿Seguro?

—Seguro. Estabas sedado. No te dije nada.

Don José la miró un rato más. Luego volvió a cerrar los ojos. En la pantalla de al lado, la línea verde subía y bajaba con su pitido regular. El número de la frecuencia cardiaca marcaba setenta y cuatro.

Doña Concha no apartó la vista de la pantalla hasta que bajó a sesenta y ocho.

* * *

Lo que nadie esperaba era lo que pasó en casa.

Durante cuarenta y siete años, la casa de Chamberí había funcionado como una obra bien dirigida: con horarios, con normas, con una jefa de obra que lo revisaba todo cada mañana a las ocho y que no dejaba pasar un fallo. Y durante cuarenta y siete años, aunque nadie lo hubiera dicho nunca en voz alta, la casa había tenido también un ruido de fondo: la voz de Don José. Sus teorías en el telediario. Sus recortes de periódico. Sus abejas. Sus silencios en el despacho con el flexo encendido. El *Concha, ¿has visto lo de los franceses?* El *las croquetas no se enfrían, se templan.* El ronquido en un solo tono.

Doña Concha era la estructura. Don José era el ruido. Y nadie se había dado cuenta de que el ruido también sostenía la casa hasta que se fue.

* * *

El domingo por la noche, cuando volvieron del hospital, la casa estaba en silencio.

No el silencio de antes de abril, el de la catedral vacía. Otro. Un silencio de seis personas, ahora cinco, que se movían por el pasillo sin hablar, que encendían la luz de la cocina y la apagaban, que abrían la nevera y la cerraban sin sacar nada.

Thiago se sentó en la silla de brazos de su abuelo, en el comedor, con el cuaderno de dibujo en las rodillas, y no dibujó nada. Mía preguntó cuatro veces dónde estaba el abuelo, y las cuatro veces Samanda le dijo que en el hospital, curándose el corazón con unos tubitos, y las cuatro veces Mía se quedó callada y luego volvió a preguntar.

Diego fue al despacho de su padre. Encendió el flexo. Se sentó en el sillón. Se quedó allí mirando el bote de los clips, la goma de borrar con forma de puente colgante, la pluma estilográfica, la carpeta azul del *Expediente 1*. No tocó nada.

Y doña Concha se fue directamente a la cocina, se puso el delantal y empezó a limpiar.

* * *

Limpió durante tres horas.

Limpió la encimera, que estaba limpia. Limpió los fogones, que estaban limpios. Limpió el interior de la nevera, balda por balda, sacando todo y volviéndolo a meter en el mismo orden. Limpió los azulejos de la pared, uno por uno, con un cepillo de dientes viejo y bicarbonato, en las juntas. Limpió el suelo de baldosa hidráulica de rodillas, con una bayeta, sin la fregona.

Samanda la miraba desde la puerta de la cocina. A las diez y media acostó a los niños. A las once intentó entrar.

—Señora, déjeme que la ayude.

—No hace falta.

—Señora, son las once.

—Ya sé qué hora es.

—Mañana tiene que ir al hospital otra vez. Tiene que descansar.

—Descansaré cuando termine.

—¿Cuando termine qué?

Doña Concha se quedó de rodillas en el suelo de la cocina, con la bayeta en la mano, mirando las baldosas hidráulicas de 1952, la cenefa de rombos azules y ocres que había elegido ella misma para la reforma de 1985 porque era igual que la de la casa de su abuela en Turégano.

No contestó.

Siguió limpiando.

Samanda se fue a la cama a las once y media. No durmió.

* * *

El lunes, el martes y el miércoles fueron iguales.

Doña Concha se levantaba a las cinco, aunque Samanda ya no iba a la limpieza: había llamado a la encargada de Vallecas el domingo por la noche, le había explicado lo que pasaba y le había pedido una semana. La encargada, con más cansancio que mala fe, le había dicho que sí, que se cogiera dos, que ya se apañarían. Doña Concha se levantaba igual. Se tomaba la manzanilla en la mesa de formica. Sola. Samanda le dejaba el mate preparado en la mesa, con la yerba en su duna y la bombilla clavada, y ella no lo tocaba.

A las nueve se iba al hospital en taxi. Volvía a las nueve de la noche. Se pasaba el día sentada en la silla de plástico junto a la cama de Don José, primero en la Unidad Coronaria y luego, desde el martes, en una habitación compartida de la planta de Cardiología, con un señor de Fuenlabrada que había tenido un infarto en un partido de pádel y que roncaba en tres tonos.

No hablaba casi nada. Contestaba a las preguntas del cardiólogo con datos precisos: hora de las tomas, presión arterial, frecuencia, diuresis. Leía los informes médicos de arriba abajo con las gafas de cerca y el dedo índice debajo de cada línea. Corregía a las enfermeras cuando se equivocaban en la hora de una pastilla. Le arreglaba la almohada a su marido cada media hora, la doblaba, la golpeaba con el puño, se la volvía a poner. Le ponía el agua al alcance de la mano. Le cortaba la comida del hospital en trocitos pequeños, como cortaba la tortilla de Mía.

Pero no le decía nada. Ni una palabra que no fuera necesaria.

Don José la miraba desde la cama. Intentaba hablar con ella. Le preguntaba por los niños, por las colmenas, por las elecciones, por lo que decían en el telediario. Ella contestaba con monosílabos.

—Concha, ¿estás enfadada conmigo?

—No.

—Lo del cuaderno. Lo de no decírtelo...

—Ya lo he leído.

—¿Y?

—Ya te he escrito lo que pienso. En el margen.

—¿Qué me has escrito?

—Léelo tú. Como siempre.

Don José tardó dos días en atreverse a abrir el cuaderno amarillo. Cuando lo hizo, el miércoles por la tarde, mientras ella había bajado a la cafetería a por un agua, encontró las dos líneas. La tachada y la de debajo.

~~Imbécil. C.~~

Me lo tenías que haber dicho. C.

Se quedó mirando las dos líneas mucho rato. La tachada se leía perfectamente debajo de la raya recta, como se leen los errores en los planos.

Cuando su mujer volvió con el agua, Don José tenía el cuaderno cerrado en el regazo y los ojos rojos.

—Tienes razón —le dijo.

—¿En qué?

—En las dos.

Doña Concha dejó el agua en la mesilla. No dijo nada.

* * *

En casa, mientras tanto, Samanda tomó el mando.

No lo decidió. Ocurrió solo, como ocurren esas cosas en las familias: alguien tiene que hacerlo, y lo hace quien sabe. Y Samanda sabía. Llevaba desde los nueve años sabiendo. Sabía lo que era una casa con alguien enfermo, una casa donde la que manda se derrumba, una casa donde hay que seguir haciendo la comida, llevando a los niños al colegio y pagando las facturas aunque el mundo se haya parado. Lo había hecho en Rosario con

su madre borracha en la cama y su hermano de diez años mirándola desde la puerta. Lo había hecho en Tetuán con Thiago con fiebre y Mía en la barriga y seis desconocidos en un piso con un solo baño.

Lo hizo también en Chamberí.

El lunes por la mañana sacó del cajón de la cocina la libreta de la compra de doña Concha, la de las hojas con apartados numerados, y la abrió por una página en blanco. Escribió con su letra redonda de nota de nevera:

TURNOS HOSPITAL

Mañanas (9-14): Concha. Tardes (14-21): Concha + uno de nosotros. Noches: nadie. Lo ha dicho el médico. Que descanse.

COLEGIO / ESCUELA

Llevar: Samanda. Recoger: Samanda / Yuli (martes y jueves) / Leandro (si puede).

COMIDAS

Mediodía: lo que haya. Noche: Samanda. Martes: croquetas.

Se quedó mirando la última línea. La subrayó dos veces.

Luego pegó la hoja en la nevera, junto a las normas de convivencia de doña Concha y la nota del "te quiero" con el imán de Rosario Central.

* * *

Llamó a Diego al bar. No hizo falta. Diego ya había hablado con Íñigo el sábado, cuando salió corriendo de Casa Benito dejando el delantal en la barra. Íñigo le había llamado el domingo por la mañana. Diego esperaba la bronca, el despido, la llamada de la central. Lo que oyó fue otra cosa.

—Diego, ¿cómo está tu padre?

—Vivo. Le han puesto dos stents.

—Tómate la semana. —Hubo un silencio en la línea—. Ya lo justifico yo con la central. Les diré que es un permiso por hospitalización de familiar de primer grado, que lo es. Y si me dicen algo, que me lo digan a mí.

—Íñigo...

—Y dile a tu madre que gracias por el turrón. El de Nochebuena. —Otro silencio—. Que me acuerdo.

Diego colgó y se quedó un rato mirando el teléfono. Luego se lo contó a Samanda.

—El del pelo de belén —dijo Samanda, despacio— también es una obrera.

—Eso lo dijo mi madre.

—Ya lo sé. Por eso lo repito.

* * *

La colmena se movilizó.

Ramón, el taxista de Usera, apareció el lunes a las ocho y media en el portal de Chamberí con el taxi aparcado en doble fila y se ofreció a llevar a doña Concha al hospital todas las mañanas. Sin cobrar.

—Señora, el taxímetro no funciona para la familia.

—Yo no soy su familia, Ramón.

—Usted firmó el informe del ascensor de mi edificio. —Ramón se tocó el bigote—. En mi barrio, eso es más que familia.

Doña Concha lo miró un momento. Luego se subió al taxi. Ramón la llevó a La Paz todas las mañanas durante diez días y no le cobró ni un euro. Hablaba todo el trayecto, del Rayo, del tráfico, de un cliente que se le había dormido en el asiento de atrás. Doña Concha no contestaba casi nunca. Pero tampoco le pedía que se callara, y Ramón entendió que eso, viniendo de ella, era una forma de agradecimiento.

Rosario, la cocinera de Casa Benito, llegó el martes a mediodía en el metro con una olla exprés envuelta en una toalla, como la noche de la despedida de Benito. Dentro había un cocido completo, con sus tres vuelcos, la sopa aparte en un táper, y un frasco de cristal con un caldo de gallina "para el enfermo, que eso resucita a los muertos". No quiso quedarse a comer. Dejó la olla, le dio un beso a Samanda, otro a cada niño y se fue a su turno.

Hamid llamó desde Usera para preguntar si necesitaban algo. Don Faustino llamó desde el quinto, con su voz rasposa, y le dijo a Samanda que le dijera al ingeniero "que no se le ocurra morirse antes que yo, que le llevo diecisiete años". Leandro y Yuli venían todas las tardes. Las del jueves mandaron un ramo de flores tan grande al hospital que la enfermera tuvo que ponerlo en el pasillo. Pilar, la hermana de doña Concha, llamó desde un crucero por los fiordos noruegos, preguntó si era grave, dijo que no podía volver hasta el viernes porque el barco no paraba y colgó a los tres minutos.

Y Wilson, el del locutorio de Marcelo Usera, mandó por WhatsApp, a través de Eulogia, que se había enterado por la radio de barrio, una foto de una vela encendida delante de la estampita de la Virgen del Cisne que tenía detrás del mostrador.

Por el abuelo de la del segundo, ponía debajo.

Samanda le enseñó la foto a doña Concha en la cena del martes. Doña Concha la miró mucho rato.

—¿Quién es este señor?

—Wilson. El del locutorio donde mando la plata a mi madre.

—¿Y por qué enciende una vela por José?

Samanda no supo qué contestar.

—Porque en mi barrio —dijo al fin— así se hacen las cosas.

* * *

El martes por la noche fue el de las croquetas.

Samanda lo había subrayado dos veces en la hoja de la nevera. *Martes: croquetas.* Porque los martes había croquetas en aquella casa, y eso tenía rango de ley orgánica, y no se derogaba por enfermedad, ni por huelga de transportes, ni por la muerte de un pariente lejano. Ni por un infarto.

Pero Samanda no sabía hacer croquetas. Sabía hacer empanadas, milanesas, polenta, guiso de lentejas al estilo de su abuela, alfajores de maicena y un dulce de leche que hacía llorar a Diego. Croquetas, no. En Argentina no se hacían croquetas.

Buscó la receta. No en internet. En la cocina.

La encontró en el cajón de los manteles, debajo de los de hilo, en una caja de lata de galletas danesas que contenía las recetas de doña Concha escritas a mano en fichas de cartulina blanca, de las que se usaban en las oficinas técnicas en los años setenta. Estaban ordenadas alfabéticamente. *Albóndigas. Arroz con leche. Bacalao al pil-pil. Cocido (tres vuelcos). Cordero asado (Segovia).*

Croquetas.

La ficha estaba amarillenta, con manchas de grasa en las esquinas y la tinta azul un poco desvaída. Pero la letra inclinada era perfectamente legible.

Croquetas de jamón. Para José. 1979.

Ingredientes: 1 litro de leche entera (templada, no caliente). 100 g de mantequilla. 100 g de harina. 150 g de jamón serrano picado muy fino. 1 cebolla pequeña. Nuez moscada. Sal. 2 huevos. Pan rallado.

Preparación: La bechamel se hace a fuego lento, removiendo SIEMPRE en el mismo sentido. Si cambias el sentido, se corta. La harina se tuesta en la mantequilla hasta que huela a galleta. La leche se añade poco a poco, nunca

de golpe. Tardará 40 minutos. No tengas prisa. Las cosas que importan no tienen prisa.

La masa se deja reposar toda la noche en una fuente tapada con un paño, en la nevera.

Se forman del tamaño de un pulgar de hombre bien educado.

Se fríen a las 9 menos 10 para que lleguen a la mesa a las 9 en punto.

Nota: a José le gusta comerse la última de la fuente. Déjasela siempre. Es su forma de decir que ha estado bien.

Samanda se quedó mirando la ficha mucho rato.

Luego se puso a hacer la bechamel.

* * *

No le salieron bien. Lo supo enseguida.

La bechamel se le pegó un poco en el fondo del cazo, porque el fuego estaba demasiado alto y ella no tenía cuarenta y siete años de práctica en aquella cocina de gas. Tuvo que cambiar de cazo. La masa no reposó toda la noche, sino cinco horas, porque la había empezado el martes por la mañana. Las croquetas le salieron de tamaños distintos, unas como un pulgar y otras como un dedo gordo del pie. Al freírlas, dos se le abrieron en el aceite y se deshicieron.

Pero las sirvió a las nueve en punto. En la fuente de loza que había sido de la madre de doña Concha. En el comedor. Con el mantel de diario.

Doña Concha llegó del hospital a las nueve menos cinco. Ramón la dejó en el portal. Subió los treinta y seis escalones despacio, con la rodilla. Abrió la puerta del piso.

Y olió las croquetas.

Se quedó parada en el recibidor, con el abrigo de paño negro todavía puesto, con el bolso en la mano, oliendo.

Era el olor de los martes. El olor de su casa desde 1979. El olor de la bechamel tostada, del jamón, de la fritura buena. Un poco más quemado de lo normal. Un poco distinto. Pero era ese olor.

Fue al comedor sin quitarse el abrigo.

Estaban todos sentados. Diego, Samanda, Thiago, Mía. La silla de brazos de Don José, vacía. La fuente de loza en el centro de la mesa, con las croquetas de tamaños distintos.

Y en el plato de Don José, en su sitio, delante de la silla de brazos vacía, había una croqueta. Una sola. La más grande. La que mejor había salido.

—Es para el abuelo —dijo Thiago—. Para cuando vuelva.

—La última de la fuente —dijo Mía, que no sabía lo que decía, pero lo había oído decir a su hermano toda la tarde.

—Lo pone en la receta —dijo Samanda, muy bajo—. Que a Don José le gusta comerse la última. Que es su forma de decir que ha estado bien.

Doña Concha miró la croqueta en el plato vacío de su marido.

Luego se dio la vuelta y salió del comedor.

* * *

Samanda la encontró a las tres y cuarto de la madrugada.

No sabía por qué se había despertado. Quizá por el silencio, que pesaba más que nunca. Quizá porque llevaba desde los nueve años despertándose a la hora en que pasan las cosas que no deben pasar. Se levantó sin hacer ruido, para no despertar a Diego, y salió al pasillo.

La puerta del dormitorio de doña Concha estaba abierta. La cama, vacía.

La buscó en la cocina. No estaba. En el salón. No estaba. En el comedor, en el despacho, en el baño. No estaba.

Entonces vio la luz. Una rendija de luz amarilla debajo de una puerta, junto a la cocina. La puerta con rejilla de ventilación. La de la despensa.

La que había sido un aseo hasta 1985.

Samanda abrió la puerta muy despacio.

Doña Concha estaba sentada en el suelo. En bata. Descalza. Con la espalda apoyada contra los estantes de madera de pino, entre los botes de legumbres ordenados alfabéticamente. Las piernas encogidas. Los brazos rodeando las rodillas. La bombilla de interruptor de cadena encendida sobre su cabeza.

Lloraba.

No como lloran las personas en las películas. Sin ruido. Sin sollozos. Con la cara completamente quieta y los ojos abiertos, mirando al frente, a los botes de garbanzos y de lentejas, mientras las lágrimas le caían solas, una detrás de otra, por las mejillas, hasta la barbilla, hasta el cuello de la bata.

Era la segunda vez en su vida que lloraba delante de alguien. La primera había sido en una obra de Leganés, en 1981, sentada en un saco de cemento.

* * *

Samanda no dijo nada.

Entró en la despensa. Cerró la puerta. Se sentó en el suelo, al lado de doña Concha, con la espalda contra los estantes, entre la F de fideos y la H de harina, donde estaba la bolsa de la yerba mate.

No la tocó. No le cogió la mano. No le dijo que no llorara. Se sentó a su lado y se quedó allí.

Pasaron cinco minutos. Diez. Doña Concha seguía llorando sin ruido. Samanda seguía a su lado, en silencio.

Al cabo de un cuarto de hora, doña Concha habló. Con la voz rota, ronca, casi sin aire.

—No sé dormir sin él.

Samanda no contestó.

—Cuarenta y siete años —siguió doña Concha—. Cuarenta y siete años con ese ronquido. En un solo tono. Siempre el mismo. Le he dicho mil veces que se fuera al médico por el ronquido. Que podía ser apnea. Que se lo miraran. Nunca fue. —Se le quebró la voz—. Y ahora no está. Y la cama hace un silencio que no me deja dormir.

—Ya lo sé, señora.

—No, no lo sabes. —Doña Concha se volvió hacia ella. Tenía la cara completamente mojada—. Él es el ruido. Yo soy la estructura. Siempre lo he pensado así. Yo sostengo la casa y él hace ruido. Sus abejas, sus recortes, sus teorías, sus franceses, sus zánganos. Yo pensaba que el ruido no servía para nada. Que lo importante era la estructura.

—¿Y ahora?

Doña Concha se quedó mirándola.

—Ahora no hay ruido. Y la estructura no se tiene en pie.

Samanda le cogió la mano. Por fin. Doña Concha no la apartó. Esta vez, la apretó.

—Pensé que se moría —dijo doña Concha—. En la llamada. Cuando me dijeron *helicóptero*. Pensé que se moría solo, en el suelo de ese colmenar, entre sus bichos. Y que yo no iba a estar. Que la última vez que le vi fue en el recibidor, metiéndole una caja de aspirinas en el bolsillo, y que no le dije nada. Ni adiós. Ni ten cuidado. Le dije *para la guantera*.

—Pero las aspirinas...

—Las aspirinas le salvaron. Ya lo sé. Me lo ha dicho todo el mundo. —Doña Concha se rió, una risa amarga, rota, mojada—. Cuarenta y siete años sin saber decirle que le quiero, y lo único que supe hacer fue meterle una caja de aspirinas en el bolsillo. Y resulta que era lo mismo.

Samanda no dijo nada. No hacía falta.

—Y el niño —siguió doña Concha, más bajo—. El niño se arrodilló al lado de él en la hierba y le puso la pastilla en la boca. Y luego cerró las

colmenas. Con seis años. Y le picaron dos abejas y no lloró. Y cuando llegó al hospital vino directamente hacia mí. No hacia ti, que eres su madre. Hacia mí. A decirme que le habían venido muy bien mis aspirinas.

Doña Concha se tapó la cara con las manos.

—Y yo no he sabido decirle nada. Ni gracias. Nada. Me arrodillé en el suelo y le abracé y no me salió ni una palabra.

—Señora. —Samanda le apartó las manos de la cara con suavidad—. Thiago no necesitaba palabras. Le dio usted el nivel de su padre. Le llamó nieto de rehabilitación. Le metió las aspirinas en la chaqueta al abuelo. Y le abrazó de rodillas en el suelo de un hospital. —Se le quebró la voz a ella también—. Mi madre no me ha abrazado así ni una vez en treinta y un años. Ni una. Y yo sí soy su hija de verdad.

Doña Concha la miró.

Y entonces, por primera vez desde que Samanda la conocía, doña Concha apoyó la cabeza en su hombro.

* * *

Se quedaron allí hasta las cuatro y media. En el suelo de la despensa. Entre los botes de legumbres por orden alfabético. Con la bombilla de interruptor de cadena encendida sobre sus cabezas.

No hablaron más. No hacía falta.

A las cuatro y media, Samanda se levantó. Le tendió la mano a doña Concha. Doña Concha la cogió. Se levantó del suelo con un crujido de rodilla que se oyó en toda la despensa.

—Me duele la rodilla —dijo.

—Ya lo sé, señora.

—No se lo digas a nadie.

—No se lo digo.

Salieron de la despensa. Samanda apagó la bombilla tirando de la cadena.

En la cocina, Samanda puso el agua a calentar. Esperó a que cantara bajito. Cebó el mate. Escupió el primero en el fregadero. Le tendió el segundo a doña Concha.

Doña Concha lo cogió. Chupó. Se lo devolvió sin decir "gracias".

Se pasaron la calabaza de una mano a otra en la mesa de formica, en silencio, hasta que empezó a clarear en el patio de manzana.

* * *

A las seis y cuarto, antes de irse a la cama a dormir las dos horas que le quedaban, doña Concha pasó por el comedor.

La fuente de loza seguía en la mesa, tapada con un paño de cocina, con las croquetas que habían sobrado. Y en el plato de su marido, delante de la silla de brazos vacía, seguía la croqueta. La más grande. La que mejor había salido.

Doña Concha la miró.

Luego, sin encender la luz, cogió el plato con la croqueta, lo tapó con otro plato boca abajo, como se tapan las cosas que se guardan para alguien, y lo metió en la nevera. En la balda de arriba. Al fondo. Donde nadie lo tocara.

En la puerta de la nevera, en la hoja de turnos de Samanda, debajo de *Martes: croquetas*, subrayado dos veces, había ahora algo escrito a lápiz con una letra inclinada.

Muy bien.

Y debajo, más pequeño:

La bechamel, siempre en el mismo sentido. Si cambias el sentido, se corta. Ya te enseñaré. C.

* * *

Esa mañana, a las nueve, en la habitación compartida de la planta de Cardiología, el señor de Fuenlabrada del pádel roncaba en tres tonos. Don José estaba despierto, con la cama un poco levantada, mirando por la ventana un trozo de cielo azul de Madrid.

Doña Concha entró a las nueve y cuarto, más tarde que de costumbre. Llevaba el abrigo de paño negro, el broche de la abeja y el bolso. Y un táper de plástico pequeño, con una tapa azul.

Se sentó en la silla de plástico junto a la cama. Abrió el táper. Dentro había una croqueta. Grande. Fría.

—¿Y esto? —preguntó Don José.

—La última de la fuente.

—¿De qué fuente?

—De la del martes. La han hecho ellos. La chica. Con mi receta.

Don José miró la croqueta. Luego miró a su mujer. Tenía las ojeras más hondas que nunca, pero el moño estaba otra vez perfecto, sin un pelo fuera de sitio.

—Concha, no puedo comer fritos. Lo ha dicho el cardiólogo.

—Ya lo sé.

—Entonces...

—No es para que te la comas, José. —Doña Concha tapó otra vez el táper y lo dejó en la mesilla, junto al cuaderno amarillo—. Es para que sepas que te la han guardado.

Don José se quedó mirando el táper con la tapa azul en la mesilla.

—¿Te la han guardado?

—Los niños. En tu plato. Delante de tu silla. Porque pone en la receta que a ti te gusta comerte la última.

Don José no dijo nada. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Doña Concha le cogió la mano por encima de la sábana. La del brazo izquierdo. La que no tenía la vía.

—Y que sepas —añadió, mirando por la ventana el trozo de cielo azul— que estaban buenas. Un poco quemadas. Y de tamaños distintos. Pero buenas.

—¿Mejor que las tuyas?

Doña Concha le soltó la mano.

—José, no digas tonterías. Acabas de tener un infarto.

Capítulo 24

Enjambrazón

—Seis semanas —dijo el cardiólogo—. Sin coger peso. Nada de más de cinco kilos. Ni bolsas de la compra, ni nietos en brazos, ni cajas.

—¿Y colmenas? —preguntó Don José.

El cardiólogo, que se llamaba Íñiguez y tenía treinta y cuatro años, le miró por encima de las gafas de montura negra.

—¿Cuánto pesa una colmena?

—Llena, en junio, entre cuarenta y sesenta kilos.

—Entonces nada de colmenas.

—¿Y subir a la sierra? A mirarlas, nada más.

—Don José. —El cardiólogo cerró la carpeta del informe—. Usted ha tenido un infarto de cara anterior hace nueve días. Tiene dos stents en la descendente anterior. Tiene una fracción de eyección del cuarenta y cinco por ciento, que no está mal pero tampoco está bien. Va a empezar la rehabilitación cardiaca la semana que viene. Si yo le dejo subir a la sierra a "mirar" sus colmenas, dentro de diez minutos va a estar levantando una caja de cuarenta kilos y yo le voy a tener otra vez aquí. O en otro sitio peor.

Doña Concha, sentada en la silla de plástico junto a la cama, asintió con la cabeza muy despacio, como un juez que escucha una sentencia que comparte.

—Seis semanas —repitió el cardiólogo—. Y luego hablamos.

Se fue.

Don José se quedó mirando el techo de la habitación de Cardiología. En la cama de al lado, el señor de Fuenlabrada del pádel se había ido a casa

el día anterior. Ahora había un señor de Alcobendas que no roncaba, pero que veía la tele con auriculares y se reía solo de un concurso.

—Seis semanas, Concha.

—Ya lo he oído.

—En junio. En plena enjambrazón.

—Ya lo sé, José.

—Las colmenas no van a esperar seis semanas. Están llenas. Van a enjambrar todas. La seis ya tenía celdas reales hace quince días. La once también. Si nadie las revisa...

—Si nadie las revisa, ¿qué?

Don José se quedó callado.

—Se van —dijo al fin—. La mitad de las abejas se van con la reina vieja a buscar casa nueva. Y la colmena se queda débil, con una reina virgen que tiene que salir a fecundarse y que a lo mejor no vuelve. Y no hay miel este año. Y a lo mejor se pierden.

—Pues que se vayan —dijo doña Concha—. Son bichos. Ya volverán.

—No vuelven, Concha. Los enjambres no vuelven nunca.

Doña Concha no dijo nada.

* * *

Fue Diego quien se ofreció. Esa misma tarde, en el turno de visita de las cinco, sentado en la silla de plástico que su madre le había dejado mientras bajaba a la cafetería.

—Subo yo, papá.

Don José le miró.

—¿Tú?

—Yo. El sábado. Tengo el día libre. Me lo ha dado Íñigo.

—Diego, tú no sabes.

—Ya lo sé.

—Las colmenas no son como servir mesas. Hay que saber leer los cuadros. Hay que saber dónde está la reina, si hay celdas reales, cuántas, de qué edad. Hay que saber cuándo dividir y cuándo no. Hay que apuntarlo todo.

—Ya lo sé, papá.

—Está todo en la libreta negra. Veinte años de anotaciones. Colmena por colmena.

Diego bajó la vista.

—Papá, yo no puedo leer tu libreta negra.

Don José se calló.

Se quedó mirando a su hijo. Treinta y ocho años. Las manos grandes, quemadas por la plancha en dos sitios. La camisa de cuadros verdes del bar, que no se había quitado porque venía directamente del turno de mediodía. Los ojos que se le movían de un lado a otro de la habitación, sin parar, como siempre, como desde que tenía cuatro años: la ventana, la pantalla del señor de Alcobendas, el gotero, el táper azul de la croqueta en la mesilla, las flores de las del jueves en el pasillo, la cara de su padre.

—Tu letra es muy pequeña, papá —dijo Diego—. Y muy recta. Y muy junta. Las letras se me mueven todas a la vez.

—Ya.

—Pero si me lo cuentas, me lo aprendo.

Don José le miró.

—¿Cómo que si te lo cuento?

—Que me lo cuentes. Con la voz. —Diego sacó el móvil del bolsillo de la camisa—. Me lo grabas. Todo. Colmena por colmena. Cómo se abre, qué hay que mirar, qué hay que hacer. Y yo me lo pongo en los cascos y me lo aprendo. Como me aprendía los párrafos del hermano Ramiro. Como me aprendo las comandas. De oído.

Don José se quedó mucho rato mirando el móvil en la mano de su hijo.

* * *

Grabó el primer audio esa misma noche, a las diez, cuando su mujer se había ido a casa y el señor de Alcobendas dormía con los auriculares puestos.

Se incorporó un poco en la cama. Cogió el móvil de Diego, que se lo había dejado con la aplicación de grabar preparada y un botón rojo enorme en la pantalla. Lo pulsó.

—Diego. Audio uno. Cómo se abre una colmena.

Se calló. Se dio cuenta de que no sabía por dónde empezar. Llevaba cuarenta años abriendo colmenas y nunca había tenido que explicarle a nadie cómo se hacía. Lo había aprendido del tío Eusebio, en Montejo, en 1985, mirando sus manos de raíz de olivo, sin que el viejo dijera casi nada.

Volvió a empezar.

—Lo primero es el humo. El ahumador se enciende con jara seca y un trozo de cartón de huevera. Tiene que salir humo blanco, frío, espeso. Si sale negro o caliente, está mal. Se echa humo por la piquera, dos o tres soplos, y se espera. Un minuto. Hay que esperar siempre. Las abejas tienen que tener tiempo de comer miel.

Hizo una pausa.

—Diego, la apicultura es sobre todo esperar. Tú no sabes esperar. Nunca has sabido. Desde que eras pequeño. Pero las abejas te van a enseñar. Si te mueves deprisa, te pican. Si te mueves despacio, no. Es así de sencillo.

Otra pausa.

—Luego se levanta la tapa. Despacio...

* * *

Grabó once audios en tres noches. Uno por cada cosa importante.

Audio uno: cómo se abre una colmena. Audio dos: cómo se saca un cuadro sin aplastar abejas. Audio tres: cómo se reconoce la cría, la miel, el polen. Audio cuatro: cómo se busca la reina. (Es más larga. Va más despacio. Las demás le hacen corro. No te desesperes si no la ves. Yo tardé dos años en verlas a la primera.) Audio cinco: qué es una celda real y cómo se distingue de las demás. Audio seis: qué hacer si hay celdas reales. Audio siete: cómo se hace un núcleo. Audio ocho: qué es un enjambre. Audio nueve: qué hacer si ves un enjambre colgado de un árbol. Audio diez: la catorce y el núcleo de Thiago. Audio once: las colmenas una por una. Del uno al dieciséis. Lo que tiene cada una. Lo que le pasa a cada una. Su carácter.

El último duraba cuarenta y siete minutos. Don José lo grabó de un tirón, a la una de la madrugada del miércoles, en voz muy baja para no despertar al señor de Alcobendas, con la libreta negra abierta sobre la sábana, leyendo sus propias anotaciones de veinte años y contándolas en voz alta.

La uno es la más vieja. Tiene la reina del veinticuatro. Es tranquila pero tacaña: da poca miel. La dos es nerviosa, pica mucho, no le tengas miedo pero no te confíes. La tres es la mansa, la mejor, la que le enseñé a Thiago. Es la que me dio el infarto, pero no fue culpa suya. La cuatro...

Al final del audio once, después de la dieciséis, Don José se quedó un rato callado. El móvil siguió grabando. Se oía su respiración, el pitido de una máquina en el pasillo, la tele de alguna habitación lejana.

Luego habló otra vez. Más bajo.

—Diego. Esto que te voy a decir no es de las colmenas.

Se oyó cómo tragaba saliva.

—Cuando eras pequeño, nunca te expliqué nada así. Con la voz. Despacio. Para que lo aprendieras de oído. Te daba los libros y te decía que estudiaras. Y tú no podías. Y yo no entendía por qué. Si alguien me hubiera dicho que tú aprendías de oído, te habría grabado el temario entero de la EGB. Todas las asignaturas. Todos los años. —Se le quebró la voz—. Te he tenido que grabar esto con setenta y cuatro años y dos stents en el corazón. Lo siento, hijo. Debí hacerlo hace treinta años.

Pulsó el botón rojo.

El audio once terminaba ahí. Cuarenta y siete minutos y doce segundos.

* * *

Diego escuchó los once audios el jueves y el viernes. En el metro. En el almacén del bar, sentado en una caja de botellas de agua, en el descanso de las cinco. En la cocina de Chamberí, a las dos de la madrugada, con los cascos puestos, mientras se comía un plato de lentejas frías. Andando por la calle.

Los escuchó cuatro veces cada uno. Los cuarenta y siete minutos del último, seis veces.

El viernes por la noche, en la cama, con Samanda dormida a su lado y la luz de la farola entrando por la persiana del cuarto de invitados, se sabía de memoria el carácter de las quince colmenas vivas, la edad de cada reina, el número de cuadros, quién picaba más, quién daba más miel, quién tenía celdas reales hace quince días.

No había leído ni una sola palabra.

Escuchó el final del audio once otra vez. *Lo siento, hijo. Debí hacerlo hace treinta años.*

Lo escuchó dos veces. Luego se quitó los cascos y se quedó mirando el techo.

* * *

Subieron a La Hiruela el sábado seis de junio a las siete de la mañana.

Leandro conducía la furgoneta de la obra, con el Seat Toledo de Don José remolcado en una plataforma que le había dejado un compañero de Alcorcón, porque el coche se había quedado en el colmenar el día del infarto y había que bajarlo. Diego iba de copiloto. Thiago iba atrás, en su sillita homologada del grupo dos con anclaje Isofix, que doña Concha había trasladado personalmente del Toledo a la furgoneta el viernes por la noche y había comprobado tirando de las correas con las dos manos.

—Si le pasa algo al niño, Diego, no vuelvas.

—Ya lo sé, mamá.

—Lo digo en serio.

—Ya lo sé.

Thiago llevaba la careta de apicultor puesta desde Chamberí. No se la quitó en todo el viaje.

* * *

El colmenar estaba en plena locura de junio.

Las quince colmenas vivas y el núcleo de Thiago eran dieciséis volcanes. Solo la nueve, cerrada y vacía desde febrero, estaba en silencio. Las piqueras rebosaban. Había abejas en las tablas de vuelo, en los costados de las cajas, en los techos, en la hierba alrededor. El zumbido era un rugido grave que se oía desde la carretera. Olía a miel, a cera, a cantueso, a tomillo, a jara en flor, a verano.

Diego se quedó parado en el camino, a veinte metros, mirándolo.

Había estado allí muchas veces de niño, con su padre. Le había acompañado a la sierra los domingos hasta los doce o trece años, cuando empezó a decir que se aburría y que prefería quedarse en Madrid con los

amigos. Se acordaba de las abejas. Se acordaba de que le daban miedo. Se acordaba de que su padre le decía *estate quieto, Diego, estate quieto* y él no podía.

—¿Te dan miedo? —le preguntó Leandro, a su lado.

—Un poco.

—A mí me dan muchísimo —dijo Leandro, que medía uno noventa y cargaba vigas de doscientos kilos—. Yo me quedo en la furgoneta.

—Yo no —dijo Thiago, y echó a andar hacia el colmenar.

* * *

Diego se puso el traje blanco de su padre, que le quedaba corto de mangas y ancho de cintura. Se puso la careta. Se puso los guantes de cuero. Encendió el ahumador con jara seca y un trozo de cartón de huevera, como decía el audio uno. Salió humo negro. Lo apagó. Volvió a empezar. Salió humo blanco. Frío. Espeso.

Se puso los cascos, por debajo de la careta. Pulsó el audio uno.

Diego. Audio uno. Cómo se abre una colmena. Lo primero es el humo...

Y fue a la colmena número uno.

* * *

Al principio todo fue mal.

Se movía deprisa. No podía evitarlo. Era su cuerpo. Su cuerpo de toda la vida, el del ventilador, el que no se estaba quieto en clase ni en misa ni en la consulta del médico de la calle Velázquez. Levantaba la tapa de golpe. Sacaba los cuadros con un tirón. Giraba la cabeza de un lado a otro buscando algo que no sabía qué era.

Las abejas de la uno, que según el audio once eran tranquilas pero tacañas, se le echaron encima en una nube. Le picaron dos veces en los

tobillos, por el hueco entre el pantalón y las botas. Una se le metió por la manga corta del traje y le picó en el antebrazo.

Diego soltó el cuadro. Dio un paso atrás. Se quitó los guantes para rascarse.

—¡Diego! —gritó Thiago desde atrás, con la careta puesta—. ¡Despacio! ¡Lo dice el abuelo!

En los cascos, en ese momento, el audio uno decía:

Diego, la apicultura es sobre todo esperar. Tú no sabes esperar. Nunca has sabido. Pero las abejas te van a enseñar. Si te mueves deprisa, te pican. Si te mueves despacio, no. Es así de sencillo.

Diego se quedó quieto.

Respiró. Una vez. Dos veces. Tres.

Volvió a ponerse los guantes. Volvió a acercarse a la colmena uno. Muy despacio. Más despacio de lo que se había movido en su vida. Con las manos abiertas. Con la cabeza quieta.

Cogió el cuadro que había soltado. Lo levantó despacio. Muy despacio. Lo puso delante de su cara, a la luz del sol.

Y las abejas se quedaron quietas.

* * *

Se quedaron quietas sobre el panal. Caminando despacio sobre la cera, sobre las celdas hexagonales, unas sobre otras, como un líquido dorado. Sin volar. Sin zumbar más fuerte. Sin echársele encima.

Diego las miró.

Y vio.

No supo explicarlo después, ni a Samanda ni a su padre ni a nadie. Pero lo vio todo. De golpe. Como veía las catorce mesas del bar a la vez, cada una con lo suyo. Como veía el mapa de botones de la tableta. Como había visto, a los seis años, la fachada de la casa de Chamberí con cada

ventana y cada barrote del balcón, y la había dibujado de memoria con una regla.

Vio las celdas de cría en el centro del cuadro, con su opérculo marrón claro, abombado. Vio las celdas de miel en las esquinas de arriba, con su opérculo blanco y plano. Vio las celdas de polen en una banda entre las dos, de colores: amarillo, naranja, granate, gris, uno de cada flor. Vio las larvas blancas, enroscadas como comas, en el fondo de las celdas abiertas. Vio los huevos, diminutos, como granos de arroz, uno en cada celda, derechos, en el centro.

Una reina pone un huevo derecho en el centro, uno por celda, perfecto, decía el audio tres en su memoria.

Y vio a la reina.

En el borde inferior del cuadro. Más larga que las demás. Con el abdomen estirado, sin rayas tan marcadas. Rodeada de un corro de obreras que la tocaban con las antenas. Caminando despacio, con una especie de dignidad, como una señora que pasea por un mercado sabiendo que todos la miran.

Su padre había tardado dos años en verlas a la primera. Lo decía el audio cuatro.

Diego la había visto en la primera colmena que abría en su vida.

Se quedó tan quieto que dejó de oír los cascos.

* * *

Lo que descubrió aquel sábado, y que no le contó a nadie hasta mucho tiempo después, fue esto: las abejas no se movían cuando él las miraba.

Las letras sí. Las letras se movían siempre. En cuanto ponía los ojos en una página, las letras empezaban a bailar, a cambiar de sitio, a darse la vuelta, a meterse unas dentro de otras. La be se convertía en de. La pe en cu. La ene en u. *Pueute de papá.* Toda la vida igual.

Pero las abejas no. Las abejas se movían, sí, muchísimo, miles de ellas a la vez, caminando, volando, entrando, saliendo. Pero cuando él las miraba, despacio, con la cabeza quieta, cada abeja estaba en su sitio. Cada celda era una celda. Cada huevo era un huevo. Y nada bailaba.

Era como si las abejas, a diferencia de las letras, hubieran decidido estarse quietas para él.

Y había otra cosa. Algo que tardó todavía más en entender.

Su cuerpo, el del ventilador, el que no se estaba quieto nunca, el que le había costado dos colegios, mil doscientas frases de su madre y una pipa en la mesa de la cocina en 1997, allí, delante de un cuadro de abejas, se había quedado quieto solo. Sin esfuerzo. Sin que nadie le dijera *estate quieto, Diego*.

Porque si se movía, le picaban. Y si se quedaba quieto, veía.

Y lo que veía era más bonito que cualquier cosa que hubiera visto nunca.

* * *

Revisó las quince colmenas en cuatro horas. Con los audios en los cascos, colmena por colmena. Despacio. Muy despacio. Con Thiago a su lado, con la careta, apuntando en el cuaderno de dibujo lo que Diego le iba diciendo, porque Thiago sí sabía escribir números y algunas palabras.

1: bien. Reina vista. 2: pica. Bien. 3: la mansa. Bien. 6: celdas reales. Muchas. 11: celdas reales. Dos.

En la seis había siete celdas reales, dos de ellas ya cerradas. En la once, dos. En la ocho, una. Diego se acordó del audio seis. *Si hay celdas reales cerradas, la colmena va a enjambrar en días. Hay que dividirla o romper las celdas. Si no sabes qué hacer, llámame.*

Le llamó.

* * *

Don José contestó al primer tono. Estaba en la cama de la habitación de Cardiología, con la cama levantada, en pijama, con el móvil de doña Concha en la mano, porque el suyo se lo había quedado Diego.

Doña Concha estaba sentada en la silla de plástico, al lado. Llevaba toda la mañana mirando el móvil de su marido cada cinco minutos, aunque decía que no.

—¿Diego?

—Papá. Estoy en el colmenar.

—¿Y? ¿Cómo están?

—Las he revisado todas. Te mando las notas de Thiago por foto. La seis tiene siete celdas reales, dos cerradas. La once, dos. La ocho, una.

Don José se quedó callado un segundo.

—¿Has visto las celdas reales tú solo?

—Sí.

—¿Y las has distinguido de las de zánganos?

—Las de zánganos son abombadas y están en medio del panal. Las reales cuelgan del borde como bellotas. Lo dice el audio cinco.

Don José no dijo nada.

—Y he visto la reina en nueve colmenas —siguió Diego—. En la uno, la tres, la cuatro, la cinco, la siete, la ocho, la diez, la doce y la dieciséis. En las otras no la he encontrado, pero hay huevos derechos en el centro de las celdas, uno por celda, así que está.

Hubo un silencio largo en la línea.

—Papá, ¿estás bien?

—Estoy bien. —La voz de Don José sonaba rara—. Es que yo tardé dos años en ver las reinas a la primera.

—Ya lo sé. Lo dices en el audio cuatro.

—Y tú las has visto en nueve colmenas el primer día.

—Es que no se me mueven, papá —dijo Diego, y no supo explicar más—. Las abejas no se me mueven.

* * *

Don José le explicó por teléfono qué hacer con la seis. Hacer un núcleo con dos cuadros de celdas reales. Igual que con la catorce. Ponerlo en una caja vacía de las que había en el maletero del Toledo. Diego le escuchaba con el móvil sujeto entre la careta y el hombro, sin perder ni una palabra.

Estaba sacando el primer cuadro de la seis cuando Thiago gritó.

—¡Diego! ¡Mira!

Diego levantó la vista.

De la colmena once, la de las dos celdas reales, estaba saliendo algo.

Al principio parecía humo. Una columna oscura, espesa, que salía por la piquera y subía hacia el cielo. Luego se oyó el ruido. Un rugido. Un zumbido enorme, distinto del zumbido normal de las colmenas, más agudo, más alto, más alegre, como el ruido de una multitud que sale de un estadio después de ganar una final.

Eran las abejas. Miles. Decenas de miles. Saliendo todas a la vez de la colmena once, en un chorro continuo, y subiendo al aire, y girando, y formando una nube enorme, una nube viva, una nube que daba vueltas sobre el colmenar como un tornado lento y dorado, tapando el sol.

—Papá —dijo Diego al teléfono, muy despacio—. La once.

—¿Qué pasa con la once?

—Se está yendo.

* * *

Doña Concha lo vio todo.

Lo vio porque Don José, en la cama del hospital, con las manos temblándole, pulsó el botón de la videollamada y le pasó el móvil a su mujer.

—Concha, sujétalo tú. Yo no puedo. Me tiemblan las manos.

—José, el cardiólogo ha dicho que no te alteres.

—Concha, por favor. Sujétalo.

Doña Concha cogió el móvil. Lo sujetó en alto, delante de su marido, para que los dos pudieran ver la pantalla. En la pantalla apareció la cara de Diego detrás de la malla negra de la careta, y detrás de Diego, el cielo azul de la Sierra del Rincón tapado por una nube de abejas que giraba y giraba sobre las colmenas como un remolino de agua en un desagüe.

—Diego, gira el móvil —dijo Don José—. Enséñamelo.

Diego giró el móvil.

En la habitación de la planta de Cardiología del Hospital Universitario La Paz, el señor de Alcobendas se quitó los auriculares y se incorporó en su cama para mirar. Una enfermera que pasaba por el pasillo se detuvo en la puerta. Doña Concha sujetaba el móvil en alto con las dos manos, con el brazo extendido, como quien sujeta un cirio en una procesión.

En la pantalla, miles de abejas giraban en el aire de la sierra, con el sol brillando a través de ellas.

—Dios mío —dijo doña Concha, en voz muy baja.

Don José la miró. Era la primera vez en cuarenta y siete años que oía a su mujer decir *Dios mío* delante de algo que tuviera que ver con las abejas.

—Es un enjambre, Concha. La reina vieja se va. Con la mitad de las obreras. A buscar casa nueva. Dejan la colmena a las hijas.

—¿Y adónde van?

—Ahora verás. Primero se posan cerca. En un árbol. Y mandan exploradoras a buscar un sitio. Un hueco en un árbol, en una roca, en un tejado. Y cuando lo encuentran, se van todas juntas. Y no vuelven nunca.

—¿Y no se puede hacer nada?

—Sí —dijo Don José—. Se puede. Si las coges antes de que se vayan.

* * *

La nube se fue cerrando. Se fue estrechando, como un embudo, hacia un punto. Hacia un roble. Uno de los robles grandes del borde del colmenar, junto al muro de los antiguos. A unos tres metros de altura, en una rama que salía horizontal, como un brazo extendido.

Las abejas empezaron a posarse en la rama. Primero unas pocas. Luego cientos. Luego miles. Unas encima de otras, agarradas por las patas, colgando. En diez minutos, de la rama del roble colgaba un racimo enorme de abejas, del tamaño de un balón de fútbol, oscuro, brillante, vivo, que se movía y zumbaba como un corazón.

—El racimo —dijo Don José, en el hospital—. Ahí está la reina. En el centro. Diego, escúchame. Escúchame bien. Audio nueve.

—Me lo sé, papá.

—Dímelo.

Diego lo dijo. De memoria. Sin leer nada. Con el móvil sujeto entre la careta y el hombro.

—Se pone una caja vacía debajo del racimo. Con la tapa quitada y una sábana debajo. Se sujeta la rama con una mano. Se le da un golpe seco hacia abajo. Uno solo. Fuerte. Las abejas caen en la caja. La reina cae con ellas. Se pone la tapa despacio, dejando una rendija. Se espera. Si la reina está dentro, las demás entran solas. Se ponen en la piquera con el culo levantado y baten las alas para llamar a las que están fuera. Les están diciendo: aquí está la reina, aquí está casa. Si se van de la caja y vuelven al árbol, es que la reina no está dentro. Hay que volver a empezar.

Don José se quedó en silencio. En la cama del hospital, con su mujer sujetando el móvil delante de él, se quedó mirando la cara de su hijo en la pantalla, detrás de la malla de la careta.

—Lo has dicho mejor que yo —dijo al fin.

* * *

Leandro sujetó la escalera. Medía uno noventa, le daban muchísimo miedo las abejas y no se quejó ni una vez. Se había puesto encima la chaqueta del traje de Don José, que le estaba ridículamente corta, y una careta de repuesto que encontraron en el maletero del Toledo. Sujetó la escalera de aluminio con las dos manos contra el tronco del roble, con los ojos cerrados detrás de la malla.

Thiago sujetó el móvil. Lo sujetó en alto, con las dos manos, con la careta puesta, enfocando a Diego y al racimo, para que el abuelo lo viera todo desde el hospital.

Diego subió a la escalera.

Llevaba una caja vacía de las del maletero bajo un brazo. Subió despacio. Muy despacio. Peldaño a peldaño. Con la cabeza quieta. Con la respiración tranquila.

Se quedó a la altura del racimo. A treinta centímetros de su cara había quince mil abejas agarradas unas a otras, colgando de una rama de roble, zumbando con un ruido grave que le atravesaba el pecho. Las veía todas. Cada una. Agarradas por las patas a la de arriba, con las alas plegadas, moviendo las antenas. Y en el centro, invisible, la reina.

No le dio miedo.

Puso la caja debajo del racimo. La sujetó con la mano izquierda, contra el pecho. Con la derecha, cogió la rama del roble.

—Uno solo —dijo Don José, en la pantalla del móvil de Thiago, desde el hospital—. Seco. Fuerte. Ahora.

Diego dio el golpe.

* * *

El racimo cayó en la caja como un saco de harina. Un ruido sordo, pesado. Una explosión de zumbido. Miles de abejas saltando de la caja al aire, al pelo de Diego, a la careta, a los brazos, a la escalera, a la cabeza de Leandro, que apretó los ojos todavía más fuerte y empezó a rezar en voz baja algo que había aprendido de su abuela en Rosario.

Diego bajó de la escalera despacio, con la caja en brazos. La puso en el suelo, sobre la sábana. Le puso la tapa, despacio, dejando una rendija.

Se apartó.

Esperó.

Nadie habló. Ni en el colmenar ni en el hospital. Thiago sujetaba el móvil con las dos manos temblando. Leandro seguía con los ojos cerrados. En la habitación de Cardiología, doña Concha sujetaba el otro móvil en alto, con el brazo dormido ya, sin bajarlo. El señor de Alcobendas se había levantado de su cama y estaba de pie detrás de ella, mirando. La enfermera se había quedado en la puerta. Otra enfermera se había unido a la primera.

Un minuto. Dos. Tres.

Las abejas que estaban en el aire empezaron a bajar.

Bajaron hacia la caja. Se posaron en la rendija de la tapa. Y entonces Diego vio lo que había descrito el audio nueve, lo que había descrito él mismo de memoria hacía diez minutos: las abejas se ponían en la rendija con el abdomen levantado, apuntando hacia arriba, y batían las alas, muy deprisa, todas a la vez, en una fila dorada a lo largo del borde de la caja.

Aquí está la reina. Aquí está casa.

Y las demás entraban. Las del aire. Las de la escalera. Las del pelo de Diego. Las de la cabeza de Leandro. Todas. Una detrás de otra. Llamadas por aquellas que batían las alas en la puerta.

En diez minutos, no quedaba ni una abeja en el roble.

—Papá —dijo Diego, al móvil de Thiago, con la voz rota—. Han entrado. Todas.

En la pantalla, desde el hospital, Don José no dijo nada. Lloraba.

Doña Concha, que seguía sujetando el móvil en alto con el brazo dormido, tampoco dijo nada. Pero las dos enfermeras de la puerta y el señor de Alcobendas la vieron llorar también. Por tercera vez en su vida delante de alguien.

* * *

Antes de irse, a las tres de la tarde, revisaron el núcleo de Thiago.

Diego abrió la caja pequeña, la que había volcado el día del infarto y Thiago había vuelto a llenar con las manos desnudas y dos picaduras en el brazo. Sacó el cuarto cuadro, el de las celdas reales. Lo levantó a la luz.

Las tres celdas reales estaban abiertas. La grande, la mediana y "la bebé". Las tres tenían en la punta un agujero redondo, limpio, perfecto, con una tapita de cera colgando de un lado como la tapa de una lata de conservas. Por ahí habían salido las reinas.

—Han nacido —dijo Diego.

Thiago se acercó con la careta.

—¿Las tres?

—Las tres. Pero solo se queda una. La primera que nace mata a las otras, o las otras se van. Lo dice el audio siete.

—¿Y cuál se ha quedado?

Diego buscó en el cuadro. Despacio. Con la cabeza quieta. Con la respiración tranquila.

La encontró en el segundo cuadro. Era más pequeña que una reina madura, más delgada, más nerviosa. Una reina virgen. Caminaba deprisa

sobre la cera, sin corro de obreras todavía. Pero era ella. Diego la vio a la primera.

—Esa —dijo, señalándola con el dedo enguantado.

Thiago se acercó todavía más. Se quedó mirándola mucho rato a través de la malla de su careta.

—¿Es "la bebé"?

Diego miró la reina. Miró al niño.

—Sí —dijo—. Es "la bebé".

No tenía ni idea de si era la bebé o la grande o la mediana. Nadie podía saberlo. Pero Thiago tenía seis años, le había salvado la vida a su abuelo y había cerrado aquel núcleo con las manos desnudas para que no se enfriara la cría. Si la reina tenía que ser "la bebé", era "la bebé".

* * *

Antes de irse, dejaron las dos cajas nuevas en su sitio.

El enjambre de la once no tenía que viajar a ninguna parte. Un enjambre recién cogido todavía no sabe dónde vive, le había explicado su padre en el audio nueve, así que se le puede poner donde uno quiera, siempre que sea esa misma tarde. Diego levantó la caja de la sábana, despacio, con las abejas zumbando dentro, y la llevó hasta un soporte de hierro vacío junto al muro de los antiguos, al lado de la catorce. Le quitó la tapa un momento para meter cinco cuadros con cera estirada que había en el maletero del Toledo, la volvió a poner y abrió la piquera del todo. Las pocas abejas que seguían fuera entraron en dos minutos.

El núcleo de la seis lo puso al otro lado, junto al de Thiago, con la piquera estrecha, como decía el audio siete, para que pudieran defenderla mientras naciera su reina.

Thiago les pintó los números con el rotulador negro de Don José. Le salieron torcidos, como siempre, pero esta vez ninguno al revés. Ya tenía seis años.

18. 19.

Volvieron a Chamberí a las siete y media. Leandro conduciendo la furgoneta con el Toledo en la plataforma. Thiago dormido en la sillita homologada, con la careta puesta todavía. Diego de copiloto, con las manos llenas de picaduras, la cara quemada por el sol y un cansancio en el cuerpo que no había sentido nunca. Un cansancio distinto del del bar. Un cansancio limpio.

En el colmenar, junto al muro de los antiguos, se quedaban diecinueve cajas. La nueve, cerrada y en silencio. Y dieciocho que zumbaban. La diecisiete era la de "la bebé".

—¿Te ha gustado? —preguntó Leandro, en la autovía.

Diego tardó en contestar.

—Lea, ¿tú sabes lo que es estarse quieto?

—Claro.

—Yo no lo sabía. Hasta hoy.

* * *

Esa noche, a las doce, cuando todos dormían, Diego se sentó en la mesa de la cocina de Chamberí con un bloc de dibujo que había comprado en la Papelería Casado de Fuencarral en su último día de liquidación por cierre, y una caja de lápices de grafito de distintas durezas.

No había dibujado nada en veinte años. Desde los dieciocho. Lo había dejado, como había dejado tantas cosas, porque nadie le había dicho nunca que lo hacía bien.

Empezó a dibujar.

Dibujó el colmenar. De memoria. Sin fotos, sin modelo. Las dieciséis cajas en sus dos filas, la nueve incluida, cerrada y sin abejas en la piquera, con sus números, con sus colores, cada una con sus manchas de pintura y sus golpes en la madera, exactamente como eran. El muro de piedra de los antiguos, piedra por piedra. Los robles del borde. El camino de tierra bajando hacia el río. La piedra grande donde su padre comía con Thiago.

Y en el roble grande, en la rama que salía horizontal como un brazo extendido, el racimo. Quince mil abejas colgando, una por una, cada una agarrada por las patas a la de arriba, con las alas plegadas y las antenas moviéndose. Las dibujó todas. O eso parecía. Tardó cuatro horas solo en el racimo.

Debajo del roble dibujó una escalera de aluminio, sujeta por un hombre muy grande con una chaqueta muy corta y los ojos cerrados. Y al lado, un niño pequeño con una careta de apicultor y un móvil levantado con las dos manos.

No se dibujó a sí mismo. No hacía falta. Se notaba que el dibujo estaba hecho desde arriba de la escalera.

Terminó a las cinco de la mañana. Justo cuando Samanda entraba en la cocina, en pijama, a cebar el mate, aunque ese día no iba a la limpieza.

Samanda se quedó parada en la puerta.

Miró el dibujo en la mesa de formica. Lo miró mucho rato. Luego miró a Diego, con las manos negras de grafito, los ojos rojos de no dormir y las picaduras hinchadas en los antebrazos.

—¿Esto lo has hecho tú?

—Sí.

—¿De memoria?

—Sí.

Samanda se acercó. Se agachó sobre el dibujo. Contó las colmenas. Dieciséis. Contó las piedras del muro. Dejó de contar en la cuarenta. Miró el racimo. Se acercó más. Las abejas tenían antenas. Cada una.

—Diego. Esto...

No terminó la frase.

—¿Está bien? —preguntó Diego.

Samanda se incorporó. Le miró. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Diego, esto es lo más bonito que he visto en mi vida.

* * *

El lunes por la tarde, Diego le llevó el dibujo a su padre al hospital.

Don José lo miró mucho rato, con las gafas de cerca, en la cama levantada, con el dibujo apoyado sobre las rodillas. No dijo nada. Pasó el dedo por encima de las colmenas, sin tocar el papel, a un centímetro, como quien recorre un plano buscando un error.

No encontró ninguno.

—Esto es mejor que un plano —dijo al fin.

—¿Tú crees?

—Yo he visto muchos planos, hijo. En la Escuela, en las obras, en el Ministerio. Planos de puentes de ciento veinte metros hechos por quince ingenieros con ordenadores. —Don José levantó la vista del dibujo—. Ninguno tenía las antenas de las abejas.

Doña Concha, en la silla de plástico, se levantó. Se acercó a mirar. Se puso las gafas de cerca. Miró el dibujo un buen rato, con los labios apretados.

Luego miró a su hijo.

—Los dibujos de la caja —dijo—. Los de la fachada de casa, con los barrotes del balcón. Los de los edificios. Tenías seis años.

—Ya lo sé, mamá.

—Tu padre los va a enmarcar. En nogal.

—Ya me lo dijo.

Doña Concha se quedó un momento callada.

—Este también —dijo.

Y se volvió a sentar en la silla de plástico, muy deprisa, para que nadie le viera la cara.

* * *

Esa noche, Don José abrió el cuaderno amarillo. Fue a la página de Diego. Leyó lo que había. *Tratamiento: ~~pendiente~~ iniciado.* La nota de su mujer. La suya. *Hoy ha leído una carta de su madre él solo...*

Debajo escribió:

6 de junio. Diego ha subido al colmenar con mis audios en los cascos. Ha revisado las quince. Ha visto la reina en nueve el primer día. Yo tardé dos años. Ha cogido el enjambre de la once de un roble, con Leandro en la escalera y Thiago con el móvil. Concha lo ha visto todo desde aquí, sujetando el teléfono con el brazo dormido.

Dice que las abejas no se le mueven. Que las letras sí, pero las abejas no.

Ha dibujado el colmenar de memoria. Con las antenas de las abejas.

Le he grabado once audios con setenta y cuatro años y dos stents. Debí grabarle la EGB entera hace treinta años.

Se quedó mirando la página. Luego pasó a la primera hoja del cuaderno, donde estaba la lista de las colmenas, la que había copiado de la libreta negra en enero. Del uno al dieciséis. Y la catorce, con *Responsable: Thiago. Asistente técnico: José.*

Al principio de la lista, encima del número uno, escribió una línea nueva:

Colmenar de La Hiruela. Responsable: Diego. Asistente técnico: José (de baja).

Y debajo, más pequeño:

Diecisiete colmenas y un núcleo. Dieciocho. Y subiendo.

Capítulo 25

Cuatro velas

Mía cumplía cuatro años el nueve de junio, y quería celebrarlo con su abuelo.

No con una fiesta en el piso de Chamberí, aunque doña Concha la había ofrecido con el comedor, la mesa para diez y la vajilla de la cenefa azul. No con los niños del patio de Usera, aunque Samanda había pensado invitarles. No en el parque, ni en un sitio de bolas, ni en ninguna de las opciones que le habían propuesto sus mayores en sucesivas reuniones familiares celebradas en la cocina conforme al apartado 5.1 de las normas de convivencia.

Mía quería celebrarlo con el abuelo. Y el abuelo estaba en el hospital.

—Pues en el hospital —dijo Mía, con la lógica implacable de los tres años y trescientos sesenta y cuatro días.

—Mi amor, en el hospital no se pueden hacer fiestas —le explicó Samanda.

—¿Por qué?

—Porque hay gente enferma.

—El abuelo está enfermo y quiere fiesta.

—¿Cómo sabes tú que quiere fiesta?

—Porque me lo ha dicho.

Samanda miró a doña Concha. Doña Concha miró a Samanda. Ninguna de las dos sabía en qué momento le había dicho Don José a Mía que quería fiesta, porque la niña solo le había visto dos veces desde el infarto, diez minutos cada vez, en la habitación de la planta de Cardiología, a través de las barandillas de la cama.

—¿Cuándo te lo dijo? —preguntó doña Concha.

—El jueves. Me dijo al oído: "Mía, el día de tu cumpleaños quiero tarta".

Doña Concha cerró los ojos.

—Ese hombre no tiene arreglo.

* * *

Doña Concha negoció la fiesta con la supervisora de la planta de Cardiología como se negociaba una modificación de proyecto con la dirección facultativa de una obra pública: por escrito, con argumentos técnicos y con una paciencia de piedra.

La supervisora se llamaba Mercedes, tenía cincuenta y ocho años, llevaba treinta y uno en La Paz y había visto entrar y salir a tantos familiares que ya no se sorprendía de nada. Escuchó a doña Concha en el control de enfermería, con los brazos cruzados sobre el uniforme.

—Una hora —dijo doña Concha—. De seis a siete de la tarde. En la habitación. Seis personas como máximo, más los dos niños. Sin ruido. Sin globos, si molestan. Sin nada que perjudique a los demás pacientes.

—¿Y la comida?

—Una tarta pequeña. Para la niña. Mi marido no la tocará.

—Su marido es cardiópata con dos stents de hace diez días, señora.

—Mi marido es un insensato con dos stents de hace diez días —corrigió doña Concha—. Por eso estaré yo delante.

La supervisora Mercedes la miró un rato. Luego miró la habitación del fondo del pasillo, la 414, donde se oía a Don José explicándole algo a la enfermera de turno sobre las abejas.

—¿Y velas?

—Cuatro.

—No.

Doña Concha levantó una ceja.

—¿Cómo que no?

—Señora, su marido lleva oxígeno. Gafas nasales. Y el compañero de habitación también. —La supervisora Mercedes se descruzó los brazos—. En una habitación con oxígeno no se enciende una llama. Nunca. Ni una cerilla, ni un mechero, ni una vela de cumpleaños. El oxígeno no arde, pero hace que todo lo demás arda muchísimo mejor. Una chispa y tiene usted a su marido con la cara quemada.

Doña Concha se quedó en silencio.

La supervisora Mercedes esperaba la discusión. Llevaba treinta y un años teniéndola con familiares que querían encender velas, fumar en el balcón, traer estufas de casa, enchufar mantas eléctricas. Estaba preparada para la batalla.

—Tiene usted toda la razón —dijo doña Concha.

La supervisora parpadeó.

—¿Perdone?

—Que tiene toda la razón. —Doña Concha asintió con gravedad—. Yo he dirigido obras durante cuarenta años. He parado una obra entera porque un soldador trabajaba al lado de unas bombonas de oxiacetileno sin pantalla. Sé perfectamente lo que es el oxígeno. Sin velas.

La supervisora Mercedes se la quedó mirando con una mezcla de asombro y de algo que se parecía mucho al respeto.

—Pues tiene usted la hora —dijo—. De seis a siete. Y si alguien pregunta, la ha autorizado la supervisora.

—Gracias.

—No me las dé. —La supervisora Mercedes volvió a cruzar los brazos—. Es la primera vez en treinta y un años que un familiar me da la razón en lo del oxígeno. Me ha alegrado el turno.

* * *

El problema de las velas lo resolvió Diego.

Lo resolvió la noche anterior, en la mesa de la cocina de Chamberí, con el bloc de dibujo de la Papelería Casado y la caja de lápices de colores que le había comprado a Thiago para el colegio, cuando Samanda le contó lo que había dicho la supervisora.

—Sin velas —repitió Samanda—. Por el oxígeno.

—¿Y qué sopla Mía?

—No sé. Nada. Le cantamos y ya está.

Diego se quedó mirando el bloc. Luego cogió un lápiz amarillo, otro naranja y otro rojo.

—Espera.

Tardó dos horas. Samanda se acostó a la una. Cuando se levantó a las cinco, a cebar el mate, encontró en la mesa de formica una hoja de cartulina recortada con unas tijeras de cocina, del tamaño exacto de la tapa de una tarta.

En la cartulina había cuatro velas. Dibujadas.

No eran unas velas cualquiera. Eran cuatro velas de cumpleaños, de las de rayas en espiral, una rosa, una amarilla, una azul y una verde, de pie, con su mecha negra. Y encima de cada mecha, una llama.

Las llamas eran lo increíble. Diego las había hecho con lápices de colores, en capas, del amarillo al naranja y del naranja al rojo, con un centro casi blanco, y con un halo de luz alrededor dibujado con el lápiz amarillo apretando muy poco. Las cuatro llamas estaban ligeramente inclinadas hacia el mismo lado, como si les diera una corriente de aire. Parecían moverse.

Samanda se quedó mirándolas un buen rato con la calabaza del mate en la mano.

Debajo de las velas, en una esquina de la cartulina, con la letra torcida de Diego, había escrito una sola palabra, con una falta de ortografía:

Mia.

Sin tilde.

Samanda no se la corrigió.

* * *

La tarta la hizo Samanda. Era una chocotorta.

En Argentina, en cualquier cumpleaños infantil de cualquier barrio, de Ludueña a Recoleta, había una chocotorta. Era una tarta sin horno, de galletas de chocolate mojadas en café con leche y apiladas en capas con una crema de dulce de leche y queso crema, que se dejaba toda la noche en la nevera hasta que las galletas se ablandaban y se convertían en algo parecido a un bizcocho. Era la tarta de la infancia de Samanda. Su abuela del pañuelo blanco se la hacía cada cumpleaños con las galletas más baratas del almacén y un dulce de leche casero hecho en una olla durante tres horas.

En Madrid no había galletas Chocolinas. Samanda las buscó en tres tiendas latinas de Usera y de Tetuán y las encontró al fin en una tienda de productos argentinos de la calle Bravo Murillo, a un precio que la hizo dudar delante del estante durante dos minutos enteros. Las compró.

Doña Concha la vio montar la tarta el lunes por la noche, en la cocina, mojando las galletas una a una en un plato de café con leche y colocándolas en capas en una fuente rectangular.

—¿Eso es una tarta?

—Es una chocotorta, señora. La tarta de los cumpleaños en mi país.

—Son galletas mojadas en café.

—Con dulce de leche y queso crema.

—Galletas mojadas en café —repitió doña Concha, con la expresión de quien ve a un albañil poner los ladrillos con cola de carpintero—. En mi casa, cuando Diego mojaba las galletas en el café, le mandaba a la cocina.

—Mañana la prueba, señora.

—No pienso.

—Ya veremos.

* * *

Llegaron a la habitación 414 a las seis menos cinco.

Doña Concha delante, con el abrigo de paño negro aunque hacía veintiocho grados en la calle, porque aquel abrigo se había convertido en algo parecido a una armadura y no estaba dispuesta a quitárselo hasta que su marido saliera de allí. Samanda detrás, con la chocotorta en una fuente tapada con papel de aluminio. Diego con una bolsa de plástico llena de platos de cartón, servilletas, una botella de zumo y la cartulina de las velas envuelta en papel de seda. Leandro y Yuli, con un regalo envuelto en papel de colores y un lazo enorme que Yuli había hecho ella misma con cinta de raso. Thiago, con su careta de apicultor colgada a la espalda como una mochila, porque ya no se la ponía en la cabeza pero no salía de casa sin ella.

Y Mía, de la mano de su madre, con el vestido de terciopelo verde de Nochebuena, que ya le quedaba un poco corto, y una corona de cartón dorado que le había hecho Thiago en el colegio, con cuatro puntas.

Don José estaba en la cama, levantada, en pijama, con las gafas nasales del oxígeno, la vía en el brazo derecho y una sonrisa que no le cabía en la cara. Llevaba desde las tres de la tarde preguntando la hora a cada enfermera que pasaba.

—¡Mía! ¡Mi reina!

Mía soltó la mano de su madre y corrió hacia la cama.

—¡Abuelo! ¡Es mi cumpleaños!

—¡Ya lo sé! ¿Cuántos cumples?

Mía levantó la mano y enseñó cuatro dedos con mucho esfuerzo, porque el pulgar se le doblaba solo.

—¡Cuatro!

—Cuatro. —Don José le cogió la manita con la suya, la del brazo izquierdo, la de sin vía—. Ya eres mayor.

—Sí. Ya no llevo pañal.

—Eso es muy importante.

—Sí. Lo dice Concha.

* * *

En la cama de al lado, el señor de Alcobendas se había quitado los auriculares. Estaba incorporado en su cama, mirando la escena con interés. Era un hombre de sesenta y cinco años, jubilado de una empresa de autobuses, con un bigote canoso y un pijama de rayas azules, que llevaba seis días en la 414 y que ya se sabía de memoria la vida de todos los Velasco.

—¿Es hoy el cumpleaños de la niña? —preguntó.

—Hoy —dijo Don José—. Cuatro años.

—Pues felicidades, princesa.

Mía le miró desde la cama de su abuelo con toda la dignidad de una corona de cartón dorado.

—Soy reina.

—Perdón. Felicidades, majestad.

Mía asintió, satisfecha.

* * *

Llegaron también las enfermeras. No todas a la vez, sino de una en una, a medida que sus turnos les dejaban un hueco, asomándose a la puerta de la 414 con la excusa de tomar una tensión o revisar un gotero.

La primera fue Raquel, la del turno de tarde, una chica de veinticinco años de Talavera con un piercing en la nariz que a doña Concha le había horrorizado el primer día y que ahora le parecía casi elegante. Traía en la mano un guante de látex azul, de los de exploración, inflado como un globo y atado por la muñeca, con una cara dibujada con rotulador negro en la palma: dos ojos, una nariz y una sonrisa enorme. Los cinco dedos inflados parecían una cresta de pelo.

—Para la cumpleañera —dijo, dándoselo a Mía—. Es un gallo.

Mía cogió el guante inflado por la muñeca. Lo miró. Lo apretó. El guante hizo un ruido de goma.

—Es un pollo —dijo.

—Es un gallo.

—Es un pollo pequeño. Como yo.

Raquel se echó a reír.

Luego llegó Mercedes, la supervisora, con la excusa de revisar el oxígeno. Lo revisó. Miró a doña Concha. Doña Concha la miró a ella. Se hicieron un gesto con la cabeza, de colegas, como dos jefas de obra que se cruzan en una reunión de coordinación.

Y luego llegó, para sorpresa de todos, una enfermera de la Unidad Coronaria. No trabajaba en aquella planta. Había bajado a propósito desde la tercera, en su descanso. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, morena, con unas gafas de pasta roja y unos zuecos blancos que hacían clac-clac por el pasillo. Se llamaba Charo.

Doña Concha la reconoció enseguida. Era la que estaba de guardia la noche del sábado del infarto, en el control de la Unidad Coronaria, cuando ella entró a las nueve los diez minutos de visita.

—Señora Arroyo.

—Buenas tardes.

—Me he enterado por Mercedes de que hoy era el cumpleaños de la niña. —La enfermera Charo miró a Don José, en la cama, con su sonrisa y su oxígeno—. Y quería ver cómo estaba el señor Velasco. Ya sabe. Para quedarme tranquila.

—Está muy bien. Gracias.

La enfermera Charo se quedó mirando a doña Concha un momento. Parecía que iba a decir algo más. No lo dijo. Se acercó a la cama de Don José, le miró la pantalla del monitor que tenía al lado, comprobó la frecuencia, la saturación, la tensión. Sonrió.

—Muy bien, señor Velasco. Va usted como un reloj.

—Como un reloj suizo —dijo Don José.

—Como un reloj —repitió la enfermera Charo, y miró otra vez a doña Concha, con una expresión que doña Concha no supo descifrar, una expresión de quien sabe algo que no va a contar.

Se fue con su clac-clac de zuecos por el pasillo.

* * *

A las seis y cuarto, Samanda destapó la chocotorta.

La había dejado toda la noche en la nevera, y luego toda la mañana, y las galletas se habían ablandado hasta convertirse en una masa oscura y tierna, separada por capas de crema pálida de dulce de leche y queso. Por encima la había cubierto con una última capa de crema y había espolvoreado cacao en polvo con un colador, y había dibujado con el dedo una corona de cuatro puntas.

Diego sacó del papel de seda la cartulina de las velas. La colocó con mucho cuidado encima de la tarta, sobre la crema, apoyada contra una botella de zumo para que se quedara de pie.

Las cuatro velas dibujadas, con sus llamas de lápiz amarillo, naranja y rojo inclinadas hacia el mismo lado, parecían moverse con la corriente del aire acondicionado de la habitación.

Hubo un pequeño silencio.

—Hostias —dijo el señor de Alcobendas desde su cama, sin poder evitarlo.

—Ramón —dijo doña Concha, por pura costumbre, aunque el señor de Alcobendas no se llamaba Ramón sino Eusebio.

—Perdón, señora. Es que parecen de verdad.

Raquel, la enfermera de Talavera, se acercó a mirar. Se quedó con la boca abierta.

—¿Esto quién lo ha hecho?

—Mi papá —dijo Thiago, señalando a Diego.

Diego se quedó quieto.

No dijo nada. No podía. Samanda le miró. Doña Concha le miró. Don José, desde la cama, con el oxígeno, le miró.

Thiago no se dio cuenta de lo que había dicho. Lo había dicho como quien dice que el cielo es azul o que el agua moja. Ya estaba mirando otra vez la tarta, contando las capas de galletas por el borde.

Diego se dio la vuelta hacia la ventana un momento, con la excusa de bajar un poco la persiana porque daba el sol.

* * *

Cantaron el cumpleaños feliz.

Lo cantaron bajito, por respeto al resto de la planta. En tres versiones simultáneas, como siempre: la española, desafinada, de doña Concha y Diego; la argentina, con el "que los cumplas feliz", de Samanda, Leandro y Thiago; y la colombiana, con palmas silenciosas, de Yuli. El señor de

Alcobendas cantó también, en una cuarta versión, con una letra que se había aprendido de sus nietos y que tenía una estrofa sobre un payaso.

Mía, sentada en la cama de su abuelo, con la corona de cartón dorado y el guante inflado en la mano, miraba las cuatro velas dibujadas con los ojos muy abiertos.

—¡Sopla, Mía! —dijo Yuli—. ¡Pide un deseo y sopla!

Mía cerró los ojos. Pidió el deseo. Luego abrió los ojos, se inclinó hacia la tarta y sopló con todas sus fuerzas. Un soplido tremendo, como el de los setenta y dos años de doña Concha, que llenó de cacao en polvo la sábana de Don José.

Las velas dibujadas no se apagaron. Siguieron allí, con sus llamas de lápiz inclinadas hacia el mismo lado.

Mía las miró. Frunció el ceño.

—No se apagan.

Hubo un silencio. Nadie había pensado en aquello.

Y entonces Diego se acercó a la tarta. Cogió la cartulina con mucho cuidado. Le dio la vuelta.

En el otro lado había las mismas cuatro velas, dibujadas exactamente igual, con las mismas rayas en espiral, una rosa, una amarilla, una azul y una verde, con su mecha negra. Pero sin llamas. Apagadas. Y de cada mecha salía un hilillo de humo gris, dibujado con el lápiz de grafito más blando, en una espiral que subía y se deshacía hacia el borde de la cartulina.

Diego volvió a colocar la cartulina sobre la tarta, apoyada en la botella de zumo. Con las velas apagadas hacia Mía.

—Ya está —dijo—. Las has apagado.

Mía miró las velas apagadas con su hilillo de humo. Luego miró a Diego.

Luego aplaudió.

* * *

La chocotorta la probaron todos. Incluso la enfermera Raquel, que se comió un trozo de pie en la puerta, con la excusa de que estaba en su descanso. Incluso el señor de Alcobendas, que no podía comer dulce por la diabetes pero que se comió una cucharadita "solo por probarla" y dijo que era lo mejor que había comido en seis días de hospital, cosa que no era muy difícil.

Don José no la probó. Doña Concha se puso delante de él con la fuente en una mano y una cuchara de plástico en la otra, como un guardia en la puerta de un banco.

—Ni se te ocurra.

—Concha, un poquito...

—José. Dos stents.

—Una cucharadita.

—Ni una.

Don José miró la chocotorta con una tristeza infinita.

Y doña Concha, para darle ejemplo, cogió un trozo pequeño con la cuchara de plástico. Lo miró. Lo olió. Lo probó.

Masticó despacio. Las galletas ablandadas, la crema de dulce de leche, el café, el cacao. Todos la miraban.

Doña Concha tragó.

—Demasiado dulce —sentenció.

Samanda sonrió.

Doña Concha se terminó el trozo. Luego, con la naturalidad de quien no está haciendo nada especial, cogió otro.

Don José, desde la cama, le guiñó un ojo a Samanda.

* * *

Los regalos llegaron después.

De Leandro y Yuli, una muñeca de trapo que Yuli había cosido ella misma con retales de la peluquería, con trenzas de lana negra y un vestido amarillo de flores como el que Yuli llevaba en el cumpleaños de doña Concha. De Thiago, un dibujo de la colmena diecisiete con una abeja enorme que llevaba una corona, y debajo, con sus letras de colegio: *LA BEBÉ*. De Diego y Samanda, un vestido nuevo, de verano, de algodón, de color amarillo, porque el de terciopelo verde ya le quedaba corto. Del señor de Alcobendas, un billete de cinco euros doblado en cuatro, que sacó de la cartera y le dio a Mía con mucha ceremonia, como se hacía en su pueblo.

Y de Don José, desde la cama, una cajita pequeña de cartón.

—La compró Concha —confesó—. Yo le dije lo que quería. Ella fue a buscarlo.

Mía la abrió. Dentro había un tarro de cristal diminuto, como de muestra, del tamaño de un dedal, con una tapa dorada y una etiqueta escrita a mano con la letra recta de Don José, aunque temblorosa.

Miel de la 14. Para Mía. De la primera cosecha de su hermano.

—Es la miel de la colmena de Thiago —explicó Don José—. Del otoño. La guardé para ti. Es poquita. Es para que la pruebes cuando seas mayor.

Mía miró el tarro diminuto a la luz de la ventana. La miel era oscura, casi negra, de brezo.

—¿Ahora no?

—Ahora no. Cuando seas mayor.

—¿Cuándo?

—Cuando tengas algo que celebrar.

Mía lo pensó. Luego le dio el tarrito a su madre para que se lo guardara, con mucha seriedad, como quien entrega una joya a una caja fuerte.

* * *

Quedaba un regalo.

Doña Concha lo había dejado para el final. Estaba en una caja redonda, de cartón rígido, de color gris perla, con una cinta de raso negra. Una caja de sombrerería. De las antiguas. Con un nombre impreso en la tapa en letras doradas que se habían ido borrando con el tiempo: el de una sombrerería de la plaza Mayor que llevaba abierta desde el siglo diecinueve.

Mía la miró. Era casi tan grande como ella.

—¿Qué es?

—Ábrela.

Mía tiró de la cinta de raso. Levantó la tapa.

Dentro, sobre un papel de seda blanco, había un sombrero de fieltro gris. Con el ala un poco ladeada. Con una cinta de grosgrain del mismo color alrededor de la copa. Con una plumita pequeña, gris también, prendida en el lado izquierdo con un alfiler.

Era el sombrero de las bodas de doña Concha. El de la foto del marco de nogal de la vitrina. El que Mía se había puesto en octubre, dormida en el sofá, con los labios mal pintados de rojo.

Mía se quedó mirándolo.

Don José, en la cama, se quedó mirando a su mujer.

—Concha...

—Calla, José.

—Concha, es el sombrero de la boda de tu hermana. Y de la de tu sobrina. Y de la...

—Ya sé de qué bodas es, José. Las he ido todas.

Doña Concha sacó el sombrero de la caja. Se lo puso a Mía en la cabeza, encima de la corona de cartón dorado de Thiago, con mucho cuidado, ladeándolo exactamente como ella lo llevaba, un poco hacia la

derecha. Le quedaba enorme. Le tapaba media cara. La corona de cartón asomaba por debajo del ala como la punta de un iceberg dorado.

—Te dije en octubre que era de reina —dijo doña Concha.

Mía levantó la cabeza para verla por debajo del ala.

—¿Es mío?

—Es tuyo.

—¿Para siempre?

Doña Concha tardó un momento en contestar.

—Yo ya no voy a ir a muchas más bodas, hija. —Le enderezó el sombrero con dos dedos, un milímetro—. Y tú vas a ir a muchas.

* * *

Fue entonces cuando Don José empezó a hablar de las feromonas.

Nadie se lo había pedido. Pero el oxígeno le daba una energía rara, y la habitación estaba llena, y había una niña de cuatro años con un sombrero de fieltro gris de bodas encima de una corona de cartón, y un niño de seis años con una careta de apicultor a la espalda que le había llamado "papá" a un hombre que no era su padre, y Don José llevaba diez días en una cama de hospital sin poder hablar de sus abejas con nadie más que con una enfermera de Talavera y un señor de Alcobendas.

—¿Sabéis cómo se reconocen las abejas de una colmena? —dijo, desde la cama.

—José —dijo doña Concha.

—Es para la niña, Concha. Es su cumpleaños.

—La niña tiene cuatro años.

—Por eso. Ya es mayor.

Doña Concha suspiró. Se sentó en la silla de plástico. Se quitó, por fin, el abrigo de paño negro, y lo dobló sobre sus rodillas.

—Cada colmena huele distinto —siguió Don José—. Tiene un olor propio. Está hecho de muchas cosas: de la reina, de la cera, de la miel, de las flores que han visitado ese año, de todas las abejas que viven allí. Es como el olor de una casa. Cada casa huele distinto. ¿A que sí, Thiago?

—La de Usera olía a lejía —dijo Thiago—. Y la de Concha huele a cera de muebles.

—Exactamente. Y en la puerta de cada colmena hay unas abejas que se llaman guardianas. Huelen a cada abeja que llega. Si huele a casa, la dejan entrar. Si no huele a casa, la echan.

—¿Y si se equivoca de colmena? —preguntó Thiago.

—Si se equivoca, la echan. A veces la pican. Aunque venga cargada de polen y de néctar. Aunque traiga regalos.

—Pues vaya —dijo Yuli.

—Pero hay un truco. —Don José levantó un dedo, el de la mano izquierda, con el pulsioxímetro enganchado en la punta como un dedal rojo—. A veces un apicultor tiene dos colmenas débiles y quiere juntarlas en una sola, para que sea fuerte. Si las juntas de golpe, se matan. Las de una colmena no reconocen el olor de las otras, y se pelean hasta la muerte.

—¿Entonces?

—Entonces se pone un periódico.

Hubo un pequeño silencio en la habitación 414.

—¿Un periódico? —preguntó Samanda.

—Un periódico. Una hoja de periódico normal. —Don José se incorporó un poco más en la cama, entusiasmado, con las gafas nasales del oxígeno torcidas—. Se pone una colmena encima de la otra, y entre las dos, una hoja de periódico. Con un par de agujeritos pequeños hechos con un clavo. Y las abejas de arriba y las de abajo empiezan a roer el periódico. Poco a poco. Despacio. Cada una por su lado. Tardan un día, dos, tres. Y mientras roen el papel, por los agujeritos se va pasando el olor. El de arriba

baja. El de abajo sube. Y se mezclan. Y cuando por fin han roído todo el periódico y se encuentran, ya no se pelean.

—¿Por qué? —preguntó Thiago.

—Porque ya huelen igual.

Don José se quedó callado. Miró a su alrededor, la habitación, la gente.

Miró a Samanda, con su moño perfecto y su chocotorta. Miró a Leandro, enorme en la silla de plástico. Miró a Yuli, con su muñeca de trapo. Miró a Diego, con la cartulina de las velas en la mano. Miró a Thiago, con la careta a la espalda. Miró a Mía, con el sombrero de fieltro gris de las bodas encima de la corona de cartón dorado.

Y miró a su mujer.

—Una familia que no se conocía —dijo, más bajo—, si la juntas de golpe, se pelea. Pero si pones un periódico en medio, y dejas que vayan royendo despacio, cada uno por su lado, un día, dos, tres, meses... al final se encuentran. Y ya huelen igual.

Nadie dijo nada.

Doña Concha, en la silla de plástico, con el abrigo de paño negro doblado sobre las rodillas, se quedó mirando a su marido.

—José —dijo al fin.

—Dime.

—Llevas cuarenta y siete años comprando dos periódicos al día y dejándolos tirados por toda la casa.

—Ya lo sé.

—Es la primera vez que sirven para algo.

Don José se echó a reír. Se rió tanto que se le movieron las gafas nasales y la enfermera Raquel tuvo que entrar a recolocárselas, y el monitor pitó un poco más deprisa, y doña Concha se levantó de la silla de plástico con alarma.

—José, que te alteras.

—No me altero, Concha. Me río.

—Pues ríete más bajo. Que tienes dos stents.

* * *

A las siete en punto, la supervisora Mercedes apareció en la puerta de la 414. No dijo nada. Solo miró el reloj de la pared.

Doña Concha se levantó.

—Ya nos vamos.

Recogieron todo en cinco minutos. Los platos de cartón, las servilletas, la botella de zumo, la fuente de la chocotorta, que estaba vacía salvo por un trozo que Samanda dejó en un plato de cartón para el señor de Alcobendas, por si le apetecía más tarde, aunque fuera diabético. La cartulina de las velas, que Diego guardó otra vez en el papel de seda. La muñeca de trapo. El dibujo de *LA BEBÉ*. El tarrito de miel de la catorce, que Samanda metió en el bolso envuelto en una servilleta.

Mía se negó a quitarse el sombrero.

—Es mío —le dijo a su madre—. Me lo ha dado Concha. Para siempre.

—Ya lo sé, mi amor. Pero en el metro...

—En el metro también.

Salió de la habitación 414 con el sombrero de las bodas de doña Concha puesto encima de la corona de cartón dorado, tapándole media cara, de la mano de su madre, por el pasillo de la planta de Cardiología. Las enfermeras del control se asomaron a verla pasar. Un señor en silla de ruedas se quitó la gorra. Una señora con un gotero le dijo *qué guapa vas, reina*. Mía saludó con la mano, como había visto saludar a la reina en la televisión.

* * *

Doña Concha se quedó un momento más en la habitación. Era la última.

Don José la miraba desde la cama, con las gafas nasales del oxígeno y la sábana llena de cacao en polvo.

—Le has dado el sombrero.

—Le he dado el sombrero.

—Es el de las bodas, Concha.

—Ya lo sé, José. Te lo he dicho antes.

Don José se quedó un rato en silencio.

—Creí que te lo ibas a poner en la boda de Diego —dijo al fin—. Si algún día se casa.

Doña Concha se quedó muy quieta, con el abrigo de paño negro en el brazo.

—Si algún día se casa —dijo—, ya me lo prestará ella.

Se puso el abrigo. Se colocó el broche de la abeja de plata. Cogió el bolso.

En la puerta de la habitación se cruzó con la enfermera Charo, la de la Unidad Coronaria, la de las gafas de pasta roja, que volvía a subir a su planta después del descanso. Se miraron un momento en el umbral.

—Señora Arroyo —dijo la enfermera Charo—. ¿Puedo decirle una cosa?

—Diga.

La enfermera Charo dudó. Se ajustó las gafas de pasta roja.

—La noche del sábado. La del infarto. Cuando usted entró a los diez minutos de visita. —Bajó la voz—. Yo estaba en el control. Mirando los monitores.

Doña Concha no dijo nada.

—No sé qué le dijo usted a su marido al oído, señora. No lo oí. Pero en el monitor, la frecuencia le subió tres pulsaciones. De sesenta y ocho a

setenta y uno. Durante un segundo. Mientras usted estaba inclinada sobre él.

Doña Concha seguía sin decir nada.

—Llevo veinte años en la Unidad Coronaria —dijo la enfermera Charo—. Y he visto eso muchas veces. Con los pacientes sedados. Cuando un familiar les habla al oído. —Se encogió de hombros—. No sale en ningún informe. No es científico. Pero yo creo que oyen.

Doña Concha se quedó en el umbral de la habitación 414, con el abrigo de paño negro abrochado, el broche de la abeja en la solapa y el bolso en la mano.

Detrás de ella, desde la cama, Don José preguntó:

—¿Qué pasa, Concha? ¿Qué te dice la enfermera?

Doña Concha no se volvió.

—Nada, José —dijo—. Que vas como un reloj.

Y se fue por el pasillo, muy deprisa, más deprisa de lo que permitía su rodilla, hacia el ascensor, donde la esperaban su hijo, la chica, los dos niños y una reina de cuatro años con un sombrero de fieltro gris que le tapaba media cara.

En la habitación 414, Don José se quedó mirando la puerta vacía.

Luego cogió el cuaderno amarillo, que estaba en la mesilla junto al táper azul de la croqueta, y escribió:

9 de junio. Mía, cuatro años. Chocotorta. Velas dibujadas por Diego, encendidas por un lado y apagadas por el otro. Thiago le ha llamado "papá" delante de todos sin darse cuenta. Diego se ha tenido que dar la vuelta. Concha le ha regalado a Mía el sombrero de las bodas.

He explicado lo del periódico. La unión de colmenas.

Concha dice que es la primera vez que mis periódicos sirven para algo.

Mañana me dan el alta.

Y debajo, más pequeño, con la letra temblorosa:

La enfermera de la UCI le ha dicho algo a Concha en la puerta. Concha se ha ido muy deprisa. No sé qué le ha dicho. Pero creo que lo sé.

Capítulo 26

Samanda

El alta llegó el diez de junio a las once y veinte de la mañana, en un folio impreso por las dos caras que el doctor Íñiguez dejó sobre la mesilla de la habitación 414 junto al táper azul de la croqueta.

Informe de alta hospitalaria. Servicio de Cardiología. Paciente: José Velasco Herrero. Edad: 74 años. Diagnóstico principal: Infarto agudo de miocardio con elevación del ST, de localización anterior. Procedimiento: Coronariografía e intervencionismo coronario percutáneo con implante de dos stents farmacoactivos en arteria descendente anterior proximal y media...

Doña Concha lo leyó entero de pie, con las gafas de cerca, el dedo índice debajo de cada línea y el abrigo de paño negro todavía puesto. Tardó once minutos. Don José la miraba desde la cama, ya vestido con la ropa de calle que le había traído Diego: el pantalón gris, la camisa de cuadros de los domingos, la chaqueta de los botones de cuero. Parecía otro hombre. Más delgado. Más pálido. Con los ojos más grandes.

—¿Lo entiendes todo? —preguntó.

—Lo entiendo todo.

—¿Seguro?

—José, he leído pliegos de condiciones de doscientas páginas del Ministerio de Fomento. Puedo leer un informe de alta.

—¿Y qué dice?

—Que eres un imbécil con dos stents que tiene que tomarse seis pastillas al día, no puede coger peso en seis semanas, no puede comer fritos nunca más, tiene que caminar treinta minutos diarios en llano y tiene que ir a rehabilitación cardiaca tres días a la semana durante ocho semanas.

Don José se quedó un momento callado.

—¿Pone imbécil?

—Lo pone entre líneas.

* * *

El doctor Íñiguez volvió a las doce menos cuarto, con su pijama verde, sus gafas de montura negra y una tableta en la mano. Traía detrás a una enfermera de la planta que no conocían, con una carpeta de cartón.

—Bueno, don José. Se va usted a casa.

—Gracias a Dios.

—Gracias a su nieto, más bien. —El doctor Íñiguez sonrió—. Antes de irse, tengo que repasar con ustedes el tratamiento y los cuidados. Y necesito saber quién va a ser el cuidador principal en casa.

Doña Concha se puso de pie.

—Yo.

—Perfecto. —El doctor apuntó algo en la tableta—. ¿Y tiene usted alguna ayuda? Porque esto va a ser intenso las primeras semanas. Seis pastillas a horas fijas. Tensión arterial dos veces al día, apuntada. Frecuencia cardiaca. Peso diario, por si retiene líquidos. Vigilar si aparece dolor torácico, falta de aire, hinchazón de tobillos. Acompañarle a caminar. Y la rehabilitación aquí, en el hospital, tres mañanas a la semana, durante dos meses. Es mucho para una sola persona.

Doña Concha no contestó enseguida.

Miró a su alrededor. A su marido, sentado en el borde de la cama con su chaqueta de botones de cuero. A Diego, de pie junto a la ventana, con la bolsa de la ropa sucia del hospital en la mano. Y a la chica, que estaba al fondo de la habitación, junto a la puerta, discretamente, con el bolso al hombro y la libreta cuadriculada asomando por arriba. La que había venido aquella mañana a las ocho y media con el café de máquina para

todos. La que había organizado los turnos en la nevera. La que había hecho las croquetas.

—Tengo ayuda —dijo doña Concha.

—¿Familiar?

Doña Concha se volvió hacia el fondo de la habitación. Levantó una mano, con la palma abierta, señalando a la chica, con el mismo gesto con que en las inauguraciones de las obras señalaba a los jefes de equipo para presentarlos al alcalde.

—Le presento a Samanda Medina —dijo—. Con de.

* * *

La habitación 414 se quedó en silencio.

El señor de Alcobendas, en la cama de al lado, que ya se iba a casa esa misma tarde, se quitó los auriculares. Don José se quedó con la boca un poco abierta. Diego dejó caer la bolsa de la ropa sucia al suelo, sin darse cuenta.

Y Samanda se quedó inmóvil junto a la puerta, con el bolso al hombro, mirando a doña Concha.

Doña Concha no la miró a ella. Seguía mirando al doctor Íñiguez, con la mano todavía levantada, con su voz de presentar jefes de equipo a los alcaldes.

—Ella es quien cuida de esta casa —siguió, sin que le temblara la voz—. Ella organizó los turnos cuando mi marido estaba en la Coronaria. Ella llevó a los niños al colegio, hizo la comida, habló con todo el mundo, se encargó de todo. Tiene formación de auxiliar de enfermería, de su país. Sabe tomar la tensión, sabe dar medicación, sabe cuidar enfermos. Cuidó a una señora de ochenta y nueve años con demencia durante dos años. —Doña Concha bajó por fin la mano—. Si yo me pongo nerviosa, que me

pondré, porque soy arquitecta y no enfermera, ella sabrá lo que hay que hacer. Apúntela usted también.

El doctor Íñiguez se quedó mirando a doña Concha. Luego miró a Samanda. Luego volvió a mirar a doña Concha.

—¿Cuidadora secundaria? —preguntó, con el dedo sobre la tableta.

—Cuidadora principal, junto conmigo. —Doña Concha se ajustó las gafas—. Las dos. No hay primera ni segunda. Ponga las dos.

El doctor Íñiguez escribió algo en la tableta.

—Samanda... ¿Medina?

—Medina —dijo doña Concha—. Samanda. Con de. Se lo deletreo si quiere. Ese, a, eme, a, ene, de, a.

—No hace falta, señora. Ya lo tengo.

* * *

Samanda no dijo nada.

No pudo. Se le había cerrado algo en la garganta, algo que no tenía nombre y que no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Ni en el callejón de Casa Benito en Nochebuena, con el abrigo de paño negro sobre los hombros. Ni en la cocina de Chamberí, con el contrato de las seis condiciones. Ni en el suelo de la despensa, con la cabeza de doña Concha en su hombro.

Era otra cosa.

Llevaba ocho meses oyendo *Samanta*. *Samanta* en el rellano del primer cocido. *Samanta* en la puerta de Casa Benito con la propina. *Samanta* en el cumpleaños de doña Concha, en el de Thiago, en Nochebuena, en todas partes. Y luego, en los últimos meses, ni *Samanta* ni *Samanda*: *hija*, *usted*, *la chica*. Un hueco donde tendría que haber estado su nombre, como el hueco de la columna de Diego en la libreta cuadriculada.

Y ahora, delante de un cardiólogo de treinta y cuatro años con gafas de montura negra, en una habitación de hospital que olía a desinfectante, doña Concha había dicho su nombre. Bien. Con de. Y lo había deletreado. Y la había llamado *la que cuida de esta casa*.

Sintió que se le iban a saltar las lágrimas delante de todos.

—Perdón —dijo, muy bajo—. Un momento.

Y salió de la habitación.

* * *

Salió al pasillo de la planta de Cardiología. Se apoyó en la pared, junto a un carro de las enfermeras lleno de gasas, jeringuillas y botes de suero. Se tapó la cara con las manos.

Lloró.

No como lloraba doña Concha, en silencio, con la cara quieta. Lloró como lloraba ella cuando era chica, en Rosario, antes de aprender a no llorar. Con sollozos que le subían del pecho y que no podía parar, con los hombros temblando, con la boca abierta. Lloró como no había llorado desde que tenía quince años y se le gastaron las lágrimas por su madre.

Una enfermera pasó a su lado con un gotero. Se detuvo.

—¿Está usted bien? ¿Le ha pasado algo a su familiar?

Samanda negó con la cabeza.

—Está bien —consiguió decir—. Le dan el alta hoy.

—¿Entonces?

Samanda se quitó las manos de la cara. Tenía los ojos rojos, la nariz roja, el moño medio deshecho. Miró a la enfermera, que era joven, quizá de su edad, con el pelo rizado recogido en una coleta y un nombre bordado en el uniforme: *Raquel*. La de Talavera. La del gallo de látex.

—Es que me han llamado por mi nombre —dijo Samanda.

La enfermera Raquel se quedó mirándola sin entender.

—¿Y eso es malo?

—No. —Samanda se rió y lloró a la vez—. Es lo mejor que me ha pasado en España.

La enfermera Raquel no entendió nada. Pero sacó un paquete de pañuelos de papel del bolsillo del uniforme y se lo dio entero.

—Quédeselo —dijo—. Aquí lloramos mucho. Siempre tengo.

* * *

Samanda tardó diez minutos en volver.

Se lavó la cara en el baño del pasillo. Se rehízo el moño delante del espejo, despacio, sin un pelo fuera de sitio, como lo hacía cada mañana a las cinco y cuarto antes de ir a la limpieza. Se miró en el espejo. Tenía los ojos rojos todavía, pero ya no lloraba.

Volvió a la habitación 414.

El doctor Íñiguez ya se había ido. La enfermera de la carpeta estaba explicándole a Don José el pastillero semanal, un cajón de plástico con veintiocho compartimentos de colores. Diego había recogido la bolsa de la ropa sucia del suelo. El señor de Alcobendas había vuelto a ponerse los auriculares.

Y doña Concha estaba de pie junto a la cama, con el informe de alta en la mano, repasando la lista de medicamentos con el dedo índice.

Levantó la vista cuando entró Samanda. La miró un segundo. No dijo nada sobre los ojos rojos, ni sobre los diez minutos, ni sobre el pasillo.

—Samanda —dijo—. Ven, que te explique el pastillero. A las ocho de la mañana, el antiagregante y el betabloqueante. A las dos, el otro antiagregante. A las nueve de la noche, la estatina y el protector de estómago. Y el diurético, en días alternos. Apúntalo, que yo me hago un lío con los colores.

Samanda se acercó a la cama. Sacó la libreta cuadriculada del bolso. Sacó el bolígrafo mordido.

—Ya lo apunto, señora.

—Y llámame Concha. —Doña Concha no levantó la vista del informe—. Llevas más de dos meses durmiendo en mi casa. Lo de "señora" ya no procede.

Samanda se quedó con el bolígrafo en el aire.

Don José, desde el borde de la cama, con la chaqueta de los botones de cuero y el pastillero de veintiocho compartimentos de colores en las rodillas, miró a su mujer. Miró a la chica. Miró a su hijo, que estaba de espaldas junto a la ventana, con la bolsa de la ropa sucia en la mano, y que se había dado la vuelta muy deprisa para que nadie le viera la cara.

—Concha —dijo Don José, muy bajo.

—¿Qué?

—Nada.

—Pues si es nada, cállate y aprende el pastillero, que es tuyo.

* * *

A la salida del hospital, en el vestíbulo de la planta baja, había un mostrador de Atención al Paciente con una funcionaria detrás y una cola de cuatro personas. Doña Concha se puso en la cola. Tenía que entregar un papel para pedir la ambulancia de transporte sanitario de la rehabilitación, porque el doctor Íñiguez le había dicho que, a su edad y con el infarto reciente, Don José tenía derecho a que le llevaran y le trajeran.

Mientras esperaban, Samanda se quedó a su lado.

—Concha —dijo. Le costó. Le salió raro, como un zapato nuevo.

—Dime.

—¿Por qué le dijo al médico lo del título? Lo de auxiliar. Yo nunca se lo había contado.

—Me lo contó doña Remedios.

—¿Doña Remedios?

—La llamé la semana pasada. A su casa. Para preguntarle si te podías coger unos días más sin que te despidiera la hija esa de Londres. —Doña Concha avanzó un paso en la cola—. Me dijo que eras la mejor cuidadora que había tenido nunca. Que tenías un título de auxiliar de enfermería de Rosario. Y que la hija de Londres te pagaba como empleada de hogar porque el título no te valía aquí.

Samanda bajó la vista.

—No está homologado. Lo intenté en el veintitrés. Hay que presentar el título apostillado, el programa de estudios, las horas de prácticas, traducciones juradas... El Ministerio tardó catorce meses en contestarme. Y me dijeron que faltaba un papel del instituto de Rosario. Y el instituto ya había cerrado.

—¿Y lo dejaste?

—Lo dejé. No tenía tiempo. Ni dinero para las traducciones.

Doña Concha avanzó otro paso en la cola. Era la siguiente.

—Pues lo retomamos.

—¿Qué?

—Que lo retomamos. —Doña Concha se ajustó las gafas—. Yo he tramitado expedientes con el Ministerio de Fomento, con la Comunidad de Madrid, con tres ayuntamientos y con la Confederación Hidrográfica del Tajo, que es lo peor que hay en este país después de Hacienda. He conseguido licencias de obra que llevaban seis años paradas. No me va a ganar un papel de un instituto cerrado de Rosario.

—Concha...

—Y lo de la nacionalidad también. —La funcionaria del mostrador levantó la vista, esperando—. Cuatro años en trámite es una vergüenza.

Sebastián Ortiz, el abogado de la constructora, tiene un sobrino en el Ministerio de Justicia. Ya le he llamado.

—¿Cuándo?

—El jueves. Cuando tú estabas haciendo las croquetas.

La funcionaria del mostrador carraspeó.

—Señora, ¿me da el papel?

Doña Concha le dio el papel. Se volvió hacia el mostrador. Empezó a explicarle a la funcionaria, con todo detalle, el informe de alta, el programa de rehabilitación, los horarios, la necesidad de una ambulancia que llegara puntual, no como las del transporte sanitario de la Comunidad, que según el señor de Alcobendas llegaban con dos horas de retraso.

Samanda se quedó detrás de ella, en la cola, con la libreta cuadriculada en la mano.

No dijo nada. Pero la abrió por la página de las dos columnas, la de *YO* y *DIEGO*, la del signo de interrogación tachado y vuelto a escribir en el hueco al final de la columna de Diego.

Y al lado, sin pensarlo mucho, dibujó una tercera columna. Con el bolígrafo mordido.

Arriba escribió: *CONCHA*.

No puso nada debajo. Se quedó mirando la columna vacía un buen rato, en el vestíbulo del Hospital Universitario La Paz, mientras doña Concha discutía con la funcionaria del mostrador sobre la puntualidad del transporte sanitario.

Luego cerró la libreta.

* * *

Llegaron a Chamberí a las dos menos cuarto. En el taxi de Ramón, que había venido a buscarlos sin que nadie le llamara, porque se había enterado del alta por Hamid, que se había enterado por Eulogia, que se había

enterado por Wilson, que se había enterado por la radio de barrio de Carabanchel, aunque nadie supo nunca cómo se había enterado la radio de barrio de Carabanchel.

—El taxímetro no funciona para la familia —dijo Ramón, cuando doña Concha abrió el bolso para pagarle.

—Ya lo sé, Ramón. Era para la propina.

Ramón se quedó con la boca abierta debajo del bigote.

—¿Usted da propinas?

—Desde diciembre —dijo doña Concha—. Y no lo vaya contando por Usera.

* * *

El portal de Chamberí tenía ascensor, un ascensor antiguo de los años sesenta, con puertas de reja de hierro plegable y un banco de madera tapizado de terciopelo granate dentro, que doña Concha había conseguido conservar en la reforma del edificio de 2004 después de una batalla con la comunidad de propietarios que todavía se recordaba en el barrio.

Don José se paró delante del ascensor. Miró la escalera.

—Subo andando.

—Ni se te ocurra —dijeron a la vez doña Concha y Samanda.

Se miraron.

—Treinta y seis escalones, Concha. Lo dice el médico. Caminar.

—En llano —dijo Samanda—. Lo dice el informe. Treinta minutos en llano. Los escalones no son llano.

Doña Concha la miró con una aprobación que no se molestó en disimular.

—Lo ha leído —dijo, a su marido.

—Lo he apuntado —dijo Samanda—. En la libreta.

Don José miró a una. Miró a la otra. Se dio cuenta de que tenía delante a dos jefas de obra de acuerdo entre sí, y que eso, en cuarenta años de profesión, nunca había terminado bien para el contratista.

Subió en el ascensor.

* * *

En el piso le esperaban los niños, que habían salido antes del colegio y de la escuela infantil porque doña Concha había llamado personalmente a la directora de cada centro para explicarle que era "una situación familiar excepcional". Les esperaban también Leandro y Yuli, que habían traído flores. Y Rosario, la cocinera de Casa Benito, que había pedido el día libre a Íñigo y que había hecho un caldo de gallina "sin sal, sin grasa y sin nada, que es lo que comen los del corazón", y que estaba en la cocina dándole vueltas con una cuchara de palo como si estuviera en su propia casa.

Thiago fue el primero en llegar a la puerta. Se paró delante de su abuelo, en el recibidor. Lo miró de arriba abajo. La chaqueta de los botones de cuero que le quedaba un poco grande ahora. La cara pálida. Los ojos grandes.

—Abuelo.

—Thiago.

—¿Te han arreglado el corazón?

—Me lo han arreglado.

—¿Con los tubitos?

—Con los tubitos. Dos.

Thiago lo pensó.

—¿Me los enseñas?

—No se pueden enseñar. Están por dentro.

—Como las abejas en invierno —dijo Thiago—. Que están dentro de la colmena y no se ven, pero están.

Don José se agachó, despacio, con mucho cuidado, porque el informe decía que no podía coger peso pero no decía nada de agacharse. Se puso a la altura de su nieto.

—Thiago. Tengo que decirte una cosa.

—¿Qué?

—Gracias.

Thiago le miró sin entender.

—¿Por qué?

—Por llamar al uno uno dos. Por darme la aspirina. Por no colgar. Por cerrar la colmena. —A Don José se le quebró la voz—. Por todo.

Thiago se encogió de hombros, con la naturalidad de sus seis años.

—Era mi colmena —dijo—. Y tú eras mi abuelo. Tenía que cuidaros a los dos.

Don José no pudo contestar. Le abrazó. Allí, en el recibidor, de rodillas, con la chaqueta de los botones de cuero y los dos stents en el corazón.

Doña Concha, en la puerta, no dijo que no podía agacharse. No dijo nada.

* * *

La cena fue a las nueve y media, en la cocina, con el mantel de hule del mercado de Vallehermoso. El caldo de gallina de Rosario, sin sal y sin grasa, que Don José probó con cara de penitencia. Una tortilla para los demás. Pan. Fruta.

Estaban todos: Don José en su silla, con el pastillero de veintiocho compartimentos de colores junto al plato, porque a las nueve tocaba la estatina y el protector de estómago. Doña Concha a su lado. Diego, que había pedido a Íñigo el día libre y se lo habían dado sin preguntar. Samanda. Los dos niños. Mía con el sombrero de fieltro gris, que no se

quitaba ni para cenar desde el día anterior, y que doña Concha le había dejado llevar en la mesa "por ser una ocasión especial", con la condición de que no lo manchara de tortilla.

—Samanda, ¿me pasas el pan? —dijo doña Concha.

Samanda le pasó el pan.

—Samanda, el agua.

Samanda le pasó el agua.

—Samanda, ¿a qué hora tiene José la primera sesión de rehabilitación el lunes?

—A las diez y media. La ambulancia viene a las nueve y cuarto.

—¿Y tú puedes acompañarle? Yo tengo el médico de la rodilla, que lo he aplazado tres veces.

—Puedo. Ya he hablado con la encargada de la limpieza.

—Muy bien, Samanda.

Diego, al otro lado de la mesa, miraba su plato de tortilla con una concentración extraordinaria. Don José se tomaba el caldo sin levantar la vista. Samanda contestaba a cada pregunta con normalidad, con la voz tranquila, pasando el pan y el agua, como si nada.

Nadie dijo nada. Nadie se atrevió. Era como cuando, en Nochebuena, doña Concha había dicho *Samanda* por teléfono y Diego no había dicho nada por miedo a espantarlo. Era como esos pájaros que se posan en una mano y que, si te mueves, se van.

Fue Thiago, claro, quien lo dijo.

Thiago, que tenía seis años y que no entendía de pájaros que se posan en una mano.

—Concha —dijo, con la boca llena de tortilla.

—No se habla con la boca llena, Thiago.

Thiago tragó.

—Concha, ya no dices Samanta.

La mesa se quedó en silencio. Diego dejó el tenedor en el plato. Don José dejó de tomarse el caldo. Samanda se quedó con el vaso de agua a medio camino. Hasta Mía, debajo del sombrero de fieltro gris, se quedó quieta.

Doña Concha cortó un trozo de tortilla con el cuchillo y el tenedor. Lo masticó despacio. Se limpió la boca con la servilleta.

—Nunca lo he dicho —dijo.

Thiago abrió mucho los ojos.

—Sí lo has dicho. Muchas veces. En el cocido. Y en el cumpleaños de Concha. Y en...

—Thiago. —Doña Concha le miró por encima de las gafas, con su cara de siempre, seria, recta, la barbilla levantada—. Tu madre se llama Samanda. Con de. Lo pone en su pasaporte, en su NIE, en su empadronamiento y en el informe de alta de tu abuelo, como cuidadora principal. Si alguna vez yo he dicho otra cosa, era una errata.

Thiago se quedó pensando.

—¿Qué es una errata?

—Una equivocación al escribir. O al hablar.

—¿Y se puede corregir?

—Se puede corregir. —Doña Concha volvió a coger el tenedor—. A veces tarda un poco. Pero se corrige.

* * *

Samanda se levantó de la mesa.

—Voy a por más agua.

La jarra estaba llena. Nadie dijo nada. Samanda fue a la cocina, que estaba a dos pasos, al otro lado de la mesa de formica, porque estaban cenando en la cocina. Se quedó de pie junto al fregadero, de espaldas a todos, con la jarra llena en la mano, mirando por la ventana hacia el patio

de manzana, donde empezaba a anochecer y una vecina recogía la ropa de un tendedero.

Se le habían vuelto a llenar los ojos de lágrimas.

Doña Concha la miró desde la mesa. Luego miró a su marido.

—José, tómate la estatina, que son las nueve y media y tocaba a las nueve.

—Ya voy, Concha.

—Y el protector de estómago.

—Ya voy.

Samanda volvió a la mesa a los dos minutos, con la jarra de agua llena, y la dejó en su sitio. Se sentó. Nadie la miró. Siguieron cenando.

* * *

Esa noche, a las doce, cuando todos dormían, Don José abrió el cuaderno amarillo en la mesilla del dormitorio, con la lamparita de su lado encendida y su mujer dormida a su lado, de espaldas, con la respiración tranquila.

Fue a la página de Samanda. La de enero.

Paciente: Samanda. Edad: 31. Diagnóstico: superviviente.

Antecedentes: madre alcohólica, padres ausentes, un tío abuelo desaparecido, una abuela con pañuelo blanco. Dos hijos, dos padres que no están. Trabaja en tres sitios. Manda dinero a su madre aunque no le llega para ella. Concha la llama Samanta. Yo creo que lo hace adrede.

Pronóstico: excelente, si la dejan. Es una abeja higiénica. Limpia a todos los que tiene alrededor, incluida mi mujer, que no se ha dado cuenta.

Cogió la pluma estilográfica. Tachó con una línea recta *Concha la llama Samanta. Yo creo que lo hace adrede.* Para que se siguiera leyendo debajo.

Escribió encima:

10 de junio. En el hospital, delante del cardiólogo, Concha ha dicho: "Le presento a Samanda Medina. Con de." Y lo ha deletreado. Y la ha llamado "la que cuida de esta casa". La chica ha tenido que salir al pasillo.

En la cena, Thiago ha dicho "Concha, ya no dices Samanta". Concha ha dicho "Nunca lo he dicho". Y luego: "Si alguna vez he dicho otra cosa, era una errata."

Siempre supe que lo hacía adrede. Lo que no sabía es que también lo dejaría de hacer adrede.

Debajo de *Pronóstico: excelente, si la dejan*, añadió:

La han dejado.

Cerró el cuaderno. Apagó la luz.

* * *

En el cuarto de invitados, el que daba al patio, Samanda no dormía.

Estaba sentada en la cama, con la lamparita encendida, con Diego dormido a su lado atravesado en diagonal, como siempre, con un brazo fuera. Tenía la libreta cuadriculada abierta sobre las rodillas, por la página de las tres columnas.

YO. DIEGO. CONCHA.

Debajo de *DIEGO*, al final de la columna, en el hueco, seguía el signo de interrogación tachado y vuelto a escribir. Lo miró mucho rato.

Luego cogió el bolígrafo mordido. Tachó el signo de interrogación con una línea recta, como había visto hacer a doña Concha con las normas de convivencia, para que se siguiera viendo lo que había debajo. Y encima escribió, con su letra redonda de nota de nevera, dos palabras:

Lo quiero.

Se quedó mirándolas. No eran una cifra. No cabían en la libreta. Pero ya estaban escritas.

Luego fue a la tercera columna. La de *CONCHA*. La que había dibujado esa mañana en el vestíbulo del hospital, en la cola de Atención al Paciente. Vacía.

Escribió debajo:

Me ha llamado por mi nombre.

Y debajo de eso, más pequeño, como hacía doña Concha con las cosas que no se atrevía a decir en voz alta:

Con de.

Cerró la libreta. La dejó en la mesilla, junto a la foto de su abuela del pañuelo blanco y al billete de cincuenta euros doblado en cuatro con un pliegue tan preciso que parecía planchado, el que tenía escrito por dentro a lápiz *Copas por el tallo. Muy bien.*

Apagó la lamparita.

Le tapó los pies a Diego, que se había destapado otra vez.

Capítulo 27

El recorte que faltaba

La primera norma de la convalecencia la dictó doña Concha el mismo día del alta, a las once de la noche, en el dormitorio, mientras le ponía a su marido la pastilla de la estatina en la palma de la mano y un vaso de agua en la otra.

—Nada de telediario.

—¿Cómo?

—Nada de telediario, José. Ni de tertulias. Ni de periódicos. Ni de política. Ni de franceses. Ni de primas de riesgo. Ni de zánganos.

—Concha, estamos en campaña electoral.

—Precisamente por eso.

—Las elecciones son dentro de once días.

—Y tú tienes dos stents de hace once días. —Doña Concha le cerró la mano sobre la pastilla—. El doctor Íñiguez ha dicho que evites el estrés. Y yo te conozco desde 1979. El estrés, para ti, es el telediario de las nueve.

—El doctor no ha dicho nada del telediario.

—El doctor no te conoce.

Don José se tomó la estatina. Bebió el agua. Miró a su mujer.

—¿Y qué hago, entonces? ¿Seis semanas sin hacer nada?

—Caminas treinta minutos al día en llano. Vas a la rehabilitación los lunes, miércoles y viernes. Te tomas tus pastillas. Lees novelas. Juegas con los niños. Escuchas a Diego contarte las colmenas.

—¿Y las elecciones?

—Las elecciones se celebran solas. No te necesitan.

Don José se quedó un rato mirando el techo.

—Eso es lo que dicen todos los que no votan, Concha.

Doña Concha apagó la lamparita de su lado.

—Tú votarás. El veintiuno. Te llevo yo. Pero hasta entonces, nada de telediario.

* * *

Duró cuatro días.

Los cuatro días más largos de la vida de Don José desde la mili.

Caminó treinta minutos al día en llano, del brazo de Samanda o de doña Concha, por el paseo de Eduardo Dato, despacio, contando los árboles, que eran plátanos de sombra y que él identificó uno por uno con la especie, la edad aproximada y el estado sanitario, como quien hace un inventario de obra. Fue a la primera sesión de rehabilitación el lunes, en el gimnasio del hospital, con un monitor cardiaco colgado del pecho y otros siete infartados de entre cincuenta y ochenta años, todos hombres menos una señora de Aluche que había tenido el infarto en una boda bailando un pasodoble y que lo contaba a todo el que quisiera oírlo. Leyó dos novelas policiacas suecas de muertos limpios que le prestó su mujer y que le parecieron, las dos, una tomadura de pelo. Jugó al parchís con Thiago. Le leyó cuentos a Mía, que se los corregía cuando se saltaba una frase. Escuchó a Diego contarle, cada noche, cómo estaban las colmenas, con los audios de vuelta: Diego le grababa ahora a él, desde La Hiruela, lo que veía en cada caja.

Pero no vio el telediario. Ni una vez. Doña Concha había desenchufado la tele de la cocina y se había llevado el mando del salón al bolso.

Y el cuarto día, el jueves, a las once de la mañana, mientras doña Concha estaba en el médico de la rodilla, Don José se rindió.

* * *

—Thiago.

Thiago estaba en el suelo del salón, haciendo un puzle de quinientas piezas del Acueducto de Segovia que le había regalado Pilar, la hermana de doña Concha, y que no iba a terminar nunca porque le faltaban dos tercios del cielo.

—¿Qué?

—¿Tú sabes usar el móvil de tu madre?

—Sí.

—¿Y sabes buscar cosas en internet?

—Sí. Busco dinosaurios.

—¿Y si en vez de dinosaurios buscamos otra cosa?

Thiago levantó la vista del puzle.

—¿Qué cosa?

Don José bajó la voz, aunque en el piso no había nadie más que ellos dos y Mía, que dormía la siesta con el sombrero de las bodas puesto.

—Hexágono.

* * *

Samanda había dejado el móvil en la mesa de la cocina, cargando, porque se había ido con doña Concha al médico de la rodilla para que no fuera sola. Thiago lo desbloqueó con un número que se sabía de memoria y que no debería haberse sabido: la fecha de nacimiento de Mía.

Don José se puso las gafas de cerca. No bastaba. Sacó del cajón del escritorio la lupa de mango de hueso que le había regalado el señor Casado en la papelería de Fuencarral en octubre, y que Thiago le había devuelto después del infarto, porque decía que la necesitaba más el abuelo que él.

—Escribe —dijo Don José—. Ha, e, equis...

—Ya sé cómo se escribe Hexágono, abuelo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo tienes escrito en el corcho con letras muy grandes. Y en el sobre de la carta de mamá. Y porque es la forma de las celdas.

Thiago lo escribió. Le salió *Hesagono*. El buscador lo corrigió solo. Apareció una página web.

Era una página muy bonita. Fondo blanco, letras grises, fotos enormes de edificios de ladrillo restaurados con plantas en los balcones y gente joven sonriendo en terrazas al sol. En la esquina, el logotipo dorado: un hexágono pequeño. Debajo, en letras grandes: *Hexágono Capital Partners. Transformando el espacio urbano. Creando hogares.*

—Creando hogares —leyó Don José en voz alta, con la lupa—. Sinvergüenzas.

—¿Qué es sinvergüenza?

—Alguien que no tiene vergüenza.

—¿Y por qué no tienen?

—Porque la han vendido. Muy cara.

Había un menú arriba. *Quiénes somos. Nuestro enfoque. Inversiones. Sostenibilidad. Equipo. Contacto.*

—Equipo —dijo Don José—. Toca ahí.

* * *

La página del equipo tenía fotos. Muchas fotos. Todas iguales: retratos en blanco y negro, de medio cuerpo, sobre fondo gris claro, con la iluminación de los estudios caros, de gente sonriendo con la boca cerrada. Debajo de cada foto, un nombre y un cargo en inglés. *Managing Partner. Investment Director. Head of Asset Management. Head of Sustainability. Associate.*

Don José las fue mirando una por una con la lupa de mango de hueso. Thiago iba bajando la pantalla con el dedo, despacio.

Reconoció al chico de la barba del telediario de octubre, el de Lavapiés, el de la camisa sin corbata y la sonrisa alquilada. *Head of Residential Strategy.* Se llamaba Borja, como el sobrino de Concha. Don José pensó que no era casualidad, que en ciertos sitios de Madrid todos se llamaban Borja.

Siguieron bajando.

Al final de la página, separado de los demás por una línea fina, había un apartado distinto. Las fotos eran más grandes. Las personas, mayores. Y el título del apartado, en letras más pequeñas, decía: *Senior Advisory Board.*

—¿Qué pone? —preguntó Thiago.

—Consejo asesor —tradujo Don José—. Los que aconsejan a los demás.

Había cinco fotos. Un banquero suizo de pelo blanco. Una economista francesa con un collar de perlas. Un exdirectivo de una compañía eléctrica española al que Don José había visto alguna vez en el periódico. Y dos más.

Don José se acercó la lupa a la pantalla.

Se quedó muy quieto.

—Abuelo, ¿qué pasa?

Don José no contestó. Miraba la cuarta foto. Un hombre de setenta años, con el pelo gris muy bien peinado hacia atrás, una corbata azul marino y una sonrisa que Don José había visto en la televisión mil veces, en los años dos mil, inaugurando autovías, cortando cintas, bajando de helicópteros con un casco de obra blanco que nunca se ensuciaba.

Debajo ponía: *Federico Lasarte. Former Minister of Public Works of Spain. Senior Advisor.*

Federico Lasarte. Ministro de Fomento del Partido Reformista Nacional entre 2002 y 2004. El ministro que había inaugurado tres autovías con Don José en la tribuna de autoridades. El ministro que le había dado la mano en la inauguración de un viaducto en Extremadura en 2003 y le había dicho *usted es de los buenos, Velasco, de los que hacen que este país funcione*.

Don José bajó la lupa.

—Thiago. Baja un poco más.

Thiago bajó. Apareció la quinta foto.

Una mujer de sesenta años, con el pelo corto teñido de un rubio ceniza, gafas de montura fina, chaqueta roja. La había visto también en la televisión. Menos años. Más reciente.

Mónica Ribas. Former Secretary of State for Housing of Spain. Senior Advisor.

Mónica Ribas. Secretaria de Estado de Vivienda de la Alianza Progresista entre 2019 y 2023. La que había anunciado en una rueda de prensa, con una sonrisa y un atril con la bandera, el "Plan Nacional de Vivienda Asequible", que iba a construir cien mil pisos públicos en cinco años y que había construido, según los periódicos, once mil cuatrocientos.

Don José se quedó mirando la pantalla.

Los dos. El del Partido Reformista y la de la Alianza. El que llamaba okupa al presidente y la que llamaba imputados a los otros. Los que se peleaban en el Congreso como en un patio de colegio.

En la misma página. Uno debajo del otro. Con la misma iluminación de estudio caro y la misma sonrisa con la boca cerrada.

Senior Advisors.

—Abuelo, ¿los conoces?

Don José tardó en contestar.

—Thiago, ¿te acuerdas de la servilleta que había en el corcho? La que ponía *¿Dónde cenan?*

—Sí. Es la de las Navidades de Concha. Se la tuviste que devolver.

—Pues ya sé dónde cenan.

* * *

Samanda y doña Concha volvieron a la una y media. Encontraron a Don José en el sofá del salón, con el móvil de Samanda en una mano, la lupa de mango de hueso en la otra, la cara pálida y la mirada fija en la pared de enfrente. Thiago estaba sentado a su lado, muy quieto, sin el puzle.

Doña Concha se detuvo en la puerta del salón.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —dijo Don José.

—José. Tienes la cara del mismo color que el día del colmenar.

Samanda se acercó al sofá con alarma. Le cogió la muñeca a Don José y le buscó el pulso con dos dedos, como le habían enseñado en el curso de auxiliar de Rosario. Contó mirando el reloj de la pared.

—Ochenta y ocho —dijo—. Está alto.

—¿Le duele el pecho? —preguntó doña Concha, con una voz que ya no era tranquila.

—No me duele nada, Concha.

—¿Te falta el aire?

—No me falta nada.

—Entonces, ¿qué pasa?

Don José le tendió el móvil.

Doña Concha lo cogió. Se puso las gafas de cerca. Miró la pantalla. Leyó.

Tardó un buen rato. Leyó los dos nombres. Los dos cargos. Miró las dos fotos con la misma iluminación de estudio caro.

Luego bajó el móvil.

—¿Esto lo has buscado tú?

—Lo ha buscado Thiago. Yo solo he mirado.

—José.

—Concha, no he visto el telediario. Has dicho nada de telediario. No he visto el telediario.

Doña Concha le miró por encima de las gafas. Luego miró a Thiago, que se había hecho muy pequeño en el sofá.

—Thiago, ¿cómo has desbloqueado el móvil de tu madre?

Thiago bajó la vista.

—Con el cumpleaños de Mía.

Samanda se tapó la cara con las manos.

* * *

Doña Concha no dijo nada más durante un buen rato.

Se quitó el abrigo de paño negro, que todavía llevaba porque no se lo quitaba desde el infarto ni en junio. Lo colgó en el perchero del recibidor. Volvió al salón. Se sentó en la butaca de enfrente del sofá, la de leer, con el móvil de Samanda en la mano.

Volvió a mirar la pantalla.

—Una página web no es una prueba —dijo al fin—. Cualquiera pone fotos en una página web. Puede ser un consejo asesor de mentira, para dar prestigio. Puede ser que les paguen por poner la foto y no hagan nada. Puede ser que ya no estén.

—Puede ser —dijo Don José.

—Lo que hay que ver es si figuran en el Registro Mercantil.

Don José la miró.

—¿En el Registro?

—En el Boletín Oficial del Registro Mercantil. El BORME. Ahí sale todo. Constitución de sociedades, ampliaciones de capital, nombramientos de administradores, de consejeros, ceses, dimisiones. Todo. Por obligación legal. —Doña Concha se ajustó las gafas—. Yo lo consultaba cada vez que una constructora se presentaba a un concurso de obra pública, para ver quién había detrás. Te sorprenderías de los apellidos que salían.

—¿Y se puede mirar desde el móvil?

—Desde el móvil no. Hace falta un ordenador como Dios manda. —Doña Concha se levantó de la butaca—. Samanda, ¿tú sabes dónde está el ordenador portátil de José? El que le regalaron los de la Escuela al jubilarse y que no ha encendido nunca.

—En el despacho. Debajo de la carpeta azul del Expediente uno.

Doña Concha la miró.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque lo limpio todo, Concha.

* * *

El ordenador portátil tardó veinte minutos en encenderse, porque llevaba ocho años sin hacerlo y tuvo que instalar cuarenta y siete actualizaciones antes de dejar que nadie lo tocara. Doña Concha esperó delante de la pantalla, sentada en el sillón del despacho de su marido, con las gafas de cerca y los labios apretados, como se espera un camión de hormigón que llega tarde.

Cuando por fin se encendió, buscó la página del Boletín Oficial del Estado. Entró en la sección del Registro Mercantil. Escribió en el buscador, con dos dedos, despacio, letra a letra, *HEXÁGONO RESIDENCIAL MADRID I, S.L.*

Aparecieron resultados. Muchos. Doña Concha los fue abriendo uno por uno.

Don José, Samanda y Thiago miraban por encima de su hombro.

Constitución. Comienzo de operaciones. Objeto social: la adquisición, tenencia, gestión, arrendamiento y enajenación de bienes inmuebles de naturaleza residencial...

Ampliación de capital...

Nombramientos. Consejero...

Doña Concha se detuvo. Se acercó a la pantalla.

Leyó en voz alta, despacio, con el dedo índice debajo de cada palabra, como leía los pliegos de condiciones:

—Nombramientos. Consejero: Lasarte Urquijo, Federico. Consejera: Ribas Puig, Mónica. Datos registrales...

Hubo un silencio en el despacho.

—Consejeros —dijo Don José—. No asesores. Consejeros.

—Consejeros —repitió doña Concha—. Del consejo de administración. Con firma. Con responsabilidad. Con retribución. De la sociedad que compró el edificio de Usera.

Siguió bajando. Encontró otros dos resultados. *Hexágono Residencial Madrid II, S.L.* La de Lavapiés. *Hexágono Build to Rent Alcorcón, S.L.* La de la obra de Leandro. Los mismos nombres. En las tres.

Y luego encontró algo más. Algo que no buscaba.

En la sociedad matriz, *Hexágono Capital Partners Iberia, S.L.*, entre los socios de una ampliación de capital de 2024, figuraba otra sociedad. Una con un nombre con una palabra en latín, otra en inglés y una sigla al final.

El mismo nombre del burofax de la Papelería Casado de Fuencarral. El mismo de la cabecera del contrato que Diego había firmado sin poder leerlo, el del grupo de restauración que había comprado Casa Benito.

Doña Concha se quedó mirando la pantalla mucho rato.

Luego se quitó las gafas. Se frotó los ojos con dos dedos. Se volvió a poner las gafas.

—José —dijo, sin volverse.

—Dime.

—La papelería de Casado. Casa Benito. Usera. Lavapiés. Alcorcón.

—Ya lo sé.

—Es la misma.

—Ya lo sé, Concha.

Doña Concha cerró la tapa del ordenador portátil. Despacio. Con mucho cuidado. Como se cierra un plano que se ha terminado de revisar y en el que se ha encontrado un error de cálculo en la cimentación que ya no se puede corregir porque el edificio está construido.

* * *

Se quedaron los cuatro en silencio en el despacho.

Thiago, que no entendía nada pero lo notaba todo, le cogió la mano a su abuelo.

Samanda miraba la tapa cerrada del ordenador. Pensaba en la planta doce de la torre de cristal de la Castellana, en la que había limpiado durante dos años las cáscaras de pipas ordenadas debajo de una mesa. En la pizarra blanca con el mapa de Madrid y un círculo rojo sobre Usera, que ella misma había borrado porque era lo que le tocaba. En el hexágono dorado de la recepción. En la abogada del traje gris y las uñas color nude de la notaría de la calle Serrano.

Pensaba en que, durante dos años, había limpiado el despacho de las personas que le iban a quitar la casa.

Y Don José miraba a su mujer.

Esperaba que dijera algo. Lo que fuera. Que estaba loco, que una página web no era una prueba, que el Registro Mercantil estaba lleno de consejeros que no hacían nada, que todo el mundo en España conocía a

alguien que conocía a alguien. Que se tomara la pastilla. Que no se alterara. Que se callara y se fuera a caminar los treinta minutos en llano.

Doña Concha no dijo nada de eso.

Se levantó del sillón del despacho. Se acercó a la ventana, la que daba al patio de manzana. Se quedó de pie, de espaldas a todos, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando los tendederos de los vecinos.

Habló hacia el cristal.

—Llevas desde octubre diciéndolo, José.

—Sí.

—Desde la noche de las croquetas. Con la señora de los pendientes de perla de Lavapiés en el telediario y el chico de la barba. Y yo te dije que era un nombre. Que las empresas se ponen nombres raros para parecer importantes. Que mi sobrino tenía una empresa que se llamaba Sinergia.

—Me acuerdo.

—Y te dije que eras un loco. Y que lo tuyo no se arreglaba con nada. Y te nivelé el corcho para que, por lo menos, estuvieras loco a plomo.

—También me acuerdo de eso.

Doña Concha se quedó callada un buen rato. Los tendederos del patio se movían un poco con el aire de junio. Alguien, en algún piso, había puesto la radio, y se oía a lo lejos la voz de un candidato en un mitin, muy pequeña, como un insecto atrapado en un frasco.

—A lo mejor —dijo doña Concha, hacia el cristal— tenías algo de razón.

Don José no dijo nada.

—Algo —repitió doña Concha, y se volvió hacia él—. No toda. Algo. No me hagas decir más, José, que tienes dos stents y yo una rodilla.

Don José la miró desde la silla. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Thiago le apretaba la mano.

—Con algo me basta, Concha —dijo.

* * *

Fue Samanda quien preguntó lo que ninguno de los otros se atrevía a preguntar.

—¿Y ahora qué?

Doña Concha y Don José la miraron.

—¿Ahora qué hacemos con esto? —siguió Samanda—. Porque saberlo no nos devuelve el piso de Usera. Ni la papelería al señor Casado. Ni Casa Benito a Benito. Ni la casa a Eulogia. Saberlo no arregla nada.

Don José bajó la vista.

Era verdad. Llevaba ocho meses buscando aquel recorte. El que faltaba. El que uniera todas las chinchetas rojas y azules del corcho con un solo hilo de lana. Se había imaginado aquel momento muchas veces, de noche, en el despacho, con el flexo encendido. Se había imaginado la alegría, el triunfo, la cara de su mujer cuando por fin tuviera que darle la razón.

Y ahora que lo tenía, no sentía nada de eso.

Pensó en la matanza de los zánganos de noviembre. En la obrera que sacaba al zángano de la colmena seis sin rabia, sin venganza, sin hacer tertulias. En lo que había escrito aquella noche en su libreta: *Los que echan a los zánganos no se alegran. Lo hacen porque no queda más remedio. Y luego vuelven a trabajar.*

—Saber quién es la varroa no cura la colmena —dijo, muy bajo.

—¿Entonces?

—Entonces hay que tratarla. —Don José levantó la vista—. Pero no con rabia. Con constancia. Como se trata la varroa. Cada otoño. Cada invierno. Sin heroicidades.

—¿Y eso qué significa, Don José? —preguntó Samanda—. En el mundo de las personas, no de las abejas.

Don José se quedó pensando.

—Significa que esto no es mío —dijo al fin—. Ni siquiera es de esta familia. Es de los vecinos de Usera. Del sindicato. De Hamid, que todavía está en su piso. De don Faustino, que no se ha ido. De Paula. De la prima de Mari Carmen, la de la radio.

—¿Se lo damos a ellos?

—Se lo damos a ellos. —Don José miró a su mujer—. Concha, ¿puedes imprimirlo? Lo del Registro. Con las fechas, los nombres, todo.

Doña Concha le miró un momento. Luego volvió a abrir la tapa del ordenador portátil.

—Te lo imprimo y te lo encuaderno —dijo—. Con índice y con anexos. Como un informe pericial. Para que nadie pueda decir que es la teoría de un viejo loco.

—Gracias, Concha.

—No me las des. —Doña Concha se puso las gafas de cerca—. Lo hago para que te tomes la pastilla de las dos y te vayas a caminar, que llevas toda la mañana sentado y el doctor Íñiguez ha dicho treinta minutos diarios.

* * *

Doña Concha tardó tres horas.

Lo imprimió todo en la impresora del despacho, que también tuvo que actualizarse y que se atascó dos veces. Lo ordenó. Le hizo un índice escrito a mano en una hoja de su cuaderno de obra, con apartados numerados con decimales. Lo grapó. Le puso una portada. En la portada escribió con su letra inclinada:

Informe sobre la composición societaria de las entidades vinculadas a Hexágono Capital Partners Iberia, S.L., y su relación con los inmuebles de calle Fuencarral, paseo de las Delicias, calle de Usera, calle del Ave María

(Lavapiés) y obra de Alcorcón. Fuentes: Boletín Oficial del Registro Mercantil. Elaborado por: Concepción Arroyo Sanz, arquitecta colegiada.

Y debajo, su firma con forma de puente.

Y el sello de caucho de 1979. *ARQUITECTO.*

Lo guardó en un sobre marrón grande, de los de la oficina técnica, de los que usaba para los planos.

—Mañana se lo lleva Samanda a Paula —dijo—. En mano. Y que Paula decida qué hacer con él. Yo no pienso hablar con ningún periodista.

—¿Y yo? —preguntó Don José.

—Tú vas a caminar.

* * *

Samanda se lo llevó a Paula al día siguiente, a la sede del sindicato de inquilinas, que estaba en el bajo de un edificio de Lavapiés, en una antigua carbonería con las paredes llenas de carteles y una cafetera industrial que no funcionaba. Paula leyó el informe entero en veinte minutos, sentada en una silla de plástico, sin levantar la vista. Cuando terminó, se quedó un rato callada.

—¿Esto lo ha hecho tu suegra?

Samanda no la corrigió. Hacía semanas que había dejado de corregir a la gente.

—Sí.

—Es lo mejor que he visto en tres años en el sindicato.

Paula llamó a la prima de Mari Carmen, la de la radio de barrio de Carabanchel. La prima de Mari Carmen llamó a un periodista que conocía de un periódico digital, uno pequeño, de los que investigan. El periodista llamó al sindicato al día siguiente. Pidió una copia del informe. Pidió hablar con la arquitecta que lo había firmado.

Doña Concha se negó.

—Que lo compruebe él en el Registro —dijo—. Está todo ahí. Es público. Yo solo lo he ordenado.

* * *

Esa noche, a las once, Don José recibió una foto en el móvil de Samanda, que Samanda le pasó en la cocina con una sonrisa.

Era de Hamid. La había hecho en su salón de Usera, junto a la foto de la Kaaba y el calendario de la carnicería halal.

Era el corcho.

Seguía allí, nivelado, con su lana roja y sus chinchetas de colores, con el recorte de la señora de los pendientes de perla en el centro, el burofax del señor Casado, el papel de la libreta de la compra de doña Concha clavado con la chincheta de latón de tablero de dibujo, la foto de la carta certificada de Usera y la palabra *Higiénicos* en su chincheta verde clara.

Y en el centro, había algo nuevo.

Una tarjeta blanca, clavada con una chincheta azul. La tarjeta que Don José había escrito en octubre, cuando le devolvió a su mujer la servilleta de las Navidades. La que ponía, con su letra recta de ingeniero, en mayúsculas:

¿DÓNDE CENAN?

Debajo, alguien había clavado un papel nuevo. Una hoja impresa con las dos fotos de la página web de Hexágono. *Federico Lasarte. Former Minister of Public Works of Spain. Mónica Ribas. Former Secretary of State for Housing of Spain.* Unidas con un trozo de lana roja.

Y debajo de la pregunta, en la misma tarjeta blanca, con una letra que no era la de Don José, sino una letra grande, redonda, con las haches mayúsculas muy marcadas, como la de alguien que escribe poco y con mucho cuidado, Hamid había añadido la respuesta:

En el consejo de Hexágono.

Don José se quedó mirando la foto un buen rato.

Luego le devolvió el móvil a Samanda.

—Dile a Hamid que gracias.

—¿Nada más?

—Que gracias. Y que el corcho es suyo. —Don José se levantó de la mesa de formica, despacio, con cuidado—. Siempre lo ha sido. Yo solo lo colgué.

* * *

En el despacho, con el flexo encendido y la pluma estilográfica, Don José abrió el cuaderno amarillo.

Fue a la página de las observaciones que no encajaban con el diagnóstico, la de enero, la de los donantes de órganos y la brigada de la escoba y la cocina de Nochebuena. La última anotación era la sexta, la de la junta de vecinos de Usera: *El sistema inmune funciona. Lo he visto.*

Escribió debajo:

Siete. Junio. He encontrado el recorte que faltaba. Un exministro de los Reformistas y una ex secretaria de Estado de la Alianza, en el mismo consejo de administración. Los que se pelean en el Congreso cenan en la misma mesa. Lo sabía desde octubre. Me ha costado ocho meses y un infarto demostrarlo.

Concha lo ha encontrado en el Registro Mercantil en una hora. Y lo ha firmado con su sello.

Concha dice que "a lo mejor tenía algo de razón". Algo. No toda.

Tiene razón ella. No toda.

Se quedó mirando la página. Luego siguió escribiendo, más despacio:

Lo que no sabía en octubre: que tener razón no cura nada. Que saber quién es la varroa no salva la colmena. Que lo que la salva son las abejas higiénicas, que se limpian unas a otras sin que nadie se lo mande. Hamid, que se ha quedado en su piso. Don Faustino, que no se ha ido. Paula.

Samanda, que lleva los papeles en mano. Concha, que ordena lo que yo solo había gritado.

Y lo otro que no sabía en octubre, lo peor: que llevo cuarenta años diciendo que todos son iguales, y mi hijo se lo ha creído, y no vota.

Si todos son iguales, ganan ellos. Eso es lo que quiere el Consorcio. Que creamos que todos son iguales. Que nos quedemos en casa el veintiuno de junio.

Los de Hexágono no son iguales que Hamid.

Los del consejo no son iguales que don Faustino.

No son todos iguales.

Cerró el cuaderno.

Se quedó un rato sentado en el despacho, con el flexo encendido, mirando el bote de los clips, la goma de borrar con forma de puente colgante, la carpeta azul del *Expediente 1* debajo de la que ya no estaba el ordenador portátil.

Luego se levantó. Fue por el pasillo hasta el cuarto de invitados. La puerta estaba entornada. Dentro había luz.

Diego acababa de llegar del bar. Estaba sentado en la cama, todavía con la camisa de cuadros verdes, con Samanda a su lado. Tenían sobre las rodillas los sobres de la propaganda electoral, abiertos. Las papeletas de todos los partidos extendidas sobre la colcha. Samanda le estaba leyendo una, despacio, en voz baja, con el dedo debajo de cada palabra.

Diego escuchaba con los ojos cerrados. Como escuchaba los audios de las colmenas.

Don José se quedó en el pasillo, al otro lado de la puerta entornada, sin hacer ruido.

No entró. No era su sitio.

Se volvió despacio hacia su dormitorio. Doña Concha ya estaba acostada, con la lamparita encendida y la novela sueca de los muertos limpios sobre el pecho, sin leer.

—¿Dónde estabas?

—En el pasillo.

—¿Haciendo qué?

Don José se metió en la cama.

—Escuchando cómo vota mi hijo.

Doña Concha apagó la lamparita.

En la oscuridad, al cabo de un rato, Don José sintió la mano de su mujer buscando la suya por encima de la sábana. La encontró. La apretó.

En cuarenta y siete años, nunca le había hecho falta encender la luz para encontrarla.

CUARTA PARTE

La reina nueva

Capítulo 28

Celda real

La idea fue de Diego, pero el plano lo hizo doña Concha.

Fue un martes de mediados de junio, en la cena de las croquetas, que ahora hacía Samanda todos los martes con la receta de la ficha de cartulina de 1979, removiendo la bechamel siempre en el mismo sentido, y que le salían cada semana un poco menos quemadas y un poco más iguales. Don José no podía comerlas. Se comía un plato de verduras al vapor con un chorrito de aceite de oliva, mirando las croquetas de los demás con la tristeza de un preso que ve el patio desde la celda.

—Papá —dijo Diego, con la boca llena—, ¿y si te traigo las abejas?

Don José levantó la vista de las verduras.

—¿Cómo que me traes las abejas?

—Tú no puedes subir a La Hiruela en tres semanas más. Lo ha dicho el médico. Pero las abejas sí pueden bajar.

—Diego, una colmena pesa cuarenta kilos. Y tiene cuarenta mil abejas.

—No una colmena entera. Un cuadro. Uno solo. Con abejas. Con cría. En una caja de cristal. —Diego tragó la croqueta—. Lo he visto en vídeos. Se llama colmena de observación. Tiene los dos lados de cristal, como una pecera plana, y se ve todo lo que hacen por dentro. En los colegios de Estados Unidos las tienen en las ventanas.

Don José dejó el tenedor en el plato.

Thiago dejó de comer.

Doña Concha, que estaba sirviéndole agua a Mía, dejó la jarra en la mesa con un golpe seco.

—Ni hablar.

—Mamá...

—Ni hablar, Diego. En mi casa no entra una abeja. Ya tuve cincuenta en los geranios en abril.

—No sería en casa. Sería en la terraza. Con la piquera hacia fuera.

—En la terraza tampoco.

—Dos semanas, mamá. Solo dos semanas. Hasta que papá pueda subir.

Doña Concha miró a su hijo. Luego miró a su marido, que la miraba a ella con los ojos de un niño delante de un escaparate de juguetes en diciembre. Luego miró a Thiago, que la miraba con la boca abierta y una croqueta suspendida a medio camino.

Luego miró a Mía, que no entendía nada pero que la miraba también, por debajo del ala del sombrero de fieltro gris, porque todo el mundo la miraba.

Doña Concha suspiró.

—¿Quién la va a construir?

* * *

La construyeron en cuatro días, en el trastero, entre tres personas que no habían trabajado nunca juntas.

Doña Concha hizo el plano. Lo dibujó la noche del martes en la mesa del comedor, sobre una hoja grande de papel milimetrado que guardaba desde 1992 en un cajón del despacho, con un portaminas del 0,5, una escuadra, un cartabón y un escalímetro que no usaba desde la jubilación. Tardó tres horas. Diego la miraba trabajar desde el sofá del salón, sin atreverse a acercarse, como miraba de niño a su madre dibujar los planos de los edificios en la mesa del comedor los domingos por la noche, cuando se suponía que él estaba haciendo los deberes.

El plano tenía alzado, planta, sección y dos detalles constructivos. La caja era de madera de pino de tres centímetros, de cincuenta por sesenta, con los dos lados mayores de metacrilato transparente de cinco milímetros, desmontables con tornillos de mariposa para poder limpiarlos. Tenía una piquera en la parte inferior, conectada a un tubo de plástico flexible de cuatro centímetros de diámetro que salía por la barandilla de la terraza hacia el patio de manzana. Tenía un alimentador en la parte superior, con un bote de cristal boca abajo. Tenía rejilla de ventilación con malla metálica. Y tenía, en el lateral, una tapa de madera con bisagras que se podía cerrar sobre cada cristal para que las abejas estuvieran a oscuras cuando nadie miraba, porque a las abejas, según Don José, no les gusta la luz dentro de casa.

En la esquina inferior derecha del plano, en el cajetín, con su letra inclinada, doña Concha escribió:

Proyecto: Colmena de observación. Emplazamiento: Terraza. Promotor: J. Velasco. Arquitecto: C. Arroyo. Escala 1:5. Junio.

Y debajo, más pequeño:

Plazo de ejecución: dos semanas. Improrrogable.

* * *

Leandro hizo la carpintería. Vino el miércoles y el jueves por la tarde, después de la obra de Alcorcón, con su caja de herramientas, una sierra de calar prestada por un compañero y una tabla de pino que había comprado en un almacén de maderas de Leganés. Trabajó en el trastero, a la luz del flexo de Don José, con el plano de doña Concha clavado con cuatro chinchetas en la pared del fondo, en el hueco rectangular más claro donde había estado el corcho.

Doña Concha bajaba cada hora a supervisar. Medía las piezas con su cinta métrica. Comprobaba los ángulos con su escuadra. Una vez le hizo repetir un listón porque tenía dos milímetros de más.

Leandro lo repitió sin rechistar.

—Usted es igual que mi primer jefe de obra en Rosario —le dijo, mientras cortaba—. Un gallego viejo que medía todo dos veces.

—¿Y era bueno?

—El mejor. Se le cayó un muro en treinta años. Y fue porque el hormigón venía mal de la planta.

—Eso no cuenta.

—Eso dijo él.

Doña Concha le miró trabajar un rato, en silencio, con los brazos cruzados.

—Tienes buenas manos, Leandro.

Leandro se quedó quieto con la sierra en la mano.

—Gracias, señora.

—Concha.

—Gracias, Concha.

* * *

Diego hizo el resto. Subió a La Hiruela el sábado con Thiago y con Samanda, que quería ver el colmenar por primera vez. Y abrió la colmena número ocho.

La ocho era la que el seis de junio tenía una sola celda real, y Diego se acordaba de ella porque no se parecía a las demás. No colgaba del borde del panal, como las celdas de enjambrazón de la seis y de la once. Estaba en medio del cuadro, sobre una celda normal de obrera que las abejas habían agrandado, alargado y girado hacia abajo, como quien convierte una habitación de servicio en un dormitorio principal.

Ahora había dos. La del seis de junio, ya tapada con su opérculo rugoso. Y otra nueva al lado, abierta todavía, con una larva dentro.

La reina vieja de la ocho seguía allí. Diego la vio. Caminaba despacio, más despacio que las otras reinas, con un ala un poco gastada en el borde. Ponía pocos huevos, y torcidos, no siempre en el centro de la celda.

Lo había grabado en un audio para su padre. Su padre le había contestado con otro, a las dos de la madrugada, con la voz emocionada.

Eso son celdas de sustitución, Diego. La reina de la ocho es del veintitrés. Tiene tres años. Ya está cansada. Y las obreras lo saben antes que nadie, porque huele menos. Entonces no se van en enjambre, como la once. Se quedan. Y crían una reina nueva en silencio, para que releve a la vieja. Cogen una larva corriente y la crían con jalea real hasta que es reina. Eso ya lo sabes. Lo que no has visto nunca es cómo se hace por dentro.

Hacen dos, por si acaso. Siempre hacen alguna de más.

Tráemelo, hijo. Ese cuadro. Sin la reina vieja, que se quede en su casa. Quiero verlo.

* * *

Diego trajo el cuadro el sábado por la tarde, en la colmena de observación, con mil quinientas abejas dentro, las dos celdas reales en el centro y la piquera tapada con una malla. Lo trajo en el asiento de atrás del Seat Toledo, sujeto con el cinturón de seguridad, al lado de la sillita homologada del grupo dos con anclaje Isofix de Thiago. Thiago iba con la careta puesta todo el viaje, aunque las abejas no podían salir.

Lo subieron a la terraza de Chamberí a las siete de la tarde. Diego conectó el tubo de plástico flexible a la piquera y lo pasó por la barandilla hacia el patio de manzana. Quitó la malla. Las primeras abejas salieron por el tubo, desorientadas, dieron unas vueltas sobre el patio, sobre los

tendederos de los vecinos, sobre los geranios de doña Concha. Volvieron a entrar.

A los diez minutos, ya entraban y salían con normalidad, por el tubo, como si llevaran toda la vida viviendo en una terraza de Chamberí.

Doña Concha lo miraba todo desde la puerta de la terraza, con los brazos cruzados y la cara de quien supervisa la recepción provisional de una obra que no termina de convencerle.

—Si una sola abeja entra en mi cocina —dijo—, se acaba el proyecto.

—Ninguna va a entrar, mamá.

—Eso dicen todos los contratistas.

* * *

Don José se pasó la tarde entera delante de la colmena de observación.

Se sentó en una silla de la cocina, que Samanda le sacó a la terraza, con un cojín en el respaldo para la espalda y un vaso de agua al lado, porque el informe de alta decía que tenía que beber dos litros al día. Thiago se sentó en el suelo, a su lado, con la careta en las rodillas. Diego, de pie detrás. Samanda, en la puerta, con Mía de la mano.

Don José abrió la tapa de madera de uno de los lados. La luz de la tarde de junio entró por el cristal de metacrilato.

Y allí estaba.

Un cuadro de panal entero, visto como no se ve nunca, de lado, por dentro, como un corte de un edificio en un plano de sección. Cientos de abejas caminando despacio sobre la cera. Celdas hexagonales de cera amarilla, unas llenas de miel tapada, otras con polen de colores, otras con cría. Las obreras jóvenes metiendo la cabeza en las celdas para limpiarlas. Las nodrizas alimentando larvas. Una abeja que acababa de nacer saliendo de su celda, abriendo la tapa de cera desde dentro con las mandíbulas,

sacando primero la cabeza y luego las patas, con las alas todavía húmedas y arrugadas, y otra obrera que se acercaba enseguida a darle de comer.

Y en el centro, las dos celdas reales.

Eran distintas de todas las demás. Grandes. Alargadas. Colgando hacia abajo desde una fila de celdas normales, como bellotas de cera rugosa. La mayor ya estaba tapada, marrón claro. La otra, la pequeña, todavía no. Por el cristal se veía el interior: una larva blanca, curvada, flotando en un charco espeso de algo blanco y brillante, como leche condensada.

—¿Eso es? —preguntó Thiago, muy bajito.

—Eso es —dijo Don José.

—¿La jalea real?

—La jalea real.

Thiago se acercó al cristal hasta que la nariz casi lo tocaba.

* * *

Don José empezó a explicárselo despacio. Como si estuviera grabando un audio para su hijo. Como si tuviera todo el tiempo del mundo, que era lo que el doctor Íñiguez le había dicho que tenía: seis semanas sin hacer nada, que ya eran tres.

—Mira bien, Thiago. Esa larva de ahí era igual que todas las demás. Una larva de obrera corriente. Pero las nodrizas...

—Ya lo sé, abuelo.

Don José se calló.

—Me lo contaste en el colmenar —dijo Thiago, sin apartar la nariz del cristal—. El día del corazón. Con la bebé. Antes de que te cayeras. Dijiste que no hace falta que sea de una sangre especial. Que lo que la hace reina es cómo la cuidan. Y yo dije que entonces cualquiera puede ser reina. Y tú dijiste que cualquiera que tenga a alguien que le dé jalea real.

Don José se quedó mirando a su nieto.

No se acordaba. De aquella mañana en La Hiruela recordaba el olor del cantueso, el peso del núcleo, la mano de hierro en el pecho, la voz del niño al teléfono, el ruido del helicóptero. Pero no se acordaba de lo que había dicho justo antes de caer. Eran sus últimas palabras de antes. Y el niño las había guardado enteras, como Diego guardaba las comandas.

—¿Eso dije?

—Eso dijiste. —Thiago se volvió a mirarle—. Pero no me dijiste qué les dan a las otras.

—A las otras... —Don José tuvo que carraspear—. A las otras, los tres primeros días, también les dan un poquito de jalea. Luego les cambian la comida. Polen y miel. Comida de obrera. A esa no se la cambian nunca. Le dan toda la que quiera, hasta que flota.

Thiago asintió despacio, como quien coloca la última pieza de un puzle de quinientas piezas al que le faltaba un trozo de cielo.

* * *

Samanda, en la puerta de la terraza, con Mía de la mano, se quedó muy quieta.

Diego, de pie detrás de su padre, también.

Pero fue Thiago quien habló. Con la nariz casi pegada al cristal. Con la careta en las rodillas. Con esa voz de los seis años que dice las cosas sin saber que son importantes.

—Entonces Mía es una larva corriente.

Don José le miró.

—¿Cómo?

—Mía. Mi hermana. —Thiago no apartó la vista del cristal—. Es una larva corriente. No es de una sangre especial. Su papá se fue a Alemania y no la conoce. Su abuela de verdad está en Rosario y bebe. Mamá la tuvo sola en un piso de Tetuán con seis desconocidos. —Lo dijo sin pena, como

quien enumera los ingredientes de una receta, con la información que había ido recogiendo durante seis años en conversaciones que los mayores creían que no oía—. Es una larva corriente.

Nadie dijo nada en la terraza.

—Y Concha le da jalea real —siguió Thiago.

Samanda se tapó la boca con la mano.

—Le dio el sombrero de reina —dijo Thiago—. Le corta la tortilla en cuadraditos. Le deja ver los cerdos en el sofá. La sienta en su regazo. Le pinta los labios. —Thiago se volvió por fin, y miró a su abuelo—. Y a mí me dio el nivel de su papá. Y me puso la careta de verdad, tú me la diste pero ella dijo que sí. Y me esperó en el hospital.

—Thiago...

—Entonces Concha es la nodriza —dijo Thiago—. La que da la jalea real. Para que las larvas corrientes se conviertan en reinas.

* * *

Doña Concha no estaba en la terraza.

Estaba en la cocina, al otro lado de la puerta acristalada, fregando los platos de la cena con las mangas del jersey remangadas. No había querido salir a ver la colmena de observación. Había dicho que ya la vería otro día, que ella no tenía interés en los bichos, que tenía cosas que hacer.

Pero la puerta acristalada de la cocina estaba entornada. Y la terraza estaba a dos metros. Y Thiago tenía una voz de seis años que llegaba muy lejos.

Doña Concha cerró el grifo.

Se quedó de pie junto al fregadero, de espaldas a la puerta de la terraza, con las manos mojadas apoyadas en el borde de acero, mirando por la ventana hacia el patio de manzana, donde una abeja de su terraza, una de las de la colmena de observación, salía por el tubo de plástico y volaba

despacio sobre los tendederos de los vecinos hacia algún sitio de Chamberí donde todavía había flores.

Concha es la nodriza.

Pensó en el sombrero de las bodas. En la tortilla en cuadraditos. En los cerdos de la tele. En el nivel de su padre. En el pastillero de veintiocho compartimentos de colores. En el contrato de las seis condiciones firmado en la mesa de formica. En la sexta condición. *Los domingos, la mesa la pone usted.*

Pensó en su propia madre, en Segovia, poniendo la vajilla buena en una casa donde se comían lentejas tres días a la semana. En la abuela de Turégano con el mantel de lino. En la abuela de Rosario con el mantel de hule y la polenta en una fuente, nunca en la olla.

Pensó que ella no había tenido nunca una hija. Y que nunca se había permitido preguntarse si la habría querido tener, porque había preguntas que se guardaban en una caja de cartón en el trastero y no se abrían, como los dibujos de Diego, como el puente de palitos de helado, como la carta del noventa y nueve.

Pensó en Mía en su regazo, viendo los cerdos.

Se secó las manos en el delantal.

No salió a la terraza.

Pero tampoco volvió a abrir el grifo.

* * *

Fue Samanda quien entró en la cocina. Despacio. Cerró la puerta acristalada detrás de ella.

Doña Concha seguía de espaldas, junto al fregadero.

—Concha.

—Ya lo he oído.

—Thiago no sabe lo que dice.

—Thiago sabe perfectamente lo que dice. —Doña Concha no se volvió—. Es el único de esta casa que siempre sabe lo que dice. Le viene de ti.

Samanda se acercó. Se quedó a su lado, junto al fregadero, mirando también por la ventana hacia el patio de manzana. Ninguna de las dos dijo nada durante un rato.

—¿Sabe usted lo que me dijo mi abuela una vez? —dijo Samanda al fin—. La del pañuelo blanco.

—¿Qué?

—Que en la vida hay dos clases de madres. Las que te paren y las que te crían. Y que a veces son la misma, y que eso es una suerte. Y que a veces no son la misma, y que eso no es una desgracia. Que lo único que es una desgracia es no tener ninguna de las dos.

Doña Concha no contestó.

—Mía tuvo la primera —siguió Samanda—. Yo la parí. Pero yo trabajo en tres sitios y llego a las nueve de la noche. Y Mía se sienta todas las tardes en su regazo, Concha. A ver los cerdos. Y se queda dormida ahí. —Samanda se volvió hacia ella—. Yo no tuve la segunda. Nunca. Mi abuela hizo lo que pudo, pero era muy vieja y muy pobre. Mía la está teniendo. Usted se la está dando.

Doña Concha se quedó mirando el patio de manzana.

—Yo no le estoy dando nada, hija. Le corto la tortilla.

—En cuadraditos.

—Es como se corta la tortilla a los niños.

—Ya lo sé, Concha. —Samanda le puso la mano en el brazo, encima del jersey remangado—. Es como se corta la jalea real.

* * *

Doña Concha se rió.

Fue una risa pequeña, corta, inesperada, que le salió sin permiso, como el agua de un grifo que gotea. No era la comisura de la boca un milímetro más alta. Era una risa de verdad, con sonido, que Samanda no le había oído nunca en ocho meses.

Se tapó la boca con la mano mojada.

—La jalea real —repitió, detrás de la mano—. Válgame Dios. Ese hombre me ha contagiado.

—¿Don José?

—Cuarenta y siete años oyendo hablar de abejas. Y ahora yo también hablo de abejas. —Doña Concha se quitó la mano de la boca. Tenía los ojos húmedos, de la risa, o de otra cosa—. Es como una enfermedad. Se pega.

—Como la varroa.

—Peor que la varroa. La varroa por lo menos se trata con ácido oxálico.

Las dos se rieron. En la cocina, junto al fregadero, con la puerta acristalada cerrada y la terraza a dos metros, donde un hombre de setenta y cuatro años con dos stents, un niño de seis años con una careta de apicultor en las rodillas y un camarero disléxico de treinta y ocho años miraban a través de un cristal de metacrilato cómo una larva corriente flotaba en un charco de jalea real.

* * *

La celda pequeña se tapó el lunes.

Lo vio Thiago, por la mañana, antes de ir al colegio. Se levantó a las siete menos cuarto sin que nadie le llamara, fue a la terraza en pijama, abrió la tapa de madera del lado izquierdo de la colmena de observación, y vio que las obreras habían cerrado la celda pequeña, la de la larva flotando, con un opérculo de cera rugosa, de color marrón claro, como el tapón de corcho de una botella.

Fue corriendo al dormitorio de sus abuelos.

—¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡La han tapado!

Don José se despertó de golpe. Doña Concha también.

—¿Qué han tapado?

—¡La celda real! ¡La de la jalea! ¡La han cerrado!

Don José se levantó. Doña Concha intentó decirle que no corriera, que tenía dos stents, que eran las siete menos cuarto. Don José no la oyó. Fue por el pasillo detrás de Thiago, en pijama, descalzo, a la terraza.

Doña Concha se quedó sola en la cama un momento. Luego, por primera vez, se levantó también. Se puso la bata de lana y las zapatillas. Y fue a la terraza.

* * *

Estaban los tres delante del cristal, en pijama, a las siete menos diez de la mañana, mientras el sol de junio entraba de lado por encima de los tejados de Chamberí.

Las dos celdas reales estaban tapadas. Rugosas. Marrón claro. Colgando hacia abajo desde la fila de celdas normales, en el centro del cuadro, una al lado de la otra, como dos hermanas dormidas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Thiago.

—Ahora espera —dijo Don José—. Dentro, la larva se convierte en reina. Se hace una pupa. Le salen las patas, las alas, los ojos. Tarda unos ocho días desde que la tapan. Y luego abre la tapa desde dentro, con las mandíbulas, y sale. La grande saldrá antes, esta misma semana. La pequeña, la que hemos visto flotar, dentro de ocho días.

—¿Y luego?

—Luego sale a volar. A buscar zánganos. Y vuelve. Y empieza a poner huevos. Y la colmena tiene reina otra vez.

—¿Y si no vuelve?

Don José tardó en contestar.

—Si no vuelve, las obreras lo intentan otra vez. Con otra larva. Mientras les queden larvas jóvenes.

—¿Y si no les quedan?

—Entonces la colmena se queda huérfana. Y se muere.

Thiago lo pensó.

—Pero esta vuelve.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la ha cuidado Concha —dijo Thiago, muy serio—. Desde la cocina. Mirando por la ventana.

Doña Concha, en bata, detrás de ellos, no dijo nada.

Don José se volvió a mirarla. Ella le sostuvo la mirada. Luego miró el cristal de metacrilato de la colmena de observación, con su celda real tapada en el centro, la que ella había dibujado en un plano a escala uno a cinco con cajetín, emplazamiento y plazo de ejecución improrrogable.

—Esa celda está un poco torcida —dijo.

Thiago se acercó al cristal. Sacó del bolsillo del pijama el nivel de burbuja de aluminio y latón, que llevaba siempre encima, incluso para dormir. Lo apoyó en el borde de madera de la colmena de observación.

La burbuja se quedó en el centro.

—La colmena está recta —dijo Thiago—. Es la celda la que está torcida.

—Las celdas reales siempre están torcidas —dijo Don José—. Las hacen deprisa. Con lo que tienen a mano. En una emergencia.

Doña Concha se quedó mirando la celda real torcida.

—Como todo lo que importa —dijo.

Y se fue a la cocina a hacer las tostadas.

* * *

Esa semana pasaron cosas fuera de la terraza.

El lunes, el periódico digital pequeño, el de la prima de Mari Carmen, publicó el informe de doña Concha. No con su nombre, que ella se había negado a dar, sino con los datos del Registro Mercantil, las fechas, las sociedades, los dos nombres. *Un exministro de Fomento y una ex secretaria de Estado de Vivienda, consejeros del fondo que expulsa a los vecinos de Usera.* El martes lo recogieron dos periódicos grandes. El miércoles salió en un telediario. El jueves, a tres días de las elecciones, Federico Lasarte y Mónica Ribas anunciaron, cada uno por su lado, con una diferencia de cuatro horas, que dimitían de sus cargos en el consejo de administración de Hexágono Capital Partners Iberia, S.L., "por motivos personales" y "para evitar cualquier interpretación interesada en periodo electoral".

Don José se enteró por Diego, que se lo contó en la terraza, delante de la colmena de observación, porque doña Concha seguía sin dejarle ver el telediario.

Don José escuchó. No dijo nada durante un rato.

—¿Y Hexágono? —preguntó al fin.

—Hexágono ha sacado un comunicado. Dice que respeta la decisión de sus consejeros y que sigue comprometida con el diálogo con los inquilinos.

—Ya.

—¿No te alegras, papá?

Don José miró la celda real tapada en el cristal de metacrilato.

—Se han ido dos zánganos, hijo. La colmena sigue igual. Mañana pondrán a otros dos.

—Entonces no sirve de nada.

—Sí sirve. —Don José se volvió hacia su hijo—. Sirve para que se sepa. Y lo que se sabe ya no se puede dejar de saber. Como lo de Thiago con el móvil de su madre.

Diego se rió.

—¿Y lo de Usera?

—Lo de Usera lo arreglarán los de Usera. Hamid sigue en su piso. Don Faustino no se va. Paula dice que el sindicato va a recurrir los desahucios. —Don José se encogió de hombros—. A lo mejor ganan. A lo mejor no. Pero no lo van a ganar desde esta terraza.

* * *

Esa misma semana, Samanda se dio cuenta de algo que tardó en entender.

Su madre no le había mandado ningún audio en un mes.

Lo vio un jueves por la noche, en la cama del cuarto de invitados, revisando el móvil antes de dormir. El último audio era del dieciocho de mayo. Tres minutos. Ruido de vaso. *Sami, mi amor, la boleta de la luz...* Samanda le había mandado los cien euros del mes por el locutorio de Wilson, como siempre. Y desde entonces, nada.

Ni un audio. Ni un mensaje. Ni una foto. Ni un *te extraño*. Ni un *mandame lo de este mes*.

Un mes. En treinta y un años, su madre no había estado nunca tanto tiempo sin pedirle nada.

Samanda le escribió: *Mamá, ¿estás bien?*

El mensaje se quedó con un solo tic gris. Enviado. No entregado.

Lo intentó otra vez al día siguiente. Lo mismo. Un tic gris.

Llamó a Leandro.

—Lea, ¿has hablado con la vieja?

—No. Hace un mes que no me llama. Pensé que estaba con un tipo nuevo.

—No le llegan los mensajes.

—Habrá cambiado de número. Ya lo ha hecho otras veces. Cuando debe plata.

—Ya.

Samanda colgó. Se quedó mirando el móvil. El tic gris. *Enviado. No entregado.*

No le dijo nada a Diego. Ni a doña Concha. Ni a nadie.

Lo guardó en el bolsillo, con las demás cosas que no se decían.

* * *

La reina salió de la celda grande el jueves, a las cuatro y veinte de la tarde.

La vio Mía.

Mía estaba sentada en el suelo de la terraza, delante de la colmena de observación, con el sombrero de las bodas puesto, porque no se lo quitaba nunca salvo para dormir y bañarse, mirando las abejas a través del cristal como miraba los cerdos en la tele. Doña Concha le había dejado abrir la tapa de madera con la condición de que no tocara el cristal con los dedos.

Mía no tocaba el cristal. Pero lo miraba con una atención absoluta.

Y vio cómo la tapa de la celda grande, la rugosa, la marrón claro, la torcida, empezaba a moverse. Un círculo perfecto, en la punta de abajo, que se iba cortando desde dentro, poco a poco, como quien abre una lata de conservas con un abrelatas. Hasta que la tapa se quedó colgando de un lado, como una puerta abierta.

Y por el hueco asomó una cabeza.

Mía se levantó de un salto.

—¡Concha! ¡Concha! ¡Sale la reina!

* * *

Doña Concha estaba en la cocina. Dejó el cuchillo con el que estaba pelando patatas. No se secó las manos. Fue a la terraza.

Detrás de ella llegó Don José, desde el despacho, con el cuaderno amarillo en la mano. Y Samanda, que acababa de volver de casa de doña Remedios. Y Thiago, que acababa de volver del colegio con la mochila todavía puesta. Diego no estaba; estaba en el bar.

Se arrodillaron los cinco delante del cristal de metacrilato. Doña Concha también. Con la rodilla.

La reina salió despacio. Primero la cabeza. Luego las patas delanteras, agarrándose al borde de la celda. Luego el tórax. Luego el abdomen, largo, estirado, más largo que el de las obreras. Tenía las alas húmedas, arrugadas, pegadas al cuerpo. Se quedó un momento quieta, en el borde de la celda abierta, como quien sale de una casa a la calle por primera vez y no sabe hacia dónde ir.

Una obrera se acercó. Le tocó la cabeza con las antenas. Luego otra. Luego otra. Le ofrecieron comida, boca a boca. Trofalaxia.

La reina comió. Luego empezó a caminar sobre el panal. Despacio. Torpe todavía. Con las alas secándose.

Las obreras se apartaban a su paso. Y luego la seguían.

—¿Esa es la larva corriente? —preguntó Mía, con la nariz casi pegada al cristal.

—Esa era —dijo Don José—. Ahora es una reina.

—¿Por la jalea real?

—Por la jalea real.

Mía se quedó mirándola mucho rato, debajo del ala del sombrero de fieltro gris.

Luego se volvió. Miró a doña Concha, que estaba de rodillas a su lado, con el delantal y las manos todavía mojadas de pelar patatas.

—Concha.

—Dime.

—Yo también quiero jalea real.

Doña Concha la miró.

Samanda se tapó la cara con las manos. Thiago abrió mucho los ojos. Don José bajó la vista al cuaderno amarillo que tenía en el regazo.

Doña Concha se quedó un momento callada. Luego, despacio, con la mano todavía mojada, le colocó bien el sombrero a Mía, un milímetro, para que quedara exactamente ladeado hacia la derecha, como lo llevaba ella.

—Ya te la estoy dando, hija —dijo—. Lo que pasa es que la mía viene en cuadraditos.

* * *

Esa noche, Don José abrió el cuaderno amarillo en la mesilla del dormitorio.

Escribió:

18 de junio. Jueves. Creo. Es lo que tiene no ver el telediario: se pierden los días.

La reina de la celda grande del cuadro de la 8 ha salido a las cuatro y veinte. La ha visto Mía. Ha salido de una larva corriente de obrera, que las nodrizas alimentaron con jalea real porque su madre se estaba haciendo vieja.

La pequeña, la que vimos flotar el sábado, sigue tapada. Si se queda aquí, la mayor la matará en cuanto la encuentre: solo puede haber una reina por colmena. Diego dice que el núcleo 19 se ha quedado huérfano: su reina virgen no ha vuelto del vuelo nupcial. Mañana le subirá la celda pequeña, entera, con mucho cuidado, para que nazca allí.

Thiago dice que así no se pelean. Que cada una tiene su colmena.

Thiago dijo el sábado que Mía es una larva corriente. Y que Concha es la nodriza.

Hoy Mía le ha dicho a Concha: "Yo también quiero jalea real."

Concha le ha dicho: "Ya te la estoy dando. La mía viene en cuadraditos."

Dejó la pluma. Se quedó mirando la página.

Luego fue a la página de doña Concha, la de enero, la de *Diagnóstico: sana. Rigidez estructural. De la buena. La que aguanta.* La de *Tratamiento: ninguno. No tocar.* La de *Conforme. C.* La del hexágono pequeño que él había dibujado. La de *Corrección: tratamiento en curso. Se ha tratado ella sola.*

Debajo de todo eso, con la pluma estilográfica, despacio, escribió:

Antes era guardiana. La que huele en la piquera a cada una que llega y echa a las que no huelen a casa.

Ahora es nodriza.

No ha cambiado. Las abejas no cambian de carácter. Cambian de oficio según la edad. Las jóvenes limpian, luego crían, luego construyen, luego guardan la puerta, y al final salen al campo. Concha lo ha hecho al revés. Ha guardado la puerta toda la vida. Y a los setenta y dos años ha vuelto a criar.

Es la única abeja que conozco que ha rejuvenecido.

Cerró el cuaderno.

Doña Concha, a su lado, con la novela sueca de los muertos limpios sobre el pecho, sin leer, le miraba.

—¿Qué has escrito?

—Ya lo leerás.

—¿Sobre mí?

—Sobre una abeja.

Doña Concha apagó la lamparita.

—José.

—¿Qué?

—La celda estaba torcida. Pero la reina ha salido recta.

—Ya lo sé, Concha.

—Lo digo por si lo apuntas.

Don José sonrió en la oscuridad.

—Ya está apuntado.

Capítulo 29

Rosa

La llamada llegó el viernes diecinueve de junio a las once y cuarto de la mañana, al móvil de Samanda, desde un número de Usera que no tenía guardado.

Samanda estaba en casa de doña Remedios, en la calle Embajadores, poniéndole las gotas en los ojos, con la cabeza de la anciana echada hacia atrás sobre el respaldo del sillón y el frasquito en la mano. Contestó con la otra mano, sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro.

—¿Diga?

—¿Samanda? Soy Ramón. El del primero. El taxista.

—Ramón. ¿Pasa algo? ¿Don Faustino?

—No, no, don Faustino está bien. Es otra cosa. —Ramón carraspeó. Se oía el ruido del tráfico detrás, el intermitente del taxi—. Oye, ¿tú tienes una madre que se llama Rosa?

Samanda se quedó con el frasquito de las gotas en el aire, a un centímetro del ojo izquierdo de doña Remedios.

—¿Qué?

—Una señora de Argentina. Rubia, delgadita. Con una maleta de esas de cuadros. Ha aparecido en el portal del edificio hace una hora, preguntando por ti. Llamando a todos los timbres. Eulogia ya no está, Hamid estaba en la obra, y ha salido don Faustino al balcón y ha empezado a gritar que si era de Hexágono que se fuera. —Ramón soltó una risa nerviosa—. Al final he bajado yo. Dice que es tu madre. Que ha venido desde Rosario. Que no sabía que os habíais mudado.

Samanda no dijo nada.

—¿Samanda?

—Sí.

—¿Es tu madre?

Doña Remedios, con la cabeza echada hacia atrás, abrió el ojo derecho y la miró.

—Sí —dijo Samanda—. Es mi madre.

* * *

Ramón la traía en el taxi. No quería cobrarle, dijo, porque el taxímetro no funcionaba para la familia, y aquella señora, aunque no la conocía de nada, era la madre de la del segundo, y la del segundo había conseguido que arreglaran el ascensor y que a don Faustino no le mandaran más cartas hasta el día de su muerte. Eso, en Usera, era más que familia.

—La llevo a Chamberí. ¿Te parece? A casa de la señora arquitecta.

—Sí. No. —Samanda se pasó la mano por la cara—. Sí. Llévala allí. Yo voy ahora.

—Oye, Samanda.

—¿Qué?

Ramón bajó la voz.

—Que la señora viene... regular. No sé si me entiendes.

Samanda cerró los ojos.

—Te entiendo, Ramón.

—Ha vomitado en la acera. Dice que es del avión.

—Ya.

—Le he comprado un agua en el bar de la esquina. Y unos pañuelos.

—Gracias, Ramón.

—No me las des. —Ramón dudó—. Mi padre era igual. En Vallecas. En los ochenta. Ya sé cómo va esto.

Colgó.

Samanda se quedó mirando el teléfono. Doña Remedios, en el sillón, con una gota en un ojo y el otro esperando, la observaba con una lucidez repentina de esas que le venían a ratos, como una radio vieja que de pronto sintoniza bien.

—Es tu madre la que ha venido, hija.

—Sí, doña Remedios.

—¿Y no te alegras?

Samanda le puso la gota en el ojo izquierdo. Con mucho cuidado. Como siempre.

—No lo sé, doña Remedios.

—Eso es que no —dijo la anciana, parpadeando—. Cuando una no sabe si se alegra, es que no. Pero no pasa nada. Las madres no se eligen. Ni las hijas.

* * *

Llamó a doña Concha desde el autobús 148. No sabía qué decirle. Al final dijo la verdad, en tres frases, como había aprendido a decir las cosas en aquella casa.

—Concha, mi madre ha venido de Rosario sin avisar. Ramón la lleva a casa en el taxi. Viene bebida.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Cuánto tardas?

—Cuarenta minutos.

—Ramón tardará veinte. —Se oyó el ruido de un cazo dejado sobre la encimera—. Yo me ocupo.

—Concha, no hace falta, yo...

—Samanda. —La voz de doña Concha sonaba exactamente igual que cuando dictaba las actas de replanteo en las obras—. Tu madre ha cruzado el Atlántico. Ha ido a tu antigua casa. Ha llamado a todos los timbres. Ha

vomitado en la acera. Y un taxista de Usera la trae a la mía. Yo me ocupo hasta que llegues. Es lo mínimo.

Colgó.

* * *

Ramón aparcó el taxi en doble fila delante del portal de Chamberí a las doce menos veinte. Doña Concha estaba esperando en la acera, con el delantal puesto, el broche de la abeja de plata en el jersey y los brazos cruzados.

Don José estaba detrás de ella, en el portal, apoyado en la puerta, porque doña Concha le había dicho que no bajara y había bajado igual.

Ramón se bajó del taxi. Abrió la puerta de atrás.

De dentro salió una mujer.

Era menuda. Más menuda de lo que doña Concha había imaginado, porque en su cabeza, por lo que Samanda había contado en la cocina a las cinco de la mañana, la madre de Samanda era una figura enorme, un monstruo, una tormenta. Y la mujer que salía del taxi de Ramón era pequeña, flaca, con unos brazos como dos ramas secas, unos vaqueros que le quedaban grandes, una camiseta de tirantes de color rosa con unas letras brillantes medio despegadas y una chaqueta vaquera atada a la cintura. Tenía el pelo teñido de un rubio amarillento, con dos dedos de raíz gris, recogido en una coleta. La piel, curtida, con manchas. La cara, hinchada por debajo de los ojos y hundida por debajo de los pómulos.

Tenía cincuenta y ocho años. Aparentaba setenta.

Y tenía los ojos de Samanda. Exactamente los mismos. Grandes, oscuros, un poco caídos en el rabillo. Doña Concha lo vio antes que nada, antes que la piel amarillenta, antes que el temblor de las manos, antes que la maleta de cuadros que Ramón sacaba del maletero. Los ojos de Samanda, en una cara arruinada.

La mujer se quedó en la acera. Miró el portal. Miró a doña Concha. Miró a Don José.

—¿Acá vive mi hija? —dijo. Con la voz de los audios. Las palabras un poco alargadas, un poco arrastradas.

—Aquí vive su hija —dijo doña Concha.

—¿Y usted quién es?

Doña Concha se descruzó los brazos.

—Soy Concepción Arroyo. La madre de Diego. —Hizo una pausa—. Y la dueña de esta casa. Pase usted, señora. Su hija llegará enseguida.

* * *

La mujer subió en el ascensor de reja con el banco de terciopelo granate, sentada, porque le temblaban las piernas. Doña Concha subió con ella. Don José subió andando, despacio, los treinta y seis escalones, porque en el ascensor no cabían tres y la maleta, y porque, por primera vez desde el infarto, a su mujer se le olvidó prohibírselo.

En el rellano, antes de entrar, la mujer se detuvo.

—Perdone, señora —dijo—. Perdone. Yo no quería... No sabía que Sami se había mudado. No me contestaba los mensajes. Me quedé sin teléfono, me lo robaron, en Rosario, el Rubén se lo llevó cuando se fue, con la tele... Y pensé... pensé que si venía...

—Pase, señora.

—Es que yo no tengo a nadie más, ¿sabe? —La mujer se agarró a la barandilla de la escalera—. Nadie. Mi vieja se murió. Mi hermano no me habla. El Leandro tampoco. Sami es lo único... lo único que...

No terminó la frase. Se le doblaron las rodillas.

Doña Concha la sujetó por debajo de los brazos antes de que llegara al suelo. Pesaba poquísimo. Pesaba menos que una bolsa de la compra de las

que el doctor Íñiguez le había prohibido coger a su marido. Pesaba como una niña.

—José, la puerta.

Don José abrió la puerta.

Entre los dos, la metieron en casa.

* * *

Samanda llegó a las doce y veinte. Subió los treinta y seis escalones corriendo, de dos en dos, con el bolso golpeándole la cadera. Abrió la puerta del piso con su llave.

Encontró a su madre en el sofá del salón, tumbada, con una manta de cuadros por encima aunque hacía treinta grados en la calle, con un vaso de agua en la mesa baja, sobre un posavasos, y doña Concha sentada en la butaca de leer, a su lado, con las manos juntas en el regazo, mirándola.

Su madre tenía los ojos cerrados. Respiraba con la boca abierta. Olía a alcohol, a sudor, a avión, a algo agrio que Samanda conocía desde antes de saber hablar.

Doña Concha levantó la vista.

—Se ha mareado en el rellano. Le he dado agua con azúcar. Se ha tomado medio vaso. Ha dormido un poco. —Hizo una pausa—. Dice que no ha comido desde ayer por la mañana. En el avión no quiso nada. Solo vino. Tres botellitas. Me lo ha dicho ella.

Samanda se quedó de pie en la puerta del salón. No se movió.

Su madre abrió los ojos. La vio.

—Sami.

—Mamá.

—Sami, mi amor. —Su madre se incorporó un poco en el sofá. La manta de cuadros se le resbaló—. Mi amor, viniste. Perdoname,

perdoname, no te quería molestar, es que no tenía a nadie más, el Rubén se fue, y la casa, me echaron de la casa, Sami, y el médico me dijo...

—¿Qué te dijo el médico?

Su madre se calló.

—¿Qué te dijo el médico, mamá?

Su madre se miró las manos. Le temblaban. Las dos. Un temblor fino, rápido, como el de las alas de una abeja que bate en la piquera.

—Que si sigo tomando me muero —dijo, muy bajo—. El hígado. Me hicieron unos análisis. En el hospital de Rosario. Me dijeron que tengo el hígado como una piedra. Que si sigo así, un año. Dos.

Samanda no dijo nada.

—Y me dio miedo, Sami. —Su madre levantó la vista. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Los mismos ojos que Samanda—. Me dio miedo morirme sola. Sin conocer a mis nietos. Sin verte. Vendí la heladera y el lavarropas y la cama para el pasaje. Me vine. No sé qué iba a hacer. No lo pensé. Me vine.

* * *

Doña Concha se levantó de la butaca.

—Voy a hacer una sopa —dijo—. Usted no puede seguir sin comer.

Salió del salón. Pasó al lado de Samanda, que seguía de pie en la puerta, inmóvil. Al pasar, sin detenerse, sin mirarla, le puso la mano en el brazo un segundo. Solo un segundo. Y siguió hacia la cocina.

Samanda se quedó sola con su madre.

Se acercó al sofá. Despacio. Se sentó en el borde, al lado de su madre. No la tocó.

—¿Cuándo llegaste?

—Esta mañana. A las siete. A Barajas. Cogí el metro. Me perdí. Tardé tres horas en llegar a tu casa. A la de antes. —Su madre se secó los ojos con

el dorso de la mano temblorosa—. Y no estabas. Y había un viejo en un balcón gritándome que me fuera.

—Don Faustino.

—Me gritó que si era de Hexágono. No sé qué es Hexágono.

Samanda casi se rió. Casi.

—Es una larga historia, mamá.

—Y luego bajó ese señor del bigote. El taxista. Muy amable. Me compró un agua. Me dijo que te conocía. Que eras... —Su madre buscó la palabra—. Que eras la que había organizado a todo el edificio. Que le habías arreglado el ascensor a un viejo.

—Lo arregló Concha.

—¿La señora?

—La señora es arquitecta. Hizo un informe.

Su madre miró hacia la puerta del salón, por donde había salido doña Concha. Desde la cocina llegaba el ruido de un cuchillo cortando algo sobre una tabla.

—Es muy seria —dijo su madre.

—Es muy seria.

—Me da miedo.

Samanda la miró.

—A mí también me daba miedo, mamá. Al principio.

* * *

Los niños llegaron a las dos y media. Los trajo Yuli del colegio y de la escuela infantil, como los viernes. Entraron en el piso como entraban siempre, corriendo, gritando, dejando las mochilas en el suelo del recibidor. Thiago con su careta de apicultor colgada a la espalda. Mía con el sombrero de las bodas, que se había llevado a la escuela infantil aquella mañana

porque la seño había dicho que era el día de los disfraces y ella había dicho que no era un disfraz, que era su sombrero.

Se pararon en seco en la puerta del salón.

En el sofá había una señora que no conocían. Flaca, rubia, con los ojos rojos y una manta de cuadros encima. Tenía en las manos un tazón de sopa de cocido que le había hecho doña Concha, y se la tomaba a cucharadas pequeñas, muy despacio, sujetando la cuchara con las dos manos porque le temblaba demasiado con una sola.

La señora dejó la cuchara en el tazón. Se quedó mirando a los niños.

—Thiaguito —dijo, con una voz que se le rompió—. Thiaguito, mi amor. Mirá qué grande. Mirá qué grande estás.

Thiago no se movió. La miraba desde la puerta, con la mochila de la careta a la espalda.

Samanda se acercó a él. Se agachó.

—Thiago. Es la abuela Rosa. Mi mamá. ¿Te acordás? Te hablaba por teléfono. Te mandaba besos en los audios.

Thiago miró a su madre. Luego volvió a mirar a la señora del sofá. Se acordaba de la voz de los audios. De los besos. Del *dales un beso a los nenes de parte de la abuela Rosa*. No se acordaba de la cara. Tenía dos años cuando se fueron de Rosario.

—¿Tú eres mi abuela? —preguntó.

—Claro, mi amor. Tu abuela. —La señora intentó sonreír—. Tu abuela de verdad.

Thiago se quedó pensando un rato. Luego se volvió hacia la cocina, donde doña Concha había aparecido en la puerta con un trapo en la mano.

—Entonces Concha es la de rehabilitación —dijo, como quien aclara una clasificación.

La señora del sofá no entendió nada.

Doña Concha, en la puerta de la cocina, tampoco dijo nada. Pero Samanda vio cómo apretaba el trapo con las dos manos.

* * *

Mía no dijo nada. Se acercó al sofá. Despacio. Con el sombrero de fieltro gris que le tapaba media cara. Se paró delante de la señora rubia y la estuvo mirando un buen rato desde debajo del ala, con la seriedad absoluta de los cuatro años.

—Tienes los ojos de mamá —dijo al fin.

La señora se tapó la boca con la mano.

—Y hueles raro —añadió Mía.

—Mía —dijo Samanda.

—Huele como la basura del bar de Diego —insistió Mía, que había estado una vez en la puerta trasera de Casa Benito, en el callejón de los contenedores, esperando a su madre en Nochebuena.

La señora del sofá se echó a llorar.

Doña Concha entró en el salón. Se agachó junto a Mía, con su rodilla. Le colocó bien el sombrero, un milímetro.

—Mía, la abuela Rosa viene de muy lejos. De Argentina. En un avión. Muchas horas. Y en los aviones la gente huele raro cuando llega. Mañana, cuando se haya bañado, olerá a jabón.

Mía miró a doña Concha. Luego miró a la abuela Rosa, que lloraba en el sofá con el tazón de sopa en las manos temblorosas.

—¿Y por qué llora?

—Porque está cansada —dijo doña Concha—. Y porque hacía mucho que no os veía.

Mía lo pensó. Luego, con mucho cuidado, se quitó el sombrero de fieltro gris. Se lo puso a la abuela Rosa en la cabeza. Le quedaba pequeño,

encima de la coleta rubia con dos dedos de raíz gris, ladeado hacia la derecha.

—Te lo dejo —dijo Mía—. Un rato. Es de reina.

La abuela Rosa se quedó inmóvil, con el sombrero de fieltro gris encima de la cabeza, el tazón de sopa en las manos y las lágrimas cayéndole por la cara.

Samanda tuvo que salir al pasillo.

* * *

Por la tarde, a las cinco, doña Concha hizo una cosa que nadie esperaba.

Fue a la cocina. Abrió el armario de encima de la nevera, el de las bebidas. Sacó la botella de jerez que usaba para el consomé de los cumpleaños. Sacó las dos botellas de rioja que quedaban de la caja que les regalaba cada Navidad Sebastián Ortiz. Sacó la botella de cava catalán de la Nochebuena que no se había abierto. Sacó una botella de anís del Mono que llevaba allí desde 1998 y que nadie había tocado nunca. Sacó una botella de coñac de Don José, que el doctor Íñiguez le había prohibido.

Lo puso todo encima de la mesa de formica. Seis botellas.

Samanda entró en la cocina en ese momento y la vio.

Se quedó parada en la puerta.

—Concha, ¿qué hace?

—Sacar las botellas.

—¿Para qué?

—Para que no estén. —Doña Concha abrió el armario de debajo del fregadero, el de los productos de limpieza. Lo miró. Lo cerró—. Tu madre se va a quedar aquí unos días. Y en esta casa, mientras tu madre esté aquí, no va a haber una gota de alcohol. Ni en los armarios, ni en la nevera, ni en la despensa. Ni el jerez de cocinar.

Samanda no dijo nada.

Se quedó mirando las seis botellas en la mesa de formica. Pensó en ella misma a los nueve años, en Rosario, a las cinco de la mañana, en camisón, en la cocina de chapa del barrio Ludueña, metiendo las botellas vacías de su madre en una bolsa de plástico del supermercado para esconderlas debajo de su cama antes de que se despertara nadie. Para que los vecinos no las vieran en la basura. Para que no vinieran las asistentas. Para que no la separaran de su hermano.

Pensó que nunca nadie la había ayudado a esconder las botellas.

Y ahora, veintidós años después, en una cocina de Chamberí, una señora de setenta y dos años con un broche de abeja de plata estaba sacando las botellas de su casa para que su madre no las encontrara.

—Concha —dijo, con la voz rota—. Yo hacía esto.

Doña Concha se volvió.

—¿El qué?

—Esto. Esconder las botellas. A los nueve años. Todas las mañanas. Antes de que se despertara nadie.

Doña Concha la miró. Luego miró las seis botellas en la mesa de formica.

—No las estoy escondiendo, hija —dijo—. Las estoy sacando. No es lo mismo.

—¿Cuál es la diferencia?

—Que esconderlas es para que no se vea que hay un problema. —Doña Concha cogió dos botellas, una en cada mano, por el cuello—. Sacarlas es para resolverlo. Tú las escondías porque eras una niña y no te quedaba otra. Yo las saco porque soy una vieja y tengo una casa. Y en mi casa los problemas no se esconden debajo de la cama. Se sacan a la mesa.

Samanda se tapó la cara con las manos.

Doña Concha dejó las dos botellas en la mesa. Se acercó a ella. No la abrazó, porque doña Concha no abrazaba así. Le puso una mano en la

nuca. Le apretó un poco. Como se aprieta un tornillo para comprobar que está firme.

—Llama a Leandro —dijo—. Que venga a por ellas. Que se las lleve a la obra o a donde quiera. Que las regale. No las quiero en esta casa hasta que tu madre se vaya. O hasta que se ponga bien.

—¿Y si no se pone bien?

Doña Concha no contestó enseguida.

—Entonces no las querré nunca —dijo.

* * *

La conversación de verdad la tuvieron a las ocho de la tarde, en el salón. Las tres solas.

Don José se había llevado a los niños a dar el paseo de treinta minutos en llano por el paseo de Eduardo Dato, con la excusa de que Thiago le tenía que identificar los plátanos de sombra. Diego estaba en el bar. Leandro había venido a por las botellas y se había ido sin decir casi nada, después de quedarse un minuto mirando a su madre desde la puerta del salón, sin entrar.

—¿No vas a saludarla? —le había preguntado Samanda, en el rellano.

—No puedo, Sami. Hoy no. —Leandro tenía la caja de las seis botellas en los brazos—. A lo mejor mañana.

Rosa estaba en el sofá, con la manta de cuadros. Se había duchado. Doña Concha le había dado una bata de lana suya, de las de invierno, porque Rosa tenía frío aunque hacía treinta grados, y una toalla para el pelo. El sombrero de las bodas estaba en la mesa baja, junto al vaso de agua con azúcar, porque Mía se lo había reclamado a la hora de la merienda.

Doña Concha estaba sentada en la butaca de leer, enfrente. Samanda, en el brazo del sofá, al lado de su madre.

—Señora Medina —dijo doña Concha.

—Rosa. Dígame Rosa.

—Rosa. —Doña Concha se ajustó las gafas—. Le voy a hacer una pregunta. Y le voy a pedir que me conteste la verdad.

Rosa la miró con los ojos de Samanda, rojos, hinchados.

—¿Usted bebe?

Rosa tardó en contestar. Miró a su hija. Miró el vaso de agua con azúcar.

—Un poco —dijo—. A veces. Socialmente. Cuando estoy nerviosa.

Doña Concha se limitó a mirarla.

Rosa bajó la vista.

—Bueno. Bastante.

Doña Concha seguía sin decir nada.

—Todos los días —dijo Rosa, muy bajo—. Desde que tengo veinte años. Todos los días.

—Gracias —dijo doña Concha.

Rosa levantó la vista, sorprendida.

—¿Gracias?

—Por no mentirme. —Doña Concha se quitó las gafas—. En esta casa se puede beber o no beber. Eso es cosa de cada uno. Pero no se miente. Es la única norma que no está escrita en la nevera.

* * *

Rosa habló durante una hora.

No estaba bebida ya. Llevaba trece horas sin beber, desde la última botellita del avión, y se le notaba: le temblaban las manos, sudaba aunque tenía frío, se le iba la vista hacia la puerta de la cocina cada pocos minutos. Pero habló. Como no había hablado nunca, ni con su hija ni con nadie.

Habló del médico de Rosario. Del análisis. Del hígado como una piedra. De un año, dos. Del miedo.

Habló del Rubén, del Gustavo, del Néstor, del señor Ferreyra. De todos los que habían pagado el alquiler. Dijo sus nombres en voz alta delante de su hija, por primera vez, uno detrás de otro, y Samanda sintió que algo se le soltaba por dentro al oírlos en la voz de su madre, como si llevara veinte años con una piedra en el bolsillo y alguien se la hubiera sacado.

Y luego habló de su madre.

—Mi vieja era una santa —dijo Rosa—. Todo el mundo lo decía. La del pañuelo blanco. La que iba a la plaza los jueves con la foto del tío Osvaldo colgada del cuello. Cuarenta años. Todos los jueves. Sin faltar uno. Con lluvia, con calor, enferma. Todos los jueves.

—Ya lo sé, mamá —dijo Samanda—. Yo la acompañaba.

—Ya sé que la acompañabas. Te llevaba a vos. —Rosa se miró las manos temblorosas—. A mí también me llevaba. Cuando yo era chica. Desde los nueve años. Todos los jueves a la plaza. Con la foto del tío Osvaldo.

Se quedó callada un momento.

—Y los otros días de la semana también buscaba —siguió—. En los juzgados. En las comisarías. En los hospitales. En las morgues. Escribía cartas. Iba a Buenos Aires a hablar con abogados. Se pasaba las noches en vela haciendo listas de nombres. Mi papá se fue en el ochenta porque no aguantaba más. Y ella siguió buscando.

Doña Concha la escuchaba en silencio, con las gafas en la mano.

—Y yo me quedaba en casa —dijo Rosa—. Con diez años. Con doce. Con catorce. Haciéndome la comida. Lavándome la ropa. Yendo sola a la escuela. Porque mi vieja estaba buscando al tío Osvaldo. Que era su hermano. Que lo quería más que a nada en el mundo. —Rosa levantó la vista hacia su hija—. Más que a mí.

Samanda se quedó inmóvil en el brazo del sofá.

—No lo digo para que la odies, Sami. Era una santa. Lo que hizo estaba bien. Alguien tenía que buscarlo. Pero mientras buscaba al hermano que le habían quitado, se le olvidó que tenía una hija que no le habían quitado. —Rosa se rió, una risa amarga, rota—. Y la hija empezó a beber a los veinte años. Para no sentir que la habían olvidado.

* * *

Samanda no dijo nada durante mucho rato.

Miraba a su madre. A la mujer flaca, rubia, de cincuenta y ocho años que aparentaba setenta, con la bata de lana de doña Concha y el pelo mojado y las manos temblando. La mujer de los audios a las nueve de la mañana, del ruido de vaso, del *para vos no es nada*, del *mandame lo de este mes*. La mujer de los compañeros que pagaban el alquiler. La mujer de las botellas debajo de la cama.

Y por primera vez en treinta y un años, no la vio como su madre.

La vio como una hija.

Una niña de diez años, en una casa de chapa del barrio Ludueña, haciéndose sola la comida mientras su madre buscaba en las morgues a un hermano desaparecido. Una niña de doce años lavándose sola la ropa. Una niña de catorce yendo sola a la escuela. Una larva corriente, en una celda corriente, a la que nadie le había dado jalea real. Porque la única nodriza que tenía estaba demasiado ocupada buscando a otro.

Pensó en la colmena de observación de la terraza. En la larva blanca flotando en un charco de jalea. En lo que había dicho Thiago: *Mía es una larva corriente. Y Concha le da jalea real.*

Pensó que su madre también había sido una larva corriente.

Y que nadie la había alimentado.

* * *

—Mamá —dijo Samanda, al fin.

Rosa la miró.

—Mañana es el cumpleaños de Don José. El marido de Concha. Setenta y cinco años. Viene toda la familia.

—No, no, yo no quiero molestar. Me voy a un hotel. Mañana busco algo. Tengo un poco de plata, la que me quedó del pasaje...

—Mamá.

—Sami, de verdad, yo no...

—Usted se queda —dijo doña Concha.

Rosa se volvió hacia la butaca.

—Señora, yo...

—Usted se queda aquí. En el despacho de mi marido hay un sofá cama. Mañana, a primera hora, la llevo a Urgencias de La Paz, que ya me conocen. Le van a hacer unos análisis y le van a dar algo para los temblores, porque lo que tiene usted es un síndrome de abstinencia y eso no se pasa a pelo, que se lo digo yo, que mi amiga Chelo fue farmacéutica cuarenta años en la calle Fuencarral y la he llamado esta tarde. —Doña Concha se volvió a poner las gafas—. Y a las dos y media, si está usted en condiciones, se viene a comer. Al cumpleaños de mi marido.

Rosa se la quedó mirando con la boca abierta.

—¿Por qué hace esto, señora?

Doña Concha no contestó enseguida. Se quedó un rato mirando a la mujer del sofá. La bata de lana suya. El pelo mojado. Los ojos de Samanda en la cara arruinada.

—Porque su hija hizo lo mismo por mi marido —dijo al fin—. Y por mí. Cuando yo no podía. Porque su nieto le salvó la vida a mi marido en un colmenar. Porque su nieta le ha prestado mi sombrero de reina, que no se lo presta a nadie. —Hizo una pausa—. Y porque usted ha cruzado el

Atlántico con una maleta de cuadros para que no la dejaran sola. Y en esta casa, últimamente, no se deja sola a nadie.

* * *

La noche fue mala.

A las dos y media de la madrugada, Samanda se despertó con un ruido. Un golpe sordo, en el despacho. Se levantó. Fue por el pasillo. Abrió la puerta del despacho de Don José.

Su madre estaba en el suelo, junto al sofá cama. Sentada. Con la espalda contra la estantería de los libros de ingeniería. Temblando entera. No como por la tarde, con un temblor fino en las manos. Ahora le temblaba todo el cuerpo, en sacudidas. Sudaba a chorros. Tenía los ojos muy abiertos, mirando a un rincón del despacho donde no había nada.

—Hay bichos, Sami —dijo, con los dientes castañeteando—. En la pared. Bichos negros. Muchos.

Samanda se arrodilló a su lado. Le cogió la cara con las dos manos. Le miró las pupilas, a la luz del pasillo, como le habían enseñado en el curso de auxiliar de Rosario, a los diecinueve años, cuando todavía creía que con un certificado se arreglaba la vida.

—No hay bichos, mamá. Es la abstinencia. Mírame. Mírame a mí.

—Están ahí. Subiendo. Por los libros.

—Mamá. Mírame.

Su madre la miró. Los ojos de Samanda en los ojos de Samanda.

La puerta del despacho se abrió más.

Era doña Concha. En bata. Con el pelo suelto, que Samanda no le había visto nunca suelto, gris, largo hasta los hombros. Con el móvil en la mano.

—¿Llamo al uno uno dos?

Samanda le tomó el pulso a su madre. Contó mirando el reloj del despacho.

—Ciento diez —dijo—. Está alto. Pero respira bien. Y me reconoce. —Se volvió hacia doña Concha—. Si convulsiona, sí. Si no, a primera hora a Urgencias, como dijo Chelo.

Doña Concha se quedó en la puerta un momento. Luego dejó el móvil en el escritorio, junto al bote de los clips y la goma de borrar con forma de puente colgante. Entró en el despacho. Se sentó en el suelo. Al otro lado de Rosa. Con la rodilla. Con la bata de lana. Con el pelo gris suelto sobre los hombros.

Las dos mujeres, una a cada lado, con la madre de una de ellas en medio, temblando, en el suelo del despacho de un ingeniero de caminos, a las dos y media de la madrugada, contra una estantería de libros sobre cálculo de estructuras.

Doña Concha le cogió una mano a Rosa. Samanda le cogió la otra.

—Rosa —dijo doña Concha—. ¿Me oye?

—Sí.

—Respire conmigo. Despacio. Uno. Dos. Tres.

Rosa respiró. Mal. Temblando.

—Otra vez. Uno. Dos. Tres.

—Hay bichos, señora.

—Ya lo sé. —Doña Concha no apartó la vista de la pared donde no había nada—. En mi casa hay bichos desde 1979. Mi marido los trae de la sierra. No se preocupe. No pican.

Rosa se rió. Una risa rota, temblorosa, absurda, en medio de las sacudidas.

Samanda también.

* * *

Estuvieron así hasta las cinco.

A las tres y cuarto Rosa dejó de ver bichos. A las cuatro dejó de temblar entera y solo le temblaban las manos. A las cuatro y media se quedó dormida, sentada en el suelo, con la cabeza apoyada en el hombro de doña Concha, que no se movió en media hora aunque se le dormía el brazo y le dolía la rodilla.

A las cinco, entre las dos, la subieron al sofá cama. La taparon con la manta de cuadros. Le dejaron un vaso de agua en el suelo, al alcance de la mano. Dejaron la puerta del despacho entornada y la luz del pasillo encendida.

Salieron a la cocina.

Samanda puso el agua a calentar. Esperó a que cantara bajito. Cebó el mate. Escupió el primero en el fregadero. Le tendió el segundo a doña Concha.

Doña Concha lo cogió con la mano que todavía tenía dormida. Chupó. Se lo devolvió sin decir "gracias".

Se sentaron en la mesa de formica. Doña Concha con el pelo gris suelto sobre los hombros. Samanda con los ojos rojos de no dormir. Por la ventana del patio de manzana empezaba a clarear.

—Concha —dijo Samanda.

—Dime.

—Lo de los bichos.

—¿Qué?

—Lo de que en su casa hay bichos desde 1979.

Doña Concha bebió el mate. Lo devolvió.

—Era verdad —dijo.

Samanda se rió. Bajito. Con lágrimas.

—Concha.

—Dime.

—Mi mamá tampoco tuvo jalea real.

Doña Concha la miró por encima de la calabaza del mate.

—Ya lo sé, hija —dijo—. Lo he oído esta tarde. Lo de los jueves. Lo de las morgues. Lo del hermano.

—Era una larva corriente. Como Mía. Como yo. Y nadie...

No terminó la frase.

Doña Concha dejó la calabaza en la mesa. Se quedó mirándola. La calabaza oscura, forrada de cuero, con la bombilla de metal clavada en la yerba.

—Hija —dijo al fin—. Tu madre tiene cincuenta y ocho años. No es una larva. Ya está hecha. Ya es lo que es.

Samanda bajó la vista.

—Pero las abejas viejas también comen —siguió doña Concha—. Lo dice José. Las obreras se dan de comer unas a otras toda la vida. Boca a boca. Hasta el último día. No solo a las larvas. A todas. —Doña Concha volvió a coger la calabaza—. Trofalaxia, se llama. José lo escribió en el cuaderno ese de la abeja con gorro. Con faltas. Pero lo escribió.

—¿Usted lee el cuaderno de Don José?

—Desde enero. Todas las noches que se va a la sierra. —Doña Concha chupó el mate. Hizo una mueca—. Se te ha lavado la yerba. Ceba otro.

Samanda cogió la calabaza. Vació la yerba en el fregadero. Puso yerba nueva. Esperó a que el agua cantara bajito.

—Mañana —dijo doña Concha, mirando por la ventana hacia el patio que clareaba— tu madre se sienta a mi derecha.

Samanda se volvió.

—¿A su derecha?

—En el cumpleaños de José. A mi derecha. —Doña Concha se ajustó la bata—. Es el sitio de honor. Lo sabes, que tú pones la mesa los domingos.

—Pero, Concha, si mi mamá...

—Si tu madre es una vieja enferma que ha cruzado el Atlántico con una maleta de cuadros para no morirse sola, se sienta a mi derecha. —Doña Concha la miró por encima de las gafas, que se había vuelto a poner—. Como don Anselmo en Nochebuena. Como cualquiera que llega a esta casa con frío.

Samanda le tendió el mate. Doña Concha lo cogió.

Fuera, en el patio de manzana, una abeja salió por el tubo de plástico de la colmena de observación de la terraza y voló despacio, todavía torpe por el fresco de la madrugada, hacia los tejados de Chamberí, donde empezaba a amanecer el sábado veinte de junio.

El día del cumpleaños de Don José.

La víspera de las elecciones.

Capítulo 30

Jornada de reflexión

Don José Velasco Herrero cumplió setenta y cinco años a las ocho y diez de la mañana del sábado veinte de junio, que fue la hora a la que se despertó, y lo primero que vio al cumplirlos fue una nota pegada con celo en la pantalla apagada de la televisión del dormitorio.

La letra era de su mujer. Letra de arquitecta, de las que se aprendían en la Escuela con plantilla y tiralíneas, todas las mayúsculas iguales, sin una curva de más.

FELIZ CUMPLEAÑOS. ESTOY EN LA PAZ CON ROSA. NO ES NADA TUYO. NO ENCIENDAS LA TELEVISIÓN. C.

Don José leyó la nota dos veces. Luego la despegó con cuidado, la dobló por la mitad y se la guardó en el bolsillo del pijama, que es donde un hombre de setenta y cinco años guarda las cosas que piensa conservar. Luego se quedó un rato sentado en el borde de la cama, mirando la pantalla negra de la televisión, que ahora no tenía nota y que, por tanto, técnicamente, ya no tenía prohibición.

No la encendió.

No por obediencia. Por jornada de reflexión. Don José llevaba cincuenta años votando, desde el referéndum del setenta y seis, en el que votó en contra por llevarle la contraria a su padre y del que se arrepintió a la semana, y nunca, en todo ese tiempo, había encendido la televisión el día de reflexión. Le parecía una falta de respeto. Como hablar en misa. Como pisar el sembrado. Era el único día del año en que los políticos tenían la boca cerrada por ley, y Don José pensaba que lo mínimo que un ciudadano podía hacer para celebrarlo era no ir a buscarlos.

Se levantó. Se puso las zapatillas. Fue por el pasillo hasta la cocina, despacio, con la mano en la pared, como le había enseñado la fisioterapeuta de rehabilitación.

En la cocina estaba Samanda, con el delantal de doña Concha puesto, pelando patatas para la tortilla del cumpleaños, con un ojo en las patatas y el otro en la puerta del despacho, que estaba cerrada.

—Feliz cumpleaños, Don José.

—Gracias, hija. ¿Se ha ido Concha sola?

—En un taxi. A las siete y media. Con mi mamá. —Samanda dejó una patata pelada en el bol—. No me dejó ir. Dijo que yo tenía que hacer la tortilla y cuidar de los niños y de usted, por ese orden. Y que si llamaba usted preguntando, que le dijera que no fuera.

—¿Y por qué iba a ir yo?

—Eso le dije. —Samanda cogió otra patata—. Y me dijo: «Porque es su cumpleaños y no va a tener nada mejor que hacer que meterse donde no le llaman».

Don José se sentó en la silla de formica. Se quedó pensando.

—Tiene razón —dijo al fin—. Ponme un café, anda. Descafeinado. Que lo ha dicho el cardiólogo y hoy no está Concha para decírmelo.

* * *

La sala de espera de Urgencias Generales del Hospital Universitario La Paz, a las ocho y cuarto de la mañana de un sábado de junio, víspera de elecciones, era exactamente igual que la sala de espera de Urgencias de cualquier hospital público de España a cualquier hora de cualquier día: una nave de sillas de plástico azul atornilladas al suelo en filas, una máquina de café que daba café, una máquina de chocolatinas que no daba chocolatinas, un televisor colgado de la pared en un soporte de hierro, a

una altura calculada para que nadie pudiera cambiar de canal, y treinta y tantas personas esperando a que una pantalla electrónica dijera su número.

Doña Concha conocía la sala. La había conocido el treinta de mayo, a las cinco de la tarde, cuando el helicóptero del SUMMA trajo a su marido desde La Hiruela y ella llegó horas después, con el broche de la abeja mal puesto y la rodilla destrozada de las escaleras. Se había sentado en aquella misma sala, en aquella misma fila, durante cinco horas, sin saber si su marido iba a salir vivo del quirófano de hemodinámica.

Ahora estaba sentada en la tercera fila, al lado de una mujer flaca, rubia, de cincuenta y ocho años, con una bata de lana que no era suya debajo de una chaqueta vaquera que sí, temblando.

Había sido la parte fácil, la de la ventanilla. Más o menos.

—¿Tarjeta sanitaria? —había preguntado la administrativa, una chica joven con las uñas pintadas de verde y una paciencia infinita, desde detrás del cristal.

—No tiene —dijo doña Concha.

—¿Pasaporte?

Rosa sacó el pasaporte argentino de un bolsillo de la chaqueta vaquera. Se lo dio. Le temblaba tanto la mano que la administrativa tuvo que cogerlo al vuelo.

—¿Es turista?

—Llegó ayer —dijo doña Concha.

—¿Tiene seguro de viaje?

Rosa miró a doña Concha. Doña Concha miró a Rosa. Rosa negó con la cabeza.

—Entonces la atendemos igual, claro —dijo la administrativa—. Urgencias se atiende a todo el mundo. Pero luego le llegará una factura. A la dirección que me dé.

Doña Concha abrió el bolso. Sacó su DNI. Lo puso sobre el mostrador, encima del pasaporte argentino.

—Factúremelo a mí —dijo—. Concepción Arroyo Sanz. Calle Españoleto. Chamberí. Lo tiene usted en el ordenador desde el treinta de mayo. Mi marido. Hemodinámica.

La administrativa la miró. Miró el DNI. Tecleó algo. Volvió a mirarla.

—¿Es usted familiar de la paciente?

Doña Concha tardó un segundo en contestar.

—Consuegra —dijo.

Rosa, a su lado, se volvió a mirarla. No dijo nada.

* * *

Llevaban cuarenta minutos sentadas cuando empezó el debate.

No lo empezó nadie en particular. Lo empezó el televisor.

En el televisor colgado de la pared, con el volumen bajo y los subtítulos puestos, había un programa de cocina de esos de los sábados por la mañana, con un cocinero vasco haciendo un bacalao al pil-pil. Pero a las nueve en punto el programa se cortó para dar un avance informativo de dos minutos. Y la presentadora, una chica rubia con chaqueta azul, con cara de saber que estaba pisando terreno minado, explicó que era jornada de reflexión, que los partidos habían cerrado la campaña la noche anterior, que mañana abrían los colegios a las nueve, y que, en otro orden de cosas, la fiscalía anticorrupción había abierto diligencias de investigación sobre los nombramientos de dos ex altos cargos en el consejo asesor del fondo de inversión Hexágono Capital Partners, tras las informaciones publicadas el lunes y la dimisión de ambos el jueves.

En la pantalla salieron las fotos de los dos. Federico Lasarte, ex ministro de Fomento, del PRN, sonriendo en un acto de inauguración de una autovía, con unas tijeras en la mano. Mónica Ribas, ex secretaria de Estado

de Vivienda, de Alianza, sonriendo en otro acto, con un casco de obra puesto al revés.

Doña Concha se puso rígida en la silla de plástico azul.

Rosa la notó.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo doña Concha—. Unos que conozco.

—¿Los conoce?

—No personalmente. —Doña Concha se ajustó las gafas—. Los tenía en un corcho.

Rosa la miró sin entender.

En la fila de delante, un señor mayor, con gorra de visera de una cooperativa agrícola de Toledo, chándal granate y una mano apretada contra el costado derecho, soltó un bufido.

—Ahí los tienes —dijo, a nadie en particular, mirando la televisión—. Uno de cada. Para que no se pelee nadie. Todos iguales.

* * *

—Eso es populismo —dijo una voz desde la fila de atrás.

El señor de la gorra se volvió, con la mano en el costado.

La voz pertenecía a un hombre de unos sesenta años, con un polo de color salmón metido por dentro de unos pantalones chinos, náuticos sin calcetines, reloj de los caros y una toalla de baño enrollada alrededor de la mano izquierda, empapada en sangre. Llevaba al lado a una señora rubia, de su edad, con gafas de sol en la cabeza y cara de llevar toda la mañana diciéndole que no se pusiera a cortar jamón con el cuchillo nuevo.

—¿Cómo dice? —preguntó el de la gorra.

—Que eso de «todos iguales» es populismo —repitió el del polo salmón—. Es lo que quieren que piense la gente. Que todos son iguales. Así no vota nadie y ganan los extremistas.

—¿Los extremistas de qué lado?

—De cualquiera.

—Hombre, de cualquiera no. —El de la gorra se recolocó la mano en el costado con una mueca de dolor—. Que usted lo dice por unos y yo lo digo por otros. Y los dos tenemos razón.

—Los dos no podemos tener razón.

—Claro que podemos. —El de la gorra se volvió hacia la tele, donde ya habían vuelto al bacalao al pil-pil—. Mire usted, yo he trabajado cuarenta y dos años en Renfe. En los talleres de Villaverde. He votado a los de la izquierda toda mi vida, como mi padre, que era ferroviario también. Y he visto a los de la izquierda meter la mano. Y he votado a los de la derecha dos veces, por cabreo, y he visto a los de la derecha meter la mano. Y ahí los tiene. —Señaló la tele con la barbilla—. Uno de cada en el mismo consejo de los mismos buitres. Cobrando del mismo sobre. Usted dirá.

El del polo salmón abrió la boca para contestar. La cerró.

La señora rubia de las gafas de sol en la cabeza le dio un codazo.

—Rafa, déjalo. Que vienes a que te cosan.

* * *

Doña Concha, en la tercera fila, cruzó las piernas. Descruzó las piernas, por la rodilla.

Rosa la miraba de reojo.

—¿Usted no dice nada?

—Es jornada de reflexión —dijo doña Concha—. Yo reflexiono.

Pero no aguantó mucho.

Porque en la fila de enfrente, al otro lado del pasillo, una chica de unos veinticuatro años, con una mochila cuadrada de reparto de comida a domicilio en el suelo entre los pies, la camiseta de la empresa de reparto, el

pelo recogido en un moño deshecho y el tobillo derecho hinchado como un melón encima de la silla de al lado, había levantado la vista del móvil.

—Yo no voy a votar —dijo.

El de la gorra y el del polo salmón se volvieron a la vez.

—¿Cómo que no?

—Que no. Que me da igual. —La chica se encogió de hombros—. Tengo veinticuatro años. Trabajo doce horas al día en una bici. Me he torcido el tobillo esta mañana bajando un bordillo en Tetuán con un pedido de churros. Comparto piso en Lavapiés con cuatro personas y pago cuatrocientos cincuenta euros por una habitación sin ventana. Sin ventana. —Levantó el móvil, como si fuera una prueba—. Y llevo votando desde los dieciocho, y cada vez que voto la habitación es más cara y tiene menos ventana. Así que este año me quedo en casa. En mi habitación sin ventana. A ver si así se enteran.

—No se van a enterar —dijo el del polo salmón.

—Ya lo sé. —La chica volvió a mirar el móvil—. Pero por lo menos no me engañan.

* * *

Fue entonces cuando habló la cuarta.

Estaba sentada dos sillas más allá de la chica de la bici, con un niño de unos tres años dormido en el regazo, con fiebre, con la cara roja y el pelo pegado a la frente. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, bajita, morena, con un uniforme de limpieza de color lila con el logotipo de una empresa de servicios bordado en el pecho, y unas manos anchas, rojas, de lejía, que acariciaban despacio la espalda del niño.

—Yo sí voy a votar —dijo.

Lo dijo bajito, para no despertar al niño. Pero lo oyeron todos.

—Mañana voto por primera vez —dijo—. En mi vida. Tengo cuarenta y seis años. Soy de Guayaquil. Llegué a España en el año dos mil uno, limpiando casas. Me dieron la nacionalidad en marzo. Después de catorce años de papeles. —Se le iluminó la cara, una cosa rara y breve, como un fósforo—. Y mañana voto. Mi primera vez. Ya tengo la papeleta en el bolso. La metí ayer. No sé ni a quién. Pero voto.

Hubo un silencio en la sala.

La chica de la bici bajó el móvil.

—¿Y no sabe a quién? —preguntó el del polo salmón.

—No, señor. Todavía no. Esta noche lo pienso. Para eso es el día de hoy, ¿no? Para pensarlo. —La mujer de Guayaquil le apartó al niño el pelo de la frente—. Pero voto. Catorce años esperando para meter un papel en una caja. Lo voy a meter aunque sea en blanco.

—¿En blanco? —El de la gorra se escandalizó—. ¡Pero si el voto en blanco no sirve para nada!

—Sirve para que sepan que estoy —dijo la mujer de Guayaquil.

* * *

Y entonces se armó.

El de la gorra dijo que el voto en blanco era tirarlo. El del polo salmón dijo que tirarlo era votar a los extremistas. La chica de la bici dijo que tirarlo era lo que llevaban haciendo los políticos con su vida desde que tenía dieciocho años. La señora rubia de las gafas de sol dijo que lo que había que hacer era votar al que menos hubiera robado, y el de la gorra le preguntó que cómo lo medía, y ella dijo que con los periódicos, y la chica de la bici dijo que los periódicos también eran de los fondos, y el del polo salmón dijo que eso era conspiranoia, y la chica de la bici dijo que la conspiranoia de hoy era la noticia del lunes, y señaló la tele, donde el cocinero vasco ya emplataba el bacalao.

Se fueron sumando más. Un chaval con una brecha en la ceja y la camiseta de un equipo de fútbol. Un matrimonio de jubilados de Alcobendas que habían venido por la tensión de ella. Un guardia de seguridad del hospital que se acercó para pedir calma y acabó diciendo que él votaba a quien le subiera el sueldo a los de seguridad privada, que no lo hacía nadie. Una monja de las de hábito gris que esperaba a otra monja que estaba dentro y que dijo que ella votaba a quien le dijera la madre superiora, y luego aclaró que era broma, y luego aclaró que no del todo.

Hablaban todos a la vez. En voz cada vez más alta. El niño de la mujer de Guayaquil se removió en sueños. La pantalla electrónica de los números parpadeaba sin que nadie la mirase.

Rosa, en la silla de plástico azul, temblaba. Ya no solo de las manos. Del ruido. Se agarraba con las dos manos a los bordes de la silla y miraba al suelo, a las baldosas de terrazo, con los ojos muy abiertos.

Doña Concha la miró.

Luego se puso de pie.

Le costó. La rodilla. Se apoyó en el respaldo de la silla de delante, la del señor de la gorra, y se levantó, despacio, con el bolso colgado del brazo, el broche de la abeja de plata en la chaqueta de punto y las gafas en la punta de la nariz.

Y dijo, con la voz con la que había dirigido cuarenta años de reuniones de obra con encofradores, ferrallistas y promotores:

—Turno de palabra.

* * *

La sala se calló.

No del todo. Pero bastante. Lo suficiente para que se oyera el pitido de la máquina de chocolatinas, que se tragaba una moneda sin dar nada a un chico del fondo.

Treinta y tantas personas se volvieron a mirar a la señora de setenta y dos años que se había puesto de pie en la tercera fila.

—Perdonen ustedes —dijo doña Concha—. Pero aquí hay gente enferma. Hay un niño con fiebre durmiendo. Hay una señora a mi lado que lleva veinticuatro horas sin dormir y que no está para gritos. Y hay un señor delante de mí con un cólico, porque eso que tiene usted en el costado, caballero, es un cólico, que se lo digo yo, que mi marido ha tenido tres.

El de la gorra se tocó el costado, sorprendido.

—Así que, si vamos a discutir —siguió doña Concha—, que por lo visto vamos a discutir, porque somos españoles y es sábado y no hay nada en la tele, discutimos con orden. Uno detrás de otro. Sin interrumpir. Levantando la mano. Como en una junta de vecinos. —Hizo una pausa—. Se lo vi hacer a mi nuera este invierno, en una junta de vecinos en Usera. Ella tenía a un señor de noventa y un años gritando desde un balcón. Esto es mucho más fácil.

Nadie dijo nada.

—¿Hay alguna objeción?

El del polo salmón levantó la mano de la toalla ensangrentada. Luego se dio cuenta y levantó la otra.

—¿Y usted quién es, señora?

Doña Concha se lo pensó.

—Una abuela de rehabilitación —dijo—. Hable usted primero, que tiene la mano peor.

* * *

Fue el debate más civilizado que había visto la sala de espera de Urgencias de La Paz en muchos años, y probablemente el más civilizado de toda la

campaña electoral, aunque técnicamente la campaña había terminado a medianoche.

Duró treinta y cinco minutos.

Habló el del polo salmón, que se llamaba Rafael y era asesor fiscal en la calle Serrano, y que dijo que él votaba a los suyos de siempre porque eran los que sabían de números, y que lo de Lasarte era una vergüenza y que había que echarlo del partido, pero que una manzana podrida no estropeaba el cesto. Y doña Concha le dijo que eso dependía de cuánto tiempo dejara uno la manzana en el cesto, y que ella había visto colmenas enteras perderse por un panal con polilla que nadie quiso sacar a tiempo. Rafael no supo qué contestar y se miró la toalla.

Habló el de la gorra, que se llamaba Eusebio y era de Villaverde Alto, y que dijo que él votaba a los suyos de siempre porque eran los que se acordaban de los trabajadores, y que lo de Ribas era una vergüenza y que había que echarla del partido, pero que una manzana podrida no estropeaba el cesto. Y se dio cuenta de que había dicho exactamente lo mismo que Rafael, y Rafael se dio cuenta también, y se miraron por encima de las sillas de plástico azul, y a Eusebio se le escapó una risa que le dolió en el cólico.

Habló la chica de la bici, que se llamaba Nerea y era de Albacete y había estudiado Biología, y que dijo que lo que ella quería era una ventana. Solo eso. Una ventana. Y que le daba igual quién se la diera. Y que no se la iba a dar nadie. Y doña Concha le preguntó cuánto medía la habitación y la chica le dijo que siete metros cuadrados, y doña Concha dijo que siete metros cuadrados sin ventana no era una habitación sino un trastero, y que según las normas de habitabilidad aquello no se podía alquilar como dormitorio, y que si quería la acompañaba un día a hablar con el casero. La chica se la quedó mirando con la boca abierta.

Habló la mujer de Guayaquil, que se llamaba Maritza, y no dijo nada nuevo. Dijo otra vez que mañana votaba por primera vez. Que tenía la papeleta en el bolso. Y esta vez, cuando terminó, alguien aplaudió. El guardia de seguridad. Y luego el matrimonio de Alcobendas. Y luego la monja. Y luego, después de dudar, Rafael, el del polo salmón, con la mano buena contra la rodilla, porque la otra la tenía en la toalla.

Maritza se puso colorada y escondió la cara en el pelo del niño dormido.

* * *

Doña Concha iba a dar la palabra al chaval de la brecha en la ceja cuando Rosa levantó la mano.

Doña Concha se quedó quieta. No se lo esperaba.

Rosa tenía la mano levantada a media altura, temblando, como una alumna que no está segura de saberse la lección. La otra mano seguía agarrada al borde de la silla.

—Rosa —dijo doña Concha.

—¿Puedo?

—Tiene usted la palabra.

Rosa bajó la mano. Se la miró. Le temblaba. La escondió entre las rodillas.

—Yo no soy de acá —dijo. Con la voz de los audios, pero sin el arrastre. Ronca. Cansada. Sobria—. Soy de Rosario. Argentina. Llegué ayer. No puedo votar acá. No sé quiénes son esos dos de la tele. No sé qué partido es cuál.

La sala la escuchaba.

—Pero en mi país —siguió Rosa— también decíamos que todos eran iguales. En el dos mil uno. Todo el mundo lo decía. «Que se vayan todos». Lo gritábamos en la calle, con las cacerolas. Yo también lo grité. Tenía

treinta y tres años y una nena de seis y un nene de diez, y me habían congelado los ahorros en el banco, los pocos que tenía, y yo grité «que se vayan todos» con una cacerola en la puerta del banco.

Se quedó callada un momento.

—Y se fueron todos —dijo—. Tuvimos cinco presidentes en dos semanas. Cinco. Y después vinieron otros. Y los otros eran iguales. O peores. No sé. —Se encogió de hombros, un gesto pequeño, flaco—. Lo que sé es que cuando uno dice que todos son iguales, al final viene alguien que sí es distinto. Y no siempre para bien.

La sala estaba en silencio. Hasta la máquina de chocolatinas se había callado.

—Mi vieja —dijo Rosa— votó en todas las elecciones desde el ochenta y tres. Cuando volvió la democracia. Después de los militares. Votó siempre. Aunque le habían quitado un hermano. Aunque nunca le dijeron dónde estaba. Votaba y después se iba a la plaza los jueves a preguntar por él. Las dos cosas. Votar y preguntar. —Rosa levantó la vista hacia Nerea, la chica de la bici—. Yo nunca entendí por qué votaba, si le habían hecho eso. Ahora creo que lo entiendo un poco. Votaba para que no volvieran. No para que ganara nadie. Para que no volvieran.

Nerea la miraba sin parpadear.

—Usted vote, nena —le dijo Rosa—. Aunque no le den la ventana. Vote para que no le quiten la puerta.

* * *

Nadie aplaudió esta vez.

No hacía falta.

Doña Concha estaba de pie todavía, apoyada en el respaldo de la silla de Eusebio, mirando a Rosa. A la mujer flaca de la bata de lana, de los ojos de Samanda, de las manos escondidas entre las rodillas. La mujer de los

audios a las nueve de la mañana. La de los compañeros que pagaban el alquiler. La que había vomitado ayer en una acera de Usera.

Pensó que había juzgado a aquella mujer en un segundo, en la acera de Españoleto, al verla salir del taxi de Ramón. Igual que había juzgado a Samanda el primer día. Por la camiseta. Por la voz. Por el acento.

Pensó que ya iban dos.

Pensó que a lo mejor, con setenta y dos años, ya iba siendo hora de dejar de equivocarse por el mismo sitio.

En la pantalla electrónica, sobre el pasillo, parpadeó un número. Y por los altavoces, una voz de enfermera, metálica, aburrida, dijo:

—Rosa Beatriz Medina. Box siete. Rosa Beatriz Medina, box siete.

* * *

La médica de Urgencias era una mujer de unos treinta y cinco años, con el pelo muy corto y las ojeras de una guardia de veinticuatro horas que estaba a punto de terminar. Se llamaba doctora Ochoa. Escuchó la historia de Rosa sin interrumpirla, mientras le tomaba el pulso, le miraba los ojos con una linterna, le palpaba el abdomen con las dos manos, por debajo de las costillas del lado derecho, despacio, apretando.

Rosa dio un respingo.

—¿Le duele aquí?

—Un poco.

La doctora Ochoa no dijo nada. Siguió apretando. Luego le pidió que extendiera los brazos con las manos abiertas, y miró el temblor un buen rato. Luego le pidió que juntara los dedos índices delante de la cara. Luego pidió una analítica completa, con perfil hepático y coagulación, y una ecografía abdominal, y le puso una vía en el brazo izquierdo.

—Le voy a poner tiamina antes que nada —dijo—. Vitamina B1. En la gente que lleva tantos años bebiendo, el cuerpo se queda sin ella, y si le das azúcar sin tiamina, a veces el cerebro lo paga.

Doña Concha, sentada en la silla de acompañante del box, se puso pálida.

—Yo le di agua con azúcar ayer —dijo—. Dos veces.

La doctora Ochoa la miró.

—¿Mucha?

—Dos cucharadas en un vaso. Las dos veces.

—Eso no es nada, no se preocupe. —La doctora sonrió por primera vez—. Hizo usted bien. Estaba sin comer. Lo que quiero es que no la carguemos ahora de suero glucosado sin protegerla antes. Es un protocolo. Usted no tenía por qué saberlo.

—Yo lo sé todo —dijo doña Concha—. Normalmente.

La doctora Ochoa se rió.

* * *

Los resultados tardaron tres horas.

Doña Concha y Rosa las pasaron en el box siete, Rosa tumbada en la camilla con la vía en el brazo y un gotero de suero, y doña Concha en la silla de acompañante, de plástico gris, con el bolso en el regazo.

A las diez y media le pusieron a Rosa una pastilla debajo de la lengua para los temblores. Un ansiolítico. Lorazepam, dijo la enfermera, porque con el hígado como lo tenía era el que menos le cargaba. A las once Rosa dejó de temblar. A las once y cuarto se quedó dormida.

Doña Concha se quedó mirándola dormir.

Llamó a casa a las once y media. Contestó Don José.

—¿Cómo va?

—Bien. Está dormida. Le han puesto algo para los temblores. Esperamos los análisis.

—¿Y tú?

—Yo bien.

—Concha.

—Dime.

—Me ha dicho Samanda que te has llevado el DNI. Para la factura.

—Sí.

Don José se quedó callado al otro lado del teléfono.

—Feliz cumpleaños, José —dijo doña Concha.

—Gracias. —Don José carraspeó—. Oye, Concha. ¿Ha pasado algo? Te noto la voz rara.

Doña Concha miró a Rosa, dormida en la camilla con la boca un poco abierta y la vía en el brazo.

—He moderado un debate —dijo.

—¿Un qué?

—Un debate. En la sala de espera. Con un ferroviario de Villaverde, un asesor fiscal de Serrano, una repartidora de Albacete, una limpiadora de Guayaquil y una monja.

Hubo un silencio al otro lado.

—¿Y quién ha ganado?

Doña Concha lo pensó.

—La de Rosario —dijo.

* * *

La doctora Ochoa volvió al box a la una menos cuarto, con una carpeta de papeles en la mano.

Rosa se había despertado. Doña Concha se levantó de la silla.

—Bueno —dijo la doctora Ochoa. Se sentó en el borde de la camilla—. Le cuento.

Les contó. Con palabras claras, sin rodeos, como se cuentan las cosas en las Urgencias de un hospital público a la una menos cuarto de un sábado al final de una guardia de veinticuatro horas.

Tenía el hígado mal. Muy mal. Las transaminasas altas, la GGT por las nubes, las plaquetas bajas, la coagulación alargada. En la ecografía se veía un hígado de bordes irregulares, con un poco de líquido alrededor. Probablemente cirrosis. Habría que confirmarlo con más pruebas, con un especialista. Pero la doctora Ochoa no tenía muchas dudas.

—¿Me voy a morir? —preguntó Rosa.

La doctora Ochoa no apartó la vista.

—Si sigue bebiendo, sí. Pronto. Lo que le dijeron en Rosario es verdad. —Hizo una pausa—. Si deja de beber del todo, del todo, hoy, el hígado no se va a curar. Pero se puede parar. Hay gente que vive muchos años con un hígado así. Años buenos. Sin beber.

Rosa se miró las manos. Ya no le temblaban. Por el lorazepam.

—Nunca he estado sin beber —dijo—. Desde los veinte.

—Ya lo sé —dijo la doctora Ochoa—. Por eso no lo va a hacer sola.

Le explicó lo que había que hacer. Una pauta de lorazepam para los próximos días, bajando la dosis poco a poco, que le iba a dar por escrito. Nada de alcohol, ni una gota, ni en las comidas. Volver a Urgencias si tenía fiebre, si se confundía, si vomitaba sangre, si se ponía amarilla. Y luego, en cuanto pudiera, un centro de atención a las adicciones. Los había públicos, del Ayuntamiento. En Chamberí había uno cerca. Le dio la dirección en un papel.

—¿Y eso lo puedo hacer yo? ¿Siendo de afuera?

La doctora Ochoa miró a doña Concha. Luego volvió a mirar a Rosa.

—Eso lo tendrá que mirar con una trabajadora social. Depende de cuánto tiempo se quede. De si se empadrona. —Se encogió de hombros—. No le voy a mentir: es un lío. Pero se puede.

—Se puede —dijo doña Concha.

La doctora la miró.

—¿Usted es la consuegra?

—Sí.

—Pues usted lo va a tener que mirar con ella. Porque ella sola, con un hígado así y una abstinencia encima, no va a poder con los papeles de la Comunidad de Madrid. —La doctora Ochoa se levantó de la camilla—. Yo, con un hígado bueno y sin abstinencia, no puedo.

Doña Concha casi sonrió.

—No se preocupe —dijo—. Tengo experiencia en papeles. Estoy homologando un título argentino. En diez días ya me ha contestado el Ministerio.

La doctora Ochoa levantó las cejas.

—¿En diez días? ¿Cómo?

—Escribiendo cartas —dijo doña Concha—. Muchas. Con membrete.

* * *

Salieron del hospital a la una y veinte.

Hacía un calor de justicia en la explanada de la entrada, un calor de junio madrileño, blanco, sin sombra, de los que derriten el asfalto de la Castellana y hacen que los coches aparcados parezcan hornos. Rosa llevaba la bata de lana de doña Concha doblada sobre el brazo, porque con el lorazepam ya no tenía frío, y la chaqueta vaquera atada a la cintura otra vez, y un sobre de papel marrón con los informes y la receta en la otra mano.

Caminaba despacio. Doña Concha también, por la rodilla. Iban las dos a la misma velocidad, sin proponérselo, hacia la parada de taxis, como dos personas que llevan años caminando juntas.

En la parada de taxis estaba Nerea, la chica de la bici, con el tobillo vendado, una muleta de aluminio y la mochila cuadrada de reparto colgada a la espalda, esperando un taxi que no se iba a poder pagar.

Las vio llegar. Se puso derecha.

—Señora —le dijo a doña Concha—. Lo del trastero. Lo de los siete metros. ¿Era verdad?

—Completamente.

—¿Y me acompañaría de verdad? ¿A hablar con el casero?

Doña Concha abrió el bolso. Sacó una de las tarjetas de visita de la caja vieja de 2004, que ponía *CONCEPCIÓN ARROYO SANZ. ARQUITECTA* y un teléfono fijo que ya no existía, y que había empezado a usar otra vez desde lo de Usera, tachando el número fijo con bolígrafo y escribiendo al lado el del móvil. Se la dio.

—Llámeme el martes —dijo—. El lunes no, que el lunes no se sabe quién gobierna y todo el mundo está de mal humor.

Nerea cogió la tarjeta. La miró. La guardó en el bolsillo de la camiseta de la empresa de reparto, con mucho cuidado, como quien guarda un billete.

Rosa, a su lado, se la quedó mirando.

—Nena —le dijo—. ¿Vas a votar?

Nerea se lo pensó un momento. Se apoyó en la muleta.

—No lo sé, señora —dijo—. Esta noche lo reflexiono.

—Bien —dijo Rosa—. Para eso es.

* * *

Llegó un taxi. Doña Concha lo paró. Le dijo a Nerea que subiera ella primero, que la dejaban en Lavapiés de camino, y Nerea dijo que Lavapiés no estaba de camino a Chamberí, y doña Concha dijo que hoy sí, y el taxista, un señor de Moratalaz con un rosario colgado del retrovisor, no dijo nada porque llevaba treinta años de taxista y sabía que con una señora así no se discute.

Dejaron a Nerea en la plaza de Lavapiés, delante de un portal con la pintura desconchada. La vieron subir los escalones del portal con la muleta, despacio, sin volverse.

Luego el taxi siguió hacia el norte, por la calle Atocha, por la glorieta, por el paseo del Prado, por Recoletos, entre los árboles. Rosa miraba por la ventanilla. Nunca había visto Madrid. Ayer lo había visto desde el metro, perdida, y desde el taxi de Ramón, vomitando. Hoy lo veía por primera vez de verdad, con la luz blanca de la una y media, con las fuentes, con los edificios de piedra, con los carteles electorales todavía pegados en las farolas y en las marquesinas, todos sonriendo, todos con la misma corbata.

—Es lindo —dijo.

—Tiene sus cosas —dijo doña Concha.

—¿Cuál de esos va a ganar?

Doña Concha miró los carteles que pasaban por la ventanilla. Uno de cada. Sonriendo.

—No se sabe —dijo.

Rosa se volvió hacia ella.

—¿Y usted a quién va a votar, señora?

Doña Concha no contestó enseguida. Miró hacia delante, por el parabrisas, hacia la plaza de Colón, donde la bandera grande ondeaba muy despacio, sin viento casi, con el calor.

—Eso no se pregunta en jornada de reflexión —dijo.

—Perdón.

—No tiene por qué. —Doña Concha se ajustó las gafas—. Y menos a una consuegra.

Rosa la miró un rato largo. Luego volvió a mirar por la ventanilla.

El taxi giró por Génova hacia Chamberí. En la calle Españoleto, en el tercer piso, en una cocina con mesa de formica, Samanda estaba dando la vuelta a la tortilla del cumpleaños con un plato llano, de un golpe seco, como le había enseñado doña Concha en abril, sin que se le cayera ni una patata. Y en el salón, Don José, con setenta y cinco años recién cumplidos y la televisión apagada, le estaba enseñando a Thiago a doblar una papeleta imaginaria y meterla en un sobre imaginario, para que mañana, en el colegio electoral, supiera cómo se hacía.

Por si algún día le tocaba.

Capítulo 31

A nivel

Diego se despertó a las diez y media de la mañana del sábado con la sensación de no haber dormido nada, que era exactamente lo que había pasado.

Había llegado del bar a la una y media. Había subido los treinta y seis escalones a oscuras, sin encender la luz de la escalera para no despertar a nadie, contando los peldaños como los contaba desde los seis años, porque los números no se le daban mal, solo las letras. Había visto la puerta del despacho de su padre cerrada y una raya de luz por debajo. Samanda le había mandado tres mensajes de voz durante la tarde, porque los de texto le costaban, y en el último le había dicho: *Mi mamá duerme en el despacho. Está mal. Mañana te cuento. No hagas ruido.*

No había hecho ruido. Se había metido en la cama del cuarto de su infancia, el de los pósteres de la selección del ochenta y dos que su madre nunca quiso quitar, en el que ahora dormían Samanda y él, con la cuna desmontada de Mía apoyada contra el armario y los dibujos de Thiago pegados con celo en la puerta. Samanda no estaba en la cama. Estaba en el despacho, con su madre.

Y a las dos y media, el golpe.

Diego se había levantado. Había ido por el pasillo descalzo. Se había parado en la puerta del despacho, entornada, y había mirado dentro.

Había visto a su novia arrodillada en el suelo, tomándole el pulso a una mujer rubia y flaca que temblaba contra la estantería de los libros de cálculo de estructuras de su padre. Y luego había visto a su madre, con el

pelo suelto, que no le había visto suelto desde que era niño, sentarse en el suelo al otro lado de aquella mujer, con la rodilla mala, y cogerle la mano.

En mi casa hay bichos desde 1979. Mi marido los trae de la sierra. No pican.

Diego se había quedado en la puerta un minuto entero. No había entrado. No por miedo. Porque no cabía. En aquel suelo, entre aquellas tres mujeres, no había sitio para nadie más, y Diego, que no sabía leer bien pero sabía leer a la gente como nadie, se dio cuenta.

Había vuelto a la cama. No había dormido.

Porque además, a las once de la noche, en el callejón de los contenedores de Casa Benito, mientras sacaba la basura del servicio de cenas, le había sonado el móvil. Leandro. Que no le llamaba nunca.

—¿Diego? Soy el Leandro. ¿Tenés un minuto?

—Dime.

—Fui a lo de tus viejos. A buscar unas botellas. Mi vieja está ahí.

—Ya lo sé. Me lo ha dicho Samanda.

—Ya. —Leandro había tardado en seguir. Se oía de fondo el ruido de un camión, una autovía—. Mirá, Diego. Yo no me meto. Pero te lo digo porque te aprecio. Ojo con mi vieja.

—¿Ojo por qué?

—Porque se arrima siempre al que tiene casa. Toda la vida. Al que paga. —Otra pausa—. Y ahora el que tiene casa sos vos. O tus viejos. Para el caso es lo mismo.

Diego no había dicho nada.

—Bueno. Eso. —Leandro había carraspeado—. Que tengas buena noche.

Y había colgado.

Y Diego se había quedado en el callejón de los contenedores con la bolsa de basura en una mano y el móvil en la otra, y una frase en la cabeza

que no era de Leandro, sino de Samanda. Una frase que ella le había dicho una sola vez, en noviembre, en la cocina de Usera, con la carta de Hexágono abierta sobre la mesa, sin darle importancia, como quien cuenta el tiempo que hace.

Mi mamá los llamaba «mi compañero». Yo los llamaba «el que paga ahora».

* * *

Samanda estaba en la cocina.

Diego la vio desde el pasillo antes de que ella le viera a él. Tenía el delantal de su madre puesto, el de los cuadritos azules, y estaba de pie junto a la encimera, delante de una montaña de patatas peladas, cortándolas en láminas finas con el cuchillo pequeño, el de mango de madera, a una velocidad que a Diego, que llevaba veinte años en hostelería, le pareció de profesional.

En el salón se oía a su padre explicándole a Thiago algo sobre la ley d'Hondt con las piezas del parchís. Y a Mía cantando una canción inventada sobre una reina que se ponía un sombrero.

—Buenos días —dijo Diego.

Samanda se volvió.

Tenía los ojos rojos. Las ojeras moradas. El pelo recogido de cualquier manera con una pinza de las de doña Concha. Parecía que la hubiera atropellado un camión. A Diego le pareció la mujer más guapa del mundo, como le parecía todas las mañanas desde hacía tres años, y eso, aquella mañana en concreto, le dolió.

—Hola, mi amor. —Samanda dejó el cuchillo—. ¿Dormiste?

—No mucho.

—Yo tampoco. —Se secó las manos en el delantal—. Mi mamá pasó una noche horrible. Tuvo... tuvo alucinaciones. Por la abstinencia. Tu

mamá se sentó con nosotras en el suelo hasta las cinco. Ahora se la llevó a La Paz.

—Ya lo sé.

—¿Cómo lo sabés?

—Os vi. A las dos y media. Desde la puerta.

Samanda se quedó quieta.

—¿Y por qué no entraste?

Diego se encogió de hombros.

—No cabía.

Samanda lo miró un momento. Luego volvió a las patatas.

* * *

Diego se sirvió un café de la cafetera italiana, que estaba frío. Se lo bebió frío. Se sentó en la silla de formica, la de siempre, la que tenía una muesca en el borde de cuando él, con nueve años, le dio con la hebilla del cinturón jugando a los vaqueros.

Miró a Samanda cortar patatas.

No sabía cómo empezar. Diego nunca sabía cómo empezar las cosas importantes. En el bar no le pasaba: en el bar sabía empezar cualquier conversación con cualquier cliente, sabía cuándo un señor quería hablar del Atleti y cuándo quería que le dejaran en paz, sabía si una pareja estaba celebrando algo o rompiendo algo antes de que pidieran la carta. Pero en casa, con la gente que quería, se le atascaban las palabras igual que se le atascaban las letras en los papeles.

Así que hizo lo que hacía siempre que se le atascaban: las soltó todas de golpe, mal.

—Sami. ¿Tú estás conmigo por el piso?

El cuchillo se paró.

Samanda se quedó de espaldas a él, con el cuchillo en una mano y media patata en la otra, mirando la pared de azulejos de la cocina, los blancos con la cenefa de flores naranjas que doña Concha había elegido en 1985 y que nunca había cambiado porque, según ella, no estaban rotos.

—¿Qué dijiste?

Diego tragó saliva.

—Que si estás conmigo por el piso. Por la casa. —Se miró las manos—. El de Usera estaba a mi nombre. Y ahora este es de mis padres. Y yo no... yo no tengo otra cosa. Soy camarero. No sé leer. No sé escribir. Gano mil seiscientos euros con las propinas. Lo único que he tenido siempre es un sitio donde dormir. —Hizo una pausa—. Y anoche me llamó tu hermano.

Samanda se volvió. Despacio. Con el cuchillo todavía en la mano.

—¿El Leandro te llamó?

—Sí.

—¿Y qué te dijo?

Diego dudó. Luego se lo dijo. Palabra por palabra, porque Diego no sabía leer pero se acordaba de todo, de cada palabra que le decían, como si las tuviera grabadas en una cinta.

Ojo con mi vieja. Se arrima siempre al que tiene casa. Al que paga. Y ahora el que tiene casa sos vos.

Samanda dejó el cuchillo en la encimera. Con mucho cuidado. Como se deja un cuchillo cuando uno tiene ganas de tirarlo.

—Eso lo dijo de mi mamá —dijo—. No de mí.

—Ya lo sé.

—¿Y entonces?

—Entonces me acordé de lo que me contaste tú en noviembre. Lo de «el que paga ahora». —Diego levantó la vista—. Y me puse a pensar, Sami. Toda la noche. Que cuando viniste a Usera con los niños, el piso era mío. Que yo pagaba el alquiler. Que luego nos echaron y viniste aquí, a casa de

mis padres. Que siempre ha habido un piso. Y que a lo mejor... a lo mejor yo soy uno de esos. Sin saberlo. Uno de los que pagan.

* * *

Samanda no contestó enseguida.

Se quitó el delantal. Lo dobló. Lo dejó sobre el respaldo de la otra silla. Se sentó enfrente de Diego, en la mesa de formica, con las manos sobre la mesa, cerca de las de él pero sin tocarlas.

—Diego —dijo—. ¿Sabés cuánto pagaba yo en Usera?

—La mitad.

—No. —Samanda negó con la cabeza—. La mitad y siete euros. Todos los meses. Novecientos cincuenta de alquiler. Yo ponía cuatrocientos ochenta y dos. Vos cuatrocientos sesenta y ocho. Porque yo hacía las cuentas en la libreta, y vos no las mirabas, y yo redondeaba hacia arriba. Siempre hacia arriba. Durante tres años.

Diego la miró sin entender.

—¿Por qué?

—Para que no fueras el que paga. —Samanda tenía la voz muy tranquila, muy firme, la voz de la junta de vecinos—. Para que nunca, ni un solo mes, ni por un euro, pudiera decir que vivía en una casa que pagaba otro. Me lo prometí a los nueve años, Diego. En Rosario. Escondiendo botellas debajo de la cama. Que nunca iba a vivir como mi mamá. Que nunca iba a tener un «compañero». Que iba a pagar mi parte hasta el último centavo aunque tuviera que limpiar tres casas, y un bar, y las oficinas de un fondo buitre en la planta doce de la Castellana a las seis de la mañana.

Diego bajó la vista.

—No lo sabía. Lo de los siete euros.

—Ya lo sé que no lo sabías. Para eso los ponía.

* * *

—Y aquí —siguió Samanda— le pago a tu mamá la luz y el agua. Todos los meses. El día uno. En un sobre. Lo puso ella en el contrato de las seis condiciones, que está pegado en la nevera. Ella dice que es un alquiler. Yo sé que no lo es. Que es una forma de dejarme orgullo. —Samanda hizo una pausa—. Pero lo pago. El día uno. En un sobre.

—Ya.

—Y además —Samanda se inclinó un poco hacia delante, sobre la mesa de formica—, si yo estuviera con alguien por el piso, Diego... ¿vos te creés que me habría quedado con vos?

Diego levantó la vista.

—¿Qué?

—Que el piso no es tuyo, mi amor. Es de tu mamá. —Samanda casi sonrió—. Si yo me hubiera arrimado al que tiene casa, me habría arrimado a Concha.

Diego se quedó mirándola con la boca abierta.

Y luego se rió.

Se rió de verdad, por primera vez en toda la noche, una risa que le salió de golpe, como el corcho de una botella, y que tuvo que tapar con la mano para que no la oyeran desde el salón. Samanda también se rió. Con los ojos rojos. Con las ojeras moradas.

—Y no me la quedé —dijo Samanda— porque tu mamá ya está casada. Y porque ronca. La oigo desde el cuarto.

—Mi madre no ronca.

—Ronca. Bajito. Como una colmena.

Diego se rió más fuerte. Desde el salón, la voz de Don José preguntó:

—¿Qué pasa ahí?

—¡Nada, papá! ¡Las patatas!

—¿Qué les pasa a las patatas?

—¡Que tienen gracia!

Silencio en el salón. Luego la voz de Thiago:

—Abuelo, ¿las patatas pueden tener gracia?

—En esta casa, hijo, ya cualquier cosa.

* * *

Cuando se les pasó la risa, Samanda volvió a ponerse seria.

Se quedó un rato mirando a Diego. A su Diego. El que se había leído cuatro veces el contrato de Hexágono sin entender la mitad, moviendo los labios, con el dedo debajo de cada línea, y luego se lo había llevado a su padre. El que no sabía escribir «puente» pero dibujaba puentes que parecían de verdad. El que le había dicho a Thiago, en Usera, en una cocina de dos metros, *Soy tu Diego*.

—Pero tenés razón en una cosa —dijo.

—¿En cuál?

—En que yo lo pensé.

Diego se quedó quieto.

—Al principio —dijo Samanda—. Cuando me mudé a Usera. Lo pensé. Todas las noches durante un mes. Me acostaba al lado tuyo y pensaba: *¿Y si soy como ella? ¿Y si me mudé porque él tenía piso? ¿Y si en realidad no lo quiero y solo quiero un techo para los nenes?* —Se miró las manos—. Me daba tanto miedo que hice una cosa.

—¿Qué cosa?

Samanda se levantó. Fue hasta el recibidor, donde estaba su bolso colgado del perchero de pie, el de madera con cuatro brazos que Don José había heredado de un tío suyo de Cuenca. Volvió con la libreta cuadriculada. La de las tapas de cartón gris, con las esquinas dobladas, con

la goma elástica. La abrió por una página del final. Se la puso delante a Diego, sobre la mesa de formica.

Diego miró la página. Vio tres columnas, con tres palabras escritas en mayúsculas arriba de cada una, con la letra redonda de Samanda. Vio que debajo de cada palabra había frases, muchas, de distintas tintas, de distintos bolígrafos, de distintas fechas. Vio que en la columna del medio había menos que en las otras.

No pudo leerlas. Las letras se le movían como siempre, se le daban la vuelta, se le cambiaban de sitio. Le pasaba desde los seis años. La be y la de. La pe y la cu. Los números no, nunca; las letras, siempre.

—Léemelo tú —dijo.

* * *

Samanda se sentó a su lado. No enfrente. A su lado. Pegada.

Puso el dedo en la primera columna.

—Esta pone *YO*. Aquí apunto las cosas que me digo a mí misma. Las que me tengo que acordar. —Pasó el dedo por las frases—. *No mandarle plata a mamá sin decírselo a Diego. No llorar delante de los nenes. Pagar la mitad y siete.* Esa la escribí el primer mes de Usera.

Diego no dijo nada.

Samanda puso el dedo en la tercera columna.

—Esta pone *CONCHA*. La empecé en octubre. Después del primer cocido. —Pasó el dedo, despacio—. *Me ha llamado Samanta. Me ha llamado Samanta. Me ha llamado Samanta.* Doce veces. Mirá. Doce. Hasta enero. —El dedo bajó—. *Me ha dado cincuenta euros de propina. No los voy a gastar. Me ha dicho «hija». Me ha enseñado a dar la vuelta a la tortilla.* —El dedo siguió bajando, hasta casi el final de la columna—. *Me ha llamado por mi nombre. Con de.*

Diego tenía los ojos húmedos.

Samanda puso el dedo en la columna del medio.

—Y esta pone *DIEGO*.

Se quedó callada.

—¿Qué pone? —preguntó Diego.

—La empecé el primer mes de Usera. La noche que tenía miedo de ser como mi mamá. —Samanda no levantó el dedo de la página—. La empecé para obligarme a escribir, cada vez que lo pensara, una razón de verdad. Una razón por la que estaba con vos que no fuera el piso. Si un día no encontraba ninguna, me iba. Con los nenes. Aunque fuera a un albergue.

—¿Y?

—Y la primera que escribí fue esta.

Samanda leyó, en voz baja, con el dedo debajo de las letras, igual que hacía con Thiago cuando le leía cuentos:

—*Lo quiero.*

Diego se quedó mirando las dos palabras. Le bailaban, como todas. Pero eran solo dos, y eran cortas, y Samanda tenía el dedo debajo, así que por una vez, en una vida entera de letras que se escapaban, se quedaron quietas.

Lo quiero.

—¿Y las demás? —dijo, con la voz rara.

—No hay más.

Diego levantó la vista.

—¿No hay más?

—No. —Samanda cerró la libreta—. Escribí esa la primera noche. Y al mes siguiente, cuando me volvió el miedo, abrí la libreta para escribir otra. Y me quedé mirando la que ya había. Y pensé: *Ya está. No hace falta otra. Con esa alcanza.* —Se encogió de hombros—. Las otras columnas están llenas porque a mí misma me tengo que decir muchas cosas, y porque tu

mamá me ha costado mucho. Vos no me costaste nada, Diego. Vos fuiste fácil desde el primer día. Desde el bar de Delicias.

* * *

Diego no dijo nada durante mucho rato.

Luego hizo una cosa que Samanda no esperaba.

Le quitó la libreta. Con cuidado. La abrió otra vez por la página de las tres columnas. Cogió el bolígrafo mordido que Samanda llevaba siempre enganchado a la goma elástica.

Y se quedó mirando la columna del medio, la suya, la que solo tenía dos palabras.

—¿Puedo poner algo?

—Es mi libreta, Diego.

—Ya. Pero esa columna es mía.

Samanda lo pensó.

—Vale —dijo.

Diego no escribió. Diego dibujó.

Debajo de *Lo quiero*, con el bolígrafo mordido, en el hueco blanco de la columna del medio, con la mano grande de camarero que no sabía hacer una erre pero sabía trazar una línea recta sin regla, dibujó un tubo. Un tubo largo, horizontal, con los extremos redondeados. Y dentro del tubo, un poco de líquido. Y en el líquido, en el centro exacto, una burbuja. Y a los dos lados de la burbuja, dos rayitas finas, verticales, marcando el centro.

Un nivel de burbuja.

El nivel de su madre. El de las iniciales grabadas a punzón, el que doña Concha le había regalado a Thiago en su cumpleaños, en Usera. El que Thiago llevaba ahora a todas partes en la mochila. El que doña Concha había usado para enderezar el corcho de su padre, cuando todos creían que su padre estaba loco.

Con la burbuja en medio. Exactamente entre las dos rayas.

Debajo, con letras enormes, torcidas, de niño de colegio de curas, escribió una sola palabra. Tardó mucho. Movía los labios. Se equivocó en una letra, la tachó, la volvió a escribir.

NIBEL

Samanda miró el dibujo. Miró la palabra.

—Es con uve —dijo.

—Ya lo sé —dijo Diego—. Pero se entiende.

* * *

—¿Qué quiere decir? —preguntó Samanda.

Diego dejó el bolígrafo sobre la libreta.

—Que no paga nadie —dijo—. Ni tú ni yo. A medias. Con los siete euros si quieres, pero de tu lado o del mío, me da igual. A nivel. —Se pasó la mano por la cara—. Mi padre me lo explicó una vez, de pequeño, cuando me llevaba a ver puentes. Que en un puente, si un lado carga más que el otro, se cae. No importa cuál. Se cae. Que lo que lo sostiene es que los dos lados empujan lo mismo. Uno contra otro. Y en medio, nada. Aire. Pero aguanta.

Samanda no dijo nada.

—Y otra cosa —dijo Diego.

—¿Qué?

—Las colmenas. —Diego se miró las manos, grandes, con las uñas cortas de camarero—. Papá no puede levantar un alza en seis semanas. Ni una caja. Y las dieciocho están ahí, en La Hiruela, esperando. Yo me las sé, Sami. Todas. Por los audios. La once que enjambra, la ocho que ha cambiado de reina, la catorce de Thiago, la dieciocho del enjambre. Me sé cuál pica y cuál no. Me sé dónde está cada una sin mirar la libreta negra. —Levantó la vista—. No sé leer un contrato. Pero sé leer una colmena.

Samanda no dijo nada. Le dejó seguir.

—Quiero quedarme con ellas. No solo este verano. Hacerlas más. Partir las fuertes, coger los enjambres, criar reinas como papá. Hasta que haya muchas. Cien. Doscientas. Con doscientas colmenas vive un apicultor, eso lo dice todo el mundo en la sierra. Vender la miel. La de brezo, en primavera. Y el mielato de roble, en agosto y septiembre, que es oscuro como el café y papá dice que es la mejor de la sierra. —Se pasó la mano por la nuca—. En el bar llevo veinte años sirviendo lo que hacen otros. Me gustaría servir algo que haya hecho yo. O las abejas. Pero conmigo.

—¿Y los papeles? El registro, las facturas, las etiquetas...

—Ahí no llego.

—Ahí llego yo. —Samanda se encogió de hombros—. De vez en cuando. Los domingos. Tú las abejas, yo los papeles.

—A medias.

—A medias. —Samanda lo pensó—. ¿Se lo vas a decir a tu papá?

—Hoy. En el postre. —Diego tragó saliva—. Si me atrevo.

Diego la miró. Samanda le miró a él. Ninguno de los dos dijo nada de pisos, ni de mudanzas, ni de cuándo. Eso vendría con el tiempo. Como la miel.

—A nivel —dijo Samanda.

—A nivel.

* * *

Samanda volvió a la encimera. Se volvió a poner el delantal de cuadritos azules. Echó el aceite en la sartén grande, la de hierro, la de las tortillas, que doña Concha decía que tenía cuarenta años y que no se lavaba nunca con jabón para no quitarle la cura.

Diego se quedó sentado en la silla de formica, mirando la libreta cerrada sobre la mesa.

Al rato dijo:

—Sami.

—¿Qué?

—Tu mamá.

Samanda echó las patatas al aceite. Chisporrotearon.

—¿Qué pasa con mi mamá?

—Que se va a quedar, ¿no?

Samanda no se volvió.

—No lo sé, Diego. No sé nada. Tiene el hígado como una piedra. No tiene casa en Rosario. No tiene plata. No tiene papeles acá. No tiene a nadie más que a mí. —Removió las patatas con la espumadera—. Y yo no sé si la quiero tener cerca. Toda mi vida me fui lejos de ella. Crucé el océano para irme lejos. Y ahora viene y se sienta en el sofá de tu mamá con la bata de tu mamá y mis hijos la miran como a una desconocida.

—Es que es una desconocida.

—Es mi mamá.

—Ya. —Diego se levantó de la silla. Se acercó por detrás. No la abrazó, porque estaba con la sartén y el aceite saltaba—. Pero yo no conocía a tu hermano hace tres años. Ni a Yuli. Ni a ti. Y mi madre no te conocía a ti. Y hoy va a sentar a tu madre a su derecha.

Samanda se volvió a medias.

—¿Cómo sabés eso?

—Porque te lo ha dicho a las cinco de la mañana. En esta cocina. Con el mate. —Diego se encogió de hombros—. Estaba en el pasillo. Otra vez. Volviendo del baño.

—Diego, sos un espía.

—Soy camarero. —Diego sonrió—. Lo oigo todo. Es lo que hago.

* * *

Batieron los huevos juntos. Diego los cascaba de uno en uno, con una mano, en el borde del cuenco, sin que se le cayera ni un trozo de cáscara, porque llevaba veinte años cascando huevos en cocinas de bares. Samanda los batía con el tenedor, rápido, como le había enseñado doña Concha en abril, con el codo y no con la muñeca.

Echaron las patatas escurridas. Una pizca de sal. Una cebolla que Samanda había pochado aparte, porque en aquella casa la tortilla llevaba cebolla desde 1979 y Don José había dejado de discutirlo en 1983.

A las dos menos diez, Diego fue al salón a buscar a los niños para que vieran dar la vuelta a la tortilla. Volvió con Thiago, Mía y Don José detrás, que había dejado la ley d'Hondt a medias, con las fichas del parchís todavía repartidas sobre la mesa baja en escaños imaginarios.

Se pusieron los cuatro en la puerta de la cocina. Mía con el sombrero de fieltro gris otra vez en la cabeza, porque se lo había reclamado a su abuela la tarde anterior, a la hora de la merienda. Thiago con el nivel de burbuja asomando por el bolsillo del pantalón corto.

Samanda cogió la sartén por el mango con las dos manos. Diego le acercó el plato llano, el grande, el de duralex de color ámbar que tenía más años que él.

—¿Preparados? —dijo Samanda.

—Preparados —dijeron Thiago y Mía.

Samanda puso el plato encima de la sartén. Lo sujetó con la palma de la mano. Respiró.

Y le dio la vuelta de un golpe seco.

Sin que se le cayera ni una patata.

Mía aplaudió. Thiago aplaudió. Don José dijo «¡Olé!», que no decía nunca, y se le escapó un poco de tos. Diego no aplaudió, porque estaba

mirando a Samanda, y Samanda estaba mirando la tortilla, y la tortilla estaba perfecta, dorada, redonda, plana, sin una grieta.

Thiago se acercó a la encimera. Sacó el nivel de burbuja del bolsillo. Lo puso encima de la tortilla, con mucho cuidado, apoyado en el plato.

Miró la burbuja.

—Está a nivel —anunció.

Y en la calle, tres pisos más abajo, se oyó un taxi frenando delante del portal de Españoleto, y una puerta que se abría, y la voz de doña Concha diciéndole a alguien que se agarrase a su brazo, que el escalón del portal era traicionero desde 1962.

Capítulo 32

Setenta y cinco

La mesa se puso para doce, como en octubre.

Doña Concha lo había decidido así el jueves, antes de que nadie supiera que Rosa existía fuera de un teléfono, y el viernes por la noche, a las once, mientras Rosa dormía en el despacho con la manta de cuadros, se había quedado un rato de pie en el comedor, con las manos en las caderas, contando sillas. Eran once. Había invitado a su hermana Pilar, a su sobrino Borja y a la mujer de Borja, Cayetana, porque en setenta y cinco años no se deja de invitar a la familia aunque la familia lo merezca. Había invitado a Leandro y a Yuli, porque ahora también eran familia, aunque nadie lo hubiera firmado. Y estaban ellos seis.

Once.

Doña Concha había ido a la cocina, había cogido la silla de formica de la muesca, la de Diego, y la había llevado al comedor.

Doce.

Luego había vuelto a la cocina y había puesto otra silla de formica en su sitio, para que Diego no se quedara sin silla en la cocina mañana por la mañana. Había sido una noche larga.

* * *

La mesa del comedor y la de la cocina se unieron en forma de ele, como en octubre, con los dos manteles de hilo que no eran del mismo juego, como en octubre, y doña Concha volvió a estar intranquila toda la mañana por los manteles, como en octubre, aunque aquella mañana había estado en Urgencias de La Paz, había moderado un debate y había firmado una

factura de hospital por una mujer a la que conocía desde hacía veinticuatro horas.

Hay cosas que no cambian. Los manteles son una de ellas.

Pero otras sí.

En octubre, la vajilla de la cenefa azul había sido para diez y los dos platos de diario para Borja y Cayetana. Esta vez, Samanda puso la mesa. Y Samanda, que no sabía la historia de los dos platos de diario, porque en octubre estaba en la cocina de Casa Benito, puso la cenefa azul en los diez primeros sitios por orden, de la cabecera hacia abajo, y los dos de diario al final de la ele, en los dos últimos sitios, que le tocaban a ella y a Diego.

Doña Concha los vio desde la puerta del comedor.

Fue a la vitrina sin decir palabra. Sacó dos platos de la cenefa azul de la fila de atrás, los que no se usaban nunca porque tenían un desconchón casi invisible en el borde, de una mudanza de 1987. Quitó los dos platos de diario. Puso los dos de cenefa azul con desconchón en los sitios de Samanda y Diego.

Luego llevó los dos de diario a los sitios de Borja y Cayetana.

Samanda la vio desde la cocina.

—Concha, ¿qué hace?

—Corregir una errata —dijo doña Concha.

* * *

El sitio de la derecha de doña Concha, en la cabecera de la ele, lo ocupaba desde hacía cuarenta y siete años su hermana Pilar. En todas las comidas familiares. En todos los cumpleaños. En todas las Navidades hasta que se fueron al restaurante. Pilar a la derecha y Don José enfrente, en la otra cabecera, y el resto como cayera.

Pilar llegó a las dos y cuarto, porque el taxista no conocía Chamberí.

Llevaba un vestido de lino color crudo, un collar de perlas de tres vueltas, un bronceado de crucero por las islas griegas que había terminado el martes y una bolsa de una tienda de vinos de la calle Serrano con una botella de cava dentro, envuelta en papel de seda dorado.

Doña Concha la recibió en la puerta.

—Pilar.

—Concha, hija, qué calor, qué escalera, qué barrio. —Pilar le dio dos besos sin tocarla—. ¿Dónde está el homenajeado? Le traigo una cosita. Un Gramona. Gran reserva. Me lo recomendó el chico de la tienda, que es un encanto.

Doña Concha miró la bolsa.

Luego miró hacia el salón, donde Rosa, con un vestido de Yuli de flores azules que le quedaba grande y el pelo recogido, estaba sentada en una esquina del sofá con un vaso de agua, mirando a Mía jugar con el sombrero de las bodas.

Rosa también estaba mirando la bolsa.

—Pilar —dijo doña Concha—. Dame eso.

—¿El qué?

—La botella.

—Pero, Concha, si es para José...

—José tiene dos stents y no puede beber. —Doña Concha cogió la bolsa por las asas—. Y hoy en esta casa no bebe nadie. Luego te lo explico.

—¿Que no bebe nadie? ¿En un cumpleaños? ¿Qué es esto, un convento?

—Una casa —dijo doña Concha—. Pasa al comedor, que estás en el sitio de siempre. A mi izquierda.

Pilar se paró en seco en el recibidor.

—¿A tu izquierda?

—A mi izquierda.

—Concha, yo me siento a tu derecha desde 1979.

—Ya lo sé. —Doña Concha le colocó el collar de perlas, que se le había torcido con el calor—. Hoy te sientas a mi izquierda. Que es el lado del corazón, Pilar. No te quejes.

* * *

La botella la cogió Leandro.

No hizo falta que nadie se lo pidiera. Había llegado a las dos menos cuarto con Yuli, con una camisa blanca planchada que le apretaba en los hombros, el pelo mojado peinado hacia atrás y un regalo para Don José envuelto en papel de periódico: una espátula de apicultor nueva, de acero inoxidable, con el mango de madera, que había comprado en una tienda de Getafe preguntando tres veces si era la buena.

Había entrado en el salón. Había visto a su madre en la esquina del sofá.

Se había quedado quieto en la puerta, como el viernes. Con la espátula envuelta en papel de periódico en una mano.

Rosa había levantado la vista.

—Lean.

Leandro no dijo nada durante un rato largo. Yuli, detrás de él, le puso una mano en la espalda. No empujó. Solo la puso.

—Hola, vieja —dijo Leandro.

Eso fue todo. Dos palabras. Cruzó el salón, se agachó, le dio un beso en la frente a su madre, rápido, sin abrazarla, como quien deja una cosa en un sitio y se aparta. Y se fue a la cocina a ayudar a Samanda con la tortilla.

Rosa se quedó en la esquina del sofá con la mano en la frente, donde le había caído el beso.

Mía, en la alfombra, la miraba desde debajo del ala del sombrero.

—¿Te ha dolido? —preguntó.

—No, mi amor.

—¿Y por qué te tocas?

Rosa se miró la mano.

—Para que no se me vaya —dijo.

Y cuando, veinte minutos después, Pilar entró con la bolsa de la tienda de vinos de Serrano y doña Concha se la quitó en el recibidor, Leandro, que estaba en el pasillo con un bol de ensalada, dejó el bol en la consola, cogió la bolsa de manos de doña Concha sin decir nada y bajó los treinta y seis escalones con ella. Volvió a subir a los cinco minutos, sin la bolsa.

—¿Dónde la has dejado? —preguntó doña Concha.

—En el maletero de la furgoneta. —Leandro recogió el bol de ensalada—. Se la regalo al capataz el lunes. Es del Atleti. Se la merece.

Rosa lo había visto todo desde el sofá. La botella entrar. La botella salir. Su hijo bajando la escalera con ella.

Se bebió el vaso de agua de un trago.

Luego se levantó, fue a la cocina, lo llenó otra vez en el grifo y volvió a sentarse.

Nadie dijo nada. Pero todo el mundo lo vio.

* * *

Borja y Cayetana llegaron a las dos y media, porque Cayetana había tenido una mañana horrible.

Borja venía hablando por teléfono con un cliente al que le aseguraba que el baño estaría terminado el viernes. Cayetana venía con un vestido de rayas marineras, unas gafas de sol enormes y un ramo de flores para doña Concha que había comprado en la floristería del aparcamiento del Corte Inglés de Castellana y que todavía llevaba la etiqueta del precio.

Se sentaron. Vieron los platos de diario.

Cayetana miró el suyo. Luego miró el de Pilar, que era de la cenefa azul. Luego miró el de Samanda, que era de la cenefa azul con un desconchón casi invisible en el borde.

Fotografió los tres platos con el móvil.

—Para las *stories* —explicó, a nadie.

* * *

La comida fue la que doña Concha había decidido en abril, cuando todavía no había infarto ni elecciones ni Rosa: consomé, tortilla de patatas, merluza en salsa verde con almejas y, de postre, tarta.

Con una modificación.

El consomé de doña Concha llevaba jerez desde 1979. Un chorrito. Al final, en la sopera, justo antes de servir. Era el secreto, decía ella. Lo que lo distinguía del consomé de cualquier restaurante. Lo había llevado en todos los cumpleaños, en todas las Navidades, en todas las convalecencias. Lo llevó en la boda de Pilar y en el bautizo de Diego. El jerez de cocinar, el del armario de encima de la nevera, que el viernes había bajado Leandro a la furgoneta en una caja con otras cinco botellas.

Aquel sábado, por primera vez en cuarenta y siete años, el consomé de doña Concha llegó a la mesa sin jerez.

Pilar lo probó. Arrugó la nariz.

—Concha, hija, a este consomé le falta algo.

—No le falta nada —dijo doña Concha.

—Le falta el jerez. Lo sabré yo, que lo llevo comiendo cuarenta años.

—Lleva perejil —dijo doña Concha—. Y un hueso de jamón. Y una gallina entera. Y tres horas. Lo que no lleva es lo que no hace falta.

Rosa, sentada a la derecha de doña Concha, en el sitio de Pilar, con el vestido de flores azules de Yuli y las manos quietas sobre el mantel por el lorazepam, se llevó la cuchara a la boca. Despacio. Sorbió.

—Está buenísimo, señora —dijo.

—Concha —dijo doña Concha.

Rosa la miró.

—Me dijo usted ayer que la llamara Rosa —dijo doña Concha—. Pues yo soy Concha. Y no me llame señora en mi cumpleaños.

—Es el cumpleaños de su marido.

—Por eso. En el mío ya me llamarán señora otros.

* * *

Don José presidía desde la otra cabecera de la ele, con la chaqueta de lino que no se ponía desde la boda de un sobrino en 2015, una camisa azul que le había planchado Samanda y la medalla de oro del Colegio de Ingenieros de Caminos en la solapa, porque doña Concha había dicho que setenta y cinco años eran una obra pública y había que inaugurarla con medalla.

No comió casi nada. No por el corazón. Porque miraba.

Miraba la mesa. Las dos mesas unidas en ele, los dos manteles distintos. Miraba a su mujer, en la cabecera, entre una hermana ofendida y una desconocida de Rosario, sirviendo consomé sin jerez. Miraba a su hijo, al fondo de la ele, en un plato de cenefa azul con desconchón, partiéndole la merluza a Mía. Miraba a Samanda, a su lado, explicándole a Yuli una cosa sobre la tortilla. A Thiago, a su derecha, que le había pedido sentarse con él porque era el responsable de la colmena catorce y el abuelo el asistente técnico, y que comía con el nivel de burbuja junto al plato, por si acaso. A Leandro, que había hablado tres veces en toda la comida y las tres para pedir el pan. A Borja, que hablaba por teléfono. A Cayetana, que fotografiaba la merluza.

Pensó en el treinta de mayo. En el colmenar. En la presión en el pecho como un elefante sentado. En la voz de Thiago diciendo al teléfono, muy

despacio, *me duele el pecho y no me quedan aspirinas*, que era lo que él le había dicho al niño y el niño había repetido palabra por palabra.

Pensó que, si aquella tarde no hubiera estado Thiago en el colmenar, esa mesa sería otra. Habría un sitio vacío en la cabecera. Y nadie habría sabido dónde poner a Rosa.

Thiago le tiró de la manga.

—Abuelo. No comes.

—Estoy mirando, Thiago.

—¿El qué?

Don José lo pensó.

—La colmena —dijo.

Thiago miró la mesa. Las doce personas. Los dos manteles. El sombrero de fieltro gris de Mía, que se le había caído en la salsa verde.

—Hay mucho ruido —dijo, con criterio técnico—. Está fuerte.

* * *

En el postre, Borja colgó el teléfono.

Fue tan raro que todo el mundo lo miró.

—Perdonad —dijo Borja, guardándose el móvil en el bolsillo de la americana—. Era un cliente. Un cliente gordo. —Se sirvió un vaso de agua, porque no había otra cosa, y lo miró con desconfianza—. Oye, tío. ¿Tú sigues teniendo las colmenas en La Hiruela?

Don José levantó la vista de la tarta.

—Sigo.

—¿En la finca esa de la ladera? ¿La del arroyo?

—En esa.

—Pues ojo. —Borja bajó un poco la voz, con el tono de quien comparte una información privilegiada que en realidad está deseando compartir—. Que me ha llamado un fondo para presupuestar unas

reformas. Algo gordo. En la sierra. Por tu zona. Un hotel rural de esos de lujo, con cabañas y spa y no sé qué historias de ecoturismo. Están comprando terrenos. Me han pedido presupuesto para las cabañas.

Don José dejó el tenedor de postre en el plato.

—¿Qué fondo?

—Uno grande. De esos que salen ahora en las noticias. —Borja se encogió de hombros—. Hexágono, creo que se llama. ¿Te suena?

Hubo un silencio en la mesa. Un silencio de los que se hacen cuando se cae un vaso y todo el mundo espera a ver si se rompe.

Samanda dejó la cucharilla.

Diego dejó de partirle la tarta a Mía.

Doña Concha, en la otra cabecera, no se movió. Pero Rosa, que estaba a su derecha y llevaba veinticuatro horas aprendiendo a leerla, vio cómo se le ponían blancos los nudillos de la mano que tenía apoyada en el mantel.

Don José miró a Borja. Luego miró a su mujer, al otro extremo de la ele.

—Borja —dijo, muy despacio—. ¿Tú les vas a hacer las cabañas?

—Hombre, si me pagan...

—Borja.

—¿Qué?

Don José abrió la boca. La cerró. Se acordó del cardiólogo. *Nada de disgustos, Don José. Ni de sustos. Ni de telediarios.*

—Nada —dijo—. Que te sale merengue en la corbata.

Borja se miró la corbata. No tenía merengue.

Doña Concha, en la otra cabecera, se recolocó las gafas. Y Samanda, que la conocía desde hacía nueve meses y la quería desde hacía uno, supo, por la forma en que se las recolocó, que doña Concha acababa de abrir un expediente en su cabeza.

* * *

Fue Diego el que rompió el silencio.

No porque lo hubiera planeado así. Lo había planeado para después de la tarta, con todo el mundo tranquilo, con su padre con la medalla puesta y la tarde por delante. Pero el silencio de Hexágono se había quedado en la mesa como un olor, y Diego, que llevaba veinte años en hostelería y sabía que un silencio malo en una mesa se arregla siempre con otra cosa encima, se levantó.

Se levantó del todo. De pie. Al fondo de la ele.

Toda la mesa lo miró.

Diego se puso colorado. Luego se puso blanco. Luego miró a Samanda, que tenía la libreta cuadriculada en el regazo, debajo de la servilleta, y que le hizo un gesto pequeño con la cabeza.

—Papá —dijo.

Don José lo miró.

—Quería decirte una cosa. Por tu cumpleaños.

—Dime, hijo.

Diego se miró las manos. Las tenía apoyadas en el mantel, a los dos lados del plato de cenefa azul con desconchón.

—Las colmenas —dijo.

Don José no dijo nada.

—Tú no puedes levantar una caja en seis semanas. Lo ha dicho el doctor Íñiguez. Y luego, aunque puedas, no deberías. No todas. No dieciocho. Y menos en agosto, con el mielato, que pesan como muertos.

—Ya lo sé.

—Pues yo... —Diego tragó saliva—. Yo quiero hacerlo. Las colmenas. No solo este verano. Siempre. Quiero dejar el bar.

Hubo un murmullo en la mesa. Pilar dijo «¿El bar?» en voz alta. Cayetana dejó de fotografiar la tarta. Borja se sacó el móvil del bolsillo por reflejo y lo volvió a guardar.

Diego no les hizo caso. Siguió mirando a su padre.

—Me las sé todas, papá. Por los audios. Los once. Me los he escuchado cuarenta veces. Me sé dónde está cada una, cuál pica, cuál enjambra, cuál tiene la reina vieja. Me sé lo que pone en tu libreta negra sin haberla leído nunca, porque tú me la leíste. —Hizo una pausa—. Y quiero hacerlas más. Partir las fuertes en primavera. Coger enjambres. Criar reinas, como tú. Hasta que haya muchas. Cien. Doscientas. Y vender la miel. El brezo en primavera y el mielato en otoño. Con etiqueta. Con nuestro nombre.

Don José seguía sin decir nada.

Diego se dio cuenta de que le temblaba la voz. Respiró.

—No te las quiero quitar, papá —dijo—. Te las quiero llevar.

* * *

El silencio duró mucho.

Don José estaba sentado en la cabecera, con la chaqueta de lino y la medalla de oro en la solapa, mirando a su hijo de pie al fondo de la mesa. No se le veía en la cara lo que pensaba. Doña Concha, que llevaba cuarenta y siete años leyéndole la cara, tampoco lo sabía.

Thiago, a su lado, le tiró de la manga.

—Abuelo. Te ha hecho una pregunta.

—No me ha hecho una pregunta, Thiago.

—Sí te la ha hecho. Con los ojos.

Don José miró a Thiago. Luego volvió a mirar a Diego.

—¿Tú sabes lo que son doscientas colmenas, hijo?

—Más o menos.

—No. No lo sabes. —Don José se apoyó en la mesa—. Doscientas colmenas no son dieciocho multiplicadas por once. Es otro oficio. A partir de ciento cincuenta, para la Consejería eres un apicultor profesional, con todo lo que eso trae: registro de explotación, libro de tratamientos, guía sanitaria para cada movimiento. Necesitas una furgoneta. Una nave. Una sala de extracción con registro sanitario, con azulejos hasta el techo y desagüe en el suelo, que no es la cocina de tu madre. Necesitas tratar la varroa en doscientas cajas el mismo mes, porque si dejas una, te reinfecta las demás. Necesitas alzas, cuadros, cera, alimentador para el invierno si el año viene malo. Y necesitas la espalda de un buey, porque un alza llena de mielato pesa veinticinco kilos, y en agosto, con doscientas colmenas, levantas alzas de veinticinco kilos ocho horas al día a cuarenta grados con el traje puesto.

Diego tragó saliva.

—Y los papeles —siguió Don José—. Facturas. Etiquetado. Lotes. Trazabilidad. Inspecciones. Todo escrito.

—Los papeles los hago yo —dijo Samanda, desde su sitio, sin levantarse.

Toda la mesa se volvió hacia ella.

—De vez en cuando —añadió—. Los domingos.

Don José la miró. Volvió a mirar a Diego.

—¿Y la espalda de buey?

Y fue entonces cuando Leandro, que había hablado tres veces en toda la comida y las tres para pedir el pan, dejó la cucharilla de la tarta en el plato.

—La espalda la pongo yo —dijo.

* * *

Ahora todo el mundo miró a Leandro.

Leandro se puso colorado hasta las orejas. Yuli, a su lado, se tapó la boca con las dos manos. Rosa, en la cabecera, a la derecha de doña Concha, se quedó inmóvil con el vaso de agua a medio camino de la boca.

—Llevo quince años en la obra, Don José —dijo Leandro, con la voz ronca de no usarla—. Encofrando. Levantando tableros. Hierro. Sacos de cemento. Tengo la espalda hecha a cargar cosas que pesan más de veinticinco kilos a cuarenta grados. Y estoy harto. Harto de construir pisos en Valdebebas que nunca voy a poder pagar. Harto de que cada vez que acabo un edificio lo compre un fondo. —Se pasó la mano por el pelo mojado—. Yo no sé nada de abejas. Pero aprendo. Y no me dan miedo. Bueno, un poco. Pero aprendo.

—A medias —dijo Diego, desde el fondo de la ele.

Leandro se volvió hacia él.

—A medias —dijo.

Se miraron por encima de la mesa, de la tarta, de los dos manteles. El camarero de Chamberí que no sabía leer y el encofrador de Rosario que no sabía de abejas. Los dos con la misma cara de haber dicho algo que no se podía desdecir.

Rosa dejó el vaso de agua en la mesa.

—Lean —dijo, muy bajo.

Leandro la miró.

Rosa no dijo nada más. No hacía falta. Leandro bajó la vista.

* * *

Don José se levantó.

Doña Concha hizo un gesto para levantarse también, por instinto, por el corazón, por los stents. Don José levantó una mano, sin mirarla. *Déjame.* Ella se quedó sentada.

Don José salió del comedor. Despacio. Con la mano en la pared del pasillo, como le había enseñado la fisioterapeuta. Se le oyó entrar en el despacho, donde Rosa había dormido la noche anterior y donde la manta de cuadros estaba todavía doblada encima del sofá cama. Se le oyó abrir un cajón. Cerrarlo.

Volvió al comedor con un cuaderno en la mano.

Era la libreta negra. La de veinte años. La de tapas de hule negro gastadas en las esquinas hasta dejar ver el cartón, con una goma elástica que había sido roja y ahora era rosa, con las hojas abombadas de humedad y de propóleo y de los dedos pringados de miel de un hombre que llevaba dos décadas anotando cada revisión, cada enjambre, cada reina, cada muerte, con su letra de ingeniero, pequeña y apretada, en columnas.

La que Diego no podía leer.

Don José cruzó el comedor por detrás de las sillas. Pasó detrás de Pilar, detrás de Borja, detrás de Cayetana. Llegó al fondo de la ele, donde estaba su hijo de pie.

Le dio la libreta negra.

Diego la cogió con las dos manos. La miró. No la abrió.

—Papá, yo no puedo leer esto.

—Ya lo sé —dijo Don José—. Yo te la leo.

Diego levantó la vista.

—Todos los domingos —siguió Don José—. Después del cocido. Una colmena cada domingo. Te leo lo que pone y tú te lo aprendes, que para eso tienes memoria excepcional, con ese. —Hizo una pausa—. Y cuando acabe con las dieciocho, empezamos con las tuyas. Las que vayas haciendo. Y esas me las dictas tú a mí, y yo las apunto. Hasta que tengas doscientas. O hasta que me muera. Lo que llegue antes.

—Papá.

—Y la catorce no se toca. La catorce es de Thiago.

Thiago, en la cabecera, levantó el nivel de burbuja por encima de la cabeza, como un trofeo.

Diego tenía la libreta negra apretada contra el pecho. No podía hablar. Samanda, a su lado, le puso una mano en la espalda. Como Yuli a Leandro en la puerta del salón. Sin empujar. Solo la puso.

* * *

Fue entonces cuando doña Concha se levantó.

Con la rodilla. Apoyándose en el respaldo de la silla. Con el broche de la abeja en el vestido gris de los cumpleaños.

Cogió su vaso. Era de agua. Todos eran de agua. Lo levantó.

La mesa se calló.

—Voy a hacer un brindis —dijo doña Concha—. Con agua, porque en esta casa hoy se brinda con agua, y el que quiera quejarse que se queje a la salida. Pilar.

—Si no he dicho nada.

—Lo ibas a decir.

Pilar cerró la boca.

Doña Concha miró a su marido, al otro lado de la ele. Don José había vuelto a su sitio, en la cabecera, con la medalla de oro en la solapa y la mano de Thiago agarrada a la manga.

—El treinta de mayo —dijo doña Concha— mi marido se murió un poco en un colmenar de La Hiruela. Los médicos dicen que no, que fue un infarto agudo de miocardio con elevación del segmento no sé qué, y que llegó a tiempo, y que los stents están perfectos, y que va como un reloj. Pero yo estaba en la sala de espera de La Paz a las once de la noche, y sé que se murió un poco. Lo sé yo.

Nadie dijo nada.

—Esa noche entré a verle diez minutos a la unidad coronaria. Estaba sedado. Una enfermera me dijo que podía hablarle, que a veces ayudaba. Y le dije una cosa al oído. —Doña Concha hizo una pausa—. Una cosa que no le había dicho en cuarenta y siete años de matrimonio. Porque no sé decirla. Porque no me sale. Porque en mi casa, cuando yo era niña, no se decía, y una se acostumbra a no decir lo que no se dice en su casa.

Samanda, al fondo de la mesa, se llevó una mano a la boca.

—La enfermera me contó después, el día del cumpleaños de Mía, que cuando se la dije, en la pantalla, el corazón de mi marido pasó de sesenta y ocho pulsaciones a setenta y una. Durante un segundo. —Doña Concha miró a Don José—. Él no lo sabe. No se lo he contado. Hasta hoy.

Don José la miraba desde la otra cabecera. No se movía.

—Así que hoy —dijo doña Concha—, que cumple setenta y cinco años, y que está despierto, y que no está sedado, y que me oye, y que no hay ninguna máquina que me diga si le llega o no le llega, se lo voy a decir otra vez. Delante de todos. Porque si una cosa solo se dice cuando el otro no la puede oír, no se ha dicho. Se ha escondido.

Levantó un poco más el vaso de agua.

—Te quiero, José.

* * *

Don José no dijo nada.

No porque no quisiera. Porque no podía. Se le había quedado la boca abierta, y los ojos, detrás de las gafas, se le llenaron de agua de golpe, como se llena un alza de miel en una buena primavera de brezo, sin avisar, de un día para otro.

Thiago, a su lado, le miraba con atención técnica.

Luego, sin que nadie se lo pidiera, el niño cogió la muñeca izquierda de su abuelo, la que no tenía el reloj. Le puso dos dedos en el interior, donde

le había enseñado Samanda en la terraza, en junio, después del infarto, cuando él le preguntó cómo se sabía si un corazón funcionaba. Miró el reloj de pared del comedor, el de la caja de nogal que había sido del padre de doña Concha. Movió los labios, contando.

Toda la mesa esperó.

Thiago contó quince segundos, como le había enseñado Samanda.

—Veintidós —anunció.

—Por cuatro —dijo Samanda desde el fondo de la mesa, con la voz rara.

Thiago movió los labios. Contó con los dedos. Tardó un poco.

—Ochenta y ocho.

Hubo un silencio.

—Está alto —dijo Thiago, preocupado—. Mamá, ¿ochenta y ocho está alto?

Samanda se secó los ojos con la servilleta.

—Un poco, mi amor —dijo—. Pero es bueno.

—¿Por qué es bueno?

Samanda miró a doña Concha, de pie en la cabecera con el vaso de agua levantado. Miró a Don José, en la otra cabecera, con la boca abierta y las gafas empañadas.

—Porque le ha llegado —dijo.

* * *

Don José se levantó.

Doña Concha no hizo gesto de levantarse con él esta vez. Ya estaba de pie.

Don José cogió su vaso de agua. Lo levantó, hacia el otro extremo de la ele, hacia su mujer, por encima de doce personas, dos manteles, una tarta, un sombrero de fieltro gris manchado de salsa verde y una libreta negra.

Abrió la boca para decir algo.

No le salió nada.

Así que dijo lo único que le salió, que fue lo que se dicen los ingenieros de caminos cuando terminan de calcular un puente y la cuenta cuadra.

—Ochenta y ocho, Concha.

Y doña Concha, en la otra cabecera, se rió.

Se rió como se había reído en la terraza la semana de la reina nueva: de golpe, con todo el cuerpo, sin taparse la boca. Y bebió el agua. Y se sentó. Y se puso a cortar la tarta otra vez, que no hacía falta, porque ya estaba cortada.

Pilar, a su izquierda, se secaba los ojos con la servilleta de hilo.

—Ay, Concha —dijo—. Si es que nunca dices nada, y luego lo dices todo de golpe.

—Para eso están los cumpleaños —dijo doña Concha—. Pásame el plato de Cayetana, que no ha comido tarta y se le va a quedar la foto sin postre.

* * *

Se fueron todos a las siete.

Pilar la última, quejándose del taxi, del calor, de la escalera, del consomé sin jerez y de que Concha estaba muy rara, y dándole a doña Concha dos besos que esta vez sí la tocaron. Borja y Cayetana antes, Borja hablando por teléfono, Cayetana con trescientas fotos de una comida en la que no había comido. Leandro y Yuli a las seis y media, Leandro con la espátula de apicultor que le había regalado a Don José, porque Don José se la había devuelto en la puerta: *Tú la vas a usar más que yo. Y es la buena*.

Rosa se quedó. Iba a quedarse unos días en el despacho, hasta que la doctora Ochoa la viera otra vez el martes. Después ya se vería. Leandro había dicho en la puerta, sin mirarla, que Yuli y él llevaban meses buscando

algo en Aluche para salir de la habitación del piso compartido. Algo con dos cuartos. Que si salía, el pequeño podía ser para ella. Que no prometía nada.

Rosa no había contestado. Se había quedado mirando a su hijo bajar la escalera con Yuli de la mano.

* * *

Por la noche, a las once y media, en el dormitorio del fondo del pasillo, Don José se sentó en el borde de la cama con el cuaderno amarillo sobre las rodillas.

Doña Concha estaba ya acostada, de su lado, con las gafas de leer puestas y un libro abierto que no estaba leyendo.

—Concha.

—Dime.

—Lo de la UCI.

—¿Qué?

—¿Fue eso? ¿Lo que me dijiste al oído?

Doña Concha pasó una página del libro que no estaba leyendo.

—Fue eso.

Don José asintió despacio. Abrió el cuaderno amarillo por la última página escrita. Sacó del bolsillo del pijama la nota de la mañana, la de *FELIZ CUMPLEAÑOS. ESTOY EN LA PAZ CON ROSA. NO ES NADA TUYO*, doblada por la mitad, y la pegó en la página con un trozo de celo que llevaba en el otro bolsillo, porque un hombre de setenta y cinco años lleva celo en el pijama cuando sabe que va a necesitarlo.

Debajo escribió, con su letra pequeña y apretada de ingeniero:

20 de junio. Setenta y cinco años.

Diego me ha pedido las colmenas. Le he dado la libreta negra. Se la voy a leer los domingos. Va a medias con Leandro. Samanda los papeles. Thiago la catorce.

Borja dice que Hexágono está comprando terrenos en La Hiruela. Para un hotel de lujo. Concha ha abierto expediente. Lo he visto en las gafas.

Rosa no ha bebido.

Concha me lo ha dicho despierto.

88.

Cerró el cuaderno. Lo dejó en la mesilla, encima de la libreta de las pastillas. Se quitó las gafas. Apagó la luz de su lado.

Al cabo de un rato, en la oscuridad, doña Concha cerró el libro que no estaba leyendo. Lo dejó en su mesilla. Apagó su luz.

Y luego, sin decir nada, alargó la mano por debajo de la sábana hasta encontrar la de su marido, como en Nochebuena por debajo del mantel, como en 1979 en los Jerónimos, y se la dejó allí, sin apretar.

Mañana había elecciones.

Pero eso era mañana.

Capítulo 33

Domingo de urnas

Diego se levantó a las seis de la mañana del domingo veintiuno de junio, sin despertador, y fue a la cocina descalzo con un sobre blanco en la mano.

No era un sobre cualquiera. Era el sobre oficial de votación, el de las elecciones generales, de papel blanco satinado, con el escudo impreso en una esquina, que había llegado a casa en mayo dentro de la propaganda de todos los partidos y que Samanda había guardado en el cajón de los cubiertos, debajo de la bandeja de las cucharillas, para que no lo cogieran los niños.

Encendió la luz de la cocina. Se sentó en la silla de formica de la muesca. Puso el sobre encima de la mesa.

Luego sacó del bolsillo del pijama una papeleta doblada en cuatro.

La había elegido la noche anterior, a la una, cuando todos dormían, a la luz del flexo del despacho, después de que Rosa se quedara dormida en el sofá cama con la manta de cuadros, roncando muy bajito. Había sacado de la caja de zapatos donde Samanda las había guardado todas las papeletas que le había leído durante tres semanas, despacio, con el dedo debajo de cada palabra, sentados en la cama, en la cocina, en el banco del paseo de Eduardo Dato mientras Thiago y Mía daban de comer a las palomas. Las había extendido sobre la alfombra del despacho, junto a los pies de Rosa. Había mirado los logotipos, los colores, la forma de las letras. No los nombres: los nombres le bailaban. La forma. Diego no sabía leer bien, pero sabía reconocer cualquier cosa que hubiera visto dos veces, como reconocía a un cliente habitual por la manera de abrir la puerta del bar.

Y había elegido una.

No se lo había dicho a nadie. Ni a Samanda.

Ahora, a las seis y cinco de la mañana, en la cocina, desdobló la papeleta. La miró una vez más. La forma de las letras. El color. Dijo para sí, moviendo los labios, el nombre del partido, que se sabía de memoria porque Samanda se lo había leído once veces.

La dobló otra vez. La metió en el sobre blanco.

Cerró el sobre.

Se quedó un rato mirándolo, encima de la mesa de formica, al lado del azucarero.

Era la segunda vez en su vida que metía una papeleta en un sobre. La primera había sido en 2011, a los veintitrés años, en un colegio de Chamberí, con su padre al lado y una cola de veinte personas detrás, con las letras moviéndose por la mesa de las papeletas como hormigas, con las manos sudando, cogiendo la primera que le pareció que tenía los colores que su padre le había dicho. Y luego, a la salida, su padre le había preguntado *¿Has votado a los que te dije?*, y Diego había dicho que sí, y su padre había visto en sus ojos que no sabía a quién había votado, y no le había dicho nada, y Diego no había vuelto a votar nunca.

Quince años.

Esta vez sabía a quién votaba.

Lo había elegido él.

* * *

Samanda lo encontró a las siete menos cuarto, todavía sentado en la cocina, con el sobre cerrado delante y el café de la cafetera italiana frío en la taza.

Lo vio desde la puerta. Vio el sobre.

—¿Ya lo tenés?

—Ya.

—¿Y a quién...?

Diego levantó la vista.

Samanda se calló. Se mordió el labio.

—Perdón —dijo—. No se pregunta.

—No se pregunta —dijo Diego. Y sonrió, por primera vez en la mañana—. Me lo ha dicho mi madre. En el taxi. A tu madre.

* * *

Había una cosa que Samanda sabía y Diego no.

La había encontrado tres semanas antes, una noche en que no podía dormir, en el móvil, en la página del Ministerio del Interior, buscando otra cosa. La había leído cuatro veces. Se la había copiado en la libreta cuadriculada, en una página nueva, con su letra redonda de nota de nevera.

Esperó a que Diego se terminara el café. Luego abrió la libreta por esa página y la puso sobre la mesa de formica, junto al sobre.

—Diego. Escuchame. Hay una ley.

—¿Qué ley?

—La ley electoral. La de verdad. La que dice cómo se vota. —Samanda puso el dedo debajo de las palabras, como siempre—. Hay un artículo que dice que los que no saben leer, o los que tienen alguna dificultad, pueden entrar a votar con una persona de su confianza. Que les ayude a elegir la papeleta y a meterla en el sobre. Es legal. Es un derecho. —Levantó la vista—. Yo puedo entrar con vos. Aunque no pueda votar. Puedo acompañarte hasta la mesa.

Diego miró la página de la libreta. Las letras se le movían, como siempre. Pero el dedo de Samanda estaba debajo.

Se quedó un rato callado.

Luego cogió el sobre blanco cerrado de encima de la mesa. Se lo enseñó.

—Ya está dentro, Sami.

—Ya lo sé.

—Lo he metido yo. Solo. A las seis. —Diego se encogió de hombros—. No necesito ayuda para elegir. Ya he elegido. Me lo has leído tú todo, tres semanas. Ahora solo tengo que llevarlo.

Samanda cerró la libreta despacio.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Y si te pones nervioso? ¿Y si hay cola?

—Si hay cola, espero. —Diego se levantó y metió el sobre en el bolsillo interior de la americana que pensaba ponerse, la de la boda de su primo, que colgaba del respaldo de la otra silla desde la noche anterior—. Llevo veinte años esperando colas en la barra. Una cola no me da miedo. Lo que me daba miedo eran las letras. Y las letras ya están dentro del sobre.

Samanda se le quedó mirando.

—Pero venís conmigo —dijo Diego—. Hasta la puerta. Eso sí.

—Hasta la puerta —dijo Samanda.

* * *

El colegio electoral de la familia Velasco Arroyo era, desde 1979, el mismo: un instituto público de la calle Santa Engracia, de ladrillo rojo y ventanas altas, con un patio de recreo con dos canastas de baloncesto sin red y un pino que nadie sabía quién había plantado. Allí había votado Don José en todas las elecciones de su vida desde que se casó y se mudó al barrio. Allí había votado doña Concha. Allí había ido Diego en 2011 con las manos sudando.

Fueron andando todos juntos a las diez de la mañana, que era la hora a la que había votado siempre Don José, porque decía que a las diez ya estaban las mesas constituidas y todavía no habían llegado los que votaban después de misa.

Don José iba delante, despacio, con la chaqueta de lino del cumpleaños, la medalla guardada en el bolsillo por si acaso y el DNI en la mano desde el portal, como si fueran a pedírselo en la esquina. Doña Concha a su lado, con el vestido gris y el broche de la abeja de plata, sin cogerle del brazo porque él no quería que se notara que necesitaba que le cogieran del brazo, pero a veinte centímetros, por si acaso.

Detrás, Diego con la americana de la boda de su primo y el sobre en el bolsillo interior, tocándoselo cada pocos pasos, como quien comprueba que lleva las llaves. Samanda a su lado.

Detrás, Thiago con el nivel de burbuja asomando del bolsillo y Mía con el sombrero de fieltro gris, que se había vuelto a poner porque era un día importante.

Y al final, despacio, Rosa.

Rosa iba con el vestido de flores azules de Yuli otra vez, porque no tenía otro, y unas sandalias de doña Concha que le quedaban grandes, y una rebeca de punto también de doña Concha aunque hacía veintiocho grados a las diez de la mañana, porque con el lorazepam y la abstinencia se le iba y se le venía el frío como una marea. No había querido quedarse en casa. Había dicho, en la cocina, mientras Samanda le daba la pastilla de la mañana, una cosa que nadie esperaba.

Quiero ver cómo votan acá.

Samanda la había mirado.

Mi vieja me llevaba a votar. Desde el ochenta y tres. Me dejaba en la puerta del colegio, con la foto del tío Osvaldo colgada del cuello, mientras ella entraba. Yo la esperaba sentada en el bordillo. Siempre. Todas las elecciones. Y luego yo nunca voté. Ni una vez. Nunca supe para qué. Rosa se había tomado la pastilla con el agua. *Quiero esperar en una puerta otra vez. A ver si ahora entiendo para qué.*

* * *

En la puerta del instituto había cola.

No mucha. Una cola de domingo electoral de barrio, de las que se forman a las diez de la mañana en Chamberí: matrimonios mayores con ropa de domingo, jóvenes con cara de no haber dormido, una señora con un perro salchicha en brazos que el perro tampoco podía entrar, un hombre con un cochecito de gemelos, dos monjas de las Siervas de María que votaban siempre juntas y siempre a las diez, como Don José, y que le saludaron con la cabeza como se saluda a un compañero de trinchera.

Delante de la verja del patio, Diego se paró.

Samanda se paró con él.

—Hasta aquí —dijo Diego.

—Hasta aquí.

Samanda se quedó en la acera. No podía pasar. Bueno: podía pasar, nadie se lo iba a impedir, cualquiera podía entrar al patio de un colegio electoral. Pero no quería. Lo había decidido en la cocina. Hasta la puerta. No más. Porque al otro lado de aquella verja estaba lo que ella no tenía todavía, y no quería entrar a mirarlo como se mira un escaparate.

Rosa llegó a su lado, despacio, con las sandalias grandes.

Las dos mujeres se quedaron en la acera, junto a la verja, mientras la familia entraba en el patio.

Mía se volvió en la puerta del patio.

—¿Mamá no viene?

—Mamá no puede votar todavía, mi amor —dijo Samanda.

—¿Por qué?

—Porque todavía no soy de aquí.

Mía la miró desde debajo del ala del sombrero, con la seriedad absoluta de los cuatro años.

—Sí eres de aquí —dijo—. Vives en casa de Concha.

Y se dio la vuelta y entró en el patio detrás de Thiago, sin esperar a ver qué le contestaba su madre.

* * *

Dentro, en el gimnasio del instituto, había seis mesas electorales en fila, con sus urnas de metacrilato transparente, sus cabinas de cortina azul en un rincón, sus mesas de papeletas con montones ordenados de todos los partidos, y sus presidentes y vocales sentados detrás, con cara de llevar allí desde las ocho y de saber que se iban a quedar hasta las doce de la noche contando votos.

La mesa de Don José era la tercera. La B. Lo sabía de memoria desde 1979. La presidía aquel año una chica de unos veinticinco años con el pelo rizado y un jersey de rayas, con la credencial de presidenta colgada del cuello y una botella de agua de litro y medio al lado del censo. Los vocales eran un señor de unos cincuenta, con cara de inspector de Hacienda, y un chaval de unos veinte con el móvil escondido debajo del censo.

Don José votó primero.

Entregó el DNI. La presidenta lo buscó en el censo. El señor con cara de inspector de Hacienda dijo, en voz alta, con la voz monótona de quien lleva diciendo lo mismo desde las nueve:

—José Velasco Herrero.

Don José le dio el sobre a la presidenta. La presidenta lo metió en la urna. Por la ranura. Se oyó el roce del papel cayendo sobre los otros sobres.

—Vota —dijo el vocal.

Don José se quedó un segundo de más delante de la urna. Mirando el sobre a través del metacrilato, como quien mira un ladrillo que acaba de poner en una pared que lleva cuarenta y siete años construyendo.

Doña Concha votó después. Nadie vio de dónde había sacado el sobre. Nadie vio nunca de dónde sacaba doña Concha el sobre, ni en aquellas elecciones ni en ninguna. Lo entregó, lo metieron en la urna, el vocal dijo «Concepción Arroyo Sanz, vota», y doña Concha recogió el DNI y se lo guardó en el bolso con la misma cara con la que firmaba un acta de recepción de obra.

Thiago, de pie al lado de la mesa, miraba la urna con atención técnica.

—¿Puedo meter el mío? —preguntó.

La presidenta lo miró.

—¿El tuyo?

Thiago sacó del bolsillo una papeleta imaginaria. La sujetó entre dos dedos, en el aire, como le había enseñado su abuelo el día anterior. La dobló con cuidado, por la mitad y otra vez por la mitad. La metió en un sobre imaginario. Lo cerró.

La presidenta se quedó mirando el sobre que no existía.

Luego miró al niño. A la careta de apicultor colgada a la espalda. Al nivel de burbuja en el bolsillo. Miró a Don José, a doña Concha. Miró al vocal con cara de inspector de Hacienda, que se encogió de hombros. Miró al chaval del móvil, que había levantado la vista por primera vez en toda la mañana.

—A ver —dijo la presidenta—. Trae.

Thiago le dio el sobre imaginario. La presidenta lo cogió con dos dedos. Lo acercó a la ranura de la urna. Hizo como que lo metía.

—¿Nombre? —dijo el vocal con cara de inspector de Hacienda, sin cambiar de voz, sin sonreír, con la misma monotonía con la que llevaba diciendo nombres desde las nueve.

—Thiago Medina —dijo Thiago—. Responsable de la colmena catorce.

—Thiago Medina, responsable de la colmena catorce —repitió el vocal, en voz alta, para el acta—. Vota.

Mía aplaudió. El chaval del móvil se rió. Una de las monjas de la mesa de al lado se santiguó, no se supo por qué.

* * *

Y entonces le tocó a Diego.

Diego se acercó a la mesa. Había una señora delante, que tardó porque no encontraba el DNI en el bolso. Diego esperó. Se tocó el bolsillo interior de la americana. El sobre seguía ahí.

La señora encontró el DNI. Votó. Se fue.

Diego dio un paso adelante.

Sacó el DNI de la cartera. Se lo dio a la presidenta. Las manos no le temblaban, pero le sudaban, como en 2011. Se las secó en el pantalón.

La presidenta buscó en el censo. Pasó el dedo por las columnas. Tardó un poco. Diego vio cómo pasaba el dedo por los nombres, por las letras, de arriba abajo, y pensó que la presidenta estaba haciendo exactamente lo que hacía él con todo lo escrito: buscar con el dedo, despacio, hasta encontrar lo suyo.

Lo encontró. Hizo una marca.

—Diego Velasco Arroyo —dijo el vocal.

Diego sacó el sobre blanco del bolsillo interior de la americana. Lo había llevado allí desde las seis y media de la mañana, contra el pecho, y estaba un poco curvado, caliente, con la forma de su cuerpo.

Se lo dio a la presidenta.

La presidenta lo cogió. Lo acercó a la ranura de la urna.

Diego miró el sobre. Pensó en su padre gritando *¡Vigílala!* en el primer cocido. En su padre diciendo durante treinta años que todos eran iguales, que el Consorcio lo controlaba todo, que esto no tenía arreglo. En su

madre a los pies de la cama en mayo, diciéndole *Tu hijo no vota*. En Samanda a las dos menos cuarto de la madrugada, en la cocina, diciéndole *Vos podés votar, Diego. A mí me encantaría que me diera igual*. En la abuela de Samanda, a la que no había conocido nunca, con un pañuelo blanco en una plaza de Rosario. En un tío abuelo llamado Osvaldo que enseñaba a leer de noche a chicos pobres para que algún día pudieran leer una papeleta.

Él no sabía leer bien una papeleta. Pero había elegido una.

El sobre cayó en la urna. Hizo el mismo ruido que todos.

—Vota —dijo el vocal con cara de inspector de Hacienda.

Y Diego, que llevaba veinte años diciendo *gracias, que aproveche, vuelva usted pronto* a gente que no conocía, se quedó delante de la mesa sin saber qué decir. Así que dijo lo único que le salió.

—Gracias.

El vocal levantó la vista del censo por primera vez en toda la mañana.

—¿Gracias por qué?

Diego lo pensó.

—Por decir mi nombre bien —dijo.

* * *

Fuera, en la acera, junto a la verja, Samanda y Rosa esperaban.

No se habían dicho casi nada en los veinte minutos. Rosa se había sentado en el bordillo, porque las piernas no la sostenían mucho rato de pie, con la rebeca de doña Concha sobre los hombros y las sandalias grandes. Samanda se había quedado de pie a su lado, con la libreta cuadriculada en la mano.

Habían visto entrar a la gente. A los matrimonios mayores. A los jóvenes sin dormir. Al hombre de los gemelos. A la señora del perro

salchicha, que tuvo que dejar el perro atado a la verja, junto a ellas, y el perro se tumbó a los pies de Rosa y se quedó dormido.

—Así esperaba yo a mi vieja —dijo Rosa al fin—. Sentada en el bordillo. En la puerta de una escuela de Rosario. Con la foto del tío Osvaldo colgada del cuello. Ella entraba. Yo esperaba.

—Ya lo sé, mamá. Me lo contaste.

—Y nunca entendí para qué entraba. —Rosa le rascó la cabeza al perro salchicha—. Se lo pregunté una vez. A los quince años. Le dije: *Mamá, ¿para qué votás, si no te lo van a devolver?* Y me dio una cachetada. La única que me dio en la vida.

Samanda no dijo nada.

—Ahora creo que lo entiendo —dijo Rosa—. No votaba para que se lo devolvieran. Votaba para tener una puerta. Una puerta que fuera de ella. Que nadie le pudiera cerrar. Ni los de uniforme. Ni nadie. —Se quedó mirando la verja del instituto—. Yo nunca tuve una puerta así. Siempre vivía en la casa de otro. Con el que pagaba. Nunca tuve nada mío que nadie me pudiera quitar.

Samanda se agachó. Se sentó en el bordillo, al lado de su madre. Con la libreta en las rodillas.

—Yo tampoco tengo todavía esa puerta, mamá —dijo.

—Ya lo sé.

—Me la van a dar. Algún día. Llevo dos años esperando. Me dijeron que en el verano. O en otoño. No se sabe.

Rosa la miró.

—Cuando te la den —dijo—, avisame. Que vengo a esperarte al bordillo.

* * *

Diego salió el último. Con la americana de la boda de su primo desabrochada, la cartera en la mano y una cara que Samanda no le había visto nunca.

Cruzó el patio. Pasó la verja. Llegó a la acera.

Samanda se levantó del bordillo.

—¿Y?

Diego no dijo nada. Se quedó delante de ella. Luego levantó la mano derecha, con la palma hacia arriba, vacía. La mano en la que había llevado el sobre.

—Ya está —dijo.

Samanda se le echó encima. No con un abrazo de película: con uno de los suyos, de los de Rosario, rápido y fuerte, que casi le tira, y que le duró menos de lo que les habría gustado a los dos porque la señora del perro salchicha salió en ese momento a recoger al perro y tuvieron que apartarse.

Don José, en la verja, los miraba. Con el DNI todavía en la mano.

Doña Concha, a su lado, le quitó el DNI de la mano y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta de lino.

—Que lo vas a perder.

—Concha.

—Dime.

—Ha votado.

—Ya lo he visto.

—Sin que nadie le dijera a quién.

Doña Concha se ajustó las gafas.

—Eso es lo mejor que has hecho por tu hijo en treinta y ocho años, José —dijo—. No decirle a quién.

—Yo no he hecho nada.

—Por eso.

* * *

Al mediodía, Nerea llamó a doña Concha.

Doña Concha contestó en el salón, con las gafas en la punta de la nariz, con la tarjeta de visita de 2004 que le había dado a la chica todavía en la cabeza.

—¿Señora Concha? Soy Nerea. La de la bici. La del tobillo. La del trastero.

—Ya sé quién eres, hija. ¿Cómo va el tobillo?

—Hinchado. Pero bien. —Hubo una pausa—. Oiga. Que le llamo para decirle que he ido.

—¿A dónde?

—A votar. En Lavapiés. Con la muleta. Había cola y me han dejado pasar delante por la muleta. —Otra pausa—. No le voy a decir a quién.

—Ni se te ocurra.

—Pero no he votado en blanco.

Doña Concha no dijo nada durante un momento.

—Me alegro, Nerea —dijo al fin—. El martes te llamo por lo del casero. Que el lunes no se sabe quién gobierna.

—El martes tampoco se va a saber, señora.

Doña Concha se rió.

—Tienes razón. Te llamo igual.

* * *

Por la noche, a las ocho, doña Concha hizo una cosa que no había hecho desde septiembre.

Cogió el mando a distancia de la mesa baja del salón. Lo miró un momento. Se lo dio a su marido.

Don José se lo quedó mirando como si le hubieran dado una granada.

—¿Qué es esto?

—El mando.

—Ya sé que es el mando. ¿Para qué me lo das?

—Para que pongas el escrutinio. —Doña Concha se sentó en la butaca de leer—. Hoy puedes. Excepcionalmente. Por ser el cumpleaños de la democracia.

—Concha, la democracia cumplió años en diciembre.

—Pues por ser su santo. Ponlo antes de que me arrepienta.

Don José encendió la televisión.

* * *

La noche electoral fue larga y no se arregló nada.

Lo fue contando la presentadora de la chaqueta azul, la misma del avance del sábado, ahora con una pantalla gigante detrás llena de colores que subían y bajaban, de porcentajes, de mapas de España que se iban pintando provincia a provincia como un parchís.

Ganó el Partido Reformista Nacional. Pero poco. Muy poco. Treinta escaños por debajo de la mayoría absoluta. Alianza quedó segunda, a nueve escaños. El partido nuevo, el que había nacido en las redes sociales y crecía como la humedad, subió, pero menos de lo que decían las encuestas. Y los nacionalistas de siempre se quedaron, como siempre, con la llave.

Nadie podía gobernar solo. Nadie sabía con quién. Los analistas, en la mesa redonda, decían que iban a ser meses de negociación. Que podía haber repetición electoral. Que el escándalo de Hexágono había restado votos a los dos grandes por igual, porque a cada uno le había tocado un consejero.

Don José, en el sofá, con el mando en la mano, escuchaba con la mandíbula apretada.

—Lo de siempre —dijo—. No ha cambiado nada.

Thiago, sentado en el suelo, en la alfombra, con el cuaderno amarillo abierto en las rodillas, porque su abuelo le había dejado apuntar los resultados con su letra, levantó la vista.

—Abuelo.

—Dime.

—¿El que gane se muere?

Don José se volvió a mirarle.

—¿Qué?

—Lo dije yo. En mayo. Lo de los zánganos. Que dan vueltas en el aire esperando a la reina, y que el que la alcanza se muere. Y tú no me corregiste. —Thiago señaló la pantalla, donde el candidato del Partido Reformista Nacional salía al balcón de la sede de su partido con los brazos en alto, rodeado de banderas—. Ese ha ganado. ¿Se va a morir?

Hubo un silencio en el salón.

Doña Concha, en la butaca, se tapó la boca con la mano.

Don José miró la pantalla. Al candidato con los brazos en alto. Miró a su nieto, en la alfombra, con el cuaderno amarillo y el lápiz.

—No, Thiago —dijo al fin—. Eso es en las abejas. Los políticos duran más.

—¿Por qué?

Don José lo pensó.

—Porque en las colmenas, cuando un zángano no sirve, las obreras lo echan. Sin rabia. En otoño. Lo sacan a la piquera y ya está. —Hizo una pausa—. Y en España todavía no hemos aprendido a hacerlo sin rabia.

Thiago apuntó algo en el cuaderno amarillo. Despacio. Con la lengua fuera.

—¿Qué has puesto? —preguntó Don José.

Thiago le enseñó el cuaderno.

21 de junio. Ha ganado uno. Pero poco. No se muere.

Papá ha votado. Yo también. Imaginario.
Mamá no puede todavía.

* * *

A las once, cuando los niños ya dormían y Rosa se había ido al despacho con su manta de cuadros y su vaso de agua, Don José apagó la televisión.

Él solo. Sin que nadie se lo dijera.

Se quedó un rato con el mando en la mano, mirando la pantalla negra.

Doña Concha, en la butaca, había cerrado los ojos. No dormía. Don José sabía que no dormía porque tenía las gafas puestas.

—Concha.

—Dime.

—España no se ha curado.

—No.

—Mañana va a estar igual de enferma que ayer. Igual de partida. Con los mismos zánganos. Con el Consorcio comprando terrenos en mi sierra.

—Probablemente.

Don José dejó el mando en la mesa baja.

—Pero hoy ha votado Diego —dijo—. Y una chica de Albacete con una muleta. Y una señora de Guayaquil que esperó catorce años, ¿no me dijiste? Y Thiago, imaginario.

Doña Concha abrió los ojos.

—¿Y?

Don José se quitó las gafas. Las limpió con el pañuelo, despacio, como hacía cuando iba a decir algo que había estado calculando mucho rato.

—Pues que España no se ha curado, Concha —dijo—. Pero por lo menos hoy ha ido a la farmacia.

* * *

En la cocina, sola, a las once y media, Samanda abrió la libreta cuadriculada por la página de las tres columnas.

Miró la de CONCHA, llena. Miró la de DIEGO, con sus dos palabras y el nivel de burbuja dibujado debajo, con la burbuja en medio y la palabra NIBEL torcida.

Luego miró la suya. La primera. La de YO.

Cogió el bolígrafo mordido.

Debajo de *No mandarle plata a mamá sin decírselo a Diego*, de *No llorar delante de los nenes*, de *Pagar la mitad y siete*, escribió una línea nueva, con su letra redonda de nota de nevera:

La próxima, yo.

Cerró la libreta. Apagó la luz de la cocina.

Y en el despacho, al fondo del pasillo, Rosa, que no dormía, oyó los pasos de su hija por el pasillo, camino del dormitorio, y pensó que hacía treinta años que no se dormía oyendo los pasos de nadie de su familia en una casa con la puerta cerrada, y que esa puerta, aunque no fuera suya, esa noche nadie la iba a abrir sin llamar.

Capítulo 34

El informe

Don José Velasco Herrero leía el Boletín Oficial de la Comunidad de Madrid todas las mañanas desde que se jubiló.

No lo leía entero, porque eso no lo hace nadie, ni siquiera los que lo escriben. Lo leía en diagonal, en la tableta que le había regalado Diego por Reyes de 2019 y que solo usaba para eso, con las gafas de cerca y una taza de descafeinado, sentado en la silla de formica de la cocina a las siete y media, antes que nadie. Buscaba tres cosas: concesiones de obra pública, porque era ingeniero de caminos y le gustaba saber quién iba a hacer qué puente; cambios de normativa apícola, porque era apicultor; y anuncios de información pública de planeamiento urbanístico en los municipios de la Sierra Norte, porque era Don José, y porque llevaba cuarenta años convencido de que lo que pasaba de verdad en este país no salía en el telediario sino en la página treinta y siete de un boletín oficial, en letra de cuerpo ocho, un martes de agosto.

Doña Concha decía que aquello era su crucigrama.

Don José decía que era su radar.

El martes once de agosto, a las siete y cuarenta, el radar pitó.

AYUNTAMIENTO DE LA HIRUELA. Anuncio de información pública relativo a la aprobación inicial de la Modificación Puntual n.º 3 de las Normas Subsidiarias de Planeamiento Municipal, en el ámbito denominado «Ladera del Arroyo de la Hiruela», junto con su Documento Ambiental Estratégico. Plazo: cuarenta y cinco días hábiles.

Don José leyó el anuncio dos veces. Luego dejó la tableta sobre la mesa de formica, se quitó las gafas, las limpió con el pañuelo, se las volvió a poner y lo leyó una tercera vez.

Ladera del Arroyo.

Su colmenar estaba en la Ladera del Arroyo.

Se levantó. Fue por el pasillo hasta el dormitorio, sin la mano en la pared, porque hacía ya siete semanas del alta y la fisioterapeuta le había dicho que ya no hacía falta, aunque él la seguía poniendo por costumbre. Abrió la puerta.

Doña Concha dormía de su lado, con las gafas de leer todavía puestas y el libro que no estaba leyendo abierto sobre el pecho.

—Concha.

Doña Concha abrió un ojo.

—Son las ocho menos cuarto, José.

—Ya lo sé.

—Es agosto.

—Ya lo sé.

—Si es el boletín, me lo cuentas a las nueve.

Don José se sentó en el borde de la cama. Le tendió la tableta.

—Es el boletín —dijo—. Y es Borja.

Doña Concha abrió el otro ojo.

* * *

Lo de Borja había venido antes. En julio. Como avisan las tormentas de verano en la sierra: primero un trueno lejano que nadie toma en serio.

El trueno se llamaba Álvaro Sáinz de la Maza, tenía veintinueve años, un máster en una escuela de negocios de la Castellana y un chaleco acolchado azul marino sin mangas, de esos que se ponen los que trabajan en fondos de inversión para parecer que acaban de bajar de un velero,

aunque fuera el veintitrés de julio y en el colmenar de La Hiruela hubiera treinta y cuatro grados a la sombra de los robles.

Apareció a las once de la mañana, en un todoterreno blanco con matrícula de alquiler, por el camino de tierra que bajaba desde la carretera hasta la Ladera del Arroyo. Aparcó al lado de la furgoneta de Leandro. Se bajó con una carpeta de cuero en la mano, unas gafas de sol de las caras y unos náuticos de ante que no estaban hechos para un camino de tierra.

Diego y Leandro estaban en mitad del colmenar, con los trajes puestos, las caretas bajadas, el ahumador echando humo de hojas secas de roble, revisando la colmena doce, que había cogido mucha fuerza en julio y que, según los audios de Don José y la libreta negra, había que vigilar para el mielato.

Don José estaba sentado en una silla plegable de camping debajo del roble grande, el de siempre, con un sombrero de paja, una botella de agua y la libreta negra abierta sobre las rodillas. No podía levantar alzas hasta septiembre, por orden del doctor Íñiguez, y por orden de doña Concha, que era más estricta que el doctor Íñiguez, tampoco podía acercarse a menos de diez metros de una colmena abierta sin traje. Así que dirigía desde la silla. Como un capataz de obra con casco y sin pala.

—¿Don José Velasco? —dijo el joven del chaleco, acercándose a la silla con la mano tendida.

Don José miró la mano. No la cogió. Tenía la libreta negra en las dos manos.

—¿Quién lo pregunta?

—Álvaro Sáinz de la Maza. De Hexágono Rural. —El joven retiró la mano con naturalidad, como si no la hubiera tendido nunca, y sacó una tarjeta de visita de la carpeta—. Somos la división de turismo sostenible de Hexágono Capital Partners. Quizá le suene.

Don José no cogió la tarjeta tampoco.

—Me suena —dijo.

* * *

Álvaro Sáinz de la Maza habló durante doce minutos. Los contó Diego, desde el colmenar, a través de la careta, sin dejar de revisar la doce.

Habló de un proyecto. De un concepto. De una experiencia de alojamiento rural de alta gama, integrada en el entorno, respetuosa con el paisaje, con veinticuatro cabañas de madera suspendidas sobre la ladera, un edificio central con restaurante de kilómetro cero y spa con piscina climatizada, senderos interpretativos, observación de estrellas y, como valor diferencial —dijo valor diferencial dos veces—, una experiencia apícola inmersiva para los huéspedes.

—¿Una qué? —dijo Don José.

—Una experiencia apícola inmersiva. —Álvaro sonrió—. Los huéspedes podrán visitar un colmenar en funcionamiento, ponerse el traje, ver las abejas, catar la miel. Incluso hacer apiterapia. Está muy de moda en el norte de Europa. —Hizo un gesto amplio con la carpeta hacia el colmenar, hacia las diecinueve cajas pintadas de colores con los números torcidos—. Y aquí, como ve, ya tenemos el colmenar.

Don José se quedó un rato callado.

—Ustedes no tienen nada —dijo al fin—. Esto es mío.

—Por supuesto, por supuesto. —Álvaro abrió la carpeta de cuero—. Por eso estoy aquí. Hexágono Rural está interesado en adquirir la finca. A un precio muy por encima del mercado, se lo aseguro. Hablamos de una parcela rústica de dos hectáreas en ladera, sin edificar, con un acceso de tierra. A precio de mercado, en esta zona, no valdría ni cuarenta mil euros.

Sacó un papel de la carpeta. Se lo tendió.

—Le ofrecemos trescientos ochenta mil.

* * *

En el colmenar, Leandro dejó de mover el ahumador.

Diego se quedó con un cuadro de la doce en las manos, a medio sacar, lleno de abejas.

Trescientos ochenta mil euros.

Diego no sabía leer bien, pero sabía hacer cuentas mejor que nadie. Y la cuenta se le hizo sola en la cabeza, en un segundo, con los números en su sitio, quietos, sin bailar. Con trescientos ochenta mil euros, Samanda y él podían dar la entrada de un piso. No en Chamberí. En Usera, en Carabanchel, en Villaverde. Un piso de tres dormitorios, con un cuarto para Thiago y otro para Mía, con un baño y medio, con balcón. Un piso suyo. A nivel. Sin pagar a nadie. Sin depender de nadie. Sin Hexágono subiendo el alquiler un cuarenta y ocho por ciento.

Y todavía sobraba para comprarle otra finca a su padre en otro sitio. Una más barata. Más lejos. Y empezar.

Diego volvió a meter el cuadro en la colmena doce. Despacio. Con mucho cuidado de no aplastar ninguna abeja.

Leandro le miraba desde el otro lado de la caja, a través de la careta.

—Diego —dijo, muy bajo.

—Ya.

—Es mucha plata.

—Ya lo sé, Lean.

Debajo del roble, Don José tenía el papel de Hexágono Rural en la mano. No lo había cogido. Se lo había puesto Álvaro Sáinz de la Maza en la mano y él no lo había soltado, que no es lo mismo.

Lo estaba mirando como se mira una carta de un banco.

* * *

Diego cerró la colmena doce. Puso la tapa. Puso la piedra encima de la tapa, porque en la Ladera del Arroyo, en agosto, a veces pegaba un aire que levantaba las tapas.

Luego cruzó el colmenar, despacio, con el traje puesto, el ahumador en la mano y una nube de abejas siguiéndole, enfadadas por la revisión, zumbando alrededor de la careta. Llegó al roble grande. Se paró al lado de su padre.

Se levantó la careta.

Álvaro Sáinz de la Maza dio un paso atrás. Las abejas que seguían a Diego habían descubierto el chaleco acolchado azul marino y le estaban dando vueltas, con mucho interés, como dan vueltas las abejas a las cosas oscuras que se mueven cerca de su colmena.

—Perdone —dijo Diego—. ¿Usted cuánto ha dicho?

—Trescientos ochenta mil euros. —Álvaro dio otro paso atrás, manoteando—. Es una oferta muy generosa. Muy por encima del...

—Ya. Lo he oído. —Diego miró a su padre. Su padre seguía mirando el papel—. Papá.

Don José levantó la vista.

—Papá, esto ya no es solo tuyo —dijo Diego—. Me lo diste en tu cumpleaños. A medias con Leandro. Delante de todos.

Don José no dijo nada.

—Así que la mitad de la respuesta es mía. —Diego se volvió hacia el chaleco acolchado—. Y la mía es que no.

—Pero si todavía no ha oído las condiciones...

—No me hacen falta. —Diego se encogió de hombros—. Usted me ha dicho que quieren poner aquí una experiencia apícola inmersiva. Con nuestras abejas. Para que la gente de Madrid se ponga el traje y haga fotos. —Señaló el colmenar con el ahumador—. Esas abejas no son una experiencia. Son la colmena once, que enjambra todos los mayos. Y la

ocho, que ha cambiado de reina ella sola. Y la catorce, que es de mi hijo. Y la dieciocho, que la cogimos de un enjambre colgado de esa rama, ahí, el día que mi padre se estaba muriendo en La Paz. —Diego tragó saliva—. No están en venta. Ni las abejas ni la ladera. Ni por trescientos ochenta mil. Ni por un millón.

Una abeja se posó en el chaleco acolchado de Álvaro Sáinz de la Maza. Luego otra. Luego, sin que nadie pudiera hacer nada por evitarlo, la primera encontró la piel del cuello, por encima del chaleco, y le picó.

Álvaro soltó un grito y la carpeta de cuero.

* * *

Se fue a los cinco minutos, con un habón rojo en el cuello del tamaño de una moneda de dos euros, sin la carpeta, que Leandro le recogió del suelo y le devolvió por la ventanilla del todoterreno, y diciendo, mientras arrancaba, que Hexágono Rural tenía otras vías, que el proyecto iba a salir de todas maneras, que la finca iba a quedar dentro de un ámbito de planeamiento y que ya se verían.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó Leandro, viendo alejarse el todoterreno por el camino de tierra.

Don José, debajo del roble, había doblado el papel de la oferta en cuatro y se lo había guardado en el bolsillo de la camisa.

—Que van a cambiar las normas —dijo.

—¿Qué normas?

—Las del pueblo. Las que dicen dónde se puede construir y dónde no. —Don José se levantó de la silla de camping, despacio—. Esto es suelo rústico. Protegido, además, porque estamos dentro de la Reserva de la Biosfera. Aquí no se puede hacer nada. Ni una caseta. Para hacer veinticuatro cabañas y un spa tienen que cambiar las normas. Y para cambiarlas necesitan al ayuntamiento. Y a la Comunidad.

—¿Y lo pueden hacer?

Don José miró a su hijo. Miró a Leandro. Miró el colmenar, las diecinueve cajas de colores, los números torcidos.

—Llevo cuarenta años diciendo que pueden hacer lo que quieran —dijo—. Y nadie me ha creído nunca.

Diego se quitó el guante. Le puso la mano en el hombro a su padre.

—Yo te creo, papá —dijo—. Pero esta vez no les va a salir.

—¿Por qué estás tan seguro?

Diego lo pensó.

—Porque esta vez se lo vamos a contar a mamá —dijo.

* * *

Doña Concha leyó el anuncio del Boletín Oficial a las ocho menos diez de la mañana del once de agosto, en la cama, con las gafas de leer que no se había quitado en toda la noche.

Luego se levantó, se puso la bata, fue a la cocina, se hizo un café, que no era descafeinado, y a las nueve en punto, cuando abrieron las oficinas, llamó por teléfono al Ayuntamiento de La Hiruela.

La Hiruela tenía, según el último padrón, sesenta y ocho habitantes. Su ayuntamiento era un edificio de piedra de dos plantas en la plaza del pueblo, al lado de la iglesia, con una secretaria-interventora que compartía con otros dos municipios de la sierra y que iba los martes y los jueves, y un alcalde que se llamaba Fermín, tenía setenta y un años, había sido pastor y luego guarda forestal y llevaba veinte años de alcalde porque nadie más quería serlo.

Contestó Fermín. Era martes, pero la secretaria-interventora estaba de vacaciones.

—Buenos días. Soy Concepción Arroyo Sanz, arquitecta. —Doña Concha lo dijo sin pestañear, porque era verdad, aunque no ejerciera desde

2009—. Quisiera consultar el expediente de la Modificación Puntual número tres de las Normas Subsidiarias. La de la Ladera del Arroyo. Está en información pública desde hoy.

Fermín tardó en contestar.

—¿Usted es la mujer de Don José? ¿El de las abejas?

—La misma.

—Ya. —Otra pausa—. Mire, señora, que yo no... que esto no es cosa mía. Que vinieron los de Madrid con el proyecto ya hecho. Con todo hecho. Que nos dijeron que eran treinta puestos de trabajo. Treinta. En un pueblo de sesenta y ocho, señora. Que aquí no nace un niño desde 2011. Que la escuela se cerró en el noventa y ocho. Que el último bar lo cerraron en la pandemia. Y vinieron y nos dijeron treinta puestos de trabajo, y gente joven, y que iban a arreglar el camino, y la fuente, y el tejado de la iglesia...

—Fermín.

—Dígame.

—No le estoy acusando de nada. —Doña Concha bajó la voz—. Le estoy pidiendo el expediente. Que es público. Y que tengo derecho a ver.

Hubo un silencio largo en la línea.

—Venga el jueves —dijo Fermín—. Que está la secretaria. Y le hago fotocopias de todo. Que la fotocopiadora es mía, que la compré yo.

* * *

Doña Concha fue a La Hiruela el jueves trece de agosto en la furgoneta de Leandro, con Leandro conduciendo, Don José de copiloto y ella detrás, con el bolso en las rodillas, una carpeta de anillas vacía, dos bolígrafos, una regla de escalímetro de las de antes y el nivel de burbuja que le había pedido prestado a Thiago, por si acaso.

—¿Para qué quieres el nivel, abuela? —le había preguntado Thiago en la puerta.

—Para ver si las cosas están rectas.

—¿Los papeles?

—Sobre todo los papeles.

Volvió a las siete de la tarde con la carpeta de anillas llena. Cuatrocientos doce folios fotocopiados en la fotocopiadora de Fermín, que se había atascado dos veces y que Leandro había desatascado con un destornillador de la furgoneta. Una memoria descriptiva. Un documento ambiental estratégico. Un estudio de viabilidad económica. Planos. Anexos. Un estudio hidrológico. Un estudio de tráfico, para un pueblo al que llegaban cuatro coches al día.

Esa noche, doña Concha extendió los cuatrocientos doce folios sobre la mesa de formica de la cocina, porque era la mesa más grande de la casa después de la del comedor, y la del comedor tenía un mantel que no quería manchar.

Se puso las gafas de cerca. Cogió un lápiz.

Y empezó a leer.

* * *

Tardó diecinueve días.

Diecinueve días de agosto, con el calor de Madrid entrando por la ventana del patio de manzana, con el ventilador de pie de los años noventa girando despacio a su lado, con los cuatrocientos doce folios ocupando toda la mesa de formica y parte de la encimera, de modo que durante diecinueve días la familia comió en el comedor, con el mantel bueno, que doña Concha cubrió con un hule de cuadros comprado a propósito en la mercería de la calle Trafalgar.

Leía por la mañana, de ocho a dos. Por la tarde, de cinco a nueve. Con el lápiz. Subrayando. Escribiendo en los márgenes, con su letra inclinada, notas que nadie más que ella entendía. Con el escalímetro sobre los planos,

midiendo. Con la calculadora Casio de los años ochenta, la de las teclas grises gastadas, haciendo cuentas.

No hablaba de lo que leía. Ni en las comidas. Ni por las noches. Cuando Don José le preguntaba, decía «Todavía no».

Samanda le llevaba el café a las once y el mate a las seis, sin preguntar nada. Rosa, que llevaba ya siete semanas sin beber, que iba al centro de atención a las adicciones los martes y los viernes, que tenía la cara menos hinchada y las manos casi quietas y que dormía todavía en el sofá cama del despacho mientras Leandro y Yuli terminaban de pintar el piso de Aluche, se sentaba a veces en la otra silla de formica, la de la muesca, y la miraba trabajar en silencio, sin decir nada, como se mira a alguien que reza.

Un día, el octavo, Rosa le preguntó:

—¿Qué busca, Concha?

Doña Concha no levantó la vista de los folios.

—Errores.

—¿Y hay?

Doña Concha pasó una página. Subrayó una línea. Escribió algo en el margen.

—Hija —dijo—, un documento de cuatrocientas páginas hecho deprisa por gente que cobra por página y que cree que nadie se lo va a leer... siempre hay.

* * *

El día doce, doña Concha llamó a su marido a la cocina.

Don José llegó con las gafas en la mano. Doña Concha tenía delante el estudio hidrológico. Cuarenta y tres folios. Con una tabla subrayada en rojo.

—José. Tú eres ingeniero de caminos.

—Desde 1974.

—Hidráulica.

—Hidráulica, estructuras, carreteras. Lo que tocara.

Doña Concha le giró el folio de la tabla.

—Mírame esto.

Don José se puso las gafas. Se sentó en la silla de formica. Leyó la tabla. La leyó otra vez. Cogió la calculadora Casio de su mujer. Hizo una cuenta. Hizo otra.

Levantó la vista.

—Esto está mal.

—Ya lo sé que está mal. ¿Cuánto de mal?

Don José volvió a la tabla.

—Dicen que el complejo va a sacar el agua de un manantial de la ladera. El de la fuente vieja, el que está a doscientos metros del colmenar, por encima del arroyo. Y dan un caudal. —Puso el dedo debajo de una cifra—. Este. Que les da para ciento ochenta plazas, el restaurante, el riego de los jardines y una piscina climatizada.

—¿Y?

—Que el aforo lo hicieron en marzo. —Don José levantó la vista—. En marzo, Concha. Después de un invierno de nieves. Con el manantial a tope. Ese caudal en agosto no lo tiene ni en sueños. En agosto esa fuente echa un hilito. Lo sé porque llevo veinte años bebiendo de ella cuando subo a las colmenas. En agosto lleno la botella en tres minutos. En marzo, en diez segundos.

Doña Concha no dijo nada. Escribió algo en el margen.

—Y hay otra cosa —dijo Don José.

—¿Qué?

—Que en el cálculo de consumo ponen ciento veinte litros por plaza y día. —Don José hizo otra cuenta en la Casio—. Eso es lo que gasta un piso normal. No un hotel de lujo con spa. Un hotel de lujo con spa gasta el

doble. Como poco. —Dejó la calculadora—. Con ese manantial, en agosto, el spa de los ricos se quedaría sin agua a la segunda ducha.

Doña Concha subrayó la tabla otra vez. Con el lápiz. Con fuerza.

Luego levantó la vista y miró a su marido por encima de las gafas.

—Gracias, José.

—¿De qué?

—De ser ingeniero —dijo doña Concha—. Cuarenta y siete años casada contigo y es la primera vez que me sirve para algo.

Don José se rió. Se rió tanto que tuvo que quitarse las gafas.

* * *

El día diecinueve, doña Concha dejó el lápiz.

Eran las nueve y diez de la noche. La familia estaba cenando en el comedor, sobre el hule de cuadros, una tortilla de calabacín que había hecho Samanda y unas croquetas que no eran martes pero que Diego había pedido. Doña Concha entró en el comedor con una hoja en la mano. Una sola hoja. Escrita a mano, por las dos caras, con su letra inclinada.

Se sentó en su sitio. Dejó la hoja junto al plato.

—Ya está —dijo.

Todo el mundo dejó de comer.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Don José.

Doña Concha se puso las gafas. Cogió la hoja.

—Once cosas —dijo—. Os leo las cinco gordas. Las otras seis son de detalle, para los técnicos.

Mía, sentada en la trona que ya le quedaba pequeña, levantó la mano.

—¿Puedo contar con los dedos?

—Puedes —dijo doña Concha—. Pero solo tienes cinco en una mano. Usa las dos.

Mía levantó las dos manos con los dedos cerrados.

Doña Concha leyó.

* * *

—Primera. —Mía levantó un dedo—. El Documento Ambiental Estratégico, que es el papel más importante de todos, porque es el que dice si el proyecto hace daño o no al medio ambiente, menciona en la página ochenta y siete, en la página noventa y dos y en la página ciento cuatro, el «término municipal de Navacerrada». —Doña Concha levantó la vista—. Navacerrada está a ochenta kilómetros de La Hiruela. Al otro lado de la sierra. Es copia y pega. Han cogido el documento de otro proyecto que hicieron allí y le han cambiado el nombre del pueblo en la portada. Y se les han olvidado tres sitios dentro.

Don José soltó una carcajada. Se la tapó con la servilleta.

—Segunda. —Mía levantó otro dedo—. El mismo documento dice que el ámbito no está dentro de ningún espacio natural protegido. —Doña Concha hizo una pausa—. La Hiruela está dentro de la Reserva de la Biosfera de la Sierra del Rincón desde 2005. Lo pone en el cartel de la entrada del pueblo. Con letras así de grandes. Lo pone hasta en la servilleta del bar que cerraron en la pandemia. Y no lo menciona ni una vez en cuatrocientas doce páginas.

—Tercera —dijo Thiago, que no tenía dedos libres porque tenía el tenedor, pero contaba con la cabeza.

—Tercera. El agua. —Doña Concha miró a su marido—. Lo que ha calculado vuestro abuelo. El manantial no da en agosto ni la cuarta parte de lo que dicen. Y calculan el consumo de un piso, no de un hotel con spa. El complejo se quedaría sin agua en verano. Que es cuando vienen los clientes.

Mía levantó el tercer dedo con mucho esfuerzo, porque el meñique se le levantaba solo.

—Cuarta. Los planos. —Doña Concha cogió un plano doblado que había traído debajo de la hoja—. Las cabañas están dibujadas sobre una base topográfica de 1998. De antes de la riada de 2006. Y siete de las veinticuatro cabañas, las de más abajo, las que tienen «vistas al arroyo», están dibujadas justo encima de la vaguada por donde baja el agua cuando hay tormenta. —Dobló el plano otra vez—. Ese es el sitio donde vuestro abuelo pone las colmenas en otoño en alto, sobre bloques, porque cada tres o cuatro años se inunda. Ellos van a poner cabañas de lujo. Sobre pilotes de madera. Con huéspedes dentro.

Hubo un silencio en el comedor.

—Y quinta —dijo doña Concha.

Mía levantó el cuarto dedo. Ya no le quedaban más en esa mano que el pulgar.

—Quinta. —Doña Concha se quitó las gafas—. En la página doscientas tres, en el inventario de usos actuales del suelo, dice que en el ámbito no hay ninguna actividad agraria ni ganadera. Que es «matorral mediterráneo sin aprovechamiento». —Hizo una pausa—. En el ámbito hay dieciocho colmenas. Inscritas en el Registro de Explotaciones Ganaderas de la Comunidad de Madrid desde 2006, a nombre de José Velasco Herrero. Con su código. Con sus revisiones veterinarias. Con su libro de tratamientos. —Doña Concha se volvió a poner las gafas—. Y, por cierto, el mismo estudio de viabilidad económica, en la página trescientas uno, cuenta como uno de los «activos diferenciales» del proyecto una «experiencia apícola inmersiva» con un «colmenar existente en la parcela».

Don José dejó la servilleta.

—¿Cómo?

—Que en la página doscientas tres dicen que tus colmenas no existen. —Doña Concha se encogió de hombros—. Y en la trescientas uno las venden.

* * *

Don José se levantó de la mesa.

Fue a la cocina. Volvió con la libreta negra de veinte años, la que ahora era de Diego pero seguía en el cajón del despacho porque los domingos se la leía. La abrió por la primera página. Por la de 2006.

Se la puso a su mujer delante, al lado de la hoja con las once cosas.

3 de abril de 2006. Alta en el REGA. Código ES28... Diez colmenas. Ladera del Arroyo, La Hiruela.

Doña Concha la miró. Asintió despacio.

—Eso va de anexo —dijo.

—¿Y los otros anexos?

—Las fotos de las colmenas. El certificado del REGA. Una foto del cartel de la Reserva de la Biosfera de la entrada del pueblo. —Doña Concha cogió el lápiz otra vez—. Y el plano de la riada de 2006 de la Confederación Hidrográfica del Tajo, que lo tengo de cuando tú hiciste el puente de Montejo, que lo guardé yo, que yo lo guardo todo.

—¿Y la hoja de las once cosas?

—Esto es el borrador. —Doña Concha la levantó—. Ahora hay que hacer el informe. Con su índice, sus apartados, sus referencias, su firma. —Hizo una pausa—. Y su sello.

Samanda, al fondo de la mesa, dejó el tenedor.

—¿El sello del ARQUITECTO? ¿El de Usera?

—Ese —dijo doña Concha—. El único que tengo.

—Pero, Concha... ¿usted no tenía que darse de alta como ejerciente para firmar un informe así?

Doña Concha la miró por encima de las gafas.

—Para que un informe valga ante un juez, sí —dijo—. Para que valga ante la gente, no. —Se ajustó las gafas—. Esto no es un informe para un juez, hija. Es una alegación. La puede hacer cualquier ciudadano. Hasta Thiago. Lo que le da valor no es el colegio profesional. Es que tenga razón. Y que se lea.

* * *

El informe tenía cuarenta y tres páginas.

Lo pasó a ordenador Samanda, en el portátil viejo de Diego, dictado por doña Concha, en cinco tardes, en la mesa de formica, con el ventilador de pie dando vueltas. Samanda escribía rápido, sin mirar el teclado, como había aprendido en un curso de mecanografía en Rosario a los diecisiete años, y doña Concha dictaba despacio, con puntos y comas, con los apartados numerados, con las referencias a página y párrafo del expediente entre paréntesis.

Cuando terminaron, doña Concha lo leyó entero en voz alta, una vez, de pie, en la cocina, delante de Samanda, de Rosa y de Don José, que se sentó en la silla de la muesca.

Luego lo imprimieron en la papelería de Fuencarral. La del señor Casado, el del burofax, el de la chincheta azul del corcho de septiembre. Tres copias. El señor Casado no cobró las copias. Dijo que él también había recibido un burofax de Hexágono, en octubre del año anterior, y que se acordaba de doña Concha poniendo el corcho a nivel.

Doña Concha firmó las tres copias en la mesa de la papelería, con la pluma Montblanc de su padre, que solo sacaba para firmar cosas que importaban. Debajo de cada firma estampó el sello de caucho, el de la tienda de la calle del Pez de 1981, con las letras ya un poco gastadas:

CONCEPCIÓN ARROYO SANZ. ARQUITECTO.

Luego le tendió la pluma a su marido.

Don José se la quedó mirando.

—¿Yo?

—Tú eres el propietario de la finca. Y el titular de las colmenas. Y el ingeniero del cálculo del agua. —Doña Concha le puso la pluma en la mano—. Y además, José, en cuarenta y siete años de matrimonio nunca hemos firmado nada juntos. Más que la hipoteca.

Don José firmó. Debajo de la firma de su mujer. Con su letra pequeña y apretada de ingeniero. Al lado del sello de ARQUITECTO.

José Velasco Herrero. Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos.

—No tengo sello —dijo, mirando la firma.

—No te hace falta —dijo doña Concha—. Tienes abejas.

* * *

La alegación se presentó en el registro electrónico de la Comunidad de Madrid el siete de septiembre, a las nueve y cuatro de la mañana, por Samanda, desde el portátil de Diego, con el certificado digital de doña Concha, que había costado una mañana entera en una oficina de la Agencia Tributaria de la calle Guzmán el Bueno conseguir. Y otra copia en papel en el registro del Ayuntamiento de La Hiruela, entregada en mano a la secretaria-interventora por Fermín, el alcalde, que la recibió en la puerta del ayuntamiento, la leyó entera de pie en la plaza, delante de la iglesia, y al terminar dijo una sola cosa.

—Navacerrada. Nos han copiado de Navacerrada.

Y se fue al bar que no existía a tomarse un café que no había.

* * *

La tercera copia la tenía Paula.

Paula, la del sindicato de inquilinas, la de Usera, la que en invierno había convocado la manifestación de la calle Marcelo Usera y en junio había pasado el informe del BORME de los consejeros de Hexágono a una periodista de un diario digital. La misma periodista.

La periodista se llamaba Inés Carrasco, tenía treinta y cuatro años y llevaba desde junio con Hexágono metido entre ceja y ceja. Leyó el informe de doña Concha en una tarde, en un banco del Retiro, con un bocadillo en la mano. Al terminar llamó a Paula.

—¿Quién es esta mujer?

—Una arquitecta jubilada de Chamberí. Setenta y dos años. La suegra de una compañera nuestra.

—¿Y ha hecho esto sola?

—Con su marido. Que es ingeniero. Y apicultor.

Inés Carrasco se quedó un rato callada al otro lado del teléfono.

—Paula —dijo al fin—. Navacerrada. Han puesto Navacerrada.

—Ya.

—Tres veces.

—Ya.

—Esto no es una noticia, Paula. —Inés se rió—. Esto es un regalo.

* * *

La noticia salió el jueves diez de septiembre en el diario digital, a las siete de la mañana, con el titular *El proyecto de lujo de Hexágono en la Sierra del Rincón copia su informe ambiental de otro pueblo y «olvida» que está en una Reserva de la Biosfera*. Y una foto de doña Concha, que Inés había ido a hacer el miércoles a La Hiruela, delante del colmenar, con el vestido gris, el broche de la abeja, las gafas en la punta de la nariz y la carpeta de anillas abierta en los brazos, y detrás, desenfocadas, diecinueve cajas de colores con los números torcidos.

A las diez la había compartido un diputado autonómico. A las once, la portavoz de un grupo ecologista. A las doce, un tuitero con medio millón de seguidores que no había leído el informe pero había visto la palabra Navacerrada y la foto de la señora de las gafas, y escribió: *Esta señora de 72 años ha hecho en 19 días lo que no hace la Consejería en 19 años*. A la una, doña Concha tenía en el móvil cuarenta y tres llamadas perdidas de números que no conocía, y Samanda le había tenido que enseñar a silenciarlo.

A las cuatro de la tarde llamaron de la televisión pública.

* * *

La entrevista la grabaron el viernes once a las once de la mañana, en el colmenar de La Hiruela, con un equipo de tres personas que llegó en una furgoneta blanca por el mismo camino de tierra por el que había llegado en julio el todoterreno de Álvaro Sáinz de la Maza.

Doña Concha se negó a que le pusieran maquillaje. Se negó a que le pusieran el micrófono en el broche de la abeja de plata. Se negó a sentarse en la silla de camping de su marido, porque dijo que no era la suya. Y se negó a ponerse delante de las colmenas sin traje, porque dijo que en septiembre, con el melato, las abejas estaban muy defensivas y que si le picaba una en directo no quería que el telediario se convirtiera en un anuncio de antihistamínicos.

Así que la grabaron con el traje de apicultor de Don José, el blanco con la careta echada hacia atrás, con el broche de la abeja prendido por fuera, en la solapa del traje, a la altura del corazón.

La periodista de la televisión, una mujer de cuarenta años con un acento de Valladolid que doña Concha aprobó al primer «buenos días», le hizo cuatro preguntas. Doña Concha contestó las cuatro mirando a la periodista, no a la cámara, como le había dicho Samanda.

La última pregunta fue:

—¿Qué le diría usted a Hexágono, señora Arroyo?

Doña Concha se lo pensó.

Detrás de ella, en el colmenar, Diego y Leandro, con los trajes puestos y las caretas bajadas, estaban sacando las alzas del mielato de la colmena doce. Era la primera cosecha. La que llevaban esperando desde junio. Las alzas pesaban como muertos, como había dicho Diego en el cumpleaños, y Leandro las levantaba de dos en dos, con la espalda de encofrador, y las cargaba en la carretilla, y las abejas les daban vueltas zumbando, enfadadas, y a Leandro le había picado una en la muñeca, por encima del guante, y no había dicho nada.

Y debajo del roble grande, en la silla de camping, con el sombrero de paja y la libreta negra en las rodillas, Don José daba órdenes. *Esa no, Leandro, que no está operculada. Esa sí. Diego, el cepillo, que te lleves las abejas. Sin rabia, hijo. Sin rabia.*

—Les diría —dijo doña Concha, sin apartar la vista de la periodista— que hasta las abejas saben que en esa ladera no se puede construir. Que cada otoño se suben solas a lo alto, porque saben que el arroyo se desborda. —Se ajustó las gafas—. Lo único que no lo sabía era su informe. Y su informe, además, se creía que estaba en Navacerrada.

* * *

Don José Velasco Herrero no veía el telediario desde septiembre del año anterior, salvo la noche electoral, con permiso.

El viernes once de septiembre, a las nueve menos cinco de la noche, se sentó en el sofá del salón, cogió el mando a distancia de la mesa baja y encendió la televisión.

Doña Concha, en la butaca de leer, lo vio.

—José.

—Ni una palabra, Concha.

—Te lo tiene prohibido el cardiólogo.

—El cardiólogo no te ha visto en el telediario. —Don José subió el volumen—. Si me da un infarto, que me dé. Pero que me dé viéndote.

Doña Concha se calló.

Se sentaron todos. Samanda en el brazo del sofá. Diego en el suelo, con la espalda contra el sofá y la cabeza junto a la rodilla de su padre. Thiago y Mía en la alfombra, con el cuaderno amarillo y el sombrero. Rosa en la silla de la muesca, que había traído de la cocina. Leandro y Yuli, que habían subido a cenar, de pie junto a la puerta, porque no cabían más sillas.

La noticia salió la séptima, después de la negociación para formar gobierno, que seguía atascada como en julio y como en agosto, y antes de los deportes. Duró un minuto cuarenta. Salió el colmenar, desde lejos, con las diecinueve cajas de colores. Salió Fermín, el alcalde, en la plaza del pueblo, diciendo que a él le habían dicho treinta puestos de trabajo, y que en La Hiruela no nacía un niño desde 2011, y que lo que hacía falta en los pueblos era gente, no hoteles. Salió un portavoz de Hexágono Rural, con traje y sin chaleco, leyendo un comunicado que decía que la compañía estaba «revisando la documentación técnica a la luz de las alegaciones recibidas».

Y salió doña Concha. Con el traje de apicultor de su marido. Con el broche de la abeja de plata en la solapa, a la altura del corazón. Con las gafas en la punta de la nariz. Mirando a la periodista, no a la cámara.

Hasta las abejas saben que en esa ladera no se puede construir.

Don José no dijo nada durante el minuto cuarenta.

Cuando la noticia terminó y empezaron los deportes, apagó la televisión. Él solo.

Se quedó un rato mirando la pantalla negra.

—Concha.

—Dime.

—Cuarenta años. —Don José dejó el mando en la mesa baja—. Cuarenta años viendo el telediario y gritándole. Diciendo que nos mentían. Que estaba todo comprado. Que no salía nunca la verdad.

—Ya lo sé, José.

—Y hoy ha salido. —Don José se volvió hacia la butaca—. Y la has dicho tú.

Doña Concha se quitó las gafas. Las limpió con el borde de la rebeca. Se las volvió a poner.

—Alguna vez tenía que acertar el telediario —dijo—. Aunque fuera conmigo.

* * *

La primera miel de Diego y Leandro se extrajo el sábado doce de septiembre, el día siguiente al telediario, en la caseta de piedra que Don José tenía en la parte alta de la finca desde 2008, con el extractor manual de cuatro cuadros, el desoperculador de cuchillo, el bidón madurador de acero inoxidable con su grifo y su filtro, y el suelo lleno de papel de periódico, como siempre.

Mielato de roble. De la colmena doce, de la once, de la ocho, de la dieciocho y de seis más, las que habían cogido fuerza en julio. Ochenta y siete kilos en total. Oscura. Casi negra. Espesa como la melaza, con un olor a bosque mojado y a regaliz y a algo tostado que llenó la caseta entera en cuanto Diego pasó el cuchillo caliente por el primer cuadro y los opérculos cayeron en la bandeja.

Don José dirigía desde una banqueta, con el bastón que no necesitaba pero que doña Concha le hacía llevar.

Leandro daba vueltas a la manivela del extractor. Con la espalda de encofrador. Sin parar.

Diego desoperculaba. Cuadro a cuadro. Despacio. Con las manos de camarero que no sabían hacer una erre pero sabían pasar un cuchillo a dos milímetros de la cera sin romper una celda.

Thiago, con la careta puesta aunque dentro de la caseta no había abejas, vigilaba el grifo del bidón madurador. Cuando el hilo de miel negra empezó a caer por el filtro, despacio, brillante, sin romperse, como un hilo de seda oscura, el niño se agachó para verlo de cerca. Muy de cerca. Con la nariz casi pegada al grifo.

—Abuelo.

—Dime.

—Es negra.

—Es mielato. De roble.

—¿Y por qué es negra?

Don José se lo pensó.

—Porque no es de flores, Thiago. Las abejas la sacan de lo que sueltan los robles en verano, cuando aprieta el calor. De las hojas. De los pulgones. —Hizo una pausa—. Es la miel de cuando ya no hay flores. La que se saca cuando todo parece seco.

Thiago miró el hilo negro cayendo en el bidón.

—¿Y está buena?

Diego, desde el desoperculador, cogió un trozo de opérculo lleno de miel con la punta del cuchillo. Se lo tendió a su hijo.

Thiago se lo metió en la boca. Masticó la cera. Se le llenó la cara de una expresión que nadie en la caseta había visto nunca, ni en Thiago ni en nadie: una mezcla de sorpresa, de seriedad técnica y de algo que no tenía nombre.

—Sabe a abuelo —dijo.

* * *

Hexágono Rural retiró el proyecto el veintinueve de septiembre.

No lo dijo así. Dijo, en un comunicado de tres párrafos enviado a las ocho de la tarde de un martes, cuando ya no salía en los telediarios, que la compañía había decidido «reorientar su estrategia de inversión en el segmento de turismo rural hacia otras ubicaciones que permitan un mejor encaje con los valores de sostenibilidad que guían su actividad». El Ayuntamiento de La Hiruela, en pleno extraordinario, con cinco concejales y Fermín, votó por unanimidad dejar sin efecto la aprobación inicial de la Modificación Puntual número tres.

Fermín llamó a doña Concha esa misma noche.

—Señora Arroyo. Que ya está. Que lo hemos tumbado. Por unanimidad.

—Me alegro, Fermín.

—Ya. —Fermín se quedó callado un momento—. Pero seguimos siendo sesenta y ocho.

Doña Concha no dijo nada.

—Que no nace un niño desde 2011, señora —dijo Fermín—. Que lo del hotel era una porquería, eso ya lo sé, que me lo ha explicado usted muy bien. Pero era lo único que nos habían ofrecido en veinte años. Y ahora no tenemos ni eso.

Doña Concha se quedó un rato en la butaca de leer con el teléfono en la oreja, mirando hacia la ventana del salón, donde empezaba a anochecer sobre los tejados de Chamberí.

—Fermín —dijo al fin—. ¿Cuántos colmenares hay en el término municipal?

—¿Cómo?

—Colmenares. Apicultores.

—Pues... el de su marido. Y el del tío Benito, que tiene noventa años y ya no sube. Y nada más. Antes había muchos. Antes La Hiruela era un

pueblo de miel. Hasta tenía un colmenar con muro, de los antiguos, de piedra, en la ladera de enfrente. Ahora está en ruinas.

Doña Concha se ajustó las gafas.

—Mi hijo y su socio quieren llegar a doscientas colmenas —dijo—. Necesitan sitio. Y una nave. Y una sala de extracción. Y, cuando crezcan, gente que les ayude en agosto. —Hizo una pausa—. No son treinta puestos de trabajo, Fermín. Son dos. Y luego, a lo mejor, cuatro. Pero son de verdad. Y no se van a ir a Navacerrada.

Al otro lado de la línea, Fermín se quedó callado mucho rato.

—El colmenar de piedra es del ayuntamiento —dijo al fin—. Se lo podríamos ceder. Si lo arreglan.

—Mi marido es ingeniero de caminos —dijo doña Concha—. Y yo arquitecta. Y el socio de mi hijo, encofrador.

—Ya.

—Lo arreglamos.

* * *

Esa noche, en Chamberí, Don José abrió el cuaderno amarillo por una página nueva.

Pegó con celo, arriba, un recorte de periódico: la foto de doña Concha delante del colmenar, con el vestido gris y la carpeta de anillas, que Samanda le había impreso en la papelería del señor Casado.

Debajo escribió:

29 de septiembre. Hexágono se ha ido de La Hiruela. Concha lo ha echado. Con un lápiz, una Casio y un nivel de burbuja. Diecinueve días. Sin volver a ejercer.

El día 11 salió en el telediario. Lo vi. Es la primera vez en cuarenta años que el telediario dice la verdad. Y la dice Concha.

Fermín nos va a dar el colmenar de piedra. Hay que arreglarlo.

El día 12, primera miel de Diego y Leandro. Mielato. 87 kilos. Negra. Thiago dice que sabe a abuelo.

Se quedó mirando la página un rato. Luego añadió, más abajo, con la letra un poco más torcida:

El Consorcio existe. Yo tenía razón.

Pero no se le gana gritando a la tele. Se le gana leyendo la página doscientas tres.

Cerró el cuaderno. Lo dejó en la mesilla.

Y apagó la luz.

Capítulo 35

El domingo, aquí

El cocido se pone en remojo el sábado por la noche.

Eso lo sabía doña Concha desde los once años, cuando su madre la subía a una silla en la cocina de la calle Ibiza para que viera echar los garbanzos en el barreño de barro con agua templada y un puñado de sal gorda. Lo sabía Samanda desde octubre del año anterior, desde el primer cocido, el de los tres vuelcos y la errata del nombre. Y lo sabía Thiago desde hacía tres semanas, porque doña Concha le había nombrado, con toda la solemnidad del caso, responsable de los garbanzos.

El sábado diecisiete de octubre, a las diez y media de la noche, Thiago se subió a la silla de formica de la muesca, en la cocina de Chamberí, con el pijama de abejas que le había regalado Yuli y el nivel de burbuja en el bolsillo del pijama, y echó los garbanzos en el barreño de barro.

Medio kilo. Pesados en la báscula de la cocina, la de la aguja, que tenía más años que Diego.

—Un puñado de sal gorda —dijo doña Concha, desde la mesa.

Thiago cogió sal gorda del tarro. Un puñado. Su puñado, que era la mitad que el de doña Concha.

—Más.

Thiago cogió otro puñado.

—Agua templada. Que los cubra dos dedos.

Thiago echó agua de la jarra. Se agachó a mirar el barreño de lado, con un ojo cerrado, como miraba la burbuja del nivel. Midió con dos dedos, el índice y el corazón, juntos, apoyados en el borde.

—Dos dedos —anunció.

—Dos dedos tuyos son uno mío —dijo doña Concha—. Echa un poco más.

Thiago echó un poco más. Volvió a medir. Doña Concha se levantó de la silla, con la rodilla, y fue a mirar el barreño. Lo miró un buen rato por encima de las gafas.

—Bien —dijo—. Tápalo con el paño.

Thiago lo tapó con el paño de cuadros. Se bajó de la silla.

—Abuela.

—Dime.

—¿Por qué se ponen en remojo la noche antes?

Doña Concha se lo pensó. Era una pregunta que nadie le había hecho nunca en sesenta y un años de poner garbanzos en remojo. Ni su madre, ni su marido, ni su hijo, ni su nuera.

—Porque las cosas duras —dijo— necesitan una noche entera de agua para ablandarse. Si las echas al fuego directamente, se quedan duras por mucho que hiervan.

Thiago miró el barreño tapado con el paño.

—Como el abuelo con el telediario.

Doña Concha se quedó un momento callada. Luego se rió. Bajito, sin taparse la boca.

—Como el abuelo con todo —dijo—. A la cama.

* * *

El domingo dieciocho de octubre, a la una y media, la mesa del comedor de Chamberí se puso para once.

No para doce, como en el cumpleaños. Para once. Pilar estaba en un crucero por los fiordos, otra vez, porque decía que la ballena del año anterior no le había quedado clara. Borja y Cayetana no venían a los cocidos, venían a los cumpleaños. Y aquel domingo no era un cumpleaños.

Era un aniversario, aunque nadie lo hubiera dicho en voz alta.

El domingo veinte de octubre del año anterior, Samanda Medina había subido por primera vez los treinta y seis escalones de la calle Españoleto con los dos niños de la mano, un táper de alfajores de maicena que había hecho a las dos de la madrugada y el corazón en la garganta. Doña Concha la había recibido en el rellano con el delantal puesto, la había mirado de arriba abajo y le había dicho *Pasa, Samanta, ponte cómoda*.

Con te.

Un año.

Samanda lo sabía porque lo tenía apuntado en la primera línea de la columna de CONCHA de la libreta cuadriculada. *20 de octubre. Me ha llamado Samanta.*

Doña Concha lo sabía porque lo tenía apuntado en el cuaderno de la compra, en la página de aquel sábado, con su letra inclinada: *Cocido. Viene la chica de Diego. Argentina. Con dos niños. Garbanzos: ¾ kilo.*

Lo sabían las dos. Ninguna de las dos lo dijo.

* * *

Los primeros en llegar fueron Leandro, Yuli y Rosa, a la una y cuarto, en la furgoneta de Leandro, desde Aluche.

Leandro y Yuli llevaban tres semanas en el piso nuevo. Un tercero sin ascensor en la calle Illescas, de dos dormitorios, con un salón que daba a un patio y una cocina en la que cabían dos personas si una de ellas no se movía. Lo habían pintado ellos en septiembre, de un amarillo que Yuli llamaba «mango» y Leandro llamaba «amarillo». Pagaban ochocientos cuarenta euros, que era más de lo que podían, y menos de lo que pedían todos los demás.

El dormitorio pequeño, el de la ventana al patio, era de Rosa.

Rosa llevaba ciento veintiún días sin beber.

Los contaba. Tenía una libreta, pequeña, de tapas rojas, que le habían dado en el centro de atención a las adicciones de Chamberí la segunda semana, y en la que apuntaba cada noche, antes de dormir, un número. Solo un número. El de los días. *1. 2. 3.* En julio los números le temblaban en la página. En agosto ya no. En septiembre se había mudado con la libreta roja en el bolso a Aluche, al cuarto de la ventana al patio, y había seguido apuntando.

Había habido un día malo. El cincuenta y ocho. Un domingo de agosto, en la calle Fuencarral, delante de una terraza, con un calor de cuarenta grados y un camarero sirviendo cañas en una bandeja, y Rosa se había quedado parada en la acera cinco minutos mirando las cañas, con las manos sudando, sin moverse. No había entrado. Se había dado la vuelta y había vuelto a casa andando, y al llegar había ido directamente a la cocina, donde estaba doña Concha leyendo los cuatrocientos doce folios del expediente de La Hiruela, y se lo había contado. Todo. Las cañas, los cinco minutos, las manos.

Doña Concha había dejado el lápiz.

¿Y has entrado?

No.

¿Me estás diciendo la verdad?

Sí.

Doña Concha la había mirado un buen rato por encima de las gafas. Luego había vuelto a coger el lápiz.

Entonces apúntalo en tu libreta. El cincuenta y ocho. Con una estrella al lado. Que ese ha costado más que los otros.

Rosa lo había apuntado con una estrella.

El día que se fue a Aluche, a finales de septiembre, con la maleta de cuadros llena de ropa nueva que le había comprado Yuli en el mercadillo de los domingos y un neceser que le había dado doña Concha con un

cepillo de pelo, una crema de manos y un frasco de colonia de lavanda sin alcohol, doña Concha la había acompañado hasta el rellano. Leandro esperaba abajo, en la furgoneta, con el motor en marcha.

En el rellano, junto al ascensor de reja con el banco de terciopelo granate, doña Concha le había dicho a Leandro, por el hueco de la escalera, en voz alta, para que la oyera desde el portal:

—Leandro. El domingo, aquí. Y trae a tu madre si está sobria.

Leandro había levantado la vista desde el portal. Tres pisos más abajo.

—¿Y si no lo está?

—Entonces tráela igual —había dicho doña Concha—. Pero que me lo diga ella.

Rosa no había dicho nada. Se había metido en el ascensor de reja con la maleta de cuadros. Se había sentado en el banco de terciopelo granate. Y mientras el ascensor bajaba, despacio, con su ruido de poleas de 1962, había mirado hacia arriba, a través de la reja, a la señora del broche de la abeja de plata que se quedaba en el rellano mirándola bajar.

Llevaba tres domingos viniendo sobria.

Aquel era el cuarto.

* * *

Doña Concha le abrió la puerta.

—Rosa.

—Concha.

Se miraron en el rellano. Rosa traía un vestido nuevo, verde, del mercadillo, que le quedaba bien. El pelo cortado por Yuli en la peluquería de Aluche, corto, sin el rubio amarillento, con su color, que era castaño con canas, y que le quitaba diez años de la cara. Las manos quietas. Un táper en las manos quietas.

—Ciento veintiuno —dijo Rosa.

Doña Concha no preguntó ciento veintiuno qué.

—Pase usted.

—Hice alfajores. —Rosa le tendió el táper—. De maicena. Con dulce de leche. Como los que trajo Sami el primer día.

Doña Concha cogió el táper. Lo miró. Levantó la tapa un centímetro. Olía a vainilla y a coco rallado.

—¿Quién le ha dicho a usted lo de los alfajores del primer día?

—Sami. —Rosa se encogió de hombros—. Me lo contó en julio. Que usted se comió tres. Y que luego dijo que estaban demasiado dulces.

—Lo estaban.

—Ya lo sé. —Rosa sonrió, una sonrisa pequeña, nueva, que todavía no le salía del todo—. Estos llevan menos azúcar.

* * *

Diego llegó a las dos menos cuarto, de La Hiruela, en la furgoneta blanca de segunda mano que habían comprado Leandro y él a medias en septiembre por cuatro mil doscientos euros a un frutero jubilado de Buitrago. Todavía ponía *FRUTAS MANOLO* en un lateral, en letras rojas medio despegadas, porque no habían tenido tiempo de quitarlo, ni dinero para rotularla otra vez.

Venía con la ropa de faena todavía puesta, el pantalón de trabajo manchado de cera, las botas con barro, las manos con dos picaduras frescas en el dorso. Había subido a las siete de la mañana a revisar las colmenas antes del frío. A tratar la varroa, después de la cosecha del mielato, colmena por colmena, como le había leído su padre de la libreta negra cinco domingos seguidos: *En otoño, después de la última miel, tratamiento. Todas el mismo día. Si dejas una, te reinfecta las demás.* A unir la diecinueve, la del núcleo de la seis, que no había cogido fuerza en todo el verano, con la

siete, que tenía una reina buena y poca gente. Con el periódico. Como le había enseñado su padre en mayo, con Thiago.

Dieciocho colmenas se habían quedado en diecisiete.

—¿Has unido la diecinueve? —preguntó Don José desde el sofá, sin levantarse, cuando Diego entró en el salón.

—Con la siete.

—¿Con qué periódico?

—Con el de septiembre. —Diego se quitó las botas en el recibidor—. El que traía a mamá en la página doce. Lo llevaba en la guantera.

Don José se quedó callado un momento.

—¿Has puesto a tu madre entre dos colmenas?

—Es el único periódico que había en la furgoneta. —Diego se encogió de hombros—. Además, mamá ha unido a más gente que nadie en esta familia. Le pegaba.

Doña Concha, desde la cocina, no dijo nada. Pero se le oyó dejar la espumadera sobre la encimera de un golpe, que es como doña Concha se reía cuando no quería que se notara.

* * *

El cocido se sirvió en tres vuelcos, como siempre.

Primero la sopa, con fideos finos, en la sopera de la cenefa azul. Luego los garbanzos con la verdura: el repollo rehogado con ajo, las zanahorias, las patatas. Y por último la carne: el morcillo, la gallina, el tocino, el chorizo, la morcilla, el hueso de jamón y la pelota, que doña Concha hacía con pan, huevo, ajo y perejil desde 1979, y que Thiago llamaba «la albóndiga gorda».

Thiago anunció, al servirse los garbanzos, que los había puesto él en remojo.

—Están perfectos —dijo Don José.

—Ni duros ni deshechos —dijo Leandro.

—Es que les eché dos dedos de agua —explicó Thiago—. Pero dos dedos de la abuela, que son más que los míos.

Mía, con el sombrero de las bodas, que ya le quedaba un poco menos grande que en junio porque había crecido, se comía la pelota con las manos. Nadie se atrevía a decirle nada.

Rosa, a la derecha de doña Concha, se tomó dos platos de sopa. Con un vaso de agua al lado. Y al lado del vaso de agua, el móvil, boca abajo, con una alarma puesta para las cuatro, que era la hora de la pastilla de la tarde. Ya no era lorazepam. La doctora de Chamberí se lo había ido bajando hasta quitárselo en septiembre. Era una vitamina, y otra cosa para el hígado, que según la analítica de octubre estaba igual de mal que en junio pero no peor.

No peor. Rosa lo tenía apuntado en la libreta roja. *Analítica: no peor*. Con dos estrellas.

* * *

Fue en el tercer vuelco, con la carne en la fuente grande y el chorizo cortado en rodajas, cuando Samanda dejó los cubiertos en el plato.

Toda la mesa la miró. Samanda no dejaba nunca los cubiertos en mitad del cocido. Era de las que se comían el tocino.

Sacó el móvil del bolsillo del pantalón. Lo desbloqueó. Lo dejó sobre el mantel, en el centro de la mesa, entre la fuente de la carne y la jarra del agua.

En la pantalla había un correo electrónico. Del Ministerio de Justicia. Con un asunto largo, en mayúsculas, que nadie en la mesa podía leer desde su sitio salvo Diego, que no lo podía leer de ninguna manera.

—Me llegó el jueves —dijo Samanda—. No dije nada. Quería decirlo hoy. Aquí.

Nadie habló.

—Es la resolución —dijo Samanda—. De la nacionalidad. Me la han concedido.

* * *

Hubo un silencio de los que hacen falta.

Luego Yuli soltó un grito. Un grito de Pereira, de los de verdad, que hizo que Mía se tapara las orejas con las manos llenas de pelota.

Leandro se levantó de la silla y se quedó de pie sin saber qué hacer con las manos.

Diego no se movió. Miraba el móvil en el centro de la mesa como había mirado su sobre blanco en la urna. Sin poder leerlo. Sabiendo exactamente lo que decía.

Thiago le tiró de la manga a su abuelo.

—Abuelo. ¿Qué es la nacionalidad?

Don José se lo pensó. Miró a Samanda, al otro lado de la mesa, con las manos juntas en el regazo, con los ojos llenos de agua y la boca apretada para que no se le escapara nada.

—Que tu madre ya es de aquí, Thiago —dijo—. En los papeles.

Thiago miró a su madre. Luego miró a Mía. Luego miró a su abuelo otra vez, con atención técnica.

—Ya era de aquí —dijo—. Lo dijo Mía en el colegio de los votos.

—Ya lo sé, hijo —dijo Don José—. Pero ahora lo dicen también los que no la conocen.

* * *

—¿Y ahora qué? —preguntó Leandro, todavía de pie.

—Ahora hay que jurar —dijo Samanda—. En el Registro Civil. La Constitución y las leyes. Y renunciar a la otra. Bueno, a la argentina no

hace falta, que hay convenio. Me dan cita en noviembre. O en diciembre. No se sabe. —Se secó los ojos con la servilleta—. Y después, el DNI. Y después...

No terminó la frase. No hacía falta.

Rosa, a la derecha de doña Concha, no había dicho nada todavía. Tenía la vista fija en el móvil del centro de la mesa. Las manos quietas sobre el mantel.

—Sami —dijo al fin.

Samanda la miró.

—Cuando vayas a jurar. —Rosa tragó saliva—. Avisame. Que vengo a esperarte al bordillo.

Samanda se levantó. Rodeó la mesa por detrás de Thiago, de Don José, de Leandro. Llegó a la cabecera. Se agachó junto a la silla de su madre.

—No, mamá —dijo—. Al bordillo no.

Rosa la miró, sin entender.

—Entrás conmigo —dijo Samanda—. Hasta la mesa. Ya esperaste bastante en los bordillos. Vos y la abuela.

Rosa se tapó la cara con las manos.

Doña Concha, a su lado, sin decir nada, le pasó su servilleta de hilo. Rosa la cogió. Era la buena. La de las iniciales bordadas.

* * *

Después del cocido, con el café, Diego sacó una caja de la furgoneta.

Era una caja de cartón de las de frutas, de las que todavía quedaban en la furgoneta de *FRUTAS MANOLO*, con el logotipo de una cooperativa de naranjas de Valencia en un lateral. La subió los treinta y seis escalones con cuidado, abrazada contra el pecho. La dejó en la mesa del comedor, sobre el mantel, entre las tazas de café y el táper de alfajores de Rosa.

La abrió.

Dentro había doce tarros de cristal. De medio kilo. Con tapa dorada de rosca. Llenos de una miel tan oscura que parecía negra, que a contraluz, contra la ventana del comedor, se volvía de un color granate profundo, como el vino que en aquella casa ya no se bebía.

Mielato de roble. De la Ladera del Arroyo. De la primera cosecha.

Y cada tarro tenía una etiqueta.

La había dibujado Diego. A mano, con un rotulador negro de punta fina, en una hoja de papel de dibujo que luego Samanda había llevado a la papelería del señor Casado para que la imprimiera en papel adhesivo, en una plancha de veinticuatro, a doble cara, y que el señor Casado, otra vez, no había querido cobrar.

En el centro de la etiqueta había un nivel de burbuja. Dibujado con la precisión de un plano. Con sus dos ampollas, sus bordes de latón, sus dos rayitas marcando el centro.

Y en lugar de la burbuja, en el centro exacto, entre las dos rayas, había una abeja.

Encima del nivel, con letras grandes, de imprenta, que Diego había copiado letra a letra de un modelo que le había escrito Samanda, despacio, sin equivocarse en ninguna, porque las había dibujado en vez de escribirlas:

A MEDIAS

Y debajo, más pequeño:

Miel de La Hiruela. Velasco & Medina.

* * *

Doña Concha cogió un tarro.

Lo levantó a la altura de los ojos. Lo giró hacia la ventana. La luz de la tarde de octubre atravesó la miel negra y se volvió granate. Doña Concha la estuvo mirando un buen rato, por encima de las gafas, como miraba las cosas que había que mirar despacio.

Luego miró la etiqueta.

El nivel. La abeja en el centro. *A MEDIAS.*

—Esto es mío —dijo, señalando el nivel.

—Es el de Thiago —dijo Diego.

—Es el de mi padre. Que se lo di yo a Thiago. Que lo usé yo para poner a nivel el corcho de tu padre. —Doña Concha se ajustó las gafas—. Y la abeja es la del broche.

Diego se puso colorado.

—Un poco —admitió.

Doña Concha volvió a mirar el tarro.

—¿Cuánto vale?

—¿Cómo?

—Que cuánto vale. El tarro. —Doña Concha lo dejó sobre el mantel—. Vais a venderla, ¿no? Para eso le habéis puesto etiqueta.

Diego miró a Leandro. Leandro miró a Samanda. Samanda, que llevaba dos semanas con los papeles del registro sanitario, el número de lote, el etiquetado obligatorio y las tablas de precios de la miel de la sierra en la libreta cuadriculada, dijo:

—Doce euros, Concha. Es mielato de roble de la Reserva de la Biosfera. En las tiendas de Madrid lo venden a quince.

Doña Concha abrió el bolso. Sacó el monedero. Contó. Un billete de diez. Una moneda de dos euros.

Lo dejó todo sobre el mantel, al lado del tarro.

—Concha, no, por favor, para usted es gratis...

—En esta casa no se regala lo que se vende —dijo doña Concha—. Y el primero que se vende tiene que pagarse. Para que dé suerte. Lo dice José, que lo dice su gremio: el primer puente que se cobra es el que no se cae.

—Eso no lo he dicho yo nunca —dijo Don José.

—Lo dices ahora.

Don José se lo pensó.

—Lo digo ahora —dijo.

* * *

Samanda cogió el billete de diez y la moneda de dos.

Se levantó de la mesa. Fue al recibidor, donde estaba su bolso colgado del perchero de madera de los cuatro brazos. Sacó de dentro una lata. Una lata redonda, de aceitunas rellenas de anchoa, de las de kilo, con la etiqueta medio despegada y la tapa abollada, que había viajado con ella desde Usera, que había estado en la cocina de dos metros de la calle de los balcones, en el cajón de la mesilla de Chamberí, en el fondo del armario del cuarto de Diego.

Volvió al comedor con la lata. La dejó sobre la mesa, junto a la caja de los tarros.

Le había pegado una etiqueta nueva encima de la vieja. Una tira de cinta de carrocero, escrita con rotulador negro, con su letra redonda de nota de nevera:

PISO

—¿Qué es eso? —preguntó Rosa.

—La lata de los ahorros —dijo Samanda—. Desde Usera. Para cuando se pueda. —Abrió la tapa—. No hay mucho. Hay lo que hay.

Metió el billete de diez y la moneda de dos.

Luego, sin decir nada, se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón. Sacó un billete de cincuenta euros. Doblado en cuatro. Con un pliegue tan preciso que parecía planchado. Lo desdobló sobre el mantel, delante de todos, con cuidado.

En el interior, escrito a lápiz, con una letra inclinada, se leía todavía, un poco borrado por diez meses de bolsillo y de mesilla:

Copas por el tallo. Muy bien.

Doña Concha se quedó inmóvil en la cabecera.

Samanda la miró.

—Lo guardé diez meses —dijo—. No lo gasté nunca. Ni cuando no llegaba a fin de mes. Ni cuando nos echaron de Usera. Lo tenía en la mesilla al lado de la foto de mi abuela. —Dobló el billete otra vez, por los mismos pliegues—. Pensé que no lo iba a gastar nunca. Que era para guardarlo. Como se guarda una carta.

—¿Y ahora? —dijo doña Concha, muy bajo.

—Ahora va aquí. —Samanda metió el billete en la lata de *PISO*, encima de los doce euros de la miel—. Es la primera piedra, Concha. La de los cimientos. Y la tenía que poner usted.

Cerró la lata.

Doña Concha no dijo nada durante un buen rato. Luego se quitó las gafas. Las limpió con el borde de la servilleta de hilo, la de las iniciales, que Rosa le había devuelto. Se las volvió a poner.

—Hija —dijo—. Las primeras piedras se ponen torcidas siempre. Luego se nivela.

—Ya lo sé —dijo Samanda—. Para eso tengo un nivel.

* * *

A las seis, cuando ya se habían ido todos, Leandro con Yuli y Rosa en la furgoneta de Leandro, y Diego con los niños al Retiro a dar de comer a los patos, que era lo que hacían los domingos por la tarde desde septiembre, Don José y doña Concha se quedaron solos en el salón.

Don José en el sofá. Doña Concha en la butaca de leer.

En la mesa baja, entre los dos, el tarro de mielato que doña Concha había comprado por doce euros. Y al lado, el mando a distancia de la televisión.

Don José lo miró.

Eran las seis y cuarto. A las nueve había telediario. Seguían sin gobierno, cuatro meses después de las elecciones. Las negociaciones estaban rotas, otra vez. Se hablaba de repetir las elecciones en diciembre, o en enero. El partido nuevo seguía subiendo en las encuestas como la humedad. Francia seguía con la deuda. Los alquileres seguían subiendo. En Lavapiés había otro fondo comprando otro edificio. En Usera, don Faustino, con noventa y un años y renta antigua, seguía gritando desde el balcón a todo el que pasaba con carpeta.

España seguía enferma.

Don José se llevó la mano al pecho. No por el corazón, que iba como un reloj. Por costumbre. Por cuarenta años de llevarse la mano al pecho delante del telediario.

—Concha —dijo.

—Dime.

—Me sigue doliendo España.

Doña Concha no levantó la vista del libro que no estaba leyendo.

—Ya lo sé, José.

Don José se quedó mirando el mando. No lo cogió.

—Y no me quedan aspirinas —dijo.

* * *

Fue entonces cuando sonó la llave en la puerta.

Era Thiago. Que había vuelto corriendo del portal, solo, porque se le había olvidado una cosa, mientras Diego le esperaba abajo con Mía en la acera. Subió los treinta y seis escalones de dos en dos, como subía su madre cuando tenía prisa. Entró en el salón sin quitarse la chaqueta. Con la careta de apicultor colgada a la espalda, que se llevaba también al Retiro porque decía que nunca se sabía.

Fue derecho a la mesa baja. Cogió el nivel de burbuja, que se había dejado allí, junto al tarro de miel.

Y antes de irse, se volvió hacia su abuelo, que seguía en el sofá con la mano en el pecho.

—¿Te duele, abuelo?

Don José bajó la mano. Despacio.

—Un poco, Thiago.

Thiago lo miró con atención técnica. Luego se quitó la careta de la espalda. Abrió la cremallera del bolsillo pequeño de la mochila de la careta, el de delante, el que nadie sabía que tenía cremallera.

Sacó una caja de aspirinas.

Pequeña. De las de veinte. Nueva, sin abrir.

Se la puso a su abuelo en la mano.

—Yo llevo —dijo—. Desde mayo. Por si acaso.

Y se fue corriendo por el pasillo, con el nivel en el bolsillo y la careta a la espalda, y bajó los treinta y seis escalones de dos en dos, y en el portal se oyó a Diego decir *¿Ya lo tienes?* y a Thiago contestar *Ya*, y a Mía cantar la canción de la reina con sombrero, y luego la puerta de la calle cerrándose, y luego nada.

Don José se quedó en el sofá con la caja de aspirinas en la mano.

Doña Concha, en la butaca, había cerrado el libro que no estaba leyendo.

Se miraron.

Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato.

Luego Don José dejó la caja de aspirinas en la mesa baja, al lado del tarro de mielato y del mando a distancia. Las tres cosas en fila.

No encendió la televisión.

—El domingo que viene —dijo—, ¿cocido otra vez?

Doña Concha cogió el cuaderno de la compra de encima de la mesa baja. Lo abrió por una página en blanco. Escribió, con su letra inclinada de rotular planos:

Domingo 25. Cocido. Somos once. Garbanzos: Thiago.

Y debajo, después de pensarlo un momento:

Rosa: 128.

Cerró el cuaderno.

—El domingo, aquí —dijo.

Epílogo

La reina nueva

La colmena de observación volvió a la terraza de Chamberí el último sábado de mayo, con el mismo tubo de plástico flexible, la misma caja de pino de tres centímetros, los mismos tornillos de mariposa y el mismo cajetín a lápiz en la tapa de madera: *Proyecto: Colmena de observación. Emplazamiento: Terraza. Promotor: J. Velasco. Arquitecto: C. Arroyo. Escala 1:5. Junio.*

Había pasado el invierno vacía, en el trastero, envuelta en una sábana vieja. En octubre, antes del frío, Diego se había llevado el cuadro a La Hiruela y había metido a sus abejas y a su reina, la del junio anterior, la que había visto nacer Mía, en un núcleo de cinco cuadros. Una colmena de un solo cuadro no pasa un invierno en una terraza. Eso lo sabía hasta Thiago. Necesita el racimo, y el racimo necesita gente.

El núcleo pasó el invierno en la Ladera del Arroyo, con el número veinte pintado en la tapa, torcido. En abril ya era una colmena de diez cuadros, con la reina de Mía poniendo como una loca. En mayo dio la primera alza de brezo.

Y en el colmenar de piedra del ayuntamiento, el de la ladera de enfrente, el que Leandro había levantado otra vez muro a muro durante todo el invierno, con la piedra que se había caído y un saco de cal y la espalda de encofrador, había ya treinta y una colmenas más. Treinta y una cajas con el nivel y la abeja pintados en el frontal. Diego había criado sus propias reinas, en abril, como su padre. Le salieron la mitad. Su padre, desde una silla de camping, le dijo que la mitad era buen porcentaje para un primer año, y que a él, en 2007, le habían salido tres de quince.

Fue de una de esas crianzas de donde salió el cuadro que volvió a la terraza.

Un cuadro de cría con dos celdas reales operculadas. Las dos en el centro del panal, colgando hacia abajo como dos bellotas de cera rugosa. Una grande y una más pequeña. Diego las había marcado en el calendario de la cocina de Chamberí con un rotulador rojo: *Nacen el martes. O el miércoles.*

Thiago lo había leído.

Thiago, con siete años desde febrero, ya leía casi todo.

* * *

Se despertó el martes a las seis y cuarto, sin que nadie le llamara.

Fue a la terraza descalzo, con el pijama de abejas que le quedaba corto y el nivel de burbuja en el bolsillo. Abrió la tapa de madera del lado izquierdo de la colmena de observación. La luz de junio entraba ya de lado, por encima de los tejados, fina y amarilla.

Las dos celdas seguían cerradas.

Pero la grande no estaba igual que el domingo. En la punta, en el extremo de abajo, se veía una línea muy fina, casi invisible, como el corte de un abrelatas. Una línea circular. A medio hacer.

Thiago se acercó al cristal hasta que la nariz casi lo tocó.

La línea se movía.

Desde dentro.

Thiago se quedó quieto. No respiró. Luego se dio la vuelta, entró en la casa, cruzó el pasillo sin hacer ruido, entró en el despacho de su abuelo, que desde el otoño, cuando Rosa se fue a Aluche, era también el cuarto de los niños, con dos camas, una estantería de libros de cálculo de estructuras que nadie había querido quitar y un póster de las fases de la abeja que le había regalado su abuela de rehabilitación por su cumpleaños.

Mía dormía con el sombrero de fieltro gris en la almohada, al lado de la cara. Lo tenía siempre allí. Decía que si no, se le iba la reina.

—Mía.

Mía no se movió.

—Mía. Despierta. Está saliendo.

Mía abrió un ojo.

—¿Quién?

—La reina.

Mía abrió el otro ojo. Cogió el sombrero.

* * *

Se sentaron los dos en el suelo de la terraza, delante del cristal, con las piernas cruzadas. Mía con el sombrero puesto. Thiago con el nivel en la mano.

La línea circular de la punta de la celda grande ya estaba casi entera. Faltaba un trocito. Por el borde asomaba algo. Algo oscuro, brillante, que se movía.

—¿Eso qué es? —susurró Mía.

—Las mandíbulas. —Thiago no apartó la vista—. Está cortando la tapa. Desde dentro. Como cuando tú abres el yogur.

—¿Y por qué no la ayudan?

Mía tenía razón. Alrededor de la celda había abejas. Muchas. Pasaban por encima, por los lados, la tocaban con las antenas. Pero ninguna cortaba.

Thiago lo pensó. Era una pregunta que él también le había hecho a su abuelo el verano anterior, en el colmenar, y que su abuelo le había contestado con una frase que Thiago había apuntado en el cuaderno amarillo con letras torcidas.

—Porque tiene que salir sola —dijo—. Si le abren la puerta, sale débil. Tiene que hacer fuerza.

Mía se quedó mirando la celda.

—Como tú con los garbanzos —dijo.

Thiago no entendió qué tenían que ver los garbanzos. Pero no dijo nada, porque la tapa se acababa de abrir.

* * *

Se abrió como la tapa de una lata. De golpe. Hacia fuera. Quedó colgando de un trocito de cera, como una bisagra.

Y por el agujero salió una cabeza.

Luego dos patas. Luego otras dos. Luego un cuerpo largo, más largo que el de las otras abejas, de color miel oscura, con el abdomen terminado en punta, como un lápiz recién afilado. Las alas pegadas al cuerpo, arrugadas todavía, mojadas.

Salió despacio. Se quedó un momento en el borde de la celda, agarrada con las seis patas, temblando. Sin saber dónde estaba.

Dos obreras se acercaron. La tocaron con las antenas. Una le acercó la boca a la boca.

—¿Qué hace? —susurró Mía.

—Le da de comer.

—¿Por qué?

—Porque acaba de nacer. Y tiene hambre. —Thiago se acordó de la palabra. La palabra de su abuelo, la difícil, la que estaba en el cuaderno amarillo—. Trofalaxia.

—¿Y a ella quién le dio de comer antes? ¿Cuando estaba dentro?

—Todas —dijo Thiago—. Todas un poco. Cuando era una larva. Le echaron jalea real hasta que flotaba. Por eso es reina.

Mía se quedó mirando a la abeja larga, mojada, temblando en el borde de la celda.

—¿No era reina antes?

—No. Era una larva corriente. —Thiago lo dijo como quien recita una lección que se sabe de memoria—. Como las otras. La hicieron reina las demás. Con la comida. Con el cuidado. Lo dijo el abuelo. Cualquiera puede ser reina si tiene a alguien que le dé jalea real.

Mía se tocó el ala del sombrero de fieltro gris.

No dijo nada.

* * *

Fue entonces cuando la reina cantó.

Thiago lo había leído en un libro de la biblioteca del colegio, uno de abejas con muchos dibujos, y se lo había preguntado a su abuelo, y su abuelo le había dicho que sí, que era verdad, que lo había oído él dos veces en veinte años y que no lo olvidaría nunca. Pero Thiago no se lo había terminado de creer.

La reina nueva se quedó quieta sobre el panal. Pegó el cuerpo a la cera. Y empezó a vibrar.

Thiago pegó la oreja al cristal de metacrilato. Como su abuelo pegaba la oreja a las cajas en invierno para saber si estaban vivas.

Y lo oyó.

Un sonido finísimo. Agudo. Como el de un silbato muy pequeño, muy lejos. *Tíiii. Tú-tú-tú-tú.* Una nota larga y luego varias cortas, seguidas.

—Mía —susurró—. Pon la oreja. Rápido.

Mía se quitó el sombrero. Pegó la oreja al cristal, al lado de la de su hermano.

Tíiii. Tú-tú-tú.

Mía abrió mucho los ojos.

Y entonces, desde la otra celda, la pequeña, la que seguía cerrada, contestó otro sonido. Más grave. Más ahogado. Como desde debajo del agua.

Cuá. Cuá. Cuá.

Los dos niños se miraron, con la oreja pegada al cristal.

—Hay otra —dijo Mía.

—Ya lo sé.

—Le está contestando.

—Ya lo sé. —Thiago se apartó del cristal—. La de fuera pregunta si hay alguien más. La de dentro dice que sí.

—¿Y qué pasa ahora?

Thiago tardó en contestar. Sabía lo que pasaba ahora. Se lo había explicado su abuelo, en el colmenar, el verano anterior, sin rodeos, como se explican las cosas en el campo. Una colmena tiene una reina. Solo una. Y cuando nacen dos, la primera que sale busca a la otra.

—Ahora la va a buscar —dijo.

—¿Para jugar?

Thiago miró a su hermana. Al sombrero de fieltro gris en sus rodillas. A sus cinco años casi cumplidos.

—Sí —dijo—. Para jugar.

* * *

Doña Concha estaba en la puerta de la terraza.

No sabían desde cuándo. Llevaba la bata de lana, aunque era junio, porque por las mañanas la rodilla le pedía calor. Tenía el pelo suelto, gris, sobre los hombros, como lo llevaba ahora casi todas las mañanas desde aquella noche del despacho, en junio del año anterior, en que se lo soltó para sentarse en el suelo con una mujer que temblaba.

Llevaba las gafas en la mano.

—¿Ha nacido?

—Hace diez minutos, abuela. —Thiago no se levantó—. Ha cantado. *Tú-tú-tú*. Y la otra le ha contestado *cuá-cuá*.

Doña Concha se acercó. Despacio. Se agachó, con la rodilla, apoyándose en la barandilla de la terraza. Se puso las gafas. Miró por el cristal.

La reina nueva caminaba ya por el panal. Más segura. Con las alas secas. Las obreras se apartaban a su paso, la tocaban con las antenas, le acercaban la boca. No hacían nada más. No la seguían en fila. No le hacían reverencias. Seguían con lo suyo: limpiando celdas, tapando miel, abanicando en la piquera. Como si aquella abeja larga fuera una más.

—No le hacen caso —dijo Mía, decepcionada.

—Claro que no —dijo Thiago—. No manda.

Doña Concha se volvió a mirarle.

—¿Cómo que no manda?

—No manda, abuela. —Thiago se encogió de hombros, con la naturalidad de quien explica que el agua moja—. La reina no es la jefa. Solo pone huevos. Las que deciden son las otras. Ellas deciden cuándo enjambrar. Ellas deciden a quién dan jalea. Ellas deciden si una reina no sirve y hacen otra. —Señaló la celda vacía, con la tapa colgando—. A esta la han hecho ellas. Si no la hubieran cuidado, sería una obrera. Y si dentro de dos años no pone bien, la cambiarán. Sin rabia. —Hizo una pausa—. Lo dice el abuelo. La colmena no es de la reina. La reina es de la colmena.

Doña Concha no dijo nada durante un buen rato.

Miró a la reina nueva caminando por el panal. Miró la celda vacía. Miró a su nieto de rehabilitación, siete años, pijama corto, nivel de burbuja en la mano, explicándole cómo funciona un país a una arquitecta de setenta y tres.

—¿Eso lo dice el abuelo?

—Lo dice.

—¿Desde cuándo?

Thiago se lo pensó.

—Desde que se cayó en el colmenar —dijo—. Antes decía otras cosas. Decía que mandaba el Consorcio.

Doña Concha se quitó las gafas. Las limpió con el borde de la bata.

—Y ahora, ¿quién manda, según tu abuelo?

Thiago miró la colmena. Las mil quinientas abejas. Cada una con lo suyo.

—Ahora dice que mandan todas un poco —dijo—. Y que cuando una se cae, las demás la tapan. Como el racimo en invierno.

* * *

Dentro de una semana, si hacía buen tiempo y había sol, la reina nueva saldría por el tubo de plástico flexible hacia el patio de manzana. Por primera y casi única vez en su vida. Volaría por encima de los tendederos de los vecinos, de los geranios de doña Concha, de los tejados de Chamberí, buscando el sitio donde esperan los zánganos, en el aire, a diez metros, dando vueltas. Se cruzaría con ellos. Y volvería.

O no volvería.

Eso también lo sabía Thiago. A veces las reinas se pierden en el vuelo nupcial. Las coge un pájaro, o se equivocan de casa, o se las lleva el viento. Y la colmena se queda huérfana.

Mía también se lo preguntó. Esa noche. En la cama del cuarto pequeño, con el sombrero en la almohada y la luz del pasillo entrando por la puerta entornada.

—¿Y si no vuelve?

Thiago, desde la otra cama, tardó en contestar.

—Vuelve.

—¿Cómo lo sabes?

Thiago miró el techo. El póster de las fases de la abeja en la pared, iluminado a medias por la luz del pasillo. Huevo. Larva. Pupa. Adulta.

—Porque le hemos dejado la puerta abierta —dijo.

Mía se quedó callada. Luego se dio la vuelta en la cama, cogió el sombrero de fieltro gris de las bodas y se lo puso encima de la cara, como hacía cuando no quería que nadie la viera pensar.

Al rato, por debajo del sombrero, dijo:

—Thiago.

—¿Qué?

—Cuando sea mayor, voy a ser obrera.

Thiago se incorporó en la cama.

—¿No quieres ser reina?

—No. —Mía se quitó el sombrero de la cara. Lo miró en la penumbra—. Las reinas solo ponen huevos. Las obreras hacen todo lo demás. Dan de comer. Hacen la miel. Cuidan a las pequeñas. Tapan a las que tienen frío. —Volvió a ponerse el sombrero—. Como la abuela Concha.

Thiago se quedó un rato sentado en la cama, mirando el bulto del sombrero sobre la almohada de su hermana.

Luego se tumbó otra vez.

—La abuela Concha es obrera —dijo, como quien apunta un dato en un cuaderno—. Y lleva sombrero de reina.

—No. El sombrero lo llevo yo —dijo Mía, desde debajo—. Ella me lo dio.

—¿Por qué?

Mía tardó tanto en contestar que Thiago pensó que se había dormido.

—Porque las obreras —dijo al fin, muy bajito, medio dormida— le dan la jalea a la que más la necesita.

* * *

En el pasillo, junto a la puerta entornada, doña Concha estaba de pie, en bata, con el pelo suelto y la rodilla apoyada en la pared.

Había ido a apagar la luz.

No la apagó.

Volvió despacio al dormitorio del fondo. Don José estaba ya acostado, con las gafas puestas, escribiendo en el cuaderno amarillo de la abeja con gorro de cocinero. Levantó la vista al verla entrar.

—¿Duermen?

—Casi.

—¿Qué decían?

Doña Concha se quitó la bata. Se metió en la cama, de su lado. Se quedó un momento mirando el techo.

—Que la colmena no es de la reina —dijo—. Que la reina es de la colmena.

Don José dejó el bolígrafo.

—Eso lo dije yo.

—Ya lo sé —dijo doña Concha—. Pero lo ha dicho mejor él.

Don José se quedó un rato callado. Luego volvió a coger el bolígrafo. Escribió algo en el cuaderno amarillo, despacio, con su letra pequeña y apretada de ingeniero. Lo cerró. Lo dejó en la mesilla, encima de la caja de aspirinas de veinte que Thiago le había dado en octubre y que todavía no había abierto. Apagó la luz.

Doña Concha no le preguntó qué había escrito.

No hacía falta.

Fuera, en la terraza, detrás de la tapa de madera cerrada, en la oscuridad, en un panal de cera entre dos cristales, una reina nueva

caminaba despacio entre mil quinientas obreras que no le hacían ningún caso, y que la cuidaban igual.

Agradecimientos

[Espacio para los agradecimientos del autor.]